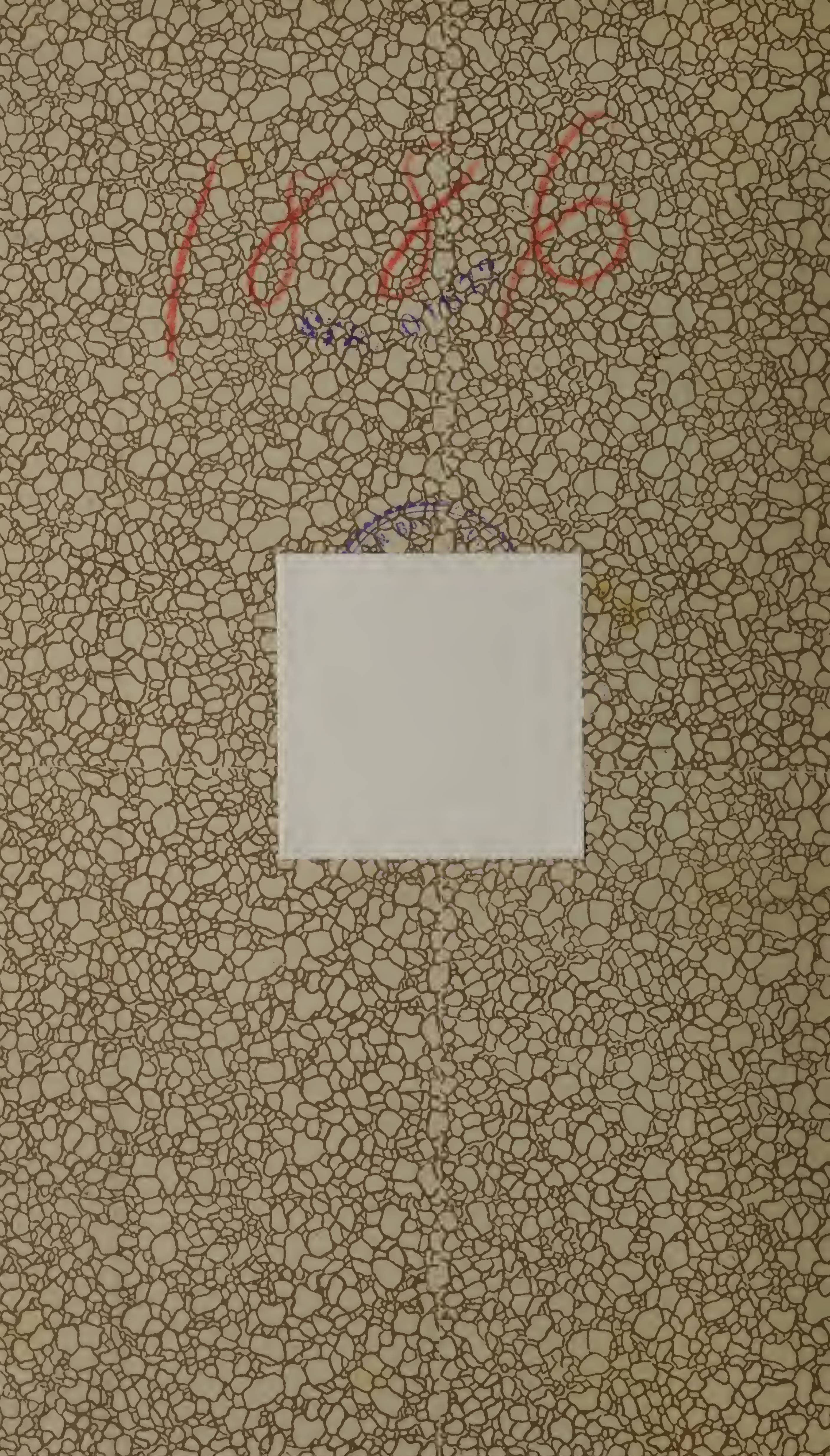
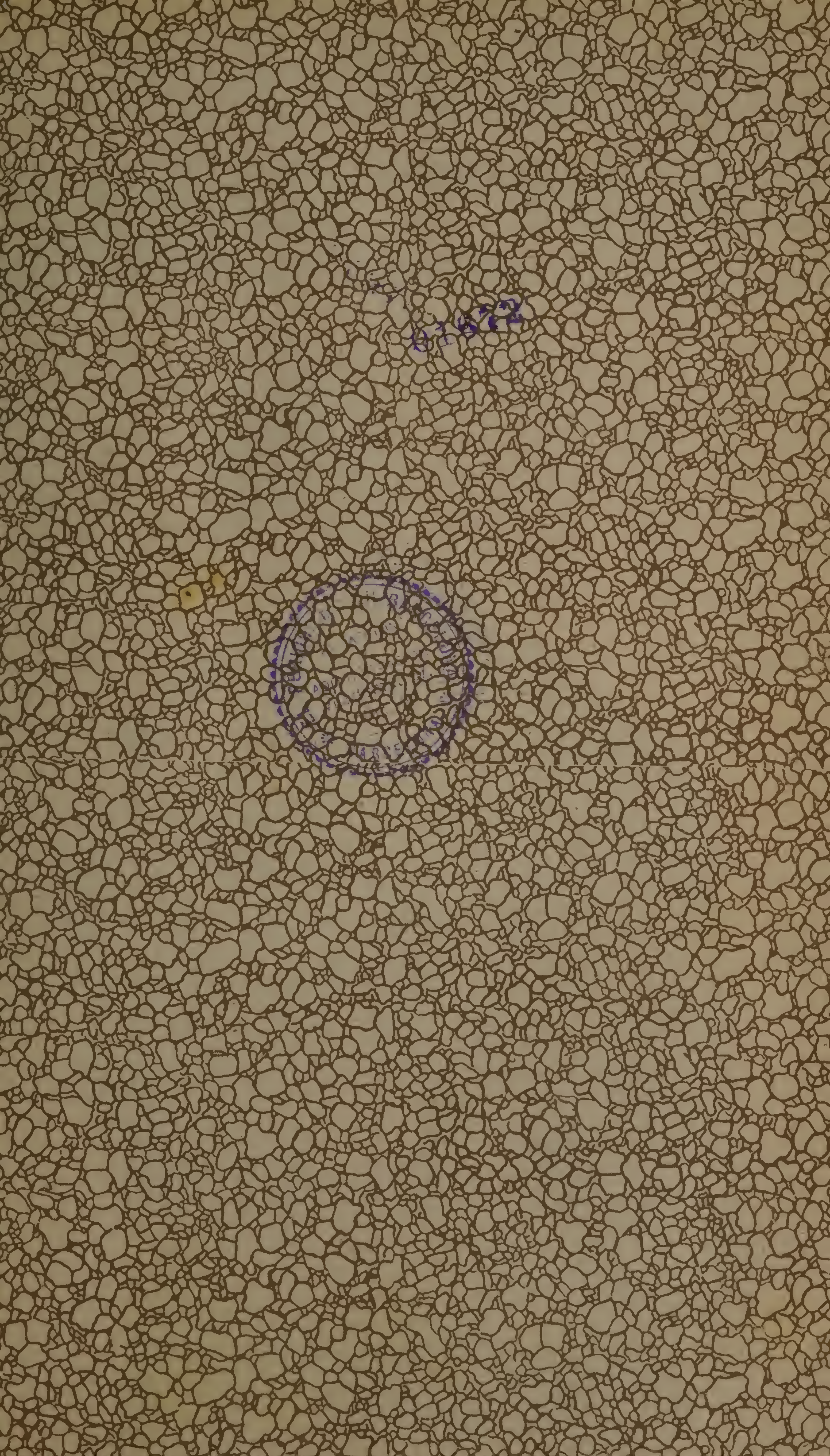
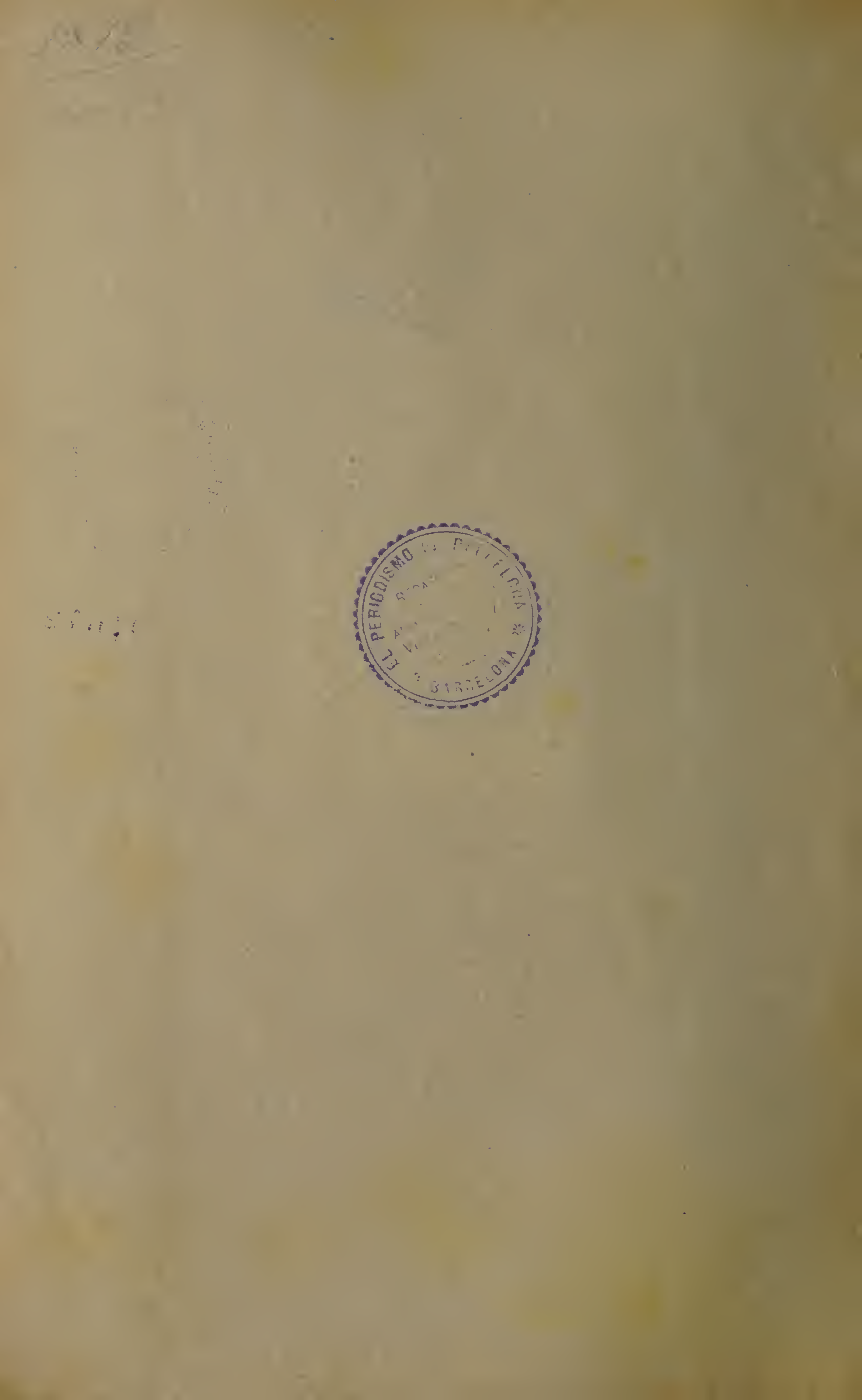



1876




EL PERIODISMO
BARCELONA


ILUSTRACION
NON PLUS ULTRA

SUSCRICION

Semestre. . . 3 Ptas.
Año. . . . . 5'50 id.
Pago en moneda, libranza ó sellos únicamente en la Administración, de 10 á 1 y de 3 á 5.
ESCUDILLERS 5, 7 y 9
Barcelona

Núm. I — Año I

ILUSTRACION NON PLUS ULTRA

Barcelona 9 Setiembre 1886

NÚMEROS SUELTOS

10 céntimos de peseta
y 15 los atrasados.
De venta en las librerías, kioscos, vendedores ambulantes y puntos de costumbre en
España

Núm. suelto 10 cént. de peseta ⁎ **Núm. suelto 10 cént. de peseta**

Los corresponsales venderán por manos á los vendedores ambulantes.

NUESTRAS LÁMINAS

LA SAL

El señor Llovera es uno de los pintores catalanes que han sabido extender su nombre más allá de los horizontes de su patria. Sus obras obtienen gran boga en los mercados europeos, sobre todo aquellas en que trata el distinguido artista asuntos del género andaluz. La lámina que con el título de «La sal» publicamos en este número, es buena prueba del garbo y verdad con que el señor Llovera cultiva esta especialidad. No cabe manera mas graciosa de representar el donaire de una muchacha andaluza que la que ha empleado Llovera en dicho tipo.

EL TORERO HERIDO

Obra del distinguido escultor D. Rosendo Nobas, premiada en varios certámenes nacionales y extranjeros. Véase la poesía que con el título «El siglo XIX» publicamos en este número, en la cual se sintetiza el pensamiento de esta bellísima escultura.

ESOPO

El célebre fabulista griego nació en Frigia, y fué esclavo en Aténas y en Samos. Era de talle deforme y de rostro repulsivo, pero de tan brillante ingenio, que se atrajo el favor de poderosos príncipes. Sus famosas fábulas le valieron el dictado de mofador de los dioses, y por ello los habitantes de Delfos le precipitaron desde lo alto de la roca Hyampee en el año 560 antes de Jesucristo.

REVISTA MILITAR

Tentado estaba de titular *Revista cómica*, esta revista; pero, pensándolo mejor, me he resuelto á bautizarla con el epígrafe que supongo, ¡oh, lector! habrás leído. Llámola, pues, *Revista militar:* y la llamo así, no porque tenga ella nada que ver con ningún hijo de Marte, sino porque ateniéndome al *Diccionario* de la Academia, autoridad competente para el caso, militar es el asunto que me propongo tratar, toda vez que aquella docta corporación define la palabra *militar*, diciendo que es lo que *toca* ó *pertenece á la milicia*, y define la palabra milicia, diciendo que es el *arte de hacer la guerra ofensiva y defensiva*, y define la palabra guerra, diciendo que es *la desavenencia y rompimiento de paz entre dos ó más potencias:* y yo voy á ocuparme del «arte con que las tres potencias del alma, memoria, entendimiento y voluntad, hacen entre sí una contínua desavenencia y rompimiento de paz, ofendiéndose y defendiéndose,» lo cual, como asunto que *toca* á la milicia, debe, según nuestros académicos, y con perdón del buen sentido, calificarse de *militar*.

Digo, pues, que voy á pasar revista de las batallas incruentas, pero dolorosas, que en el presente mes han librado las tres poderosas potencias: memoria, entendimiento y voluntad, en las almas de tres millones de españoles.

El rompimiento de la paz dió principio con el siguiente diálogo:

Memoria.—¡Qué buenas horas pasamos el último verano que estuvimos en baños! A la mañana, el balanceo de las espumosas olas que vestían de encajes y perlas el marmoreo torso de mi señora, y las miradas codiciosas que desde la playa volaban como chasqueando besos ó resonando risas. A la tarde, el rodar del coche por las frescas alamedas y el dulce requiebro, silbando como flecha que pasa sin herir, y la vistosa pompa del lujo, desparramada en gasas y plumas. A la noche la música divina, el baile deslumbrador... ¡Quién pudiera renovar aquellos placeres!

Voluntad.—¡Oh! ¡Qué recuerdo tan grato has evocado, memoria! Yo, como tú, deseo gustar de nuevo ese bien.

Entendimiento.—¡Eh! alto, amiguitos. Tened presente lo agrio, así como recordáis lo dulce. El año pasado nos costó la excursión veinte mil reales; un lance de honor con el vizconde del Olmo-seco, y dos protestos de pagarés.

Memoria.—Dice verdad el entendimiento.

Voluntad.—¿Y quién lo niega? Pero al fin salvamos el trance, gracias á mi firmeza.

Entendimiento.—Sí, pero entrampándote.

Voluntad.—¡Cobarde! ¿Lo que ayer hice no puedo repetirlo hoy? ¡Recuerda lo que se dijo el año pasado de don Gumersindo, que se contentó con baños de tinaja!

Memoria.—Se dijeron atrocidades. No, no; es preciso salir.

Voluntad.—Y saldrémos. Tú dices bien: ¡aquellos parques! ¡aquellas escenas!...

Entendimiento.—Pero tenemos sólo dos mil reales en caja, y se deben facturas que importan siete mil.

Voluntad.—Yo habilitaré medios.

Memoria.—Y ello es preciso, porque me acuerdo que tú prometiste á las de Menguado, volver este verano.

Voluntad.—¡Vaya que sí! ¡Eh! ¡eh! que dispongan el equipaje.

Entendimiento.—¿Y por desempeñar la palabra vas á empeñarte las joyas? Valiente negocio.

Voluntad.—Se desempeñan al volver.

Entendimiento.—¿Cómo?

Memoria.—Eso es ¿Cómo?

Voluntad.—Pues desempeñándolas.

Y así sigue la escaramuza.

Por lo regular, el vencido suele ser el entendimiento, que queda, al fin, esclavo de la voluntad. Al cabo de tres meses el juez del distrito se encarga de la solución, condenando á la voluntad, a cárcel quizá perpétua; á la memoria, á la pérdida de sus dulcísimos recuerdos, cargando con otros muy acedos, y al entendimiento, á incapacidad temporal.

Judas Tadeo

EL SIGLO XIX

Bárbaro tiempo aquel que al rudo Marte
culto rindiendo el español guerrero
al aire daba el toledano acero
por defender su honor en cualquier parte.
¿Qué importaba romper el estandarte
del turco audaz y del inglés artero,
si aunque quedaba noble y caballero
dar no sabía admiración al arte?
Hoy ved, en cambio: el más gallardo hispano
sale á la plaza salpicado de oro
vibrando altivo un espadín su mano.
¿Oís? ¡El pueblo aplaude en ronco coro!
¿Obró algún acto heroico ó sobrehumano?
sí; ¡ha conseguido rematar un toro!

HISTORIA DE UNA PASION

POR

Pedro Huguet y Campañá

¡Pobre Fernando! La última vez que le vi fué en un establecimiento balneario de los Pirineos orientales. Aquel rostro, antes varonil y poético, parecía la fea mascarilla de una momia, y aquella imaginación que de contínuo llameara con hermoso resplandor, estaba como velada por las brumas de la idiotez. Sólo el chispazo que de vez en cuando iluminaba sus vidriosas pupilas me recordaba al regocijado amigo, y al estudiante soñador de aquellos tiempos en que juntos nos dábamos á fantasías y á visiones, creyendo que de nosotros dependía restaurar los siglos de oro en la vida de la humanidad.

Conocí que mi presencia, lejos de agradar á Fernando, le causaba pena, por cuanto yo, testigo de sus horas venturosas y de su lozana juventud, lo era entonces de su infortunio y decrepitud prematura.

Le acompañaba un padre jesuita, de quien me dijo ser cercano pariente. Este, á su vez, me contó que Fernando aguardaba llegar á Diciembre para ingresar de novicio en la Compañía; pero, al decirlo el jesuita, sonreía ligeramente, con esa triste contracción de labios que semeja escribir una sentencia de muerte.

El dia que me despedí de Fernando éste me cogió estrechamente ambas manos con las suyas, me miró fijamente largo rato sin pronunciar palabra, y, al cabo, rompió en conmovedores sollozos, derribando su cabeza sobre mi pecho.

Intenté calmarle, pero me contestó:—No, no, déjame; ¡desahoga tanto el llorar! Hacía tres años que no había podido derramar una lágrima. ¡Tres años! ¡Ya ves!

¡Qué desgarrador acento tenía su voz en aquel instante! Me sentí hondamente conmovido, y lloré también.

Esta escena causó tal trastorno en mi amigo, que fué menester trasladarle al lecho. Una vez en él me hizo seña para que me acercase, y cuando me tuvo á su lado me echó los brazos al cuello, y, acercando sus labios á mi oído, me dijo quedo, muy quedo, y como si cada palabra le arrancase un pedazo de corazón:—Hacía tres años que no había llorado; hace tres años también que no he pronunciado un nombre más que ante Dios; pero lo tengo aquí, aquí grabado con fuego en la memoria. Ahora lo voy á pronunciar, y quiero que tú lo oigas: pero sólo tú... Oye bien.

Permaneció un momento callado, como para reunir en un punto todas las energías de su flaca naturaleza. De pronto, con movimiento convulsivo apretó fuertemente mi cabeza contra la suya, y murmuró con apasionada voz: «¡¡Luisa!! ¡¡Luisa mía!!» El aliento de Fernando me abrasó el rostro, como si me hubiese tocado la punta de una llama. Corrió por el cuerpo de mi amigo horrible estremecimiento, y se aflojaron sus brazos, que tenía anudados sobre mis hombros. Levanté la vista, y vile inmóvil y lívido, con la mirada fija y perdida en el espacio, cual si espantosa visión la encadenara.

El aspecto de mi amigo me alarmó.—¡Fernando!—dije sacudiéndole con suavidad;—¡Fernando!

—¡La veo! ¡la veo!—exclamó el enfermo.—Llaméla, y vino. Allí está. Con sus ojos azules me mira. ¡Qué tardo soy en correr hacia ella! ¡pero vendré, Luisa: vendré, y pronto, muy pronto! Ahora mismo; así, así...»

La alucinación de Fernando rayaba en frenético delirio; y, como el pobre pugnaba por saltar del lecho, aniquilando sus débiles fuerzas, llamé el auxilio del médico, que llegó sin demora, y dispuso lo conveniente. Las dos horas de la madrúgada serían, cuando el paciente entró en calma reparadora. Retiréme á descansar, con resolución de partir sin ceremonia, para no dar ocasión á renovar la funesta escena á que involuntariamente había contribuído.

Borraba la claridad del alba las últimas sombras de la noche, á tiempo que ensillaba yo el jaco que debía trasladarme á la más próxima estación del ferrocarril para tomar el primer tren que pasase con dirección á Barcelona.

Antes de poner pié en el estribo quise despedirme del jesuita acompañante de mi amigo. Llamé discretamente á la puerta de su cuarto, y salió el padre.

—¿Se va V.?

—Sí; mi presencia evoca recuerdos en Fernando que nada favorecen su curación.

—Es verdad; el pobre muchacho ha presentido la determinación de V., y me ha dicho: «Tío, Pedro se marchará hoy mismo. Yo no volveré á verle más, porque siento que se me va acabando la vida. Entréguele usted este manuscrito, y dígale que con él, en correspondencia al bien que me ha producido el llanto de ayer noche, le doy lo que más estimo en el mundo. Que lo lea y no olvide mi memoria.»

Arrasados los ojos tomé el manuscrito, me despedí tristemente del sacerdote y piqué espuelas al caballo, el cual, arrancando en brioso galope, apenas me permitió dirigir una dolorosa mirada á la ventana del cuarto en que yacía amodorrado el desventurado Fernando.

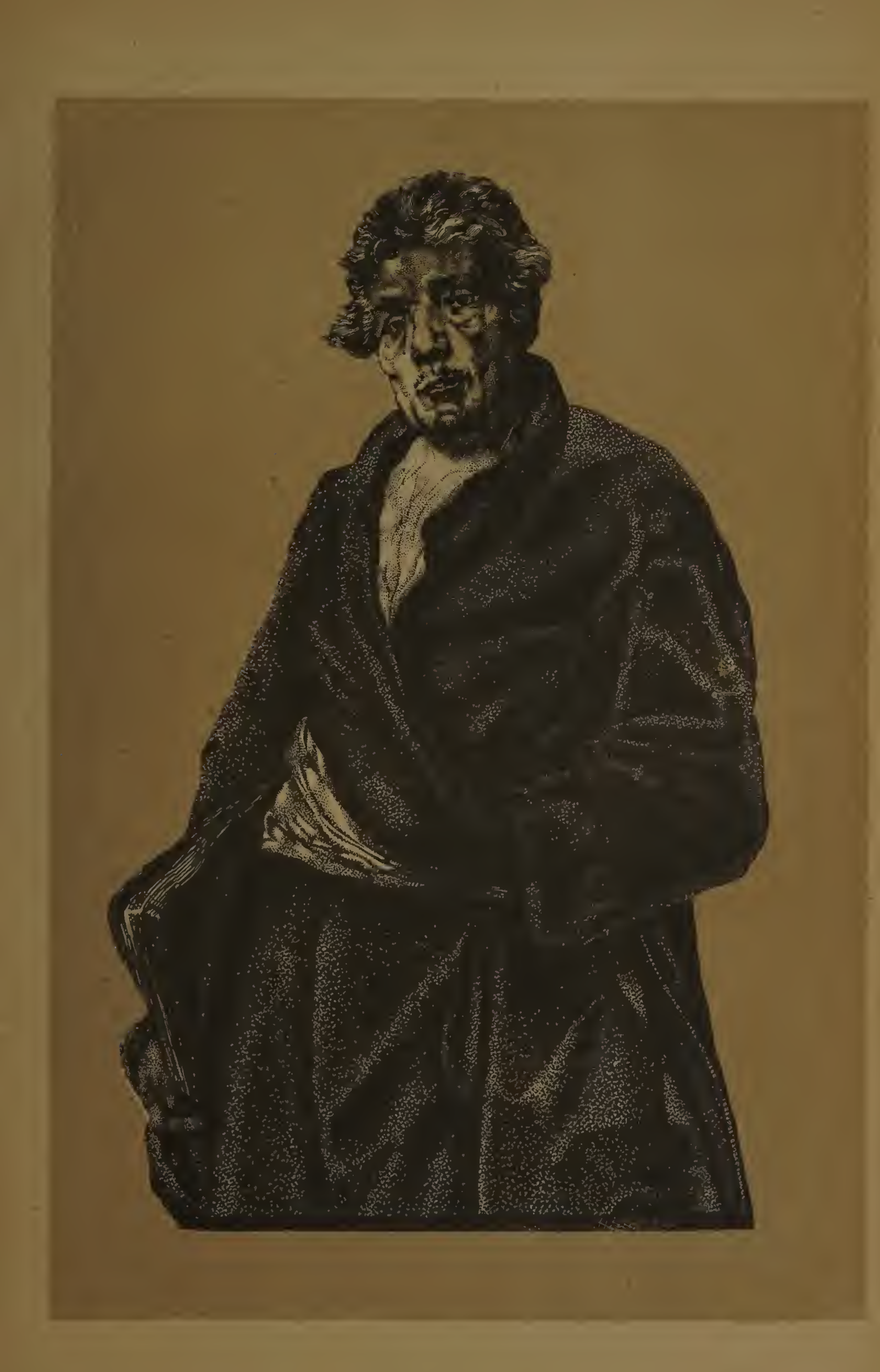
(Se continuará)

NON PLUS ULTRA

Después que con los famosos argonautas tan altamente cantados por Apolonio, hubo realizado Hércules su viaje á la Cólquida para desposesionar al rey Aetas del vellocino de oro, como no le permitiese su natural inquieto momento de vagar, ansioso de mayores hazañas armó rústica nave compuesta de mal pulimentadas tablas, en medio de las cuales se levantaba un grueso leño sosteniendo flexibles pieles, que servían para recoger los soplos del viento, motor indispensable de aquella primitiva embarcación, y hundiendo los remos en las aguas del mar de Fenicia, puestos los ojos en la estrella de Venus, que era en la inmensidad del cielo único faro que signaba las desconocidas costas de Hesperia, dirigió con ánimo audaz el rumbo á la península que á la sazón depredaban los hijos de Gerión, matadores de Osiris. Dura batalla trabada en las cercanías de Gerionda, hoy Cádiz, satisfizo con la sangre de los asesinos la sed de venganza del héroe líbico, quien en conmemoración del triunfo hizo echar en la boca del estrecho gaditano enormes piedras, hasta tanto que sobre la superficie del agua se levantaron, formando dos montes, uno de los cuales llamóse Calpe y el otro Abidos, ambos divulgados por la tradición con el nombre de *columnas de Hércules*.

Creyó el vencedor del leon de Nemea, de la hidra de





Lerna, del jabalí de Erimanto, del toro de Creta, de los fieros centáuros y del sanguinario Augías, que nada podía resistir á su valor, que allí donde llegaba su ambición también llegaba su poder, y buscando espacio mayor á su grande aliento, lanzó su frágil barca por entre las olas del estrecho, sin temor á la cólera que eternamente encrespa aquellas aguas. Pero la llanura infinita, más pavorosa cuanto más desconocida, y la voz de la tormenta que rugió sañuda como si el genio del océano se levantase henchido de furor contra quien pretendía profanar los misterios en su inmensa soledad ocultos bajo el velo de nunca tocadas nieblas, pusieron espanto por vez primera en el corazón del heroe, que, al retroceder y penetrar de nuevo en el Mediterráneo, exclamó señalando las ingentes moles del Calpe y el Abidos: «¡No hay más allá!» *¡Non plus ultra!*

Desde entonces fueron tenidas las célebres columnas por mojones que marcaban los últimos lindes de la creación. Detrás de los promontorios de Gades la imaginación sólo acertaba ver un desierto sin fin, poblado de aterradores monstruos, de sombras eternas y abismos sin fondo, que se iban perdiendo en la fría oscuridad del vacío. Durante cuarenta siglos el terror y la superstición permanecieron sentados en lo alto de las columnas de Hércules, viendo á los más animosos navegantes detenerse, murmurando tristemente: *¡No hay más allá!*

Fenicia, que arrojó al mar las primeras naves, y derramó sus gentes en colonias por lejanas playas; Grecia, la heroica, la espansiva Grecia, que llevó sus dioses y sus artes por todos los pueblos del mundo antiguo; Cartago, que anceló sus trirremes en todas las costas del continente; Roma, que puso las sandalias de sus decuriones en los tronos de todos los reyes y clavó las picas de sus legiones en los desiertos más abrasados y en las zonas más heladas; Venecia, cuyos *duces* desposados con el mar eran señores de sus olas; cuatrocientas generaciones de indómitos navegantes, en fin, no osaron, no, á pesar de haber realizado tantos prodigios de valor, romper la frente á la esfinge que en el estrecho de Gibraltar se les aparecía, arrojándolos con el fatídico grito de «*¡No hay más allá!*» á las azules aguas del Mediterráneo.

A la nación que oscureció la gloria de Aníbal y Scipión con las llamas de Sagunto y de Numancia, á la nación que rompió los invencibles alfanges de Jucef y de Abderraman en las milagrosas jornadas del Salado y de las Navas; á la nación que sepultó el orgullo de Carlomagno en las gargantas de Roncesvalles; á la nación que desde Indibil hasta Fernando de Aragón se mantuvo armada, peleando durante siglos por su independencia y su libertad; á la nación madre de Megara, de Pelayo, del Cid y de Berenguer, le estaba reservada la solución del tremendo enigma, convirtiendo las columnas de Hércules en portal por donde entró la civilización triunfante á dilatar sus rayos por las encantadas regiones de un mundo virgen.

En Enero de 1492 salieron del puerto de Palos los hombres de corazón que, fiados en Dios y en su ardimiento, escasos en número y montados en roídas carabelas, fueron á desafiar las furias del inexplorado océano, y completaron la obra de la creación, desmintiendo el fatal *Non Plus Ultra* que la mano de los siglos escribiera en las rocas del estrecho.

P. HUGUET

UN MERCADER

«¡Cada vara de percal
que á dos pesetas costaba,
la vendo ahora á real!»
un mercader pregonaba.
Y viendo que ni por eso
el pobre percal vendia,
«¡niñas, no á real!—añadía,—
pagadme la cana á beso.»
Al oir esto, con horror
movidas todas de escándalo,
le apedrearon por vándalo,
pues atentaba á su honor.
Huyendo de la embestida
y buscando do se esconda,
el infeliz enseguida
se metió en la primer fonda.
«Pues señor, anduve necio!—
se dijo allí el mercader:—
no pensé que un beso es precio
caro para la mujer.»
Más no trascurrió media hora,
cuando con grande cautela
fué á comprarle una señora
catorce varas de tela.
Y detrás de ella un millar,
dejando al hombre por paga
todo el rostro hecho una llaga
con tanto y tanto besar.

JUAN DÍEZ CALVO

MISCELANEA

Según un célebre doctor austriaco, el remedio más eficaz contra las enfermedades de las uvas, es bañar los racimos con agua, en la cual se haya disuelto cola común. Para una arroba de agua prescribe una libra y media de cola.

Hé aquí un medio seguro para conocer si una persona está ó no realmente muerta. Se humedece con agua limpia aquellas partes del cuerpo del difunto que estén en contacto con el aire, y con un cepillo también humedecido con agua, se frotan dichas partes. Si la muerte es real, la parte frotada se presenta de color pardo claro, duro como el cuerno y transparente.

CANTARES

Noche y día estoy llorando
sólo por ver si consigo
borrar pronto de mis ojos
la mancha de haberte visto.

—

No te atrevas á pasar
por delante de mi puerta,
pues pudiera despertar
el alma que yace muerta
y no te sabe olvidar.

—

No preguntes donde vivo,
pregunta, sí, donde muero,
y te dirán que en la calle
de los tristes pensamientos.

—

No me digas que me quieres
porque en tí nada es verdad,
díme, pues, que me detestas
si me tienes que engañar.

EPÍGRAMA

El sastre Gil con donaire
dice á su esposa Tomasa:
«¡Chica, vámonos á casa
á echar una cana al aire!»
Pero aquí falta añadir
que, cual suele suceder,
la cana es la de medir,
y el aire el de su mujer.

DONATO GALINDO

Tip. DELCLOS y BOSCH, Sta. Monica, 2. Pasaje.

ENERO

Mes dedicado á Jano, Dios de las dos caras. Es por lo tanto un mes eminentemente político.

Aunque esta suele ser la época más fría del año, sin embargo, es de muy dulce sentir al amor de una buena chimenea.

Para expresar cuánto por escasez de hierba enflaquecen los carneros en esta temporada, se dice:

«Enero y Febrero comen más que Madrid y Toledo.» Que es el colmo del comer; porque, especialmente en Madrid, hay dientes.

También para los cazadores se da este otro refrán: «En Enero ni galgo ni lebrero, ni halcón perdiguero.»

Y concluyamos con un rasgo de erudición. A este mes los sirios le llamaban Cânun II; los griegos, Audíneo; los egipcios, Machir; los etiopes, Facatith, y los armenios, Aracz. Otrosí: los chinos lo solemnizan celebrando fiestas durante sus primeros quince días.

FEBRERO

A este mes se le llama «cebadero» por la razón de que si llueve en él puede mirarse como segura la cosecha de cebada. «Pues que llueva,» dirán muchos que por error andan sobre dos piés. Febrero pertenece á esa clase de los desheredados.

Cae en invierno, pero con tanta desgracia «que en Febrero busca la sombra el perro.» Se atreve á ofrecernos tímidamente alguna florecilla y algun fruto, y todo el mundo le abochorna, diciendo: «Flores y frutas de Febrero, ni huelen, ni saben, son malas y caras.»

Item más: es un mes corto de talla. Le faltan dos días, y cuando menos, á todo tirar, uno. No sirve para recluta.

Como los sabios no le han designado ninguna fiesta que celebrar, él, en venganza, ha inventado una para los locos: el Carnaval.

Por esto ha dicho un poeta:

«Mes alegre, para algo eres más breve...
¡Porque eres el placer!»

MARZO

No hay gusto que no traiga en pos un disgusto. Y es verdad, porque detrás del Carnaval viene la Cuaresma.

Este mes de Marzo es el Agosto de la gente pescadora, por los buenos cuartos que en' el cosecha, y el Julio de la gente pecadora, porque durante él se lava la conciencia.

Pero aunque se presenta con capa de virtud, no tiene mucho que fiar. Es hipocritón si los hay; pues como reza el adajio: «Si Marzo vuelve de rabo, ni deja pastor enzamarrado, ni cordero encencerrado.»

Es un mes digno de coroza: primero, por soplón; después, por inconsecuente; y luego porque hace estériles los arrepentimientos, por aquello de que «la que en Marzo veló, tarde acordó.»

Epílogo: Marzo se llama así, porque toma el nombre de Marte.

ABRIL

Este toma el nombre de la palabra latina «aperire», que significa: abrir. Y encaja bien el vocablo, ya que en esta época es cuando las flores abren sus corolas, el amor sus alas, y nosotros los paraguas, pues «en Abril aguas mil.»

Dicen que en Abril fué cuando Dios gritó sobre los abismos «sea hecha la tierra,» y la tierra quedó hecha.

Si la fecha no es cierta, allá se queden los geólogos con la responsabilidad; yo sólo me atengo á que este es el más hermoso mes del año, y la opinión del vulgo coincide en esto con la mía, cuando para encomiar lo galán que anda un individuo, se le dice: «Está usted hecho un Abril!»

Sin embargo, lo mejor de este mes, según dictamen de los madrileños, que es gente que lo entiende, son las mañanas, pues «mañanas de Abril y Mayo son muy dulces de dormir.»

MAYO

«Abril y Mayo son llaves de todo el año.»

«Entre Abril y Mayo haz harina por todo el año.»

«Llueva para mí Abril y Mayo, y para ti todo el año.»

«Are quien aró, que ya Mayo entró.»

Y basta, que sería cuento de no acabar, si se tuviera que ir enumerando los privilegios de este florido y galano mes, que por florido le llamó «Floreal» la primera República francesa, y por galano los antiguos lo dedicaron á Venus.

Los antiguos, que eran gente de buen gusto, pusieron en este mes el nacimiento de Apolo, y comprendieron el 11 de Mayo entre los días «nefastos» que eran los días considerados como de mal agüero para casarse.

Los cristianos lo dedican á la Virgen del Amor Hermoso, y levantan altarcicos coronados de flores; y adornan con cintas y frutas el árbol de Mayo, alrededor del cual los mozos de las aldeas bailan en la plaza pública.

Y los españoles lo celebramos recordando los nombres de Daoiz y Velarde y el bombardeo del Callao.

JUNIO

En Junio nacieron: el célebre economista Adam Smith (1723); el gran poeta Pedro Corneille (1606); el eminente orador sagrado Flechier (1632); el famoso geómetra Pascal (1623); el sapientísimo geólogo Humboldt (1767); el insigne filósofo Rousseau (1712); el portentoso pintor Rubens (1577); el inspiradísimo lírico Leopardi (1798); el ilustre pensador Lamennais (1782); el elocuente orador Royer-Collard (1763); el tiernísimo cantor de la naturaleza, Delille (1758); el original escritor Bastial (1801); el audaz guerrillero Espoz y Mina (1781); el hábil estadista Olózaga (1805); el admirable artista Horacio Vernet (1789); el inimitable vate Young (1773); el hijo mimado de las musas castellanas, Góngora (1561); y el inmortal Pedro el Grande de Rusia (1672).

¿Quién no convendrá, pues, en que este mes es el más fecundo del año? No hay sino mirar los campos cubiertos de doradas espigas; no hay más sino ver los nidos cargados de bulliciosas crías.

Junio se deriva de la voz latina «junior» que significa joven.

¿Hay algun joven que no le ame? En tal caso será algún estudiante desaplicado que teme quedar «suspenso.»

JULIO

El fundador del imperio romano, Julio César, le dió su nombre, y él corta la vida á Junio, vengando así á su padrino, que murió asesinado á los golpes del puñal de Marco «Junio» Bruto.

A su vez es padrino de muchas niñas bonitas. Porque todas las Julietas son lindas, y las que no lo son merecen serlo.

Se le conoce por déspota y por enamoradizo, como todos los tiranos.

Desde que empieza su efímero reinado de 31 días, derrocha en luz y en aromas y en armonías todo lo que sus hermanos han estado recogiendo durante el transcurso del año con paciencia sin igual.

En su manera de gobernar es intolerante é insufrible, pues hasta cuando acaricia quema. Así no es de admirar que todo el mundo huya de sus rigores.

A pesar de todo esto, tiene mucho partido. Las mujeres hermosas le agradecen que les dé pretexto para lucir sus gallardas formas en los baños; y los hombres galantes lo ensalzan porque les ofrece ocasión de contemplar preciosos modelos de belleza plástica.

AGOSTO

Si merece el nombre de Augusto lo que es magnífico y dadivoso, digno es Agosto del nombre que lleva, porque a regalar dones ningún mes le aventaja. Como que agota el cuerno de Amaltea, y el cesto de Pomona, vertiendo toda suerte de abundancias sobre la tierra.

«Agosto y vendimia no es cada día,» dice el vulgo, queriendo significar que lo bueno no se halla á pedir de boca.

Agosto es como el tesorero del año, ó mejor dicho, es el señor generoso que paga con grandes creces los salarios al labrador.

Suprimir el mes de Agosto equivaldría á condenar á la humanidad á morir de hambre.

Venga, pues, Agosto, y frío en rostro, como canta el adagio; á bien que pedirle frío á este mes es gollería.

SEPTIEMBRE

En Septiembre sería cuando el padre Noé, harto del agua que chorreó el diluvio, se dió aquel atracón de vino que fué causa de las pullas que Châm pagó con una solemne maldición patriarcal, cuyas consecuencias sufren los Panchos y Panchitas que cultivan los ingenios americanos con el látigo del capataz en la espalda.

Porque en Septiembre es cuando el dios Baco se nos presenta coronado de pámpanos, caballero en su cachazudo asno, y rodeado de las risas que levantan al aire las copas rebosantes del vino nuevo.

Llámase este mes Setiembre, porque era el séptimo del año, antes que al grito de «¡abajo lo existente!» se introdujesen en el calendario Julio y Agosto, relegándole en décimo lugar. Como los tales Julio y Agosto son dos meses monárquicos, Setiembre, que es revolucionario por temperamento, más de una vez se ha tomado la revancha de aquella jugarreta que le hicieron Julio César y Octavio Augusto.

OCTUBRE

Las hojas empiezan á caer de los árboles, y caen también los pájaros á los tiros del cazador.

Se sienten las primeras caricias del frío, y se oyen los primeros chasquidos de las castañas.

Cuando por otra cosa no obtuviese consideración este mes, la obtendría por habernos proporcionado la victoria sobre el poder turco en las aguas de Lepanto (1571), por haber arrojado un mundo á los piés de nuestros Reyes Católicos (1492), y por haber librado á Europa de la tiranía de Napoleón I (1815).

Nuestros antepasados, los antiguos iberos, le llamaban «bildillá,» esto es, mes de acopio, o sease el recaudador de contribuciones del año.

Los romanos en este mes sacrificaban un caballo al dios Marte; al revés de nosotros, que en Julio sacrificamos algunas docenas... á los toros.

El nombre de Octubre le viene, porque antes de la reforma del calendario era el octavo mes del año, el cual principiaba en Marzo.

NOVIEMBRE

Mes de los tristes destinos, ó el desposado de la muerte, según es fatal su influencia.

Los árboles semejan esqueletos, y los horizontes se cubren de nieblas que tienen trazas y color de sudario. Las auras que suspiraban blandamente se tornan cierzos, que gimen y ahullan con fiereza.

Durante este mes todo llora. Y España, que le debe la muerte de su primer estadista, Cisneros (1517); de su primer filólogo, Capmany (1813); de su primer poeta, Lope de Vega (1635); de su primer economista político, Jovellanos (1810); y la pérdida del mas rico florón de su corona, Portugal (1640); no tiene nada absolutamente que agradecerle, y sí mucho que reprocharle.

Mes protector de los sepulcros, él fué quien con las hirvientes lavas del Vesubio abrió en un momento inmenso hoyo donde Pompeya se hundió con todo su poderío y riqueza.

Nada perdería el mundo con que desapareciese para siempre este mes, y se pudiese decir de él lo que todos los años nos obliga á repetir en los cementerios:

¡Paz á los muertos!

DICIEMBRE

Es, por decirlo así, este mes el Mayo del invierno. Apenas inicia su reinado, ya nos muestra la beatífica sonrisa de la Virgen Inmaculada, y luego con una larga serie de ferias nos prepara para conmemorar con regocijada solemnidad la venida del Hombre-Dios al Mundo.

Los indios le daban el nombre de Panca, los persas el de Thir, los armenios el de Kagoths, y los egipcios el de Tybi.

Los romanos lo consagraron á la diosa Vesta, protectora de la virginidad, y por esto no se consentían matrimonios en esta época. Se abría un paréntesis al amor. Era un tributo que se prestaba á las primeras nieves del invierno.

En este mes tenían lugar las famosas fiestas «saturnales,» en las que los amos servían á sus esclavos.


ENERO
CANCER
ACUARIO
PISCIS
ARIES
TAURO


LUSTRATION
NON PLUS ULTRA

SUSCRICION
Semestre. . . 3 Ptas.
Año. . . . . 5'50 id.
Pago en moneda, libranza ó sellos únicamente en la Administración, de 10 á 1 y de 3 á 5.
ESCUDILLERS 5, 7 y 9
Barcelona

Núm. II — Año I

ILUSTRACION NON PLUS ULTRA

Barcelona 16 Setiembre 1886

NÚMEROS SUELTOS
10 céntimos de peseta y 15 los atrasados.
De venta en las librerías, kioscos, vendedores ambulantes y puntos de costumbre en España

Núm. suelto 10 cént. de peseta ✳ **Núm. suelto 10 cént. de peseta**

Los corresponsales venderán por manos á los vendedores ambulantes.

NUESTRAS LÁMINAS

LA NAPOLITANA

Al reputado pintor señor Comeleran es debida la lámina que figura en la primera plana de este número. Hace recomendable dicho trabajo la verdad con que el autor ha sabido trasladar la típica fisonomía de la mujer napolitana, dedicada á las faenas de la vida rural y entregada á los esparcimientos de aquel alegre clima.

LA FRAGATA «GERONA»

Es una reproducción fotográfica de los más hermosos navíos que componen la escuadra de instrucción, escuela de nuestros bravos marinos.

MITOLOGÍA

En tres bellísimos medallones la escultura clásica ha representado las alegorías del día y de la noche, y el mito de Júpiter acariciando al joven troyano Gaumedes. Como obras famosas reproducimos estos elegantes relieves, debidos al genio de eximio artista.

REVISTA LITERARIA

En Julio, Agosto y Setiembre me declaro francamente partidario del naturalismo. ¡Abajo la escuela romántica con su capa terciada y su calurosa melena colgante! y ¡viva la escuela naturalista con sus paños menores, sus holgados movimientos, y sus frases apicaradas! Cuando vengan las brumas de Diciembre, y las escarchas de Enero, y las ventiscas de Febrero, ya mudarémos de bisiesto y enviarémos en hora mala á quien nos venga á contar las bellezas de lo crudo y lo desnudo.

Esto del arte anda en aficiones, que varían á cada temporada. En tal mes entusiasman las estocadas que D. Juan Tenorio tira á la sintáxis, á la astronomía y al catecismo; en otro conmueven hondamente los corazones, los trabucazos que en forma de décimas y romances dispara cualquier *servidor* en cada esquina pidiéndonos la bolsa ó la vida so pretesto de descarnos felicidades; al siguiente todo se nos vuelve cisco como no sea dar de manos con algún folleto trascendental que trate filosóficamente del deber que pesa sobre el marido de espumar la olla, y del derecho que asiste á la mujer de regalar á su esposo los distintivos de la luna en su cuarto menguante; luego la emprendemos por la sensiblería, y ahí viene el enjugarnos lagrimones como puños oyendo enternecidos como don Alvaro, desde lo alto de una peña de cartón pintorrojeada de almagre, maldice á todos los que han sido concebidos por varón; despues nos relamemos de gusto leyendo algo parecido á aquellas páginas de Zola que nos representan á la rubia Nana mirándose al espejo, y á las lavanderas levantando la pala y dejándola caer en redondas y macizas carnes violentamente desabrigadas; más tarde nos embelesan los gorgeos de poetas florestales que para obtener el galardón de una bellota de plata cantan á plazo fijo los amores del grillo; ni falta tampoco su temporadita favorable al poema filosófico, á la novela mística y hasta á las estrofas de arte menor llamadas gozos que son verdaderos dolores para el habla castellana. ¡Oh, sol! ¡oh, Apolo! Con razón te apellidaron los griegos padre de la poesía, porque realmente de tus ardores depende la mayor ó menor boga de los géneros literarios que se disputan la preeminencia en el fondo del tintero.

En épocas de verano, al influjo de los ardientes rayos que caen sobre la tierra, la literatura se acepta á condición de que se nos ofrezca sútil y ligera. Los Galdós, los Valera, los Echegaray, los Arce, los Pelayo y los Azcárate, guardan cerrados bajo siete llaves sus novelas filosóficas, sus dramas apabullantes, sus elegías desesperadas, sus investigaciones escolásticas y sus folletos económico-sociales, para cuando suenen los primeros alaridos del ciervo; y en cambio se nos echa encima pluma en ristre toda esa caterva de escritores que se dedican á poner en verso la lista de la lavandera y los establecimientos balnearios. Así es que aparte de tal cual zarzuela decentemente silbable, de tal cual sonetillo acróstico, y de tal cual novelita sin taparabos, nada pasa en canícula por el campo de la literatura digno de mención.

Digo que nada pasa, sabiendo que es la época en que Cánovas suele matar el tiempo disparando odas, y Grilo con toda la grillería canta en la enrramada.

De esta suerte transcurrieron sin novedad literaria digna de mención los calurosos meses del último verano, pues si bien el ilustrado marqués de Mendigorria nos ofreció la sabrosa lectura de sus *Memorias íntimas*, dignas por más de un concepto de elevado aprecio, ello es cierto que dicha obra no puede catalogarse entre el número de las *nuevas*, por haberse publicado en invierno en las columnas de un reputado periódico de la Corte.

Hacemos esta salvedad para que no se crea que la publicación del expresado libro contradice nuestro tema.

El último modelo de la literatura veraniega nos lo suministraron los concejales madrileños, quienes lanzaron un *canto* dedicado á la mejor manera de recaudar los consumos, que fué como la flecha del Partho arrojada á las nueve musas.

¡Bien venido, pues, sea el otoño, que acaba con las chicharras que cantan durante el estío!

JUAN DE D. CORTAZAR

HISTORIA DE UNA PASION

POR

Pedro Huguet y Campañá

(Continuación)

Lleno de amargos pensamientos, llegué á mi casa después de un viaje aburrido. Me encerré en mi habitación, y, presa de ávida curiosidad, rompí la nema al manuscrito, y ví que decía lo siguiente:

EL POEMA DE MI AMOR

I

Ven á mis manos, olvidada lira,
y apresta el dulce són con que tú sabes
cantar el bien supremo:
que en el ansia amorosa que me inspira
quiero que gimas como yo, y alabes
la fiebre en que quemo.
Con voz tremente de pasión y lloro
voy á narrar mi lamentable historia
de amor desesperado.
Mi numen es la imagen que aún adoro,
y el altar donde encumbro tanta gloria,
mi corazón llagado.
Canten otros las bélicas hazañas,
del deleite las risas y el delirio;
la luz, la paz, la calma:
Yo cantaré el dolor de mis entrañas,
mártir oscuro de feroz martirio
que crucifica el alma.
Brotad, volad, subid, tristes cantares,
y llevad á los cielos soberanos
vuestro clamor de llanto.
¡De mi muerta ilusión y mis pesares
sólo entiende los íntimos arcanos
el ángel que amé tanto!

II

El ardiente sol de Junio
llovía rayos de fuego,
de la ciudad ahuyentando
el ordinario comercio.
De vacaciones las cátedras,
y ansioso yo de aires frescos,
trocando á Mosco y Virgilio
por la *Instituta* y *Digesto*,
fuí á reposar mis fatigas
en un deleitoso pueblo
donde un tío de mi madre
tenía un solar añejo.
Un repliegue de montaña
en forma de valle abierto,
con umbrosas espesuras,
con sonantes arroyuelos,
altas yerbas en redor
y ancho horizonte á lo lejos;
hé aquí todo el panorama
regalado y pintoresco
que aquel lugar ofrecía
á mis colmados deseos.
Frisaba yo en los veinte años,
y virgen como el más terso
diamante que Aurora engarza
en las espinas del brezo,
como refleja el rocío
la luz áurea de los cielos,
reflejaba yo en mi mente
venturas, quimeras, sueños.
¡Qué dulce me era vagar
por los parajes amenos,
donde ausente de testigos
podía, con franco aliento,
cantar alegres romanzas,
declamar líricos versos,
y brincar jugueteando
como pajarillo inquieto!

(Se continuará)

LA CONFESION DE UNA REINA

Jamás la villa de Paris, que todavía no rebasaba los límites de la pequeña isla conocida en el día por la *Cité*, había sido combatida por viento tan espantoso como el que rugía en aquel día de invierno del año 597, en que ocurrieron los hechos que vamos á narrar. Los más sólidos edificios retemblaban en sus cimientos; mugía ferozmente el Sena, con ansias de dejar su hondo lecho para derramarse furioso por la villa; y los parisienses temerosos se recogían en sus casas, pidiendo á Dios con fervorosas preces les librase de una muerte que muchos creían inminente.

Acababa de llegar de Roma el obispo de Tours, Gregorio Florentius, y aún recordaba con tristeza el cielo azul y el apacible clima italiano, tan diferente del cielo de la oscura Lutecia. Sentado delante de su mesa de estudio, más de una vez, alarmado por el redoblar airado del viento, apartó los ojos del pergamino en que escribía para mirar á los dos sacerdotes que le acompañaban, de los cuales el uno estaba entregado á profundo sueño, mientras el otro daba vueltas entre sus dedos á un grueso rosario.

Viendo la inalterable calma de estos hombres, se tranquilizaba el prelado, y volvía á su labor, que no era otra que la redacción de la *Historia eclesiástica de los francos*.

En este trabajo estaba, cuando de pronto distrajo su atención gran ruído de caballos que al pié de la habitación sonaba. Estremecióse el obispo; el sacerdote que rezaba juntó las manos exclamando: «¡Misericordia, Señor!» y el que dormía se despertó con sobresalto.

Se oyó luego el crugir de armas, que cayeron sobre la puerta, golpeando con violentos golpes, tras de los cuales gritó una voz:

—¡Abrid, en nombre de la reina Fredegunda!

La puerta giró sobre sus goznes, y un paje, chorreando agua, se precipitó en la estancia del obispo de Tours. El aspecto de este mensajero no era para tranquilizar, pues, su semblante pálido, y sus largos cabellos en desorden le daban siniestro aspecto.

—Padre,—dijo al entrar;—de orden de la reina Fredegunda venid á palacio sin perder momento.

—Hijo mío,—contestó el obispo con obligada sonrisa,—aunque quisiera desatender este mandato no me sería posible, dada la formidable escolta que os acompaña para hacérmelo cumplir. Sólo os pido que me concedáis espacio para rezar una corta oración.

—Tiempo tendréis en palacio para rezar. No hay instante que perder. Seguid.

Y arrojó una piel de oso, que á mano encontró, sobre las espaldas del anciano, y, cuando le tuvo así abrigado, lo sacó de la habitación, le hizo subir á un caballo, que ensillado aguardaba en el portal, y partieron todos á galope.

Al cabo de diez minutos de marcha llegaron al palacio, levantado en las termas de Juliano; el paje sonó un cuerno, y al instante se abrieron las puertas, penetrando la escolta rápidamente en el interior.

Muchos y nada halagüeños fueron los pensamientos que durante este rápido viaje asaltaron al anciano obispo. Conocía el natural de la reina, y nada podía pensar de ella que no fuese alarmante, sobre todo habiéndole llamado con tanta precipitación, y en noche tan tormentosa. Así es que se apeó, dándose por muerto, y entró en el palacio encomendando su alma á Dios.

Introdujéronle en una vasta sala, donde estaba Fredegunda tendida sobre una cama formada con pieles de animales feroces y cubierta de ricos tisúes.





Tiempo hacia que el obispo no había visto á la reina; así es que, cuando la distinguió tendida sobre el lecho, lívida al resplandor de las antorchas, que sostenían dos mujeres, sintióse profundamente conmovido.

Se adelantó Gregorio, y se arrodilló, aguardando que Fredegunda le hablase.

El obispo, que esperaba oir amenazas y sufrir venganzas, vió con grande admiración que Fredegunda le hacía señas que se levantase y se acercase á su lecho.

—Padre,—dijo la reina con voz débil;—tengo necesidad de vuestras oraciones y de vuestros consejos. Sois un santo, y el pueblo habla con admiración de vuestras virtudes.

—Reina,—replicó el obispo;—os engañáis. No soy más que un miserable pecador.

—No, no; dicen que obráis milagros, y, por tanto, es preciso que alejéis de mí la muerte que me amenaza.

—Dios sòlo puede hacerlo. No yo, señora.

—Lógralo y enriqueceré vuestra iglesia de Tours. Pide de mí, pero cúrame.

—No puedo hacer más que rogar por vos, señora.

—Sí, ruega, ruega. Pues yo no quiero ni debo morir. Ya lo ves. Mi hijo Clotario no está en edad de reinar todavía, y, si yo muero ¿qué va á ser de la paz del reino? ¡Y tanta sangre que se ha derramado para asegurarla! Obispo, cúrame.

—Poderosa reina; Dios sólo es quien obra milagros.

—¡Ah! ¿Te niegas? ¿Ignoras que soy la reina, y que una señal de mi cabeza puede derribar la tuya? ¿No sabes que tengo tormentos terribles que no acaban la vida en muchos días, y que sirven para hacerme obedecer? Obispo, cúrame ó prepárate á sufrir.

—¡Cúmplase la voluntad de Dios!—dijo el prelado cayendo de rodillas.

Incorporóse Fredegunda como una leona, cogió un silbato de plata, silbó, y acudieron sus servidores, que antes habían desaparecido á un leve signo de su mano.

—Coged ese hombre y apuñaleadle,—gritó.

Vacilaban los servidores en poner la mano sacrílega sobre el obispo; mas adelantóse como un rayo el joven paje que había conducido al anciano á palacio, é iba á herirle, cuando la reina gritó:

—¡Espera un momento, mi valiente, mi fiel Karl! Dí, Gregorio, ¿me obedeces?

—En tus manos, Señor, encomiendo mi espíritu,—murmuró el obispo.

Esta resignación impresionó tanto á la reina, que exclamó:

—Idos todos. Dejadme con Gregorio, y nadie se acerque sin que yo llame.

Todos se fueron, y Gregorio quedó solo con Fredegunda.

(Se concluirá)

MISCELANEA

Un europeo robó un caballo á un indio. Este fué tras el robador, y al llegar á la ciudad pidió justicia.

—El caballo es mío,—dijo el europeo;—lo he amaestrado desde pequeño.

El indio no acertaba más que á negar, y el juez iba á fallar en favor del europeo, cuando el pobre robado se quitó su capa, y, envolviendo con ella la cabeza del animal, exclamó:

—¡Una prueba! puesto que ese hombre ha amaestrado el caballo, sabrá de qué ojo es tuerto.

—Del derecho,—dijo el europeo.

—Pues mientes, que no lo es ni del derecho ni del izquierdo.

El juez, vista la supercheria, condenó al europeo.

Paseando un día Luis XI por los alrededores del castillo de Plessis, encontró un muchacho de unos catorce años que guardaba ganado. El rey, que le vió avispado, le preguntó:

—¿Cómo te llamas, de dónde eres y cuanto ganas?

El chico contestó:

—Me llamo Estéban, soy del Berry, y gano tanto como V. M.

—¿Cómo ganas tanto?

—Porque V. M. gana su sueldo y yo también el mío.

DOLORA

«¡Está muerta!» dijéronme: á tu lecho
corrí; y cual delicada sensitiva
al darte un beso se agitó tu pecho,
y yo grité «¡Está viva!»
«¡Está viva!» dijéronme otro día
cuando loco de amor llamé á tu puerta:
y al ver que aparecías muda y fría,
¡ay! exclamé: «¡Está muerta!»

ANGEL ARNAO

MÁXIMAS

Los besos de las mujeres
son pagarés á mi ver,
que más tarde ó más temprano
al fin llegan á vencer.

* * *

Todos dicen que la joya
más preciada es la inocencia;
y yo pregunto: ¿por qué
todos desean perderla?

* * *

Si veis cuando alguien se muere
que otro llorando se exalta,
no digáis «¡cuánto le quiere!»
sino «¡cuánto le hará falta!»

* * *

A medida que el progreso
aumenta, la moral
tiene que añadir artículos
al Código penal.

* * *

Por el placer de afeitarse
quiere el joven tener barbas;
por el placer de enviudar
muchas mujeres se casan.

ANTONIO R. MARTÍN

CANTARES

No llames al doctor, madre,
para que cure mi mal,
que la medicina mía
aún está por inventar.

—

Rumor de lúbricos besos,
mentiras, blasfemias, ayes...
todo esto al aire remonta:
¡qué emponzoñado está el aire!

—

Olas que venis cantando,
á ver quien primero acaba,
vosotras de enviarme perlas,
ó yo de entregaros lágrimas.

—

Cuando á tu lado contemplo
de las estrellas la luz,
dudo si te alumbran ellas
ó si á ellas alumbras tú.

Tip. DELCLOS y BOSCH, Sta. Monica, 2. Pasaje.

SAFO

Fué ésta una mujer célebre por su genio y por sus vicios. Dotada de fogosa fantasía y de arrebatado caracter, cantó en versos inmortales el desenfrenado amor que sentia por el joven Faon, que se mostraba insensible á sus encantos. Después de haber llenado de infortunadas quejas los bosques de su patria, no pudiendo resistir más la pasión que le devoraba, subió desesperada el promontorio de Lesbos, desde el cual se precipitó al mar para que sus aguas apagasen con su vida el fuego de tan delirante amor. A ella se debe el verso «sáfico» llamado así de su nombre, como amor sáfico se llama la pasión erótica en su paroxismo.

JUANA DE ARCO

Esta heroina, llamada la doncella de Orleans, nació en la aldea de Domremi, cerca de Vancouleurs, en 1410. Pertenecía á una familia pobre en tanto grado, que para poder subsistir tuvo la niña que emplearse en la guarda de ganados.

Por entonces las armas inglesas tenían casi por entero sojuzgada á la Francia, y casi derribada la corona de Carlos VII.

Juana, que solamente contaba dieciocho años tuvo una visión en la cual se le apareció la Virgen exhortándole á empuñar las armas en defensa de su rey y de su patria. Llena de entusiasmo se presentó al rey pidiéndole que pusiese tropas á su disposición para hacer levantar á los ingleses el sitio de Orleans.

Accedió el rey, y Juana derrotó á los sitiadores, y luego de victoria en victoria les arrebató las plazas fuertes de que se habían apoderado.

En un encuentro quedó prisionera de los ingleses, los cuales la quemaron viva condenándola por bruja, en Ruan á los 31 de Mayo de 1431.

CLEMENCIA ISAURA

Nació esta ilustre dama en el año 1478, y murió en el de 1513. Pocas noticias han quedado de la que fué ídolo de los poetas provenzales. Apasionada por las glorias del «gay saber,» en aquellos tiempos en que la galantería fundaba las famosas «Corts d' amor,» de las que era reina la hermosura, instituyó en Tolosa la poética fiesta de los Juegos florales,» que tanto contribuyó al florecimiento de la literatura.

Para la celebración de esta fiesta anual dejó al morir Clemencia á la ciudad de Tolosa, importantes legados, entre ellos el conocido con el nombre de «la Piedra» que á principios de este siglo producia una renta de más de 10,000 francos.

LUISA DE LA VALLIERE

Era dama de honor de la princesa Enriqueta, de Inglaterra, cuando sus virtudes, más que su belleza, cautivaron el corazón de Luís XIV. No vió ella en Luís al rey poderoso, sino al joven preferido de su alma, y entregóse á su amor con verdadera inocencia. Aunque Luís XIV, amándola sinceramente, se desvelaba para rodearla de honores y faustos, ella rehusó toda suerte de distinciones contentándose sólo con el cariño de su egregio amante. Engendró dos hijos: el conde de Vermandois, y la que después llegó á ser princesa de Conti.

Alguna infidelidad de Luís XIV, y la consideración de que con su amor ofendia á Dios, la decidieron á dejar la corte y tomar el hábito carmelita en 1675 á la edad de 36 años, adoptando el nombre de Sor Luisa de la Misericordia.

Murió en 6 de Junio de 1710, siendo un ejemplar de austerísima virtud.

ADELINA PATTI

Cuando una mujer ha pasado de los veinte años, es grosería publicar la fecha de su nacimiento. Así sólo diremos que Adelina Patti nació en Madrid, en cuya parroquia de San Ginés fué bautizada, siendo su padre un profesor de violín.

Es tan conocida la vida de esta excepcional artista, que nada nuevo de ella podríamos decir á nuestros lectores. Desde que empezó á trinar sentada en las rodillas del gran Rossini, que se embelesaba con su voz, hasta hoy que en el cielo del arte brilla como una estrella de primera magnitud, ha cruzado el mundo en todas direcciones pisando una senda de laureles.

Su caridad es tan grande, que puede decirse, según las limosnas que reparte, que Adelina trabaja siempre á beneficio de los pobres.

JUANA LA LOCA

Hija de los reyes católicos don Fernando y doña Isabel, casóse esta desdichadísima princesa en 1496 con el archiduque de Austria Felipe, llamado el Hermoso, del cual tuvo al grande emperador Carlos V de Alemania y I de España.

El amor delirante que profesaba á su esposo, llegó al extremo de trastornarle el juício, á consecuencia de la frialdad con que Felipe la miraba.

Por muerte de su madre ciñó la corona en 1506, empezando á sufrir una verdadera pasión por los malos tratos que le daba su marido, ansioso de gobernar sin la sombra de doña Juana.

Murió Felipe, y la reina, inconsolable, acompañó su cadaver por media España, en una triste odisea que ha inmortalizado en el lienzo el genio de Pradilla.

En Tordesilla, año de 1555, y á los 73 de edad, acabó su vida esta infortunada señora, después de cuarenta años de absoluto aislamiento.

BALMES

Es uno de los más ilustres hijos de Cataluña, que cuenta muchos y muy distinguidos en todos los ramos del saber humano.

Nació el año 1810 en la ciudad de Vich, donde comenzó sus estudios en el seminario conciliar, pasando luego á la célebre universidad de Cervera, sobresaliendo especialmente y ya desde un principio en filosofía y teología. Luego que se ordenó sacerdote dedicóse á las ciencias político-sociales, que le deben estudios profundos, muestra á la vez de la mucha erudición, de la clarísima inteligencia y de la extraordinaria fuerza de raciocinio de su autor. Una de las obras de Balmes: «El Protestantismo comparado con el catolicismo,» es considerada como superior al «Genio del Cristianismo,» de Chateaubriand. Escribió un notabilísimo curso completo de filosofía y otras producciones, entre las que merece mención su folleto «Pío IX.» Balmes falleció en 1848.

CARACALLA

El hijo de Septimio Severo y Julia nació en Lyon el año 188. Al suceder á su padre, fué su primera hazaña la de asesinar á su hermano Geta en los brazos de su propia madre, y continuó sus crímenes mandando dar muerte al jurisconsulto Papiniano, porque se había negado á hacer la apología del fratricidio. Luego, añadiendo al crimen la hipocresía, mandó colocar á su hermano en el número de los dioses. En Roma, en las Galias, en todas partes sus crueldades y sus exacciones llenaron de horror y de miseria á los pueblos. Cobarde, al mismo tiempo que sanguinario, compró á fuerza de oro la paz á los Germanos, los Partos y otros pueblos bárbaros, lo cual no le impidió engalanarse con los más pomposos dictados; y como los habitantes de Alejandría se hubiesen reído de sus ridiculeces, los pasó á cuchillo hasta que la sangre corrió por las calles.

Murió asesinado por un centurión de su guardia en Edesa.

DAGUERRE

Luís Jacobo Daguerre nació en 1789, y desde un principio demostró gran vocación por la pintura y por los estudios físicos. Consagróse con tanto afán á estos estudios que llegó á descuidar el atender á sus más urgentes necesidades, así como á las de su esposa, cuando contrajo matrimonio, dando con ello motivo á que ésta fuese á ver al eminente físico Mr. Dumas y le rogase que viera á su marido y le convenciese de que debía abandonar sus especulaciones científicas y sus ensayos por ocupaciones más positivas. El sabio visitó en efecto á Daguerre; pero, lejos de tratar de disuadirle de su empeño le facilitó algunas cantidades para que continuase sus estudios, y á ello se debió el descubrimiento del «Daguerrotipo,» origen de la fotografía moderna. Daguerre murió en 1850.

CAYO JULIO CÉSAR

Cien años antes de J. C., y en el 564 de la fundación de Roma, nació César, cuyas empresas necesitarian muchas páginas para ser enumeradas. Proscrito por Sila, como pariente de Mario, vuelto á Roma á la muerte del dictador victorioso de Mitridates, nombrado tribuno militar, questor y edil, sucesivamente; luego gobernador de España, gran pontífice y cónsul. El matrimonio de su hija con Pompeyo aumentó su poder, y concediósele el gobierno de las Galias, y en diez años obtuvo cien victorias. Pasó á la Gran Bretaña, volvió al continente, llevando siempre consigo la victoria. Rompió con Pompeyo: atravesó el Rubicón, venció en Farsalia á su rival; derrotó luego Farnaces, rey del Ponto, con la celeridad que revelan sus palabras: «llegué, ví, vencí;» batió en Munda (España) á los hijos de Pompeyo, y al regresar á Roma se le nombró dictador. Murió asesinado en el Senado el año 43 antes de J. C.

MONTGOLFIER

Los dos hermanos Montgolfier (José y Jacobo) nacieron el uno en Vidalon-les-Aunocrai en 1740, y el otro en 1745, en el mismo pueblo. Hijos de un fabricante de papel, dedicados á la física, la química y la mecánica, mejoraron la industria de su padre con la elaboración del papel llamado «de salm,» inventaron una máquina neumática para enrarecer el aire, y el «ariete hidráulico,» que aplicaron á sus molinos de papel, y que después ha sido muy mejorado. Se ha contado de diferentes modos el descubrimiento de los globos, y no se sabe á cuál de los dos hermanos ocurrió primero el pensamiento: los dos hicieron el primer ensayo publico en la plaza de Anonai, con el mayor éxito. Marcharon entonces á París á comunicar su descubrimiento, y fueron premiados por su invento, dándose á José una pensión de dos mil francos, al otro la cruz de San Miguel, y al padre de ambos, cartas de nobleza.

FORTUNY

Mariano Fortuny vió la luz en Reus en 1839, siendo su padre un carpintero que le envió á Barcelona á estudiar en vista de sus excelentes disposiciones, y que resultaron ser indicios de un verdadero ingenio, pues á los veinte años ganó las oposiciones para una pensión á Roma, abiertas por la Diputación de Barcelona.

Su cuadro de la «Batalla del 4 de Febrero,» aunque incompleto, los de la Vicaria, la Odalisca, Un moro en oración» (que vendió por 20.000 francos) y tantos otros prueban cuanto debe llorarse su prematura muerte, acaecida en Roma en 21 de Noviembre de 1874, cuando ya había contraído matrimonio con Cecilia Madrazo. Fortuny igualó á Rosales en el relieve y color, y á Gerome en la finura; aventajó á Meissonier en la entonación y á Zamacois en la gracia; en las aguas fuertes llegó hasta los mejores; en las acuarelas los venció á todos.


BALMES




CARACALLA




DAGUERRE

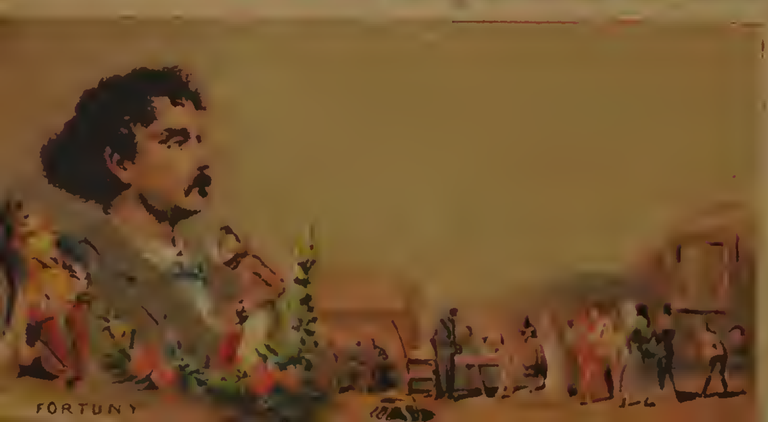



JULIO CESAR




MONTGOLFIER




FORTUNY




ILUSTRACION
NON PLUS ULTRA

SUSCRICION
Semestre. . . 3 Ptas.
Año. . . . . 5'50 id.
Pago en moneda, libranza ó sellos únicamente en la Administración, de 10 á 1 y de 3 á 5.
ESCUDILLERS 5, 7 y 9
Barcelona

Núm. III

ILUSTRACION NON PLUS ULTRA

Barcelona 23 Setiembre 1886

Año I

NÚMEROS SUELTOS
10 céntimos de peseta
y 15 los atrasados.
De venta en las librerías, kioscos, vendedores ambulantes y puntos de costumbre en
España

Núm. suelto 10 cént. de peseta ⁂ Núm. suelto 10 cént. de peseta
Los corresponsales venderán por manos á los vendedores ambulantes.

NUESTRAS LÁMINAS

PIMIENTA

No es necesario decir que es del señor Llovera la lámina de nuestra primera página. Tiene este distinguido pintor inspiración tan propia y estiló tan peculiar, signos indubitables que revelan al verdadero artista, que no há menester firmar sus obras para que se conozca su paternidad. Toda la picaresca donosura de nuestras trigüeñas mozas del Mediodía, está contenido en el garboso tipo de la «Pimienta,» que parece dispuesta á romper una cañita de manzanilla y á palmotear una petenera. Por poco que se mire la lámina se siente el cosquilleo que producen las hermosuras picantes, y acude á los lab'os el característico «¡Olé! ¡viva tu madre!»

IDILIO

En la gruta de Versalles, rica en joyas de arte, se encuentra en mármol el original de esta estatua, que es objeto de estudio de todos los que cultivan el divino arte de Fidias.

REVISTA COMERCIAL

Para depurar los grados de cultura de una nación, examinan unos las obras científicas y literarias que produce, otros las fábricas que mueve, otros las yugadas que cultiva, otros las naves que envía por los mares; más yo que tengo mi especial manera de ver las cosas, me atengo á estadística más prosáica. Creyendo firmemente en el refrán que dice «díme lo que comes, y te diré quién eres,» estudio la alimentación de los pueblos para saber el estado de su adelanto.

Porque yo me hago esta filosófica reflexión: Las naciones se componen de indivíduos; cada individuo está formado por un organismo, que es motor de las determinaciones del ánimo; y como el organismo funciona con debilidad ó con brío según sean las materias que concurran á su nutrición, estas materias, cuales fueren, al causar pujanza ó desfallecimiento en el individuo obrarán los mismos efectos en el cuerpo social si en la mayoría de los ciudadanos se asimila.

El estómago es el gran generador en esta complicada maquinaria que se llama cuerpo humano. No calentéis el generador, y la máquina dejará de funcionar. Pero elevadlo á altas temperaturas, y veréis que rudos y descompasados movimientos produce. La mujer aficionada á la empalagosa dulzura de las golosinas mira con asco el zurcido y el fogón; el hombre dado á los ardores del alcohol desconoce el orden y la moderación.

Probado tengo por larga esperiencia, que en el corazón predominan sentimientos amorosos, místicos, ó bélicos, según sean los manjares que á uno le han servido en la mesa. Observado hé, que naciones ó pueblos, ó familias de una misma sangre y de una misma complexión y habitadoras en un mismo clima, difieren en costumbres, en aficiones y en cultura, sólo porque difieren en las materias de consumo. Y aún he notado, que un individuo ó un pueblo cambió radicalmente de caracter y hasta de ideas, al cambiar de alimentos. Esto me da la clave de la historia. Así es que en las dulces cebollas de Egipto encuentro explicada la reincidente idolatría de los hijos de Jacob; en los mal cocidos tasajos de toro que comían los guerreros de Ayax veo justificada, como por testigos presenciales, la tenacidad de los griegos en pelear durante diez años al pié de los muros de Troya; las naranjas de Andalucía me dicen de la irrupción sarracena más que la *Historia* del Padre Juan de Mariana; las legumbres de Cincinato, y las murenas de Caracalla me hablan de las glorias y las lascivias romanas con sin igual elocuencia; los picadillos que empezó á gustar Luís XIV y perfeccionó Luís XV denuncían con más vehemencia que la candente pluma de los enciclopedistas, los males que aquejaban á Francia en el siglo XVIII, como el hatchis y el opio expresan de clarísimo modo las molicies y la languidez del Oriente.

El estudio detenido de una estadística comercial, es el mejor medio para conocer en que términos de progreso se halla esta ó aquella nación. ¿Predominan en el consumo de un pueblo las materias grasientas? Pues es inútil buscar sabios en él. ¿Predominan las féculas? Pues renunciad á encontrar héroes. ¿Predomina el pescado? Pues, ¡adiós! santos.

El gran general que venció en la guerra franco-prusiana, no fué el anciano Moltke que derrotó al impetuoso Bourbaki, sino el caldo de guisantes de Berlín que probó su superioridad á las trufas de Versalles.

El consumo de aguardiente de garbanzos y de carne salada, no dará ciertamente matices de hermosura al rostro, pero en cambio enarbolará siempre la bandera roja y amarilla sobre los muros de Tetuán. A fuer de patriota opino que nos bebamos los españoles nuestro aguardiente y nos comamos nuestros garbanzos y nuestras ricas salazones humeándolas con humo de buen tabaco, si es que deseamos mantener incólume la fama tradicional de esforzados, y dejemos que allá se aquiloten el cerebro y se desgasten los huesos fumando hojas de parra y bebiendo *schops*, los que al ofrecernos plaza para nuestras producciones quieren abrir sangría, no sólo para inocularnos su decrepitud avanzada, sino para extraernos el último resto de virilidad que nos queda.

RICARDO SEIJAS LOZANO.

HISTORIA DE UNA PASION

POR

Pedro Huguet y Campañá

(Continuación)

Copudos y altos árboles
mirándose en el río,
formaban densa bóveda
contra el rigor de estío:
en ellos suaves cánticos
lanzaba el ruiseñor
sirviéndole de música
del céfiro el rumor.
Las aguas deslizábanse
sobre tupida alfombra;
brillaban luces fulgidas
entre la tibia sombra;
susurros melancólicos
sonaban por doquier,
y el corazón estático
se henchía de placer.
Allí en las horas cálidas
mi libre pensamiento,
alzaba el vuelo intrépido
al claro firmamento:
y de astros coronándose
volaba sin cesar,
por las regiones poéticas
de un celestial soñar.
En catarata mágica
veía en mi locura
pasar ante mí imágenes
radiantes de hermosura:
creía un crujir áspero
que era de un beso el són,
y sentía en mi espíritu
extraña desazón.
Herida por insólito
aguijonear mi alma,
buscaba allá en lo incógnito
ventura, amor y calma:
y en el delirio férvido
de tanto fantasear,
amaba á un sér fantástico...
tan sólo para amar.

III

Mi loca fantasía,
robóme el sueño un día;
con agitado pecho
el angustioso lecho
de súbito dejé;
y ansiando las primeras
caricias lisonjeras
del aura perfumada
que juega en la enramada,
al campo me lancé.
Bordaba la mañana
de cárdeno y de grana
los limpios horizontes
cortados por los montes,
y á trechos por el mar.
Tras sofocante noche
la flor su lindo broche
abría de olor rico,
los pájaros su pico,
sus senos el pinar.
Las cándidas neblinas
plegaban sus cortinas,
en las ingentes peñas,
y en las punzantes breñas,
cual vaporoso chal.
Por mis ardientes poros
sus múltiples tesoros
de aroma y de frescura
vertía la natura
en próvido raudal.
Rumores y armonía
doquiera apercibía;
aquí un suave murmullo,
allí un vibrante arrullo,
ó el eco de un rabel.
Y el bronce solitario
del viejo campanario,
desparramando al viento
su jubiloso acento
llamaba al templo al fiel.
Humeaba allá en la aldea
la oscura chimenea,
y el can con su ladrido
al labrador dormido
porfiaba en despertar.
Llameaba el horizonte:
se purpuraba el monte:
la selva se inflamaba,
y el sol se levantaba
del seno de la mar.

(Se continuará)

LA CONFESION DE UNA REINA

(Conclusión)

Hubo un momento de pausa, durante el cual sólo se oyó el fatigoso roncar de la reina, el rugir de la tempestad y el chisporroteo de las dos antorchas que alumbraban la sala.

—Obispo,—exclamó al fin la reina;—¿júrasme que no tienes el dón de obrar milagros?

—Lo juro, señora, ante Dios.

—Pues ya que no me puedes ayudar á vivir, ayúdame á morir. A morir: ¿lo oyes bien? Mañana, ¡qué es mañana! dentro una hora quizá nada quede de mi voluntad soberana, y temo que Dios no me perdone la sangre que he vertido para asegurar la paz de mi reino.

—La misericordia de Dios es infinita, y es preciso aprovechar el espacio de vida que os queda para ganar la corona de los justos.

—Padre, ¡imposible! No hay perdón para mí.

—Un acto de contrición abre las puertas del cielo. ¡Reina, arrepentíos!

Incorporóse lentamente Fredegunda y clavó sus ojos en los del obispo. ¡Ay! todavía era hermosa. Incorporada sobre el lecho, desabrochada la ropa y esparcidos los cabellos por los blancos hombros, parecía una estatua de mármol.

—¿Conque puede haber perdón para mí?—exclamó la reina.

—Arrepentíos: el tiempo apremia. La muerte tiene quizá levantado el brazo sobre vos.

—Obispo, óyeme en confesión. Voy á pronunciar palabras terribles; pero ten en cuenta que los actos de los reyes no pueden juzgarse según las reglas ordinarias del resto de la humanidad. Lo que es un crimen en el vulgo, es á veces un acto de necesidad en un rey.

—En este momento no sois para mí la reina, sino una pecadora que reconoce sus faltas, las confiesa y se arrepiente,—repuso solemnemente el prelado.

Ante tan atrevida interrupción, la reina, que nunca permitió á nadie la más pequeña observación, tembló de cólera. Mas pronto le asaltaron pensamientos piadosos, y dijo:

—Que Dios me preste fuerzas para hablar, y á tí te las dé para escucharme.

—En nombre del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo, te bendigo,—dijo el obispo,—puesto que profesas la fe del concilio de Nicea y abominas de las falsas doctrinas de Arrio. Habla, hija mía: no es un mortal, sino el Espíritu Santo quien te oye.





Fredegunda bajó la cabeza y permaneció algunos instantes en recogimiento.

Al fin exclamó:

—Padre; yo no provengo de estirpe real.

Y una llamarada de rubor encendió su rostro.

—En la hora de la muerte todos los mortales somos iguales á los ojos de Dios.

—Aunque de humilde origen, sentía en mi corazón una voz secreta que me anunciaba un gran porvenir. No descansé hasta conseguir colocación cerca las hijas de la reina Audovera, esposa del rey Chilperico. Este me vió y me amó. Un día me dijo: «Si enviudase serías reina.» Aquella noche enviudó.

Gregorio se estremeció.

—¡Oh, padre! tranquilízate: no hubo derramamiento de sangre. Audovera acababa de dar á luz un niño. Cuando éste contaba nueve días, ella y yo le llevamos á la capilla, habiendo procurado yo que no estuviese presente la madre de Audovera, que debía apadrinar al recién nacido. «Reina,—dije;—sed vos misma la madrina de vuestro hijo.» El sacerdote, que yo había ganado á precio de oro, no advirtió á Audovera que, por el mero hecho de apadrinar un hijo de Chilperico, su matrimonio con éste se convertía en sacrílego, y, por lo tanto, quedaba disuelto. La ceremonia se verificó, y yo corrí á buscar al rey.

—Ya no tenéis esposa, señor,—le dije;—y le conté mi estratagema.

—¡Muy bien!—contestó.—Audovera va á entrar sin demora en un convento: queda hecho el divorcio. Por fin podré casarme con la hermosa Galswintha, hermana de Brunehaut.»

—Efectivamente, padre; Chilperico me pospuso á la hija de Atanagildo, rey de España. Era hermosa y joven, y, por lo tanto, una poderosa rival... Un año más tarde yo era reina de Francia. Se había encontrado á Galswintha muerta en la cama...

—¡Gran Dios! Misericordia para esta pecadora,—murmuró Gregorio.

—Sigiberto, rey de Austrasia, queriendo vengar la muerte de su hermana, declaró la guerra á Chilperico, y nos sitió en Tournay. Al cabo de algunos días fuí su prisionera. Tenía yo dos fieles pajes, oriundos de Theruana. Les entregué dos puñales emponzoñados, y tres días después el ejército de Sigiberto se alejaba de Tournay, llevándose el cadáver de su rey atravesado por dos puñaladas. Luego Brunehaut, hermana de Galswintha, cayó en mi poder. La hice encerrar en un claustro de Ruan, donde todos los días se le azotaba, repitiendo estas palabras: «Toma eso, en nombre de la reina Fredegunda.»

Gregorio se ocultó el rostro con ambas manos.

—Chilperico tenía tres hijos de su primera mujer, los cuales debían, á la muerte de su padre, empuñar el cetro, en perjuicio de mis hijos. Y los tres murieron. ¿Qué más? El mismo Chilperico cayó asesinado á manos de Laudri, y yo me alcé con la regencia. Ya ves, obispo, que no merezco perdón.

—Continuad la confesión.

—¿Qué diré, si ya sabes lo demás? El asesinato del obispo Pretextato, que osó desobedecerme; el asesinato que, por medio de dos clérigos, intenté contra el rey de Austrasia, y contra Goutrán, rey de Borgoña; Goutrán, mi bienhechor, que me había protegido contra Childeberto, cuando yo no tenía otro reino ni otro asilo que la nave de una iglesia... Hé, ahí, todo.

Acabó de hablar, y clavó en el obispo sus ojos llenos de duda y desesperación. Entonces se irguió majestuosamente Gregorio, y acercándose al lecho, exclamó con voz solemne:

—Fredegunda: ¿te arrepientes de todo corazón?

—Me arrepiento.

—¿Estás resignada á cumplir la penitencia que el Espíritu Santo va á imponerte por mi boca?

—Me resigno.

—Pues oye y obedece: despójate de tus insignias reales, manda que te coloquen sobre un lecho de ceniza, reune la corte, á fin de que los testigos de tu poder y tus crímenes lo sean de tu humillación y arrepentimiento, y pídeles perdón de los escándalos que has causado.

—Te obedeceré.

—Además, júrame sobre los santos Evangelios que, si no mueres, si logras curar...

—¡Curar! ¡curar! ¿Luego aún hay esperanzas de salvación? ¿Luego no estoy irremisiblemente perdida? ¡Oh! ¡Haz ese milagro, y verás mi agradecimiento!

—Júrame que por el resto de tu vida te encerrarás en un convento, donde harás penitencia y llorarás tus crímenes.

—¿Yo en un convento? Obispo, ¿te has vendido á mis enemigos? ¡Oh, Gregorio, tú ignoras que aún tengo voz para ordenar que te corten la cabeza por traidor!

—Por la salvación de vuestra alma, arrepentíos. Ved que apenas os queda una hora de vida.

—Me arrepiento; pero no quiero el claustro: ¿lo oyes? Quiero morir como he vivido: reina de Soissons y de Lutecia.

Cogió el silbato de plata, silbó, y acudió un paje.

—Colocadme sobre un montón de ceniza, y dejad entrar libremente todo el mundo á palacio para oir el arrepentimiento de la reina Fredegunda que se muere.

Espectáculo terrible é imponente era ver á la reina tendida sobre ceniza á los piés del anciano obispo, á presencia de los cortesanos, guardias y servidumbre de palacio.

Algunas antorchas, clavadas en garfios, arrojaban su trémula luz sobre el desencajado rostro de la reina.

—Escuchad,—dijo ésta.—Pido perdón á Dios y á los hombres. La misericordia del mundo interceda para que obtenga la del cielo Abrid las puertas de las cárceles, y dad, en nombre mío, libertad á los presos... ¿Estás contento, Gregorio?

El obispo cayó de rodillas, bendijo á la reina, y empezó la ceremonia de la estrema-unción. Cuando hubo terminado, se dirigió á la multitud que estaba arrodillada á su alrededor, y dijo:

—Hermanos míos, rezad el *De profundis*.

El alma de Fredegunda estaba ante el tribunal de Dios.

Félix Davín

MISCELANEA

En un sermón que predicaba un fraile sobre el sexto mandamiento, apostrofando con la mayor vehemencia á los que arrostrando la cólera divina se dejan arrastrar por el vicio de la impureza, decía:

—Y lo más extraño, hermanos míos, es que hagan lo mismo hombres casados con mujeres jóvenes y hermosas, que ya se daría por muy contento cualquiera de nosotros si le pertenecieran...

Oyendo un hombre muy poderoso, y de gran entendimiento, que un servil adulador le alababa exageradamente, se levantó y le dió un bofetón.

—¿Por qué me hiere usted?—preguntó el ofendido.

—Porque tú me muerdes, y la defensa es natural,—contestó el caballero.

A JULIA

Julia, si cuanto hiere en carne viva
sangre sacase como fina espada,
¡cuánta lengua que limpia nos parece
veríamos con asco ensangrentada!
y tambien ¡cuánta sangre notaríamos
en el rayo de luz de tu mirada!

Pedro del Zarco

Tip. Delclos y Bosch, Sta. Monica, 2. Pasaje.

CARLOTA CORDAY

María Ana Carlota Corday D'Armans perteneciente á una noble familia de Normandía, nació en San Saturnin en el año 1768. Dotada de un corazón entusiasta, se enamoró de las doctrinas republicanas predicadas elocuentemente por los oradores de la Gironda. Pero la sangre con que manchaban á Francia los hombres del terror, llenó de patriótica indignación á su alma y juró vengar á las víctimas de los asesinos revolucionarios. Al efecto se dirigió á París, con intento de matar á Marat como al más implacable y cínico de aquellos verdugos. Entró en su casa pretextando que iba á delatarle una conspiración, y encontrando al monstruo metido en el baño, le partió el corazón de una puñalada. Fué presa y condenada á la guillotina, cuyo suplicio sufrió en 17 de Julio de 1793, admirando á París por su estremada hermosura, su heroico valor y su austera virtud.

Mme. MAINTENON

En la cárcel de la Conserjería de Niort, donde estaba preso su padre, nació en 1635, Francisca d'Aubigné que más tarde se llamó marquesa de Maintenon. Vivió los primeros años de su juventud tan triste y pobremente, que se tuvo por dichosa de casarse con el poeta Scarrón, que sobre ser de edad muy avanzada, estaba completamente baldado. Cuando quedó viuda de éste, volvió á la miseria. Se disponía á partir para Portugal, acompañando á la princesa de Nemours, cuando por recomendación de madama Montespán, querida de Luís XIV, obtuvo un cargo en la Corte. No tardó el rey en prendarse de la hermosa viuda, que acabó por eclipsar completamente la estrella de la Montespán. Rápidamente subió al colmo del favor, y de tal suerte encadenó la voluntad del rey, que cuando éste quedó viudo en 1683, casóse secretamente con la marquesa de Maintenon.

En 1719 y en el retiro de Saint-Cyr, murió la viuda de Luís XIV.

MAGDALENA

A orillas del lago de Genesareth, en Galilea, se levantaba el castillo de Magdalo, donde vivía una mujer que por su hermosura era asombro de cuantos la veían, y por su libertinaje, escándalo de la comarca.

Pero la palabra de Jesús llegó á sus oídos, y la gran pecadora de Magdalo, libre de los siete demonios de que estaba poseída, se convirtió en la humilde penitente que hoy venera la Iglesia con el nombre de Santa Magdalena.

Desde el día que vendió todas sus ricas joyas para comprar el precioso ungüento que derramó á los piés de Jesús, hasta que éste exhaló en el Calvario el espíritu, siguió María Magdalena constantemente sus pasos.

Muerto Jesús, se dirigió con la Virgen y San Juan á Efeso, donde dejó de existir en el año 90 de la Era cristiana. Sus restos están depositados en la iglesia de San Juan de Letrán, en Roma.

LAURA

Laura de Noves, célebre por su hermosura y por el purísimo amor que inspiró á Petrarca, nació en 1308. A los diecisiete años de edad casóse con el noble caballero Hugo de Sade, de cuyo matrimonio tuvo nueve hijos. Vióla el gran poeta italiano en la iglesia de Santa Clara de Aviñón, el día de lunes santo, 6 Abril de 1327, y se enamoró hasta el delirio de su belleza.

En odas y sonetos imperecederos cantó Petrarca á su casto amor, alcanzando con esto Laura tanto renombre, que los extranjeros se dirijian espresamente á Aviñón para visitar la mujer que había inspirado aquella profunda pasión. Laura fué siempre modelo de esposas, á pesar de las inmensas amarguras que le proporcionaba el caracter sombrío de su marido.

Murió víctima de una peste, á la edad de cuarenta años, en el mismo día, mes y hora en que Petrarca la vió por vez primera.

Mme. STAEL

La más célebre escritora del siglo XVIII nació en París el día 22 de Abril de 1766, y se llamó Ana Luisa Germana, baronesa de Staël-Holstein, tomando este apellido de su esposo.

Dícese de ella que nunca fué niña, y siempre fué joven. Era hija del famoso hacendista Necker, con el cual cooperó en importantes trabajos. A la edad de quince años comentó el «Espíritu de las Leyes» de Montesquieu, y en el decurso de su vida compuso innumerables obras, entre las cuales descuellan sus famosas «Cartas de Alemania» y su popular estudio artístico «Corina.» Agitadísima fué su existencia por los combates que libró contra la Revolución francesa, viéndose obligada á vivir en las cortes extranjeras. Rehusó los ofrecimientos que le hizo Napoleón I para decidirla á defender su trono, y murió en 14 de Julio de 1817, habiendo tenido la satisfacción de ver restaurada en Francia la monarquía legítima, que le indemnizó espléndidamente sus notables trabajos.

LUCRECIA

Esta ilustre romana, hija de Lucrecio Tricipitino, y esposa de Tarquino Colatino, inspiró con su belleza una pasión criminal á Sexto, hijo del rey Tarquino el soberbio, el cual, habiéndose una noche introducido furtivamente en la habitación de la virtuosísima matrona, aprovechando la ausencia de Colatino, la obligó á sucumbir á sus brutales deseos, con la amenaza de que si se resistía la degollaría y mataría luego á un esclavo, colocando el cadaver de éste en el lecho de Lucrecia. Al siguiente día la ultrajada dama envió á buscar á su padre y á su esposo, que llegaron con varios amigos, ante los cuales contó Lucrecia el hecho infame de que había sido víctima. Acabado el relato sacó un puñal que llevaba escondido y se lo clavó en el corazón, pidiendo venganza. Este trágico suceso ocurrió en el año 509 antes de Jesucristo, y fué la causa de la destrucción de la monarquía en Roma.

QUEVEDO

Este escritor nació en Madrid por el año de 1580. Conocedor del árabe, hebreo, italiano y francés, versadísimo en medicina y teología, en cuya ciencia se había graduado á la edad de quince años, gran jurisperito, moralista profundo, político habilísimo, prosista sin rival y celebérrimo poeta, tal se mostró D. Francisco de Quevedo de Villerga, durante su accidentada vida. Un duelo que riñó con un poderoso caballero le obligó á ir á Sicilia acompañando al duque de Osuna, de quien fué áulico y secretario. A la caida de su protector fué preso, tardando tres años en recobrar la libertad, para ser desterrado á la Torre de Juan Abad, de que era señor. Murió en 1645.

Este escritor ingeniosísimo al cual se atribuyen innumerables rasgos de humor, merece ser más estudiado en sus admirables tratados ascéticos que en sus poesías y obras satíricas, escritas sólo por mero pasatiempo y en los días de la juventud.

GHIBERTI

Lorenzo Ghiberti, célebre escultor florentino, nació en 1378. Contaba veintidos años, cuando se presentó al concurso abierto en Florencia para la ejecución de una de las puertas de bronce que decoran el babtisterio de la iglesia de San Juan, y venció á todos sus competidores, entre los cuales se contaban los más ilustres artistas de Italia. Veintiún años empleó Ghiberti en la realización de su obra, concluída la cual se le encargó la ejecución de otra puerta mucho más rica para sustituir á la que anteriormente había esculturado para la entrada principal el famoso Andrés de Pisa. Este nuevo trabajo le tuvo ocupado durante dieciocho años, produciendo con él una de las más ricas joyas de arte que en el día es dado contemplar.

Además de estos trabajos enriqueció Ghiberti á Florencia con innumerables esculturas en bronce, estatuas y bajos relieves.

Murió en 1456.

VALERO

D. José Valero es la última estrella próxima á eclipsarse de aquella brillante pléyade de artistas dramáticos que á principios del segundo tercio de este siglo eran gloria de la escena española. ¿Quién no conoce á Valero? ¿Quién no le ha admirado y aplaudido en alguna de sus hermosas creaciones? ¿Quién no ha llorado con él, en el Simón de «La Aldea de San Lorenzo,» ó en el Andrés de «La Carcajada,» ó en el Yorich del «Drama Nuevo?» ¿Quién no se ha sentido fascinado por Luís XI, por Ricardo D'Arlington, por el Campanero de San Pablo ó por el Patriarca del Turia?

Valero, digno sucesor de Julián Romea, y maestro de toda una generación de artistas, no pertenece á la escuela de los actores efectistas. Bástale una mirada, bástale un gesto, bástale el más leve movimiento, para levantar tempestad de aplausos. Es de los actores que sienten mejor qué dicen, y hacen sentir más bien que recrean.

EDISSON

El nombre de este célebre inventor norte-americano, gloria de los Estados Unidos, se ha hecho popular en todas las regiones del orbe desde que, con sus grandes descubrimientos sobre la electricidad, ha dado excepcional impulso al progreso humano. Hijo de familia indigente pasó los primeros años de su vida en la mayor miseria é ignorancia, viéndose obligado á vender periódicos por las calles para no morirse de hambre. A su fuerza de voluntad, y al poder de su genio, noblemente secundado por la generosa protección con que el pueblo norte-americano dispensa á los hombres de talento, debe cuanto es y vale. Si hubiese nacido en España, Edissón habría muerto ignorado en un hospital ó en un manicomio. Nació en la libre República de los Estados Unidos, y goza en vida de una celebridad universal y de una fortuna inmensa, y gozará después de muerto la inmortalidad debida al inventor del teléfono y del fonógrafo y de tantas otras especulaciones científicas.

AGUSTÍN FRESNEL

Tras largos años de estudio y lucha, el sabio físico cuyo nombre es Fresnel, según unos, Dufresnel según otros, consiguió ver realizado el objetó de sus vigilias. Arrancó á la electricidad uno de los secretos que con más empeño se obstinaba en mantener ocultos, y encendió los faros, esas estrellas polares que signan al navegante las hospitalarias playas. Merced al invento de Fresnel, el mar perdió mucho de su terror, y el hombre ha podido utilizar el fuego del rayo para ceñirlo á las fachadas de los palacios como rutilantes arcadas de estrellas.

Los antiguos químicos y físicos se afanaban inútilmente buscando en las retortas y crisoles de sus laboratorios la piedra filosofal, ó séase el secreto de fabricar oro, y eso que siempre fué tenido por desvarío, lo ha encontrado la moderna ciencia, no persiguiendo la producción de aquel codiciado metal, sino desentrañando las maravillas y portentos que la naturaleza encierra.

GRAVINA

Algunos han supuesto que este insigne marino era hijo natural de Carlos III. Nació en Nápoles, el año 1747, de donde pasó á España para hacer sus primeras armas contra los moros de Argel, bajo las órdenes del célebre y temido almirante catalán Barceló. Su despejado talento y su extraordinaria bravura le proporcionaron rápidos y merecidos aumentos en la carrera. Pero la inmortalidad que rodea su nombre la ganó en 1805, en las aguas de Trafalgar, mandando la armada española que, aliada con la francesa, presentó combate á la escuadra del famoso Nelsón. Su genio y su valor maravillosamente secundados por todos los jefes de la flota española, hubieran derrotado la arrogancia de los ingleses, si la cobardía del francés Villeneuve no hubiese hecho estéril el heroísmo de nuestros marineros.

Nelsón murió en el combate, y Gravina cayó gravemente herido, falleciendo en el mes de Enero de 1806.




ILUSTRACION
NON PLUS ULTRA

SUSCRICION
Semestre. . . 3 Ptas.
Año. . . . . 5'50 id.
Pago en moneda, libranza ó sellos únicamente en la Administración, de 10 á 1 y de 3 á 5.
ESCUDILLERS 5, 7 y 9
Barcelona

Núm IV

ILUSTRACION NON PLUS ULTRA

Año I

Barcelona 30 Setiembre 1886

NÚMEROS SUELTOS
10 céntimos de peseta y 15 los atrasados.
De venta en las librerias, kioscos, vendedores ambulantes y puntos de costumbre en
España

Núm. suelto IO cént. de peseta ✳ Núm. suelto IO cént. de peseta
Los corresponsales venderán por manos á los vendedores ambulantes.

NUESTRAS LÁMINAS

LOS CHULOS

Chulo y chula se encuentran en una de las calles de los barrios bajos de Madrid, y ella, á quien llaman la Colasa, recrimina á él, que es conocido con el nombre de el «Pelao,» sobre cierto lío que parece lleva con Pepa, la buñolera. Por lo regular la pelotera termina con un trancazo, ó con un plato de callos en la taberna del tío Camastrón. Lo cierto es que el autor del dibujo, señor Coll, ha sabido comunicar á nuestros personajes toda la fachenda peculiar á su clase.

EL ÁNGEL CAÍDO

El escultor señor Bellver ha puesto en esta obra, premiada en diferentes exposiciones, algo de lo que constituia la sublimidad de Miguel Angel. La desesperación inmensa, el odio eterno y la belleza que, por ser mucha ha resistido los estragos de un tormento infinito, todo está expresado de mano maestra en «El angel caido,» que parece escapado de las páginas del «Paraíso perdido,» de Miltón.

CUPIDO Y PSIQUIS

El dios del amor enseña á la hermosa Psiquis el divino arte de la música, con la cual rinde mejor su corazón que con los más finos dardos de su carcaj. Este grupo es una de las obras escultóricas de la escuela moderna que mejor recuerdan las graciosas líneas y purísimos modelados del arte clásico.

REVISTA DE LOCOS

El sabio doctor Schurmm es el hombre de las ocurrencias estrambóticas. Pertrechado con la respetabilidad que le prestan sus setenta y siete años, los numerosos diplomas que cuelgan de las paredes de su estudio, su fama científica universalmente reconocida, su título de barón que le confirió un príncipe alemán por haberle curado un maligno divieso, y sus doce mil duritos de renta ganados á fuerza de aplicar cauterios y emolientes, se permite con la mayor frescura emitir y sostener conceptos que, á otro que no fuese él, le conquistarían reputación de rematadísimo loco. Propende su inclinación á propagar, y esto constituye su principal manía, que la locura es un estado normal del cerebro, y que, por consiguiente, los individuos razonables son una excepción de la especie. A todo esto, añade que los hombres que creemos razonables no son tales, sino que, por asemejarse su locura á la que cada uno de nosotros padece, tomamos por razón el extravío que nuestra propia vesania encuentra natural y acomodado á su discurrir.

Parecerán estas opiniones despropósitos, ó cuando menos, paradojas extrañas, reveladoras de que no andan muy firmes los cascos del buen doctor; pero, contemplando la humanidad á la luz de sanos principios, precisa reconocer que, si cosa acertada se ha dicho jamás, es la teoría del famoso Schurmm.

Porque ¿qué menos que de loco calificarse puede aquel que porque un individuo le pisó en un callo, le envía padrinos y se pone á riesgo de que le derrame los sesos de un balazo? ¿Y qué dirémos del que, por tener un re[illegible] que á su gusto le desplume y le pegue con la badila en los nudillos, se lanza por los montes fusil en mano buscando una recia descalabradura? ¿Tiene acaso algo de sensato aceptar la obligación de las modas en el vestir, por incómodas, dispendiosas y estrafalarias que sean, sólo por habérsele ocurrido á algún malicioso sastre reirse á costa de la humanidad? ¿El entristecerse cuando se muere un pariente aquejado de crónico y doloroso mal, no es locura? ¿No lo es afanarse, sufrir toda suerte de incomodidades, pelear sin reposo contra el mund[illegible] entero por adquirir millones que no se podrán gastar durante el curso natural de la vida, y que por lo mismo quedarán sin acompañar [illegible] su dueño á la sepultura? ¡Vaya, que cuando vemos hombres que por beneficiar diez m[illegible] reales ponen á riesgo su fortuna, que por a[illegible]canzar un título de vanidad se humillan, qu[illegible] por ambición de gobernar se colocan en cond[illegible]ción de servitud, que por disfrutar un goce p[illegible]sajero no reparan en tormentos y amarguras, [illegible] que por prolongar su vida de privaciones [illegible] dolores se allanan á cualquier medicamento [illegible] operación quirúrgica que prolonga, sinó a[illegible]menta su padecer, no podemos dejar de cre[illegible] que el cerebro de los tales, y somos así todos, está hondamente perturbado!

En la vida doméstica las reprensiones d[illegible] padre al hijo, y las querellas entre marido [illegible] mujer, indican que alguno de estos individu[illegible] hace ó dice cosa que no corre parejas c[illegible] el buen sentido. En la vida social significan [illegible] mismo las luchas, los litigios y las guerr[illegible] Que no haya ningún cerebro extraviado, y [illegible]sará de pronto esta universal disconformid[illegible] que nos acaba.

En una palabra para concluir: ó dement[illegible] fueron cuantos filósofos, cuantos heroes, cu[illegible]tos *sabios*, cuantos apóstoles de alguna id[illegible] tuvieron á gala padecer y sucumbir por ella, [illegible] aquejados de demencia estuvieron sus imp[illegible]nadores y sus verdugos, si es que no esta[illegible] rematados á la vez perseguidos y perseguidor[illegible]

Por eso no es racional pensar á las prime[illegible] de cambio, que el doctor Schurmm sostiene [illegible] teoría con extravío de juício. Que tal vez el i[illegible]signe médico está en lo cierto, y resulte el mu[illegible]do un inmenso manicomio donde, lo que rep[illegible]tamos ataques de locura por discrepar de nue[illegible]tro ordinario raciocinar, sean verdaderos m[illegible]mentos de lucidez.

JAVIER GALINDO

Historia de una pasion

por

Pedro Huguet y Campañá

(Continuación)

No lejos de un arroyuelo
que espesos chopos sombrean,
noble casa solariega
alza la frente de piedra.
Por sus seculares muros
ondulan, corren y trepan
tejiendo red complicada
la caléndula y la hiedra,
con la parra resonante
y la umbrosa madreselva.
En medio de la espesura
que esta antigua casa cerca,
y casi al pié de sus muros,
ábrese una plazoleta
que manantial cristalino
con agua abundante riega.
Guía á este sitio apacible
una anchurosa vereda
que entolda con verde bóveda
de plátanos doble hilera.
Caminando á la ventura
abstraído en mis ideas,
enderecé sin notarlo
mis pasos por dicha senda,
y junto á la clara fuente
me senté sobre la yerba,
agradado de la calma
y de la suave belleza
que aquel repuesto paraje
brindaba en hora tan poética.
Así en tranquilo reposo,
la imaginación inquieta
libre vagar permitía
por encumbradas esferas.
¡Qué espejismos! ¡Qué visiones!
¡Qué delirios! Qué estupendas
y caprichosas y varias
y fantásticas quimeras
por mi mente soñadora
iban pasando sin tregua!
De mis locos pensamientos
entre la orgía revuelta,
como del mar se alzan nubes
que toman formas diversas,
así se alzaba gallarda
ceñida de aureas estrellas,
rojos de pasión los labios,
rociadas de luz las trenzas,
una peregrina imagen
lánguida, púdica, aérea,
que me sonreía dulce,
que me contemplaba tierna,
y se perdía esfumada
como neblina ligera.
Mis ojos, como llevados
por una atracción magnética,
seguían por el espacio
esta fugaz visión bella,
que engendraban los deseos
de mis veinte primaveras.
Ronco rechinar de un gozne
y el crujir de una vidriera,
desvanecieron de pronto
mi agradable somnolencia.
De una gótica ventana
de la casa allí frontera
partió el ruído, y la vista
fijé de momento en ella.
Menuda y nevada mano
agitó las claras perlas
que la humedad de la noche
sembró en las muelles hortensias
que en el bucco de la ojiva
guardaban anchas macetas;
Y luego, como la luna
rompiendo flotantes nieblas
asoma, y fulgor esparce
sobre la enlutada tierra,
apareció de una niña
la blonda y gentil cabeza.
En el sol de mediodía,
ni en la más brillante estrella,
vi tanta luz condensada
en rayos de tal pureza,
como en el cerco divino
de sus pupilas serenas.
Mi corazón se contrajo
cual tocado de saeta,
mi cuerpo se extremeció,
corrió lava por mis venas
y rafaguear por mi frente
sentí celestes ideas.

(Se continuará)

Testamento de Pedro I de Rusia



En el nombre de la Santísima é indivisible Trinidad, Nos Pedro I, emperador y autócrata de todas las Rusias, etc., á todos nuestros descendientes y sucesores en el trono y en el gobierno de la nación rusa:

Habiéndome iluminado siempre y sostenido con su divino apoyo el gran Dios de quien tenemos nuestra existencia y nuestra corona, me permite mirar al pueblo ruso como llamado á la futura dominación general de toda la Europa.

Fundo este pensamiento en que la mayor parte de las naciones europeas han llegado á un estado de vejez muy próximo á la caducidad, y que marchan más aprisa de lo que deben. De esto se sigue que deben de ser fácil é indudablemente conquistadas por un pueblo joven y nuevo, cuando éste naya llegado á toda su fuerza y crecimiento.

Miro la futura invasión de los países del Occidente y del Oriente por el Norte, como un movimiento periódico fijado por los designios de la Providencia, que de este modo regeneró al pueblo romano con la invasión de los bárbaros.

Estas emigraciones de los hombres polares son como el reflejo del Nilo, que en ciertas épocas viene á fertilizar su limo las flacas tierras de Egipto.

Encontré á Rusia, *arroyo,* y la dejo hecha ya *río;* mis sucesores harán de ella un *gran mar* destinado á fertilizar la empobrecida Europa, y sus olas se desbordarán á pesar de todos los diques que manos cansadas puedan oponerles, si nuestros descendientes saben dirigir su curso.

Por eso les dejo las siguientes instrucciones que recomiendo á su observación, como Moisés recomendó las tablas de la Ley al pueblo judío.

1.ª Manténgase la nación rusa en contínuo estado de guerra para tener soldados siempre dispuestos. No se deje descansar al soldado más que para mejorar la Hacienda del Estado.

2.ª Llámese por todos los medios posibles de todos los pueblos instruídos de Europa, capitanes y sabios para que Rusia se aproveche en guerra y en paz de todas las ventajas de las demás naciones.

3.ª Tomar siempre parte en todas las cuestiones de Europa y sobre todo en las de Alemania, que como más próxima interesa más directamente.

4.ª Dividir la Polonia, fomentando en ella las discordias civiles, ganar la alta nobleza á precio de oro,





influir en las dietas y corromperlas, y hacer que permanezcan allí las tropas moscovitas hasta que puedan establecerse definitivamente. Si las potencias vecinas ponen algunas dificultades, apaciguarlas, dándolas un cebo hasta que se las vuelva á tomar en detall lo que se les hubiese cedido.

5.ª Tomar lo más que se pueda de Suecia, y saber hacerse atacar por ella, para tener pretexto de subyugarla. Para esto será preciso aislar la Dinamarca de la Suecia, y mantener rivalidades en su seno.

6.ª Tomar siempre las esposas de los príncipes rusos entre las princesas de Alemania, para unirla á nuestra causa, propagando en ella nuestros principios.

7.ª Buscar con preferencia la alianza comercial de Inglaterra, pues esa potencia necesita de nosotros para su marina, y puede sernos más útil que cualquier otra para la nuestra. Cambiar nuestras maderas y primeras materias por su oro.

8.ª Extenderse sin descanso hacia el Norte, á lo largo del Báltico, así como hacia el Sur á lo largo del Mar Negro.

9.ª Aproximarse cuanto se pueda á Constantinopla. *El que allí reine será el verdadero soberano del mundo.* En consecuencia será preciso suscitar contínuas guerras ora al turco, ora á la Persia, establecer arsenales en el Mar Negro, apoderarse poco á poco de este mar, así como del Báltico, pues ese doble punto es necesario para conseguir el proyecto; acelerar la decadencia de Persia, penetrar hasta el golfo pérsico y adelantarse hasta las Indias, que son el depósito del mundo. Una vez allí podremos pasar sin el oro de Inglaterra.

10.ª Buscar la alianza del Austria. favorecer en apariencia sus ideas de dominación sobre Alemania, y excitar al mismo tiempo contra ella, y bajo cuerda, los celos de las provincias, tratando que reclamen ambas partes la intervención de Rusia que ejercerá en el país una especie de tutela, preparando la dominación futura.

11.ª Interesar al Austria en arrojar al turco de Europa y quitarle su parte de botín cuando se haya conquistado á Constantinopla, ya promoviéndole una guerra con los antiguos estados de Europa, ya dándole una porción de la conquistada, que se la quitará después.

12.ª Reunir al rededor de Rusia á todos los griegos unidos y cismáticos que están diseminados; hacerse su centro y su apoyo.

13.ª Desmembrada Suecia, vencida Persia, subyugada Polonia, conquistada Turquía, reunidos nuestros ejércitos, guardados el Mar Negro y el Báltico por nuestros buques, será preciso proponer por separado y con muchísima discreción á Francia y Austria; dividir con ellas el imperio del mundo. Si una de estas potencias acepta, habremos de valernos de ella para hundir á la otra, y después á la que sobrevivirá, empeñando una lucha cuyo éxito no será dudoso por estar Rusia ya en posesión de todo el Oriente y de una gran parte de Europa.

14.ª Si ambas potencias reusasen el ofrecimiento, será preciso saber suscitarles querellas á fin de que una y otra se debiliten. Entonces, aprovechando un momento oportuno, Rusia lanzará sus tropas sobre Alemania, á tiempo que dos formidables escuadras saldrán una del mar de Azoff y otra del puerto de Archangel, cargadas de hordas asiáticas, custodiadas por las escuadras del Mar Negro y el Báltico. Adelantándose por el Mediterráneo y por el Océano, inundarán parte de Francia, y por otro lado la Alemania. Vencidas estas dos comarcas, el resto de Europa pasará dócilmente y sin disparar un tiro bajo el yugo ruso.

15.ª De este modo puede y debe ser subyugada la Europa.

PEDRO I, *autócrata de todas las Rusias.*

Este célebre testamento, que da la clave de todas las cuestiones políticas que están agitando incesantemente á Europa, es objeto de veneración por toda la raza slava, y obtiene entre las demás naciones la co sideración de plan vastísimo y sabiamente concebido La conciencia humana tan despierta para abominar d pequeñas ruindades, parece como dormida cuando s trata de grandes crímenes.

Donde dice: Pedro el Grande, póngase: *Perico e Emperador;* donde dice Europa, léase: *la manzana d casas número tal;* por Rusia, entiéndase: *mi hacienda* y por rusos: *mis criados;* por naciones europeas: *lo propietarios vecinos,* y tendremos que el Código Pen se encargará de calificar al autor de documento ta famoso, en términos nada lisonjeros á su reputación. Pero lo dijo un Emperador, y la cosa cambia. Se trata de derramar torrentes de sangre, y martirizar innúme ros pueblos, y depredar al por mayor, y quien tal hace ó tal proyecta, es grande, es héroe, es inmortal, es santo.

¡La moral! ¡Oh! ¡La moral! ¡Qué cosas se puede decir respecto este tema!

SANTIAGO GONZÁLEZ.

MISCELANEA

Un capitán tenía un asistente gallego, á quien orde nó que cada día, para almorzar, le sirviese un par de huevos pasados por agua.

Quejóse el primer día el capitán, de que los huevo habían salido un poco duros, y el asistente prometió co rregir la falta.

Al otro día se quejó el capitán de que aun habían sa lido más duros. El gallego dijo que lo remediaría.

Pero, al tercer día, el capitán tiró los huevos á la ca beza del gallego, que se los sirvió fuertes como canto Y el gallego, consternado, exclamó:

—¡No sé qué clase de huevos son estos, que cuando más cuecen más duros están.

Uno que se moría suplicaba á su mujer que en qu dando viuda, no se casase con un sugeto de quien pobre marido había estado celoso.

—No temas,—contestó la mujer,—no me casaré co él, porque ya estoy comprometida con otro.

En un tribunal:

—¿Jura V. decir verdad en lo que fuere preguntad

—Lo juro.

—¿Es V. pariente del acusado?

—Lo ignoro.

—¿Cómo es eso?

—Soy de la Inclusa.

CANTARES

Conocerás el dolor
que tu sonrisa me hacía,
si llegas á amar un día
y se ríen de tu amor.

No se vivir sin amar,
y, mujer, pues te amo á tí,
claro es que si tú te mueres
no sabré como vivir.

Procura cuando te duermas
no soñar nunca en voz alta,
que ayer lo hiciste, y tu madre
hoy me ha puesto mala cara.

Debajo de tu ventana
un muerto hallé con asombro,
que ostentaba dos heridas
del tamaño de tus ojos.

Tip. DELCLOS Y BOSCH, Sta. Monica. 2. Pasaje.

LA VEJEZ

Cuando el soplo de los años
nuestro corazón estruja,
y con fuerza nos empuja
hacia el osario fatal,
Vemos el mundo sombrío,
todo feo lo encontramos,
y cada sér que miramos
nos parece un criminal.
Y no es que el mundo, que siempre
invariable gira y dura,
haya perdido hermosura
y haya cobrado fealdad,
Sinó que este desencanto
que tanto pesar inspira,
en si lo lleva y lo mira
la menguada ancianidad.

LA INFANCIA

Cuando el albor de la vida
nuestra existencia colora,
todo á la vista enamora,
todo alegra el corazón;
Y se ve por todas partes
la luz brotar á porfia,
y doquier se oye armonía,
y se encuentra una ilusión.
Hermoso parece el mundo
con ser el mundo un abismo;
pero esto es necio espejismo
que engaña con vilantéz,
Pues no está tanta belleza
del mundo entre los abrojos,
sinó en el alma y los ojos
de la inocente niñéz.

DE NOCHE

En una barca ligera
y al resplandor de la luna,
una pareja hechicera
cruza la estensa laguna.
El són que el remo levanta
de un suspiro ahoga el rumor,
y el agua que ondula, canta
dulces estrofas de amor.
La barca entre sombras hiende;
se para; la dama salta;
una mano al doncel tiende,
y el llanto su faz esmalta.
Ambos se besan con fuego,
y aunque entre sombras estén,
mirad si el amor es ciego,
que con los labios se ven.

DE DÍA

Es mediodía; derrama
fuego el sol como un volcán;
y en la ventana la dama
espera ansiosa al galán.
El galán á ver la hermosa
acude hecho ascua de amor,
ansiando ser mariposa
para volar sin rumor.
Llega, suspira y se afana;
los dos amantes se vén,
y el hueco de la ventana
se convierte en un edén.
Como el sol no apaga Dios
y en besarse se interesan,
se miran allí los dos
y con los ojos se besan.

NIEVE

Más que la nieve que cubre
las campiñas en Octubre
que en Mayo fueron Edén,
hiela mi alma acongojada,
¡oh Elvira! prenda adorada
tu desdén.
¿Lo oyes bien?
Más que la región del polo
llena de témpanos solo,
de soledad y dolor;
está desierto, ¡oh Elvira!
un corazón que respira
sin amor.
¡Tente horror!

FUEGO

Brilla el volcán que derrama
penachos de roja llama
sin extinguirse jamás.
Pero los ojos de Elvira
cuando cariñosa mira,
brillan más:
¡mucho más!
Quema la lava rugiente
que en desbordado torrente
va asolando sin compás.
Pero la dulce mirada
de mi Elvira bien amada,
quema más:
¡mucho más!

EPÍGRAMA

Fama de gran cazador
tiene Juan, y en realidad
debe serlo este señor,
y de rara habilidad.
Pues siempre en la vecindad
decir en su elogio escucho,
que como cazador ducho
usando de cierta treta,
nunca carga la escopeta,
y no obstante caza mucho.

EPÍGRAMA

A cazar sale Fernando,
y con puntería rara
á los pájaros dispara
y así los caza... «matando.»
Entra en un hostal sudando,
ve una muchacha, y sintiendo
cierto deseo tremendo,
le habla, dice que la quiere,
finge que de amor se muere,
y así la caza... «muriendo.»

EL DIABLO LOS SEPARA

Un día, por si «¡ingrato, no me quieres!»
otro, por si «¡estás frívola y pesada!»
y después «¿por si vas de madrugada?»
y luego, porque «¡necia é imbécil eres!»
Es lo cierto que entre hombres y mujeres
poco á poco se afloja la lazada
que la iglesia bendijo, y ya aflojada
¡adiós, paz! ¡adiós, dicha! ¡adiós, deberes!
Al aire un plato, y en la faz las uñas,
este del matrimonio es el retablo,
que trueca los hogares en garduñas.
¿Y aún quieres que me case? ¡guarda Pablo!
¿cómo me he de casar, aunque me empuñas,
si lo que empieza Dios lo acaba el diablo?

DIOS LOS UNE

Se vieron cierta tarde en el paseo,
ella hermosa mujer, y él guapo mozo,
y pensaron los dos con alborozo:
«¡Este es el tipo ideal que yo deseo!»
De sus flechas Cupido haciendo empleo
causó en niña y galán rudo destrozo,
y al fin les obligó llenos de gozo
á encender las antorchas de himeneo.
En fiesta el templo ardía y venturosos
en delirio de amor los dos amantes,
cuando fueron á hacer la santa jura:
los nóvios se trocaron en esposos;
y así lleno de fe, en breves instantes,
lo que empezó Cupido acabó el cura.

EL PESCADOR DE CAÑA

Es el pescador de caña
tan amigo del silencio,
que por temor de hacer ruído
dejará de dar un beso.
Es el pescador de caña
tan amigo de estar quieto,
que por no mover el brazo
no se quitará los cuernos.
Es el pescador de caña
tan amigo del anzuelo,
que si no pesca una trucha
pesca un tabardillo al menos.
Mientras el pescador de caña
está pescando con cebo,
su mujer por imitarle
también pesca... pero en seco.

NIÑOS Y PÁJAROS

Los niños son como pájaros,
y el que niegue lo que digo,
ó no vió un pájaro nunca,
ó no sabe qué es un niño.
En los carcomidos troncos
cuelga el pájaro su nido,
y el niño busca en el seno
de sus abuelos abrigo.
El pájaro por los espacios
se arroja sin rumbo fijo,
y al niño le place siempre
buscar lo desconocido.
Niños y pájaros charlan;
rien pájaros y niños;
y los niños cual los pájaros
son ligeros, y son lindos.




ILUSTRACION
NON PLUS ULTRA

SUSCRICION
Semestre. . . 3 Ptas.
Año. . . . . 5'50 id.
Pago en moneda, libranza ó sellos únicamente en la Administración, de 10 á 1 y de 3 á 5.
ESCUDILLERS 5, 7 y 9
Barcelona

Núm V   Año I

ILUSTRACION NON PLUS ULTRA

Barcelona 7 Octubre 1886

NÚMEROS SUELTOS
10 céntimos de peseta y 15 los atrasados.
De venta en las librerías, kioscos, vendedores ambulantes y puntos de costumbre en
España

Núm. suelto 10 cént. de peseta ✳ **Núm. suelto 10 cént. de peseta**

Los corre sponsales venderán por manos á los vendedores ambulantes.

NUESTRAS LÁMINAS

LA FORTUNA

Hé aqui la diosa de los locos encumbramientos y las rápidas caidas.

El lápiz del celebrado dibujante señor Planas nos ha ofrecido la inconstante divinidad en toda su magnificencia y en toda su volubilidad.

GALATEA

Coronada de algas y flores marinas se levanta Galatea del seno del mar: los delfines colean á sus piés, y las ondas se retiran para dejar al descubierto toda su expléndida hermosura. Tal es una de las más bellas estatuas que decoran los jardines de Versalles, de la cual ofrecemos exacta copia en el presente número.

REVISTA POLÍTICA

Taconeando y blandiendo el bastón de borlas se nos entra D. Ramiro Caracamelos por la provincia. ¿Quién es don Ramiro? Nadie lo sabe, pues el primer documento que nos da fe de su existencia, es el nombramiento de gobernador que publicó la *Gaceta*. La patrona de la calle de Cedaceros sería la única persona que nos podría suministrar datos para la biografía de tan eximio personaje; pero las noticias allegadas en una casa de huéspedes de seis reales con principio, pertenecen á la clase de secretos de la vida íntima, y no seremos nosotros los que profanemos la santidad del misterio.

Sin embargo, la curiosidad, que no se cansa en sus investigaciones, llegó á averiguar que el que hoy es Excmo. Sr. de Caracamelos, ayer era uno de los más asíduos rondadores de la Plaza del Sol y eterno centinela del Suizo, en cuyos parajes se apostaba para soltar á sus amigos cada sablazo que se los envidiara Bernardo del Carpio peleando contra moros. Y cuenta más la fama, pues cuenta que don Ramiro, en sus comienzos, fué simple amanuense de un notario, quien le despidió por no haber logrado corregirle la manía de escribir *hoy* sin *h*; que luego se metió á agente de Bolsa, cuyo oficio tuvo que abandonar por ciertas trabacuentas que se enredaron en sus negocios, y que, desesperado, iba á arrojarse al canal, cuando, al ver por el camino pasar el coche del ministro don Gumersindo, le acometió de repente la idea de meterse á político.

Empezó por pedir audiencia tras audiencia al ministro, dándole en cada una de ellas noticia de tremebundas conspiraciones que suponía haber descubierto, y, agradado el proceder de su actividad y desparpajo, acabó por dispensarle estimación y confianza, hasta el punto de elegirle por mensajero en los clandestinos secreteos que mantenía con la viuda de un brigadier.

El celo y tacto que en este linaje de embajadas desplegó don Ramiro, asombraron á su insigne protector. Rompiéronse un día, políticamente, las relaciones, y como por esta circunstancia quedó don Ramiro sin empleo, el ministro, para recompensar sus leales servicios y para aprovecharlos al mismo tiempo en beneficio de la Nación, le designó en la primera oportunidad para gobernador de provincia, por ser éste el cargo que juzgaba más acomodado á las extraordinarias facultades de su correveidile. Y aquí tenemos á D. Ramiro Caracamelos constituído de golpe y porrazo en rector de los intereses morales y materiales de la provincia de Taratantina, y gran representante, por ende, de los sanos principios de lègalidad, orden y autoridad.

Verdad es que don Ramiro, cuya erudición se había formado con la lectura de folletines y libretos de ópera, así sabía un mes antes de su nombramiento, que hubiese Taratantina en el mundo, como el rey Wamba papagayos, y, por lo mismo, ignoraba por completo costumbres, privilegios y caracter de la región confiada á su alta dirección; pero una buena voluntad y una inteligencia probada en asuntos de índole tan enrevesada como los á que se había venido dedicando don Ramiro, suplen fácilmente á todo.

En hora buena, pues, le ha cabido á Taratantina la suerte de tal gobernador, porque de sus rarísimos dotes es de esperar que no habrá espediente árduo que no se resuelva, punto legal oscuro que no se aclare, medida sabia que no se dicte, peligro ni daño que no se precava, inmoralidad que no se corte, y falta que no se reprima con la energía y el tino peculiares á un fuerte corazón y á un gran talento.

Lo malo para Taratantina será que, á los dos meses de haber puesto D. Ramiro Caracamelos su mano en el gobierno, tendrá que dimitir su cargo por altas exigencias de la política ministerial, dejando á los pobres provincianos la amargura de no haberle podido demostrar su afecto estrechándole fuertemente entre sus brazos todos á la vez, en testimonio de gratitud.

Pero, en tal caso (que es de rogar á Dios tarde en llegar), consuélense los taratantinos, que no faltará quien en breve supla con creces la ausencia del señor Caracamelos. Porque... ¡hay tantos Caracamelos en Madrid!...

JUAN SALAZAR ROSAS

Historia de una pasion

por

Pedro Huguet y Campañá

(Continuación)

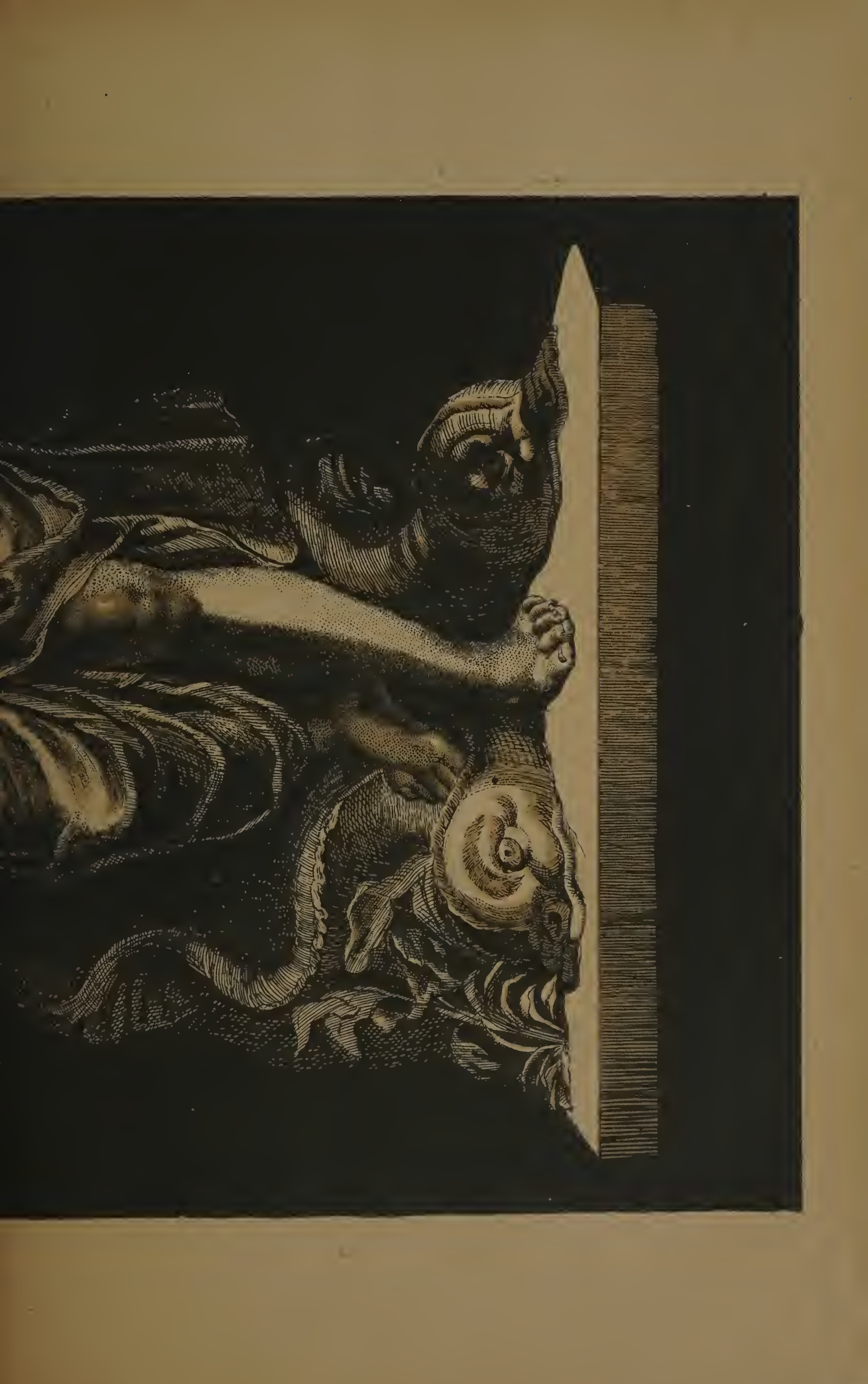
Cogió un blanco clavel la hermosa niña,
lo enredó en sus cabellos con donaire,
atusó las hortensias sonrosadas,
y cerró la ventana. Mudo, exánime
en mi asiento quedé, la vista ansiosa
fija siempre en los diáfanos cristales,
anhelando tras ellos ver al menos
el contorno ó la sombra de aquel ángel.
Inútil esperar, é inútil ronda
la que luego intenté en aquel paraje:
la aparición celeste no volvía
por más que con vehemencia la evocase!
Ya el sol mostraba su inflamado disco
iluminando los profundos valles,
y el trajín cotidiano comenzaba
con mil varios ruídos y cantares.
Los segadores con sus corvas hoces,
invadieron los campos; las sonantes
carretas con estrépito rodaron;
y la gente afluyó en alegre enjambre.
Cual nocturno ladrón que rica joya
logró robar con silenciosas llaves,
y avaro del tesoro que en sí lleva
huye al notar que vá acercándose alguien,
así yo que llevaba en mis entrañas
oculto el resplandor de aquella imagen,
que ya era para mí todo mi cielo,
la riqueza mayor, y el bien más grande,
huí, huí de aquel lugar que entonces
profanaba el tumulto discordante,
y con deseos de encontrarme á solas
y en mi pasión naciente embelesarme,
volé á mi casa, me encerré en mi estancia,
y en fuego el alma y en hervor la sangre,
dejé con libre suelta y con locura
mi joven fantasía despeñarse.

IV

Más pronto la impaciencia
creciendo desmedida,
punzóme con violencia:
que al recordar el alma
aquella hermosa faz,
ni soledad, ni calma
me procuraban paz.
Ansiaba el aire puro,
espacio sin barreras,
lugar quieto y oscuro,
ver pájaros veloces,
estrellas y fulgor,
para contar á voces
mi ya exaltado amor.
Vagando á la ventura
del bosque solitario
metíme en la espesura
llevando al pensamiento
grabada mi visión,
en tanto que violento
latía el corazón.
La tarde era risueña:
la luz del sol poniente
doraba la alta peña.
Las brisas sacudían
las copas del pinar;
las aves se dormían
cansadas de trinar.
De pronto oigo un suspiro;
con sobresalto extraño
entre las ramas miro:
y en un peñón sentada
al fin alcanzo ver,
llorando desolada
una gentil mujer.
Eran las trenzas de oro
deshechas en la frente
cendales de su lloro.
Temblaba dolorido
su cuerpo seductor,
cual lirio sacudido
por viento bramador.
Corrí al punto á su lado
como por poderoso
imán arrebatado.
Deseando en un momento
calmar su frenesí,
con cariñoso acento
interroguéla así:
—«¿Puedo sin indiscreción
preguntar á V. la causa,
señorita, de esa pena
que tan cruelmente le embarga?»
Dije, y la niña alzó el rostro
para mirar quien le hablaba.
¡Era ella! ¡Dios mio! ¡Era ella!
la visión de la mañana,
el ídolo de mi mente,
el objeto de mis ansias.
Era ella, llorosa y triste:
¡Oh, qué armonías extrañas,
qué reflejos misteriosos,
y qué perfumadas ráfagas,
invadieron mis sentidos
de dicha embriagando el alma!
¡Allí, junto á mí hecho carne
el ideal de mi esperanza!
¡la ilusión desvanecida!
¡la gloria tan suspirada!
No sé que pasó por mí...
sólo sentí que temblaba,
y creí que hasta las rocas
y las fuentes y las ramas.
Al fin logré reponerme
de mi emoción insensata,
y mirar pude aquel rostro
que, humedecido de lágrimas,
semejaba fresca rosa
de perlas mil escarchada.
Ella me miraba atónita,
yo estasiado la miraba,
y ni ella ni yo sabíamos
concertar una palabra.
—«¡Ay mi cabrita perdida!
¡ay mi Azucena estimada!»
sollozó la niña al cabo
tornando á su queja amargura.
—«Señorita, V. la llora
por muerta ó por estraviada?
osé con supremo esfuerzo,
enrojecida la cara,
preguntar.»—Por muerta, no;
por estraviada, la ingrata!
Mientras yo cogía flores
la dejé pacer retama,
y no la encontré cuando iba
á ceñirle una guirnalda.
—«Dé V. tregua á su quebranto,
pues, ó la vida me falta,
ó vuelvo con la cabrita
antes que la noche caiga.»
Dije, y veloz como un rayo
me lancé por la hondonada,
recorrí las hondas cuevas,
trepé por las cumbres ásperas,
oyendo por todas partes
como armonía lejana:
«¡Ay mi cabrita perdida!
¡ay mi Azucena estimada!»

(Se continuará)





MISCELANEA

El mayor ejército del mundo fué el que armó Jerges, rey de Persia, para destruir la pequeña república griega.

Según Herodoto, dicho ejército se componía de 1,207 galeras y 3,000 naves tripuladas por 517,610 hombres; de 1.700,000 soldados de pié, y 100,000 infantes persas, que, con los 324,000 guerreros que sacó de Tracia, y los 2.641,000 criados, guardias, acemileros, marineros, etc., etc., que le acompañaron, formaban el total de 5.283,220 hombres.

Y, sin embargo, estas orgullosas tropas fueron vergonzosamente derrotadas por las escasas fuerzas de la república.

En 1832 el cólera hacia estragos en París. Sabido es que, cuando reina esta epidemia, causa más víctimas el miedo que la enfermedad. Pues bien: el famoso doctor Recamier fué llamado para visitar á un colérico. Entró en la alcoba y encontró al doliente poco menos que agonizando, presa de una violenta rampa. Después de un examen escrupuloso, el sabio doctor sonrió, y, sin previo aviso, arrancó de golpe las ropas de la cama, y empezó á propinar una seria dosis de bofetadas y puñetazos al colérico.

Pusieron los presentes el grito al cielo con la mayor indignación. Más, como el doctor redoblase los golpes, el enfermo hizo un esfuerzo heróico, saltó del lecho y la emprendió furiosamente contra el doctor. Este sacudió el palo, y el enfermo empezó á saltar por el cuarto.

Al fin, cuando los asistentes, volviendo de su asombro, iban á intervenir en la pelea, preguntó Recamier:

—¡Hola, señor enfermo! ¿Han desaparecido las rampas?

—Sí, señor;—contestó éste.

—Pues está V. curado. Ahora descanse V. un poco de la fatiga, tome dos tazas de tila, y ¡al avío!

El enfermo no volvió á sentirse atacado del cólera.

Hé aquí un medio sumamente sencillo para conservar la leche durante un año. Póngase la leche en una botella herméticamente cerrada, é introdúzcase ésta por espacio de quince minutos en agua hirviente.

Cuando se abre la botella, está la leche como si acabase de ser ordeñada.

Después de una gran batalla, dijo el general á su asistente:

—Dime que hazaña has hecho hoy, porque quiero recomendarte para una gran cruz.

—Mi general,—contestó el soldado;—corté las piernas á cuatro enemigos.

—Las piernas, ¿y por qué no las cabezas?

—Porque ya las encontré cortadas.

—Pero, vecina, ¿por qué no hace V. que calle su hijo? ¡Mire V. que me rompe la cabeza con sus chillidos!

—¡Ay! vecino; si no puedo con él. Todo el día le estoy pegando, y apesar de esto no consigo que pierda el vicio de llorar.

Un miope fué á visitar á una dama, y al salir del salón acabada la visita, se encontró en una antesala en la cual habia un espejo que ocupaba un lienzo de pared.

El pobre hombre buscó como pudo la puerta de salida, y después de mucho tantear, se encontró frente el espejo. Su imagen reflejaba en el cristal, pero como dado su defecto oftálmico, no se reconoció, creyendo que estaba allí otro visitante, dijo:—Caballero, ¿sería V. tan amable que me indicase la puerta de salida?

La criada que en aquel momento entró en la sala, y oyó la pregunta, todavía se ríe.

Felipe IV regaló en palacio una sortija a una dama, diciéndole:

—¿Por dónde se va á tu cuarto?

—Señor,—contestó ella,—por la iglesia.

¡SOLO TU!

Pregunta, niña, al corazón amante,
abismo ayer, hoy templo ardiendo en luz,
qué existe en él, y te dirá al instante:
«¡tú sola, sólo tú!»
Pregunta, ¡oh! sueño de ilusión querida,
á mi alma que te adora en frenesí,
por quién suspira, y te dirá enseguida
«¡por tí, sólo por tí!»
Si en mi pupila buscas, niña bella,
una imagen espléndida, verás
cual dulce sol resplandecer en ella,
tu rostro, y nada más.
Que es la sangre que hirviendo en raudo giro
mi cuerpo enciende con vital calor,
aire que bebo, y resplandor que miro,
tu amor, sólo tu amor.

José Pérez Sanjuan

EPÍGRAMA

«Si alguien,—decía Torcuato,—
me da un día un bofetón,
sin dar espera á la unción,
¡por Dios Cristo que le mato!»
Pególe en un arrebato
un truán, y al verlo Quirós
dijo: «¡mátalo por Dios!»
y contestóle el muy tuno,
«Yo mato al que me diere uno,
pero éste me ha dado dos.»

Donato Galindo

CANTARES

No es el oro quien hace los crímenes
sino el egoísmo:
como no es el puñal el que mata
sinó el asesino.

—

Mujer que se ruboriza
de inocente no se alabe,
pues nadie se escandaliza
del pecado que no sabe.

—

Van muy mal los negocios, ¡voto á Judas!»
dicen pobres y ricos:
y es porque hoy nadie da treinta dineros
para comprar á Cristo.

—

Condena á un día de ayuno
á quien te ame con más fé,
y si no te llama ¡tuno!
la naríz me cortaré.

—

Las mujeres son estrellas...
vistas de lejos .. ¡qué bellas!

—

Si la voz de la conciencia
se oyera como un pregón,
¡qué de cosas oiríamos
que nos dieran compasión.

Tip. Delclos y Bosch, Sta. Monica. 2. Pasaje.

SANTA TERESA DE JESÚS

Pompas y galas del mundo
miró con desdén profundo,
arrastradas á sus piés,
y llena de fe bendita
se hizo monja carmelita,
y fundó templos después.
De Jesús enamorada
y de Jesus bien amada,
tanto se unieron los dos,
que de su amor en la empresa
Dios bajaba hasta Teresa,
y ella subía hasta Dios.
Así llevar pudo al suelo
estos secretos del cielo
que en sus escritos se leen,
y ser llamada doctora,
y ceñir la brilladora
luz de los santos su sien.

D.ª MARÍA DE MEDINA

Esposa de Sancho el Bravo
llevó al trono de Castilla,
una espléndida diadema
de virtudes peregrinas.
Don Sancho contra su padre
alzó usurpadora insignia,
y el rencor estalló horrible
entre la regia familia.
Pero la insigne princesa
con su bondad esquisita,
ahogó en cariñoso abrazo
esta discordia intestina.
De su hijo en torno la cuna
bramaron las rebeldías,
que ella al fin con su prudencia
logró domeñar sumisas.
Temprana muerte á Fernando
cortó el hilo de los días,
y otra vez á la gran reina
debióle España la dicha.

JUDITH

La tropa asiria de soberbia llena
derrama su furor por Palestina,
de cada aldea haciendo una ruína,
poniendo en cada cuello una cadena.
Llega á Betulia; contra el alta almena
los rayos de su cólera fulmina,
y el caudillo Holofernes con indina
saña se apresta á una cruenta escena.
Más la hermosa Judith á Dios invoca,
ante el feroz asirio se presenta,
y le ciega, le exalta y le provoca.
La noche llega; la embriaguez aumenta,
y la matrona de Israel derroca
la cabeza del bárbaro sangrienta.

SUSANA

La blanca paloma
mojaba sus alas
del lago tranquilo
en las límpias aguas.
Dos huitres quisieron
clavarle las garras,
más ella huyó presa
de púdicas ansias.
Los buitres burlados
la acusan de infamia,
y á muerte condenan
la casta Susana.
Más llega un profeta,
de Dios en nombre habla,
confunde á los viles
y á la niña salva.

BEATRIZ

Beatriz fué el noble amor casto y sin duelo,
y la luz que al poeta florentino
mostró la senda que conduce al cielo!
Ella á Dante inspiró el poema divino,
que es de la humanidad gala y orgullo,
manantial de poesía peregrino.
Murió la hermosa flor siendo capullo,
y al doblarse en los brazos de la muerte,
su quejido postrero fué un arrullo.
Triste Italia lloró al mirarla inerte,
sintiendo que con Beatriz moría
para hacer más cruel su horrible suerte,
la Musa del amor y la poesía.

ESTHER

Rendido Asuero á la ideal belleza
de la hija de Abihail, llamóla esposa,
y el pueblo de Judá del cautiverio
sintió aflojadas las cadenas roncas.
Aman soberbio procuró la ruina
del pueblo de Israel levantando horcas
donde ¡infame ministro! pereciesen
de la esposa del Rey los compatriotas.
Clamor inmenso levantó el decreto
y Ester, que al pueblo de su Dios adora,
con pecho noble al Rey clemencia pide,
y el Rey de Aman la orden fatal revoca.

ZORRILLA

Su genio es sólo su ley,
nadie le dobla ni acalla,
y él, sin embargo, avasalla
desde el zapatero al rey.
Surge á su voz soberana
la patria de entre las ruinas
de las torres granadinas,
y la vega toledana.
Si los héroes que canta él
cubrieron de sangre a España,
él hace mayor hazaña
ciñéndola de laurel.
Con Zorrilla morirá
el últ mo trovador;
más su fama vivira
mientras el Sol de esplendor.

JAIME COOK

El almirante britano
Jaime Cook, con gran valor,
surcó los mares del Polo
siempre en contienda feroz,
con el rigor de las olas,
del hambre con el rigor,
y con las sombras é hielos
de aquella ignota región.
Poner freno a su osadia
sólo la muerte logró;
bajo témpanos helados
abrióle sepulcro Dios,
y en el libro de los héroes
su nombre el mundo escribió.

D O R É

Hay dos angeles que encienden
en diferente crisol,
uno la llama del genio
y otro la llama del sol.
¿Quién,—dijo un día el primero
al segundo,—de los dos
hace con la luz que enciende
más bella la obra de Dios?
Con desdeñosa sonrisa
el otro que esto escuchó,
haciendo como qu'en canta
«¡Mi-sol! ¡mi-sol!»—respondió.
Picado el colega entonces
se echó a trabajar con fé,
creó el genio del dibujo,
y contestóle:—«¡Do-ré!»

DUMAS

Los héroes de la guerra
conquistan sus blasones,
sembrando el esterminio,
causando mil dolores.
Los héroes de la ciencia
adquieren prez y fama
sufriendo por los otros,
secando agenas lágrimas.
Dumas, el sabio químico,
de Francia digno orgullo,
murió, y de sus combates
gozamos el triunfo.
Por él la ciencia logra
robar á Dios secretos:
¡Loor á este glorioso
gigante del progreso!

V E R D I

Cuando la primer cantata
su rica musa entonó,
más de un critico exclamó:
«¡Esta no es musa! ¡Es Traviata!»
Cantó otra vez con ardor,
y los que antes le befaron,
admirados exclamaron:
«¡Vaya, que es buen Trovador!»
¿Que tal su musa sera
cuando estos mismos al cabo,
hoy le están gritando: «¡Bravo!
¡que hermosas notas Ay-dá!»
Y a Verdi aplaudiendo asedia
hoy esta turba sumisa,
probando que de la misa
ni siquier sabe la media.

VASHINGTON

Los hierros en la espalda de los fuertes
son látigos que empujan al heroismo:
donde cae una lágrima, allí mismo
se abre el hoyo que traga al opresor.
En el cuello del libre puritano
clavó sus garras el leopardo fiero,
Washington alzó al aire el noble acero
y el siervo humilde se trocó en señor.
Fue el limpio rayo de su heróica espada
faro de libertad, y sol de gloria.
que deslumbrando a la caduca historia
sendas de honor al porvenir mostró;
Pues segando las selvas centenarias,
y rasgando las sombras de la mente,
si a Europa dio Colon un continente,
un nuevo mundo de Washington le dió.


ZORRILLA


ILLUSTRATION
NON PLUS ULTRA

SUSCRICION

Semestre... 3 Ptas.
Año. . . . . 5'50 id.
Pago en moneda, libranza ó sellos únicamente en la Administración, de 10 á 1 y de 3 á 5.

ESCUDILLERS 5, 7 y 9
Barcelona

Núm. VI — ILUSTRACION NON PLUS ULTRA — Año I

Barcelona 14 Octubre 1886

NÚMEROS SUELTOS

10 céntimos de peseta
y 15 los atrasados.
De venta en las librerías kioscos, vendedores ambulantes y puntos de costumbre en
España

Núm. suelto 10 cént. de peseta ✳ **Núm. suelto 10 cént. de peseta**

Los corresponsales venderán por manos á los vendedores ambulantes.

NUESTRAS LÁMINAS

LA PINTORA

Es la mujer enamorada de lo bello, que en vez de consumir las horas ociosas en visitas y paseos, donde la murmuración y la envidia ejercen absoluto imperio, cultiva su espíritu y recrea su corazón cultivando el arte de Apéles.

LA SEÑAL DE LA CRUZ

Precioso grupo, obra del escultor M. Fuxá y Leal á quien ha reportado distinguidas recompensas en cuantos certámenes ha figurado.
Véase la poesía que con el mismo titulo publ camos en otro lugar de este número.

REVISTA DOMICILIARIA

Aunque rico y de noble alcurnia, don Aquiles es un hombre honrado en todos sus cinco sentidos. Su padrino, el general Centellas, impúsole el nombre de Aquiles en la pila bautismal, y su madrina el de Insólito, para que, estimulado por tan heroico patronímico, el niño, al llegar á hombre, emprendiese y realizase hazañas de degüello é ira que dejasen tamañitas las del hijo de Peleo, y acendrasen la reputación de valiente adquirida por la raza de los Ladrones de Leon, de cuya estirpe provenía por línea recta de varón el bautizado. Pero éste defraudó por entero las rabiosas esperanzas de su familia.

Un día, á fin de entretener el ocio, se dispuso á leer uno de los periódicos á que estaba suscrito, cuando quiso la casualidad diera con un diario que no le pertenecía y que llevaba por título: *El Exterminadòr*. Picándole en curiosidad, y aunque su timidez, de acuerdo con su conciencia le gritaba arroja ese papelucho, pudo más su voluntad, y leyó lo siguiente: «¡Oh! tú, rico, que te encorvas en el sofá bajo el peso del oro que te sobra, teme el cercano día de las venganzas, si en este momento no te levantas y no acudes á las humildes buhardillas donde tu infeliz hermano muère á estas horas de hambre, víctima de tus perfidias que le han robado el pan que destinas para tus perros. Por hoy te enviamos la maldición de Dios; mañana te enviaremos una bala en el corazón.»

Don Aquiles se levântó espeluznado, bajó brincando la escalera y echó á andar.

Paróse ante una casa de miserable aspecto, y entró saludando.

—¿Qué se le ofrece á usted?—dijo, saliéndole al encuentro una mujerzuela.

—Venía, señora, para enterarme de las necesidades del barrio, que sé son muchas.

—¡Ay! caballero; en cuanto á necesidades y pobreza no podía haberse V. dirigido á casa que estuviese mejor provista de ellas.

—Voy á remediar los apuros de V. y de toda la vecindad.

—¿De toda la vecindad dice usted? ¡Ay, pobre señor; no lo haga V. porque va á llevar chasco! Mire V., ahí en el primer piso encontrará un matrimonio, que si le coge á V. un duro, al momento estará en el cajón de la taberna. El vecino de enfrente es un vanidoso que le arrojará á la cara la moneda que V. le dé, y, sin embargo, como no ama el trabajo, tiene que dedicarse al oficio de echacuervos, sino quiere caer de estenuación. Más arriba hay un padre con cinco hijos, completamente estropeados.

—¡Pobre hombre!

—¡Cá! no, señor; si los chicos estropeados son una viña. Usted no sabe lo que diariamente recogen mendigando. Luego hay otra familia al lado, que esa sí que viviría holgadamente con lo que gana, pero le ha entrado á la madre la manía del rumbo, porque es fantasiosa.

Quien trabaja como un condenado es el fundidor del sotabanco; pero ¿qué le haremos si no puede muchas veces cenar, porque mantiene una bailarina que en una sola noche le come lo que el infeliz gana en quince días? Después tenemos ahí cerquita un mameluco, que dicen que escribe un papelote llamado *El Exterminador*...

—¡Hola! ¿Eh?—exclamó don Aquiles, temblando como perlático.

—Valiente exterminador es él. Dicen que hizo algún cuartejo no sé en qué clase de negocio, y hoy ha venido á establecerse en este barrio, donde se hace rico prestando cantidades á razón de dos reales semanales por duro, cobrándose un mes por adelantado. Tenemos todos unas ganas de echarle las garras al cuello al bribón, porque además de estas ventajas que le cuento, ha concluído por fundar un garito que es la perdición de los vecinos.

Don Aquiles, al oir esto, quedó como alelado, y no bien repuesto de su asombro sacó un billete de mil reales y lo entregó á la mujer, diciéndole:

—Tome V., señora; V. que conoce tan perfectamente á sus vecinos acertará mejor que yo la forma de repartir esta cantidad.

—¡Oh, caballero! No, no; mi marido me la tomaría para gastarla con la Ignacia.

—¿Pues, qué me aconseja V. que haga?

—Que la ponga en la Caja de ahorros á nombre de mis hijos,—dijo la mujer, llorando.

Aquella noche don Aquiles escribía en su libro de memorias esta máxima: «Los que son desgraciados es porque han puesto los medios para serlo.»

[redacted]el Ríos

HISTORIA DE UNA PASION

POR

Pedro Huguet y Campañá

(Continuación)

Alas me diste, amor: brío potente
para subir al trono de mi gloria;
ostentando el laurel de la victoria
con que deseaba engalanar mi frente.
¿Qué esfuerzo no darás, si eternamente
eres el numen de la humana historia,
placer ansiado, celestial memoria,
y único móvil que la vida siente?
Por tí es el héroe, y son por tí los sabios:
por tí se trueca en himno la querella,
y fluye miel de los amargos labios.
Que Dios tan sólo «¡la creación es bella!»
dijo, olvidando innúmeros agravios,
cuando te vió ¡oh amor! brillar en ella.

* * *

El *Angelus* vespertino
anunciaba la campana,
cuando la luz de mis ojos
á su cabrita abrazaba.
Después que con dulces besos
y caricias regaladas,
y mimosas reprensiones,
hubo dado rienda larga
á su inocente alegría,
me dirigió una mirada
tan llena de gratitud
que conmovió mis entrañas.
—«Por tan insigne favor
rindo á V. cordiales gracias;»
me dijo con voz vibrante
como el gemido de un arpa.
—«En servirla, señorita,
yo sólo soy el que gana;»
contesté, y desde aquel punto
comenzó una dulce plática
que juzgo que las estrellas
pararon para escucharla.
Primero frases corteses;
luego afectuosa confianza;
después vehementes protestas;
y al fin promesas sagradas.
De toda pasión terrena
vírgenes nuestras dos almas,
se unieron como en el éther
dos límpidas gotas de agua.
Contéla yo mis ensueños,
contéla mis esperanzas,
y que para amar nacido
antes de verla la amaba.
Ella me dijo, que Luisa
era su nombre, y que extraña
vivía al mundo, pues huérfana
de madre en edad temprana,
su padre de condición
áspera y un tanto avara,
no le permitió jamás
otra libertad más amplia,
ni otro lujo más subido,
que en las ardientes jornadas
del estío ir á habitar
en su solariega casa,
y dejar que á sus anchuras
por el monte paseara
sin más dulce compañía
que su fiel cabrita blanca.
Durara el coloquio cuanto
nuestra existencia durara,
si el ladrido de un mastín
que se acercaba sin pausa,
no nos hubiera arrancado
de aquella tierna y estática
contemplación.—«¡Dios piadoso!
¡que tarde es! ¡Sultan me llama!»
dijo Luisa, y recogiendo
mil florecillas en su halda,
se separó presurosa
seguida de su leal cabra.

(Se continuará)

LA SEÑAL DE LA CRUZ

—«Cuando despierta la alondra,
cuando despierta la flor,
abren, aquella sus alas
y esta su cáliz al sol,
enviando la una sus trinos,
y la otra su aroma á Dios.
Tu, hijo mío, menos que ellas
no seas, y con fervor
eleva trinos y aromas
rezando santa oración.»—
Y la madre de su hijuelo
la manecita tomó,
y poniéndola en la frente
dijo así con dulce voz:
—«Pensando devotamente
que por darte vida y luz
Dios sufrió muerte inclemente;
dí conmigo reverente:
por la señal de la cruz...»
—¡De la cruz!...
—«Pues dentro los corazones
con horribles tentaciones
el pecado busca abrigos
para causar desazones,
dí *de nuestros enemigos...*
Enemigos...
—«Para el que con fe le implora
Dios es escudo y maestro;
su protección salvadora
evoca diciendo ahora:
líbranos Señor, Dios nuestro...»
—Dios nuestro...
—«Para que su santa gracia
te otorgue siempre de fijo,
y te guarde de desgracia,
ruégale con eficacia,
en nombre del Padre é Hijo...»
E Hijo...
—«Y verás el santo Edén
cual lo desea tu madre,
si rezas con fe también
á más del Hijo y del Padre,
el Santo Espíritu. Amén...»
—Amén...
Un beso dulce fué el sello
con que la madre cerró
aquella risueña boca
que había dotado Dios
con los trinos del jilguero
y las galas de la flor.

LO QUE CUESTA LA BARBA DE UN REY

En 1137 murió Guillermo, duque de Guyena, dejando por única heredera á su hija Leonor, de diez y seis años. La Guyena era entonces un pequeño reino que componían la Gascuña, la Saintonje y el Poitou. Leonor era, pues, un excelente partido, y algunos meses después casó con ella el rey Luís VII de Francia.

Jamás hubo matrimonio menos felíz. Luís era grave,




LA SEÑAL DE LA CRUZ

enemigo de los placeres, pero de una dulzura y humildad extremadas. Leonor, por el contrario, era excesivamente soberbia, ligera, y dada á la coquetería hasta el punto de poner su reputación á riesgo de sospechas. El rey no cesaba de lamentar en secreto la conducta de aquella princesa, que no respetaba su rango, ni su dignidad personal. La reina, por su parte, maldecía su suerte, que le llevó á entregar su mano, no á un rey, sinó á un monje, que parecía querer enterrar sus gracias en un claustro.

Figuraba entre los favoritos de Luís VII, el obispo de París, Pedro Lombardo, célebre por su ciencia teológica. Aconsejó un día al rey, en cuyo ánimo ejercía grande influencia, que se cortase la barba y los cabellos, fundándose en que, según ciertos versículos de la Sagrada Escritura, una larga cabellera, y sobre todo una poblada barba, eran cosas desagradables á Dios.

Luís siguió el consejo. La reina, al ver afeitado al rey, le encontró ridículo, y se entregó á varios amoríos. Esta conducta irritó al rey, y repudió á Leonor, bajo pretexto de parentesco. Se decretó el divorcio, y seis semanas después casóse Leonor con Enrique, duque de Normandía, llevándole en dote la Gascuña, la Saintonje y el Poitou.

En 1155 el duque de Normandía heredó la corona de Inglaterra; más, como por estar enclavadas en Francia las provincias del ducado de Guyena, que adquirió de su mujer Leonor, debia prestar vasallaje á Luís VII; para redimir esta servidumbre empezó á promover una serie de disturbios, que acabaron por convertirse en una guerra que, continuada por sus sucesores, duró por espacio de 300 años, y costó la vida á 3 millones de franceses y á no menor número de ingleses.

¡Y todo por haberse afeitado el rey Luis VII!

ALFONSO KARR

PARADOJA

Cuatro plumas de ganso en la frente,
cuatro rayas de minio en el pecho,
el cielo por techo,
por copa el torrente,
no sufrir tiranías ni ultraje
con la libre conciencia por ley,
esto es ser para el mundo un salvaje
sin Dios y sin rey.
Una pluma que mata en la mano,
cuatro trapos al cuerpo ceñidos,
un piso malsano,
manjares podridos,
y por culto la negra codicia,
y por ley un cañón ó bien dos;
esto es ser ciudadano ¡oh delicia!
con rey y con Dios.

JULIO ROMERO

MISCELANEA

Dos casadas se encuentran en la calle, y después de examinarse mútuamente, dice la una:

—¡Qué hermoso sombrero llevas! ¿Cuánto te ha costado?

—Reñir anoche con mi marido. ¿Y á tí ese lindo abrigo?

—¿A mí? Hacer las paces con Arturo.

Limpiaba el polvo un criado gallego en el gabinete donde estaba el piano, que había visto tocar á la señorita, y picado de curiosidad, cayó en la tentación de sentar las manos sobre las teclas, y habiendo éstas sonado, como era consiguiente, exclamó el gallego pasmado y lleno de satisfacción:

—¡Llévenme el diablu, si yo sabía que tenía tanta habilidad!

En una de las espléndidas salas del Casino de Badén-Badén, un futuro suegro habla de su futuro yerno, y dice:

—Es un muchacho cabal, y estoy muy satisfecho de que entre en la familia; pero...

—¡Hola! ¿Hay un pero?—interrumpió el interlocutor.

—Sí; este chico tiene un grave defecto.

—¿Cuál?

—Que no sabe jugar.

—¡Hombre! ¿Y á eso le llama V. defecto?

—Y gordo; pues no sabe jugar y... juega.

SONETO

Sílfide blonda que en el rayo puro
del sol se mece al declinar el día:
Arpa que en sones de inmortal poesía
hechiza y mueve el corazón más duro:
Ave que busca entre el rosal seguro
donde amar y cantar con alegría:
Flor espléndida henchida de ambrosía
gala y orgullo de este valle oscuro:
Así contemplo á mi Clotilde bella,
tesoro de candor y de ilusiones,
y ángel la llamo y la proclamo estrella:
más cuando con volcánicas razones
voy á decirla «¡te amo!» pienso: «¿Y ella
me sabrá remendar los pantalones?»

JOSÉ SERRANO SANZ

BESOS Y LÁGRIMAS

La ví pasar hermosa, deslumbrante,
y un beso de mis labios se escapó:
el beso voló al aire y formó una onda:
¿dónde murió?
Una gota de llanto de mis párpados
la pena más horrible me arrancó:
la gota evaporada voló al aire:
¿dónde paró?
La onda fugaz de aquel ardiente beso
su círculo suavísimo estendió,
y en la cárdena boca de un suicida
tal vez murió.
El vapor de la lágrima amarguísima
por la azulada inmensidad flotó,
y á la Aurora en el cáliz de una rosa
tal vez paró.

ENRIQUE PASCUAL

CANTARES

El epitafio que quiero
adorne mi humilde tumba,
no es un verso en letras de oro
sino una lágrima tuya.

—

Cuando me voy á apartar
de tí por siempre, mujer,
no te pongas á llorar,
pues me vuelves á perder.

—

Madre, arrancadme la cara
que ayer me la escupió un pillo,
preguntándome si tengo
cien duros en el bolsillo.

—

El que mata va al cadalso
si la sangre brota afuera,
más si cae la sangre dentro
con aplausos se le premia.

Tip. DELCLOS y BOSCH, Sta. Monica, 2. Pasaje.

COMO BAILAN LOS OJOS

I

Aquel que quiera sbaer
los modos que hay de bailar,
no tiene más que mirar
los ojos de una mujer.
Entra una moza trigüeña
rozagante en un salón,
y en cada pupila enseña
un volcan en erupción.
Al rasgar con su mirada
las de quienes con codicia
de aquella luz inflamada
anhelan una caricia,
Son sus ojos celestiales
huris que con gracia ardiente
bailan danza de puñales
en las regiones de Oriente.

II

Aquel que quiera saber
los modos que hay de bailar,
no tiene más que mirar
los ojos de una mujer.
Si modestamente os mira
cuando á mirar se la exorta,
y la mirada retira
cuando mirar no le importa,
Y mirando arriba, abajo,
adelante ó hacia atrás,
nunca escudriña á destajo,
sino con pauta y compás;
Ojos que así van mirando
con tal tino y gravedad,
son ojos que están bailando
un baile de sociedad.

III

Aquel que quiera saber
los modos que hay de bailar,
no tiene más que mirar
los ojos de una mujer.
Ojos henchidos de orgullo
que no disparan mirada
que no sea un blando arrullo,
ó una fiera puñalada:
Ojos que tienen un vuelo
que cansaría á un ciclón:
ojos que suben al cielo
y bajan al corazón:
Ojos con mucho donaire,
mucho brío y mucha luz,
son luceros que en el aire
bailan un baile andaluz.

IV

Aquel que quiera saber
los modos que hay de bailar,
no tiene más que mirar
los ojos de una mujer.
La que en velarlos emplea
siempre exquisitos cuidados
para que el mundo no vea
si son bizcos ó perlados;
La que los pone severos
y los reviste de calma,
y no asoma á estos luceros
toda la vida del alma,
Hace bailar á sus ojos
la danza que se usa en China,
que es dansa que causa enojos
por misteriosa y supina.

V

Aquel que quiera saber
los modos que hay de bailar,
no tiene más que mirar
los ojos de una mujer.
A la más sumisa esposa,
ó á la novia más querida,
prometedle alguna cosa
y no se la deis cumplida.
Irritadas por el timo,
pensarán sólo en venganzas,
y dejando el dulce mimo
vibrarán sus ojos lanzas;
Y veréis si no os aterra
la mirada esquiva y sandia,
como bailan en su tierra
los salvajes de Zelandia.

VI

Aquel que quiera saber
los modos que hay de bailar,
no tiene más que mirar
los ojos de una mujer.
Allí do tienen asiento
la modestia y discrecion,
y á las galas del talento
prendas une el corazón.
Los ojos feos ó hermosos
despiden suave fulgor
inspirando deleitosos
placeres de [illegible] amor.
[illegible] lucen
con mir[illegible]nas,
embelesan y se lucen
[illegible]

COMO BAILAN LOS OJOS

VII

Aquel que quiera saber
los modos que hay de bailar,
no tiene más que mirar
los ojos de una mujer.
Pupilas de intenso brillo
que vierten luz á raudales
como si fuesen castillo
de fuegos artificiales;
Son cual lindas bailarinas,
que haciendo con juego vario
las pestañas bambalinas,
y los ojos escenario;
Al compás de la armonia
de un requiebro que derrama
amor, placer y alegria,
están bailando la «Flama.»

VIII

Aquel que quiera saber
los modos que hay de bailar,
no tiene más que mirar
los ojos de una mujer.
¿Son negros como el capuz
que enluta el disco del sol,
y tienen la viva luz
que reverbera el charol?
¿Arde en ellos el calor
de inocente juventud,
y aún no sienten del amor
la temprana esclavitud?
Pues estos ojos saltones
no manchados por el fango,
son como dos cimarrones
que están baiioteando el tango.

IX

Aquel que quiera sabèr
los modos que hay de bailar,
no tiene más que mirar
los ojos de una mujer.
A una bizarra morena
jurad amor por los cielos,
y luego sin sentir pena
cargadle el alma de celos:
Si entonces osais mirar
lo que sus ojos retratan,
veréis que os quieren matar,
y sin embargo, no os matan.
Pues cuando pasion tirana
los mueve como alme cafres,
bailan la danza africana
que suelen bailar los cafres.

X

Aquel que quiera saber
los modos que hay de bailar,
no tiene más que mirar
los ojos de una mujer.
Ojos azules serenos
inundados de poesía,
y rientes cual los amenos
vergeles que Italia cria;
Ojos que miran al cielo
con afán contemplativo,
cual si siguiesen el vuelo
de algún sueño fugitivo,
Si un dia con arrebato
súbito amor los desvela,
se echan sin ningún recato
á bailar la tarantela.

XI

Aquel que quiera saber
los modos que hay de bailar,
no tiene más que mirar
los ojos de una mujer.
Dama que a cien amadores
mira con tino oportuno,
haciendo á todos favores
sin disgustar á ninguno;
Y con gracia consumada,
siendo el coquetear su norte,
arrastra en cada mirada
un galán más á su corte,
Cuando los ojos levanta
formando mil guiños nuevos;
es bayadera que encanta
con el baile de los huevos.

XII

Aquel que quiera saber
los m[illegible]dos que h[illegible]y de bailar,
no tie[illegible] mas que mirar
los oj[illegible] d[illegible] una mujer.
C[illegible] v[illegible] un[illegible] pupilas
herm[illegible] c[illegible] m[illegible] un de[illegible]o,
que e[illegible] v[illegible]z de [illegible]tar intranquilas
lanzan[illegible] vivo chi[illegible]po,
O[illegible] miran con l[illegible]nguidez,
y os [illegible]tan pidiendo beso
c[illegible] la ti[illegible]na plácid[illegible]
d[illegible] p[illegible]
[illegible] ojos que avergüenzan
[illegible]
[illegible]zan
[illegible].





LA SULTANA por Comeleran

SUSCRICION
Semestre. . . 3 Ptas
Año. . . . . 5'50 id.
Pago en moneda, libranza ó sellos únicamente en la Administración, de 10 á 1 y de 3 á 5.
ESCUDILLERS 5, 7 y 9
Barcelona

Núm. VII

ILUSTRACION NON PLUS ULTRA

Barcelona 21 Octubre 1886

Año I

NÚMEROS SUELTOS
10 céntimos de peseta y 15 los atrasados.
De venta en las librerías, kioscos, vendedores ambulantes y puntos de costumbre en
España

Núm. suelto 10 cént. de peseta ✻ Núm. suelto 10 cént. de peseta
Los corresponsales venderán por manos á los vendedores ambulantes.

NUESTRAS LÁMINAS

LA SULTANA *(dibujo de Comelerán)*

Arrancada de su tranquilo hogar, la hermosa circasiana ha sido ofrecida al sultán como presente de estima. Bien quisiera el viejo déspota, que se enciende de pasión impotente ánte las gracias de la bella esclava, desvanecer la tristeza que á ésta anubla los bellos ojos. Por más que la colme de galas y derrame tesoros á sus piés, y la levante sobre todas las mujeres del serrallo dándole el dictado de sultana, no logra nunca sorprender una sonrisa de aquellos labios que, formados para exhalar suspiros de amor, tan sólo lanzan ayes de amargura. La nostalgia de la patria ausente la martiriza, y el recuerdo de los sueños de su infancia, de improviso desvanecidos, la persiguen. En lo más apartado de los jardines de palacio va á buscar, rodeada de soledad y silencio, la libertad tan deseada; pero allí entre las ramas oculto la espía el jefe de los eunucos, pronto á delatar la más inocente palabra que se escape de su boca y el menor movimiento que gesticule.

LA PASTORA *(dibujo de M. Balasch)*

La inocente niña ya ha empezado á escribir en su pecho la historia de una pasión, y mientras retozan sus cabras vuela su pensamiento triste en pos de la imágen que perturba sus sueños.

REVISTA DE TEATROS

En España, donde entre muchas y brillantes glorias se cuenta como una de las más insignes, la de su teatro nacional el arte dramática ha caído en tal extremo de postración, que apenas si raras veces da señales de vida con tal cual fugacísimo destello.

Cuando reinaban en la escena española con el poder de su genio los más grandes escritores de comedias que nación alguna haya poseido, y los actores que por nadie han sido superados, bastaba un corral, bastaba un patio mal dispuesto, y peor servido para recreo de la corte donde residía el monarca, de cuyos vastos dominios nunca se apartaba el sol. Ocho menguadas candilejas despidiendo más humo que luz, una cazuela con bancos averiados, un escenario sostenido por vacilantes tablas, y decorado con sucios paños, tal era el teatro donde por una miserable moneda acudía el público á reir con las gracias de Moreto, á extasiarse con la ternura de Lope, á entusiasmarse con las sublimidades de Calderón, ó á embelesarse con las sales moratinianas, dichas y ejecutadas por eximios actores que apenas ganaban para apartar el hambre de su casa.

Hoy se han trastocado los términos. A la oscura y roñosa cazuela ha sucedido la platea aterciopelada y llena de dorados; á la humosa candileja el arco voltaico que derrocha resplandores; y, á su vez, á los versos del *Desdén con el desdén*, y la *Vida es sueño*, las bufonadas del *Barbián de la Persia*, y las simplezas de la *Vuelta al mundo;* al mísero real de entrada, la aristocrática peseta con el apéndice que llevan la butaca y el palco, y á la inspiración de Isidoro y de Carlos Latorre, la hueca y amanerada declamación de una pléyade de modestos *artesanos*, que su mayor parte, se han metido á cómicos, porque vieron en ello un modo honesto para no trabajar, ó porque comprendieron que para ninguna otra profesión servían. Estos tales se contratan con alguna empresa necesitada de personal que por poco dinero complete la compañía en que figura un actor de relativo mérito, y sin más estudio que aprender de memoria una tirada de versos, se calzan una trusa, ó se vísten una esclavina, y, ya son cómicos. A los pocos meses, perdido el natural temor, en vista de que el público los ha sufrido con paciencia, se sienten con brios para mayores hazañas, y sientan plaza de primeros galanes, y se burlan de Vico, y ridiculizan á Calvo, y ponen motes á Mario, hablan de *tu* con Valero, hacen asco de los versos de Zorrilla, tratan de estúpido á Echegaray, notan defectos de mucho bulto en el estilo de Ayala, y hasta se permiten cambiar décimas de Calderón, que tildan de soporíferas, por otras de su cosecha, que reputan de sonoras é intencionadas.

Por mucho que haya perdido en inspiración y gallardía el arte dramático, por lo que se refiere á los autores que lo cultivan, no ha llegado á la degradación á que los actores le han llevado. Exceptuando pocas, muy pocas personalidades, de las cuales podemos decir, *rari nantes in gurgite vasto*, ¿quién hay de tantos comiquillos que con más humos que vela de sebo por ahí pululan, sepa si el Cid llevaba golilla, casco sin cimera, ó cota de malla? ¿Quién de ellos sabe si Guzmán usaba barba ó se afeitaba? ¿Quién se ha quemado las pestañas indagando si Felipe II hablaba con voz gruesa y áspera, si tenía ó no blanda la mirada? ¿Quién conoce si Nerón obraba sus crueldades por orgullo, por envidia, ó por natural complascencia? ¿Quién se ha entretenido en estudiar el corazón humano?

Ahí está la comedia; piensan ellos. ¿Hago de tirano? pues vengan berridos, la mirada torva, y apretamiento de puños. ¿Soy víctima? Pues voz quejumbrosa, mucho mirar al cielo, y enternecer los ojos. ¿He de declamar en verso. Pues ahí del canto, y del sonsonete estereotipado. ¿He de recitar en prosa? Pues maldita la falta que hace estudiar el papel. El apunte se encarga de todo, y, cuando el apunte falta, se entretiene el tiempo con un «¡Ay de mí!» ó «pues, si señor,» y luego se añade algo del propio ingenio, que siempre resulta cosa más divertida que lo escrito por el autor que se devanó los sesos para encontrar la frase.

JUDAS TADEO

HISTORIA DE UNA PASIÓN

POR

Pedro Huguet y Campañá

(*Continuación*)

V

Desde entonces cada tarde
de aquel venturoso estío,
en las horas que el sol arde
con menos potente brío,
me reunía con Luisa
bajo la fresca enramada.
Movia suave y pausada
las verdes hojas la brisa,
el arroyuelo sonaba
no sé que dulces cantares;
el cielo se arrebolaba
con luces crepusculares,
el bosque por el ambiente
lánguido aroma extendía,
en el aire lentamente
todo rumor se extendía,
y allí entre tanta hermosura,
allí entre tan grata calma,
sueños de gloria y ventura
adormecían el alma.
Mi amada tímida y bella
fijos en el verde suelo
sus ojos de azul de cielo
con titileos de estrella,
oía de mi pasión
la voz sentida y vibrante,
enrojecido el semblante
y agitado el corazón.
A veces permanecíamos
en estático embeleso,
y cada rumor que oíamos
se nos antojaba un beso.
Otras íbamos riendo
del monte por la ancha falda
una vistosa guirnalda
para la cabra tejiendo.
Asi el tiempo volador
pasaba, sin ser sentido,
teniendo en completo olvido
cuanto no era nuestro amor.
Cuando la vieja campana
del reloj nos advertía
que era ya la noche fría
del espacio soberana,
la tristeza, aun más oscura
que la sombra que flotaba,
como un río de amargura
nuestros pechos inundaba,
y las brisas que su giro
dilataban por allí,
recogían un suspiro
y el rumor de un dulce *sí*.
¡Con qué afan! ¡con qué delirio
yo aguardaba el nuevo día!
me era el tiempo un cruel martirio
por lo tardo que corría!
De su espléndida carrera
aun el sol no declinaba,
y ya á Luisa en la pradera
con impaciencia aguardaba.
Al iman de mi deseo
ella venía gozosa,
con ese lindo escarceo
que emplea la mariposa;
y entonces era la queja
que mieles va destilando.
y el mimo sabroso y blando
que sólo amor apareja.
Y era entonces el loquear,
y el bullicioso reir,
y el empezar á soñar
con sonámbulo dormir.
Una noche (bien me acuerdo,
pues entre ruina tanta
de mi dicha, se levanta
como un astro este recuerdo)
Luisa al bosque llegó
con extraño frenesí,
y el ramo que le ofrecí
tomar no quiso, y lloró.
Ansioso exclamé enseguida:
—«¿De qué nace ese desvío?
habla; ¿qué tienes, bien mío?»
Me miró, y dijo afligida:

—Fuiste acaso á la Iglesia esta tarde
á oir el sermón?
—No: porque, que aquí venga y te aguarde,
mandó el corazón.
—Ay Fernando! Perdidos estamos!
que gran desventura!
—Desvaríos, sin duda! Veamos,
que predicó el cura.
—Con palabras terribles que hieren
habló de nosotros.
—De verdad?
—¡Pues tu crees que se quieren
así en el mundo otros?
—Y bién!
—Ronco batiendo las palmas
maldijo el amor.
—¡De este fuego que enciende las almas,
que sabe el rector?
—Y esplicó que el amor es pecado.
—Blasfemia! Patraña!
—Pues que á Dios el que está enamorado
ofende con saña.
Que mirar á los ojos á un hombre,
asi cual te miro,
repetir con cariño su nombre
y enviarle un suspiro,
Dios castiga por ser grave injuria
con penas eternas
que los diablos aplican con furia
en negras cavernas.
Esto dijo con voz pavorosa,
y á mí me dió espanto,
y lloré con angustia horrorosa,
porque te amo tanto!...
—Y creiste, bien mío, creiste...?
—Si el cura lo dijo!
—Que sandez!
—Yo me puse á orar triste
ante un crucifijo,
y pedí que por tí revocase
sentencia tan fría,
para que de este modo salvase
tu alma que es mía.
Y á medida que en calma indecible
á Cristo miraba
del sermón de aquel cura terrible,
¡ay Dios! me olvidaba.
Porque al ver, que la carne á pedazos,
clavado en la cruz,
aun amante á los hombres los brazos
tendía Jesús,
Ay Fernando! á pensar he llegado,
sin miedo al rector,
¡cómo puede el amor ser pecado
si Dios es amor!

(*Se continuará*)





LA PASTORA

UN DIAMANTE

Tres hermanos llamados Chafras se paseaban un día por una calle de Bagdad. El mayor de ellos se paró de improviso, y señalando á un forastero, exclamó:

—Hé aquí el Afghan que estamos buscando.

—No le dejemos escapar,—dijeron los otros dos hermanos.

Y los tres se dirigieron al forastero, que miraba á todos lados con aire receloso.

—Por Alah, no temas nada,—le dijo el hermano mayor. Yo soy Chafras de Bassora que hace algún tiempo buscas para venderte varias piedras preciosas, y entre ellas el diamante llamado la *Luna de los Montes*. Estos hombres que ves conmigo son mis hermanos, que quieren también hacer negocio contigo.

—¡Ah, señores míos! ya no soy el poseedor de aquel bello diamante.

—¿Cómo es eso?

—Acabo de venderlo á Abderam á cambio de seis mil quinientas piastras y un hermoso vestido.

—Tú eres un loco y Abderam un estafador. Yo te hubiera entregado el doble de ese precio.

—Pero si antes,—repuso el Afghan,—yo te lo había ofrecido por la mitad y rehusaste!

—Porque creía que lo habías robado. Pero concluyamos. ¿Dónde vive Abderam?

—Seguidme; yo os conduciré á su casa.

Llegaron á la orilla del Tigris, y el Afghan, después de enseñarles la casa, se alejó.

Una vez en presencia del Abderam, el mayor de los Chafras dijo con tono meloso:

—Hijo de Israel, tú posees un diamante llamado la *Luna de los Montes* y un zafiro llamado el *Ojo de Alah*, junto con otras piedras de valor que compraste á un Afghan vagabundo que las habia robado. Si quieres yo te las compraré con ventaja para tí.

—¿Qué precio fijas,—dijo el judío con tono de hombre que entiende el negocio.

—Setenta y cinco mil piastras, y ganas así diez mil.

—No quiero comprometerte entregándote unos objetos que dices son robados,—objetó con sorna el israelita.

—¿Consientes por ciento cincuenta mil piastras?

—Ni por un millón. Conque idos.

Los armenios Chafras se alejaron murmurando.

—Hermanos,—dijo el mayor;—el viejo zorro no soltará la presa. Conoce el negocio. Pero de todos modos es preciso que la *Luna de los Montes* venga á nuestro poder.

Los dos hermanos asintieron.

Aquella noche degollaron á Abderam y arrojaron por una ventana su cadáver al Tigris.

A la mañana siguiente encontraron por casualidad al Afghan, le convidaron á cenar en su tienda y le envenenaron. Una vez muerto le robaron las sesenta y cinco mil piastras y lo arrojaron al río.

Algunos minutos después los asesinos, montados en briosos caballos, huían al desierto para repartirse el tesoro. Cuando se trató del dinero el reparto fué muy fácil; pero al llegar á la *Luna de los Montes*, se promovió tremenda disputa.

Todos querían el diamante.

—Aunque me corresponde á mí,—dijo el hermano mayor,—os propongo que sea lo que decida el profeta. Cuente cada uno de vosotros mañana lo que sueñe esta noche, y el que tenga una prueba más clara del favor de Mahoma, adquirirá el diamante.

Los hermanos menores aceptaron la proposición con ánimo de inventar un sueño maravilloso. Pero el mayor mezcló veneno en la cena y se libró de sus importunos competidores.

(Se concluirá)

MISCELANEA

A un grande hombre que no tenia condecoració[n] alguna, le preguntaron porque no la tenía.

Y contestó:

—Prefiero que me pregunten porque no la teng[o] que por qué la tengo.

Cierto picador de toros dando lecciones del arte d[e] picar á un caballerete andaluz que la echaba de hom[]bre de mucho brazo, decía:

—Zeñorito, eso es mú fásil: se coloca osté de man[e]ra que la cabeza er cabayo esté frente la oreja derech[a] er toro; embraza osté la garrocha, se firma en l[os] estribos, cita á la bestia, y..... lo emás lo jase [e]l toro.

Vendía un chalán un caballo, y encomiando las e[x]celencias del jamelgo al comprador, decía:

—Caballero, ha de saber V. que este animal es ta[n] noble é instruído que hasta lee.

—¿De veras?—dijo el comprador asombrado.

—Como lo digo á usted.

—A ver.

Y el inocente sacó un periódico de su bolsillo y arrimó á las narices del caballo.

La bestia paseó la cabeza por el papel creyéndo se trataba de alfalfa.

—Ve V., ve V.,—exclamó el chalán.

—Veo sí,—contestó el comprador.—Pero no oi[go] nada.

—¡Oh! Es que el caballo lee, pero no *pernuncia*, dijo el gitano.

Hablábase en una tertulia de mujeres chismosas, naturalmente la marquesa de las Trespalmas, mujer [de] extremo bella, pero murmuradora también en extrem[o] fué designada como la más eminente.

Y dijo un cortesano:

—La verdad es, que me admira de que le que[pa] lengua tan larga en boca tan pequeña.

Preguntaron á Anaxágoras si no le daba temor m[o]rir fuera de su patria.

—¡Qué me importa!—contestó el filósofo.—El c[a]mino para la otra vida en todas partes es el mismo.

Leyendo una señora una novela, al llegar á un lar[go] diálogo de dos amantes, tiró el libro incomodada, [di]ciendo:

—¡Qué conversación tan inútil hallándose juntos solos los dos!

Dijo un sabio:

—La razón es un freno para contenernos en la c[a]rrera de nuestros vicios.

Al poco tiempo bebió más de lo regular, y sus a[mi]gos tuvieron que recogerlo y llevarle á casa.

Cuando volvió en si le preguntaron:

—¿Qué hizo V. del freno?

Y respondió:

—Me lo quité para beber.

Tip. DELCLOS y BOSCH, Sta. Monica. 2. Pasaje.

TIPOS MILITARES

I

Como á la flecha y la maza,
el escudo y capacete,
así en la bélica plaza
hizo caer la coraza
el rugido del mosquete.
El mosquete hizo que España
los Incas viese á sus piés,
y que en desigual campaña
en Otumba eterna hazaña
realizase Hernán Cortés.
Nadie á vencer fué capaz
al mosquetero en la tierra,
porque él siempre venció audaz
enemigos en la guerra,
y doncellas en la paz.

II

La tropa francesa apuesta
con cintas antes compuesta
se ostentaba de tal suerte,
que iba buscando la muerte
como si fuese á una fiesta.
Al mirar tantos colores
del combate en los horrores,
parecía verse en suma
una pradera de flores
que va ocultando la bruma.
El encaje y el bordado
dejó el gallardo soldado
por traje menos chillón;
pero lo que no ha cambiado
ha sido su corazón.

III

Siempre cubierto de acero
el caballero teutón,
alzó estandarte guerrero
sin otro amor ni otro fuero
que su orgullo y su ambición.
Bajo los bosques sombríos
luchó con feroces bríos,
y á los ríos de su tierra
añadió rojizos ríos
con la sangre de la guerra.
Con el casco sin cimera
y calada la visera,
blandía su espada entonce
como una maza de bronce
que algún gigante moviera.

IV

Sobre abrupto peñascal
cual tigre en acecho puesto,
allá en la época feudal
alzó el poder señorial
castillo negro y funesto.
Buscando un combate fiero,
ó una lasciva aventura,
de él salía el caballero
con un corazón de acero
más fuerte que su armadura.
Al frente de su mesnada,
no acató ni temió nada;
pero su orgullo acabó
cuando la pólvora ardió
rompiendo en trozos su espada,

V

Sin darle la muerte afán
nuestro soldado español
subió al muro de Tetuán,
como subirá hasta al sol
si lo manda el capitán.
De hazañas y gloria en pos
anda con tan bravo modo,
que allí donde llega un «ros»
nadie llega sino Dios,
porque Dios lo puede todo.
Mientras empuñe la espada,
el fusil ó tercerola
que es rayo en su mano airada,
está bien asegurada
la independencia española.

VI

Luciendo vistoso arreo,
sobre arrogante corcel,
entraba el noble doncel
en la arena del torneo.
Y por la dama que amaba
y que la fiesta veía,
un par de lanzas rompía
y la sangre derramaba.
De la reina, el vencedor
recibía el premio honroso,
y de su dueño gracioso
una mirada de amor.

TIPOS MILITARES

VII

En el pomo de la espada
la férrea cruz por enseña,
y en la coraza labrada
ó en la loriga enmallada
la roja cruz de estameña.
Poseído de fe divina
con entusiasmo no visto,
marchó el noble á Palestina
para de una raza indina
librar la tumba de Cristo.
Cuando tras fieras batallas
iba rompiendo murallas,
no sabía que con eso
despedazaba las vallas
que eran cárcel del progreso.

VIII

A un indio, un tronco cualquiera
para defensa le basta,
pues le sirve de manera
que así destroza una fiera
como á otro salvaje aplasta.
Es su cetro su macana,
y con su macana es rey;
como en fuerza á todos gana,
tiene altivez soberana
pues cree que la fuerza es ley.
Avezado á dominar,
no es extraño que le amosque
el no poder acallar
ni los bramidos del mar,
ni los murmullos del bosque.

IX

Blandiendo con fuerte mano
de Marte el hierro tirano,
ceñido en laurel fecundo,
paseó orgulloso el romano
todos los países del mundo.
Su manto de roja grana
fué de los pueblos sudario,
y su águila soberana
donde hundió su garra insana
abrió un espantoso osario.
Mas pueblo que así venció
con sin igual heroismo,
en el más horrible abismo
envilecido cayó
por no vencerse á sí mismo.

X

Mientras el árabe insano
daba á la España fatiga,
no tuvo mejor amiga,
el soldado castellano
que la lanza ó la loriga.
Lidiando con saña cruel
por su patria idolatrada,
bajó empujando al infiel
con el pecho del corcel
hasta el muro de Granada.
Y allá en el suelo andaluz
logró con noble fortuna,
derrocar la media luna
y clavar la santa cruz
en la mezquita moruna.

XI

Con broquel y lanza aguda
lleno el corazón de fuego,
y la mirada sañuda,
así á la pelea ruda
volaba el soldado griego.
Nunca el número contó
de aquellos que le importó
vencer con fiera ruina,
porque en su casco brilló
siempre el sol de Salamina.
Aquella gloria hoy se agota
entre vil cautividad,
probando con su derrota
que el laurel tan sólo brota
en tierras de libertad.

XII

Cuando las tropas de Italia
en los bosques de la Galia
su planta osada posaron,
bajo el pié de su sandalia
mil rudos heroes brotaron.
Y luchando con tesón
sin más defensa, ni dón,
para su pecho desnudo
que una daga, un férreo escudo
y un robusto corazón.
Que contra enemigo impío
que nuestra patria convierte
esclava de su albedrío,
la mejor arma es el brío,
y el mejor triunfo la muerte.





AMIGAS INSEPARABLES

SUSCRICION
Semestre. . . 3 Ptas.
Año. . . . . 5'50 id.
Pago en moneda, libranza ó sellos únicamente en la Administración, de 10 á 1 y de 3 á 5.
ESCUDILLERS 5, 7 y 9
Barcelona

Núm VIII
ILUSTRACION NON PLUS ULTRA
Barcelona 28 Octubre 1886
Año I

NÚMEROS SUELTOS
10 céntimos de peseta y 15 los atrasados.
De venta en las librerías kioscos, vendedores ambulantes y puntos de costumbre en
España

Núm. suelto 10 cént. de peseta ⁎ Núm. suelto 10 cént. de peseta
Los corresponsales venderán por manos á los vendedores ambulantes.

NUESTRAS LÁMINAS

AMIGAS INSEPARABLES *(dibujo de Escat)*

Mientras no venga algún galan á perturbar la calma del corazón esas dos niñas, vivirán la una para la otra, gozando constante alegría. Pero zumbará la saeta del amor en sus oídos, y adios mutuas confianzas, y adios espontaneidad y risas.

EL DÍA DE DIFUNTOS *(dibujo de A. Sans)*

Esta lámina representa una de las pocas excepciones que tiene el artículo que representa el presente número.

EL DÍA DE DIFUNTOS

Con tristes colores pintan este día los poetas, que son gente que acostumbra á ver las cosas al revés. El cielo amaneció cubierto de brumas como si se hubiese vestido de luto para acompañar el general dolor; entre los desnudos árboles pasaban las auras haciendo sonar con chasquido de huesos las enjutas ramas; ni siquiera se oía el canto alegre de un pajarillo; y el Sol que de vez en cuando filtraba una melancólica mirada á traves de las cenicientas nubes, parecía una gigante pupila que lloraba con aquella silenciosa y apenada multitud que se dirijía al cementerio á renovar amargas memorias de perdidos amores, y á lamentar eternas ausencias de inolvidables séres.

Así empezaría un poeta endechador la descripción del día de difuntos, y luego nos tomaría suavemente de la mano, y con pasos lentos y respetuosos nos introduciría por las calles del Campo-Santo, cantándonos una lúgubre elegía, y mostrándonos los nichos y las tumbas llenas de piadosos emblemas, hablándonos de ternuras y desconsuelos.

Pero yo que no gusto de arrumacos, y que propendo con invencible pasión á cantar claro lo que veo, voy á decir del día de difuntos la realidad tal como se muestra y la descubro.

Entremos en el cementerio

Surquemos por entre estas apretadas olas de hombres y mujeres que charlan, ríen, y alborotan, y se derraman por las estensas crujías de la necrópolis.

Ya estamos en el seno de la muerte, como diría un romántico.

Detengámonos delante de este suntuoso panteón. Una lámpara de bronce arde en la capilla con mortecina luz. Dos ramos de flores de seda, y una corona de morados pensamientos, cubren la losa del pavimento. Un ángel de mármol, obra de diestro buril, abre las alas de pié al lado del osario. Con una mano signa al cielo, y con la otra sostiene un libro en una de cuyas abiertas pájinas campea esta leyenda: «*Beati mortui qui in Domino moriuntur.* Y en la otra, esta: *In te, Domine, speravi, non confundas in eternum.*»

Todo al parecr indica que aquel cuyos despojos guardan estos suntuosos mármoles, fué una alma cristiana que enamorada de Dios pasó la vida procurando la manera de serle grato. Pues, no señor; este que asi se esplica, fué un antillano que despues de haber reunido una fortuna vendiendo negros de Borneo, regresó á España para duplicar sus capitales prestando dinero al módico interés del 35 por ciento.

Pasemos adelante.

¡Hola! Un nicho ante el cual arden dos cirios. Hay un cuadrito con versos. Veamos qué dicen:

> Los que pasais por aquí,
> parad, y llorad conmigo,
> porque el cielo me es testigo
> de que el padre que perdí
> olvidar nunca consigo.

Malitos son los versos, ¿eh? Pues peor es la intención. Porque han de saber Vdes. que este hijo tan afligido por la muerte de su padre fué la causa de que el pobre hombre se muriese de un berrinche que le ocasionó.

Sigamos. Una lápida en la que hay esculpida una cruz rodeada de espinas, un corazón llameando y traspasado por una espada, y debajo esta inscripción: «¡Manuel! Así te amó, así te llora tu esposa.»

La esposa que de tal modo, y tan cruelmente llora, á los dos meses de muerto Manuel se encaprichó con un capitán de caballería. ¡Lloremos, pues, con la esposa!

Dicen que el cementerio es el campo de la igualdad y de la verdad.

¡Disparate mayúsculo!

En ninguna parte como allí se notan las diferencias de fortuna, que en diversos estilos marcan, desde el bronce dorado y el mármol bruñido, hasta la tosca cruz de madera pintada de negro y clavada sobre la tierra fangosa de la fosa común. En ninguna parte como allí se miente con más descaro. Que á ser cierto lo que rezan los epitafios, no se hallaría en el mundo rostro alegre ni corazón sano, y la vida sería una eterna lamentación.

Y ya ven Vdes. como todos esos maridos y esposas, y amigos y padres, y abuelos é hijos que en las lápidas de los cementerios se llaman desesperados, inconsolables, constantes en el dolor, y demás cosas fuertes, van á teatros, bailan, se casan, engordan y tienen sus trapicheos, y gastan un humor y una salud envidiables.

Nada, nada: así como en Febrero es el Carnaval de los cuerpos, en Noviembre es el Carnaval del alma.

JUDAS TADEO.

HISTORIA DE UNA PASION

POR

Pedro Huguet y Campañá

(Continuación)

Así en amorosa plática
las dulces horas pasábamos
al pié de los verdes álamos
que son del rio dosel:
Así en embriaguez divina
nuestras almas confundíamos,
y palabras nos decíamos
más sabrosas que la miel.
Y nunca sintió desmayos
nuestro amor siempre creciente,
y nunca asaltó á la mente
idea de un vil placer:
Que era la bendita llama
de nuestros tiernos amores
tan pura cual los fulgores
que irradia el alba al nacer.
En mi inefable entusiasmo
yo sólo en Luisa creía,
y sólo en ella veía
las delicias del Edén,
el sol de toda mi gloria,
la luz de mi pensamiento,
de mi existencia el contento,
mi fé, mi vida, mi bién.
—Más ay! que al fin envidioso
de tan sublime ventura,
negro cáliz de amargura
nos preparaba Satán:
Porque en el azul sereno
de nuestra dicha inocente,
asomaron de repente
las sombras de un triste afán.
Ya las lisongeras auras
que antes tan dulces sonaban,
asperamente giraban
en contínuo revolar.
Ya las hojas desprendidas
alfombraban los senderos,
y las chochas y gilgueros
comenzaban á emigrar.
Ya melancólicas brumas
asomaban por el monte,
y ostentaba el horizonte
angustiosa palidez;
Y las noches antes diáfanas
eran yá oscuras y frías,
y amanecian los días
rebosando languidez.
—Entonces sólo fué cuando
¡ay de mí! por vez primera
pensé en mi amada quien era,
y en una ausencia pensé;
Y sin poder remediarlo
perdida toda la calma
con llanto que brotó el alma
desesperado lloré.
Sorprendida de mi duelo
Luisa me consolaba,
mis lágrimas enjugaba
con amorosa efusión,
repitiéndome promesas
de un amor puro y constante
con voz tan tierna y vibrante
que heria mi corazón.
Cuando los roncos sollozos
mis palabras no embargaron,
y mis ideas tornaron
su lucidez á cobrar,
—¡Oye!—murmuré—Luisa;
y sabrás en que consiste
este pensamiento triste
que tanto me hace llorar.
Pronto los cierzos helados
cruzarán por la campiña,
y verás, oh pobre niña,
qué tristeza en rededor!
Partirán todas las aves,
á otros climas seductores
morirán todas las flores
y con ellas nuestro amor.
—Porque tú este sitio, teatro
de un amor tan casto y tierno,
apenas llegue el invierno
cual las aves dejarás,
Y quizas no tornes nunca
á esta solitaria aldea,
y quizas más no te vea,
ni me recuerdes ya más.
—Nó! esclamó Luisa: Pues te amo
con afecto tan profundo,
que aunque hasta al centro del mundo
cadáver fuese á bajar,
bajo su muralla inmensa
mi alma por tí palpitara,
y resquicios encontrara
su amor por donde exhalar.
—Ay!—repuse acongojado—
que el pensamiento te engaña!
—Esa duda tan estraña
no la puedo comprender.
—Volvamos, Luisa, volvamos,
á la realidad los ojos,
y miremos los abrojos
que debemos recorrer.
¿Quién soy yo? De amores loco
sin saber lo que decía,
una tarde, vida mía,
delirante caí á tus piés,
y cual se juntan dos llamas
apenas se aproximaron,
nuestras almas se juntaron
para siempre y de una vez.
Más tú noble y yo plebeyo,
pobre yo y tú poderosa,
en nuestra pasión dichosa
no nos fué dado advertir,
el abismo sin medida
que divide nuestra senda,
con esa distancia horrenda
que hay del amar al morir.
Hoy por cruel presentimiento,
que despierta en mi conciencia
de tu ya cercana ausencia
la hora para mí fatal,
veo negro mi destino,
veo mi alma desolada,
mi pasión abominada,
y eclipsado mi ideal.
—¡Oh, Fernando! Tú me injurías;
más con todo te perdono,
si sirviéndome de abono
cuantas gracias viste en mí,
tú creyendo en mis protestas,
ya no dudas un instante
que enseñarme á ser constante
al amor que prometí,
no sabrán ni el sol que dura
tenaz siempre en su carrera,
ni el mar que brama y se altera
en incesante vaiven,
ni el ecuador siempre ardiente,
ni los polos siempre helados,
ni cuantos seres amados
sobre la tierra se ven.

(Se continuará)



EL DI



DIFUNTOS

UN DIAMANTE



(Conclusión)

Dueño del tesoro, se procuró un vestido miserable, y fingiéndose mendigo se encaminó á Constantinopla y de allí se embarcó para Amsterdam.

La *Luna de los Montes* y el *Ojo de Alah* eran conocidos en Europa. Sabíase que en otro tiempo habían pertenecido á los reyes de Persia, y que á la trágica muerte de Nadir Schah, habían sido robados por la soldadesca, que los vendió sin conocer su valor.

Pasó Chafras algunos años sin encontrar quien quisiese entrar en tratos con él.

Catalina II, de Rusia, fué quien hizo la primera oferta formal, por estar al corriente de lo que había pasado en la corte de Persia.

Chafras declaró que no se desprendería del diamante si no obtenía un título de nobleza y dos millones y medio de francos, pagaderos en diez años, y una renta de cincuenta mil.

Catalina encontró exorbitante estas condiciones, y ordenó á su ministro que invitase al pretendido mercader á enseñar sus diamantes al joyero de la corona.

Por su parte el ministro encargó al joyero que entretuviese al armenio con esperanzas de que realizaria una buena venta, y le incitase, al mismo tiempo, á entregarse á una vida de placer y de escesivos gastos.

Chafras se dejó caer en el garlito. En pocos días derrochó el dinero que tenía, pero como todo el mundo sabía que era dueño de un gran tesoro, se le concedió un crédito ilimitado que al fin le atrajo un número infinito de cuantiosas deudas.

Esto era lo que deseaban la emperatriz y su ministro. La ley rusa prohibe á todo extranjero salir del imperio sin dejar satisfecha la menor deuda; así es que cuando Chafras, abrumado y continuamente perseguido por sus deudores, tocaba los límites de la desesperación, el ministro avisó al joyero de la corona para que dijese al armenio lo siguiente:—Su Majestad no puede admitir ninguna de vuestras insolentes proposiciones. Tan sólo, y por una gran condescendencia, os ofrece por el diamante la cuarta parte del precio que pedís.

Chafras al oir esto, lo comprendió todo.

—¡Alah es justo!—murmuró.—Estos perros de cristianos quieren robarme el tesoro, por el cual he vendido mi alma; pero yo les demostraré que un fiel musulman es más hábil que ellos.

Y fingiendo resignarse á vender la *Luna de los Montes* con la rebaja que se le exijía, vendió á cualquier precio sus diamantes de menos valor, pagó sus deudas, y se embarcó calladamente en un navío inglés.

El ministro estuvo á punto de morir de espanto, cuando Catalina irritada le dijo que le era preciso poseer el diamante á toda costa.

Dos años tardaron los espías rusos en descubrir el paradero del armenio. Al fin dieron con él en Smyrna, y trataron de persuadirle á que volviese á San Petersburgo.

—Para ello deberíais hacerme un puente de oro. Decid á Su Magestad,—contestó Chafras.—que no se le corta dos veces la cola al zorro. Si la emperatriz quiere saber mi ultimatum advertirle que es este: Un título de nobleza, y 4.200,000 francos pagados al contado. Un mes permaneceré en Smyrna esperando la contestación.

Y no hubo otro remedio que pasar por estas exigencias.

Chafras, el ladrón, el envenenador, el fratricida, fué noble ruso. Retiróse despues á Astrakan su patria, se casó y fué padre de siete hijas. Uno de sus yernos viendo que Chafras nunca se moria, le administró un veneno, que sólo le dió tiempo para confesar sus crímenes.

Una parte de sus millones fué confiscada por el gobierno ruso, y la otra consumida en orgías por sus herederos. Hoy día los descendientes de este hombre viven en Astrakan reducidos á la más estrema miseria.

CANTARES



A mi oido su nombre muy quedo
murmurad si me viérais exánime:
si al momento no me alzo y respondo
que estoy muerto creed, y enterradme.



Un ataud muy hermoso
con un cadáver adentro,
así me pareces tú
que el corazón llevas muerto.



¿Porqué, si es luz el amor
que hasta el mismo sol ofusca,
para arder ó brotar busca
cuanta más sombra mejor?

Cuando con gentil donaire
va por la calle mi amada,
parece que está diciendo,
«¡paso, que barro las almas!»

PENSAMIENTOS



Cuando veo á un criminal
que va al cadalso subiendo,
pregunto quién fué su madre,
y después quién su maestro.



La adulación es la traza
que rinde al hombre más cruel:
á los osos se les caza
con un pedazo de miel.



Pues todo al revés lo mira
esa ciega humanidad,
aquel que dice mentira
es el que dice verdad.



«Con el sudor de tu rostro,—
dijo Dios,—comerás pan;»
mas con el sudor ageno,
¡cuántos comiéndolo están!

***

Aunque no hay hombre que tenga
la culpa de haber nacido,
merece pena de muerte
quien cometió tal delito.

***

Pues que Dios crea los hombres
y el diablo se los lleva,
si fuese yo del Señor
ya cerraría la tienda.

Tip. Delclos y Bosch, Sta. Monica, 2, Pasaje.

DIDO

Elisa, más conocida con el nombre de Dido, abandonó á Tiro, bajo el reinado de Pigmaleón, su cruel hermano, rey de esta ciudad, quien había hecho morir á su tío Siqueo, esposo de Dido, con objeto de apoderarse de sus inmensas riquezas. Dido burló su avaricia, huyendo y llevándose consigo sus tesoros. Llegó á la playa de Africa, acompañada de sus numerosos criados y de varios compatriotas perseguidos por la crueldad del tirano. Los naturales del país se opusieron á que los recién llegados levantasen edificios, pero Dido les indujo á que le vendiesen toda aquella porción de terreno que podría abarcar con la piel de un toro. Consintieron los africanos, y Dido hizo cortar la piel con muy sútiles tiras, con las cuales rodeó un considerable espacio en el que fundó un fuerte que se llamó Biserta. Este hecho tuvo lugar 904 años antes de la venida de Jesucristo al mundo, y fué el origen de la república de Cartago.

ANA DE BOLENA

Hija de Tomás de Bolena, conde de Ormond, nacida en 1499, fué una de las víctimas del desenfreno de Enrique VIII de Inglaterra. Siendo dama de Catalina de Aragón, esposa del déspota monarca, éste se enamoró de la hermosa niña, que rehusó firmemente todos los halagos de su adorador. Mas, poseida Ana de ambición, indicó al rey que no se avendría á creer en sus amorosas protestas hasta que se divorciase de su esposa la virtuosa Catalina. Desde entonces Enrique no acarició otro pensamiento que el divorcio, so pretesto de que su unión con Catalina era ilegítima, á causa del parentesco que les unía. Rechazó el Papa la propuesta, y Enrique abjuró el catolicismo implantando la religión reformada en Inglaterra. Un tribunal complaciente decretó el divorcio, y Enrique se casó en 1532 con Ana Bolena. Pronto el versátil monarca se cansó de este amor, y se sintió prendado de las gracias de Juana Seymour, y no encontró mejor recurso para quedar en disposición de contraer nuevas nupcias que acusar de adúltera á Ana, y hacer rodar su cabeza en un cadalso, lo cual sucedió en 1536.

BERENGUELA

En 1197 casóse el rey de Leon, D. Alonso, con doña Berenguela, infanta de Castilla, restableciéndose de este modo la tranquilidad y concordia entre ambos reinos. Al año siguiente el papa Inocencio III mandó á los esposos que se separasen por ser parientes en tercer grado de consanguinidad; pero las dotes de la infanta tenían tan prendado al rey leonés que consiguió, con varias escusas, diferir la separación durante siete años. Al fin lanzó el Papa su excomunión, y fué precisa la separación que se efectuó en 1204. Antes de restituirse doña Berenguela á Castilla fué reconocido su hijo D. Fernando por heredero de su padre.

Cuando por muerte de Alfonso, el Noble de Castilla, sucedióle en el trono Enrique I, que contaba nueve años de edad, doña Berenguela, su hermana, fué nombrada regente, cuyo cargo le disputaron los condes de Lara. Fallecido desgraciadamente D. Enrique I, doña Berenguela desdeñó la corona, é hizo proclamar á su hijo Fernando III.

Esta ilustre princesa murió mereciendo el dictado de «Grande» con que se la conoce en la Historia.

LA FORNARINA

Tiempo hacía que el famoso Rafael Sanzio de Urbino, iba en busca de un modelo de belleza tan ideal como la había soñado para trasladarla á sus místicos cuadros. Muchas hermosuras encontró en Roma, pero todas trigüeñas, y él ambicionaba una mujer de rubios cabellos y dulce mirada, cosa sumamente rara en el ardiente suelo de Italia. Desesperaba ya del hallazgo, cuando un día vió á la hija del panadero Beppo que llenaba por entero todos sus deseos. Rubia, angelical, tímida, era, en fin, la virgen, tal como la concibiera el joven y ya famoso pintor. Se enamoró de ella y logró verse ciegamente correspondido.

La Fornarina, como así se conoce en la historia á esta rubia italiana, fué primero la querida y luego el modelo de Rafael que sintió por ella una pasión que rayaba en culto.

Las maravillosas madonas que pintó el gran artista, y que se admiran en los museos, y se veneran en los altares, son inspiradas copias de la hermosa y tierna Fornarina.

ANA DE AUSTRIA

La hija mayor de Felipe II de España, nació en 1602; y se casó con Luís XIII de Francia en 1615. El ministro Richelieu, enemigo mortal de esta princesa, procuró levantar sospechas contra su fidelidad en el corazón del rey, y persuadir á los cortesanos de que éste era impotente para procrear.

Fué madre del «rey sol», como así se llamó á Luís XIV; y, durante la menor edad de éste, fué Ana de Austria declarada regente por el Parlamento. Entonces distinguió con su privanza al cardenal Mazarino que empuñó las riendas del Estado afligiendo al pueblo con exhorbitantes tributos.

Dijose que las relaciones entre esta princesa y el cardenal estaban legitimadas por el matrimonio. Murió de un cancer en 1666.

MARIA TERESA

En 1717 nació de Carlos VI y de Isabel de Bruswicick, la que fué emperatriz de Alemania, y reina de Hungría y Bohemia. A la muerte de su padre, acaecida en 1740, le disputaron la corona los electores de Baviera y de Sajonia, y los reyes de España, de Cerdeña, y de Prusia. Creyeron las potencias europeas que era ocasión de abatir la poderosa casa de Austria, y se aliaron en contra de los derechos de María Teresa. Precisada á abandonar Viena, se refugió la animosa princesa en Ungría, reunió las cuatro órdenes del Estado en Presburgo, presentó á la Asamblea su hijo menor, logrando exaltar los ánimos de los magnates húngaros, que se levantaron, exclamando: «Moriamur prorege nostro Maria Theresia.»

Hicieron más que morir, pues vencieron reconquistando el Austria, y afianzando la dia lema imperial en las sienes de la virtuosa reina que pagó la fidelidad de sus vasallos con un gobierno sabio, dulce y próspero.

Murió en 1780 dejando ocho hijos, entre los cuales merecen citarse los emperadores José II y Leopoldo II, y la infortunada María Antonieta.

ROSA MAURI

La notabilísima bailarina catalana se halla en la actualidad en todo el apogeo de la juventud, de la hermosura y de la gloria. Ya en Reus, de donde procede su familia, dió á conocer en tierna edad las singulares dotes que para el arte coreográfico reune, y que después ha demostrado, tanto en su patria como en la población que tiene el privilegio de expedir patente de eminencia á todas las que lo son, y á veces hasta á alguno que no lo es: en París.

Rosa Mauri es hoy la artista predilecta del público parisiense, que no se cansa de aplaudirla en la Grande Opera, y que, con motivo de una larga y reciente enfermedad que padeció la distinguida bailarina, demostró á ésta sus simpatías, tributándola una ruidosa ovación al reaparecer en las tablas.

BEETHOVEN

Nació en Bon (Alemania) el 17 de diciembre de 1770, y murió en Viena en 1827. Sucesor de Haydn y de Mozart, abrió á la música nuevos horizontes. Se cuenta de él que, yendo á visitar á una señora que habia perdido un hijo, la estrechó la mano, diciendo: «No puedo expresaros lo que siento; el piano lo dirá por mi.» Y sentándose junto á él hizo una improvisación tan tierna, que la señora se echó á llorar; luego el gran músico se levantó y salió sin decir una palabra. Pasó á Viena, donde encontró valiosos protectores que le proporcionaron una holgada existencia, y allí compuso su «Sinfonía heróica,» que hizo una verdadera revolución en el arte musical.

Sobre su sepulcro, que se halla en el cementerio de Wahring, se levanta una hermosa pirámide con esta sola palabra: «Beethoven.»

ANGEL MASINI

Este eminente tenor, á quien el público de Madrid y Barcelona ha tenido ocasión de admirar hace poco, nació en Forli en 1845, y lo modesto de la fortuna de su familia le obligó á ganarse el sustento con su trabajo honrosamente. Debe sus conocimientos musicales á una mujer, la señora Gilda Minguzzi, que adivinó la valía del gran cantante, valía que éste probó, debutando en Finale de Emilia con «Norma,» en 1864. Desde entonces, su carrera ha sido una larga serie de triunfos, y todos los teatros de primer orden se lo han disputado, habiendo tenido casi todos la fortuna de poseerle temporadas más ó menos largas. Sólo hay que exceptuar el de la Scala de Milan, para cuyo punto ha rehusado constantemente contratarse el señor Masini, acaso por una de esas excentridades tan comunes en los artistas.

PABLO CALIARI (VERONÉS)

Nació en Verona en 1530 y falleció en Venecia en 1588, con la reputación de gran pintor, hombre de bien, buen cristiano y amigo generoso, como lo prueba el siguiente hecho: Habiendo sido recibido con gran agasajo en una casa de campo de las inmediaciones de Venecia, pintó allí un soberbio cuadro representando «La familia de Darío,» y lo dejó en la casa intencionadamente al marcharse, para que los dueños se utilizasen de él, como precio del hospedaje.

Rival del Tintoreto, aunque no le igualó en otras cualidades, excedióle en la magestad con que representaba la naturaleza, y sólo puede formularse contra él, como artista, por cargo grave, el de cuidar poco de la exactitud histórica en los trajes y costumbres de los personajes que en sus cuadros representaba.

EUSTAQUIO

Ni el hábito hace al monge, ni el color de la piel supone mejor ó peor corazón. Los detractores de la raza negra, los partidarios de la esclavitud, reciben elocuentes «mentís» con la fuerza de los hechos que demuestran lo falso de sus afirmaciones.

El negro Eustaquio es una de esas pruebas vivas. Su amo, francés de orígen y residente en la Guyana, recibió de él diferentes pruebas de abnegación; activo, fiel y sumiso, á la vez que valiente, sirvió con resolución la causa de los blancos en las revueltas ocurridas en dicha colonia. Cuando su amo, ciego y pobre, regresó á su patria, Eustaquio le acompañó, haciendo toda clase de sacrificios para que su amo no careciese de nada, y sólo para darle gusto aprendió el francés, con objeto de distraerle con su lectura.

Todos estos hechos están comprobados, pues Eustaquio obtuvo uno de los premios á la virtud, el que fundó Monthyon en París.

ISABEL LA CATÓLICA

Esta ilustre reina nació en Madrid en 1451, de D. Juan II y Doña Isabel de Portugal. Sus virtudes y el convencimiento de todos de que la hija de Enrique IV, D.ª Juana, no era de este monarca, sino de D. Beltran de la Cueva, por lo que le apellidaban la «Beltraneja,» hizo que se proclamara á Isabel princesa y heredera del reino, no obstante la resistencia de la infanta. Luego se trató de casarla con D. Alfonso de Portugal, pero ella se negó para verificarlo con D. Fernando de Aragón, con quien, á despecho de todos, se casó secretamente en Valladolid. Más tarde fué proclamada reina en Segovia, y desde entonces su vida fué una serie de triunfos, ya contra los moros, con cuyo poder concluyó en Granada, ya contra los malhechores, creando la Santa Hermandad ó vendiendo sus alhajas para proteger á Colón. Murió en 1504, habiendo sido mujer de gran corazón é inteligencia y una de las reinas más ilustres del mundo.



MASSINI
PABIO CALIAR. (VERONES)
EUSTAQUIO



LA ESCLAVA DEL AMOR por Xumetra

LIT. FORASTE

SUSCRICION
Semestre. . . 3 Ptas.
Año. . . . . 5'50 id.
Pago en moneda, libranza ó sellos únicamente en la Administración, de 10 á 1 y de 3 á 5.
ESCUDILLERS 5, 7 y 9
Barcelona

Núm. IX

ILUSTRACION NON PLUS ULTRA

Barcelona 4 Noviembre 1886

Año I

NÚMEROS SUELT
10 céntimos de pes
y 15 los atrasado
De venta en las librer kioscos, vendedores am lantes y puntos de costu bre en
España

Núm. suelto 10 cént. de peseta ⁎ **Núm. suelto 10 cént. de peseta**

Los corresponsales venderán por manos á los vendedores ambulantes.

NUESTRAS LÁMINAS

LA ESCLAVA DEL AMOR

Precioso capricho de Xumetra. La esclava del amor se venga de Cupido aplicándole una fuerte ducha en pago del fuego que encendió en sus entrañas. Orlan la lámina los cuatro elementos para demostrar que el amor es aire en la niñez, porque es ligero é inconstante: fuego en la juventud, porque abrasa; tierra en la edad madura, porque busca lo sólido y positivo, y agua en la vejez por razón de su frialdad.

INVIERNO *(dibujo de M. Balasch)*

Al mirar este magnífico dibujo, parece que se sienten las crudezas de los cierzos invernales. Estación triste y sombría, tiene, sin embargo, sus encantos. Que si el verano nos recrea con sus verdores, sus coros de pájaros, sus noches serenas y sus apacibles frondas, el invierno nos halaga con sus dulces veladas, su sol bienhechor, el tibio ambiente del hogar y las bullieiosas fiestas de los salones.

FANTASIAS

Aquel insigne agustino que cinceló con su pluma de oro el magestuoso idioma castellano, Fray Luís de León, llamó á la fantasía «la loca de la casa». Que el insigne escritor dijo una verdad mayor que el templo de Salomón, se comprende por poco que se medite.

Indúceme á apuntar esta observación lo que ayer le aconteció á mi vecino don Lesmes.

Nuestro hombre es de un carácter sumamente impresionable, pero amigo de la paz.

Con estas cualidades, ¿cómo no había de alborotársele el corazón, al ver, cuando mas divertido estaba en su tarea de liar cigarros, desarrollarse en el misterio y soledad de la noche una escena muda capaz de poner de punta los pelos de la misma estatua del Comendador, si los tuviese?

El hecho fué que hacía rato que el pobre don Lesmes notaba, en medio de su distracción, algo allá por la parte del patio, qne á manera de sombra se movía.

Media noche era por filo, como canta el romance. El silencio y la oscuridad eran dueños del mundo Don Lesmes con marcadas intenciones de rendirse al sueño seguía envolviendo pellizcos de picadura en finas hojas de regaliz, y la sombra aparecía, y tornaba en contínuo columpio detrás de los cristales de la ventana frontera. Tanto cosquilleó el interminable movimiento, en el rabillo del ojo de don Lesmes, que éste levantó maquinalmente la cabeza y miró que podía ser aquello que tanto rato llevaba de zarandeo. Pero nunca hubiese hecho tal. Fijar la vista en los cristales de la vecina ventana, soltar el bote de tabaco que tenía entre las manos, palidecer, y lanzar un grito de terror, fué obra de un instante. ¿Qué vió don Lesmes para asombrarse de este modo? Pues nada menos que la silueta de una mano asesina blandiendo el puñal sobre el pecho de una mujer que tendía los brazos en ademan de súplica. ¡Horror! ¡Horror! ¡Mil veces horro

El infeliz don Lesmes quedó, como la mu de Loth, hecho estatua de sal. El espanto le dejó articular una voz, ni mover un pié. C la vista desencajada miraba la fatal venta No cabía duda. Allí se perpetraba un crim horrendo. La mano continuaba blandiendo riosamente el puñal, y la mujer reclaman misericordia. Una vez el puñal bajó hasta to el cuello de la víctima, y don Lesmes cre oir un grito desgarrador. Aquel grito, romp la esclusa que interceptaba la garganta de d Lesmes. Ya no vió nada más. Empezó á c llar con voces tan descompasadas y penetr tes clamando socorro, que en breve se lle ron de gente ventanas y balcones, alboroto el vecindario, subieron agentes de orden p blico al piso de don Lesmes, y cuando se l bieron enterado por éste del infame asesin que se acababa de consumar en la casa vecino, volaron allí provistos de toda sue de armas. Después de varias precaucion llamaron con estrépito á la puerta del cua que había sido teatro de tan espantosa tr dia. A los gritos de ¡abrid á la justicia! sali inquilino en mangas de camisa. Como el c dichado poeta estaba aturdido de aquella br ca visita, creyeron los polizontes que su tur ción era evidente señal de delincuencia. Vie que su mano derecha estaba manchada sangre, y ya tuvieron bastante para apor lindamente al infeliz, vociferando: !Ya tene al asesino!

Entraron en el cuarto para reconocer á víctima degollada, y ¡oh, desencanto! El br aún seguía moviéndose amenazador, y la mu arrodillada pidiendo misericordia. Como q el brazo que vió don Lesmes no era sino manga de una levita que el poeta había col do de una percha contigua á la ventana, y q á los soplos del aire que por el destartala corredor pasaba se movía, y la mujer suplic te una chistera, un bastón y un paraguas co cados encima de la mesa, cuya sombra un r cilento quinqué dibujaba desproporciona mente en los opacos cristales de la venta Pero ¿y la sangre? La sangre era tinta que exaltada imaginación de los polizontes roja, con ser más negra que ala de cuervo.

¡Cuántos como don Lesmes en el mundo man por realidad los sueños de su imaginaci exaltada ó despavorida y alborotan el mun con el cuento de sus visiones! El día que razón serena se sobreponga á la loca fantas el fanatismo y la preocupación sufrirán su d nitiva derrota.

JUDAS TADEO.

Historia de una pasión

por

Pedro Huguet y Campañá

(Continuación)

No te importe que distinta
nuestra fortuna ahora sea,
que quien cual yo se recrea
en amoroso penar
y cifra en él sus delicias,
y para amar sólo vive,
y sólo amando concibe
que es posible el respirar,
vencerá toda porfía
que se oponga á su ventura,
rechazará con pavura
todo halago engañador,
y, si no logra su llanto
ablandar la roca yerta,
primero la verás muerta
que hacer perjurio traidor.
¡Angel mio! ¡Clara estrella!
—exclamé con arrebato—
perdona al pobre insensato
que así conturbarte osó.
¡Yo soy tuyo, y tu eres mía!
¿á quién sino á mí amar puedes?
¿y á quién, pues tu alma me cedes,
sino á tí, puedo amar yo?
No es posible que me olvides!
¡ay de tí si tal hicieres!
tú que tan feliz hoy eres
sentirías gran dolor:
en la fiesta más galana
no hallarías alegría,
en la luz del claro día
no hallarías resplandor.
Ni podrías en las noches
disfrutar de paz serena,
que el recuerdo de mi pena
te vendría á despertar;
y una vida miserable
perseguida por tormento
de feroz remordimiento
deberías arrastrar.
—¡Bien de mi lealtad recelas!
mas la tuya ¿quién la fía?
—Mi existencia, Luisa mía,
que sin ti no puede ser!
—Tú lo dices, y lo creo;
mas, Fernando, si me engañas...
—El infierno en mis entrañas
venga entonces á roer.
Y pues el cielo ha juntado
nuestras almas y destinos,
para que iguales caminos
recorriésemos los dos,
hagamos indisoluble
tan dulce unión al momento
con un santo juramento
prestado delante Dios.
Al oir estas palabras,
tomóme del brazo Luisa,
diciendo con entusiasmo:
«Vamos al templo enseguida.»
Apartada de la aldea,
y en una hermosa colina,
de la iglesia se levanta
la fábrica ancha y antigua,
obra de pasados tiempos
en que el genio del artista
se derramaba inspirado
en retablos y capillas
que hoy día la admiración
con mudo pasmo analiza.
Allí fuímos presurosos
sin temer que alguien podía
notarnos, y hacernos luego
objeto de mil hablillas.
Cuando de la verde loma
alcanzamos la subida;
el Sol llegaba á su Ocaso,
y el bronce tocaba á vísperas.

VI

El templo era oscuro;
de negros crespones
la sombra en el muro
fingía girones;
cual astros los cirios
se veían lucir,
y en las anchas baldosas, los pasos,
se oyeron crujir.
Pisando la luna,
ceñida de estrellas,
la Vírgen que aduna
las glorias más bellas,
se alzaba radiante
en místico altar,
difundiendo un perfume fragante
de incienso, y azahar.
Los dos á sus plantas
corrimos veloces,
y nuestras gargantas
con plácidas voces,
que como lamentos
sonaron allí,
de constancia y amor juramentos
dijéronse así:
—«¡Oh! Vírgen santa, celestial María,
puerto seguro del que en ti confía;
iris de eterna paz:
clemente escucha la plegaria mía,
y con las orlas de tu manto, pía,
el llanto borra de mi triste faz.
Olas amargas cual de negros mares
hoy combaten con hórridos pesares
mi pobre corazón.
Y náufrago infeliz, en mis azares
vengo arrastrando al pié de sus altares
á demandarte paz con mi oración.
Amor que brota espléndido del cielo
llama incendió de abrasador anhelo
dentro de mi alma fiel.
Mas las rastreras brumas de este suelo
sobre mi porvenir tienden un velo
que llueve dudas en feroz tropel.
Ciego y sin luz me encuentro en mi camino
envuelto en el error de un torbellino:
á donde voy no sé...
Errante y temerario peregrino,
víctima fuera de cruel destino,
si no me diese inspiración tu fé.
Mi pecho pues que con fervor te adora,
á tí se acoje en su quebranto ahora
sediento de piedad.
Bendice mi pasión, reina y señora;
un hijo soy que dolorido llora;
no me dejes en mísera horfandad.
Vengo á tu altar con la doncella amante
que, vida de mi ser, númen radiante
que endulza mi pesar.
Un sol me reveló con su semblante,
un cielo con su pecho palpitante,
con su acento un angélico cantar.
Desde el día en que estáticos nos vimos
nuestras almas en una sola unimos
con tierno frenesí:
Y amor, eterno amor nos prometimos,
amor que hoy á jurar los dos venimos
postrándonos de hinojos ante tí.

(Se continuará)





INVIERNO

PROBLEMA RESUELTO



La vida de soltero ¡que demencia!
es como un arbol que no rinde fruto:
cuando joven, al vicio da tributo
manchando de pecados la conciencia;
y viene la vejez, y una dolencia
le postra, y sólo mira el rostro enjuto
de algún criado perezoso y bruto
que sólo piensa en apañar su herencia,
sin hogar donde oculte su amargura,
sin hijos cariñosos que le adoren,
ni esposa que le mime con ternura,
así se agosta su existencia fútil
y muere así sin ojos que le lloren
siendo del mundo criatura inútil.



La vida del casado ¡que locura!
da frutos, más cual chumbo en el estío;
si se casa de joven ¡desvarío!
si se casa de viejo ¡desventura!
Trabajar con afán; no ver la hartura;
esclavitud, y celos, y desvío,
y aquí un deudor que vocifera impío,
y allí una enfermedad que el alma apura.
Al fin cansado de esta lid eterna
llegas á viejo antes de tiempo, y miras
que te quitan los hijos yerno ó yerna;
y entonces más que el solterón deliras,
pues te hallas pobre, abandonado y triste,
y aun gracias, si entre cuernos no anduviste.



Pues tanto inconveniente el mundo ofrece,
ora vivas casado, ora soltero,
digo en verdad que á todo yo prefiero
aquello que más cómodo parece.
Dadme fortuna que jamás decrece,
mujer que quiera lo que siempre quiero,
un hijo sólo con amor sincero,
yerna que al suegro le regala y mece;
y entonces sí, que con pasión honesta,
al matrimonio volaré al instante:
mas un tilde borrad de la lista esta,
y seré un solterón recalcitrante,
y si la soledad me es muy molesta
cura me haré para vivir triunfante.

MISCELANEA

Una señorita creía que infantería era sinónimo de infancia, y decía:

—Yo tenía un genio muy alegre cuando estaba en la infantería.

En un wagón del ferrocarril:

Un filósofo hablaba con un campesino de política y religión.

Este le escuchaba embobado.

Al cabo de mucho disertar, el sabio le preguntó:

—Ahora bien; dígame usted: ¿Es V. materialista ó espiritualista?

—Yo, señor, soy carnicero, para servir á usted;— respondió el otro.

Cierta buena señora esperaba á su hijo que habia [de] llegar á las seis de la tarde en la diligencia de Bay[o] y era tal el ansia que por ver al hijo de sus entrañas [te]nía, que adelantó su reloj á fin de que el chico lleg[ase] más pronto.



En una tablilla fijada en la puerta de una casa se [leía] lo siguiente:

«Hay un Cuarto tercero para alquilar en seis du[ros] mensuales.—Último precio: Cuatro duros.»

EPÍGRAMAS



Al hipócrita Gaspar
preguntó un día Teodoro:
—qué haces siempre ante el altar?
y Gaspar sin vacilar
contestó: ¿Qué he de hacer? *Oro!*



Conozco cierto vicario
tan devoto de rezar,
que no sabría pasar
sin dormir con su *rosario*.



Tanta hambre sufría Hurtado
que al mar se quiso arrojar,
y aunque estaba muy pelado,
al caer decía el menguado
«Eh! pelillos á la mar!»

PENSAMIENTOS



Para dar á la honra asedio
y hacer los hombres esclavos
no halló el diablo mejor medio
que inventar los taparrabos.



La felicidad no es cosa
que se pueda definir:
para unos está en la muerte
para otros está en vivir.



Que una gota tan solo
del firmamento caiga,
y por guardarse de ello
se abrirán mil paraguas.



Que caiga una moneda
dentro un inmundo charco,
y veréis con presteza
tenderse cien mil manos.



La causa de que los hombres
unos á otros se hagan daño,
únicamente consiste
en que todos son hermanos.

Tip. Delclos y Bosch, Sta. Monica, 2. Pasaje

LAS MORSAS

Estos anfibios tienen, cuando adultos, veintidos dientes, á saber: cuatro incisivos en la mandíbula superior, y ninguno en la inferior; ocho molares arriba y ocho abajo, los cuales son cilíndricos cortos, truncados oblicuamente, obrando unos sobre otros, del mismo modo que la mano en el almirez. Tienen la forma general de las focas, pero carecen de caninos y de incisivos en la mandíbula inferior, y sus caninos inferiores forman unos enormes colmillos que se dirigen hacia abajo. Viven en los mares glaciales sobre los témpanos de hielo, y son de condición mansa. Por el precioso marfil de sus colmillos, la abundante grasa de su cuerpo que proporciona un aceite superior al de la ballena, y lo recio de su piel, de la que se hace un escelente cuero, son muy codiciadas las morsas. Los cazadores embisten sus numerosas manadas, no siendo raro matar en una cacería un millar de estos animales.

EL RINOCERONTE

Caracteriza á este paquidermo un cuerno que lleva encima de la nariz, compuesto de pelos aglutinados y que parece ser una prolongación de la epidermis, pues no está adherido más que á la piel. Aunque muy huraño, es pacífico, pues sólo ataca cuando se le mueve guerra. Vive solitario en las selvas ó á orillas de los rios, en cuyo fango le gusta revolcarse. Cuando está tranquilo, su voz es debil y parecida al gruñido de un cerdo, pero si se irrita se oye su bramido á gran distancia. La hembra recién parida trata con gran cariño á su hijo, y embiste furiosa á los animales que encuentra, incluso al tigre que se ve obligado á salvarse huyendo. El rinoceronte es sumamente estúpido, y de momento pasa del estado de pereza al de un furor desenfrenado, destrozando y derribando ciegamente cuanto halla al paso. Cazado joven se familiariza, guardando empero resabios de sus caprichos. En estado de cautividad se le alimenta perfectamente con arroz, pan y azúcar.

EL TIGRE

El tigre, ese monstruoso gato de las grandes selvas, es tan feroz como es hermosa su manchada y sedosa piel. La elasticidad de sus miembros le comunica tal agilidad, que con ella logra muchas veces vencer á las fieras más terribles, como el león y el elefante. Su voracidad no tiene igual, y aun hárto ataca á las demás bestias y hasta al hombre mismo, por sólo el instinto de destrucción que le posee, á diferencia del león, que sólo embiste cuando se ve perseguido ó se siente acosado por el hambre.

Antiguamente los desiertos de la Libia y la Pannonia daban gran contingente de estas bestias al pueblo romano, que se divertía arrojándolas al circo para que combatiesen con otras fieras ó devorasen cristianos. Vez hubo que en un sólo día murieron seis mil tigres en el famoso coliseo.

EL ELEFANTE

Su gigantesca trompa basta á distinguir este mamífero de los demás animales. Es el más dócil, el más inteligente, el más casto, el mayor y el más fuerte de todos. No ataca jamás, pero acosado ó herido embiste con furor desesperado. Antiguamente prestaron los elefantes grandes servicios en la guerra, á la cual iban cargados con una torre donde se apostaban arqueros y ballesteros. A estos animales debió el rey Pirro sus primeros triunfos contra los romanos. En estado silvestre viven los elefantes reunidos en manadas, habitando las selvas más recónditas y los paises más cálidos de Asia. Cuando creen que les amenaza algún peligro, los machos viejos se ponen al frente, y detrás de ellos las hembras con sus hijos. Su longevidad es extraordinaria, llegando algunos á vivir 600 años. El marfil de sus colmillos causa su persecución, y se les caza ora con trampa abriendo un profundo hoyo cubierto con ramas donde caen al pasar, ora con flechas ó armas de fuego, que es la manera más fácil de que quede algún cazador aplastado bajo las patas de estos enormes animales, ó traspasado por sus colmillos.

EL CABALLO

El caballo silvestre de las sábanas de América tiene más inteligencia y brio que el caballo domesticado. Se reune en manadas de diez mil individuos, reinando entre ellos la mejor armonía y defendiéndose mútuamente. Precedidos de los machos viejos, que hacen el papel de batidores, avanzan en columna cerrada que nadie es capaz de romper. Si divisan alguna comitiva de viajeros, los guías se adelantan á practicar un reconocimiento, y según sean los viajeros, la columna pasa por su lado al galope, invitando á desertar á los caballos domesticados. Los indios los cogen con lazos que les echan al cuello con singular destreza, y los doman con suma facilidad. La patria del caballo silvestre parece ser el desierto de los alrededores del mar Cáspio y Aral.

Los que pueblan las llanuras de América descienden de raza española.

EL CORZO

Este rumiante de color pardo castaño, con las nalgas blancas, la cola muy corta y astas que pierde durante la estación de otoño, vive en parejas en los altos bosques de los paises templados de Europa. Cuida con gran solicitud á sus hijos, y cuando los cazadores penetran en el bosque, se presenta el macho para llamar la atención de los perros y atraerlos en pos de sí, con el objeto de salvar á los corcitos. El macho y la hembra nunca se separan, sino que pasan juntos la vida. Su natural es tímido y manso, y fácil para la domesticidad. Su defensa está en la extrema ligereza de sus piernas, y cuando caen heridos lanzan lastimeras quejas y miran con ojos tiernos al cazador. La caza de estos animales fué la diversión favorita de las damas de la Edad media.

LAS FOCAS

Estos animales pasan la mayor parte de su vida en las aguas, alimentándose de peces y mariscos que pescan con suma destreza. Unicamente salen á tierra para amamantar á sus hijuelos ó para dormir al sol. La naturaleza les ha dotado de una conformidad especial que les permite retener por mucho tiempo la respiración. Cuando quieren echarse al agua se cargan de lastre, tragándose algunos guijarros, que arrojan por medio del vómito al volver á tierra. La roca en que acostumbra colocarse una foca con su familia, es su propiedad relativamente á los demás individuos de su especie. Si alguno se atreve á trepar á dicha roca trahan una lucha que sólo concluye con la muerte de los combatientes. La voz de la foca es parecida al ladrido del perro. Duermen estos anfibios tan profundamente, que es muy fácil alancearlos. Es preciso luchar cuerpo á cuerpo con estos animales, y matarlos á palos, pues las balas no les acaban la vida. Se defienden con valor, pero la dificultad de sus movimientos no hace peligrosa la lucha.

EL BISONTE

Vive el Bisonte en las comarcas templadas de la América septentrional, y especialmente en el Missouri y en las montañas peñascosas. En el verano habita los bosques, de donde sale en primavera para recorrer las comarcas del Mediodia al Norte, y en otoño del Norte al Mediodia. Durante esta emigración andan los bisontes reunidos en manadas de veinte mil individuos y á veces más. Van tan apretados unos con otros, que empujando los que están detrás á los de delante, rompen y devastan cuanto hallan á su paso, pereciendo los más débiles pisoteados por los demás. Como su cuero y su carne son muy apreciados, los indios se reunen para darles caza, obligándoles á entrar en unos grandes cercados de estacas, matando mil ó dos mil bisontes en una cacería. Este animal huye del hombre, pero si éste le hiere, se precipita sobre el cazador atacándole con los cuernos y las patas delanteras que constituyen un arma terrible.

EL HIPOPÓTAMO

Es tan enorme la magnitud del hipopótamo, que á veces llega á once piés de longitud sobre diez de circunferencia. Sus formas son macizas, los ojos y orejas pequeños, las piernas cortas, la cabeza desmesurada, el vientre grueso hasta tocar el suelo, y su boca anchisima, y armada de colosales colmillos que suministran un marfil más precioso que el de los elefantes. Es de color negro apizarrado ó rojo curtido. Vive en los grandes rios del Mediodia de Africa. En tierra anda con gran trabajo, pero nada con extrema facilidad. Puede permanecer mucho tiempo debajo el agua, sin salir á la superficie. Cuando le persiguen se sumerje en el lago ó rio, y reaparece luego á larga distancia. Su voz es muy parecida al relincho del caballo. Su índole es agreste, y aunque no ataca al hombre, se revuelve furioso cuando se ve acometido y vuelca la barca que le persigue. Pasa el dia metido en el agua, y salta á tierra para pacer durante la noche.

LA SERPIENTE

Africa es el país de las grandes serpientes. Las hay allí tan desmesuradas que, según cuenta la historia, el cónsul Régulo, en su guerra contra los cartagineses encontró á orillas del rio Bagrada una serpiente que molestó á su ejército más que las tropas enemigas, viéndose obligado para matar al reptil á emplear sus máquinas de guerra. La piel, que tenía de largo ciento veinte piés, fué llevada á Roma y colocada en un templo. Los indígenas, familiarizados con ellas, aunque á veces son víctimas de sus picaduras, no las temen; de tal modo que algunos hay que las amansan y domestican, empleando para ello los sonidos del tambor ó de la flauta. La caza de estos ofidios, y particularmente de las serpientes boas y de cascabel, es muy peligrosa si no se las encuentra amodorradas y no se las quiebra al primer golpe la cabeza, que es la parte más vulnerable de su cuerpo.

EL KANGURO

Cook fué quien por vez primera observó en 1779 estos extraños animales. Tienen las patas anteriores muy pequeñas, que les sirven muy poco para andar, pero de las cuales se utilizan como manos para llevar á la boca los alimentos. Por el contrario, sus patas posteriores son larguísimas y provistas de cascos que aprovechan admirablemente para defenderse. Las hembras tienen una bolsa abdominal, en la que colocan á sus crías hasta que han adquirido el desarrollo necesario. Gozan de un natural tan tímido, que ni siquiera se defienden contra los perros, si tienen medio de huir. Como la carne de este animal es más sabrosa que la del ciervo, los naturales de Nueva Holanda le hacen una guerra muy encarnizada. El color del kanguro es de un oscuro ahumado, y rojo en los costados. Su estatura ordinaria llega cuando más á cinco piés. Vive en cortas manadas, y luchando con los individuos de su especie se vale de sus patas delanteras con las cuales causa á sus contrarios profundos arañazos.

MONOS

Hay treinta y tres especies de monos: el Orangután, animal semejante al hombre; el Chimpanzé, que se distingue del orangután por ser éste rojo y aquél negro; el Pongo, el más feroz de la especie; el Syndatylo, cobarde y perezoso; el Gibbón, diestro en equilibrios; el Mico, maligno y astuto; el Colobo, de pelo amarillo y negro; el Lasiopje, listado de rojo y de un color verde gris; el Nasico, de desmesurada nariz negra; el Cercocebo, de cabeza piramidal; el Semnopiteco, dotado de grande inteligencia; el Macaco, amigo de emborracharse; el Magote, de cara lívida, desnuda y aplastada; el Presbite, de azulado color; el Cinocéfalo, de hocico semejante al del perro; el Coaita, goloso y dócil; el Lagotreche, de pelo rizado; el Nocthor, del valor de un ratón y del rugido de un tigre; el Sahis, con cola de zorra; el Vistiti, semejante á una ardilla; el Maki, gran devoto de dormir; el Indri, que anda con dos piés; el Lori, que sólo ve de noche; el Nycticebo, que camina arrastrando el vientre; el Mispitheco, de grandes ojos; el Cheirogalo, parecido al gato; el Galago, del tamaño de una rata; el Tarso, de larguísima cola; el Hirkajus, amante de la soledad, y el Aye-Aye, de plañidero grito.




LUSTRATION
NON PLUS ULTRA

SUSCRICION
Semestre. . . 3 Ptas.
Año. . . . . 5'50 id.
Pago en moneda, libranza ó sellos únicamente en la Administración, de 10 á 1 y de 3 á 5.
ESCUDILLERS 5, 7 y 9
Barcelona

Núm. X

ILUSTRACION NON PLUS ULTRA

Barcelona 11 Noviembre 1886

Año I

NÚMEROS SUELTOS
10 céntimos de peseta y 15 los atrasados.
De venta en las librerías, kioscos, vendedores ambulantes y puntos de costumbre en
España

Núm. suelto 10 cént. de peseta ✱ Núm. suelto 10 cént. de peseta
Los corresponsales venderán por manos á los vendedores ambulantes.

NUESTRAS LÁMINAS

EL ESTUDIANTE

El señor Matilla ha colocado al protogonista, muchacho alegre, decidor y calavera, más amigo de las mozas que de los libros, en una barbería, lugar de continua cháchara y regocijo, y ha puesto en sus manos una guitarra, instrumento, por decirlo así, el más locuaz y zaragatero. Con ver este dibujo acude la risa á los labios y al pensamiento los cuentos y travesuras de los escolares de Salamanca, Cervera y Alcalá.

APUNTES DEL BESÓS.—IGLESIA DE S. ADRIAN DEL BESÓS

Del estudioso artista señor Balasch son estos dibujos, recomendables por su exactitud y limpieza de ejecución.

SISTEMA DE EDUCACIÓN

—Pues V., amigo D. Judas, es hombre capaz de contarle pelos á un calvo; vengo á pedirle un favor. Es el caso que tengo un hijo que cuenta 16 años justos y cabales, y como he decidido pensar muy sériamente en su porvenir; quisiera que V. me indicase lo que debo hacer para que este futuro heredero mío llegue á ser hombre de pro.

—Sírvase antes ponerme en antecedentes respecto á las cualidades de ese muchacho.

—En dos palabras. Mire V., se llama Simón, aunque yo y Tomasa, que es su madre, por cariño le disminuimos el nombre y le llamamos Monito. Lee y escribe correctamente. Se sabe de memoria las fábulas de Samaniego, todo el Catecismo sin faltar tilde, y aun más de tres docenas de vidas de Santos que dá gusto oirselas contar. Además, conoce algo de Geografía, un poco de Aritmética, y bastante de Gramática. En cuanto á modales y á buenas costumbres, no se diga. Como que lo he educado á mi entera satisfacción. El es un tanto golosillo, eso sí; pero dos cachetinas mías, ó una zurra de su madre, son suficientes para tenerle á raya por durante una semana.

—Por lo que me cuenta V. de su hijo, veo que lo tiene embrutecido.

—¿Cómo es eso? ¡Poquito á poco!

—Sí, amigo mío: V. ha educado a su hijo como si estuviésemos en tiempo de María Castaña. V. está en el limbo, D. Ignocencio. Hoy día, á los años de su hijo, no hay muchacho que no haya enredado medio mundo. El que no ha viajado por Francia é Inglaterra solito ¿qué es eso de ayos y de padres? Tiene, cuando menos, aprendidos cuatro idiomas. A los diez y seis años ya todos están á la vera de graduarse en alguna ciencia, ó carrera literaria; ya quien más, quien menos, ha publicado dos ó tres tomitos de poesías byronianas, ha escrito en siete ó diez periódicos innumerables artículos de política, ó de crítica trascendental, demostrando á más que Glanstone es un pobrecito diablo y que Schpenhaur es un reaccionarote que nunca supo lo que se dijo. Por un ojo de la cara no encontrará V. mozalbete de esta edad que no le cuente á V. que antes de afeitarse por vez primera (y ahora es costumbre empezar á afeitarse á los trece años), ya había tenido sus trapicheos con alguna bailarina, y que ahora ya está aburrido de mujeres. ¿Jugar, fumar, beber? para ellos son niñerías. ¿Padres? Fresquitos están los que no dan cuenta á sus hijos de cuanto dinero tienen en la gaveta, y de cómo lo invierten. ¿Hay chiquillo de esos que se recoja más temprano de la una de la madrugada? ¿Sabe V. de alguno que crea siquiera en Dios?

—Pero V. me describe las infamias de Sodoma y Gomorra, ó se burla de mí?

—Le pinto la vida real; ni más ni menos. Por eso digo que su hijo de V. está embrutecido. Si quiere V. que su hijo logre ser hombre de provecho, ha de arreglar las cosas de la siguiente manera. En primer lugar el chico no ha de llamarse Simón, porque ese es nombre bajo y de cochero, y nadie con él podrá nunca adquirir respetabilidad. Llámese Segismundo que es el onónimo de grandes personajes y tendrá por de pronto mucho adelantado. Aquí el nombre contribuye notablemente á dar lustre al individuo. Luego ha de procurar V. que vista á la *dernière nouveanté*, porque el hábito hoy en día hace el monje. Azúcele V. para que diga desvergüenzas en voz alta por donde vaya, adiéstrele en el manejo del sable; permítale tal cual trapicheo amoroso; no le riña, antes bien convídele á despilfarrar; prohíbale terminantemente toda clase de estudio serio; no tolere que encuentre buenas las costumbres de España, y en cuanto lo tenga V. metido en camino de progreso, envíele V. á Madrid. Nada de profesión que limite sus lucros á la medida de sus trabajos. Esto es muy primitivo. Un empleo ganado á fuerza de influencia, ó de desvergüenza á falta de ella; un negocio apañado con quien tiene en sus manos el secreto de hacerlo valer; una agencia combinada con personajes de notorio poder, etc., etc.; hé aquí los medios de subir y triunfar.

—Pero, ¿y la moral, don Judas?

—Lo primero es el dinero. En cuanto éste haya llegado, vendrá enseguida la moral. Deje usted que el chico baree unos miles, y verá usted como cree y respeta los misterios de la religión, se escandaliza de la corrupción moderna, cobra el dictado de íntegro ciudadano, y es atendido como un verdadero hombre de pró.

—Casi estoy por decirle que me deja usted convencido. Pero en fin, lo pensaré.

JUDAS TADEO

HISTORIA DE UNA PASIÓN

POR

Pedro Huguet y Campañá

(Continuación)

No desdeñes la voz que así se afana
en invocarte, Vírgen soberana,
pues tú sabes de amor:
No es llama, nó, de una pasión profana
la que abrasa á los dos; ni idea mundana
manchó de nuestras frentes el albor.
Amarnos con fé pura deseamos,
del mundo los obstáculos odiamos
en nuestro inmenso afán;
Más rudos e invencibles los hallamos
y si tú no procuras que podamos
unirnos con el lazo que anhelamos,
nuestros tristes am ›res qué serán?»
Tal de devota y tierna
fué mi oración,
y luego dijo Luisa
con triste voz:
—«No te ofendas, María; yo le adoro;
le adoro como esencia de mi ser;
tú vistes yá su enamorado lloro;
¡qué hará sino adorarle una mujer?
Estrella en mi existencia solitaria
es de sus ojos la serena luz:
escucha pues mi férvida plegaria,
madre del martir que murió en la cruz.
Eternamente, mientras mi alma dure,
con pura fé le guardaré mi amor;
pena no habrá que yó por él no apure
aun que me rinda bárbaro el dolor.
Antes la muerte que olvidarle ingrata,
que huir su rostro, y desdeñar su fé;
si el destino fatal por èl me mata
su nombre al espirar bendeciré.
Recoge, Vírgen santa, el juramento
que enamorada ofrezco ante tu altar;
si lo llego á olvidar sólo un momento
vénmelo, madre mía á recòrdar;
Que aunque me encuentre en la celeste gloria
allí seré á mi juramento fiel,
y ausente de él, amante mi memoria
al mundo bajará pensando en él!
. . . .
No pude más; ardoroso
un beso fugaz sonó,
mis nervios todos vibraron
con espantoso temblor,
y en tanto que sollozaba
presa de inmensa emoción,
creí que las anchas bóvedas
se abrian, y en derredor
vacilaban los pilares,
cual péndulos de reloj,
las lámparas se movían,
y con luz que al mismo sol
eclipsara, de la Vírgen
destello intenso brotó
que fascinó mis sentidos
y puso embargo á mi voz.
. . . .
Salimos del templo santo;
brillaba roja la luna;
y silenciosos cruzamos
del bosque la ancha espesura.
El universo dormía...
calma, soledad augusta...
ni una ráfaga en las ramas,
ni un eco en las hondas grutas.
El rumor de nuestros pasos
sólo en el bosque se escucha,
y de nuestros corazones
la palpitación confusa.
Luisa asida á mi brazo
cual yedra á encina robusta
que en el tronco carcomida
la savia de vida busca,
así seguimos la senda
como fantasmas oscuras,
yo á pesar de sus palabras
presa de mortales dudas,
ella tímida sintiendo
no sé qué tristes angustias.
Llegamos así al otero;
y no tan fuerte se anuda
el náufrago desesperado
á la tabla que fluctúa,
como yo de mi Luisa
al cuello de blanca espuma.
«¡Adios!»—murmuró mi boca;—
«¡Adios!»—repitió la suya.
Y después de mil ternezas
que sólo el amor perfuma,
«¡hasta mañana!»—la dije,—
y ella apartándose mustia
repitióme «¡hasta mañana!
¡quiera Dios que pronto luzca!»—
Y partió con raudo paso...
y la miré con tristura...
y rompí en amargos ayes
que aún hoy dentro mí retumban...
El universo dormía...
ya no brillaba la luna...
y me envolvian en torno
densas tinieblas nocturnas,
y como mortaja el alma
aun más sombrías las dudas.

VII

Vino la siguiente tarde
y con ella mi contento;
y al márgen del claro arroyo
fuí á esperar mi arcángel bello.
¡A esperar! una y otra hora
transcurrieron en silencio
sin que oyese de mi Luisa
los pasos blandos y lentos.
¡Qué triste afan! ¡qué congoja!
¡qué de punzantes recelos!
La luna su blanco disco
apoyaba en el soberbio
monte, próxima ya á hundirse
dando á su carrera término,
y aun no como en otras noches
al fulgor de sus destellos
venía Luisa á mostrarme
de sus ojos los luceros.
Los ruiseñores cansados
de vibrar suaves arpejios,
bajo las alas el pico
escondían soñolientos,
privando al callado espacio
de sus canoros gorjeos,
¡y Luisa aun no llegaba
á hacerme escuchar su acento!
Las brisas tambien callando
daban reposo á los ecos,
á las ramas de la selva
y á las ondas del riachuelo,
¡y de Luisa no sentia
aun el perfumado aliento!
¡Ay! no hubo sombra en el bosque
que yo no sondara inquieto,
rumor no sonó en los aires
que yo no escuchase quedo!

(Se continuará)



Apuntes del Besós



Iglesia de S. Adrian del Besós

A UN SIETEMESINO



Fideo en tubos de algodón metido,
requemado plumón, lombriz estraña,
hilo sutíl de flaca telaraña,
cabello por las liendres carcomido;
Ser á una sombra de esqueleto asido,
cuerpo impalpable que á la luz no daña,
objeto que á los céfiros engaña,
cañuto donde el viento forma ruido:
Aunque, ¡oh gomoso! en la tertulia cantes
y digas mil discursos insolentes,
y critiques en necia gacetilla;
¿Qué fueras tú si no llevases guantes?
¿Cómo lucir si no ostentases lentes?
¿Quién sabria de tí sin tu patilla?

PENSAMIENTOS



Los racimos con fierza
oprimimos con los piés,
y ellos se vengan después
subiéndose á la cabeza.



¡Qué dulce fuera vivir
á no tener que pensar
donde habremos de cenar,
donde habremos de dormir!



¡Muchos hay en este mundo
que niegan exista infierno,
y mirad si son dementes
que lo llevan en el pecho!

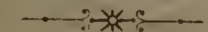


Es, de las músicas todas,
la que más á mí me gusta,
aquella que forma un beso
sonando en la noche oscura.



¿Queréis seducir á un hombre
con una sola palabra?
decidle que está sobrado
de aquello que más le falta.

MISCELANEA



Disputaban un griego con un napolitano sobre las excelencias de su nación, y decía el primero:

—Grecia es el país de donde han salido todos los sabios y filósofos.

—Convengo en ello, contestó el segundo: y la prueba es que no ha quedado allí ninguno.

—Cuando me casé,— decía un pobre diablo á un amigo,—era tanto lo que quería á mi mujer, que me la hubiera comido viva.

—¿Y ahora?

—¿Ahora? Ahora siento no haberlo hecho.

Hablando dos solteronas, decía la una:

—Yo he aborrecido siempre á todos los hombres, y por esto no me he casado.

Y replicaba la otra:

—Pues yo no me he casado, porque los he querido á todos.

Un viejo hacía el amor á una viudita joven, la cual cansada de la persecución que sufría, le dijo un día que no le gustaban los hombres con el pelo blanco.

Tres horas después el viejo enamorado se presentó con el pelo teñido perfectamente de negro.

La viudita le salió al paso, diciéndole:

—Es inútil que venga V. aquí, pues acabo de despedir á su padre de usted.

Un caballero que tenía dos pares de botas, uno de charol y otro de becerro, dijo á su criado al levantarse:

—Juan, tráeme las botas.

El criado tomó una de charol y otra de becerro.

—Animal, ¿quieres que me ponga una de cada clase?

—Pues, señorito,—contestó el criado,—no lo puedo remediar, porque el par que queda allí es igual á este.

Un filósofo de taberna al salir de un templo de Baco hacía estas reflexiones:

—Dicen que con un vaso de vino se sostiene un hombre. ¡Mentira! Yo acabo de beberme veinte y apenas puedo mantenerme en pié.

Un médico muy brusco tenía que operar á un paciente que á vista de los instrumentos quirúrgicos temblaba.

El doctor empezó á palpar.

—¡Ay! ¡ay! ¡ay!—exclamó el enfermo.

El médico siguió palpando.

—¡Ay! ¡uy! ¡uy! ¡uy! ¡Ayyyy!—gritó el enfermo.

El doctor incomodado, dice:

—¡Hombre! ¿Es posible que grite V. tanto por unos dolorcillos sordos?

—¡Canario!—contestó el otro.—Pues si son sordos hago bien en gritar.

Algunos jóvenes cazadores preguntaron á un andaluz si había muerto muchas piezas en el bosque.

—Tantas,—contestó el interrogado,—que sólo he podido traer á casa, con gran fatiga, una pieza por cada mil de las que he muerto.

—Entonces la caza allí debe ser muy abundante.

—Lo es en tal grado,—repuso frescamente,—que para tirar á los conejos tenía que apartar las perdices con el cañón de la escopeta.



Cuentan que obligado Quevedo por un dolor de vientre que no admitía dilaciones, se metió en el portal de la casa de un conde, y allí se aligeró del peso que le molestaba.

Echólo de ver el portero; y, bramando de coraje, reconvino al poeta, diciéndole:

—Eso es una porquería.

—No lo niego.

—Yo daré parte á S. E.

—¡Hombre! por mí puede V. dárselo todo, contestó Quevedo.

Tip. Delclós y Bosch, Sta. Mónica, 2. Pasaje.

MADAMA ROLAND

Hija de un tallista, nació en 1754, esta espiritual y animosa mujer que fué el alma de la revolución francesa, en lo que ésta tuvo de más noble y más elevado.

Casada con Juan Roland, ministro quo llegó á ser á últimos del reinado de Luís XVI, era ella la que inspiraba á su marido, decidiéndole á entrar en la gran corriente filosófica que derrocó á no tardar el trono de los Capetos.

Escritora viril é ingeniosa formó parte del «Courricr de Lyon», periódico al que dió tanta popularidad que se vendían 60,000 ejemplares de cada número que publicaba algún articulo de ella.

El partido del terror ingrato con los grandes servicios prestados por esta mujer á la libertad, la encarceló en la Abadía, trasladándola luego á Santa Pelagia. de donde salió en 8 de Noviembre de 1793 para subir al cadalso con la entereza de un filósofo y la sublimidad de una martir.

FLORINDA

Florinda, llamada la Cava, era hija del conde don Julián. Su espléndida hermosura encendió la llama del deseo en el impuro corazón del rey don Rodrigo, quien, atropellando todos los fueros de la dignidad, aprovechó la ocasión de sorprender sola á la doncella mientras se paseaba por los jardines del alcázar de Toledo, y le arrebató con violencia la corona de la virginidad. Irritado por el ultraje el padre de Florinda, que á la sazón ejercía de gobernador en Ceuta, juró vengarse de un modo sangriento del libidinoso rey. Y, en efecto, él fué quien llamó á las hordas africanas, que, al mando de Muza y de Tarik, se derramaron por las playas andaluzas, donde á orillas del Guadalete rompieron en formidable batalla el cetro godo y se enseñorearon de España.

MARÍA PITA

Fué ésta la mujer valerosa que en Vigo, cuando el furor de las armas enemigas sembraba la muerte por todas partes é infundia espanto en los corazones más viriles, subió con denuedo á la muralla, apoderóse de un cañón, dando ejemplo de un heroísmo sin igual, reanimó el ánimo abatido de los sitiados é hizo palidecer á las tropas inglesas, que pagaron cara la osadia de haber osado ofender á la perla de la Coruña. La memoria de tan insigne mujer vive inmortal en el alma de todos los españoles, y sobre todo en la de sus paisanos, que celebran con fiestas y certámenes todos los aniversarios de aquella sublime hazaña.

MAGDALENA DE ESCUDERI

Nació esta famosa escritora en el Havre, año de 1607. Era hija de familia menesterosa, se sintió con genio, y, para atender á las necesidades de su casa, se trasladó á París, donde publicó varias obras con el nombre de su hermano Jorje, poetastro cortesano del poderoso cardenal Richelieu. Una vez Mdme. Scuderi en la corte de Francia, no tardó en adquirir renombre, y pronto se vió rodeada de admiradores de su talento, que luego la hicieron protagonista de galantes aventuras.

Fueron las obras que escribió notables dado el atraso en que se encontraba la literatura, y sobre todo la novela, de la cual fué gran propagandista con su «Artamenes» y su «Clelia.»

Murió en el año 1701.

ISABEL DE INGLATERRA

Hija de Enrique VIII y de Ana Bolena, subió esta princesa al trono inglés á la edad de 25 años y en el de 1558. Desde luego se hizo notar por su talento politico y por su extremado celo en favor de la religión reformada, en que le había educado su padre. Su prima Maria Stuardo declaróse pretendiente al trono de Inglaterra, á instigación de los Guisas, é Isabel juró odio mortal á la bella y galante reina de Escocia. Por medio de una estratagema la atrajo á su corte, y una vez alli la encarceló, la procesó, é hizo que en 1587 rodase su cabeza al golpe del hacha del verdugo. Esta lamentable tragedia ha sido calificada por la historia con nombres que empañan la gloria de esta reina, que, aparte de su dureza de corazón, se mostró digna de la corona. Fué prometida esposa de Felipe II de España con quien después tuvo enemistad. Se declaró amiga del celibato, y, aunque rehusó volar al himeneo, los historiadores cuentan de ella complacencias con el conde de Essex y el duque de Leicéster.

Murió en 1603.

PRINCESA DE LAMBALLE

María Teresa, Luisa de Saboya, y Carignan, viuda del príncipe de Lamballe, nació en 1749, y fué camarista de la infeliz reina María Antonieta, cuya plena confianza obtenia. Cuando la familia real de Francia decidió partir á Varennes, la princesa de Lamballe se dirigió á Inglaterra, de donde regresó cuando Luis XVI hubo aceptado la constitución. Fiel á su reina, no quiso abandonarla en la desgracia cuando la revolución derrocó el trono de San Luis. Los sicarios del terror la prendieron y la llevaron á la carcel de la Force. En la sangrienta jornada del 3 de Septiembre de 1792, fueron derribadas por el furor revolucionario las puertas de esta carcel, y la princesa de Lamballe fué una de las primeras victimas que cayeron inmoladas. Una multitud ebria de ferocidad arrastró su cuerpo angelical por el lodo de las calles, y aun no satisfecho así su odio, cortó la cabeza de la bella princesa, la clavó en una pica, y después de pasearla con algazara, la colocó á las puertas de la prisión donde lloraba María Antonieta.

SARAH BERNHART

La eminente actriz, orgullo del teatro francés, es holandesa. Hija de una familia hebrea convertida al catolicismo, fué educada en un colegio aristocrático de Francia, en el que ya empezó á mostrar su genio y sus originalidades, pues comenzando por querer ser monja, acabó por manifestar que tenia vocación por el teatro. Estudió en el Conservatorio de Paris, y luego pasó de teatro en teatro hasta llegar al de la Comedia francesa, al que ha dado muchos días de gloria. ¿Quién no ha admirado y aplaudido á la intérprete sin rival de «Las mujeres sabias» y «La dama de las camelias?» Sarah Bernhardt, además de actriz notabilisima, pinta, esculpe y escribe; se cuenta de ella que tiene el capricho de dormir en un ataud y adornar su tocador con cráneos y fémures, y que con frecuencia se viste de hombre. Casada hace poco, apenas terminada la luna de miel, se separó de su esposo.

ARIOSTO

Este insigne vate, uno de los cuatro grandes poetas del siglo de oro de la literatura italiana, nació en Reggio en 1476; la fortuna y relaciones de su familia proporcionáronle el desempeño de importantes cargos, como el de gobernador de una provincia del Apenino; no obstante el cual, cultivó la poesía constantemente. En su poema «Orlando furioso» brillan cualidades de primer orden, que le hacen digno de figurar al lado de la «Eneida» de Virgilio.

Cuéntase que llegó á ser tan popular nuestro vate, que al ser asaltado en el campo por una partida de ladrones, bastóle dar su nombre para que los bandidos le escoltasen y le pusieran en libertad, sin causarle daño. Ejemplo raro de desinterés por parte de los bandidos, y clara muestra del respeto que su solo nombre inspiraba.

Murió á los 59 años de edad, en 1535.

LOPE DE VEGA

El «Fénix de los ingenios» nació en Madrid en 1562. Huérfano á los pocos años, dedicóse con afán á la poesía, que le valió la protección del obispo de Avila. quien le pensionó para ir á Alcalá á estudiar filosofía; el duque de Alba le nombró luego su secretario y se casó con D.ª Isabel de Urbino; un desafío afortunado le obligó á ingresar á la cárcel, de donde salió para Valencia, y á su regreso á la corte enviudó. Entonces se embarcó en la escuadra que marchaba contra Inglaterra, portándose valerosamente durante la campaña. Vuelto á Madrid se casó de nuevo y enviudó al poco tiempo, decidiéndole esto á abrazar el estado eclesiástico.

Murió en Agosto de 1635, dejando compuestas más de mil quinientas comedias y cuatrocientos autos sacramentales. Sus libros de tratados sueltos y poesías exceden de cincuenta, y se calcula que llenó unos 133,225 pliegos.

ALEJANDRO DUMAS (PADRE)

El célebre literato francés nació el año 1803 y murió en 1870. ¿Quién no conoce al célebre autor de «Los tres mosqueteros,» «Las memorias de un médico» y tantas otras obras que aún hoy forman nuestra delicia? De él se cuentan muchas anécdotas, entre otras la de que, habiéndole convidado á comer un banquero riquísimo, le dijo estando ya de sobremesa que el mayor favor que podría hacerle era tratarle con confianza, tuteándole. Dumas se volvió hacia él y exclamó seriamente:

—Pues bien, mira, préstame cinco mil francos.

Es inútil decir que los obtuvo enseguida.

La mejor de sus obras, en opinión de él mismo y de todos, es su hijo, que también se llama Alejandro, y que, como él, es una gloria de la literatura francesa.

THIBETS

La naturaleza produce de vez en cuando monstruos de maldad: uno de ellos fué el norteamericano Thibets. Bien fuese por defectos de educación, bien por tener una organización cerebral defectuosa, es el caso que este famoso bandido llevó su crueldad hasta un extremo imposible de describir, cometiendo asesinatos y violaciones sin cuento. Preso al fin por la justicia de su país, él mismo pidió que le condenasen á muerte, manifestando que estaba seguro de que si le dejaban con vida y recobraba su libertad volveria á la funesta senda que habia emprendido, pues sentía una irresistible propensión á la violación y al asesinato.

No era necesario su ruego para que el tribunal le condenase á la última pena, pues bastaban y aun sobraban sus horribles delitos. Thibets, pues, fué ahorcado, y subió al patíbulo, no ya con serenidad, sino hasta mostrando el mayor contento.

NERON

Nació en Ancio el año 34 de Jesucristo, y adoptado por el emperador Claudio le sucedió el año 54. Fué al principio tan justo, liberal y humano, que mereció que le llamasen Delicia de Roma; mas de repente cambió para ser sodomita, parricida, borracho, crapuloso, insensato, tirano, asesino, incendiario, todo cuanto malo puede concebirse. Mandó dar muerte á su madre Agripina, á sus dos preceptores Séneca y Burrho, a su esposa Octavia, á un sinnúmero de amigos y parientes suyos; se vistió de mujer y se casó con Pitágoras; luego recobró el traje de hombre y se casó con un joven á quien hizo castrar para que se pareciese más á una mujer; después de un banquete mandó pegar fuego á Roma y contempló el incendio cantando desde el Capitolio.

Al fin Galba, prefecto de las Galias, se sublevó contra él. Huyó Nerón, y viéndose perdido se asesinó con su puñal.


SARAH BERNHARDT
ARIOSTO
LOPE DE VEGA
ALEJANDRO DUMAS (PADRE)


LUSTRA ION
NON PLUS ULTRA
LIT. FORASTE

SUSCRICION
Semestre. . 3 Ptas.
Año. . . . . 5'50 id.
Pago en moneda, libranza ó sellos únicamente en la Administración, de 10 á 1 y de 3 á 5.
ESCUDILLERS 5, 7 y 9
Barcelona

Núm. XI — ILUSTRACION NON PLUS ULTRA — Año I
Barcelona 18 Noviembre 1886

NÚMEROS SUELTOS
10 céntimos de pese
y 15 los atrasados
De venta en las librerí kioscos, vendedores amb lantes y puntos de costu bre en
España

Núm. suelto 10 cént. de peseta ⁎ Núm. suelto 10 cént. de peseta
Los corresponsales venderán por manos á los vendedores ambulantes.

NUESTRAS LÁMINAS

EL TROVADOR *(dibujo de Comelerán)*

El artista, por medio de una caprichosa alegoría, ha hecho una picante sátira de los trovadores. Mírese con atención la lámina, y se verá, sin necesidad de esplicación alguna, que en ella se dice que nuestros melancólicos trovadores, con su blonda cabellera, su dulce semblante, su suave cítara y su corazón apasionado, han sido siempre los propagandistas del amor, y, por tanto, el bú de los maridos y el espanto de las madres, y la tentación de las muchachas.

BELLEZAS GITANAS

Dícese que la raza gitana proviene de Egipto, pero lo cierto es que ningún argumento convincente se ha podido dar de su misterioso origen.

Pueblo esencialmente nómada, el pueblo gitano vive con sus costumbres, sus leyes, su idioma y su religión (si es que tienen alguna) sin confundirse jamás con las naciones por donde atraviesa.

Así es que los signos de su belleza se destacan del resto del género humano y siempre serán iguales los de la gitana, que corre por las cálidas regiones del mediodía, á los de la que mora en los países del Norte.

FRASES HECHAS

Tengo un amigo, recalcitrante si los hay, con quien trabo contínuos altercados para meterle en la mollera ideas de progreso. El bribón se defiende de mis ataques con una sola frase: «No me vengas con innovaciones; creo lo que me enseñaron mis padres; así encontré el mundo y así lo he de dejar.» El tal amigo reside en Tortosa, y el otro día le escribí la siguiente inventiva:

«Hay frases corrientes más contagiosas que la lepra, y más dañosas que el no comer. Una de ellas, y no la que ha obtenido menos voga, es la de: «así nos lo enseñaron nuestros padres y así lo hemos de creer y respetar.»

Pasaría yo por ello de buena gana, si esos padres hubiesen sido grandes peritos en las materias que decimos debemos respetar porque ellos nos las enseñaron; pero casi siempre resulta que los pobres así sabían de tales cosas, como de trufar pavos el gran Homero. Se trata, por ejemplo, de política, y dice uno: «Por esto y por lo de más allá, la monarquía es una institución hija de la barbarie y de la fuerza, y constituye una violación permanente de los derechos naturales; por consiguiente nada hay más puesto en justicia que el gobierno del pueblo por el pueblo.»

«Es verdad, contesta otro, pero nuestros padres nos enseñaron á obedecer á los reyes; reyes hemos encontrado al nacer, y así debemos dejarlo.»

Y con esto queda el incidente terminado, cuidando mucho el propagandista de no insistir en sus argumentos, si no quiere pasar plaza de irreverente con la memoria de sus padres.

«Eso de que existen diablos con rabo y piés exclama fulano, es gracioso disparate que mueve á risa.»

Mengano que lo oye y conviene interiormen te en la opinión de su interlocutor, contest «Dejémonos de meternos en semejantes hond ras; nuestros padres nos lo enseñaron, y com ellos lo dijeron, debemos creerlo.»

Pero vengan Vdes. acá, almas bienaventur das, digo yo; esos padres que tales cosas le enseñaron á Vdes. ¿eran algunos profundos f lósofos, ó algunos sabios teólogos? No: sin cual más, cual menos, gente que es de suponc honrada, pero sin pizca de instrucción, ó t vez con poca sal en la mollera.

Es que, se me responderá, nuestros padre aunque zotes, lo aprendieron cabalmente d filósofos eminentes y de teólogos eximios.

¡Bravo discurso! ¿Y esos filósofos y esos te logos, lo aprendieron de sus padres, ó lo de cubrieron ellos? Si de sus padres tomaron l paparrucha, valientes sabios serían los tales buena fe merecen sus palabras! Si á ellos e debido el chiste, claro es que al divulgarl sostuvieron cosa que no les habían enseñad sus padres, y por tanto con la misma autorida que introdujeron entonces la innovación, pu den hoy otros reformistas introducir otra co traria á la suya.

Medrados estaríamos que á piés juntill debiésemos creer, y dobladas las rodillas debi semos respetar, todo lo que á respetar y cre nos enseñaron nuestros padres! Así áun nue tra legislación sería la impuesta por Moisé que decía: «No es lícito comer conejo, y mer ce maldición de muerte el que no se casa co su cuñada viuda,» y nuestra astronomía sería l de Josué, que mandaba que el sol no diese vue tas al rededor de la tierra, y nuestra religión l de los egipcios, que caían en adoración delant de las cebollas de sus huertos.

De lo cual resultaría que Jesucristo fué di no de la cruz, porque vino á predicar contra l ley de sus padres; que Colón mereció castig de cadenas, porque sostuvo que existían ant podas; que Galileo se hizo reo de sacrilegio porque reveló que el mundo giraba sobre su ejes, y hasta que Cervántes profirió blasfemia cuando se rió de los endriagos que asustaba á nuestros antepasados, y de los huevos que e la noche de San Juan profetizaban la buen suerte de las doncellas murrias.

NOTA.—El amigo á quien dirijí por corre las anteriores líneas, firme en sus trece, no s dió á partido, y á la media hora de leído m escrito me contestó por *telégrafo* lo siguiente:

«No convencido. Así hallamos, así debemo dejar. Mándame noticias de hijo. Estoy impa ciente.» JUDAS TADEO

Historia de una pasión

por

Pedro Huguet y Campañá

(Continuación)

. . . .

No vino, no; inútilmente
la esperé hasta el nuevo dia:
¡cuánta tempestad sombría
estalló dentro mi frente!
¡No vino! ¡Qué lento pasa
el tiempo en la soledad!
Suspiré con ansiedad
como quien de sed se abrasa
y no halla una linfa pura
donde humedecer la boca:
me senté en la misma roca
en que adoré su hermosura,
y doblada la cabeza
del dolor al golpe rudo,
así permanecí mudo
en indecible tristeza,
cerrados los ciegos ojos
y oprimido el corazón,
cual si en marmoreo panteon
velase helados despojos.
Al fin la noche pasó,
y de aquella pesadilla
la luz del alba amarilla
lentamente me arrancó.
En mí torné poco á poco,
y luego, en siniestra calma,
me fuí, desgarrada el alma
con extravíos de loco.

VIII

Como mi pensamiento, tormentosa
la tarde apareció; cien nubarrones
cual bandada de cuervos pavorosa
extienden sus oscuros pabellones:
el ábrego sacude el ancho seno
de la vieja arboleda,
el rayo brota deslumbrante, y rueda
con bronco cruje retumbando el trueno,
¿Qué importa ese furor á mi delirio,
si llevo dentro el alma
con trazas de martirio
tormenta más cruel? Corro sin calma
al sitio donde Luisa
acude cada día con presteza
á embriagarme de amor con su sonrisa,
mis ojos á recrear con su belleza.
La hora llegó: una y mil veces miro,
jadeando de ansiedad, por el sendero
que acostumbra seguir; atento escucho,
ahogando toda voz, todo suspiro,
si el rumor suena de su andar ligero.
¡Nada!... ¡silencio en torno!... Airado lucho
con mi propio temor, y como el viento
de rama en rama pasa arrebatado,
vuela así atropellado
de sospecha en sospecha el pensamiento.
¡No puedo más! Quizá ráfaga insana
creyéndola una flor de la pradera
al verla tan galana,
á Luisa derribó, y ahora afligida
el dulce alivio de su amado espera
que escudo sea de su tierna vida!
¡No puedo más! ¡Cuando rabioso asola
el huracán, y hasta los robles gimen,
el quietísmo es crimen,
si una debil mujer se encuentra sola.
Febril como un demente,
corro sendas y trochas sin fortuna;
fuente, ni cueva, ni montaña ingente,
no hubo que yo con ansiedad creciente
dejase de explorar una por una.
El nombre de Luisa repetido
mil veces con frenético alarido
á los vientos lancé, y en gritos secos
lo devolvieron con horror los ecos.
¡Vana porfía! Delirante y ciego
casi sin fuerzas, sobre el césped verde,
y cual medroso recental que pierde
la dulce madre, y de balar no deja,
llanto vertiendo de abrasante fuego
volví de nuevo á mi rugiente queja.
Y antes el cielo allí agotó sus rayos
que mi alma sus furores,
las lágrimas mis ojos, y mi pecho
rabioso volcán hecho
la terrible erupción de sus dolores.
Aunque al siguiente día me abrasaba
fiebre voraz temblándome las carnes,
apenas esparcida la tormenta
que antes llenara los revueltos aires,
dejé mi casa, y con incierto paso
corrí á la quinta que albergaba mi ángel.
Llegué, miré los solitarios muros...
¡qué tristeza ¡ay de mí! vino á asaltarme!
¡todo cerrado puertas y ventanas!..
¡silencio donde todo era alegre antes!
Con balbuciente voz pregunté á un viejo
que allí guardaba unos robustos canes,
la causa de aquel cambio repentino;
y el anciano mirándome al semblante,
con risa helada que me hirió cual daga:
—«Como viene el invierno y son fatales
los vientos de la sierra, temeroso
de que á su hija querida no dañasen,
ayer mañana á la ciudad marchóse,
amiguito el señor de este paraje.»
Dijo el gañán, y como herido corzo
que siente la saeta en los hijares,
corrí á mi casa, y le dejé siguiendo
con su burlona risa interminable.
A la hora escasa, abandoné la aldea
de mi partida sin dar cuenta á nadie,
y á la ciudad volé como un demente
de mi Luisa en pos. Templo ni calle
no hubo al llegar que con avaros ojos
desesperado yó no registrase.
¡Ay! cuantas veces una esbelta niña
finjió ante mí su seductora imájen,
al pecho ardiendo en amorosas ansias
pronto agolpando bullidora sangre.
¡Ay! cuantas veces en la vaga sombra
que lucha con las luces de la tarde,
creí mirar en la lejana esquina
el gracioso flotar de su ropaje.
Delirio sólo del tenaz deseo!
Jamás sobre su huella pude hallarme!
Indagué con porfía, y supe al cabo
que á la córte Luisa con su padre
por urgente negocio hacía poco
que debiera marchar, y á no dudarse
tardaría el regreso algunos meses
que yó ya imaginaba eternidades.
¡Ay! y cuanto llorara aquella ausencia
creyéndola preludio de pesares!
La risa no asomó más á mis labios!
De torvos pensamientos denso enjambre
á todas horas me asaltaban fieros,
como asaltan los buitres á un cadáver.
Vacio inmenso en mi redor sentia;
me ofendía la luz; me ahogaba el aire
y esquivo á la amistad, como el verdugo
huyendo con horror de todas partes,
no encontraba consuelo sino cuando
iba en mi soledad á refugiarme.

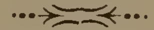
(Se continuará)

MISCELANEA



Un maestro de escuela decía á sus discípulos:

—He llegado á oler que alguno de vosotros se ensucia en la puerta de la escuela, y, como lo llegue á probar...



Al mirarse un paleto en un espejo, dijo: –¡Calle! Pues esta cara me es conocía: ¡parece de mi puebro!

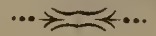
•••⋙⋘•••

Al ir á sentarse una joven que estaba oyendo misa, soltó lo que, por decencia, se llama una pluma, y una jitana que sintió el ruido, dijo:—Pues ni que fuera una princesa la señorita; pues ¿no sopla el suelo para sentarse?

•••⋙⋘•••

—¡Vaya V. con Dios, tocaya! dijo un chulo á una moza de garbo.

—Y, ¿quién le ha dicho á V. que me llamo Bárbara? contestó ella saladamente.



Una gran señora decía á un abate que le presentaron en cierta reunión:—Me han contado, señor abate, que á V. le gustan mucho las faldas.

—¡Calumnia como ella, señora! Nadie aborrece las faldas tanto como yo, contestó el padre: lo que me gustan son los cuerpos.

•••⋙⋘•••

Un vizcaino se casó, y, al día siguiente, al levantarse, saludó á su mujer con un tremendo bofetón.

—Pero ¿qué te he hecho para que me pegues? exclamó la joven.

—Nada absolutamente, respondió el marido: pero figúrate por esa muestra lo que yo haría si me dieses motivo.

•••⋙⋘•••

Fué un muchacho á confesar, y preguntóle el padre:

—¿Cómo está Dios en el cielo?

—Y el chico contestó:—Perfectamente.

•••⋙⋘•••

—Don Juan ¿es cierto lo que dicen?

—¿Qué dicen?

—Que se está quemando su casa.

—¡Imposible! Mire V., ¡precisamente traigo la llave en el bolsillo!

•••⋙⋘•••

Preguntaba un pasajero á un mozo de una posada, que de dónde era; y, habiéndole contestado que de Asturias, volvió á preguntarle cuántos años llevaba en aquella posada.

—Señor, diez años,—contestó el mozo.

—¿Y en qué consiste que siendo asturiano no has economizado en tanto tiempo lo suficiente para establecerte?

—Es, señor,—repuso el otro,—porque el amo es gallego.

•••⋙⋘•••

Un joven, agregado de embajada, escribió una comedia, titulada: *El zapato de baile*, que fué representada por personas de la alta sociedad en una fiesta dada en el palacio de la legación.

La princesa H... representó el primer papel, y habiéndole gustado mucho rogó al autor que le diese una copia del manuscrito.

El diplomático, lisonjeado en su amor propio, prometió presentar su trabajo á la mayor brevedad.

En efecto: pasados algunos días, se dirigió con el manuscrito al palacio de la princesa.

—¿A quién debo anunciar?—preguntó un lacayo.

El agregado, temiendo que la princesa hubiese olvidado su nombre, contestó:

—Diga V. á la señora que le traigo *El zapato de baile*.

Y el lacayo, abriendo la puerta del tocador de su ama, anunció:

—El zapatero, señora.



Una señorita aficionada á las palabras altisonantes, estaba con su novio.

Hacía rato que callaban.

De pronto el novio, para decir algo, exclamó:

—¡Y qué patético y que cerúleo está el cielo!

La novia nada contestó, pero recogió la palabrilla para lucirla á la primera ocasión.

A los pocos días iba de paseo por el campo con otras muchachas, cuando una de ellas, dijo por casualidad:

—¡Ay, miren Vds. que nubecillas tan ricas hay en el cielo!

Y como un escopetazo, exclamó con énfasis la novia:

—Sí, chica, sí: está muy *perlático* y muy *ciruelo!*

•••⋙⋘•••

Un cortesano tuvo unas palabras un poco vivas con un mariscal de Francia, á quien dijo:

—Si yo no soy mariscal como V., soy de la madera que se hacen.

—En efecto,—respondió el mariscal;—si se hiciesen de madera.

•••⋙⋘•••

Algunos estudiantes quisieron burlarse de un labrador, y le dijeron:

—¿Sabes silbar?

—¡Pues no he de saber!

—¿A qué apostamos que no?

—Lo que quieran Vds.

—A ver, silba.

Y el palurdo empezó á hacerlo, pero en tono muy bajo.

—¿Por qué no silbas más alto?—le preguntaron.

—Porque cuando las bestias están cerca no hay necesidad.

•••⋙⋘•••

—Pero, María, decía, enojada el ama.—¡Que cocinera tan descuidada es V! Ahora se pone V. á espumar la olla en una cuchara de plata!

—Señora, si estaba sucia.

•••⋙⋘•••

Decía un sietemesino á una señorita: —No crea usted que soy tan tonto como parezco.

Y contestaba la señorita: —¡Oh! de ninguna manera; eso sería demasiado.

•••⋙⋘•••

El doctor X... es tan mal médico como mal cazador, lo que no impide que todos los años se marche al campo durante un mes para pasarlo cazando.

Y dice uno de sus clientes: —Esta es la única temporada que este hombre no mata.

Tip. Delclos y Bosch, Sta. Monica, 2. Pasaje.

CONSEJOS

I

Con una niña elegante
no te cases, Segismundo,
que es cara para el marido
y barata para el mundo.
Con semejante costilla
bien pudiera suceder,
que aunque tuvieses esposa
carecieses de mujer.
Ya que por conservar ella
la frescura del semblante,
esquivaria al marido
para agradar al amante.
Y entonces tu deberías,
pasando las de Satán,
ir á cazar en vedado
para remediar tu afán.

II

Con una niña elegante
no te cases, Segismundo,
que es cara para el marido
y barata para el mundo.
La primer cosa en que piensa
apenas se ha levantado,
no es en arreglar la casa,
sino en hacer su peinado.
Porque no le ajes las trenzas
no te deja dar un beso,
y has de dar al peluquero
seis duros al mes por eso.
Y con mirar te limitas
lo que ella á lucir va al cabo
para agradar á los otros
que no les cuesta un ochavo.

III

Con una niña elegante
no te cases, Segismundo,
que es cara para el marido
y barata para el mundo.
Por poco que se persuada
de que es linda y agraciada
viv rá llena de orgullo
de sí misma enamorada.
De la luna ante el espejo
absorvida á todas horas,
no sabrá si estás enfermo,
si bromeas ó si lloras.
Y si se acerca á tu lado
hará que te vuelvas ético
el fuerte olor del almizcle
del pachuli y del cosmético.

IV

Con una niña elegante
no te cases, Segismundo,
que es cara para el marido
y barata para el mundo.
Para entretener el tiempo
haciendo tontas visitas,
dejará sin cepillarte
ni coserte las levitas.
Y asi lo que hacer podría
á tu gusto y con esmero,
lo habrás de confiar al sastre
que te robará el dinero.
Esto sin contar que para
que no les falten cariños,
habrás de pagar niñera
que guarde y mime tus niños.

V

Con una niña elegante
no te cases, Segismundo,
que es cara para el marido
y barata para el mundo.
Deseando lucir sus trajes
sin reparar en derroche,
querrá salir cada dia
á dar un paseo en coche.
Y no faltará algún zángano
que ponga el pié en el estribo,
y gratis goce el carruaje
que á tí te desuella vivo.
Mientras que tú para ahorrar
y cubrir el presupuesto,
andarás á pié, llevando
el zapato descompuesto.

VI

Con una niña elegante
no te cases, Segismundo,
que es cara para el marido
y barata para el mundo.
Por ser moda en las mañanas
ir á tiendas á ver ropa,
no vigilará el puchero,
y comerás mala sopa.
Y no es esto lo peor,
pues que por añadidura,
te vendrá luego el tendero
con una larga factura.
De modo que así tu esposa
hará con este belen,
que tú comas malamente,
y el tendero coma bien.

CONSEJOS

VII

Con una niña elegante
no te cases, Segismundo,
que es cara para el marido
y barata para el mundo.
De románticas novelas
llena su imaginación,
de su casa distraido
tendrá siempre el corazón.
Por más que al correr los años
frescura y gracia le roben,
al esposo verá viejo,
pero ella se creera joven.
Y siempre en amantes sueños
ha de suspirar la tal,
pensando que en su marido
no ha encontrado su ideal.

VIII

Con una niña elegante
no te cases, Segismundo,
que es cara para el marido
y barata para el mundo.
Con ella nunca en invierno
pasarás una velada,
que irá al teatro cada noche
muy risueña y escotada.
Y quedándote solito
y entregado á Belcebú,
para que la miren otros
no podrás mirarla tú.
Sin contar que para colmo
de pena y befa después,
te costará esto un abono
de treinta duros al mes.

IX

Con una niña elegante
no te cases, Segismundo,
que es cara para el marido,
y barata para el mundo.
Te atraerá con sus gracias
y con su encanto hechicero,
mucho, muchisimo amigo,
pero muy poco dinero.
Le faltará el apetito,
hará en la mesa mil dengues,
mas te gastará mil duros
en pastillas y merengues.
Y no contenta con esto,
para darse más boato,
siempre tendrá convidados
que se te coman el plato.

X

Con una niña elegante
no te cases, Segismundo,
que es cara para el marido
y barata para el mundo.
Causándole eterno enojo
el reposo del hogar,
siempre estará imaginando
como poder viajar.
En verano ira á los baños
de Vichy, de Spa, ó Baden,
y en invierno irá á Sevilla
ó á Madrid con rico tren.
Y el esposo á sus caprichos
tendrá siempre que adecuarse
so pena de armar escándalo,
y enseguida divorciarse.

XI

Con una niña elegante
no te cases, Segismundo,
que es cara para el marido
y barata para el mundo
Mujer de tal condición
siempre acostumbra á ser vana,
y gustando el coquetear
por lucir joyas se afana.
En la tienda del joyero
busca joyas de valor,
y á veces por ellas pierde
su joya de más valor.
Que los diamantes y el oro
para las mujeres son
brújulas que las conducen
por sendas de perdición.

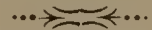
XII

Con una niña elegante
no te cases, Segismundo,
que es cara para el marido
y barata para el mundo.
Con «soirés» y con banquetes,
«lunchs» y thés y pastelillos
por ir siguiendo la moda
perseguirá tus bolsillos.
Tendrás brindis cada jueves,
cada lunes baile eterno,
y tu casa alborotada
parecerá un infierno.
Que placentera armonía
y dulzura empalagosa
reinar verás siempre en torno,
menos entre ti y tu esposa.

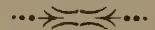
MISCELANEA

Un maestro de escuela decía á sus discípulos:

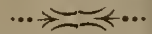
—He llegado á oler que alguno de vosotros se ensucia en la puerta de la escuela, y, como lo llegue á probar...



Al mirarse un paleto en un espejo, dijo: –¡Calle! Pues esta cara me es conocía: ¡parece de mi puebro!

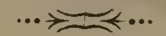


Al ir á sentarse una joven que estaba oyendo misa, soltó lo que, por decencia, se llama una pluma, y una jitana que sintió el ruido, dijo:—Pues ni que fuera una princesa la señorita; pues ¿no sopla el suelo para sentarse?



—¡Vaya V. con Dios, tocaya! dijo un chulo á una moza de garbo.

—Y, ¿quién le ha dicho á V. que me llamo Bárbara? contestó ella saladamente.



Una gran señora decía á un abate que le presentaron en cierta reunión:—Me han contado, señor abate, que á V. le gustan mucho las faldas.

—¡Calumnia como ella, señora! Nadie aborrece las faldas tanto como yo, contestó el padre: lo que me gustan son los cuerpos.

Un vizcaino se casó, y, al día siguiente, al levantarse, saludó á su mujer con un tremendo bofetón.

—Pero ¿qué te he hecho para que me pegues? exclamó la joven.

—Nada absolutamente, respondió el marido: pero figúrate por esa muestra lo que yo haría si me dieses motivo.

Fué un muchacho á confesar, y preguntóle el padre:

—¿Cómo está Dios en el cielo?

—Y el chico contestó:—Perfectamente.

—Don Juan ¿es cierto lo que dicen?

—¿Qué dicen?

—Que se está quemando su casa.

—¡Imposible! Mire V., ¡precisamente traigo la llave en el bolsillo!

Preguntaba un pasajero á un mozo de una posada, que de dónde era; y, habiéndole contestado que de Asturias, volvió á preguntarle cuántos años llevaba en aquella posada.

—Señor, diez años,—contestó el mozo.

—¿Y en qué consiste que siendo asturiano no has economizado en tanto tiempo lo suficiente para establecerte?

—Es, señor,—repuso el otro,—porque el amo es gallego.

Un joven, agregado de embajada, escribió una comedia, titulada: *El zapato de baile*, que fué representada por personas de la alta sociedad en una fiesta dada en el palacio de la legación.

La princesa H... representó el primer papel, y habiéndole gustado mucho rogó al autor que le diese una copia del manuscrito.

El diplomático, lisonjeado en su amor propio, prometió presentar su trabajo á la mayor brevedad.

En efecto: pasados algunos días, se dirigió con el manuscrito al palacio de la princesa.

—¿A quién debo anunciar?—preguntó un lacayo.

El agregado, temiendo que la princesa hubiese olvidado su nombre, contestó:

—Diga V. á la señora que le traigo *El zapato de baile.*

Y el lacayo, abriendo la puerta del tocador de su ama, anunció:

—El zapatero, señora.



Una señorita aficionada á las palabras altisonantes, estaba con su novio.

Hacía rato que callaban.

De pronto el novio, para decir algo, exclamó:

—¡Y qué patético y que cerúleo está el cielo!

La novia nada contestó, pero recogió la palabrilla para lucirla á la primera ocasión.

A los pocos dias iba de paseo por el campo con otras muchachas, cuando una de ellas, dijo por casualidad:

—¡Ay, miren Vds. que nubecillas tan ricas hay en el cielo!

Y como un escopetazo, exclamó con énfasis la novia:

—Sí, chica, sí: está muy *perlático* y muy *ciruelo!*



Un cortesano tuvo unas palabras un poco vivas con un mariscal de Francia, á quien dijo:

—Si yo no soy mariscal como V., soy de la madera que se hacen.

—En efecto,—respondió el mariscal;—si se hiciesen de madera.

Algunos estudiantes quisieron burlarse de un labrador, y le dijeron:

—¿Sabes silbar?

—¡Pues no he de saber!

—¿A qué apostamos que no?

—Lo que quieran Vds.

—A ver, silba.

Y el palurdo empezó á hacerlo, pero en tono muy bajo.

—¿Por qué no silbas más alto?—le preguntaron.

—Porque cuando las bestias están cerca no hay necesidad.

—Pero, María, decía, enojada el ama.—¡Que cocinera tan descuidada es V! Ahora se pone V. á espumar la olla en una cuchara de plata!

—Señora, si estaba sucia.

Decía un sietemesino á una señorita: —No crea usted que soy tan tonto como parezco.

Y contestaba la señorita: —¡Oh! de ninguna manera; eso sería demasiado.

El doctor X... es tan mal médico como mal cazador, lo que no impide que todos los años se marche al campo durante un mes para pasarlo cazando.

Y dice uno de sus clientes: —Esta es la única temporada que este hombre no mata.

Tip. Delclos y Bosch, Sta. Monica, 2. Pasaje.

CONSEJOS

I

Con una niña elegante
no te cases, Segismundo,
que es cara para el marido
y barata para el mundo.
Con semejante costilla
bien pudiera suceder,
que aunque tuvieses esposa
carecieses de mujer.
Ya que por conservar ella
la frescura del semblante,
esquivaria al marido
para agradar al amante.
Y entonces tu deberias,
pasando las de Satán,
ir á cazar en vedado
para remediar tu afán.

II

Con una niña elegante
no te cases, Segismundo,
que es cara para el marido
y barata para el mundo.
La primer cosa en que piensa
apenas se ha levantado,
no es en arreglar la casa,
sino en hacer su peinado.
Porque no le ajes las trenzas
no te deja dar un beso,
y has de dar al peluquero
seis duros al mes por eso.
Y con mirar te limitas
lo que ella á lucir va al cabo
para agradar á los otros
que no les cuesta un ochavo.

III

Con una niña elegante
no te cases, Segismundo,
que es cara para el marido
y barata para el mundo.
Por poco que se persuada
de que es linda y agraciada
viv rá llena de orgullo
de sí misma enamorada.
De la luna ante el espejo
absorvida á todas horas,
no sabrá si estás enfermo,
si bromeas ó si lloras.
Y si se acerca á tu lado
hará que te vuelvas ético
el fuerte olor del almizcle
del pachulí y del cosmético.

IV

Con una niña elegante
no te cases, Segismundo,
que es cara para el marido
y barata para el mundo.
Para entretener el tiempo
haciendo tontas visitas,
dejará sin cepillarte
ni coserte las levitas.
Y así lo que hacer podría
á tu gusto y con esmero,
lo habrás de confiar al sastre
que te robará el dinero.
Esto sin contar que para
que no les falten cariños,
habrás de pagar niñera
que guarde y mime tus niños.

V

Con una niña elegante
no te cases, Segismundo,
que es cara para el marido
y barata para el mundo.
Deseando lucir sus trajes
sin reparar en derroche,
querrá salir cada día
á dar un paseo en coche.
Y no faltará algún zángano
que ponga el pié en el estribo,
y gratis goce el carruaje
que á ti te desuella vivo.
Mientras que tú para ahorrar
y cubrir el presupuesto,
andarás á pié, llevando
el zapato descompuesto.

VI

Con una niña elegante
no te cases, Segismundo,
que es cara para el marido
y barata para el mundo.
Por ser moda en las mañanas
ir á tiendas á ver ropa,
no vigilará el puchero,
y comerás mala sopa.
Y no es esto lo peor,
pues que por añadidura,
te vendrá luego el tendero
con una larga factura.
De modo que así tu esposa
hará con este belen,
que tú comas malamente,
y el tendero coma bien.

CONSEJOS

VII

Con una niña elegante
no te cases, Segismundo,
que es cara para el marido
y barata para el mundo.
De románticas novelas
llena su imaginación,
de su casa distraído
tendrá siempre el corazón.
Por más que al correr los años
frescura y gracia le roben,
al esposo verá viejo,
pero ella se creera joven.
Y siempre en amantes sueños
ha de suspirar la tal,
pensando que en su marido
no ha encontrado su ideal.

VIII

Con una niña elegante
no te cases, Segismundo,
que es cara para el marido
y barata para el mundo.
Con ella nunca en invierno
pasarás una velada,
que irá al teatro cada noche
muy risueña y escotada.
Y quedándote solito
y entregado á Belcebú,
para que la miren otros
no podrás mirarla tú.
Sin contar que para colmo
de pena y befa después,
te costará esto un abono
de treinta duros al mes.

IX

Con una niña elegante
no te cases, Segismundo,
que es cara para el marido,
y barata para el mundo.
Te atraerá con sus gracias
y con su encanto hechicero,
mucho, muchisimo amigo,
pero muy poco dinero.
Le faltará el apetito,
hará en la mesa mil dengues,
mas te gastará mil duros
en pastillas y merengues.
Y no contenta con esto,
para darse más boato,
siempre tendrá convidados
que se te coman el plato.

X

Con una niña elegante
no te cases, Segismundo,
que es cara para el marido
y barata para el mundo.
Causándole eterno enojo
el reposo del hogar,
siempre estará imaginando
como poder viajar.
En verano irá á los baños
de Vichy, de Spa, ó Baden,
y en invierno irá á Sevilla
o á Madrid con rico tren.
Y el esposo á sus caprichos
tendrá siempre que adecuarse
so pena de armar escándalo,
y enseguida divorciarse.

XI

Con una niña elegante
no te cases, Segismundo,
que es cara para el marido
y barata para el mundo
Mujer de tal condición
siempre acostumbra á ser vana,
y gustando el coquetear
por lucir joyas se afana.
En la tienda del joyero
busca joyas de valor,
y á veces por ellas pierde
su joya de más valor.
Que los diamantes y el oro
para las mujeres son
brújulas que las conducen
por sendas de perdición.

XII

Con una niña elegante
no te cases, Segismundo,
que es cara para el marido
y barata para el mundo.
Con «soirés» y con banquetes,
«lunchs» y thés y pastelillos
por ir siguiendo la moda
perseguirá tus bolsillos.
Tendrás brindis cada jueves,
cada lunes baile eterno,
y tu casa alborotada
parecerá un infierno.
Que placentera armonía
y dulzura empalagosa
reinar verás siempre en torno,
menos entre tí y tu esposa.




LUSTRACION
NON PLUS ULTRA
LIT. FORASTÉ

SUSCRICION
Semestre. . . 3 Ptas.
Año. . . . . 5'50 id.
Pago en moneda, libranza ó sellos únicamente en la Administración, de 10 á 1 y de 3 á 5.
ESCUDILLERS 5, 7 y 9
Barcelona

Núm. XII

ILUSTRACION NON PLUS ULTRA

Barcelona 25 Noviembre 1886

Año I

NÚMEROS SUELTO
10 céntimos de pese
y 15 los atrasados
De venta en las librerí kioscos, vendedores amb lantes y puntos de costu bre en
España

Núm. suelto 10 cént. de peseta ⁎ **Núm. suelto 10 cént. de peseta**

Los corresponsales venderán por manos á los vendedores ambulantes.

NUESTRAS LÁMINAS

LA CHULA

El reputado dibujante señor Alarcón ha demostrado en la lámina de la primera plana poseer el secreto de comunicar vida y garbo á las creaciones de su fantasía.

La chula que á la vuelta de una corrida de toros se cala el hongo de su amigo el banderillero para fantasear y ostentar su gracia, está viviendo con su mirada incendiaria y su provocativa sonrisa.

EL PESCADOR

Dibujo de Borrás, que por su exactitud es una fotografía sacada en alguna de nuestras playas catalanas.

REVISTA DE TRIBUNALES



Hablemos algo de los tribunales; y, por empezar digamos que los hay de varias clases y distintos objetos, como los baños que unos nos sirven para el bazo, otros para el pulmón, otros para el hígado, otros para los nervios, y así sucesivamente.

Y de la misma manera que los baños, reparan dolencias corporales, los tribunales están constituídos para remediar ó componer quebrantos de moral.

Mirada la cosa en principio, nada hay más saludable, más útil, más necesario, más santo que esos estrados donde la severa voz de la verdad habla, y la inexorable mano de la justicia se mueve, la una para confundir supercherías, y la otra para castigar iniquidades: como tampoco nada más saludable y precioso existe que esas piscinas donde la naturaleza derrama sus tesoros para estirpar dolencias y restaurar fuerzas en el trabajado organismo.

Pero, desgraciadamente, en la realidad, ya es otro el cantar. Tuvimos hasta los comienzos del presente siglo, el tribunal del Santo Oficio, fundado ex-profeso para impedir alteraciones en la paz pública; y, ¿qué sucedió? pues una friolera: que esta institución sirvió unicamente para sembrar la zizaña de un ódio irreconciliable en la sociedad, ofreciendo á diario chuletas asadas de filósofo al fanatismo.

Tenemos el tribunal de la penitencia; pero este que fué feliz invento para garantizar el respeto á Dios y al próximo, ahí está por muchos convertido en mentidero donde se cuentan chismes y urden enredos, ó en oficinas donde se expiden patentes de virtud y se facturan almas para el cielo con sólo mascullar un *peq* sin propósito de restitución ni de enmienda.

Y, sin extender el exámen á otros trib nales que ha habido y hay al objeto de pr curar defensa y consuelos á la humanidad, pe que resultan por sus corruptelas dañosos y pe turbadores, ¿qué me dicen Vds. de los tribu les de justicia, antemurales donde deben e trellarse todas las pasiones, salvaguardia q han de ser del derecho, oráculos de la verda é inflexibles dispensadores de la ley?

El que de mis lectores haya tenido que li gar, y encuentre bien arreglada la administ ción de justicia, que levante el dedo. Tal es ella, que padecen juzgadores y juzgados. Aqu llos con ser probos, rectos é ilustrados difíc mente encuentran medios de parecerlo. Est con tener la razón de su parte, no se les ha llano lograr el amparo de la ley.

¿Y de qué depende esto? Pues depende, s cillamente de las triquiñuelas á que presta oc sión el procedimiento; de que los jueces m retribuídos, constantemente llevados de ze en meca por una inamovilidad absurda, sujet á las exigencias de tal ó cual personaje en cu mano está el traslado ó la cesantía del mag trado, y agobiados por el exorbitante núme de litigios que diariamente han de despacl les falta tranquilidad de espíritu, carecen independencia, y sin tiempo material para estudio maduro, han de resolver los difícile innumerables problemas jurídicos que á su c cisión se someten; y como hay simples oficiale que siendo inhábiles para sastres ó zapater se introdujeran en alguna escribanía, ganan diez duros al mes, con los cuales les basta pa poseer butaca en el teatro y comprar papel c Estado, y tienen buena mano para aprovecha de las antedichas circunstancias, resulta el l timoso espectáculo que todo el mundo deplo

Pero voy advirtiendo que estoy metiéndo en honduras, y tomando un tono no adecua á mi humor; así es, que recordando aquel palabras de maese Pedro el titiritero que dic que no conviene remontarse, pues toda afec ción es mala, pongo punto final á estas co deraciones.

JUDAS TADEO

HISTORIA DE UNA PASIÓN

POR

Pedro Huguet y Campañá

(Continuación)

IX.

En mi horrible nostalgia
no me bastaba gemir,
necesitaba la pena
decir que sentia en mí.
¿Y á quién podia contarla,
que por ignorante ó ruín
no hubiese con necia mofa
reído de mi infeliz?
¿Mis padres? No los tenía.
¿Mis amigos? Creía vil
demencia decirles á ellos
el nombre de un serafín,
que yo de hinojos tan sólo
me atrevia á repetir.
Ni aunque á tal hubiese osado
hubiera encontrado así
el consuelo que buscaba;
porque unos la amante lid
sólo comprendían, torpes,
del placer en el festín,
y otros severos tenían
por cosa muy baladí
eso de adorar un ángel
con arrebato sin fín.
¿A quién contar mi tormento,
á quién mis ansias decír,
sino á ella, la casta niña
que me las supo infundir?
Con pertinaz insistencia
tanto llegué á descubrir,
que al fin supe en la posada
que residia en Madrid;
y entonces con alegria
esta carta le escribí:

«Flor que de perfume llenas
mi vida triste y sombría,
sol que mis dudas serenas,
arcángel que me enagenas,
¡Luisa, Luisa mía!
Si la voz de quien te adora
no causa molestia en ti,
escucha el lamento ahora
del alma que amante llora
porque estás lejos de aqui.
Permite que yo te escriba
esta atrevida misiva
con imprudencia sin tasa,
rompiendo osada y altiva
el sagrado de tu casa:
pues necesito decir
que jamás sabré olvidarte,
y á tu oido repetir
que ni aun llegando á morir
sabria dejar de amarte.
Que tan rendido me siento,
y con tan dulce tormento
á tu divina atracción,
que es tuyo mi pensamiento,
y es tuyo mi corazón.
Amor que mi pecho llaga
no es efímera centella
que por un instante halaga,
fulgura y luego se apaga
sin dejar la menor huella.
Si no luz devoradora
que á cada momento crece,
y cuando muerte traidora
el fragil cuerpo evapora,
allá en la tumba aun se mece.
Es deseo que se aferra
tenazmente en mi memoria
puesta con mi alma en guerra;
es mi esperanza en la tierra,
será en el cielo mi gloria.
Desde que te ví te amé
porque desde que te vi,
Luisa mia, conocí
que eras tú la que adoré
desde el punto que existi.
Y en silencio noche y día
tu imagén siempre invocaba,
y cuando nadie me veía
¡si supieras, alma mia,
entonces como lloraba!
Ausente tú ¡que aflicción
y que rudo llanto interno!
Ya sabe mi corazón,
Luisa mia, que son
los tormentos del infierno!
Hoy mi pecho á tanto ardor
concede libre salida,
para pedir por favor
que no me niegues tu amor
pues fuera negarme vida,
Como mi corazón te ama
no puedes imaginar;
de tal modo en ti se inflama
que ya no es más que una llama
que ha encendido tu mirar.
Lejos de ti no hay reposo
ni encantos hay para mí
en el placer más gozoso!
Contigo el mundo ¡que hermoso!
¡que horrible el mundo sin ti!
Fundida anhelo tenerte
de mi pecho en el crisol
para junto á mi traerte.
¡Ay, que es una hora sin verte
una eternidad sin sol!
De ti apartarse mi ser
indiferente y en calma
sin morir ó enloquecer,
no sé, Luisa del alma,
no sé como puede ser!
Para evitarte un pesar
ó causarte una alegría,
la vida llegara á dar;
mira tú, Luisa mía,
mira tú si sabré amar!
Amame así con ternura,
no vivas lejos de mí;
¡si supieras, niña pura!
¡Todo perdió su hermosura
desde que no estás aquí!
Aquel prado tan ameno
ya no guarda ni una flor;
ya es turbio el río sereno:
y hasta el rocío ya es cieno
porque no mira tu amor.
¡Juzga, pues cual viviré
yo que más que ellos te adoro!
Vuelve, vuelve, á oir mi fe,
cual la oiste el tiempo que
por perdido ya lo lloro.
Mas en tanto que la ausencia
implacable nos aparta,
el clamor de mi conciencia
ven á escuchar con frecuencia
leyendo, Luisa, esta carta,
en donde, cual te anuncié,
mil veces en mil desvelos,
te ruego no me dés celos;
porque de ti los tendré
hasta de los mismos cielos.»

(Se continuará)





EL PESCADOR

PARADOJA

Leyó á Ovidio, Lebrun y Boccaccio;
escribió y recibió cartas tiernas;
á treinta años punzóle la tísis;
murióse soltera;
y pusieron un lirio en sus manos
señal de pureza.



Leyó solo la «Vida devota»,
«La perfecta Casada», y «La Eufemia»,
con otro hombre no habló que su esposo;
murió de amor ciega;
y en su ataud no pusieron el lirio
señal de pureza.

PENSAMIENTOS



Veo tanta falsedad
Fábio, que de todo dudo;
sólo encuentro la verdad
en la boca da algun mudo.

—

Hacer bella á la mujer,
y poner deseos tantos,
oh Señor, en nuestro ser,
y querer que seamos santos,
ya ves que no puede ser.

—

Si en verano tantos
á bañarse van,
¿no han de ser amargas
las olas del mar?

—

Dice un adajio vulgar:
«pobreza no es villanía»:
más ambas tienen al par
la misma fisonomía,
y es fácil equivocar.

—

La policía anda en busca
de una cueva de asesinos;
hermosa, cierra los ojos
porque corres gran peligro.

—

Desde que heriste, mujer,
con celos mi corazón,
ánsia tengo de saber
si es mayor mi padecer,
ó es más grande tu traicción.

—

Nadie sabrá adivinar
lo que pueden esconder,
ni las olas de la mar
ni el llanto de una mujer.

—

Como las olas que vienen
tocan la playa y se van,
tus amores van y vienen
y nunca tienen parar.

—

Cada clavel encarnado
que se entreabre en tu balcón
es un nuevo corazón,
traidora, que habrás robado.

—

Cuando vivías lloraba
sintiendo penas atroces,
y hoy lloro porque no puedo
llorar aquellas traiciones.

Rama, ramita de azahar,
la de las hojas nevadas,
¿porqué te quieren tronchar
todas las niñas amadas?

MISCELANEA

Un tuerto disputaba con un hombre, diciendo que veía más que él, á pesar de tener éste la vista muy buena.

Apostaron un refresco.

—Pues, señor; yo he ganado; —dijo el tuerto,—porque yo le veo á V. dos ojos, y V. no me ve á mí más que uno.

—*—

Una joven milady salió á dar un paseo á caballo acompañada de su *groom*.

Espantóse la cabalgadura, y dió en tierra con la hermosa amazona, quien en tan inesperada caida, no pudo observar el pudoroso orden de sus ropas.

Levantóse inmediatamente de un brinco, tornó á montar; y, dirigiéndose al *groom*, le dijo:

—¿Has visto mi prontitud?

—Sí, señora, —contestó el lacayo,—pero no sabía que se llamase así.

—*—

El rico banquero D. N., era tan económico, que cuando el sastre le tomaba la medida de gabán, contenía la respiración para que resultando menor el volumen de cuerpo, le entrara menos paño.

—*—

Ante un tribunal aparecieron un hombre acusado de haber robado una gallina, y el dueño de ésta, acusado de haber cortado una oreja al ladrón.

Después de hecho cargo el juez de las circunstancias del robo y de la mutilación, consultó el Código y condenó al ladrón á devolver la gallina y al dueño á ocho días de cárcel.

—Señor,—exclamó el robado,—apelo de esa sentencia.

—No sea V. majadero y retire la apelación,—le dijo por lo bajo el secretario.

—¡Qué he de retirar! —replicó el hombre.—Aquí hay injusticia notoria. ¿Conque el ladrón queda en libertad devolviéndome la gallina, y yo debo sufrir ocho días de cárcel, estando como estoy dispuesto á devolverle la oreja?

MÁXIMAS

Cuando vayas á cobrar
cobra del modo que puedas;
no te pares en mirar
si son buenas las monedas.

—

Créeme, querido Juan,
mientras haya un tahonero
que te pida dinero por un pan
no tengas otro amigo que el dinero.

—

Sólo sirven los serenos
si meditándolo vas,
para que el que roba ménos
no robe al que roba más.

—

Haz mil víctimas aquí
y hallarás absolucion,
pero hazte víctima á tí
y no alcanzarás perdon.

Tip. Deteins y Bosch, Sta. Mónica 2 Pasaje.

PLANETAS

Son los Planetas unos cuerpos opacos que únicamente brillan por la luz refleja del Sol, alrededor del cual describen su órbita con movimiento propio y periódico. Pues en la vida conyugal, siendo sol el esposo, será planeta la mujer que de su marido recibe luz y por ella brilla, y alrededor del esposo se mueve á los impulsos de su propio amor, y siempre con acertado é invariable movimiento. Así como los planetas establecen la armonía en los cielos, las mujeres á ellos parecidas, introducen la armonía en la vida social. No deslumbran, pero no queman; no revolucionan el sistema, pero mantienen perennemente su equilibrio, y, lo que es más que todo, fecundadas por el sol del amor, engendran la vida que perpetúa la obra del Creador.

COMETAS

Pues hemos convenido en llamar estrellas á las mujeres, y á las estrellas que llevan cola se les designa con el nombre de «cometas,» ¿por qué no hemos de llamar cometas á las suegras? Autores hay que opinan que el mundo acabará por el choque de un cometa, y los que tal dictámen formulan serian grandes profetas, si con la palabra «cometa» hubiesen querido significar suegra; porque es tanto el horror que esa especie inspira á los solteros, que, si Dios no lo remedia, no se va á dar un matrimonio por un ojo de la cara, y el mundo acacará por aniquilamiento de la raza humana.

Las suegras, como los cometas, siguen unas órbitas muy prolongadas y sus movimientos revisten la forma elíptica.

Dícese que los cometas auguran hambre, peste ó terremoto; pues poned una suegra en casa, y tendréis las tres cosas á la vez.

CUARTO MENGUANTE

El sol, que es un rubio y guapo mozo, harto de las gazmoñerías de la luna, se lanza un dia á picos pardos por la inmensidad de los cielos, y su pálida esposa se queda con dos cuernos como alfanges y con una cara larga y demacrada por la tristeza. Y se dice entonces que está en menguante. Apesar de sus cuernos y de su faz escuálida, hace lo que hacen la mayor parte de las mujeres; se venga. Dándose por desentendida, y sin mover alboroto, se escurre lentamente por el horizonte fingiendo que se retira en busca de una soledad donde llorar la infidelidad de su casquivano esposo; pero la verdad es que la taimada, que sabe que en cierta montaña de Asia hay un lucido pastor llamado Endimion que desea compañía, desciende bonitamente á aquel paraje y allí se procura consuelos y medicina que le hacen menos pesada la carga que lleva en la cabeza.

ESTRELLA POLAR

Figuráos á una abuela de cabellos plateados que, sentada en un escambel, preside y vigila impasible los juegos y travesuras de multitud de chicuelos, y os habréis formado idea de lo que es la «estrella polar» en la inmensidad de los espacios. ¿Queréis encontrarla en el cielo? Pues la encontraréis al final de la cola de la «Osa menor.» ¿Queréis encontrarla en la tierra? Pues la encontraréis en el último rincón de la casa junto á la niña menor.

La abuela, como la estrella polar, es la guía más segura de los navegantes: ésta para los que surcan las olas del mar, aquélla para los que surcan las olas del mundo.

LUNA NUEVA

Por calavera y por indiferente que sea el esposo á las gracias de su mujer, cuando observa que ésta falta de casa, se vuelve el pobre hombre tarumba por encontrarla. Así le sucede al sol cuando la luna, engolosinada con Endimión, se ha decidido á pasar algunas noches en las grutas del monte Ida. Vuelta y rueda el infeliz por espacio de algunos dias el cielo, sin que nadie sepa darle noticias de la andariega y descarriada consorte. No es tarea fácil encontrar á una mujer cuando ella no tiene deseos de que se la encuentre. Y como la luna no tiene tales deseos, resulta que por más luz que el sol arroje en el espacio, la luna no aparece. En este período se llama á la «luna» luna nueva, sin duda porque, echándolo todo á barato, ha dejado sus antiguas mogigaterías para solazarse en los brazos de su cariñoso amante.

PLENILUNIO

La luna está en su lleno, es decir, muestra oronda y satisfecha la faz, cuando se encuentra vuelta de espaldas al sol, y vis á vis con la tierra; exactamente lo mismo que algunas mujeres cuando apartan de su marido el rostro para mirar al amante. Pero el mundo, como todo amante, paga cara esta preferencia, porque la luna es quien siembra en él los catarros, las apoplegías, la ictericia, la hidropesía, las convulsiones, las serosidades, la pesadez de cabeza, la ocupación de estómago, los flujos diarreicos y lieutéricos y todas las enfermedades causadas por los humores fríos. Así es que de los amores de la luna no hay que fiar, pues, como toda mujer coqueta, tiene muerto el corazón. No le pidáis calor, porque no lo tiene, ni luz, porque la que le adorna no es suya. Es la beata del firmamento y la gran protectora de los petardistas.

VÉNUS

Vénus, ó séase el lucero vespertino, es una brillante estrella que puede compararse á una guapa moza que admite las rondas y festejos de un galán, y, sin embargo, todo el mundo, conociendo su coquetería, duda que éste sea el único favorecido. Porque es el caso que tiene Vénus un satélite, y preguntan los astrónomos: ¿Pero no tiene alguno más? No falta quien, como Cassini, conteste haberle visto penetrar al abrigo de la sombra en casa de la muchacha. Sea de ello lo que fuere, lo cierto es que Vénus es la estrella que más gusta á los españoles, como que de su nombre («héspero») se llamó de antiguo «Hesperia» nuestra patria, que, por corrupción de la palabra, ha venido á llamarse España.

EL SOL

El sol al sistema planetario, es lo mismo que al sistema monetario un duro en el bolsillo de un cesante. Está solo. Cuando el pobre hombre ha tenido la fortuna de poder dar un sablazo de veinte reales á un amigo, el sol le ha amanecido. Pero si la moneda le resulta falsa, le pasa lo que á todo el mundo cuando el cielo está nublado: que sale el sol, pero no se le ve. Doce horas poco más ó menos permanece el sol en nuestro horizonte. ¿Qué mayor tiempo pueden durar cinco pesetas en pieza en manos de un pobre diablo que hace otras tantas horas que no ha probado bocado? El sol alumbra: ¡no digo yo si pone despejado un duro! El sol calienta: ¡pues cincuenta perros grandes es friolera lo que abrigan á uno! El sol es la vida: ¡como que no hay pocos que el advenimiento de un Amadeo les retrajo de echarse al canal! El sol es 1.280,000 veces mayor que la tierra: ¡pues eso es lo que un peso fuerte es mayor que un pobre!

LOS AREOLITOS

Los asteroides y los areolitos representan en el firmamento lo que en la sociedad los cuñados solterones. Son como berrugas nacidas á los astros, y por lo mismo, como quien dice berruga, ya dice cosa inútil, que afea, come y fastidia, los astros entran en humor insoportable hacia tales apendices, y á la mejor ocasión que se los ofrece los sacuden de encima por medio de una coz soltada sin previo aviso.

Los desdichados se encuentran inopinadamente en el vacío, y por allí dan tumbos y más tumbos, como cuñado despedido, según decimos al principio, buscando un hogar en que refugiarse. Hay quienes tienen la suerte de hallar abrigo en algún astro, como si dijésemos que entra en hogar ageno, pero tal son de funestos que á menudo saludan su venida dispensando tal cual descalabradura á algún prójimo. Pero otros hay que ni siquiera esta dicha alcanzan, y ruedan por el espacio, hasta quedar por la fuerza de su interminable carrera errante, completamente desvanecidos.

CUARTO CRECIENTE

Después de ocho días de completa ausencia, deja la luna la gruta de su amante Endimion, y de nuevo asoma en el firmamento. El sol, lleno de alegria al verla, la abraza y la festeja, confiado como todo esposo calavera de que la pobre mujer, habiéndose enterado de sus trapicheos con Vénus, se retiró á llorar aquella infidelidad en el seno de su familia, hasta que, vencida por el amor, tornó al hogar marital con propósitos de perdón. La luna representa tan perfectamente el papel de esposa ofendida, que cuando se presenta ofrece un rostro triste y taciturno, que obliga al sol á manifestarse estremadamente cariñoso. Y, en efecto, la besa, la inunda de luz, con visibles muestras de arrepentimiento, afanándose con gran solicitud en quitarle los cuernos que le había ceñido. La luna se deja querer, y acaba por poner á su esposo buena cara.

ESTRELLA ERRANTE

Conviniendo en llamar estrellas á las mujeres, se debe convenir también en que, así como las estrellas errantes no son estrellas propiamente tales, por más que crucen despidiendo intenso brillo, sino piedras negruzcas que viajan á través de la inmensidad, las mujeres errantes no son tampoco mujeres en el honrado sentido de la palabra, sino olas de cieno que corren por la superficie de la tierra, por más que deslumbren de hermosura. Las estrellas errantes son atraídas por el primer astro que por azar encuentran á su paso, y con esto también resulta exacta la comparación. Cuando caen en tierra, si antes no se han evaporado en su carrera, infeliz del hombre que cogen debajo: lo pulverizan. Y téngase en cuenta que, según cálculos astronómicos, caen más de cien mil millones por año sobre la superficie entera del globo!

SATÉLITE

¿Habéis visto andar por la calle tras una rumbosa muchacha, un mozo enclenque con el puño del bastón metido en las narices, una flor en el ojal del chaleco y las piernas aprisionadas en dos fundas de flauta? Pues ese es un satélite. Si luce, no es con luz propia, sino por el brillo que le prestan de consuno el sastre y el peluquero. Quitadle el luminar necesario á su vida, y el satélite quedará convertido en un adoquín que da tumbos en el arroyo. De esos engendros tísicos no hay estrella de garbo que no traiga alguno á la reata. Pero los pobres se han de contentar con mirar y dar vueltas, sin conseguir nunca un favor del objeto de sus ansias. Y así pasan el tiempo Inútilmente, sin notar que son objeto de la curiosidad de los astrónomos, que toman cuenta de sus movimientos tan sólo para averiguar de donde diablos vienen y de qué extraña materia están formados unos cuerpos tan ruines.





La pescadora

SUSCRICION
Semestre. . . 3 Ptas.
Año. . . . . 5'50 id.
Pago en moneda, libranza ó sellos únicamente en la Administración, de 10 á 1 y de 3 á 5.
ESCUDILLERS, 5, 7 y 9
Barcelona

Núm.

ILUSTRACION NON PLUS ULTRA

Barcelona 2 Diciembre 1886

Año I

NÚMEROS S
10 céntimos d
y 15 los atr.
De venta en
kioscos, vended
lantes y puntos d
bre en
Españ

Núm. suelto 10 cént. de peseta ⁕ Núm. suelto 10 cént. de peset.
Los corresponsales venderán por manos á los vendedores ambulantes.

ENIGMAS Y GARABATOS

Me sucede, amigo lector, (y quizá tú, si eres aficionado á las cosas claras y al chocolate espeso, como vulgarmente se dice, participes de la misma enfermedad), me sucede, digo, que en cuanto se me pone delante un escrito cualquiera trazado con indescifrables garabatos, una estrambótica charadita, un acertijo, un geroglífico, en fin, algo que á primera vista no se lea ó no se comprenda, se me crispan los nervios, y se me erizan los pelos de la barba.

Daría entonces, sin remordimiento y sin valer escusa, cuatro mogicones al autor del chanchullo por botarate y mal intencionado; pero ya que á mano no le tengo para desfogar así mis iras, escojo otra manera de vengarme del mal rato que me proporciona; y es que, sin encomendarme al santo del día, resuelvo el enrevesado enigma con la primera solución que se me viene á las mientes, aunque con mi interpretación, que por ser yo de genio un tantico apicarado ha de resultar estrafalaria, descalabre al buen sentido.

Vez me ha acontecido que alguien me ha escrito una carta diciéndome: «*He dispuesto que mi cajero dé cuarenta pesos á V. por saldo de su cuenta.*» Y por venir la noticia con malditísima letra, he leido: «*He dispuesto que mi conserje dé cuarenta palos á V. por salir de su casa.*» Y por no entender la garrapateada escritura, la cuenta se ha quedado sin cobrar, sospechando yo de la buena fe de quien me la debia, y me he peleado con cuantos conserjes se me han puesto al alcance.

Tarea de nunca acabar sería referir los lances, graciosos unos, pesados otros, que me han proporcionado los escritos garrapateados, los logrogrifos y las adivinanzas. Pero todo ello es nada, comparado á la manera que tengo de interpretar las abreviaturas. Si hubiese dedicado mis aficiones á la epigrafía, de seguro que, el día menos pensado, doy con una lápida mohosa, y, como aquel académico del cuento, digo que quiere decir «Por aquí pasó el sultán Selim,» la inscripción «Por aquí se lim...» que una vez cuidadosamente frotada la piedra resultó expresar. «Por aquí se limpian las letrinas.»

Puesto en el trote de resolver dificultades de lectura, me creo en el derecho de leer lo que me acomoda, cargando la culpa á quien, pudiendo escribir claramente, se divirtió en extender logrogrifos por el placer de que sus lectores se diesen de cabezadas. Así co[...] me cabe la convicción de que los que to[...] broma por lo serio, después de mucho [...] no logran alcanzar el recto sentido que e[...] del enigma quiso dar á su escrito, y por [...] to, desbarro por desbarro, prefiero aho[...] unas cuantas horas de insomnio, y reirn[...] una interpretación que sea de mi gusto

Así es, que el que quiera notificarme la [...] te de su suegro, ó de su cuñada, no me [...] con esquelitas que digan «Q. E. P. D.» [...] yo, sin meterme en distingos leeré de c[...] «*Que Encontré Poco Dinero,*« «*Que Esto[...] mosamente Divertido,*« según los casos.

Ni tampoco se me remitan cartas con i[...] les ni con ellas se me deje ver adornada [...] zuela de ningún coche, pues habrá querido [...] por ejemplo, el litógrafo, ó el pintor con [...] C. M., P. M. S., A. C., D. de M., F. L. y [...] de P. R. y T. Cristino Martos, Práxede[...] teo Sagasta, Antonio Cánovas, Duque d[...] drid, Fernando León y Castillo. Francis[...] Paula Rius y Taulet, y yo leeré: «¡Cómo n[...] «Poco madrugador soy,» «Ansío comer,» [...] lor de Muelas,» «Fuí liebre y conejo,» «F[...] de Pasteles, Rábanos y Tomates,» ó cosa [...] el estilo.

Lo dicho; no me vengan con embolism[...] que se me quiera decir que se me diga cl[...] liso.

Por ejemplo: No les ha gustado á Vds [...] ticulejo? Pues nada dejar de comprar lo[...] meros siguientes, que esas son indirectas d[...] yo no entiendo. ni hago maldito el caso.

Me lo silban, y en paz.

JUDAS TADE[...]

HISTORIA DE UNA PASI[...]

POR

Pedro Huguet y Campañá

(Continuación)

No sé que secreto instinto
en mi corazón clamaba
anunciándome infortunios,
despues de escrita esta carta:
pero la pasión inmensa
que vivía en mis entrañas,
sobreponiéndose á toda
prudencia y á toda calma,
arrojóme al desvario
de remitirla á mi amada;

y á tal llegó mi locura,
y á tal llegaron mis ansias,
que de recibir respuesta
abrigué firme esperanza.
Y me finjía leer
ora mil tiernas palabras
repitiéndome promesas
proferidas ante el ara;
ora escusas y perdones
por aquella brusca marcha,
ó ya contra de la suerte
sentidas quejas amargas,
ó ya el anhelado anuncio
de una vuelta no lejana,
ó un terrible desengaño,
ó bién reprensiones vagas.
Todo menos el silencio
lo esperé, y por mi desgracia
sólo el silencio acogió
aquellas frases del alma.
Así lo que en un principio
fué dolor, fué pena bárbara,
nostalgía inconsolable
gérmen de contínuas lágrimas,
vino á ser tedio de vida,
desesperación infausta,
y hasta deseo de hundirme
del infierno entre las llamas.
Como pasé aquel invierno
mi pluma contar no basta,
porque fuera menester
saber decir como abrasan
puestas sobre el corazón
de un horno las rojas ascuas,
como son frios los témpanos
que en el antártico cuajan,
como es la sed del que muere,
el furor de la borrasca,
la soledad del desierto,
la oscuridad de la nada.
El vértigo en mi cabeza
continuamente rodaba,
imaginando traiciones,
y hasta imaginando infamias;
pero de Luisa, ¡Dios mío!
cómo poder sospecharlas?
Ella tan buena y tan pura,
ella tan tierna y tan santa,
no era posible, no lo era,
que ya perjura ó ya ingrata,
por olvido ó por orgullo,
á quién con voz entusiasta
á la faz del mismo cielo
juróle eterna constancia,
el corazón le arrancase
indiferente y sin causa.
En tales divagaciones
ni me acordé de las aulas,
ni me acordé de mí mismo;
¡sólo en Luisa pensaba!
Ya del revuelto Noviembre
pasado habían las ráfagas,
y del Diciembre sombrío
las brilladoras escarchas,
y al sopor del infortunio
mi inteligencia turbada,
aún desplegado no había
en el estudio sus alas.
Pero es amor un gran númen
que maravillas alcanza.
Metído en mil pensamientos
y en mil reflexiones varias,
díme á sospechar de pronto
que era insuperable valla
para merecer á Luisa,
á más de mí oscura raza,
y lo pobre de mi cuna,
mi posición no fijada.
Así creí, y esta idea
clavóse en mí cual se clava
en los hijares del corzo
la aguda punta del asta
que en carrera enfurecida
entre las selvas lo lanza.
Más Heineccio y el Rey Sábio
ofrecen gloria muy tarda
para quién como yó entonces
la apetecía ínmediata.
Yo necesitar creía
deslumbrar, adquirir fama,
que mi nombre recorriese
los confines de mi patria,
para entre el son del aplauso
presentarme ante mi amada,
y ya que ofrecerle timbres
no podía de mi casta,
rendirla al ménos coronas
que envidiaría un monarca.
Para estos sueños el arte
brinda una senda magnánima,
y como yó en los primeros
años de mi edad temprana,
más aún que por deber
por afición, dedicara
al pincel y á la paleta
horas de docta enseñanza,
el templo dejé de Témis
de Erato por el alcazar.
Fuí á completar mis estudios
bajo la dirección sabia
de un pintor muy renombrado
que me brindó amistad franca,
y me cupo la fortuna
de que debiendo ir á Italia
para cierta comisión
que el gobierno le confiara,
consigo me llevó, y pude
así estudiar á mis anchas
en los divinos modelos
que como tesoros guarda
aquella nación hermosa
que es de los artistas patria.
No por natural ingenio,
pues sé que de él tengo falta,
sino por obra y milagro
de mi voluntad atada
al empeño de mi amor,
tanto aproveché en el ardua
arte que con fé emprendiera,
que cuando las tibias auras
de Mayo me retornaron
con mi preceptor á España,
ya me sentía con fuerzas
para emprender la jornada
en cuyo término veía
de la gloria las guirnaldas,
y el tan suspirado premio
de mi amorosa constancía.

(Se continuará)

MISCELANEA

Un quinto escribía á su padre: «Padre: estoy mejor que quiero: el coronel ha simpatizado conmigo, y me trata con la mayor franqueza. Entre él y yo no hay etiquetas. Mire V. si me habla con confianza, que ayer mismo me llamó... *bruto.*»

* * *

Una señora sorprendió á su marido en dulce coloquio con la doncella.

—Vaya V. con Dios,—dijo,—porque para eso no la necesito á V.; ya se hacerlo yo misma.





¡PENSATIVA!

Hermosos ojos de una niña hermosa
que tristes sin mirar miran el suelo,
donde, girón del enflorado velo,
marchita yace deshojada rosa,
Estrellas son llenas de luz radiosa
que abandonaron la región del cielo
para seguir de un pensamiento el vuelo,
de muertas ilusiones mariposa.

La niña vid meditabunda y sola,
las trenzas sueltas y la faz con llanto,
la vista fija en la infeliz corola:

¡Quien no dirá que busca con espanto
del olor de la rosa la última ola
imágen de aquel sueño que amó tanto?

Enrique Sejas.

—No hay nada como la gimnasia; ella duplica las fuerzas y triplica la vida.

—Pero hombre, nuestros antepasados no hacían gimnasia, y sin embargo...

—Pues vea V. como se han muerto.

* * *

Dos diputados tuvieron un altercado por cuestiones de amor propio.

—¿Y qué está V. predicando,—exclamó uno,—si en toda la legislatura no ha abierto V. la boca?

—Eso no, caballero,—repuso el otro,—porque siempre que ha hablado V. me he reido á carcajadas.

CUENTO

Ayer noche en una calle
á Gil embistió un ladrón,
soltó en defensa tres tiros
y nadie se despertó.
Para escapar del peligro
dióse á la fuga veloz,
ya que vió que en sus piés solo
podía encontrar favor.
Más con los saltos que daba
un duro se le cayó,
y al instante mil cabezas
vió en uno y otro balcón.



UN INGLÉS EXCÉNTRICO

Alfredo Morante era jóven bolsista dueño de una buena fortuna, y perdidamente enamorado de la hermosa Matilde, hija del marqués del Cerro. Elegante, rumboso, favorecido por la suerte y el amor, no hay que decir si contaría amigos y si estaría contento de su estrella. A todo esto debemos añadir que el marqués dotaba á su hija con una gruesa suma, y que el enlace estaba ya concertado.

Mas hé aquí que de repente la suerte volvió las espaldas al simpático Alfredo, y en una jugada de bolsa, de la cual esperaba poder doblar su capital para celebrar el matrimonio con todos los esplendores de una dorada victoria, perdió en un momento hasta la última peseta, viéndose en la necesidad de vender cuanto tenía para satisfacer sus numerosos y exigentes acreedores.

Conocido lo que se entiende en el mundo por amistad y consideración, inútil es describir la soledad de que desde entonces se encontró rodeado Alfredo. Hasta su futuro suegro le puso mala cara, y so pretexto de que le convenía que se rehabilitase, le dió á entender suavemente que era escusado pensar en Matilde.

Inmensa fué la desesperación de que, con tan rudos golpes, se apoderó de Alfredo. Pensó en la muerte. Pero decidió morir vengándose de álguien. Con esta idea uo dia entró en el teatro, resuelto á armar camorra con el primero que se le presentase.

Entró, y se sentó en una butaca. Al poco rato llegó un caballero que por sus largas patillas rubias y estirado cuello, se conocía á tiro de ballesta que era inglés, y dirigiéndose á Alfredo le dijo cortesmente:

—Caballero, me parece que este asiento es mío.

Nuestro jóven se encogió de hombros, y con aire insolente contestó:

—¿Y V. qué me cuenta?

—Le digo á V. que esa butaca me pertenece, y por lo tanto le ruego que no me moleste.

—Si quisiera molestarle le habría ya escupido la cara.

—¡Oh! espero que me diga V. su nombre y las señas de su casa.

—Con mucho gusto. Ahi tiene V. mi tarjeta, y mañana aguardaré sus testigos para que me digan cómo quiere V. ser apalcado.

El inglés se marchó, y Alfredo concluida la función se retiró á su casa persuadido de que iba á batirse.

Las nueve de la mañana serian de siguiente dia, cuando un criado entró en la habitación de Alfredo entregándole una carta en cuyo sobre se leía la palabra *urgente*.

—Será del inglés, pensó el arruinado bolsista: y rompiendo la cubierta leyó: «Estimable caballero: Es usted un jóven de talento qué quiere romperse la cabeza conmigo por una nonada. Yo en cambio deseo que sea V. dichoso, para lo cual le remito un *talón* por valor de 50 mil duros. Trabaje V., hágase rico, y sea V. feliz. Suyo, etc.»

....

NUESTRAS LÁMINAS

LA PESCADORA

Copia de un magnífico boceto de D. R. Martí y Alsina (de la Real Academia de Bellas Artes)

La gallarda napolitana recogió las húmedas redes que los fatigados marinos dejaron en la playa, y en brazos se las lleva á su casa para echar un remiendo en las mallas que coleando y mordiendo desgarraron los cautivos peces. No más ufana estaría una princesa arrastrando el manto de púrpura, que ésta bizarra sirena del Mediterráneo con la túpida y áspera red que, salpicada de lucientes escamas y goteando saladas gotas, parece un montón de hebras cuajadas de lentejuelas de plata y de ensartados diamantes.

Á MASSINI

No es grato són de bien templada lira,
ni arpegio indocto de ave enamorada,
la dulcísima voz que regalada
brota en tus labios y en el cielo espira;
sino del beso porque amor delira,
de una canción por ángel entonada,
eco sonoro, nota apasionada
que el mismo amor, y el ángel mismo admira.
Cíñanme espinas del más crudo duelo,
y oiga yó de tu mágica garganta
fluir el canto que me dá consuelo,
y por Edén imaginando el suelo
diré: «Si aquí en el mundo así se canta,
no necesito que me dén el cielo.»

Tip. Delclos y Bosch, Sta. Monica, 2. Pasaje.



LA MUERTE DE UN TIRANO

(*Páginas del Proceso del Despotismo*).

I.

(Es de noche. Ruje furiosísima tempestad. Los rayos serpentean. Enobarbo Neron seguido del liberto Faon, del jóven Sporus, y dos esclavos, atraviesa á escape la vía Nomentana. Lejos se oye la algazara de las cohortes sublevadas.)

Faon.—Júpiter Capitolino te salva, Cesar. Con que logres atravesar el breñal que está á la otra parte de esta loma, los sabuesos que contra tí ladran habrán perdido la pista.

Neron.—Aguija el caballo y cállate; no sea que alguien al pasar te oiga, y nos conozca.

Faon.—Los truenos y el huracan ahogan todo rumor. No temas.

Neron.—Tema Roma por ella, si logro escapar al rigor de los hados nefastos que en estas idus me persiguen. Pero qué haces, Faon, que te paras?

Faon.—Mi caballo se encabrita y tiembla. No quiere pasar adelante.

Neron.—Hiérele y sigue.

Faon.—Un augurio es. Recelo algun daño.

Sporus.—Los esclavos tambien se quedan atrás, y mi caballo se enfurece. Neron, oyes?

Neron.—Sí; la tierra se estremece y muje. ¡Dioses! El Universo se hunde conmigo.

(Suena el rujido del terremoto, y redobla la tempestad.)

Faon.—César, descabalga: no de otra manera podrás avanzar por entre la malcza.

(Neron baja de su caballo del cual se apoderan los esclavos.)

Neron.—Los piés y las manos me sangran. El frio me entumece.

Sporus.—Descalzo andas; y sólo un súcio y raido

manto cubre tus miembros, acostumbrados al dulce calor de la estofa y el plumon de cisne. No es mucho que te quejes.

NERON.—A la piedad de Faon lo debo, que me lo tiró á los hombros, cuando en camisa recorría yo con lágrimas en los ojos los jardines de Servilio y las avenidas del Foro llamando á una y otra puerta cerrada á mi infortunio. Con que, no maldigas este manto, que vale ahora para mí más que la púrpura siria que dejo en mi aureo lecho y en mis ebúrneos triclíneos.

UN ESCLAVO.—Neron, aguarda. Oigo rumor de gente.

NERON.—Sporus, Faon, amigos, defendedme!

FAON.—Monta otra vez á caballo y oculta el rostro. No te vean.

NERON.—Con un pañuelo lo traigo oculto toda la noche, á modo de máscara.

FAON.—Colócate detrás de nosotros, como si fueras nuestro esclavo. Apresuremos la carrera.

SPORUS.—Ya llegan hasta nosotros los reflejos de de las antorchas, y la gritería de de los pretorianos.

NERON.—Aguza el oido Sporus; sepamos lo que dicen.

SPORUS.—Blasfeman contra Neron. Están borrachos.

NERON.—¡Que no hubiese yo derramado en los caños de las fuentes todo el veneno de Locusta! ¡Que no hubiese soltado todas mis fieras de Numidia por las calles de Roma!

FAON.—Modera tu rabia, César. Ahí los tenemos. Minerva nos cubra con su egida. ¡A escape todos!

(Neron y sus compañeros atraviesan el campamento, suelta la brida de sus corceles. Los rayos que sin cesar cruzan por el espacio, inundan de rojos resplandores la llanura. Los soldados tendidos delante de sus tiendas cantan con destempladas voces lascivas canciones, bebiendo vasos de vino griego.)

UN CENTURION.—Bebed, valientes, sin descanso. Cuando dejeis secos los odres, ya encontraremos Chipre y Falerno en las bodegas de la *Casa Dorada*. Tenemos con el vino que hay allí para vivir borrachos durante veinte años.

UN SOLDADO.—Y cuando en la bodega no quede ya una gota, pincharemos la enorme barriga de Enobarbo.

OTRO.—Pues apresúrate, Clodio, á pincharla; porque temo que el Senado va á ganarte por la mano.

OTRO.—Pretor, júrame por Pluto que si cojo vivo á Neron me concederás su barba.

PRETOR.—Codicia tienes; pues el barbero se la doraba dos veces al dia.

UN LICTOR.—Dicen que al huir de palacio se ha tragado gran cantidad de perlas. Prefiero su estómago.

UN LEGIONARIO.—Con que de una vez acabe de reinar ese ridículo histrión, me contento.

UN TRIBUNO.—La fortuna abra un abismo bajo sus plantas.

VARIAS VOCES.—¡Viva Galba emperador! ¡Muera Nerón!

UN DECURIÓN.—(*Viendo á los fugitivos que pasan por su lado*). ¡Hola! ¡eh! ¿quiénes son esos que corren como perseguidos por las furias?

UN TRIBUNO DEL PRETORIO.—¿Qué noticias nos traéis de Roma, amigos?

UN SOLDADO.—Prisa llevan. Ni siquiera se vuelven para decir *¡Ave!*

OTRO.—En seguimiento irán del flautista. ¡Buena suerte, compañeros!

NERON.—(*En voz baja*). Siento amargor de sangre. ¿Por qué dejé tantos hombres con vida?

FAON.—(*También en voz baja*). Por Júpiter, no hables.

(Los fugitivos siguen la carrera con más furor. Los pechos de los caballos resuellan como fraguas. El huracan disminuye su violencia; los rayos han cesado; y las nubes vuelan amontonándose hacia el Poniente).

NERON. ¿Está todavía lejos tu quinta, Faon? Me siento rendido.

FAON.—No está lejos; un matorral y un arroyo nos separan.

SPORUS.—Mira, el horizonte amarillea ya con la primera sonrisa de la Aurora. Pero tapa bien tu rostro, Neron, que ahí viene un hombre.

NERON.—De apuñalearlo siento ganas.

FAON.—No hagas tal. Te perderías; es del pretorio.

EL PRETORIANO.—¡Hola, amigos! ¿Venís de Roma? ¿Qué sabéis de Neron, de ese mal músico?

(Neron, sin poder contenerse, desfoga su rabia clavando la punta del puñal en su caballo. El bruto se encabrita, y derriba á Neron. En la caída pierde el lienzo con que ocultaba su rostro. El pretoriano no reconoce con espanto al emperador, y huye precipitadamente camino de Roma).

FAON.—¡Los dioses te amparen! Vas á ser delatado.

NERON.—Mal músico me llamó un soldado. La mayor injuria he recibido sin poder vengarla. ¿Qué me importa ya la vida?

FAON.—Es preciso que te salves. Amigos, abandonad los caballos y seguidme.

(Todos descabalgan, y dejando la vía penetran en una espesísima maleza. Encuentran un cañaveral, y como Neron declara que le es imposible mover sus hinchados piés, los esclavos rasgan sus túnicas y se los envuelven con sus girones. A duras penas Neron consigue llegar al pié del bardal que mura la quinta de Faon).

SPORUS.—¿Hay gente en tu casa, Faon? Se oye ruido. ¿Sabes quién está dentro?

FAON.—Lo ignoro. Esta mañana sólo dejé en ella á mis dos esclavas nubias. Es preciso que averigüe si alguien ha venido. César, escóndete entre tanto en esa gruta.

NERON.—(*Con espanto*). ¡Jamás! No quiero que me entierren vivo.

FAON.—Sigue mi consejo. Sabes que te soy fiel.

NERON.—Aunque deba en tu casa morir de tormento. ¡Jamás! ¡No quiero oscuridad! ¡No quiero lodo!

FAON.—Entonces, no hay sino bajar á este barranco y entrar por el estrecho agujero que dá salida al agua sucia de mis albercas.

NERON.—Eso que dices prefiero.

(Neron, con ayuda de los dos esclavos, desciende penosamente al fondo del barranco lanzando dolientes ayes. Las angustias de la sed le obligan á abrevarse en un charco).

NERON.—¡Hé aquí mi copa y mi néctar!

(Después de beber con avidez el agua fétida, arranca de su pringoso manto las zarzas de que estaba erizado, y á gatas, como una bestia, se mete arrastrando por el angosto y fangoso agujero que le indica el liberto).

II

(Interior de la quinta de Faon. Neron, ensangrentados y cubiertos de barro el rostro y las manos, está tendido en un mísero lecho).

NERON.—Tengo hambre y tengo sed.

FAON.—(*Presentándole un pan de avena y una ánfora de arcilla*). Come y bebe lo único que puedo darte.

NERON.—(*Arrojando con desprecio el pan.*) Eso á tus perros, Faon; ¡aun soy César! Dáme el ánfora. (*Bebe*).

FAON.—Tratemos, Neron, de lo que importa á tu vida. Piensa que dejas á Roma hirviendo en cólera; que las águilas del imperio te buscan para despedazarte y poner con sus garras la sacra corona de laurel en las frentes de Virginio, de Galba, de Vindex ó de Othon, ayer tus capitanes, hoy tus fieros enemigos; y que la traición que picó en el pecho de tu favorito Ninfidio, y de tu mimado Tigelino, fautores de tu desgracia, conserva aun su viperino dardo. Las maldiciones estallan sobre tí como trombas de fuego; la soledad se ensancha á tu alrededor; no cuentas con otros compañeros que nosotros y el terror que te aniquila; los dioses te abandonan. Resuelve, pues, algo digno de un César.

NERON.—¿Ha venido con noticias de Roma Epafrodito? De su mensaje lo espero todo.

FAON.—No ha venido. Pero desconfia de Roma, que es ingrata.

PEDRO HUGUET Y CAMPAÑÁ

(Se continuará)



A. MASINI



La desgracia

SUSCRICION
Semestre. . . 3 Ptas.
Año. . . . . 5'50 id.
Pago en moneda, libranza ó sellos únicamente en la Administración, de 10 á 1 y de 3 á 5.
ESCUDILLERS 5, 7 y 9
Barcelona

Núm. 14

ILUSTRACION NON PLUS ULTRA

Barcelona 9 Diciembre 1886

Año I

NÚMEROS SUEL
10 céntimos de p
y 15 los atrasa
De venta en las lib
kioscos, vendedores
lantes y puntos de co
bre en
España

Núm. suelto 10 cént. de peseta ✳ Núm. suelto 10 cént. de peseta
Los corresponsales venderán por manos á los vendedores ambulantes.

¡ALERTA!

Ya tenemos encima al enemigo! Solapadamente ha penetrado en España para hacernos sentir el rigor de su tiranía, usando los mismos procedimientos que para conquistarnos usaron los cartajineses de Amilcar, y los franceses de Napoleón. Empezó por halagarnos, y ha concluido haciéndonos sus prisioneros. Reina ya en nuestras montañas y en nuestras llanuras con absoluto imperio, y nos persigue con encarnizamiento hasta obligarnos á que nos encerremos acobardados en nuestros hogares, sin que allí aún nos sea posible librarnos de su saña.

Los campos cubiertos de desolación, las costas inundadas de tristeza, la muerte golpeando de contínuo en los umbrales, la miseria estendiendo sus negras alas, todo dice que vá á ser terrible la guerra que se inaugura, y que en ella nos toca sufrir grandes penalidades. Vencerán quizá los robustos que se provean de recia armadura, y se abasten para resistir el sitio; pero, ¡cuantos de aquellos que por flacos, por míseros, ó por imprudentes no se defiendan, caerán en el combate! Ya que preciso es luchar, preciso es también procurarse las indispensables armas. Por ley de propia conservación; porque nos debemos á nuestras familias; porque ante Dios y ante la Sociedad somos responsables de nuestras vidas, obligados venimos á no reparar en medios de defensa contra un enemigo que para vencer adopta como lícitas toda clase de emboscadas.

Ea! corramos á los arsenales, y prepare cada uno su plan de campaña, y ¡guerra sin cuartel al enemigo!

Pero, entendámonos, amigo lector; cuando te aconsejo que acudas á pertrecharte en los arsenales, no digo que te procures fusil, pólvora y sable en ningún parque de artillería. Lo que digo es que vayas á casa el sastre, y á la fonda, á vestirte tupidas ropas, y á saborear suculentos platos; porque el enemigo á que aludo, aunque más implacable que Atila, no es ningún conquistador de carne y hueso, sino un compuesto de escarchas, de sutiles brisas, y de noches largas y tristes, á quién universalmente se conoce con el nombre de *Invierno*, el cual con le su cortejo de pulmonías, catarros, y otras cien calamidades, contra las cuales sólo sirven el abrigo de pieles, y el caliente y nutritivo tasajo, se nos cuela por todas partes con gran descoco.

El Invierno! he aquí el enemigo; pero el [e]migo de los pobres, porque de los ricos [e]s gran adulador. Gran adulador, sí; porque [dán]doles ocasión de lucir en paseo la charo[lada] carroza, y en el teatro el afelpado traje, [y] gozar en el alfombrado salón dulcemente [ro]deado por la estufa las voluptuosidades d[e la] pereza, ó los sonoros estremecimientos de[l] [Sa]rao, les dice cuan superiores en el mundo [son] á los que, mientras la ventisca azota las ca[lles] y la nieve agobia los tejados, andan á pie[,] una mala capa soplándose los dedos, ó tir[itan] metidos en un cuchitril donde raras vece[s] huele el apacible vaho del puchero.

Presumo que si no hubiese invierno, el [rico] valdría ménos de lo que vale, porque cual [más] cual ménos, todos los pobres estarían en po[sición] de gozar lo mismo que él, ya que los benefi[cios] de la riqueza no consisten sino en proporci[onar] comodidades artificiales; pues los de la nat[ura]leza sin dispendio de dinero son fáciles de [con]seguir. El aire templado, las amenas fron[das,] los deleitosos panoramas, la cantata de los [pá]jaros, el agua sabrosa y fresca que en esta[ción] de verano corren los poderosos á gozar, ¿de[cid]me donde están, sino en sitios de ganapa[nes] záfios y harapientos?

Por esto, yo que creo en la ley de las sim[pa]tías, y estoy convencido de que lo semej[ante] busca á su semejante, al ver que la pobrez[a es] amiga de las afirmaciones de la naturaleza, [que] son espléndido sol, días largos, prados en l[ozа]nía, coros de aves, hojosas selvas, calor, fu[ego] y movimiento, y que la riqueza sólo gust[a de] sus negaciones que son candelabros de gas, [ve]ladas interminables, umbráculos, pianos, cal[orí]feros, molicie y reposo, tengo para mí que [la] pobreza es cosa natural, al paso qne es c[o]meramente de artificio la riqueza.

Y por esto opino, que el que tenga cuatro [cuar]tos nunca puede gastarlos con más prove[cho] para su comodidad que empleándolos en [los] artificios de la sastrería y de la cocina, ah[ora] que el invierno, este compendio de todas [las] negaciones de la vida, nos entra por asalto.

JUDAS TADEO.

HISTORIA DE UNA PASION
por Pedro Huguet y Campañá

(Continuación)

XII

Coronado de mieses y de flores
y encendida la faz, de nuevo Junio

tornó á inundar de risas la pradera
á henchir de luz el cielo, y de sonantes
coros la selva. Como inquieto pájaro
que, abierto de su carcel el portillo,
se arroja al aire con gorgeo alegre
cantando libertad, así yo entonces
dejé de la ciudad las negras calles,
y al campo fuí, calenturienta el alma,
la hermosa estrella de mi amor buscando.
  Llegué á la aldea que fué un día templo
de mi casta pasión. ¡Oh! que armonías
en mis oídos sonaron cuando pude
el rumor escuchar de aquel arroyo
que de mi Luísa retrató la imágen,
y el murmullo gentil de aquellos bosques,
á cuyas hojas, corazón y labios
de dos amantes tan divinos sones
dieron á repetir! ¡Con qué locura
me lancé á recorrer aquellas sendas
que, en dulce nudo á mi Luisa un día
lazado, recorrí! ¡Cómo con voces
procuré dispertar los ecos mudos
de la honda gruta y del peñasco agreste,
per si ellos aún sabían retornarme
el repetido són de aquellos tiernos
juramentos de amor! ¡Ay! todo, todo
como antes lo encontré! la misma roca
en que los dos solíamos sentarnos,
cuando rendidos, al bajar del monte
ilusos fantaseábamos: el mismo
rosal en que cogí el primer capullo
con que las trenzas de Luisa ornara:
el árbol mismo en cuyo pardo tronco
nuestros nombres grabé: las mismas piedras
blancas y rojas que en la clara fuente
íbamos á mirar; el mismo bronce
del viejo campanario, que vibrando
al declinar la tarde, tantas veces
nuestro éxtasis turbó! ¡Todo como antes!
Todo menos Luisa! En vano! ¡ay! triste!
en vano la esperé! Días y días
pasaron para mí sin sol ni aurora!
  El antiguo casal que de mi amada
acostumbrado albergue era en verano,
ceñido siempre le miré de torvo
silencio y fría soledad, que nadie
más que el ladrido de un mastín, ó el trino
de un ave refugiada entre unas grietas
llegaba á interrumpir. Ya rebosando
la impaciencia en mi pecho, me era odiosa
la vida que sin Luisa allí pasaba.
¡Oh! que cruel puñal me hundió hasta el pomo
el viejo guarda cuando á mis preguntas
indiferente contestó que el padre
de Luïsa en la corte establecido
no pensaba volver á aquella aldea!
Sentí en mi corazón algo candente
que cruzó desgarrándome de golpe
fibras, y fibras, y la diurna lumbre
chorro de sangre pareció á mis ojos.
  Cual ave implume que un gañán el nido
robó, y deshecho lo esparció á los aires,
me vi en aquel paraje desolado.
Huir quería; pero, á dónde, á dónde?
si como imán mis pies encadenaba
aquel sue o, teatro de mi gloria!
El dolor lme cegó: despavorido
febril erré por una y otra senda,
y hasta el delirio en mi garganta puso
ahullidos de blasfemia contra el cielo.
De entre el hervor de mi locura insigne
al fin brotó la inspiración más pura.
Víme aterrado por las bravas ondas
de un destino feliz, donde creía
hallar de amor siempre florido el lauro,
y en Leandro pensé, cuando del Ponto,
surcando ansioso las revueltas aguas,
roto y sangriento al despuntar la aurora
de Hero á las plantas arribó cadaver;
Y paleta, frenético, y pinceles
tomé, y sin tregua sobre vasta tela,
el cuadro que bullía en mi cerebro
copié con tal ardor y tal delirio,
que al resonar las otoñales brisas
ya contemplé acabado mi trabajo.
  En él puse mi afán, y mi cariño
mi alma y mi corazón, ¿cómo no había
de encarnar todo el ser de mis entrañas?
Leandro tendido en la espumante arena
revuelto en algas el llagado cuerpo,
y aun en los ojos fulgurando el rayo
de aquel amor que las amargas olas
á extinguir no bastaron turbulentas,
era yo, era yo, que del destino
juguete, y de mis sueños derribado,
sobre las sombras de mi infausta suerte
lanzaba llamas de pasión; y aquella
Hero llorosa en la desierta playa,
era Luisa con sus ojos garzos,
sus madejas doradas en los hombros,
su talle esbelto, sus facciones dulces,
gracia, candor y divinal hechizo.
  Por entonces á público certámen
convocaba el Gobierno á los pintores,
y reñir en la artística palestra,
tanto por ansia del honroso lauro,
como por ciego impulso del deseo
que de esplayar sentía mis pesares,
sin vagar decidí. Como imprudente,
consejo á nadie demandé: mi cuadro
pretexto fué para el viaje. Henchido
de quimeras la mente y de ternezas
cargado el corazón, volé á la corte.
Desde que el tren con resonante estruendo
comenzó á patear la ferro-via,
hasta que atrás dejando las llanuras
de Aragón y Castilla desoladas
vi la silueta de Madrid alzarse
como un gigante panteón, ¡qué triunfos,
qué imágenes, qué sueños, qué ilusiones,
cruzaron por mi loca fantasía!
Ya me fingía en la exaltada mente,
alzado en alas del ruidoso aplauso,
cojer coronas á mi sien ceñidas
y de Luisa á las plantas arrojarlas!
Y me fingía que mi nombre en ecos
la fama derramando voladora,
gloria, y tesoros, y envidiados timbres,
llovían sobre mí; que yo orgulloso
señalando á Luisa á todo el mundo
«¡esto es suyo! ¡esto es suyo!» profería,
y ella, tremente de rubor celeste,
cayendo entre mis brazos sollozaba,
«es mi amor, es mi amor, mi bien querido,
ese que todos deseáis robarme!»
  Así llegué á la corte como un loco;
de terminarse el plazo estaba á punto
en que podían admitirse cuadros:
el mio presenté; fuéme admitido;
y, ya contando el triunfo por seguro,
dime sin tregua á recorrer las calles,
visitar templos, é inquirir noticias
para encontrar el luminoso rastro
de mi desvanecida ilusión bella,
y cayendo á sus plantas balbuciente
decirle: «¿ingrata, ingrata! me dejaste,
mas te busqué, y tras de tu huella vengo:
tú, corona de espinas me ceñiste,
yo te la entrego de laurel ahora:
mira quien de los dos más de amor sabe!»

(Se continuará)



El goloso



Matrimonio de conveniencia

EPÍGRAMAS

En el baile entró Inés con risa franca,
el lábio rojo, y la mejilla blanca,
del baile salió con mil congojas,
el lábio blanco, y las mejillas rojas.
Ay! que suele traer mil sinsabores
todo rápido cambio de colores!

* * *

La vió pasar, y enrojeció el doncel...
y al trimestre no más del día aquel
cuando pasó el doncel enrojeció ella.



UN INGLÉS EXCÉNTRICO

(Conclusión)

Alfredo se restregó una y dos veces las ojos para cerciorarse de que no soñaba. Efectivamente tenía en la mano el talón que espresaba la carta, ¿Será esto una broma? ¿Será una estratajema? Esto pensaba Alfredo, pero en tales pensamientos se encontró casi sin advertirlo delante del Banco, y diez minutos más tarde ya estaba de regreso llevando el millón en el bolsillo.

Su primer impulso fué dirigirse al domicilio de su generoso donante, pero una vez allí le dijeron que el inglés había salido de Madrid sin manifestar otra cosa sino que regresaría dentro de un año.

Aprovechó este tiempo Alfredo para emprender nuevos negocios con afan y celo, con la idea de aumentar su capital, y devolver luego el millon al inglés. A los doce meses su fortuna era ya de dos millones. Entonces supo que su protector vivía en París, y emprendió el viaje para darle gracias y devolverle el dinero.

—A quién tengo el honor de hablar? díjole el inglés haciéndose el desentendido, cuando se le presentó el jóven.

—¡Cómo! ¿no recuerda V. á aquel jóven que una noche se portó groseramente con V, en el teatro de Madrid?

—¡Ah, ya caigo!

—Pues sí señor; gracías á la generosidad de V. he recobrado la fortuna que tenía perdida, y ahora vengo á devolverle aquella cantidad que V. me prestó con un desprendimiento que jamás podré agradecer bastante,

—¡Oh! quite V.! Yo cuando hago las cosas, no las hago á medias. No admitiré esta suma hasta que usted haya triplicado su fortuna, y sea completamente feliz.

Y no hubo medio de persuadir al inglés. Alfredo tuvo que volverse con todo su capital.

Siguió nuestro jóven trabajando, y siguió la suerte sonriéndole. Al cabo de dos años el inglés regresó á Madrid, y Alfredo fué á visitarle.

—Mi querido protector; le dijo Alfredo: gozo hoy día una posición brillantísima; poseo tres millones de duros.

—Me alegro. ¿Qué más ambiciona V.?

—Casarme con Matilde, la mujer querida de toda mi vida.

—¿Y ese matrimonio cuándo se efectuará?

—Dentro quince dias. Y ruego á V. que me apadrine.

—Eso no puede ser. Pero asistiré al banquete.

A los quince días se celebró el casamiento, al cual concurrió lo más granado de la sociedad madrileña. A eso de las once de la noche, cuando los convidados se hallaban en el colmo de la alegría bailando al son de deliciosa orquesta, un lacayo anunció la llegada del inglés.

Al oirlo exclamó Alfredo dirigiéndose á los presentes:

—Señores, ahora va á entrar el hombre á quien debo cuanto soy; espero que le honrareis más que á mí mismo.

En este instante apareció el inglés, y sin responder al afectuoso saludo de Alfredo, gritó con voz destemplada por la cólera:

—Señor de Morante, esta noche vamos á batirnos.

Imposible describir el efecto que produjeron estas palabras. Alfredo quedó aterrado sin acertar á componer una frase.

El inglés impertérrito, pero siempre con voz terrible, continuó:

—Señores, este caballero me insultó y quiso reñir un duelo conmigo, pero en aquél entónces no tenía él nada que perder, y por eso quería matar al primer hombre que encontrase. Se encontró casualmente conmigo, que vivía feliz. El duelo era desigual. Hoy que es millonario, posee la mujer amada, tiene un nombre social respetado, y goza toda clase de felicidades, han cambiado las circunstancias. Le he igualado á mí, para batirme. Y á eso vengo.

—¡Jamás! contestó al fin Alfredo; yo no puedo atentar contra mi protector.

—Lo veremos; repuso el inglés.

Y al mismo tiempo chasqueó una terrible bofetada que hizo caer de espaldas á Alfredo.

Esta afrenta, la mayor que puede inferirse á un hombre, recibida tan públicamente, no podía quedar impune.

Las condiciones del duelo quedaron inmediatamente convenidas.

Y al amanecer, en el mismo jardin de aquel palacio que pocas horas antes se estremecía con el estruendo de las músicas, sonaron dos tiros.

Un hombre cayó ensangrentado al suelo.

Matilde era viuda.

NUESTRAS LÁMINAS

LA DESGRACIA

Deidad voltaria y poderosa es la fortuna. Bástale apartar el rostro, para causar la infelicidad de cuantos mirara risueña. Porque entonces el sereno porvenir se anubla, la rueda de la prosperidad se rompe, las palomas de Vénus se vuelven gavilanes, las flores de la amistad degeneran en cardos, y el que estaba encumbrado cae á los embates de su enemiga suerte.

Esto es la Desgracia, negación del amor y la ventura, como la noche es la negación del día, y esto con peregrina originalidad ha dibujado el correcto lápiz del Sr. Planas.

EL GOLOSO

Terminó el almuerzo, pero aun quedaron algunas frutas y algunos pedazos de jamón en las fuentes de porcelana, y algunos sorbos de Jerez en las doradas botellas. El golosillo tuvo que contentarse durante la comida con una finísima raja de queso y un vaso de agua, amen de la consabida sopa y de la confortante ración de asado, y por lo mismo el alma se le puso bailando alrededor de las golosinas que escaparon de la voracidad de los comensales, y de las que gracias á la severidad de papá no pudo gustar.

Así es, que cuando todos abandonaron el comedor, el goloso que se quedó atisbando detrás de una vidriera, entró pisando menudo, y después de mirar recelosamente si alguien le observaba, empinó apresuradamente una, dos y hasta cinco veces la copita rebosante del vino prohibido.

En la culpa hallará la pena, como dice el refrán: porque el dios Baco se le posesionará de la cabeza, haciéndole alegres cosquilleos, que el goloso pagará con un severo castigo.

UN MATRIMONIO DE CONVENIENCIA

Nuestra lámina representa una escena digna de estudio por todos conceptos entre dos seres unidos, no por el cariño, sino tan sólo por la conveniencia. Hermosa ella, de familia distinguida, pero con escasa fortuna que no le permitía satisfacer sus aspiraciones de lujo y boato, encontró el hombre que le convenía en el general X, hoy su esposo, distinguido militar que tanta gloria había ganado en sus campañas. El que se vió léjos de la juventud, soltero y rico, creyó hallar su felicidad en aquella hermosa joven tan distinguida y con quien podria, enlazada de su brazo, rodeada del esplendor de su posición y fortuna, despertar la admiración del mundo.

Uniéronse el invierno y la primavera, sus rayos caloríficos no fueron suficientes para encender el fuego sagrado del amor y pronto el aburrimiento reinó en la mansión do la dicha debía imperar. Tan sólo por puro compromiso comparte la esposa sus horas jugando al ajedrez con el anciano general quien gotoso, clavado en un sillón no sirve ni para acompañarla en coche á los paseos ó teatros. Ella, la vista en el juego y el pensamiento léjos, contempla con frecuencia las damas y caballeros que cruzan el paseo que se divisa desde su jardín y con ellos va su alma aunque su cuerpo permanezca fijo, moviendo sólo sus manos maquinalmente las piezas del juego.

Tip. Delclos y Bosch, Sta. Monica 2. Pasaje.

EL SI

El hombre que pregunta con vehemencia
si le ama, á una mujer,
halla entre el *sí* y el *nó* la diferencia
que hay de ser á no ser.
Un *nó* es cortar las alas al deseo;
agostar la ilusión;
con un clavo, ó un bote de torneo,
pasar el corazón.
Negar al que padece catarata
la luz con que soñó:
¡triste del hombre, á quien mujer ingrata
le dice siempre *nó*!

EL BESO

Un beso es el lazo que junta dos almas,
cual juntan dos palmas
las auras que llevan el pólen de amor.
Un beso es arrullo que el corazón canta;
es la explosión santa,
de un no revelado volcánico ardor.
Los labios que besan són plácidas olas,
són frescas corolas,
que mezclan sus sones, que mezclan su olor:
són dos rojas conchas, que uniéndose en una,
preparan la cuna
en donde sonríe Cupido traidor.

ALZA

Qué ingenioso es D. Tomate!
¡qué chiste! y, qué gracia loca!
(Por más que no abra la boca
sin decir un disparate.)
Y qué cara más feliz,
y de perfecciones llena!
(Aunque tenga la nariz
del color de berengena.)
Y en cuánto á honra? ¡Qué honra aquella!
Más limpias ya no se dán:
(Y tiene más manchas ella
que traje de sacristán.)
Pues siendo tan majadero
¿qué tiene que así le realza?
Nada: que ha jugado al *alza*,
y ganó mucho dinero.

INOCENCIA

Ojos que van pidiendo — una caricia,
son ojos de inocencia — ó de malicia?
Cuando un hombre les habla, — y ellos retozan,
es que tentar anhelan — y se alborozan?
O es que no comprendiendo — la picardía,
la transforman, si la oyen, — en alegría?
La inocencia y malicia, — dó tienen centro?
en el picante rostro, — ó bién del pecho adentro?

PARTIDA

La nave al mar se lanza! — ¿quién sabe su destino?
¿quién sabe entre las olas — lo que escondido está?
las nieblas y los vientos — le borran el camino:
¡quién sabe si la nave — al puerto volverá!
La esposa desolada — del pobre marinero,
le envía su saludo — de lo alto de un peñón:
perdida ya la nave — en el confin postrero,
aún la triste esposa — la ve en su corazón.
Cual viuda permanece — en la desierta playa
llorando sin consuelo — la mísera mujer...
¡Ay nave que has partido! — de tu quilla la raya
en estas mismas ondas — ¡quién la volverá á ver!

NOTAS ALTAS

Todas las noches Felipe
iba á cantar en voz baja
su volcánica pasión
ante el portal de su amada.
Como quería que nadie
su triste canto notara,
cuando se acercó el sereno
se encaramó á una ventana.
Oyó en la ventana ruido,
y al balcón trepó con ansia,
ladró un perrito faldero
y presto el tejado asalta.
De modo que por querer
cantar con notas muy bajas,
paso á pasito subiendo
fué al cielo á darlas muy altas.

EL NO

El hombre que pregunta con vehemencia
si le ama, á una mujer,
halla entre el *sí* y el *nó* la diferencia
que hay de ser á no ser.
Un *sí* es en alas del placer al cielo
subir, siempre subir;
beber el dulce néctar del consuelo
en copas de zafir.
Un *sí* es la llave de la gloria, fuente
de amante frenesí:
¡feliz del hombre á quién mujer sonriente
le dice siempre *sí*!

EL DESDÉN

Tener la manzana que al gusto provoca,
muy cerca la boca,
y de hambre muriendo
jamás poder su dulce humor gustar,
martirio es horrendo
que con otro jamás encontró par.
La fresca mejilla de moza galana
es suave manzana,
que causa embeleso
de quién sigue las vías del amor;
negarle con desdén tan sólo un beso
es negar vida, y prodigar dolor.

BAJA

Roto, triste, encanijado,
vá por las calles Ramón:
—¡Ahora sí que me persuado
que este hombre es un gran bribón!
No halla quién en el lugar
admita su galanteo:
—¿Pero cómo ha de agradar,
Señor, un hombre tan feo!
Y, no obstante, dicen muchos,
así, con cierto rebozo,
que Ramón es un buen mozo,
y no de los ménos duchos.
¿Pues en qué consiste que harto
de él, todo el mundo hace raja?
—Pues, en que jugó á la *baja*,
y ha quedado sin un cuarto!

MALICIA

Cuando una niña baja — de rubor llena
los ojos, ¿quién conoce — si ríe ó pena?
Quién sabe si se espanta — de lo que ha oido,
ó de la frase aquella — busca el sentido?
Sí el rubor es el manto — de la inocencia,
es que busca un refugio — en su conciencia.
Más si el rubor todo esto — no significa,
el tal rubor entonces — cómo se esp ica?

LA VUELTA

¡Con qué afan el marino — de nuevo ver desea,
después de mil azares — corridos en la mar,
las costas de la patria, los campos de la aldea,
las crestas de los montes, el techo del hogar!
Allá á lo lejos mira — cual cintas de tinieblas
estrañas y confusas — mil sombras en montón,
y duda si esas sombras — son costas ó son nieblas,
ó bien el espejismo — falaz de una ilusión.
Pero la nave vuela — y la distancia acorta,
las sombras se perfilan — creciendo cada vez;
¡son playas! ¡es la patria! — ¡Morir ya no le importa!
tumba tendrá dó cuna — tenia en su niñez!

NOTAS BAJAS

El monaguillo Silvestre
tiene una voz de trompeta
que con su agudo respingo
llena de gallos la iglesia.
—«Que pongas freno á la voz
siempre que cantes completas;»
le dijo al fin el sochantre,
que es hombre de poca flema.
Y como Silvestre achaca
á envidia estas advertencias,
dió un día, por darse tono,
seis notas con tal violencia,
que de un puntapié el sochantre
le hizo rodar la escalera.
Así acaba en notas bajas
el que por *altas* comienza.


50000
60.37
BOLSA
BAJA



La fruta de Eva

SUSCRICION
Semestre.. . 3 Ptas.
Año. . . . . 5'50 id.
Pago en moneda, libranza ó sellos únicamente en la Administración, de 10 á 1 y de 3 á 5.
ESCUDILLERS 5, 7 y 9
Barcelona

Núm. 15 Año I

ILUSTRACION NON PLUS ULTRA

Barcelona 16 Diciembre 1886

NÚMEROS SUELTOS
10 céntimos de peset. y 15 los atrasados.
De venta en las librerias kioscos, vendedores ambulantes y puntos de costumbre en
España

Núm. suelto 10 cént. de peseta ⁕ Núm. suelto 10 cént. de peseta
Los corresponsales venderán por manos á los vendedores ambulantes.

¡YO ME RIO...!

Escéptico y malicioso como soy, tomo el mundo y la vida que en él se arrastra á cosa de chunga, y así como á otros de pena, á mí me sirven de regocijo las jugarretas, las ambiciones y las vanidades de los hombres. Como estoy convencido de que ni las elegías mejor cantadas, ni las sátiras más furibundas, ni los apóstrofes más virulentos han de enderezar los pasos de esa humanidad que anda dando tumbos por el espacio, dejo á los Heráclitos que se den el mal rato de llorar los desvaríos sociales, y nuevo Demócrito me doy un atracón de risa presenciando las miserias que á cada momento se descubren, con lo cual logro no hacerme pesado á nadie, y libre de todo empacho solazarme á maravilla.

Oigo á veces decir á un vecino: «Fulano es un bribón. Mire V.: ha pretendido seducir á mi mujer. En cuanto tope con él le descalabro.» Y yo me río, porque sé que el tal vecinito, desde hace más de diez años, no se dedica á otra cosa que ir á salto de mata acechando los cercados ajenos.

—«¡Oh, qué infamia!—grita un militar.--No he visto otra igual en mis años. Quince llevo de capitán en infantería sin haber podido conseguir el grado de comandante. Y ese mozalvete de Sanchez aún no hace un lustro que salió del colegio de Sigüenza, y ahí lo tienen ustedes teniente coronel; y todo porque le proteje la marquesa *H*, amiga del ministro *C*.»

Y también me río yo, porque me consta que el bueno del capitán debe su grado, á un *pronunciamiento*, y luego procuró interesar á la condesa *R* para que el banquero *P* influyese en su ascenso cerca del ministro *F*.

—«Está perdido el mundo!—exclama uno.—Han de entender ustedes que un amigo á quien le fié el secreto de un negocio me ha vendido; aprovechándose de las ganancias que yo esperaba y embolsándose los cuartos que le ha proporcionado su traición, me ha privado con este criminal abuso de confianza del último recurso que me quedaba para asegurar mi porvenir.»

Y otra vez me río aquí, porque tengo noticias de que la tal víctima trataba de hacer el negocio especulando con la candidez de un *primo*.

—¡Qué desgraciado soy!—prorumpe un tendero.—Se quemó mi casa, y con ella he perdido los ahorros de toda mi vida.»

El caso es fuerte si los hay; pero no lo puedo remediar; también me río grandemente; porque según datos que poseo el tal propietario desconsolado adquirió la finca con el dinero que benefició vendiendo aceite de sésamo por aceite de olivo, y poniendo una onza de plomo debajo de la balanza con que pesa el arroz.

—«¡Ay, que se murió mi padre!—solloza quien yo sé, que no esperaba otra cosa para darse vida regalona.—«¡Ay, que se murió mi esposa!—ahulla el que entre una y otra costilla diariamente le repartia veinticinco palos, ó aquel otro que enfrascado con una bailarina estuvo catorce años sin preguntar: mujer mía, ¿que me quieres?

—«¡Ese usurero del lado es un tunante sin entrañas! porque he dejado trascurrir dos meses sin pagarle un debitorio que le firmé, me ha puesto un juicio ejecutivo que me arruina. ¡Como si el bribón necesitase de mi dinero para cenar!» Así vocifera uno que aquella misma mañana echó del cuarto piso de su casa á una viuda con cinco hijos menores, porque no le había satisfecho con puntualidad las trece pesetas que por un mes de inquilinato la pobre mujer le debe.

¿Cómo pues, no he de reirme de todas esas jeremiadas si estoy plenamente convencido de que en este mundo, cual más, cual menos, todos se quejan de no poder llevarse entre los dedos tiritas de la piel del prójimo?

JUDAS TADEO



HISTORIA DE UNA PASION

POR

Pedro Huguet y Campañá

(Continuación)

XIII

En la coronada villa
casi un mes de permanencia
llevaba ya, y la esperanza
de hallar á mi amada prenda
tras tanta pesquisa inútil
empezaba, por mí adversa
suerte, á caer en desmayo
que sembraba en mi conciencia
de atroz desesperación
las silenciosas tormentas.
Una tarde más que nunca
me embargaba la tristeza,
y anhelante de consuelo,
entré en una hermosa iglesia.
Crucé su nave buscando

de la Vírgen mas escelsa
el altar, cuando el confuso
rumor de la gente inquieta
que por allí discurría,
y las mil galas diversas
que la capilla adornaban
con desusada riqueza,
me dieron claros anuncios
de solemnísima fiesta.
Huyendo de aquel boato,
contrariado en mis ideas,
en el rincon más oscuro
puse la rodilla en tierra.
Quise rezar, más no pude...
guirnaldas de rosas frescas
en torno el altar lazadas;
filas de nevadas velas
en dorados candelabros
como una sarta de estrellas;
damascos blancos y azules
en las pilastras severas,
y en el nicho guarnecido
con festones de azucenas,
la Virgen con su corona
enjoyecida de piedras
y su manto azul celeste
bordado de oro y de perlas,
llenaron mi fantasía
de mil estrañas quimeras.
En vano sacudir quiso
aquel vagar mi cabeza;
en vano á la Vírgen Madre
intente contar mis penas.
Pesadilla irresistible
al fin me rindió; en la hueca
estria de una pilastra
la frente apoyé sin fuerzas,
y en tanto bullía el ruido
de la gente placentera,
que yo percibía como
el zumbar de una colmena.
Ante mis ojos velados
por la ingrata somnolencia,
de una procesión de sombras
creía ver las siluetas.
No acertaba adivinar
si estaba el alma despierta,
si vagaba en las regiones
de alucnación ascética,
ni tenía de mi cuerpo
la más remota conciencia.
De pronto en mi fantasía
aparición hechicera,
cual acudiendo á un conjuro,
pintóse con lumbre densa.
Ceñida con nimbo de oro
entre vaporosas nieblas
me figuré ver de Luisa
la imágen blanca y serena.
Estático la miraba,
y ella á mí apenada y tierna
con aquellos ojos claros
que hasta el corazón penetran.
No sé; no sé cuanto tiempo
permanecí siendo presa
de aquel divino espegismo
que me envolvía en la espesa
atmósfera de una dicha
que ni aún el ángel la sueña.
Pero sonó de improviso
allá en el coro la orquesta,
y con movimiento brusco
torné á la realidad fiera.
En círculos apretados
formando muralla gruesa
llenaba la ancha capilla
una multitud atenta.

Como si de allí partiese
potente atracción magnética
que me arrastrase cautivos
los sentidos y potencias,
me acerqué inconscientemente
hasta la dorada verja.
Vi un anciano sacerdote
delante la santa mesa;
oí luego una pregunta;
noté una pausa, y tras ella
cual el soplo de un suspiro,
cual el volar de una queja,
un *sí* lastimero, débil,
que me hirió como saeta.....
¡Eterno Dios! ¡que escucho!
no advierto donde estoy,
con la multitud lucho
y ciego al altar voy.
No hay nada que me asombre!
Al fin alcanzo ver
á una mujer y á un hombre,
y, ¡es *ella* la mujer!!
—«Luisa! Luisa!!!» con ahogado acento
que rasgó como hierro mis entrañas
esclamé; sentí frío en mis arterias,
noche en los ojos, en la frente brasas,
y como mole de un peñón caida
rodé de golpe en las baldosas anchas,
llevando en mis oidos el amargo
lamentar de una voz desesperada.

* * *

Cuando recobré el sentido
tendido me hallé en un lecho,
como quien despierta al cabo
tras de un fatigoso sueño.
Ví rostros no conocidos,
encontré estraño aquel techo,
y despues de dudar mucho
si estaba en verdad despierto,
ó si seguía soñando,
esclamé:—Dónde me encuentro?
A mi pregunta solícito
me contestó un enfermero,
que en el Hospital me hallaba.
—Desde cuando? – Hace ya medio
mes.—Y como pudo ser?
—Le acometió á V. en el templo
un ataque cerebral,
que le dejó como muerto;
y como nadie sabía
su casa, aquí le trajeron.
—En el templo? – Si, señor!
—Jesús! de nada me acuerdo.
—Es cosa muy natural.
— Y bién, que opinan los médicos?
—Pasado ya el gran peligro,
si V. sabe estarse quieto,
es cosa de pocos dias
volver á encontrarse bueno.

(Se continuará)



MISCELANEA

Al confesar una muchacha un pecado que no debía ser muy limpio, lo hacía con tales rodeos y tan confusamente, que, cansado el padre de ver que no la comprendía bien, le dijo que se expresara con lisura y claridad.

—No me atrevo,—respondió la penitente.

—Pues tenga V. la resolución de decir el pecado, así como la tuvo para hacerlo,—replicó el confesor.

A lo que contestó ella:

—Es que, padre mío, hay mucha diferencia de hacerlo á decirlo.



El b



Disputaban un médico y un militar.

—V. es un mata sanos! exclamó en el calor de la disputa el hijo de Marte.

—No; replicó el galeno: el mata sanos es V. general; yo en todo caso no soy más que un mata enfermos.

* * *

A D. Andrés Carrillo, gerente de la casa «Andrés Carrillo y Comp.ª,» le nació un hijo, y habiéndole llevado á bautizar, el cura, al extender el acta, preguntó: —¿El nombre del padre del niño? El bueno de don Andrés, acostumbrado hacía más de diez años á no usar otra firma que la de la razón social de su gerencia, contestó con la mayor gravedad:

—Andrés Carrillo y Compañía.

EPÍGRAMAS

Cuando la beata Justa
dice: «Yo nunca he querido
tener novio, ni marido,
porque á mí un hombre me asusta»,
miente la vieja doncella,
pues si guarda castidad
es porque, á decir verdad,
los hombres se asustan de ella.

* * *

Ciego, asmático y pelón,
sufría Marcos, de suerte
que á Dios pedía la muerte
con todo su corazón.
Para remediar sus daños
mendigaba el otro dia,
y oí que uno le decia.
«¡Hijo, viva V. mil años!»

NUESTRAS LÁMINAS

LA FRUTA DE EVA

(*Obra del distinguido maestro Sr. Martí y Alsina*)

No os seduzca la belleza de la manzana, ni la incitante gracia con que os la presenta la hermosísima jóven. No hay fruta tan indigesta como esta fruta; y sino, recordemos al padre Adán á quien tal revolcón dió la malhadada manzana, que áun hoy venimos nosotros purgando sin culpa alguna las consecuencias de aquella indigestión. Por esto cuando veamos una mujer linda que nos ofrezca una manzana, pensemos que se trata de renovar la escena del Paraiso, y digamos: «¡Vade retro!»

LA SEDUCCIÓN

La lujuria, que tiene cara de vieja porque es una bruja que cuenta tantos años como el mundo, sabiendo que no puede agradar por su fealdad, procura arrastrar hácia sí la afición de las bellas, deslumbrándolas con el brillo del oro y los diamantes. ¡Infeliz de la que fija la vista y la entretiene en esas joyas seductoras, cuyas piedras fascinan como los ojos de las serpientes! La que tal haga correrá como sonámbula por los caminos de la perdición, y sólo despertará cuando las espinas del dolor destrozándole los piés, no le dejen fuerzas para retroceder.

BRINDIS

Cuadro de Tito Conto.

Nuestro precioso dibujo representa una bodega muy bien provista, en la cual soldados antiguos de guarnición disfrutan alegremente de las delicias de Baco. La copa en la mano, los protagonistas dirigense hacia el músico cantor que desternillándose de risa aplaude las palabras del brindis.

La escena es animadísima y nuestros lectores gozarán de los pormenores de tan artística obra, examinándola detenidamente.

Tip. DELCLOS y BOSCH, Sta. Monica, 2. Pasaje.



LA MUERTE DE UN TIRANO

(*Páginas del Proceso del Despotismo*)



(Continuación)

NERON.—¡Ingrata y víl! ¡Qué mal ha correspondido á mi amor! Cuando á los diez y siete años en el campo de los pretorianos el ejército me proclamó sucesor de Claudio, y los padres conscriptos reconociendo mi d vino orígen, pusieron sus labios en mis sandalias, y lo destinos del mundo en mis manos, juré hacerme dign de la majestad con que se me investía, y velar por l salud del pueblo. Roma aceptó con loca alegría aqu juramento, y mandó grabar mi arenga en láminas d plata. ¿Acaso no he cumplido con creces mi promesa ¿De qué puede reprocharme Roma? Yo en brillant apotéosis que recordaba la ascensión de Rómulo á l morada de los dioses, elevé envuelta en aromáticas nu bes de incienso, el alma de Claudio al eterno Olimpo Yo regué todos los dias con sangre de blancos toros corderos, las aras de nuestras deidades protectoras, entregué la carne de las víctimas á la hambrienta ple be. Yo, donde había cenagosas lagunas estendí jard nes olorosos. Yo fabriqué teatros, donde había cueva naumaquias donde había breñas. Yo glorifiqué á lo artífices, y enriquecí á los pretorianos distribuyéndol el oro á manos llenas, y fundando para ellos la pró pera y divitisima colonia de Actium. Yo humillé los so berbios patricios, y levanté á los plebeyos. Yo, ejemplo del divino Augusto, disminuí los impuesto que devoraban la propiedad. Yo reprimí la audacia d aquellos que tenian por oficio delatar las transgresio nes de la ley Papia. Yo mandé distribuir cuatrociento sextercios á cada ciudadano, y señalé una pensió anual de quinientos sextercios á cada Senador pobr y repartí todos los años á las cohortes del Pretorio tr go en cantidad suficiente para mantenerse durante u mes. Neron fué, quien escediendo en liberalidad y e magnificencia á cuantos cónsules y emperadores Ro ha ensalzado, jamás recorrió las calles de su queri ciudad, que desde su litera de marfil y plata no arr jase al pueblo gruesos puñados de billetes, en cada un de los cuales regalaba modios de trigo, ó pájaros raro finos vestidos, joyas de oro, cuadros, jarrones etrusco colmillos de elefante, esclavos, tigres, caballos, campo y quintas. Para agradar al pueblo construí el Anfite tro, é hice que de una vez en él se despedazasen miles miles de leones y panteras, y luchasen desnudos emp ñando la corta y ancha espada del gladiador, cuatr cientos senadores y seiscientos ilustres caballero mientras sutil lluvia de embriagadoras esencias rocia las estensas graderías festoneadas con encendidas ro sas de Pœstum. En nave de oro y marfil con velas d púrpura y remos de plata, me vió surcar las aguas de Tiber en compañía de los más alegres patricios y d los más gallardos mancebos, el pueblo que á lo larg de la ribera encontraba tiendas dentro las cuales re Baco y enamoraba Venus. En la Vía Sacra todav brilla el oro en polvo, y alatean las hojas de rosa flotan las nubes de perfume, y gorgean los ruiseñore que esparcí cuando vestido con toga purpúrea y mant sembrado de estrellas, ceñida la frente con el laure olimpico, y ostentando en la mano derecha el de lo juegos píticos, me dirijí al templo de Apolo Palatino sobre las ruinas del Circo Máximo y el Foro, para de poner á los piés del Dios las trescientas coronas qu gané en Grecia, en la tierra de la luz y de la armonía compitiendo vietorioso en el canto y en la carrera baj las encinas de Dodona, bajo las palmas de Corinto y baj los plátanos de Elis, con los hijos de Pindaro y de Te ron. Con paños de lino y hojas de rosa envolvia mi gar ganta, con miel del Himeto humedecia mis labios, y co una plancha de plomo oprimía durante el sueño mi pe cho, sólo para conservar fresca y pura la voz que con sagré á las delicias de mis pueblos; mi voz, tan armo niosa cual jamás otra alguna resonó en los aires desd que Apolo remontó al Olimpo. ¿Quién al son de la lir tebana supo con mayor dulzura recitar versos homér cos, ni acertó en las tablas del teatro á dibujar má artísricas pantomimas? ¡Ah, Roma, Roma, que tant halagué! ¿Por qué me persigues? Dite suntuosas ther mas de mármol griego, y diverti tus noches con inter minables fiestas en las que el Falerno corria á torren tes, las arpas vibraban heridas por los suaves dedos d mis esclavas gaditanas, y el placer gemía lánguid

mente en los brazos del amor. ¿Porque, oh ciudad, te has hecho nido de víboras para quien te cubrió de gloria? Yo soy, yo soy aquel Neron que de un puntapié hizo rodar en la tribuna de las arengas la corona de Armenia que ceñia el soberbio Tiridates; yo soy aquel Neron que considerando indigno de tu grandeza el cerco de tus estrechas y viejas murallas, quiso cambiarlas por un brazo de mar que desde Ostia viniese á rodearte como un ceñidor de plata; yo soy aquel Neron que amigo de tu sosiego dictó leyes para que el estruendo de los carros no desvelase tu sueño; para que la Curia no te atormentase con el embrollado procedimiento de los antiguos litigios; para que los vendedores no envenenasen tu estómago con malos alimentos; y para que la guerra no perturbase uno solo de tus alegres dias. Colgué del templo de Jano la lanza quirina, y con la cítara de siete cuerdas que me enseñó á pulsar el divino Terpnus, cantando las desgracias de Niobe, el heroismo de Hector, y la tragedia de Edipo, logré más altas conquistas que tus feroces héroes, dados sólo á desconcertar la armonía de la vida y á afear la hermosura de la naturaleza. Y sin embargo, Roma, me abandonas! ¡Dioses! Dioses que tanto veneré: ¿por qué os haceis cómplices de tamaña perfidia? Júpiter, á tí dediqué el primer bozo de mi barba, deponiéndolo al pié de tu ara, cerrado en bola de oro; á tí ofrecí mis lauros de Acaya: ¡véngame! Apolo yo te canté en latinos versos, y perfumé tus altares; acude á mi auxilio! ¡Venus; de Casiope te traje corderos más blancos que la nieve alpestre, y de Nápoles flores más perfumadas que los labios de tu Adonis; socórreme! ¡Oh, dioses! Dioses, por quiénes velé fulminando mis iras contra los que ofendían vuestro honor! El Circo Máximo empapado en sangre judía que todo el minio arrojado sobre ella no basta á borrar, y mis jardines de la *Casa Dorada*, donde aún en los árboles quedan calcinados restos de los embreados cuerpos de los cristianos que sirvieron de antorcha para alumbrar las noches en que, rebosando inspiración, bañado de aromas, cubierto de pedrería, al son del celeste canto celebraba vuestra gloria, proclaman cuanto os amó Neron en su fortuna. ¿Por qué, pues, os encuentro sordos á mi desgracia? ¡Ah, no hay sobre la tierra, ni en lo alto del cielo hay quien comprenda lo que vale Neron!

FAON.—César, cálmate; no muerdas así la almohada. Demente pareces.

NERON.—¿Me acriminas, Faon? ¿Tú ingrato también, liberto mío? Porque no empuño la crátera etrusca donde hacias espumar el vino de Cirenaica, ni puedo con una sonrisa derribar la cabeza de tus hombros, me desprecias? ¡Vil mesenio, déjame! Y ven tú, Sporus, mi amado Sporus; tú, mi hermoso mutilado con quien me desposé cuando me aburrieron las frías caricias de las vestales. Ven, reanímame con el calor de tus besos.

SPORUS.—Pedazos de hielo tengo en el pecho. El terror me mata.

NERON.—¿Lloras? ¡Oh¡ ¡mi tierna esposa llora! ¡Cielos! ¡no encuentro quien sepa consolarme! Tú, esclavo escita, forzudo retiario, acércate y dime: ¿por qué estás triste?

ESCLAVO.—Porque ya no imperas en Roma.

NERON.—¿Tanto me amas?

ESCLAVO.—Sí, porque me vengas.

NERON.—¿Crees que soy un gran César?

ESCLAVO.—Creo que eres un monstruo. Por eso me apena tu ruina.

FAON.—*(Con acento de amenaza)*. ¡Escita!

NERON.—Déjale, Faon. Quiero oir la verdad de sus labios. Veamos cuáles son mis crímenes. Esclavo, acúsame.

ESCLAVO.—Cometiste fratricidio atosigando á Británico con los brevajes de la vieja Locusta.

NERON.—Conspiraba contra mi imperio. Fuí benigno.

ESCLAVO.—Hiciste abrir con un puñal el vientre de Agripina.

NERON.—Envenenó á su esposo; se prostituyó públicamente; quiso cohabitar conmigo; tramó conjuración contra mi vida.

ESCLAVO.—Era tu madre.

NERON.—Era un enemigo de Roma. Mi madre es Roma.

ESCLAVO.—Desgarraste las venas de Séneca, tu sabio preceptor, y de Burrho, tu amigo.

NERON.—Libré á la humanidad de dos hipócritas.

ESCLAVO.—Mataste á Lucano, el gran poeta. y á Petronio, el insigne escritor.

NERÓN.—Maté á unos maldicientes.

ESCLAVO.—Ahogaste á Pison, á Ruberio, á Vestino; desangraste á Thraseas, á Corbulon, á Laterano, á Subrio...

NERON.—Rapaz usurero el uno; traidor el otro: todos enemigos del pueblo romano y de mi vida.

ESCLAVO.—¿Y cómo justificarás la muerte de tu esposa Octavia por la cual lograste el cesáreo laurel?

NERON.—Manchó mi tálamo.

ESCLAVO.—Tú lo manchaste con Popea, y, sin embargo de amarla, la reventaste á patadas.

NERON.—De su preñez, no de mis golpes fué culpa el morir. Me irritó. ¿Acaso la cólera es negada á los dioses?

ESCLAVO.—¿Y los cuatrocientos esclavos degollados en el vestíbulo del palacio de Telario?

NERON.—La ley les condenó. Su señor apareció una mañana acribillado de heridas. Debian morir.

ESCLAVO.—Profanaste las vestales; dormiste con las estatuas de las diosas; cambiaste el sexo á Pitágoras y á ese joven Sporus que ahí tiembla despavorido; te cubriste con pieles de bestia para gustar el brutal deleite de Pasifae, te entregaste á merced de las abominaciones de Doriforo, tu marido; paseaste desnudo en tu carroza, rodeado de impúdicas meretrices, cantando eróticas estrofas...

NERON.—¿Y qué? De los dioses lo aprendí. ¿Acaso todos los hombres no gustarían estos placeres si pudiesen? No fuí hipócrita; ¿esto es un crimen? En no ser hipócrita, sólo en esto, me diferencié de mis censores. Sigue.

ESCLAVO.—Confiscaste los bienes de los patricios para enriquecer al artista Monecrates, al mirmilón Espicilus y al cómico Cercopitecus.

NERON. Hábiles artistas, más útiles á Roma que las espadas de los pretorianos siempre codiciosos. Avaro estuve con ellos. Sigue, sigue.

ESCLAVO.—Disipaste los tesoros del imperio, jugando diez mil escudos á cada vuelta de dado; herrando con herraduras de plata y clavos de oro tus caballos, á los cuales echabas avena dorada en sus pesebres de pórfido; tiñendo de escarlata las redes de lino de Canusa con que en tus ceruleos estanques, rodeados de bruñidos jaspes, pescabas las lampreas que iban tus naves á buscar en los mares de Africa y Sicilia; arrojando cada día al fuego el vestido rociado de pedrería que habías llevado la víspera; levantando la *Casa Dorada*, cuyos pórticos inmensos, baños, cámaras, bosques y jardines, muestran en sus paredes, columnas, estatuas y surtidores los resplandores del oro, los matices del nacar-perla, las pálidas tintas del marfil, los centelleos del diamante, las diáfanas vetas del lapiz-lázuli; enviando tus legiones á cazar tigres en Hircania para tus circos, á segar rosas en Alejandría para tus cúpulas y á recoger conchas múrices en las playas de Tiro para purpurar las gasas de tus prostitutas.

NERON.—Los tesoros que dices, esclavo, eran del pueblo romano, y al pueblo romano se los devolví en interminable fiesta. Agradecérseme debe que, lejos de imitar al roñoso Tiberio, que en los sótanos de su palacio de Caprea dejaba enmohecer el oro, que con su peso hacia estallar las arcas de bronce, emplease las riquezas del imperio en ennoblecer la ciudad señora del mundo, y en hacerle gustar las delicias del arte. ¿Tienes más que recordarme?

PEDRO HUGUET Y CAMPAÑÁ

(Concluirá)



Seducción



La Sirena

SUSCRICION
Semestre. . . . 3 Ptas.
Año. . . . . 5'50 id.
Pago en moneda, libranza ó sellos únicamente en la Administración, de 10 á 1 y de 3 á 5.
ESCUDILLERS 5, 7 y 9
Barcelona

Núm 16 ILUSTRACION NON PLUS ULTRA Año I
Barcelona 23 Diciembre 1886

NÚMEROS SUELT
10 céntimos de pes
y 15 los atrasado
De venta en las librer kioscos, vendedores am lantes y puntos de cost bre en
España

Núm. suelto 10 cént. de peseta ✻ Núm. suelto 10 cént. de peseta
Los corresponsales venderán por manos á los vendedores ambulantes.

No se admiten felicitaciones

En forma de felicitaciones, atentatorias á la moralidad de las Musas, cae estos días sobre tres cuartas partes de la humanidad una verdadera lluvia de langosta.

Todo hombre amigo de llevar con escrupulosidad matemática las entradas y salidas de su caja, empieza desde 20 de Diciembre á temblar, como perlático cada vez que suena la campanilla de la puerta de su piso. Las *décimas* se le figuran ganzuas, y los *felicitantes* rateros. La frase sacramental: «*¡Que Vd. las celebre Jelices!*» le causa igual efecto que si le dijeren: «*¡la bolsa ó la vida!*» Porque sabido es que el que no afloja unos cuantos reales al basurero que de en tarde en tarde acude á emporcarle la escalera, al repartidor de periódicos que le gruñe si al fin de mes no le paga la suscrición, al cartero que le trae la correspondencia con retraso, al portero que le murmura, al aguador que le rompe el sueño todas las mañanas, al tabernero que le vende agua de campeche por vino, al carbonero que le moja el carbón, á la criada que le sisa, á la lavandera que le estravía un pañuelo ó una camisa cada mes, al sereno que pasa las noches en un sueño, al vigilante que le hace aguardar al fresco media horita todas las madrugadas, al guardia municipal á quien no conoce ni necesita, al monaguillo de la parroquia que le pone mazas y le echa motes, al aprendiz de droguero que le quita una onza de peso en cada libra, al mozo de café que diariamente le cobra la propina, al barbero que todos los sábados le deja un chirle en el rostro, y hasta al mendigo á quien hace limosna los viernes, ya se sabe, digo, que si á esa gente no se les paga el canon por Navidad, le tienen á uno en jaque todo el año, no perdonando medios de aburrirle y perjudicarle.

Por esto apenas una zambomba avisa con sus roncos gruñidos que estamos en vísperas de Navidad, hay que tentarse los bolsillos y poner el alma en estado de gracia por el peligro que se corre de que nos la arranquen á fuerza de desearnos prosperidades.

¡Qué V. pase buenas Páscuas! dicen todos con sonrisita de conejo al tiempo que tienden ruborosamente la mano. ¡Buen puntapie os pegaria yo, belitres, si no fuese por el mal ver! Porque lo chusco del caso es que me piden aguinaldo individuos que ya recibiría yo por buena suerte igualarlos en dos ochavos; y me lo piden cabalmente cuando el sastre y el patero me apremian para que les pague cuenta, cuando no sé cómo arreglármelas p satisfacer al casero un trimestre de alqui cuando la criada me reclama su mensualid y la Compañía del Gas acaba de cerrarme contador porque le estoy adeudando tres lizas.

En todas las naciones del mundo es usar repartir aguinaldos. Pero la cosa se hace c más moderación que entre nosotros. Se regal múuamente los amigos y parientes, y con e cambio de obsequios resulta una pruder compensación. En España no sucede nada esto. Aquí es preciso regalar á los que más n soban y despellejan durante el año. Dígase esto no es irritante!

Enhorabuena que á los capitalistas, á l hombres de grandes negocios que recojen oro á espuertas, vayan todas las gentes á rec marles aguinaldo. Este para tales sujetos semejante caso no es sino una manera suave restituir á la masa social algo, siquier sea ir nitísimamente pequeño, de lo mucho que van usurpado. Al fin y al cabo, la venida hijo de Dios al mundo, representa el comien de una era de justicia y reparación, de cu programa forma parte principal este aforism «Si quieres salvarte, reparte tus riquezas á pobres, y sígueme.»

Pero pedir dinero á cambio de una feli tación á quien cuenta los reales como elefant blancos, esto si que es el colmo del sarcasn y reclama los rayos del cielo. Yo de mí sé d que por mor de las felicitaciones paso en l Pascuas de Navidad los días más crueles, pu al objeto de que no me timen las escasas p setas que á fuerza de ahorros llego á reur para comprar pavo, me abstengo de entrar el café, de afeitarme, de hacerme embetun las botas, de mandar por el carbonero, de l var mis camisas á la planchadora, de sa á las horas en que sé que he encontrarn con el portero, y de quedarme en casa las h ras en que suelen girar sus visitas los *servia res del vecindario*. A pesar de tantas precauci nes no pude nunca escapar ileso de las garr de mis cariñosos felicitantes. Pero este año e toy decidido á defender mi propiedad con mayor energía, y á que nadie me insulte verso ni en prosa.

Al que me felicite, le descerrajo un tiro. Cc que ¡mucho ojo!

JUDAS TADEO

Historia de una pasión

por

Pedro Huguet y Campañá

(Continuación)

XV

Tal como del cielo que dejan cubierto
informes nublados con negro capuz,
no filtra en el seno sombrío y desierto
ni un rayo de luz,
y mientras se mira la lumbre borrada
del sol que fecunda con su claridad,
eterna la noche parece colgada
en la inmensidad;
Mas luego los vientos benignos soplando
arrancan girones del vil pabellón
que en pos unos de otros ya rotos volando
se van en montón;
Y á trechos el cielo comienza á azularse
y el día clarea su puro arrebol,
y al cabo más que antes ya torna á mostrarse
espléndido el sol,
El sol que radiando sereno ilumina
tras tanta borrasca, tras tanto furor
las mieses taladas, los techos en ruina,
la muerte en redor:
Así los recuerdos de la vida mía
cubrió de hoscas sombras mi duelo mortal,
y dentro del alma ni aun descendía
mi eterno ideal.
Mas fueron los días pasando veloces,
cada uno una sombra llevóse al pasar,
y al fin de mi pena volvieron las voces
de nuevo á sonar.
De velos traidores privada la mente
su imperio sereno cobró la razón,
y entonces fué cuando me ví de repente
sin fé ni ilusión.
La escena del templo luctuosa y horrenda,
en mi fantasía pintada miré,
y el eco que alzara mi queja tremenda
también recordé.
Luisa ceñida de azahar y azucena;
mi pecho ceñido de abrojo cruel;
Luisa más bella que luna serena;
yo henchido de hiel!
Las tardes del bosque; la cita esperada;
las dulces promesas; las horas de amor...
ausente por siempre la gloria soñada;
presente el dolor!
El negro perjurio de un angel caído;
un hombre gozando la infame traición;
y todo un infierno de llamas caído
en mi corazón!

* * *

Con fuerza apenas me sentí bastante
para dejar aquel odioso lecho,
salí á la calle, pálido el semblante,
loca la mente y desolado el pecho.
Sin rumbo fijo como un ebrio andaba
mirando á los transeuntes con fiereza
por si alguno riyese mi torpeza
y en él cebar la rabia que me ahogaba.
Así horas y horas divagué sin tino
no encontrando con quien emplear mi saña:
de la villa salí, perdí el camino,
y la noche pasé en una cabaña.
¡Cuántos proyectos de venganza, aquella
noche rodaron por mi frente loca!
y, desvelado con feroz querella,
cuánta blasfemia vomitó mi boca!
Al fin lloré; lloré por vez primera
con tan sentido afan, y tal ternura,
que sentí con mi llanto la postrera
sombra caer de mi exicial locura.
Hermoso amaneció el siguiente día,
y aunque rendida á la aflicción mi alma,
como en el hueco de una tumba fria,
reinó en mi pecho silenciosa calma.
Con hastio de vida, indiferente
á la fortuna, y á la gloria esquivo,
pensé en el cuadro en que cifré demente
la dicha que á mi anhelo fué incentivo.
Y á destruir lo que era ya un sarcasmo
de mi destino, y un testigo fiero
de mis sueños de amor y de entusiasmo,
me dirigí á la Exposición ligero.

* * *

Llegué: inmensa concurrencia
invadía aquel Museo:
quiso interceptarme el paso
engalonado portero,
la targeta invitatoria
con cortesía pidiéndome.
—¿Cómo así?—yo le pregunto.
—Es que hoy reparten los premios.
—Pues soy un expositor,
y á esa ceremonia vengo,
le dije: y sin más diálogo
resueltamente entré adentro,
quedándose allí el conserje
mirándome con recelo,
mientras que yo la escalera
iba con prisa subiendo.
¡Qué mudanza más profunda
en mis ardientes deseos
se había verificado
en corto espacio de tiempo!
Un mes antes yo esperaba
con delirio aquel momento
en que, la voz del Jurado
dictando fallo severo,
dijese á la corte toda
los artistas de más genio
que en la artística palestra
habían probado su estro;
y entonces me contrariaba
aquel instante supremo,
y hubiera para impedirlo
dado sangre de mi pecho.
Ni esperaba que pudiese
merecer el lauro bello;
sólo el afan de incautarme
del cuadro me daba empeño.
La sala estaba cuajada
de damas y caballeros,
y en los contiguos salones
había grupos dispersos
que con interés marcado
examinaban los lienzos.
Fuíme donde estaba el mio,
ante el cual hallé riendo
seis jóvenes elegantes.
Picóme aquel reir necio,
y para saber qué hablaban
me paré á su espalda quedo.
—Amigos, no cabe duda;
el parecido es portento!
Su mismo rostro, su talle,
sus mismos ojos, su cuello,
sus mismos torneados hombros,
su mano y sus piés pequeños.
¡Vaya, que la marquesita
ha salido buen modelo!
—Se conoce que el pintor
se tomó la cosa á pechos,
porque el tal cuadro, señores,
rebosa de sentimiento.

(Se continuará)



El rio de Almendares



El coro

Los cuatro Enriques

Una noche en que caía el agua como si se desgajasen las cataratas del cielo, la vieja hechicera del bosque de San German oyó que llamaban con violentos golpes en la puerta de su mísera cabaña. Abrió, y encontróse con un caballero que iba á pedirle hospitalidad. Franqueóle la entrada, y á la rojiza luz de su humosa lámpara vió que el huésped era un gallardo mancebo. Pidió éste de comer, y la bruja le sirvió un pedazo de queso y otro trozo de pan negro.

Iba á sentarse el joven á la mesa para dar despacho á su frugal comida, cuando nuevos golpes hicieron retemblar la cabaña. Acudió la vieja á la puerta, y calado de agua entró otro caballero, también joven y apuesto, que venía buscando albergue.

—¡Enrique!—dijo el recienvenido viendo al primer huésped.

—¡Enrique!—contestó èste;—¿tú también aquí?

La hechicera adivinó por la conversación que ambos trabaron que los dos jóvenes formaban parte de la comitiva que habia salido de caza acompañando al rey Carlos IX, á la cual había dispersado la tempestad.

—¡Bruja!—dijo al cabo el recienvenido;—tengo hambre; ¿qué vas á darme que cóma?

—Nada tengo ya,—contestó la vieja.

—Entonces, partiremos la comida, Enrique.

Este hizo un gesto de disgusto al notar el tono resuelto de su compañero, y temeroso de que no se quedase con todo, dijo còn resignación:

—Partámosla.

Sentáronse ambos, y con sus puñales iban á cortar el uno el queso y el otro el pan, cuando por tercera vez llamaron á la puerta.

Y entró otro caballero, como los demás apuesto y joven. Al verle los dos primeros ocultaron apresuradamente bajo la mesa el pan y el queso, y le saludaron diciéndole:

—¡Bien venido, Enrique!

—¡Hola, hola!—exclamó éste observando la acción de sus amigos.—¿Queréis que me quede sin cenar? Pues sabed que traigo un hambre de lobo.

—La cena pertenece al primero que llega; repuso el primer Enrique.

—La cena pertenece al que sabe defenderla mejor; exclamó el segundo.

—La cena pertenece al que sabe conquistarla: rujió el tercero rojo de cólera.

Apenas pronunció estas palabras, cuando el primer Enrique tiró de su puñal y los otros dos de sus espadas. Iban á embestirse, cuando por cuarta vez se oyó golpear la puerta, y luego por cuarta vez penetró un caballero joven y elegante en la cabaña.

Entrar, ver la actitud de los combatientes, desenvaiñar la espada y ponerse arrogantemente al lado del más débil, fué obra de un instante. Atemorizada la vieja, corrió á esconderse. En tanto los aceros chocaban rompiendo cuanto se ponía á su alcance. Se apagó la lámpara, y el combate continuó en la oscuridad. Largo rato duró el ruido de las espadas, hasta que poco á poco fué debilitándose, cesando al fin por completo.

Entonces la vieja se atrevió a salir de su escondrijo. Encendió la lámpara, y vió á los cuatro jóvenes tendidos en el suelo, y cubiertos de heridas. Los fué examinando cuidadosamente uno por uno, y les restañó la sangre. Algunos minutos después, reanimados y repuestos de la fatiga que más que las heridas contribuyó á rendirles, se levantaron, y avergonzándose de lo hecho, dijeron riendo:

—«Cenemos todos en paz y sin odio alguno.

Pero hé aqui que la comida yacía desparramada por el suelo, pisoteada y empapada de sangre. Al verla asi, los cuatro jóvenes quedaron consternados. Mientras tanto la vieja sentada en un rincón de la cabaña, fijaba tenazmente sus amarillos ojos de lechuza en el rostro de sus huéspedes.

—«¡Eh vieja! ¿qué estais mirando? exlamó el primer Enrique que se sintió incomodado por el rayo sutil que se escapaba de aquellas vidriosas pupilas.

—Miro vuestros destinos escritos en vuestras frentes, contestó solemnemente la vieja.

—Dílos; exclamó ásperamente el segundo Enrique.

—Sí; habla, habla, y sepamos: añadieron los otros dos Enriques riendo á carcajada.

La vieja se levantó é irguiendo su encorvado talle, con acento grave dijo:

—Como os habeis reunido los cuatro en esta cabaña, os unireis en un mismo destino; como habeis pisoteado y ensangrentado el pan de la hospitalidad, pisotareis y ensangrentareis el poder que os será dado disfrutar; como habeis destruido y arruinado esta choza, destruireis y arruinareis á Francia; como os habeis herido entre las sombras, perecereis todos cuatro á traición y por muerte violenta.

Los cuatro jóvenes no pudieron resistir una formidable carcajada al escuchar la profecía de la vieja.

Estos cuatro caballeros andando el tiempo fueron los cuatro héroes de la Liga: los dos como jefes de ella; los otros dos como sus enemigos.

El uno, era Enrique de Condé, que murió en San Juan d'Angely, envenenado por su esposa.

El otro, Enrique de Guisa, que murió en Blois, asesinado por los cuarenta y cinco.

El otro, Enrique de Valois, más tarde Enrique III, que murió en Saint-Cloud, asesinado por el clérigo Jacobo Clement.

Y el otro, Enrique de Borbon, conocido en la historia con el nombre de Enrique IV, que murió en París traspasado por el puñal del jesuita Ravaillac.

La profecía de la hechicera se cumplió en todos sus términos.

EPIGRAMA

«¿Por qué no crees en Dios?» llorando un día
me dijo Rosalía,
la niña en cuyo amor yo me recreo;
y al contemplar el llanto
de aquellos ojos que idolatro tanto,
le contesté besándola: ¡Ya creo!

NUESTRAS LÁMINAS

LA SIRENA DEL MEDITERRÁNEO

Así puede llamarse á la garbosa andaluza que, ceñidas las floreadas sayas, terciado el crespo pañuelo de Manila, encajado el breve pié en monísimo chapín, y prendida la sedosa mata de pelo con un rojo clavel, arranca en aquellas calurosas siestas ó deleitosas noches de la vega de Murcia, ó de los jardines de Sevilla, melancólicos sones á la morisca bandurria, y lanza al aire con lánguido y apasionado acento una de esas playeras que tienen toda la cruenta finura de una daga, todo el amargo sabor del llanto, y todas las voluptuosidades del beso.

RÍO ALMENDARES

Esta lámina es copia de una exacta fotografia sacada directamente del precioso paisaje que representa, y que es uno de los más pintorescos de la por tantos titulos hermosisima isla de Cuba.

EL CORO

El célebre pintor F. Wittig no sólo dió pruebas de ser un consumado dibujante y un hábil compositor, al trazar el cuadro cuya es la copia de esta lámina, sino que demostró poseer notables dotes de observador.

Se acercan los días del abuelo, y toda la familia se ha conjurado para darle una sorpresa. El buen anciano fué en sus verdes años un famoso «dilettanti». ¿Qué mejor obsequio, pues, que dedicarle una cantata?

Asi lo decidieron en consejo la hija y los nietos, después de asesorarse con la abuela. Al efecto, cada tarde, mientras el abuelito sale á tomar el sol, Emilia se encierra con sus hijos Gasparito Pepe, Julio, Toñita y Laura, y dale que le das en el piano, ensayando el modo de concertar aquellas voces infantiles. En tanto abuela Petra brinca en sus rodillas al chiquitin de la casa, y la criada se permite de vez en cuando asomar las naricés por el gusto de enterarse de los adelantos de los tiernos cantores.

Es un delicioso cuadro que hace que uno se sienta con ganas de ser abuelo.

Tip Delclós y Bosch, Sta. Mónica, 2. Pasaje.

HISTORIA ORIENTAL

ABANDONO

La luna regaba con su fosforescente cascada de luz las altas pirámides de Menfis, y una brisa gemidora sacudía el velámen de la barca que hendía las verdes olas del Nilo, en tanto que un astroso «fellah» al lento compás del remo, cantaba esta primera estrofa:

El toro salvaje apoderóse de la garza real. Amed era el toro: Maliana la garza. Amed no era creyente, ni le agradaba mover el brazo, sino para herir á la dulce compañera. Mal «fellah.»

Maliana, como el cielo de Egipto, serena y hermosa, y como el limo del Nilo, fértil, engendró tal vez al recibir el beso de una estrella, la flor del desierto, Nemerla. Porque Amed era feo y malvado, y Nemerla bella y dócil, creyóla fruto de crimen. Y no lo era, sino de dolor. Pero Amed se fatigó como nunca se había fatigado, azotando a la pobre Maliana, á la que arrojó moribunda al desierto, con la tierna Nemerla, que lloraba sin comprender su infortunio.»

EN EL DESIERTO

Hendía la barca las verdes aguas del Nilo, y el harapiento fellah, moviendo languidamente los remos, cantó esta segunda estrofa:

—«Arrastrando por la candente arena pudo Maliana llegar á un oasis y salvar la vida que no por ella, sino para la hermosa Nemerla deseaba. Las caravanas que por allí pasaban tenían sed, y Maliana y Nemerla calmaban sus ansias ofreciéndoles cántaros de agua fresca y limpia que estraían de un pozo medio derruido. Y los camelleros y los comerciantes les decían: «Alah os guarde, estrellas del desierto», y les ofrecían dátiles, gomas y ricos collares de coral. Y ellas reían y se tenían por dichosas. La madre mas que la hija. Porque la madre ya no tenía que temblar ante Amed, y era vieja; y la hija á veces miraba el horizonte y suspiraba, porque era joven y muy hermosa.»

LA SEDUCCIÓN

La barca seguía hendiendo las verdes aguas del Nilo, y el fellah cantó esta tercera estrofa:

—«Madre, dijo una vez Nemerla á Maliana: la vida del oasis es monótona y triste. Aquí me consumo y muero.

Y la madre contestó:—«Hija mía; no maldigas el oásis.»

Pero aquel mismo día llegó un joven mercader, y después de beber el agua fresca del pozo derruido, miró á Nemerla y sonrió. Le regaló un velo de púrpura y una gargantilla de corales, y ofreció otra de conchas a Maliana. Y les dijo: «¡Si vieseis que bien os caen esos adornos! Aquí no teneis en que espejaros; llegaos a las orillas del mar, que dista pocas leguas, y os podreis bañar en sus ondas, y recrearos contemplando en ellas reflejada vuestra hermosura.»

Y madre e hija siguieron el consejo del mercader, y se dirigieron al mar, en tanto que una barca bien tripulada hacía rumbo á la orilla.

EL MERCADO DE ESCLAVAS

Seguía hendiendo la barca las verdes aguas del Nilo, y el fellah cantaba la cuarta estrofa:

«La pobre Maliana era vieja y no valía su piel que se fatigasen los remeros del mercader raptor. Murió ahogada. Nemerla era hermosa como la flor del loto, y joven como la gota de rocío antes de salir el sol, y fué conducida al mercado de Tebas. Uno de los proveedores del serrallo del visir vió la casta virgen, y despues de un crudo examen la compró por dos puñados de oro, que embolsó alegre el joven mercader. Nemerla, la de los ojos negros como los subterraneos de las Pirámides, y de corazón ardiente como las arenas del desierto de donde fué arrancada, fué llevada á palacio como el mas rico presente que pudiera ofrecer la adulacion al poderoso Abdallah.

¡Ay, pobre oasis abandonado! ¡Ay, pobre madre desoída! ¡Ay, pobre Nemerla prisionera!

EL SERRALLO

Al lento compas de los remos que sacudían las verdes aguas del Nilo, siguió cantando el fellah esta quinta estrofa:

«Dijo Abdallah al ver a Nemerla: «¡Hermosa esclava es! La perla del Africa me traes, Sulemin. ¡Será toda mía! Caigan sobre ella aromas y aguas olorosas. Vestidla de gasas, y enjoyadla con mis preciados tesoros. Asi quiero verla.»

Y la bañaron y la vistieron, y Abdallah la vió, y se sintió locamente enamorado. Y paseó á Nemerla por el palacio, mostrándole sus maravillas; pero, aunque éstas eran muchas, Nemerla no estaba alegre. Lloraba. Abdallah la besaba en los ojos; pero ella continuaba llorando. De lo cual Abdallah tuvo pesadumbre, y para divertirla ordenó fiestas en que se derrochó mucho dinero, y hasta se derramó sangre.

Pero Nemerla seguía llorando.»

LA FAVORITA

Mientras la barca continuaba deslizándose suavemente por el Nilo, el «fellah» al compas de los remos, entonaba esta sexta estrofa:

«Abdallah, ebrio de amor por la encantadora Nemerla, llegó á olvidar los cuidados del gobierno. Por eso el enojo del sultán se anunció como una tempestad, que adelanta sus amenazas con el mensaje del trueno, y Abdallah tembló. Y tuvo que decidirse á encerrar en su serrallo á la bella esclava, de la cual hasta entonces no se habia separado. Escojió para recreo de Nemerla los más alegres sitios de sus jardines, y para garantía de sus celos los más feroces eunucos de su guardia. Cuando los negocios le daban vagar, bajaba á los jardines á dilatar sus pupilas en las luminosas de la hechicera esclava; y cuando de su lado le apartaban urgencias de Estado, á Nemerla enviaba cantores, que con suaves trovas la encantasen.

Pero el negro eunuco, armado de yagatan y de lanza, no cesaba jamasde espiar todos los movimientos de Nemerla.»

CANCION DE AMOR

Seguía la barca levantando espuma en las aguas del Nilo, y el «fellah» remaba cantando la séptima estrofa:

—«Ráfagas del desierto, ¡quien tuviera vuestras alas! Aunque las requemen las rojas arenas, al menos sois libres, y no yo que muero de empalagosa dulzura. No es esto para mi alma. ¡Yo quiero libertad! Yo quiero amor!»

Tal fué el canto que blandamente murmurado llegó una tarde á oidos de Nemerla, cuando ayudada de su sierva la fiel Azira se disponia á bañar su escultórico cuerpo en las ondas de perfumado lago. Nemerla se estremeció. El eunuco que á lo lejos vigilaba, solo notó que la favorita y su servidora volvian el rostro hacia un grupo de árboles con muestras de curiosidad. Creyó el etíope que habian oido el chillido de alguna ibis sagrada.

Nemerla había visto la ibis que cantara. No se bañó, y aquella noche no durmió.... ni lloró.»

NOSTALGIA

El «fellah» mientras la barca sesgaba la henchida corriente del Nilo, cantaba melancólicamente esta octava estrofa:

«Aquello que tantas veces había buscado Nemerla mirando los lejanos horizontes del oasis, lo acababa de encontrar en los cerrados jardines de Abdallah. Breves notas de canción apasionada, y un pedazo de alquicel signado con sangriento geroglífico, que halló en el lugar de su ordinario retiro, levantaron todas las impetuosidades de la juventud sepultadas hasta entonces en su alma esclava. Amor y libertad! repitió Nemerla, y allá en las misteriosas horas de la tarde cuando las esfinjes escudriñan con sus ojos de granito la inmensa llanura, Nemerla olvidada de Abdallah y de su pompa, se recostaba al pié de gigantescas palmeras y enviaba á su perdido oasis un saludo murmurando. «Amor y libertad!»

EL MUEDZIN

Levantaba el «fellah» los remos sobre las aguas del Nilo, y levantaba al aire la voz, cantando esta novena estrofa:

«Era la hora en que el viajero ve desaparecer, entre los opacos vapores del desierto, las altas palmeras como faros que se extinguen. Era la hora enque el «muedzin» asomando en la alta torre, invoca á los creyentes á rezar la oración de la tarde, anunciándoles que el sol, lámpara de Alah, recoge sus últimos rayos.

Las sombras caían de golpe sobre la tierra de Egipto. En el palacio de Abdallah no se oia otro rumor que el de los surtidores que en anchas albercas de jaspe derramaban cristalinos chorros. El visir estaba gravemente entretenido en arduos asuntos de Estado.

Vibraba en el aire todavía el último estridente clamor del «muedzin» anunciando el término del dia desde erguido minarete, cuando Nemerla, con desasosiego revestido de cautela, bajaba las gradas de pórfido que al jardin conducian.

EL RAPTO

Corria la barca por la superficie del Nilo, y el «fellah» cantaba esta décima estrofa:

«Bajo el enramado kiosko situado al extremo de los jardines de Abdalla, Nemerla y Nassim se entregan á los dulces coloquios del amor. Hermosa y tierna era Nemerla; galan y atrevido Nassim. Ambos apasionados. La suavidad de la noche silenciosa, llena de perfumes y cargada de fosforescentes resplandores, les infunde divinos arrobamientos. Impetuoso Nassim propone á Nemerla una fuga. Al pie del kiosko murmuran mansamente las olas del río, y allá á lo lejos, oculto entre los juncos de la orilla, un batel agüarda á los amantes. Nemerla tiembla, pero Nassim se levanta, imita el graznido de la cigueña, y el batel sale a las aguas avanzando sin ruido. Ya llega. Nassim coge entre sus robustos brazos a su desmayada amante, y se desliza hasta la negra cubierta de la embarcacación. Y resuena entonces un horrible grito. La barca se aleja silenciosa y ligera.»

VENGANZA

Y continuó el «fellah» su canción, entonando esta undécima estrofa:

«Abdallah era bueno, pero amaba mucho. Cuando el jefe de los eunucos le dió cuenta de que Nassim habia saltado los jardines del harem para robar la bella Nemerla, Abdallah rugió como los leones del desierto. Cuando supo que el jefe de los eunucos habia apuñaleado los servidores de Nassim para apoderarse de la barca que éste tenia dispuesta para consumar el rapto, y supo que Nassim estaba cargado de cadenas en una de las torres de la muralla, saltó como un tigre herido y voló á la torre.

Nassim, acurrucado en el fondo de su cárcel, oyó el fuerte estrépito de una puerta que se derribaba. Alzó los ojos y vió al visir. Culebreó algo inflamado por los aires, y sintió Nassim frío en el corazón. El puñal de Abdallah ejercia venganza.—¡Piedad para Nemerla!—exclamó Nassim cayendo de rodillas.»

PERDON

Dió el «fellah» el último impulso á la barca, y cantó:

«Mucho te amé, Nemerla, porque amé en ti por vez primera. Mira este puñal; lleva sangre del infame, y en su corazón ha dejado la punta. Quisiera castigarte como mereces, pero te amo. No temas, no caerá tu cabeza, porque te amo. Pero allá en el mar espera una nave para hacer rumbo a lejanas playas. Allí irás, y contigo el despedazado cadaver de Nassim. Juntos los dos, eternamente juntos, y solos tú y él en la llanura del más inexplorado desierto.» Así dijo Abdallah a Nemerla, mientras ésta, gritaba: ¡Perdón!

¡Oh! ¡que bella estaba Nemerla desesperada! Abdallah la miró, y no pudo resistir el deseo de besarla. La besó, y quedó perdonada. Pero no la besó nunca más. Y Nemerla murió de tristeza. Y cuando murió, lloró Abdallah por vez primera. ¡Gloria á Alah!»

Y acabó el «fellah» su canto, cuando la barca tocaba la orilla, y despuntaban los primeros vislumbres de la aurora.



Asuntos orientales



El viejo verde

SUSCRICION
Semestre. . . 3 Ptas.
Año. . . . . 5'50 id.
Pago en moneda, libranza ó sellos únicamente en la Administración, de 10 á 1 y de 3 á 5.
ESCUDILLERS 5, 7 y 9
Barcelona

Núm. 17 Año I

ILUSTRACION NON PLUS ULTRA

Barcelona 30 Diciembre 1886

NÚMEROS SUELTOS
10 céntimos de peseta y 15 los atrasados.
De venta en las librerías, kioscos, vendedores ambulantes y puntos de costumbre en
España

Núm. suelto 10 cént. de peseta ✱ Núm. suelto 10 cént. de peseta
Los corresponsales venderán por manos á los vendedores ambulantes.

BALANCE

¡Arre allá, desalmado embaucador, sacapotras bellacon, frasco de ruindades. Nerón en los hechos, Maquiávelo en las intenciones, y en el rostro brujo! ¡Arre allá, enemigo del género humano! Bárran con sus escobas tus despojos doscientas lejiones de suegras, y cojan con pinzas tu alma los diablos para hundirla en lo más hondo de las calderas en que se derrite el azúfre, la pez, el vidrio y el plomo.

Como un tirano reinaste; como un tirano fué efímero tu poder; y como un tirano pereces de todos y por todos odiado y maldecido.

Durante 365 días fuiste árbitro de la humanidad; ¡y qué de crímines y acciones feas llevaste á cabo en este periodo! Como hijo de mala raza no podías hacer otra cosa. Descaradamente mentíste, cuando ante el cadáver de tu padre prometiste colmarnos de felicidades sin cuento. ¡Oh año 1886, y que bien te has burlado de nosotros! Esperábamos de tí nuestra ventura, y solo hemos cosechado desastres. Abusaste de nuestra credulidad, como comerciante tramposo; pero no ha de valerte el que te hayas declarado en quiebra, porque ante el Tribunal de la Historia te citamos y emplazamos para que quede eternamente consignada la perversidad de tu conducta.

De seguro que riéndote de amenazas dirás para tu capote: «¡Ahí me las den todas!» No importa, viejo zorro, no importa; ya que no puedes pagar con la piel tus fechorías, porque esa se la vá á llevar el diablo, paga al ménos con la honra si algun resto de ella te sobra, á fin de que sirvas de escarmiento, y no de modelo, á tu sucesor 1887; y puesto que él por el afan de reinar sin pérdida de minuto, no repara en adir tu herencia, cargue con tus responsabilidades y venga obligado á saldar tu pasivo.

Este se reduce á una exorbitante deuda de millones que has despilfarrado, y á una no menos crecida cantidad de esperanzas que nos has defraudado. No quiero apuntar números, por no consignar horrores.

Venus, madre del amor fué tu madrina, pero todo menos amor nos regalaste. Guerras, asolamientos, fieros males, como cantó el poeta, llevaste entre tus brazos, y los repartiste sin tasa entre los cinco continentes del globo. Por su parte Europa te debe entre otros gajes, los terremotos de Italia, la miseria de Irlanda, las asonadas de Bélgica, las crueles tiranías de Rusia, las jugarretas de Alemania y los escándalos de Bulgaria. Y nosotros los españoles que formamos parte de este viejo continente tan favorecido por tus ruindades, te debemos tanto malestar que sería cosa de llenar protocolos el narrarlos siquiera fuese en extracto.

¡Cuantas vidas nos has arrebatado que eran corona de gloria! Cuantos proyectos has frustrado que eran prendas de dichoso porvenir. Cuando viniştes, te recibimos al son de las panderetas y del cuerno marino, regocijados porque creíamos que ibas á segar de raiz la mala hierba que había sembrado en el mundo tu padre 1885 con sus pestes y sus bancarrotas; pero ¡ya ya! Digote que te has lucido. Ahora solo falta que tu hijo 1887 que viene apadrinado por Saturno, Dios malhumurado si los hay, le dé naipe por seguir tus huellas.

Veremos. Por de pronto tu has caido oyendo para tu tormento en las últimas horas de la agonía, como el mundo celebra tus funerales festejando con algazara y estruendo el advenimiento de tu hijo que nos augura grandes mudanzas de fortuna.

¿Será 1887, tan embustero como su padre 1886?

JUDAS TADEO

HISTORIA DE UNA PASIÓ[N]

POR

Pedro Huguet y Campañá

(Continuación)

—¿Y quién sería el Leandro
de esta hermosísima Hero?
—No sería su marido,
porque el marqués está viejo.
—Y mirad que fué ocurrencia,
desposarse el tal mostrenco
con esa blanca paloma
que está reclamando besos!
—Pues cometió el disparate,
que lo pague; yo me alegro.
—¿Quieres decir que la novia...
—A la vista lo tenemos.
Hero y Leandro te lo dicen.
—Y á más que no es un secreto,
que desde que ella es marquesa
no sale nunca á paseo,
ni hay nadie que la haya visto
jamás con los ojos secos.
—Y cuidado que el marido
por ella está hecho un borrego!

—¿Pues cómo no se le ocurre
viajar por el extranjero?
—Bien quiso el pobre diablo;
pero ella bajo el pretesto
de que está enferma, resiste.
—Aquí hay gato por en medio.
—¿Y sabes si hoy ha venido
á la fiesta?—Lo sospecho;
porque el marqués, del Jurado
es, según he leído, miembro.

***

Aquí bruscamente el diálogo
se interrumpió, porque oyendo
el son de la alegre orquesta
que advertía con sus ecos
que el acto iba á dar principio,
de pronto se deshicieron
los grupos, y en una oleada
que me aprisionó en su centro,
fuí arrastrado hasta el salón
con irresistible esfuerzo.

***

Ni ví si era ancha la sala,
ni si su adorno severo,
ni si había mucha gente,
ni sé cómo tomé asiento.
Que zumbaba mucho ruido,
que ardía un calor de infierno,
que brillaban muchas luces,
no bien dentro mi cerebro
ó bien fuera en el espacio,
de esto si que bien me acuerdo.
De todo cuanto acababa
de oir, en mi pensamiento
más que clavados, hundidos,
guardaba estos dos conceptos;
«—¿El vendrá?—Es del Jurado.»
«—¿Ella vendrá?—Lo sospecho.»
Como tigre que ha sentido
un venablo dentro el cuerpo,
y con rabia de vengarse
de su escondido flechero,
mira, escudriña, rastrea,
entre el matorral espeso,
así, poseído de fiebre,
examinaba yo inquieto
si distinguir alcanzaba
entre aquel concurso inmenso,
el contorno graciosísimo,
el perfil, el busto poético,
la sombra tan solamente,
sólo un rizo del cabello,
de aquella mujer divina
ídolo de mis deseos,
tan traidora y tan amada
para mí martirio eterno.
Por más que mil y mil veces
del salón por los estremos
ansioso paseé los ojos,
no acerté con el lucero
cuyos rayos invocaba
para abrasarme con ellos.
«No vino,—pensé;—no vino.»
y en aquel mismo momento
de ira y desesperación
temblando como un poseso,
«Ahí estará su marido,
me dije, y ansío verlo.»
Y clavé la vista torva
en el alzado testero
que ocupaban los jurados.
Aunque me encontraba lejos
no bien lancé allí los ojos,
ví á un hombre enjuto y provecto
en cuyo amarillo rostro
dureza imprimía el ceño,
y de golpe y por instinto
el corazón me dió un vuelco,
y murmuré con voz sorda:
«¡Ese me ha robado el cielo!»
Toda la hiel de mis penas,
todo el odio y el veneno
concentrado en mis entrañas
puse en mis ojos, queriendo
que mis miradas ardientes
lo filtrasen en su pecho.
Alzarme, romper las filas,
al estrado llegar fiero,
y estrangular aquel hombre
entre mis crispados dedos,
¡oh! para mí hubiera sido
la dicha, el placer supremo!
Al fin terminó la fiesta
del aplauso entre el estruendo,
y caballeros y damas
abandonaron sus puestos.
Yo en el mío como estatua
de marmol, sin movimiento
quedé ignorando qué impulso
me retenía allí quieto.
El concurso desfilaba
con bullicioso concierto,
quienes graves platicando,
quienes joviales riendo,
ó prodigando saludos,
ó murmurando requiebros.
Aquella urbana alegría
me causó enojo, y frenético
salí á la calle anheloso
de respirar su aire fresco.
Invadían el arroyo,
larga barrera oponiendo,
cien lujosos carruajes
en espera de sus dueños.
Para aprovechar un punto
en que menguase el trasiego,
en un portal me detuve,
mientras descendía el resto
de la gente por la angosta
escalera del Museo.
Cuando de pronto ¡Dios santo!
¡la ví! ¡la ví! Por mi cuerpo
cruzaron haces de llamas,
vibraron todos mis nervios,
punzadas dolorosísimas
me desgarraron el pecho,
y en tropel como leones
en mi loco pensamiento
se levantaron furiosos
mil adorados recuerdos,
cada uno de ellos llevando
un abismo de deseos.
Era ella! Mi angel! Luisa!
Era ella, sí, con su honesto
ademán, sus ojos garzos,
y su dorado cabello.

(Se continuará)

MISCELANEA

En la Edad Media hubo un juez que se hizo célebre por sus sentencias. Si el acusado era viejo, decía:—Colgadlo, que muchas picardías habrá hecho.

Si el acusado era joven, fallaba:—Colgadlo, que muchas haría.

***

Un fraile que entre las beatas era conocido por el *piquillo de oro,* predicando un día dijo: «Ved de cuanta fuerza, hermanos míos, revistió Dios el brazo de Sanson, que con una quijada de asno pasó á cuchillo á seis mil filisteos.»





El primer día de año nuevo en China

•••⟩═⟨•••

Curiosa por demás es la manera que los hijos del celeste imperio tienen, según cuenta Tin-tun-ling, de celebrar el advenimiento de año nuevo.

Empiezan el día 23 del mes último por colocar en cada ángulo del hogar dos bujías encendidas que llaman *tcho*, y en medio de la sala una copa de plata, *hian-lau*, llena de ceniza, donde arrojan granos de un cierto incienso conocido con el nombre de *sion*, el cual inflamado esparce olorosas emanaciones. Dispuesta así la estancia, los chinos se postran de rodillas y elevan preces al cielo.

Los días 24 y 25 son destinados para la limpia de la casa y la renovación de los muebles deteriorados.

El día 26 todo el mundo compra en gran cantidad frutos, pasteles, *tan-pin* y bolas de arroz pintadas con cinco colores, á saber: rojo, azul, amarillo, verde y negro.

El día 27 lo emplean en ir al campo á cortar las ramas de cipres que han de quemar en el día de año nuevo; en colocar encima de todas las puertas un cartel rojo con estas palabras: *Ta-ki, Ta-li*, que significan felicidad, dicha; en dibujar en los umbrales dos genios que llaman *ta-men;* y en preparar una pasta á la que dan la forma de un racimo de doce granos, en cada uno de los cuales introducen una azufaifa, cociéndolo después con el vapor del agua hirviente.

En los dias 28 y 29 colocan encima de une mesa bien abastecida de toda clase de frutas, un cuadro que contiene el nombre de los individuos de la familia, y encima de este cuadro un pequeño baatón donde están inscritas las palabras *ta-ki-*, *ta-li*.

En la noche del dia 29 cada chino prepara sus ropas de fiesta, y entonces es de ver al resplandor de miles de luces que por todas partes se mueven y brillan, cómo se agita desvelada la población, esquivando el sueño.

A las tres de horas de la madrugada el jefe de la familia vestido con el traje llamado *pauttssé*, coje el pequeño bastón que está encima de la mesa, abre la puerta y lo arroja á la calle. Luego vuelve á entrar en su casa, y tiene lugar la siguiente ceremonia. En medio del patio y encima una tabla hay un cerdo, un pollo asado, y un pequeño frasco, á cuyos lados arden dos bujías. Con un puñado de paja pone fuego á las ramas de ciprés cortadas en la víspera. Cuando se ha apagado la última brasa, tiran dentro el frasco tres pajuelas perfumadas que se consumen lentamente.

Este es el momento de orar. Doblan todos las rodillas, y con el más profundo fervor piden al cielo que les conceda la felicidad, á ellos y á sus amigos.

Terminado el ruego, toman un ligero refrijerio que consiste en comer una pasta llamada *trao-chin*, compuesta de esquisitas viandas. Inmediatamente despues de comer se despiden inclinando la cabeza hasta el suelo, segun costumbre, y se dirije cada uno á su casa.

Entonces empieza la alegría de los muchachos que reciben innumerables regalos consistentes en juguetes, pasteles, naranjas, *ku-tsé*, y monedas de cobre.

Desde el dia primero de año hasta el cinco, continúan las fiestas de familia con nunca interrumpida alegría. A las diez horas de la mañana del dia cinco de Enero, cada habitante sale llevando dentro un cesto ceniza, una bujía y una pajuela perfumada, y en medio de la calle se arrodilla derramando el contenido del cesto, regresando luego á su casa sin volver el rostro. Y con esta ceremonia terminan las fiestas de año nuevo.

NUESTRAS LÁMINAS

EL VIEJO VERDE (*de Bello*)

Nuestro tipo hace recordar las pinturas de Goya, los sainetes de D. Ramón de la Cruz, y las sátiras del Dr. Villarоel. De las Gradas de S. Francisco viene sin duda el averiado pisaverde, á lucir sus gruesos botones y sus hebillas de plata, los pesados dijes de su reloj, el rameado chaleco de seda amarilla, la famosa tabaquera de concha con incrustaciones, la escarolada pechera, el lazo azul que ha puesto hoy á la media, y el bastón de Indias chapeado de plata. Allí se habrá dado el gusto de guiñar á las damas, contorneándose de manera que resultase bien marcado lo flexible de su talle, y la elegancia de sus piernas.

Apostaría que en este momento se dirije á comprar algún cucurucho de caramelitos de nacar para repartirlos esta noche entre las niñas de rebocillo que acuden á la tertulia de que es nuestro hombre asíduo concurrente.

Imp. Delclós y Bosch, Sta. Mónica, 2, Pasaje



LA MUERTE DE UN TIRANO

(*Páginas del Proceso del Despotismo*)



(*Conclusión*)

Esclavo.—Amiga de Roma te apellidas, y la abrasaste con horrible incendio; y mientras las llamas corrían por el monte Esquilino, tú cantabas jónicos versos coronado de jazmines y violetas en lo alto de la torre Mecenas.

Neron.—Esta es mi mayor gloria. ¿Y me vituperas por esto? ¡Imbécil! Los siete cuarteles que devoró el fuego eran siete inmensos albañales, focos de corrupción, sentinas inmundas, asquerosas pocilgas indignas de la grandeza de la ciudad que todos los días recibe en su seno como esclavos reyes que, acostumbrados á las magnificencias del lujo, desdeñan el sol porque brilla menos que el más pequeño diamante de su corona. Tú no sabes, ¡qué has de saber, mísero esclavo adscrito á las húmedas sombras de la gemnonia! tú no sabes que yo, augusto César, á los ediles y á los pretores me humillé hasta pedirles licencia para reformar espléndidamente aquellos hediondos barrios cuya ruina reputas de crueldad, y que pretores y ediles, por no ver derribado su ahumado techo, ó por complacer á los patricios que en aquellas calles tenían fincas en propiedad que les tributaban renta en mengua de la salud y ornato públicos, se opusieron tenazmente á mis deseos! Abrasé á Roma; corrió un mar de fuego; canté épicos versos, sí, y de ello me enorgullezco; porque Roma, la Roma de mis amores, surgió joven y hermosa de entre aquel mar de brasas. Con que, esclavo, enmudece; porque tú tampoco comprendes á Neron. ¡Ni siquiera le comprendes cuando Neron baja hasta la vileza de hablar contigo.

(Neron, en un arranque de despechado orgullo, se envuelve la cabeza con el cobertor de su lecho. Calla el esclavo; Sporus sigue llorando en un rincón; Faon se asoma á una ventana, y el otro esclavo sonríe estúpidamente)

III

Momentos de angustioso silencio. De repente Faon lanza un grito.

Faon.—*(Cerrando violentamente la ventana)*. ¡El mensajero viene! ¡Neron, cobra aliento!

Neron.—¡Cuán tristes penetran los rayos del sol que preceden su llegada! No espero cosa buena.

Sporus.—¡Quién sabe! Júpiter Capitolino siempre te ha sido propicio.

Neron.—Prevenid para mí un caballo, una túnica de lino y una corona de nardos, por si el mensaje es feliz. Cavad una tumba en el patio, y preparad leña para quemar mi cuerpo y agua lustral, por si el mensaje es aciago.

Faon.—Será feliz. Tendrás el caballo, la túnica y la corona.

Neron.—Pero en tanto no descuides la tumba. Ea, esclavos, abrid el hoyo y cortad las ramas, El Capitolio ó la muerte. Ahora va á decidirse nuestro destino, y el destino del mundo. Comenzad.

(Los esclavos precipitadamente agavillan troncos, y cavan una fosa en el patio, la cual cubren con anchas baldosas de mármol).

NERON.—Hé aquí mi último lecho. Ni una urna de barro que recoja mis cenizas: ni una cítara que acompañe el canto del cisne moribundo!

FAON.—Epafrodito llegó.

NERON.—(*Incorporándose en el lecho.*) Entra mi fiel repostero.

EPAFRODITO.—¿Quién de vosotros es Neron? ¿Dónde está el Cesar?

NERON.—¡Ah, ni mis amigos me conocen! El timbre de mi voz celeste, ya que no mi rostro salpicado de lodo y mi blonda cabellera desgreñada, no me descubre?

FAON.—Habla, Epafrodito; ¿qué nuevas traes de Roma? Veo tu semblante, y me espantas.

EPAFRODITO.—El Senado por voto unánime acaba de espedir un decreto condenando al César.

NERON.—¿Y á qué? No te detengas. Mira que me martirizas.

EPAFRODITO.—Al suplicio de los parricidas.

FAON.—(*Con gran lamento.*) ¡Eternos dioses!

NERON.—(*Temblando y con vivísima ansiedad.*) ¿Y qué suplicio es ese? Hablad.

FAON.—Desnudo á la faz de la plebe, sujetarán tu cabeza con un cepo, y te azotarán hasta que convertido en horrorosa llaga espíres.

NERON.—¿Eso yo? ¡Ah! ¡Jamás! ¡Jamás! ¡Maldición sobre Roma! sobre tú Espafrodito, sobre tú Faon, sobre todos vosotros.

(Neron se arroja del lecho, y se revuelca por el suelo mesándose los cabellos, arañándose el rostro y lanzando horribles gritos de desesperación. El eunuco Sporus llora con lastimeros sollozos).

EPAFRODITO.—César, no pierdas el tiempo en inútiles quejas. Huye; ponte en salvo. Alguien al venir aquí te habrá conocido, porque las guardias pretorianas recorren á galope estos campos en persecución tuya para prenderte y llevarte ante el Senado.

NERON.—¡Huir! ¿y á dónde? Mis piés se niegan á sostenerme; mis ojos rechazan la luz. Tengo frío, y tengo miedo. Por vez primera pruebo el sabor de las lágrimas ¡Qué amargas son! ¡Qué amargas! ¡Y qué horrorosa esta agonía! Acortémosla. Muerte, amiga mia, mi bien amada, muéstrate clemente para conmigo. Dadme un puñal.

SPORUS.—(*En ademan suplicante.*) ¡Neron! ¡Neron!

NERON.—Es mi único recurso. No querais que me envilezca viviendo sobre este suelo execrable. Dame tu puñal, galo!

ESCLAVO.—(*Dándole el arma.*) Tómalo. Es largo y afilado: hiere como una lengua de víbora.

NERON.—(*Examinando el puñal con terror.*) Me miro en la tersa lámina de este acero, y veo mis azules ojos cargados de lágrimas. ¡Cuan bello es mi rostro, aún así pálido y alterado! Y bastará que esta fria punta penetre dos pulgadas en mi pecho, para que mi faz se transfigure con las sucias sombras de la muerte; se apague para siempre la luz serena de mis pupilas; se contraiga y torne verdosa mi rosada boca formada para vibrar besos y cánticos! No; yo no puedo resignarme á destruir en mí la obra de arte más perfecta que modelaron los dioses. La muerte es muy fea: es silencio y es negrura. La vida es muy hermosa; es armonía y resplandor. Yo soy artista: yo amo la luz: ¡Quiero vivir! Lejos, lejos de mí este puñal! (*Lo arroja con horror.*)

SPORUS.—Sí, vivamos, Neron, En la clepsidra del tiempo aún no ha caido el último grano de tu existencia.

NERON.—Oh, qué dulcemente hablas, á través de tus gemidos, mi acongojado Sporus! Un hábil músico se debe á la humanidad. Esta garganta que envidiara Filomela no puede ser brutalmente rasgada. Estas blandas manos que saben arrancar tan melodiosos suspiros al arpa, no pueden crisparse en las rabiosas convulsiones de una temprana agonia. Tienes razon: jóven soy, y bello, y cantor sublime. ¡Vivamos!

FAON.—Preciso es que te resuelvas prontamente á huir ocultándote en algún fiero é inexplorado paraje. Aquí no tardarán en hallarte.

EPAFRODITO.—Ni el medio de la fuga le queda Faon. De armas enemigas están erizadas todas las vías. Sólo el suicidio puede librar á Neron de la más villana de las vergüenzas y del más doloroso de los tormentos.

NERON.—(*Gimiendo.*) ¡Moriré! ¡moriré! Ahora: enseguida. Levanta tristísimos lamentos, Sporus; llora, Faon; cantad himnos trájicos, esclavos. Voy á morir. Oiga el eco de mis funerales al desvanecerme en las profundidades de la nada. ¡Pronto! ¡Un puñal á mis manos!

ESCLAVO.—Ahí tienes el mío. Con sangre de hiena lo mojé diez veces. Hiere; el golpe es seguro.

NERON.—(*Dejando caer el puñal que le ofrece el esclavo*). Me siento cobarde. Ea, amigos, esforzadme. Sírvame alguno de vosotros de valeroso ejemplo. Desenvaina tu cuchillo y rásgate las entrañas, Espafrodito. O tú, escita, pártete el corazón con ese hierro. Enseñadme cómo se hace para morir.

ESCLAVO.—(*Recogiendo el puñal y entregándolo á Neron*). Mujercilla pareces, y no César. Dá recio en tu pecho.

NERON.—¡Neron, ten ánimo! Basta de vergonzosas lágrimas. Sporus, mírame.

(Oyese afuera confusa gritería, estruendo de armas y el patear de numerosos caballos que se aproximan).

NERON.—«Trote impetuoso de corceles siento...» (1)

EPAFRODITO.—Es la legión de tus perseguidores que llega para encadenarte y traerte vivo á Roma á ser juguete del populacho.

NERON.—(*Con inmenso terror*). ¿Qué dices? ¿Vivo yo á Roma? ¡No, no! ¡La muerte! ¡La muerte pronto!

FAON.—Acaba; ya relumbran las cimeras sobre las tapias del bardal. Ya invaden los soldados el patio.

(Relinchos de caballos, crujidos de lanzas y ruidosas carcajadas de las cohortes llenan de estruendo la quinta).

NERON.—(*Temblando con el puñal en la mano*). ¡No puedo! ¡no puedo!

FAON.—Que ya suben la escalera. ¡Neron van á cojerte vivo! Aprisa; aprisa; hiérete.

NERON.—(*Llorando*). Tengo el puñal colocado en mi garganta y me escuece su punta. Me faltan valor y fuerzas para hundirlo. Ayúdame.

FAON.—¡Por Júpiter! no seas vil. Ya entran.

NERON.—(*Con espantoso terror*). Ahí está el cuello; ahí está el puñal. ¡Hunde el arma Epafrodito!

(Epafrodito coje rápidamente la mano con que Nerón estrecha el hierro y lo clava en el cuello del Emperador. Este cae bañado en sangre.)

NERON.—¡Oh que artista pierde Roma!

(Faon se cubre la cabeza con el manto: Sporus se desmaya y los esclavos se cruzan de brazos, sonriendo siniestramente. Entra precipitadamente en la estancia el jefe de la legión.)

LEGIONARIO.—¡Neron! ¡Neron! Vengo en tu auxilio. Esclavos, ¿dónde está el César?

ESCLAVO.—¡Miralo!

LEGIONARIO.—¡Malvados! ¿Quién le ha herido?

FAON.—(*Con voz terrible*). La ingratitud de Roma.

(El legionario destroza su manto y restaña con él la sangre que brota de la herida de Nerón.)

LEGIONARIO.—César no te mueras.

NERON.—(*Lanzando un rugido débil, y clavando en el soldado una mirada terrible.*) ¡Ah! ¿eres tú traidor?

LEGIONARIO.—(*Con ansia.*) Roma, te aguarda para aclamarte. ¡Vive ¡Vive!

NERON.—(*Con voz más débil y con mirada más terrible*). ¡Mientes!... ¡Ya es tarde!

(Nerón se aprieta nerviosamente la garganta con las manos, arroja una mirada fulgurante, ronca angustiosamente, y muere.)

LEGIONARIO.—(*Con rabia y pateando el cadáver*). ¡He perdido cien mil sextercios! ¡Histrion! maldito seas!

PEDRO HUGUET Y CAMPAÑÁ.

---

(1) Verso de la «Iliada» de Homero.



MIS NOVIAS

Con la baraja de amor
son seguras mis derrotas,
porque en ella hay cuatro sotas.
si una mala otra peor.

Rosa que es la mas hermosa,
cartucho de dinamita
parece; así es que maldita
la gracia que me hace Rosa.
Y aun ese genio uraño
fuera cosa de aguantar,
si no le ayudase un par
de puños que me hacen daño.
Mujeres tan estremadas
en verdad, me dan temor,
pues que en juego de amor
ellas son «sotas de espadas.»

Lucinda tambien es linda;
tiene unos pies muy pequeños,
unos ojitos risueños,
y una boquita de guinda.
Pero tambien tiene un pero
que para mí un peral es,
baila mucho, y considero
que tiene el juicio en los pies.
Aunque barcase tesoros
arruinaría mi caja,
puesto que de mi baraja
Lucinda es la «sota de oros.»

¿Y que dire de Pepita,
toda salero, en efecto,
pero que tiene el defecto
de espejarse en la cañita?
En entusiasmo le abisma
el dulce humor de la cepa,
y diariamente la Pepa
me levanta cada cisma!...
Cuando revueltas las ropas
la veo que brinca y canta,
me escabullo: ¿Quién aguanta,
señor, tal «sota de copas?

Dolores, de mis amores,
es la mas tierna quizá,
pero tiene una mamá
que me carga de dolores.
Cada vez que entro en su casa
sale á mi encuentro la harpía.
y me dice: V. no pasá
sin ir á la Vicaría.
Doy un abrazo, la vieja
lo ve, y me arroja los trastos:
¡yo no puedo hacer pareja
con esta «sota de bastos!»

En tan aciaga fortuna
no sé que he de hacer de fijo,
si á una de las cuatro elijo,
ó me quedo sin ninguna.

Las cuatro sotas



La marinera

SUSCRICION

Semestre. . 3 Ptas.
Año. . . . . 5'50 id.
Pago en moneda, libranza ó sellos únicamente en la Administración, de 10 á 1 y de 3 á 5.
ESCUDILLERS 5, 7 y 9
Barcelona

Núm. 18

ILUSTRACION NON PLUS ULTRA

Barcelona 5 Enero 1887

Año I

NÚMEROS SU[...]
10 céntimos [...]
y 15 los at[...]
De venta en l[...]
kioscos, vended[...]
lantes y puntos d[...]
bre en
España

Núm. suelto 10 cént. de peseta ⁕ Núm. suelto 10 cént. de peseta

Los corresponsales venderán por manos á los vendedores ambulantes.

UN SUICIDA

Hacía dos meses que se había quedado sin ajuste, y lo que era peor, sin esperanza de conseguirlo, dado lo adelantado de la temporada; hacía una semana que la patrona le había puesto de patitas en la calle só pretexto de que le adeudaba un trimestre de pupilaje; hacía cuatro días que se habían clareado de tal manera sus pantalones, que era poco ménos que un ataque á la honestidad la franqueza con que hablaban por la boca del pingajoso desgarrón; y hacía cuarenta y nueve horas, minuto más, minuto ménos, que en forma de panecillo y sardina había enterrado en su cuerpo los últimos cuatro cuartos que le quedaban de los tres reales y medio que le dió un prendero por una banda de seda bordada de perlas falsas y lentejuelas de oro con que se ataviaba nuestro héroe cada vez que salía á bailar *El turco celoso*, ó *las siete cabezas alcanforadas*.

Un hombre que en tal estado se encuentra, por filósofo que sea, ha de pensar forzosamente en el suicidio; y Pascasio Melenas que no era filósofo, ni mucho ménos, despues de rascar mucho el fondo de sus bolsillos, sin obtener resultado, y de arrojar una mirada á su porvenir, decidió, con irrevocable energía, suicidarse.

La determinación estaba hecha, ¿pero cómo llevarla á cabo? He aquí el problema! Melenas no tenía un cuarto, y ni el boticario, ni el armero, ni el cordelero, habían de regalarle la estrignina, ni el revolwer, ni la soga para ejecutar sus designios. Bien es verdad que podía Melenas recurrir al medio de arrojarse al mar, ó de ponerse bajo las ruedas de una locomotora, pero le arredraba el pensar que así corría dos riesgos; uno, el de que un polizonte, ó un guarda-agujas sorprendiéndole sin darle tiempo de consumar su propósito, le arrimase una paliza; y otro, el de que en vez de acabar con su mísera existencia, saliese del mar, con un catarro por apéndice, ó de los rails, con una pierna hecha añicos, é incapaz de toda pirueta. Por otra parte, aguardar á que el hambre le matase, (aún cuando esta llevaba hecha ya la mitad de la faena), ó romperse el cráneo dándose de cabezadas contra una pared, era cosa demasiadamente dura y lenta, y hasta bastante brutal para un artista de tan refinado gusto como Melenas.

Mohino estaba nuestro hombre, y renegaba de su suerte, que por ser tan menguada ni le permitía el placer de matarse, cuando de repente se pegó una gran palmada sobre la nariz, como queriendo retener en la frente una idea que súbito le brotara, y esclamó con aire de triu[...]

—Moriré con todos los honores de gra[...] hombre, y sin que me cueste un ochavo!

Quien hubiese visto al cabo de tres mese[...] Melenas, de fijo no le hubiera reconocido. A[...] mejillas lacias y verdosas, habían sustitu[...] unos mofletes rubicundos que envidiara más un suizo; su vientre había adquirido una res[...]table redondez; la alegría chispeaba en sus o[...] y cosquilleaba en sus labios en forma de son[...]sa; y el traje raido había sido cambiado [...] otro modesto, pero nuevo y *confortable* de p[...] negro.

En el momento que volvemos á encontr[...] Melenas, está este sentado en una mesa des[...]chando un plato de arroz con pollo, una torti[...] y un pastel de liebre, y rociando cada bocado [...] sendos tragos de vino de Burdeos.

¿Pero de dónde nace esa mutación tan rep[...]tina? preguntará el lector. Le cayó la loterí[...] buen Melenas? ¿Heredó á algún tio de Améri[...] ¿Se casó con alguna viuda rica?

Nada de eso. Melenas come opíparame[...] porque está en capilla, y los Hermanos de[...] Sangre le costean la última cena.

¡Que horror! ¿Melenas en capilla? ¿Luego [...] infeliz se arrojó en brazos del crímen olvidan[...] las leyes de la moral?

No te alborotes, tímido lector, que tampo[...] es nada de eso. Lo que hizo Melenas fué lo [...]guiente. Cuando se daba á todos los diabl[...] porque no acertaba con el medio de matarse gr[...]tis, recordó que quince días antes se había e[...]contrado degolladas dos niñas de trece añ[...] sin que se hubiese podido presumir todavía l[...] móviles de este doble asesinato. «¡Ahora es [...] mía!» pensó Melenas, y se presentó al Juez d[...]nunciándose como autor del crímen, y decl[...]rando que el gusano del remordimiento no [...] permitía mantener por más tiempo oculto [...] terrible secreto.

Túvole al principio por loco el Juez; pero fu[...] tal la insistencia de Melenas, supo con tal art[...] esplicar los detalles del trájico suceso, y los m[...]tivos de lujuria que á emprenderlo le indujero[...] y vinieron tan acreditados los malos inform[...] de Melenas por la patrona que le lanzó de s[...] casa, y por los polizontes que le habían vist[...] rondar vagabundo por las calles, que ya que l[...] médicos dictaminaron que Melenas estaba e[...] su cabal juicio, ya que la torcida cara del pr[...]sunto reo predisponía en contra de su moral[...]dad, ya que la vindicta pública reclamaba di[...]riamente con grande clamor un ejemplar cast[...]

Dije esto con alegría,
tan feroz, con tan violentos
ademanes, y hasta con
tan gárrulo desconcierto,
que todos aquellos jóvenes
antes contra mí resueltos,
reprimieron su furor,
me miraron en silencio,
y después de un breve espacio,
de conferenciar muy quedo,
sin mostrar siquiera enojo
calladamente se fueron.
Y como un sueño lejano
confusamente recuerdo,
que cuanta gente curiosa
había atraído el cebo
del escándalo, dejóme
libre el paso con recelo,
murmurando: «¡Pobre chico!
está loco sin remedio!»

XVI

Y dijeron verdad. ¡Yo era un demente!
Antes lo fuí, cuando al amor pedía
gloria, venturas y placer eterno,
y entonces que el cristal de aquella dicha
en que tanto creía, roto miraba,
volvía en furia mi locura antigua.
Huyó de mí el reposo, y la prudencia
al par me abandonó. Con ansia viva
cuidé saber el domicilio en donde
moraba Luisa, y procuré noticias
indagar de su próspera fortuna,
de su salud, de sus costumbres íntimas,
si vivía feliz, si enamorada
del hombre que usurpóme sus caricias,
si acudía al estruendo de las fiestas,
si a la pompa del lujo se rendía,
ó si lloraba eternamente á solas,
o si á las gentes se mostraba esquiva.
¡Ay! de su suerte á cuantos preguntara
oí palabras por mi daño dichas.
«No sale,— me dijeron,— casi nunca:
su esposo con amor la cuida y mima;
pero ella está muy pálida, y parece
que una secreta enfermedad la mina.»
No tanto yo necesitaba entonces
para encenderme en ansias desmedidas
de verla, hablarla, baldonar airado
su ruin perjurio, mi dolor decirla,
y á sus piés derramar toda mi sangre
para dar un calmante á sus fatigas.
«¡Llora por mí, si llora!» esto me dije;
«de mi presencia Luisa necesita.»
Y juré por los cielos soberanos,
que aún á riesgo de mi alma y de mi vida,
si el mundo se opusiera, y el infierno,
yo en su morada, audaz, penetraría.

(Se continuará)



BALADA

Los vientos bramaban, las nieves herían;
el pobre lloraba, los ricos dormían:
era noche: sonaron las once:
como un alma que al duelo se humana,
lloró la campana
y ¡era de bronce!

Bramaban los vientos, herían las nieves:
se oían lamentos y súplicas breves:
¡ni una puerta giró sobre el gonce!
los que reposaban en cálidos lechos
tenían los pechos
mas duros que el bronce!

EPÍGRAMA



Para motejar á Juan
cierto millonario necio,
díjole con gran desprecio:
«¡No eres más que un ganapán!»
—Es verdad, por Belcebú,
gritó Juan;— de ello me ufano.
gana pan soy, pues lo gano;
por eso no lo eres tú.

LA MENDIGA

Ave arrancada del caliente nido
tendió sus alas y con torpe vuelo
sin rumbo fijo se lanzó al espacio
exhalando gorgeos.
Donde encuentra un rosal allí se para,
sombra buscando en su flexible toldo,
y á refresca sus plumas se detiene
donde encuentra un arroyo,
De envidias y rencores nada sabe,
ni le importan la gloria y las riquezas:
mientras, luz no le falte, ni aire libre,
quién hay más feliz que ella
Vomite el mónstruo de la guerra estragos
brote la sangre y el cañon retumbe;
sólo le apena de la lid, que el humo
la luz del sol le anuble.
Al son de la morisca pandereta
cual ruiseñor canoro el mundo corre.
y es el mundo su patria, y sus hermanos
son pájaros y flores.
Jamás el sueño le enturbió un mañana,
jamás su pecho lastimó un recuerdo;
sólo para ella es vida lo presente,
y su presente es bello.
¿De dó vino? ¿á dó vá? cual es la suerte
que Dios le señaló sobre la tierra.
del cielo de inocencia en que fulgura
cómo caerá la estrella.
Con inmaculada veste irá á la altura
ó, flor tronchada caerá entre el fango
quién sabe si la linda mariposa
será arcángel ó diablo?
En tanto alegre en su pereza canta,
la hermosa niña sin saber de penas:
¡ay pobre ave, si volando rompe
tus alas la tormenta!

JUAN DE SOLÍS.

NUESTRAS LÁMINAS

LA MARINERA

En la chalupa de que es patrón esta linda marinera, ¡cuántos se embarcarían! Sólo arredra el temor de naufragar, porque sería muy fácil con tan dulce compañía perder la cabeza y dar un vuelco como que viéndola solamente en tierra firme y. [illegible] ¡Pero lo que es ganas de embarcarse uno, si que las dá!

LA MENDIGA

Véase la poesía.

EN EL CORRAL

Nuestra joven [illegible] está muy favorecida de la fortuna: hija de [illegible] [illegible] ella misma ha de cuidar de las [illegible], [illegible] muy bien [illegible] verdadero [illegible] de la familia pues en los días de mercado ha de llevar a vender los productos de los cabritos, pavos y palomas.

[illegible] la niña. [illegible] [illegible] puerta del corral [illegible] [illegible] de una caricia.

Imp. [illegible] Sta. Mónica [illegible]



La Mendiga



En el corral

go, el tribunal considerando perfectamente evacuados los informes que aconseja el art. 406 de la ley de Enjuiciamiento, dictó sentencia de muerte contra el famélico bailarín, que en el tiempo que llevaba de cárcel había restaurado con el rancho las fuerzas que perdiera su estómago cuando era ciudadano libre.

Con gran boato y numeroso acompañamiento, y en medio de inmensos espectadores que en son de fiesta acudieron de todos los ángulos de la provincia, subió Melenas al cadalso, cabiéndole el orgullo de verse dibujado en estampas, y cantado en versos, él, que cuando bailaba en el Teatro del Cisne nunca pudo lograr que su nombre figurase en los carteles. A mitad del camino estaba, cuando metiendo por debajo de la hopa la mano en el bolsillo, sacó una carta que entregó á un congregante que por allí cerca andaba, y le dijo:—«Hermano: el último favor que le pido, es que eche ahora mismo esta carta en el buzón de ahí enfrente.»

Cojió el papel el congregante, (que por señas había servido en el ejército de D. Cárlos como recaudador de contribuciones durante la última guerra), y rompiendo por entre la multitud fué á cumplir el encargo de nuestro bailarín. Melenas lo vió, y sonrió.

Cinco minutos después Melenas hacía su postrera mueca en el patíbulo. Los manes de las jóvenes degolladas quedaban vengadas. La vindicta pública satisfecha. El órden social asegurado.

. . . .

A la mañana siguiente el Magistrado que dictó la sentencia condenando á Melenas, leía despavorido las siguientes líneas: «Sr. Magistrado: Así sé yo de las niñas degolladas como V. de mi tatarabuelo. Necesitaba matarme, y no sabía con qué. Me acordé de nuestras leyes, y calculé que ellas podrían servir á mi objeto mejor que el veneno que pensaba suministrarme. No me engañé. A ellas, y á V. que tan bién ha sabido interpretarlas, debo la satisfacción de morir cómodamente, sin costarme un cuarto, y ahito de jamón en dulce que nunca en mi vida había probado, y con el orgullo de dejar mi nombre escrito en nuestros anales pátrios. Mil gracias por todo. Apresúrese á mandar, si algo se le ocurre, á su afectísimo condenado—Pascasio Melenas.»

Judas Tadeo.

Historia de una pasión

por

Pedro Huguet y Campañá

(Continuación)

De aquel hombre, á quien el odio
por ignorado misterio
me indicó como causante
de mi destino funesto,
languidamente apoyada
andaba en el brazo diestro,
la que mía ser debiera
si fueran justos los cielos.
Hacia mí se iba acercando
con paso menudo y lento,
y á medida que acortaba
la distancia, frío horrendo
el corazón me invadía,
y se nublaba el cerebro.
Cerré con fuerza los ojos
por no verla, como el reo
los aparta con espanto
del lugar de su tormento.
Ya de su flotante falda
oía el crujir ligero:
ya llegaba su perfume
de mi corazón adentro:
ya de su respirar blando
notaba el leve aleteo...
Un débil roce sentí,
y temblé como del cierzo
combatida tiembla la hoja.
De repente, agudo y seco,
cerca, muy cerca de mí,
oí un grito lastimero.
Galvánica convulsión
me arrancó de aquel funesto
marasmo: desatentado
miré en torno con anhelo,
y ¡ay de mí! desvanecida,
vidriosos los ojos bellos,
y el rostro blanco y rosado
de palideces cubierto,
vi á Luisa, á mi amada Luisa,
al Sol de mi amor eterno!
Hacia ella volé impetuoso
como poseído de un vértigo.
las gentes amotinadas
alcanzarla me empidieron:
y subida en el carruaje
que aguardaba su regreso,
en veloz trote arrancaron
los nobles potros soberbios.
En olas, cual no las tiene
más amargas en su seno
el mar, subió á mi garganta
sangre que sobraba al pecho.
Rugí, rugí como un tigre:
lancé una blasfemia al cielo!
Entonces á mis espaldas
oí que con ruin acento
de mofa, una voz decía:
—«¿Buscabais á Leandro? Vedlo!
Como una sierpe pisada
se eriza, así revolviéndome,
un rápido semicírculo
describió mi brazo diestro,
y en la faz del mofador
chasqueó con fuerte estrépito.
¡Qué tumulto! ¡Qué alboroto!
¡qué cólera! y ¡qué improperios
provocó mi acción airada!
De ira el ofendido, trémulo,
me dijo: —«¿Esta vil afrenta?...»
—La sostengo, la sostengo! —
contesté con arrebato.
—Pues ya conoce V. el medio
de mantener lo que dice.
—¡Qué! Me propone V. un reto?
Pues ahora mismo! Ahora mismo!
Si cabalmente deseo
tener alguien frente á frente,
ó villano ó caballero,
que me resista; que no huya;
que me odie con odio inmenso;
que de ocasión á que explaye
el furor en que me quemo,
que me mate, ó me permita
rasgar á trozos su pecho.
Y vamos; que ya me tarda!
Y vamos, que ya harto espero!»

MARGARITA DE FRANCIA

Esta princesa, á quien sus contemporáneos llamaban «Margot», y la posteridad conoce con el nombre de «Reina Margarita de Navarra», fué hija de Enrique II, naciendo en París el año 1552. A los 20 años casóse con el príncipe de Bearn, que más tarde empuñó el cetro de Francia con el nombre de Enrique IV. Por los mismos días en que se celebraron sus bodas, tuvo lugar la espantosa matanza de los hugonotes, conocida con el nombre de «Noche de San Bartolomé», habiendo sido señalada Margarita como una de las víctimas que debían ser inmoladas. Vivió en continua disidencia con su esposo. Separóse de Enrique, y rodeada de una fama no envidiable y colmada de deudas, se avino al divorcio mediante una buena pensión. A pesar de su disipación tenía sumo gusto literario, habiendo escrito algunas obras no despreciables.

CATALINA DE MÉDICIS

La esposa de Enrique II de Francia, hija única de Lorenzo, duque de Urbino, y sobrina del Papa Clemente VII, nació en Florencia en 1519. Casóse en Marsella en 1533. Fué tan maestra en el arte del disimulo, que supo vivir en buena armonía con la duquesa de Etampes querida de su suegro el rey Francisco I, y con Diana de Poitiers, manceba de su esposo. Falleció Enrique II dejando en la menor edad á su heredero Carlos IX, y la regencia del reino á la astuta Catalina. Con su hábil política mantuvo constantemente en guerra á las casas de Borbón y de Lorena, logrando que se destrozas en estos poderosos rivales que hacian sombra á la corona de Francia. Dueña de la voluntad de su hijo, ella fué la inspiradora de aquella horrible matanza de protestantes que se conoce en la historia con el nombre de «Noche de San Bartolomé.» Murió en 1589.

NINON DE LENCLOS

Una de las más famosas bellezas ha sido la de Ana de Lenclós, llamada Ninon, nacida en 1616 en París. Huérfana á los 15 años, dueña de su destino, y con una fortuna de 10.000 libras, se entregó con todo el ardor de su alma á ilustrar su talento y á perfeccionar su espíritu. Tantos eran los encantos que la rodeaban, que su casa fué el punto de reunión de las eminencias parisienses. Inconstante en sus amorios tuvo por adoradores á Coligny, Conté, Sevigné, Rochefoucauld, Scarron, Molicre, Fontanelle, etc., etc. Murió á la edad de 90 años, habiendo conservado hasta el fin de su vida tantos atractivos que todavía inspiró más de una pasión violenta.

Lo que ha contribuido sobremanera á perpetuar el nombre de Ninon, son las anécdotas y frases que de ella nos quedan y sus célebres cartas, salvadas la mayor parte del olvido por Voltaire, que le profesaba admiración y respeto.

CATALINA II DE RUSIA

Nació en Stettin en 1729. Casóse en 1745 con Carlos, duque de Holstein, sobrino de la emperatriz Isabel. El caracter salvaje del duque, inclinó á Catalina á buscar distracción en los estudios serios, y en algunas galantes aventuras. Muerta la emperatriz Isabel, subió el duque de Holstein al trono ruso, con el nombre de Pedro III. No tardó en enagenarse las simpatías de los grandes dignatarios, que formaron una conspiración, en la que perdió la corona y la vida. Entonces fué proclamada Catalina, cuya consagración tuvo lugar en Moscou en 1762. Dió grande impulso á la agricultura, á la industria, á la marina. Fundó numerosos establecimientos de beneficencia; introdujo notables reformas en la legislación. Fué árbitra de Polonia; derrotó la Turquía; los filósofos y escritores más eminentes de Europa buscaron su amistad; y los reyes sus consejos. Después de un brillante reinado y de una vida llena de originalísimos sucesos, murió en 17 de Noviembre de 1796, dejando escritas varias obras.

MARÍA ESTUARDO

Desdichadísima princesa nacida en el castillo de Linlithgow en 1542. Sucedió desde la cuna á su padre Jacobo V en el trono de Escocia. Tenía cinco años cuando Enrique VIII de Inglaterra pidió su mano para su heredero Eduardo, pero contrajo esponsales con Francisco II de Francia con quien se casó á la edad de 16 años. Habiendo quedado vacante la corona de Inglaterra, la pretendió contra la soberbia Isabel que la detentaba con menos derechos. Desafiando una peligrosa travesia se dirigió á Escocia, donde la recibieron sus súbditos con trasportes de entusiasmo. Viuda ya, casóse con su primo Enrique Darnley, el más hermoso joven del reino. Oyendo consejos de oscuros intrigantes, fomentando con su exagerado celo católico los rencores de los calvinistas, y perturbando la corte con sus galanterias con el músico Rizzio, se enagenó las simpatías de poderosos nobles, y fué á buscar un asilo en Inglaterra. Su rival Isabel la encarceló, y dispuso las cosas de suerte, que un tribunal vendido á su influencia la sentenció á muerte después de diez y ocho años de cautiverio. En 18 Febrero de 1587 el verdugo cortó la cabeza más hermosa de su tiempo.

MARQUESA DE POMPADOUR

De un carnicero de los Inválidos, malversador de fondos, nació en 1722 esta dama, que por su hermosura y talento, después de llamarse Juana Poisson, llegó á ser marquesa de Pompadour. Casóse con el sobrino de un general, pero llena de ambición y segura de sus gracias, encontró medio de que la viese el lascivo Luis XV, cuando acababa de morirse la duquesa de Chateauroux; habló con él en un baile que se dió en el Hotel de Ville, á esta conversación siguieron otras más íntimas, y pronto se convenció el rey de que no le era posible vivir sin su nueva querida. Tuvo habitación en palacio, título nobiliario y una pensión de 240.000 francos. Gobernó despóticamente la voluntad del soberano, pero su influencia sirvió para enaltecer los sabios y escritores y abatir á los jesuitas.

Después de veinte años de favoritismo, murió en Versalles en 1764.

ARQUÍMEDES

Este notable matemático vió la luz en Siracusa en el siglo III antes de J. C. Como pariente del monarca Ibieron, tomó partido contra las tropas romanas, que, mandadas por el cónsul Marcelo, sitiaron la ciudad y consiguió abrasar la primera flota por medio de los «espejos ustorios,» que eran una especie de enormes lentes convergentes que reunian en un solo punto ó foco muchos haces de luz solar. Estando en el baño, logró descubrir una fórmula, merced á la cual pudo precisar la liga de plata que en una corona real, que hubiera debido ser toda de oro, había puesto el artífice, y entusiasmado con su descubrimiento salió en cueros por las calles, gritando: «¡Eureka!» «¡Eureka!» es decir: «¡Lo encontré!» «¡Lo encontré!» El cónsul Marcelo tomó al fin á Siracusa, y uno de sus soldados dió muerte al famoso matemático, no obstante de rogarle éste que le dejase acabar la resolución de un problema.

GALILEO

El inventor de los termómetros, de los telescopios y del compás militar, nació en Pisa en 1564 y murió en 1642. Recibió una educación esmerada, comenzando el estudio de la medicina, que dejó por el de las matemáticas, en las que hizo notables progresos, demostrándolo, no solo con los descubrimientos citados, sino también con los de las leyes que rigen el movimiento oscilatorio y la caida de los cuerpos, y construyendo varias máquinas. Nombrado catedrático de matemáticas vitalicio por el Senado de Venecia, renunció al cargo y pasó á Florencia, á instancias del gran duque de Toscana, comenzando entonces sus persecuciones por la inquisición, que consideró herética su teoría sobre el movimiento de la tierra. El ilustre sabio, que contaba más de setenta años, tras larga prisión, y obligado á retractarse, lanzó la exclamación célebre: «Y sin embargo se mueve,» sosteniendo así las doctrinas de Copérnico.

WATT

Nació en 1736 en Greenock (Escocia). En 1754 le enviaron á Londres, colocándole de aprendiz en casa de un hábil fabricante de instrumentos matemáticos, de cuya casa hubo de salir por falta de salud. Luego entró en la Universidad de Glascow, que le nombró su fabricante de instrumentos de matemáticas, cargo que ejerció muchos años. Se ha supuesto que viendo hervir el agua de una caldera, y observando cómo se levantaba la tapa de ésta, inventó la máquina de vapor; pero es lo cierto que su verdadero mérito consiste en haber ideado importantísimas mejoras en la máquina de vapor inventada ya por Newcommen y Crawley, y entre ellas el «Condensador,» que aun hoy se usa.

Murió en 1815, á los 84 años de edad, disfrutando grandes riquezas y la consideración general por sus inventos.

JULIÁN GAYARRE

Nació en Pamplona de una humilde familia, y en su niñez desempeñó él mismo el oficio de herrero, del cual le sacó su vocación artística; fué alumno del Conservatorio de Madrid y discípulo del maestro D. Lázaro Puig, marchando luego á Italia á concluir sus estudios. En 1870 se presentó á cantar en Milan en el teatro de Lazcano, y nadie entonces hubiera adivinado en él, no por falta de voz, sino por escasez de arte, á la eminencia lírica á quien nadie disputa ya el dictado de primer tenor del mundo.

España puede estar orgullosa de tener un hijo que como artista y como caballero la honra tanto como Julián Gayarre, el sublime intérprete de Fernando, de Vasco, de Fausto y de Genaro, al mismo tiempo que noble protector del país navarro.

GONZALO DE CÓRDOBA

«El Gran Capitán», el vencedor de los franceses en Cerinola y Garellano y otros mil combates, el que ganó para la corona de España cien ciudades y un reino floreciente, nació en Montilla, pueblo inmediato á Córdoba en 1453. Dedicado desde niño á la carrera de la milicia, en España, en Francia, en Nápoles, en todas partes, llevó consigo la victoria, lo cual no impidió que Fernando el Católico, no obstante la nunca desmentida lealtad de Gonzalo, le mirase con temor y envidia y le pidiese la cuenta de las sumas que había recibido. Gonzalo presentó «las cuentas del Gran Capitán», que comenzaban: «200.736 ducados y nueve reales en frailes, monjas y pobres para que rogasen á Dios por la prosperidad de las armas del Rey—700.494 ducados en espías» y acababan con una suma por la paciencia de sufrir que el Rey le pidiese cuentas. Víctima del enojo real, murió desterrado en Granada en Diciembre de 1515.

LESSEPS

Fernando Lesseps es uno de los hombres ilustres de quienes Francia puede estar más orgullosa, pues parece llamado por misión providencial á verificar una revolución en el mapa-mundi. Después de haber perforado el istmo de Suez, obra gigantesca admiración de nuestro siglo y que tan grandes resultados ha producido al comercio de ambos mundos, se halla actualmente empeñado en otra empresa no menos colosal, la de convertir en canal el istmo de Panamá, que une las dos Américas, del norte y del sur, y proyecta otra obra de resultados tan fecundos como las dos enunciadas: la de convertir el desierto de Sahara en mar interior que facilite las comunicaciones y evite los peligros que ofrece aquella inmensa superficie arenosa para las caravanas que hoy se arriesgan á atravesarla.


ARQUIMEDES
GALILEO,
WAT.
GAYARRE
GONZALO DE CORDOBA
LESSEPS


NON PLUS ULTRA

SUSCRICION
Semestre. . 3 Ptas.
Año. . . . . 5'50 id.
Pago en moneda, libranza ó sellos únicamente en la Administración, de 10 á 1 y de 3 á 5.
ESCUDILLERS 5, 7 y 9
Barcelona

Núm. 19 — ILUSTRACION NON PLUS ULTRA — Año I
Barcelona 13 Enero 1887

NÚMEROS SUELTOS
10 céntimos de peseta y 15 los atrasados.
De venta en las librerías, kioscos, vendedores ambulantes y puntos de costumbre en
España

Núm. suelto 10 cént. de peseta ⁕ Núm. suelto 10 cént. de peseta
Los corresponsales venderán por manos á los vendedores ambulantes.

FILOSOFIA SOCIAL

(APUNTES)

I
EL TRABAJO

La economía no es en manera alguna la base de la riqueza. La base de la riqueza es el trabajo. El hombre trabajador es forzosamente económico.

El que es amigo del trabajo dedica á sus negocios todo el tiempo que le queda disponible, y no *malgasta* el tiempo en *malgastar* dinero.

El hombre verdaderamente laborioso no deja jamás el trabajo: puede decirse que cuando descansa se *prepara* para emprender con mayores fuerzas sus tareas.

El trabajo es la virtud más recompensada y generalmente la fuente de las demás virtudes.

El hombre que se acostumbra al trabajo es casi siempre feliz, sus ocupaciones le distraen y hasta llegan algunas veces á servirle de diversión.

El perezoso, por el contrario, sufre en el trabajo y fuera de él. En sus pasatiempos no goza nunca completamente; el recuerdo de que ha de volver á trabajar se lo impide.

II
LA AVARICIA

Preferiría mucho más ser ciego que avaro.

La avaricia es entre todas las enfermedades morales, la que causa más sufrimientos; el avaro sufre por el presente, por el pasado y por el futuro.

Si el avaro, á fuerza de serlo, acabara por no tener necesidades, llegaría á conformarse con su suerte como los ciegos, pero como por avaro que sea ha de comer, vestir y satisfacer un sin fin de obligaciones imprescindibles, es siempre la primera víctima de su pasión.

Entre todos los hombres viciosos el avaro es el que más ejerce su pasión. El avaro es avaro todos los días del año, á todas horas y en todas ocasiones.

Hablando de la avaricia dice Descuret: «Las demás pasiones pueden ser excusadas por algunas cualidades; pero la avaricia destruye todas las virtudes y puede arrastrar á todos los crímenes.

El avaro es un sér cien veces más perjudicial á la sociedad de lo que á primera vista parece; al hombre que llega á creer que vale ménos que sus riquezas, es decir el avaro, nada le detiene con tal de conservar y aumentar lo que posee.

III
LOS ENEMIGOS DEL POBRE

La pobreza trae consigo un sin fin de calamidades que siendo un efecto en un principio, son despues la causa de que el pobre no salga de su estado. El desórden es una de ellas.

Nada hay tan caro como el ser pobre.

El hombre que tiene dinero puede satisfacer sus necesidades no gastando en ello más que dinero. Al pobre estas necesidades le cuestan muchas otras cosas; si alguna vez con solo dinero puede satisfacerlas, ha de pagarlas más que los ricos.

El desórden de hoy origina el desórden de mañana.

Amor propio.

El amor propio lo mismo es causa de lo bueno que de lo malo. ¡Cuántos males nos ahorraríamos si supiéramos distinguir la dignidad de la vanidad!

La vanidad mantiene en su miseria á la mayor parte de los pobres.

Puede decirse que se queda con la mitad de su fortuna, el que al perderla toda pierde con ella el orgullo.

IV
EL MATRIMONIO

Querido sobrino:

«Antes no te cases mira lo que haces.» dice el refran, porque con el matrimonio el hombre se entrega á los ángeles ó á los diablos.

Debes considerar que no solo escoges esposa para tí sino también madre para tus hijos.

Aunque tu reunes lo que el hombre necesita para casarse, esto no te bastará en manera alguna para ser feliz. En la felicidad conyugal puede tanto la mujer como el marido.

Tú podrás aumentar las virtudes de tu esposa si ella es buena; pero si ha recibido mala educación tus esfuerzos serán inútiles.

Vas á emprender un viaje muy largo en cuya travesía experimentarás grandes tempestades. Esto no debe asustarte; tras de la tempestad viene la calma.

La tranquilidad en que vive raras veces el hombre sin familia, es la calma que experimenta un buque sumergido.

En medio de tus disgustos, alguna vez el recuerdo de la familia aumentará tus desgracias

y en otras ocasiones un beso de tus hijos consolará todas tus penas.

Hay muchísimos matrimonios desgraciados porque hay pocos hombres felices. La infelicidad está en nuestro modo de ser que dulcifica el matrimonio.

«La felicidad es una fantasma que vá huyendo delante de nosotros; solo nos deja ver el polvo que levantan sus piés.»

V

LAS PASIONES

Según algunos autores, las pasiones se llaman tales porque el hombre no se las dá, sinó que las recibe, está sometido á su acción y desempeña por lo tanto un papel pasivo.

Esto no es cierto. El hombre sano de entendimiento no pierde nunca su libre albedrío, se dice y se repite como disculpa pero nó siempre el triunfo de la mayoría es el triunfo de la verdad.

Dice Rousseau: «Todas las pasiones son buenas cuando uno es dueño de ellas; y son malas cuando nos esclavizan.»

Nada hay bueno en el hombre si no está dictado y sancionado por la razón. Los enemigos de la razón son las pasiones.

Las pasiones son buenas cuando no son pasiones y cuando lo son son malas.

VI

LOS POBRES

Generalmente llamamos pobres á los que tienen pocas necesidades. Los pobres son los que no pueden satisfacerlas.

Cuanto mayor es el déficit, mayor es la pobreza; de manera que los pobres más pobres se encuentran entre los ricos.

Hay pobres de cuatro reales diarios, de diez reales, de veinte, de doscientos, de mil, etc., etc... Hay muchos pobres que gastan coche.

Podemos enriquecernos de dos maneras: disminuyendo nuestras necesidades y aumentando los ingresos.

En el primer caso adquirimos un capital que no perderemos jamás, suceda lo que suceda. En el segundo caso no somos ricos; lo estamos.

Un escritor moderno ha dicho, que el hombre para ser hombre debe plantar un árbol, escribir un libro y educar un hijo.

Para ser hombre, es preciso haber sido pobre algún tiempo.

ALBERTO LLANAS.



HISTORIA DE UNA PASIÓN

POR

Pedro Huguet y Campañá



(Continuación)

X...

Como el pobre marino que siente
hundirse la nave debajo sus piés,
y buscando un escollo eminente
escudriña con ansia creciente
el torvo horizonte—de la onda á traves.

Todo el dia así yo agonizante
mirando perdida—mi bella ilusión,
para dar á mi duelo un calmante,
de la casa de Luisa delante
alzaba mis ojos—al ancho balcón.

Siempre caída la blanca cortina!...
Jamás la silueta—de un busto detrás!...
como el náufrago envuelto en neblina
que no alcanzaba una playa vecina,
vacío y silencio—yo hallaba no mas!

El temor que la sangre envenena
funestos eventos—me hacía augurar;
y el dolor con sus uñas de hiena
redoblando inclemente mi pena
me daba congojas,—me hacía temblar.

Cuatro, cinco y seis horas pasaron ..
¡Oh cuán espantoso—su lento correr!
En cada una cien años volaron...
y sus garras de buitre robaron
á mi alma pedazos,—vigor á mi ser.

Yo quería que mi pensamiento
como ala de un ave—golpease el cristal,
y lograr que en su golpe violento
tras el ancho balcón al momento
Luisa asomase—su faz celestial.

Yo quería ser átomo leve,
burbuja impalpable,—polvillo ruín,
y en un rayo de luz el más breve
penetrar á escondidas aleve
de Luisa en el áureo—fatal camarín.

Qué aguardaba allí en pié? Aun lo ignoro:
lo que hice en la calle—de fijo no sé:
ah! tal vez con el mísero lloro
que vertía de mi honra en desdoro,
de algún transeunte—la risa excité.

El sol iba al ocaso;
las sombas se agolpaban;
las nubes galopaban
subiendo al cielo azul,
y el viento revoltoso
que allá las impelía
rasgándolas tejía
un tenebroso tul;

El tul de las borrascas,
el tul que audaz se ensancha
cual tétrica avalancha
rodando sin parar,
manchando el firmamento,
sorbiendo en su negrura
la luz y la hermosura
de todo luminar.

Oíanse lejanos
rumores de tormenta:
la tarde amarillenta
huía con pavor:
cruzaban por los aires
las aves aturdidas:
mil hojas desprendidas
volaban en redor.

Barría airado el ábrego
las calles ya desiertas,
las entornadas puertas
moviendo sin piedad,
y gruesas frias gotas
golpeaban los cristales
llevando las señales
de recia tempestad.

Ya restallaba el trueno
su látigo crujiente,
ya el cielo era un torrente
volcando su raudal,
cuando me dió el palacio
en que vivía Luisa,
buscándolo sin prisa,
refujio en su portal.

(Se continuará)




A. Casanovas

MISCELANEA

Iba un sujeto á cuerpo gentil en cruda noche de invierno.

—¿Pero cómo va V. así con este tiempo? ¿No tiene V. frío?

—Lo que no tengo es capa,—contestó el pobre diablo soplándose los dedos.

—¿Sabe V. que no encuentro sombrero para mí en ninguna tienda?

—¿Tan grande tiene V. la cabeza?

—No; sino que yo pido un sombrero al fiado.

Un marido regordete y mofletudo que viajaba en diligencia con su cara mitad, joven graciosa, se deshacía en cumplimientos con ella.

—Dime, monona, ¿vas bien? ¿tienes frío? ¿te incomoda el aire de las ventanillas?

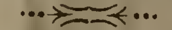
—No, Gregorio, no; voy perfectamente.

—Pues entonces, hija mía, quítate de ahí; porque es bien que yo participe de esa comodidad.

Se trata de un marido que ha envenenado á su mujer. Está confeso y convicto del crimen, y el fiscal pide contra el reo la pena de muerte.

Sin embargo el defensor se opone, diciendo: —Señores, ese hombre no ha hecho más que administrar una fuerte dósis de láudano á su mujer. Pido, por lo tanto, que se le condene solamente por haber ejercido ilegalmente la profesión de médico.

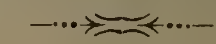
QUIERO Á LAS DOS



Pues señor, de buena gana
hiciera el amor á Juana
pues me gusta y es bonita,
¡pero es tan guapa su hermana!
¡es tan hermosa Rosita!
Nada nada; me decido,
Rosita es la más hermosa
y á Rosita amor le pido...
¡pero como echo al olvido
á la Juanita por Rosa!
Es Juanita una morena
tan mona tan resalada
y sobre todo ¡tan buena!
¡tan generosa, que... nada
la Juanita me enagena,
Pero y ¿cómo no querer
á Rosa, tan rubia y pura?
si es un ángel, no es muger.
hay en ella una dulzura
¡vamos que es lo que hay que ver!
¡Qué indecisiones! ¡ay Dios!
de Rosita y Juana en pos
por ambas pierdo la calma
y robadas vida y alma
me tienen ambas á dos.
No vacilo mas y pues
por ambas tengo interés
aunque se salga de regla
la cosa, pronto se arregla
con una regla de tres,
Así pues, desde mañana
¡qué vida tan deliciosa!
¡qué dicha tan sobrehumana!
cuando no la Juana, Rosa,
cuando no la Rosa, Juana.

VENTURA MAYORGA.

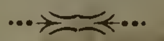
EL ÁNGEL DE LA GUARDA



Dicen que cuando lóbrega la noche
al mundo envuelve con su inmensa gasa;
cuando los ecos de oración ferviente
por los espacios vagan;
Cuando se alzan neblinas y rumores
del seno de los bosques y montañas;
cuando rasga los velos del silencio
llorando la campana,
Despidiendo dulcísima sonrisa
espíritu de luz del cielo baja
y el lecho de la Vírgen y el del niño
los cubre con sus alas.
Es del sueño y los amores,
númen de paz y de ilusiones castas,
la estrella tutelar de los hogares
¡El Angel de la Guarda!

FRANCISCO PEDROSA.

¿SERÁ VERDAD?



Renegando de mi sino;
á un sábio en cierta ocasión
preguntaba su opinión
sobre el sexo femenino.
Yo le dije:—Llevo diez
amores en año y medio,
pero, amigo, no hay remedio
estoy peor cada vez.
¿No habrá mujer en la tierra
que pueda amar con fortuna?
—Yo tengo,—me dijo—una
que no me da nunca guerra.—
Luego tendiendo la mano
un lienzo me señaló,
dónde su pincel trazó
un semblante soberano.
—¿Es un retrato?
—No tal.
—Entónces, esa figura...
—Es tan sólo una pintura
que no tiene original.
Las mujeres animadas,
son siempre causa de penas.
¿Queréis mi opinión? Las buenas
existen sólo pintadas.

FRANCISCO PEDROSA.

NUESTRAS LÁMINAS

TIPO DE BELLEZA

(copia de una magnífica fotografía del reputado Sr. Torija.)

La mujer, lo mismo aquí que en todas partes, igual hoy que en otros tiempos, vale por lo que es, por lo que ha sido y por lo que será. Su pecado en el paraíso comiendo la manzana fué una fragilidad que el hombre paga ganando el pán con el sudor de su frente para si y para la mujer que dió lugar al castigo.

El hombre lo sufre sinó contento, con la mayor resignacion por que la posesión de una mujer semejante al tipo de nuestra lamina le compensa sobradamente.

EN EL LAGO

Varias parejas se disponen á pasear su barca sobre las tranquilas aguas del lago; no sabemes si con intención de mero pasatiempo, de pura diversión ó si bajo el deseo de ir á fondo, que todo puede esperarse de hombres y mujeres cuando estos son fuertes y aquellas jóvenes y bellas.

Tip. DELCLÓS y BOSCH, Sta. Mónica, 2. Pasoje.

FAUSTO

Opera en 5 actos.—Música del **Maestro GOUNOD.**

ACTO PRIMERO

Gabinete del doctor Fausto.

El doctor, después de larga y afanosa vida no posee el saber ni fe... Aburrido quiere envenenarse, pero al llevar la copa á sus [illegible] para poner fin á su existencia, le detiene un coro de muchachas que saludan al sol naciente, y otro de trabajadores que van [illegible] á sus tareas campestres. Pero ¿quién le volverá el amor, la juventud, la fe? Desesperado llama en su auxilio á Satanás. [illegible] al llamamiento Mefistófeles. «Vete», le dice Fausto; pero [illegible] hace viajar así al diablo para ponerle á la puerta. ¿Qué desea [el] doctor? ¿Oro? ¿Gloria? ¿Poder? No. Lo que el anciano desea es [nu]eva vida, ser joven. Le complacerá Mefistófeles; en este mundo [es]tará el diablo á sus órdenes; en el otro, Fausto estará á las del [dia]blo. Vacila el doctor; pero una aparición de la hermosa Margarita le decide y firma el pacto. «Apura la copa, le dice Mefistó[feles]; en ella hallarás ahora juventud y vida.» Bebe Fausto, se [c]onvierte en joven elegante, y siéntese ávido de placeres y de [a]mor.

ACTO SEGUNDO

La féria.—Una puerta de la ciudad.—Un mesón con el dios Baco.

Sentados beben y cantan estudiantes y soldados. Las muchachas [p]aran á esperar un grupo de estudiantes. Las matronas observan [con] envidia á mozos y muchachas. Crúzanse galanteos, vacíanse [vasos] y se alejan alegremente los grupos.—Sale Valentín mirando [la] medalla que le dió su hermana Margarita. Siéntese algo triste, [porq]ue debe separarse de su hermana. Alejemos la tristeza, dice [Wag]ner, y levantando el vaso empieza á cantar, pero le interrumpe [Mefi]stófeles, que pide permiso para entonar una canción, y canta [el pod]er del oro, rey de la tierra, cuyo ministro es Belcebú. Acepta [Mefis]tófeles un vaso, augura á Wagner que si va á la guerra morirá. A Siebel le dice que no tocará flor que no se agoste y no [po]drá ya obsequiar á Margarita. «¡El nombre de mi hermana!» [excl]ama Valentín, y el diablo le aconseja que se guarde, pues un [hombr]e podria matarle. Bebe luego á la salud de todos; y para [obte]ner vino mejor golpea el tonel de la muestra, haciendo manar [vi]no, llena el vaso y propone brindar por Margarita. Irritado [Valen]tín le arranca la copa y arroja el contenido, que se inflama [por] el suelo.—Búrlase Mefistófeles del terror que esto causa, y [lo]s circunstantes, indignados, le embisten espada en mano; pero [t]raza él con la suya un círculo que cual barrera invisible les impide [a]vanzar. Rómpese en pedazos la espada de Valentín. Sospechan [[illegible]] y estudiantes que el poder de su contrario procede del [[illegible]], y le obligan á retroceder presentándole la cruz de las [[illegible]]s.—Terminada esta terrible escena, recobra Mefistófeles la [[illegible]]al y emplaza á sus vencedores.—Sale Fausto impaciente [[illegible]]r á Margarita. «La virtud la proteje, dice el diablo, pero [no] importa, aguardad un momento y la muchacha vendrá.» Vuelven los estudiantes, muchachas y aldeanos y empieza la danza. [Sieb]el espera á Margarita, la ve y se dirige á ella; pero Mefistófe[l]es se interpone. Fausto ofrece el brazo á Margarita, que lo rehusa. Síguela él con la mirada. Mefistófeles se burla de la timidez de [Fa]usto y se aleja con él por el camino que tomó la joven.

ACTO TERCERO

Jardín de Margarita.—Pared al fondo con una puertecita.—Un bosquecito.—Pabellón con una ventana y una pila de agua bendita.

[Sie]bel coje flores para Margarita, pero quedan mustias apenas [l]as toca. El brujo se lo predijo... Un súbito pensamiento le anima; [m]ete la mano en la pila del agua bendita, coje nuevas flores que [no se] marchitan, y forma un ramillete que cuelga á la puerta del [pa]bellón, sin ver que le observan Fausto y Mefistófeles. Este se va [por u]n tesoro más espléndido, que haga compañía á las flores, [mien]tras que Fausto turbado recuerda los encantos de Margarita. [Vuel]ve Mefistófeles con ricas joyas en un estuche que coloca al [lado] de las flores. Un momento vacila Fausto; pero le arrastra [Mefistó]feles y ambos desaparecen por el jardín.—Entra Margarita [pensa]ndo en el joven que le ofreció el brazo. Siéntase y gorjea la [[illegible]] rey de Tule, que hasta la muerte guardó una copa de [o]ro como recuerdo de su amante. Pero siempre la imágen de aquel [jo]ven... No quiere pensar más en él. Se dirige al pabellón y ve [l]as flores de Siebel; ¡qué hermosas son! Pero al ver el estuche, [[illegible]]; la [[illegible]] tiembla y al fin lo abre, dejando caer el ramillete. ¡Qué [ricas] joyas! Empieza, casi sin atreverse, por ponerse [[illegible]] pen[dientes], [[illegible]] mira al espejo y con infantil alegria se habla [á] sí misma y se saluda con respeto. ¡Ah! ¡si aquel joven la viese [a]sí! Sale Marta, y se sorprende al verla con tan preciosos adornos.—Aparecen Fausto y Mefistófeles. El segundo se dirige á Marta [y le] participa la muerte de su esposo.—Margarita se quita precipitadamente las joyas al ver al joven que le afrece el brazo. Rehúsalo [d]e pronto Margarita, pero acepta por fin siguiendo el ejemplo de [M]arta, y se aleja con Fausto.—Quedan un momento solos en la [escen]a Marta y Mefistófeles. La viuda le pregunta si se ocupa en [[illegible]]r, y habiendo contestado afirmativamente el diablo le aconse[ja] que piense en prepararse una vida más tranquila.—Salen paseand[o] de la escena y vuelven á ella Fausto y Margarita. La tierna [n]iña cuenta al caballero que su hermano es soldado, que su madre [m]urió y también una hermana que era un ángel. «Hermosa habia de ser, dice Fausto, si una sonrisa del cielo le había hecho igual á tí.»—Margarita le suplica que deje las burlas. Ella no debe escuchar ni permanecer allí. Fausto le suplica que no se vaya. Aparecen Marta y Mefistófeles. La primera cree que su pareja se burla, pero desea que lá oiga. Mefistófeles asegura que habla seriamente, que la ama y no desea marcharse.—Fausto abraza á Margarira y la joven huye.—Anochece.—Mefistófeles aprovecha una oportunidad para huir de Marta. Esta se aleja en su busca. Fausto desde dentro llama á Margarita: la viuda á Mefistófeles. «Servidor,» contesta el diablo. A su voz acude la viuda y coje, equivocándose, la mano de Siebel, que acaba de entrar. Reconocido el error, la matrona reprende á Siebel por hallarse en aquel sitio y se va con él.—Sale de su escondite Mefistófeles é invoca la noche, el amor y las flores, para que ayuden al infierno, y hagan irresistible la tentación que ha invadido el corazón de Margarita, á quien Fausto quiere contemplar todavía á la luz de las estrellas. Turbada Margarita, ruega á Fausto que la deje, y se bajá á coger una flor, que deshoja para saber si es amada. La última hoja contesta afirmativamente á la pregunta. ¡Qué delicia es amar, embriagarse eternamente de amor! exclama Fausto. No hay delicia igual, repiten ambos. ¡Amor mio! grita Fausto suplicante, y Margarita, arrojándose á sus piés, pide compasión y le ruega que se vaya. Cede Fausto, pero volverá al dia siguiente. «Sí, al anochecer,» dice Margarita, con amoroso abandono, entrando en el pabellón.—«Veo, doctor, dice Mefistófeles saliendo, que necesitáis volver á la escuela. Esperad y oiréis lo que ella dirá á las estrellas.»—Abre la ventana Margarita. Todo le dice que es amada. ¡Cuán dulce es la vida en un éxtasis de amor! «No tardes, nuevo dia. Vuelve tesoro mio...» ¡Margarita! exclama Fausto lanzándose á la ventana y tomando la mano de la joven. Esta, un momento confusa, apoya lánguidamente la cabeza en el hombro de su amante.—Mefistófeles les contempla con burlona sonrisa, abre la puerta del jardín y se va.

ACTO CUARTO

Una calle.—La casa de Margarita.—Una iglesia.

¡Pobre Margarita! Su amante la abandonó. Las muchachas se burlan de ella. Siebel es el único que procura consolarla. Margarita le estrecha la mano con efusión y entra en el templo á rogar. Regresan los soldados á sus hogares. Valentín, que viene con ellos, abraza á Siebel y pregunta por Margarita.—Los soldados se proponen narrar á sus familias las proezas de la campaña. El amor les llama y se van á abrazar á los seres queridos.—Valentín se dispone á entrar en su casa, y Siebel intenta en vano detenerle.—Anochece.—Llegan por el fondo Fausto y Mefistófeles. El infernal consejero quiere llevar á Fausto á otra parte; pero no pudiendo convencerle, canta, acompañándose con la guitarra que lleva debajo del brazo. La canción es atrevida, y Valentín, que sabe ya su vergüenza, sale preguntando qué hacen allí. A las imprudentes contestaciones de Mefistófeles, replica el soldado desenvainando el acero y pregunta á quién ha de matar. Fausto empuña la espada. Mefistófeles se ríe del soldado, que prepara su último viaje. Valentín arroja la medalla que recibiera de su hermana. Empieza el combate. Mefistófeles para las estocadas de Valentín, sin que éste le vea, y cae mortalmente herido el hermano de Margarita. Huyen Fausto y Mefistófeles; comparecen algunos aldeanos con antorchas encendidas. Quieren socorrer al soldado, pero éste conoce que la muerte se acerca. Margarita atraviesa la multitud, y cae arrodillada al lado de Valentín, que la rechaza, la maldice, y le pronostica una muerte infame.

Interior de una iglesia.

Ora Margarita arrodillada. Voces del infierno pronuncian su nombre. La pared se abre y deja ver á Mefistofeles, que desliza al oído de Margarita palabras de terror, anunciándole su condenación. Un coro religioso dice que cuando llegue el terrible día del Señor, no quedará piedra sobre piedra. «Estás condenada,» repite Mefistófeles, y la infeliz huye horrorizada.

ACTO QUINTO

Cárcel.

Margarita duerme.—Decídete, dice Mefistófeles á Fausto. Apunta el día y el patíbulo está levantado. Ahí están las llaves. Abre y partid. Yo vigilo fuera.—Fausto está horrorizado. Siente remordimiento porque Margarita ha dado muerte á su hijo, y está condenada como una delincuente vil.—¿Qué voz ha despertado á Margarita? La ha reconocido entre la risa burlona de los demonios. El ha llegado y la salvará. «Sí, exclama Fausto; soy yo que te amo y te salvaré, angel de amor.» Margarita olvida desventuras y vergüenzas. Al lado de su amante estará contenta... Fausto quiere llevársela, pero ella se desliza de sus brazos, y recuerda las primeras palabras que entre ambos se cruzaron, los dias de felicidad, las noches del jardín, cuando las flores perfumaban el aire... Fausto se esfuerza para salvarla del infame suplicio; pero la infeliz no se mueve. Ha sonado la hora fatal,» dice. «Aprisa, grita Mefistófeles entrando; corred ó no podré salvaros.» Margarita suplica á Fausto que arroje de allí al demonio, que fija sobre ellos la infernal mirada; implora de rodillas la piedad del Señor y rechaza á Fausto, recordando la muerte de su hermano. «¡Margarita mia!» solloza Fausto procurando arrastrarla hacia sí, y cae muerta la que fué tan infeliz en vida. «¡Condenada!» grita en son de triunfo Mefistófeles. «No, dicen voces de lo alto; Dios la ha perdonado.»—Ábrense las paredes de la carcel.—Sube al cielo el alma de Margarita.—Fausto la sigue con la mirada, cae arrodillado y ora.»—La espada luminosa del arcángel derriba á Mefistófeles.




NON PLUS ULTRA

SUSCRICION
Semestre. . . 3 Ptas.
Año. . . . . 5'50 id.
Pago en moneda, libranza, ó sellos únicamente en la Administración, de 10 á 1 y de 3 á 5.
ESCUDILLERS 5, 7 y 9
Barcelona

Núm 20

ILUSTRACION NON PLUS ULTRA

Barcelona 20 Enero 1887

Año I

NÚMEROS S...
10 céntimos de p...
y 15 los atras...
De venta en las l... kioscos, vendedores a... lantes y puntos de ... bre en
España

Núm. suelto 10 cént. de peseta ✳ **Núm. suelto 10 cént. de peseta**

Los corresponsales venderán por manos á los vendedores ambulantes.

Los puntos suspensivos

La historia de los puntos suspensivos es más antigua que la de la imprenta, y muy poco posterior á la de la escritura.

En el manuscrito original de Génesis que se conserva en la biblioteca imperial de Viena (estante 116, legajo 15) se vé que Moisés, después de referir el pecado original, pone una línea de puntos suspensivos, lo que prueba según los eruditos, su remota fecha.

Gran objeto de controversia es este, y nosotros, á fuer de verídicos, debemos decir que no todos los sabios están acordes en una cuestión de tanta trascendencia. Bonterwch tacha de apócrifo el manuscrito á que aludimos fundándose en que los caracteres hebreos no son los que usaba el pueblo de Israel en su infancia. D. Fernando Wolf nos dice en su *Jahrbucher desliteratur* que no los encuentra hasta un pasaje de la *Iliada* cuando Paris tuvo su primer *tête á tête* con Elena, opinión que á su vez tacha de temeraria Sismond en no recordamos qué pasaje de uno de sus libros.

Lo cierto es que los puntos suspensivos aparecen indudablemente, si hemos de atenernos á la autoridad de D. Nicolás Antonio, en un arte de cocina, dedicado á San Diego de Alcalá, muy anterior al poema del Cid y al fuero de Avilés, primeros monumentos en verso y prosa de la lengua castellana; y aquí debemos consignar la extrañeza que nos ha causado que en el primer vestigio del romance se ostenten tan profundos conocimientos en el arte culinario. Dice así el párrafo á que nos referimos. *Una buena cocina debet habere múltas sartenes et quator almireces et sex potes, et duos trebedes. . ca si non non serie comprimida*. De donde también se deduce la antigüedad de la tortilla, y que nuestros antepasados no eran partidarios de la salsa negra de los espartanos.

Pero pongamos nosotros una línea de puntos suspensivos á nuestras eruditas investigaciones.

. . . .

Los puntos suspensivos tienen la elocuencia del silencio y significan más cuanto mayor sea su número.

Dos, nadie los usa por temor de que le tachen de avaro, como nadie daría un ochavo teniendo la fortuna de Rostchil.

Cuatro ya es otra cosa; generalmente se emplean para que se entienda una palabr... sonante. De cuatro en adelante no se cuen...

Una línea de ellos en una novela indica ... la heroina.. . . . .
. . . .

Y en fin, tres ó más lineas significan lo ... guiente: «Un año después no existía ning... de los personajes de este sangriento drama...

Una plana de puntos suspensivos quiere ... cir que el autor está ajustado á tanto la lín...

Todas las novelas de Paul de Koch es... sembradas de líneas sueltas de puntos, ... manera que los arroyos surcan verdes ... deras.

Sué tiene una pasión africana por esta ... se de signos, y Dumas los emplea á torrent...

Los autores necios los usan á falta de ... palabra ó de una idea y entonces son un ... taño donde se lee: «*Aquí no yace nada*.»

Pero no solo en lo escrito ejercen los p... tos su influjo. Su esfera es más vasta. Las r... cencias son los puntos suspensivos de la c... versación; y los tartamudos los emplean ... una frecuencia abrumadora. ¡Son el torme... de los oradores y mayor aún el de los oyen...

Después de la conjunción—y—las muje... los usan para indicar que no han agotado ... do lo malo que se puede decir de una ri... Entre los amantes son muy peligrosos: ... el Scila y Caribdis de la virtud más agreste ... salvaje.

La civilización abortó una clase de *pun...* que dejan suspensa la organización más lo... na en un abrir y cerrar de ojos. Napoleón ... en este género lo que Sué en el suyo, y alg... nas páginas de nuestra historia están escrit... con esta puntuación. Estos son los más des... trosos; hablamos de las balas.

Poco menos funestos que los anteriores s... los puntos que el acreedor coloca entre el d... be y la cantidad que se adeuda. Estos ... rectos al bolsillo del deudor.

En el juego de *Monte* los puntos debiera... llamarse *suspensivos* porque están en suspens... Son muy simpáticos para el banquero cuan... pierden.

Para los estudiantes que quedan suspenso... en los exámenes. las vacaciones son *punt... suspensivos*.

En general todo lector al verlos exclam... para su coleto: *Aqui hay gato encerrado*. .

. . . .

EDUARDO ZAMORA

Historia de una pasión

por

Pedro Huguet y Campañá



(Continuación)

Temblé al poner la planta
sobre aquellas baldosas,
que lindes misteriosas
creílas de mi amor:
temblé, porque al pisarlas
juzgué en mi desvarío
que daba asalto impío
al muro de mi honor.
Ya bajo el arco esbelto
del portalón desnudo,
mientras soplaba rudo
el vendabal soez,
sentí caricias célicas
de un aura sin rumores;
purísimos olores
de excelsa embriaguez.
Pensé que respiraba
de Luisa el suave aliento,
que su gentil acento
ó el cruje de su andar,
oía en los rujidos,
aunque ásperos y secos,
que el ábrego á los ecos
hacía resonar.
Pensé que de mi cielo
era el portal arcada;
que huellas de mi amada
veía en el dintel;
y me faltó muy poco
para dejar impresos
mil ardorosos besos
en el umbral aquel.

Un coche aguardaba en el patio;
sonó á mis espaldas de pronto
ruido de pasos y voces;
el rostro volví;
y al trote arrancando los potros,
pasó por mi lado el carruaje,
y dentro de un hombre caduco
la seca faz ví.
No obstante la rauda carrera,
las sombras colgadas en torno,
y el ténue vapor que empañaba
del coche el cristal,
Bastóme fugaz un instante,
y la ira que hirvió en mis entrañas,
no más para ver que aquel era
mi odiado rival.
Aun no de la calle batían
los potros las húmedas piedras,
que ya la escalera trepaba
frenético yo.
Ay! senda nefanda de crímen
en pos del amor recorría,
quien libre á la faz de los cielos
gozarlo soñó!
A saltos llegué como un tigre
al último tramo, al momento
en que una mujer que al rellano
se vino á asomar,
Entraba en el piso empujando
la puerta chapeada de roble
que abierta aquel hombre enemigo
dejara al marchar.
—«¡Luisa!!! grité delirante:
—«¡Dios mio!!! gritó con espanto
la voz cuyo timbre mi oido,
jamás olvidó.
Sentí que mis fuerzas cedian:
tenaz me aferré á la baranda:
y estátua de mármol Luisa
allí se quedó.

. . . .

—Luisa! Luisa mia!
Al fin de nuevo te ví!
¡Qué larga fué mi agonía!
Si supieses cual sufria
estando lejos de tí!
—¿Qué quiere V. caballero?
—Mi vida que en tí reposa
eso busco, y eso quiero.
—Está V. hablando á la esposa
del marqués de Valromero.
—¿Tú? ¡jamás!.. Con esa hiel
á mis clamores respondes?
así pagas mi amor fiel?
porque callas? porque escondes
de mi tus ojos, cruel?
Jurásteme amor sin cuento
ante la virgen bendita,
y es santo aquel juramento,
tu eres mía! te lo grita
la voz del remordimiento!
Mía, sí! nadie podrá
romper un lazo que ya
por eterno Dios bendice...
mira el cielo mentirá
si otra cosa el cielo dice.
—Qué blasfemia!
—Blasfemar!
Tu lo hiciste de tu fé
cuando en vano te aguardé
cada tarde en el pinar:
¡y no viniste! porqué?
—Déjeme V. por favor!
—¡Dejarte! fuera mi suerte,
si aun muriendo de dolor
supiese que con no verte
se extinguiría mi amor!
Pero no; porque tu sola
vives, cual lirio entre abrojos,
en mi alma que á tí se inmola;
en mi alma que se arrebola
en el fulgor de tus ojos.
Si me debías matar
con tan amargo desdén,
¿por que me enseñarte á amar?
¿por qué me diste á probar
las delicias de un Edén?
¡Dejarte! ¿como podré?
Haz que la luz que se vé
en el sol no alumbre aqui,
y entonces te dejaré,
y podré vivir sin ti.
Pero no, que así aun te amara,
y tras tus huellas corriéra;
porque ni yo te olvidara
aunque en la tumba me hundiera,
y en la nada me acabara.
Vine aquí con el deseo
de avergonzar con encono
tu perjurio y devaneo:
pero, Luisa, te veo
y todo te lo perdono.
—¡Estoy temblando!...
¡Angel mío!
astro eterno de mi amor;
¿te espanta mi desvarío?
llámame cruel é impío
pues te causo ese dolor.

(Se continuará)

SUSCRICION
Semestre. . . 3 Ptas.
Año. . . . . 5'50 id.
Pago en moneda, libranza, ó sellos únicamente en la Administración, de 10 á 1 y de 3 á 5.
ESCUDILLERS 5, 7 y 9
Barcelona

Núm 20

ILUSTRACION NON PLUS ULTRA

Barcelona 20 Enero 1887

Año I

NÚMEROS SUE...
10 céntimos de ...
y 15 los atras...
De venta en las li... kioscos, vendedores ... lantes y puntos de c... bre en
España

Núm. suelto 10 cént. de peseta ⁂ Núm. suelto 10 cént. de peseta
Los corresponsales venderán por manos á los vendedores ambulantes.

Los puntos suspensivos

La historia de los puntos suspensivos es más antigua que la de la imprenta, y muy poco posterior á la de la escritura.

En el manuscrito original de Génesis que se conserva en la biblioteca imperial de Viena (estante 116, legajo 15) se vé que Moisés, después de referir el pecado original, pone una línea de puntos suspensivos, lo que prueba según los eruditos, su remota fecha.

Gran objeto de controversia es este, y nosotros, á fuer de verídicos, debemos decir que no todos los sabios están acordes en una cuestión de tanta trascendencia. Bonterwch tacha de apócrifo el manuscrito á que aludimos fundándose en que los caracteres hebreos no son los que usaba el pueblo de Israel en su infancia. D. Fernando Wolf nos dice en su *Jahrbucher desliteratur* que no los encuentra hasta un pasaje de la *Iliada* cuando Paris tuvo su primer *tête á tête* con Elena, opinión que á su vez tacha de temeraria Sismond en no recordamos qué pasaje de uno de sus libros.

Lo cierto es que los puntos suspensivos aparecen indudablemente, si hemos de atenernos á la autoridad de D. Nicolás Antonio, en un arte de cocina, dedicado á San Diego de Alcalá, muy anterior al poema del Cid y al fuero de Avilés, primeros monumentos en verso y prosa de la lengua castellana; y aquí debemos consignar la extrañeza que nos ha causado que en el primer vestigio del romance se ostenten tan profundos conocimientos en el arte culinario. Dice así el párrafo á que nos referimos. *Una buena cocina debet habere múltas sartenes et quator almireces et sex potes, et duos trebedes. . ca si non non serie comprimida.* De donde tambien se deduce la antigüedad de la tortilla, y que nuestros antepasados no eran partidarios de la salsa negra de los espartanos.

Pero pongamos nosotros una línea de puntos suspensivos á nuestras eruditas investigaciones.

. . . .

Los puntos suspensivos tienen la elocuencia del silencio y significan más cuanto mayor sea su número.

Dos, nadie los usa por temor de que le tachen de avaro, como nadie daría un ochavo teniendo la fortuna de Rostchil.

Cuatro ya es otra cosa; generalmente se emplean para que se entienda una palabr... sonante. De cuatro en adelante no se cuen...

Una línea de ellos en una novela indica la heroina.. . . . .

. . . .

Y en fin, tres ó más lineas significan lo... guiente: «Un año después no existía ningu... de los personajes de este sangriento drama...

Una plana de puntos suspensivos quiere ... cir que el autor está ajustado á tanto la lín...

Todas las novelas de Paul de Koch es... sembradas de líneas sueltas de puntos, ... manera que los arroyos surcan verdes p... deras.

Sué tiene una pasión africana por esta ... se de signos, y Dumas los emplea á torrent...

Los autores necios los usan á falta de ... palabra ó de una idea y entonces son un ... taño donde se lee: «*Aquí no yace nada.*»

Pero no solo en lo escrito ejercen los pu... tos su influjo. Su esfera es más vasta. Las r... cencias son los puntos suspensivos de la c... versación; y los tartamudos los emplean ... una frecuencia abrumadora. ¡Son el torme... de los oradores y mayor aún el de los oyent...

Después de la conjunción—y—las muje... los usan para indicar que no han agotado ... do lo malo que se puede decir de una riv... Entre los amantes son muy peligrosos: ... el Scila y Caribdis de la virtud más agreste ... salvaje.

La civilización abortó una clase de *pun...* que dejan suspensa la organización más lo... na en un abrir y cerrar de ojos. Napoleón ... en este género lo que Sué en el suyo, y alg... nas páginas de nuestra historia están escrit... con esta puntuación. Estos son los más des... trosos; hablamos de las balas.

Poco menos funestos que los anteriores s... los puntos que el acreedor coloca entre el d... be y la cantidad que se adeuda. Estos v... rectos al bolsillo del deudor.

En el juego de *Monte* los puntos debiera... llamarse *suspensivos* porque están en suspens... Son muy simpáticos para el banquero cuand... pierden.

Para los estudiantes que quedan suspenso... en los exámenes, las vacaciones son *punto... suspensivos.*

En general todo lector al verlos exclam... para su coleto: *Aqui hay gato encerrado.* .

. . . .

EDUARDO ZAMORA

Historia de una pasión

POR

Pedro Huguet y Campañá



(Continuación)

Temblé al poner la planta
sobre aquellas baldosas,
que lindes misteriosas
creílas de mi amor:
temblé, porque al pisarlas
juzgué en mi desvarío
que daba asalto impío
al muro de mi honor.
Ya bajo el arco esbelto
del portalón desnudo,
mientras soplaba rudo
el vendabal socz,
sentí caricias célicas
de un aura sin rumores;
purísimos olores
de excelsa embriaguez.
Pensé que respiraba
de Luisa el suave aliento,
que su gentil acento
ó el cruje de su andar,
oía en los rujidos,
aunque ásperos y secos,
que el ábrego á los ecos
hacía resonar.
Pensé que de mi cielo
era el portal arcada;
que huellas de mi amada
veía en el dintel;
y me faltó muy poco
para dejar impresos
mil ardorosos besos
en el umbral aquel.

—•ı•ı•—

Un coche aguardaba en el patio;
sonó á mis espaldas de pronto
ruido de pasos y voces;
el rostro volví;
y al trote arrancando los potros,
pasó por mi lado el carruaje,
y dentro de un hombre caduco
la seca faz ví.
No obstante la rauda carrera,
las sombras colgadas en torno,
y el ténue vapor que empañaba
del coche el cristal,
Bastóme fugaz un instante,
y la ira que hirvió en mis entrañas,
no más para ver que aquel era
mi odiado rival.
Aun no de la calle batían
los potros las húmedas piedras,
que ya la escalera trepaba
frenético yo.
Ay! senda nefanda de crímen
en pos del amor recorría,
quien libre á la faz de los cielos
gozarlo soñó!
A saltos llegué como un tigre
al último tramo, al momento
en que una mujer que al rellano
se vino á asomar,

Entraba en el piso empujando
la puerta chapeada de roble
que abierta aquel hombre enemigo
dejara al marchar.

—«¡Luisa!!! grité delirante:
—«¡Dios mio!!! gritó con espanto
la voz cuyo timbre mi oido,
jamás olvidó.
Sentí que mis fuerzas cedían:
tenaz me aferré á la baranda:
y estátua de mármol Luisa
allí se quedó.

. . . .

—Luisa! Luisa mía!
Al fín de nuevo te ví!
¡Qué larga fué mi agonía!
Si supieses cual sufria
estando lejos de tí!
—¿Qué quiere V. caballero?
—Mi vida que en tí reposa
eso busco, y eso quiero.
—Está V. hablando á la esposa
del marqués de Valromero.
—¿Tú? ¡jamás!.. Con esa hiel
á mis clamores respondes?
así pagas mi amor fiel?
porque callas? porque escondes
de mi tus ojos, cruel?
Jurásteme amor sin cuento
ante la virgen bendita,
y es santo aquel juramento,
tu eres mía! te lo grita
la voz del remordimiento!
Mía, sí! nadie podrá
romper un lazo que ya
por eterno Dios bendice...
mira el cielo mentirá
si otra cosa el cielo dice.
—Qué blasfemia!
—Blasfemar!
Tu lo hiciste de tu fé
cuando en vano te aguardé
cada tarde en el pinar:
¡y no viniste! porqué?
—Déjeme V. por favor!
—¡Dejarte! fuera mi suerte,
si aun muriendo de dolor
supiese que con no verte
se extinguiría mi amor!
Pero no; porque tu sola
vives, cual lirio entre abrojos,
en mi alma que á tí se inmola;
en mi alma que se arrebola
en el fulgor de tus ojos.
Si me debías matar
con tan amargo desdén,
¿por que me enseñarte á amar?
¿por qué me diste á probar
las delicias de un Edén?
¡Dejarte! ¿como podré?
Haz que la luz que se vé
en el sol no alumbre aquí,
y entonces te dejaré,
y podré vivir sin ti.
Pero no, que así aun te amara,
y tras tus huellas corriéra;
porque ni yo te olvidara
aunque en la tumba me hundiera,
y en la nada me acabara.
Vine aquí con el deseo
de avergonzar con encono
tu perjurio y devaneo:
pero, Luisa, te veo
y todo te lo perdono.
—¡Estoy temblando!...
¡Angel mío!
astro eterno de mi amor;
¿te espanta mi desvarío?
llámame cruel é impío
pues te causo ese dolor.

(Se continuará)

ENERO

Sol s. 7'23.-P. 4'45

1	S.	Cir. del Sr.
2	D.	S. Isidoro
3	L.	Sta. Genov.
4	M.	» Benita
5	M.	S. Telesforo
6	J.	Ador. Rey.
7	V.	S. Julián
8	S.	» Luciano
9	D.	» Marceli.
10	L.	» Nicanor
11	M.	» Higinio
12	M.	» Benito
13	J.	» Leoncio
14	V.	» Hilario
15	S.	» Pablo
16	D.	» Marcelo
17	L.	» Antonio
18	M.	Sta. Prisca
19	M.	S. Ponciano
20	J.	» Sebastiá.
21	V.	Sta. Inés
22	S.	S. Vicente
23	D.	» Ildefons.
24	L.	» Timoteo
25	M.	Sta. Elvira
26	M.	» Paula
27	J.	» Eulalia
28	V.	» Inés
29	S.	S. Valero
30	D.	Sta. Martin.
31	L.	S. Pedro




enero
Escalier

PERDÓN



La voz de la Ley sin entrañas habló, y dijo que tres hombres merecían muerte.

Hoy es día de dejar oir la voz del corazón que habla siempre en pro de lo generoso, de lo magnánimo y de lo bueno. Y esta voz grita ¡Perdón!

Y grita ¡perdón! porque si le espantó la sangre derramada por el puñal del asesino, porque se escapaba del pecho de un hombre que había sido bañado con el agua del cristianismo, y había tenido madre y tenía familia y hogar, no le espanta menos la que se pretende derramar por manos del verdugo porque se escapará de séres que también son hombres y han tenido madres y tienen hijos.

No es ocasión esta de discutir la eficacia ni la justicia de la pena de muerte. Si ocasión fuese, fácil nos sería demostrar las grandes razones de moralidad y las grandes razones de interés material que abogan por la pronta abolición del último resto que en nuestro código queda de los tiempos bárbaros.

Abandonamos pues semejantes disquisiciones para no escribir otra palabra que la de ¡Perdón! Indulto para los reos del crímen de la calle de Moncada.

Barcelona llorará de lo íntimo de su noble alma, si la voz de piedad que eleva no represente fuertemente en el corazón que en tan tristes circunstancias logra la prerogativa de ser árbitro de vida ó de muerte.

La sombra del cadalso, será como una mancha caída sobre la hermosa faz de Barcelona, hoy que de lleno la inunda el sol de libertad.

Las corrientes de misericordia que de algun tiempo reinan en las elevadísimas esferas del Estado, no han de interrumpir su salvador influjo ahora que se trata de evitar á Barcelona una gran verguenza y un gran dolor, y se trata de perdonar la vida á tres hombres aun que llevan sobre sí el peso de un terrible crímen.

Desde el fondo de sus calabozos, esos tres desgraciados seres han levantado un grito de angustia y han pedido *perdón* á los barceloneses.

Demuestren estos la grandeza de su alma perdonando, y demuestren que perdonan, pidiendo con insistente clamor al Gobierno

¡**PERDÓN**, *para los hermanos Salvador, y Manuel Molina!*



MISCELANEA

Hé aquí el origen que tuvo el conocido juego del *domino*.

En uno de los muchos conventos que rodean el célebre monasterio de Monte-Casino, fundado por S. Benito en el siglo XVI, vivían dos monjes llamados el uno hermano *Oremus*, y el otro hermano *Jacobo*.

Encerrados en una misma celda por haber cometido una pequeña falta de disciplina, no sabiendo como divertir el tiempo idearon un juego que se componía de pedrecitas blancas cortadas en forma de ladrillo, en cada una de las cuales gravaron pequeños puntos negros. Así iban combinando estas piedrecitas de tal suerte que los dos monjes mantenían constantemente ocupada su atención.

Habían convenido que cuando el abad fuese á sorprenderles, apenas oirían sus pasos por el corredor se pondrían á rezar en alta voz el primer salmo de vísperas que comienza:

Dixit Dominus Domino...

Y como nuestros dos jugadores no sabían una palabra más del salmo, siempre el abad les encontraba recitando el *Domino*.

De esta palabra pues tomó nombre aquel juego.

EPIGRAMA



Con gloria mujer de historia
D. Gaspar se encaprichó
y á su esposa abandonó
huyendo con la tal Gloria.
Como con pena notoria
de su marido al hablar
la esposa dice «Gaspar»
que de *Gloria* está gozando
por viuda la están tomando
de algún varón ejemplar.

NUESTRAS LÁMINAS

EL PICADOR

¡Viva la gente del bronce! Esos son los bravos de la Macarena que de un puñetazo hunden una catedral, sobre todo cuando no la tienen á mano. ¿Quién no conoce al picador fanfarria? Al que por darse humillos de valiente se deja crecer la coleta, bebe ron en las comidas, fuma puros encendidos y apagados setecientas veces, y escupe por el colmillo cuando más gente tiene delante? Pues, ese es nuestro hombre. En un dia de corrida, montado en el jamelgo y empuñando la pica, el hombre entra en tan copioso sudor, que para salvarle de un resfriado no hay más remedio que llevarle á la Enfermería, de la cual sale para contar las hazañas que estaba dispuesto á hacer en la plaza si el caballo no se le hubiese puesto a temblar.

SIN QUE NADIE LA VEA

La distinguida dama es hija de Málaga, y por más que la posición oficial de su marido la obligue á vestir de tiros largos, y á pisar alfombras, ella no ha podido olvidar todavía los resabios de su dulce y poética juventud. Cuando está segura de que su marido no la sorprenderá, coge la bandurria que guarda enfundada en el fondo de una arca, y rasca que rasca, se pasa los ratos de ócio modelando á media voz alguna de las picantes seguidillas de su tierra! Es una afición inocente que no tiene de mala, sino el no estar de moda.

LA RESURRECCION DE BENITO

I

Benito era íntimo amigo mio; lo era también de todos los que le habían hablado media docena de veces.

Pertenecía á este género especial de hombres, que no saludan, sino acarician; que no estrechan la mano, sino la desconyuntan y que dividen la humanidad en desconocidos y amigos apasionados.

En cada café tenía siete ú ocho mesas, cuyos concurrentes le recibían con palmas y extremos de cariño; en cada esquina se topaba con unos brazos abiertos; en todos los casinos, tertulias y círculos era apetecida su presencia. Merecía el dictado de popular.

Figuraos, pues, el duelo y la consternación de este de ese ejército de íntimos amigos, el día en que Benito se murió.

Entónces sí que pude convencerme de lo que el pobre muchacho era querido. ¡Qué de lamentos, qué de alabanzas, qué de semblantes apesarados!...

Yo me curé radicalmente de una preocupación; creia que el amigo de tantos amigos no podia tener entre ellos uno que lo fuese de veras; pero comprendí mi error.

Reconocí que los amigos de Benito eran leales y verdaderos.

Y esto, sea dicho en buen hora, me consoló.

Habiame equivocado. Más valía asi.

II

Ibamos á enterrar á Benito.

La casa mortuoria se hallaba inundada de amigos desconsolados, que repartidos en corros desiguales por

el salón, pasadizo y antesala, se daban el único consuelo posible despues de la muerte de un sér tan querido; el de recordar sus gracias y ponderar sus virtudes

Era un coro de alabanzas, *á sotto voce*; era un murmullo de lisonjas, que medio turbaba el silencio propio de toda casa donde hay un cadáver.

Pasaba de cuando en cuando una mujer enlutada, percibíose algún sollozo salido de la habitación interior donde estaba reunida la consternada familia, respirábase aquel aire saturado del éter de los cordiales, sonaba el medroso taconeo de algún recien llegado y se entreabria alguna que otra vez la puerta de la sala mortuoria, mostrando el rojizo resplandor de los cirios que alumbraban el cuerpo yerto del amigo malogrado.

Yo andaba de puntillas por el salón, de corrillo en corrillo, y me regalaba, en medio de mi pesar, oyendo las tiernas y doloridas frases que todos los labios dedicaban á la memoria de nuestro Benito.

—Era una gran cabeza, decía uno.

—Un gran corazón, decía otro.

—Esposo ejemplar.

—¡Mártir por sus hijos!

—¿Por qué han de morirse hombres así?

—¡Oh, es muy triste!

—Yo le amaba entrañablemente.

—Y yo.

—¡Y todos!

—¿Qué no hubiéramos hecho todos por él?

—¡Era tan buen amigo!

—¡Excelente!

¡Oh, si hubiérais estado allí, excépticos, misántropos, calumniadores de la humanidad!... Os hubiérais convertido.

III

Llegó el más triste instante.

Se presentaron los enterradores.

Los circunstantes se dividieron, y los dos hombres negros cruzaron por el salón, dejando tras sí un surco, que no volvió á cerrarse; era el camino que debía seguir el ataud.

Los enterradores desaparecieron detrás de la puerta de la sala mortuoria.

Acalláronse los murmullos; todos aguardábamos silenciosos y recogidos.

Durante este intervalo fijéme en algunos rostros, y ví rodar algunas lágrimas.

Pasó un breve espacio; despues abrióse la puerta de la estancia del muerto, y apareciendo en ella uno de los dos enterradores, levantó su voz ronca y dijo asi:

—Señores, el difunto me manda suplicar á Vds., que entren á escucharle.

IV

Aquello no era chanza.

Ni la traza atribulada del enterrador lo daba así á entender, ni á ninguno de los presentes se nos ocurrió el pensarlo.

Los miedosos, que eran casi todos, se apiñaron entre sí, aterrados y cadavéricos; los despreocupados se dijeron:

—Habrá sido una muerte falsa.

—Entremos, señores, dijo el más animoso.

Detrás de éste, entraron otros; la curiosidad prestó aliento á los cobardes, y en el salón apenas quedó una docena de pusilánimes recalcitrantes.

V

Entramos, pues, y lo que vimos sobrecogia.

El muerto estaba incorporado en el ataud, sin mostrar otra señal alguna de que la vida reapareciese.

Los ojos inmóviles y vidriados, la nariz afilada y recta, los labios cárdenos, la frente pálida y con ese brillo mate que sólo es propio de los cadáveres.

Todos nos sentíamos la sangre helada en las venas; respirábamos fatigosamente, y nuestros ojos atónitos contemplaban aquel cadáver, aquel Cristo pendiente sobre el ataud, aquel negro dosel que cubria el lecho mortuorio y las paredes, aquellos cirios chirriantes, casi consumidos y de luz temblona y rojiza. Estábamos todos como si por ensalmo nos hubiéramos visto transportados á una esfera sobrenatural.

Pasó un minuto... como un siglo.

El muerto habló. ¡Sí, era él, era su voz!

Su hablar fué monótono, inanimado, helado; pero reconocimos su voz.

Nos habló de esta manera:

—El ángel de la muerte, que en sus brazos me llevó fuera de este mundo, me permite retroceder en el camino del que teníamos hecho una buena parte. Tengo concedidos cinco minutos de resurrección para hablaros, amigos mios. Oidme. He muerto arruinado; pero no me mató el pesar de mi ruina, sino el de haber arrastrado en ella al huérfano inocente, cuya fortuna me había sido encomendada. Este dolor y este remordimiento han acompañado mi alma, al partir ella de esta tierra. Si remedio el daño que he causado, Dios me concede volver á la vida. Vosotros, mis amigos, dadme el caudal que necesito para esa reparación; dedicaré los los años que se prolongue mi vida á ganar ese dinero para restituíroslo. Responded.

El muerto calló. Todos le mirábamos estáticos y aterrados.

Durante un breve discurso, su fisonomía no se había animado; sus ojos habían permanecido inmóviles y sin miradas; pero cuando sus lábios acabaron de moverse imperceptiblemente y volvieron á comprimirse, los ojos adquirieron movimiento, aunque no expresión, y pasearon una mirada lenta, glacial, indefinida, por todo el concurso formado de rostros más pálidos que el del mismo cadáver.

Los cinco minutos concedidos al difunto para hablar á sus amigos, iban transcurriendo. En medio del general estupor, oianse los espíritus de varios relojes, que los iban midiendo, sonando rápida y desigualmente.

El muerto, incorporado en su ataud, seguia helándonos con su mirada.

Esperaba la respuesta á su petición; nadie se la daba.

¡Oh excépticos, misántropos, calumniadores de la humanidad, mejor fué que no estuviérais allí!... Os hubiérais ensañado con nosotros.

VI

Pasaron los cinco minutos; el silencio no se interrumpió.

Entónces apareció una triste sonrisa en los lábios del muerto; extinguióse aquella luz vaga de sus ojos, y su cuerpo cayó desplomado en el ataud.

La resurrección del pobre Benito no habia podido prolongarse.

Y de aquellos cinco minutos de segunda vida, no quedaba en él más vestigio que aquella sonrisa que no se borró de su semblante.

Fué necesario enterrrarle sonriendo.

VII

Todos nos esforzamos por creernos juguete de una pesadilla, y nos salimos de la estancia mortuoria, enjugándonos el sudor helado que bañaba nuestras frentes.

Los enterradores taparon el ataud, y cargados con él bajaron hasta depositarlo en el coche fúnebre.

Los del duelo seguimos detrás, formando una larga y silenciosa comitiva. ¡Nunca difunto alguno se ha visto tan honrado!

Media hora despues vimos sepultar los restos mortales de nuestro queridisimo Benito.

JOSÉ FELIU Y CODINA.

Tip. DELCLOS y BOSCH, Sta. Monica 2, Pasaje.



Sin que nadie lo vea



Barcarola

SUSCRICION
Semestre. . . 3 Ptas.
Año. . . . . 5'50 id.
Pago en moneda, libranza ó sellos únicamente en la Administración, de 10 á 1 y de 3 á 5.
ESCUDILLERS 5, 7 y 9
Barcelona

Núm. 21 — ILUSTRACION NON PLUS ULTRA — Año I

Barcelona 27 Enero 1887

NÚMEROS SUELTOS
10 céntimos de peseta y 15 los atrasados.
De venta en las librerías, kioscos, vendedores ambulantes y puntos de costumbre en
España

Núm. suelto 10 cént. de peseta ⁕ Núm. suelto 10 cént. de peseta

Los corresponsales venderán por manos á los vendedores ambulantes.

EL REINO DE LA POESÍA

En la maleta de uno de los pocos soldados alemanes que dejaron sus cueros en Francia, se encontró entre varios mapas y descripciones geográficas de cuantas partes existen y no existen en este globo de tierra é ilusiones, una que se titulaba así:

« Descripción geográfica del reino de la Poesía.»

¿Será, me pregunté yo, admirado del título del manuscrito; que esta raza se ha propuesto dominar á todas las demás en sus dominios ideales, como pretende hacerlo en los materiales?

Afortunadamente para el nombre aleman, me equivoqué de medio á medio.

La tal descripción no pasa de ser un sueño algo extravagante, que más parece una excentricidad inglesa que producto de la cabeza numerada de un aleman.

Héla aquí:

«Es la *Poesía* un reino dilatadísimo y poblado, confina á Oriente con la *Elocuencia*, al Mediodía con la *Pintura* y la *Escultura*, y al Occidente con la *Música*. Las costas del Nórte las baña el Océano de la *Erudición*.

»Divídese, como otros muchos reinos, en país alto y bajo. La alta Poesía la habitan personajes grandes, de presencia majestuosa y frente ceñuda, cuyo lenguaje comparado con el de otras provincias, viene á ser como el español con relación al italiano. Sus hombres son ordinariamente héroes de oficio, Abrir por mitades un gigantazo armado de piés á cabeza, es para ellos lo más natural y sencillo del mundo. En cuanto á sus mujeres, es el sol un trasto viejo de guardaropía, comparado con la más fea.

»Los caballos de esta comarca se la pegan por lo corredores á los aires, á la electricidad y á la misma luz, y los árboles desvanecen y humillan á las nubes con sus copas.

»La capital de este territorio se llama *Épica*. Se levanta majestuosa y sombría en terrenos tan difíciles de cultivar que casi no hay quien se atreva á intentarlo. Sus habitantes, como todos los del reino, son poco escrupulosos sobre la verdad de cuanto refieren: entretienen á los extranjeros contándoles pomposas é interesantes historias de luchas ó hazañas guerreras y amorosas: enseñan á los curiosos los mausoleos de Homero, el sepulcro de Virgilio, el monumento consagrado al Tasso, y las tumbas de Milton, Camoens, Ercilla, Fenelon y Gohete.

»No muy distante de este grandioso edificio se descubre la antigua ciudad de la *Comedia*. Sus habitantes tienen decidida inclinación y gusto exquisito por la imitación y la pintura; pero á veces se extravía su imaginación, y lo que había de ser una fiel reproducción de la verdad, resulta un mamarracho. Complácense en reirse unos de otros, consistiendo en la crítica su gracia principal.

»En una pendiente cercana aparece otra ciudad medio arruinada, conocida por *Tragicomedia*. Hubo un tiempo en que pretendió rivalizar con la *Comedia*, intentándolo tambien con la *Tragedia;* pero sus tentativas han resultado siempre inútiles, á pesar de haber tenido muchos partidarios.

»Fuera de las tápias de la ciudad existe un grande arrabal que se llama *Novelas*. Todos sus habitantes son modelos de hermosura y abnegación, distinguiéndose las mujeres por su virtud ejemplar. Casi todos han sido viajeros y amantes arrebatados, pasan la vida en festejos y ceremonias contínuas, y ningun extranjero sale del arrabal sin haber asistido diariamente á cinco ó seis casamientos brillantes y á otros tantos bautizos ó entierros.

»Desde la salida de este arrabal se descubren una cordillera de altísimas montañas escarpadas y rodeadas de precipicios por todas partes. Esta es la *Tragedia*, país en donde se advierten ruinas de varias ciudades antiguas, y sepulcros de héroes desgraciados. Su atmósfera infunde tristeza y terror, y sus habitantes son sanguinarios en tan alto grado, que las mujeres mismas se gozan á la vista del asesinato de cualquier miserable ó en las agonías del que sabe suicidarse á hierro ó veneno. Existe en la misma un suntuoso palacio llamado de la *Ópera*, cuya erección, se debe, segun la leyenda, á la mágica de cierto italiano. Los que en él habitan lo hacen todo cantando, desde que nacen hasta que mueren, visten lujosos y brillantes trajes, con la misma facilidad dan un beso á su amada, que pegan una puñalada al suegro ó al cuñado, que se descubren del capacete ó de la mitra para saludar con sonrisas y cortesías infantiles á cualquiera de sus admiradores, que son muchos; pues aun cuando se les tiene por locos, acuden á oirles gentes de todas partes.

»La *Poesía alta* y *baja* están separadas por el *Buen juicio*, en donde no se encuentra ni lugar ni aldea, sino algunas cabañas diseminadas.

El país de la Poesía baja es ameno y delicioso, sumamente poblado, pero la mayor parte

sus habitantes resultan feos, endebles y ntrahechos.

La capital es *Elegía*, ciudad rodeada de ñas, rocas y bosques, encontrándose de treo en trecho sepulcros de diversas formas. ay otros varios lugares y lugarejos, entre los ie descuellan las aldeas *Bucólica* y *Canciones* un pueblecito de carácter monumental llama- *Soneto*. En cierto agudísimo picacho está *igrama*, pueblo reducido de extensión pero rosísimo.

En la extremidad meridional del reino, se icuentra la ciudad de *Sátiras*. Sus aguas son lobres en alto grado y picantes á la vez; lo ie contribuye á que sus habitantes sean de mperamento descontentadizo, bilioso y mor-z. Esta región estuvo en su apogeo el tiempo que tuvo dos gobernadores llamados *Juve-l* y *Persio*, los cuales dictaron reglas acertasimas para el buen régimen de sus sucesores. la extremidad septentrional se halla un peeño é inculto distrito, que abarca tres pueecitos casi destruidos llamados *Anagrama, róstico* y *Enigma*. Sus habitantes son gentes norantes, estúpidas ó de mal gusto.

El reino de la Poesía es bastante frio por la irte del Norte. Sus habitantes son robustos y en formados. Los que habitan el Mediodía, sbarran muchas veces por efecto de las inencias del clima; pero salvado esto, son exesivos y agudos, su imaginación brillantísima rebata y encanta. Los que nacen en las proncias orientales, hablan siempre figurado, y n muy exagerados en sus producciones, de anera que los que viven en los departamens occidentales son los que aventajan, por lo neral, á todos los demás moradores de tan sto imperio. Las montañas de la *Poesía* son escabrosas que son contadísimos los que eden escalarlas, aunque no haya quien deje intentarlo. Los tres rios principales que aviesan el reino son: *Verso, Consonante* y *onante*. Para vadear el primero se necesita icha destreza y agilidad; y los otros dos están nos de escollos y bancos, siendo innumeras los atrevidos que encallan en ellos.»

Hasta aquí la *carta* del aleman.

No sé si nadie bendecirá la guerra francousiana que proporcionó este hallazgo que me rmito hacer público más por lo curioso que r lo útil. Yo de mí sé decir que apesar de ello, biera preferido ignorar la existencia de esta *rta* á que se hubieren destrozado mútuamente mo tribus salvajes, dos pueblos que se llaman ilizados.

JUAN DE LAS VIÑAS.

HISTORIA DE UNA PASIÓN

POR

Pedro Huguet y Campañá

(Continuación)

Pero ya ves mi quebranto:
ya sabes tu mi pasión:
¡qué mucho que clame tanto!
mira; me ha dejado el llanto
sin sangre en el corazón!
—Ya más calma en mi no cabe
ni más escucharle puedo:
ó V. trama algún enredo,
ó bien sufre un error grave.
—¡Ese acento me da miedo!
—Váyase; y si es que el delirio
de una infiel le traicionó,
ríase V., señor mío,
de la ingrata como yo
en este instante me río...

Y río con risa sardónica,
y vi en sus pupilas llamas,
y en pálidas mejillas
manchas y tintas violaceas,
y noté ronco su acento,
y sus manos descarnadas,
y sus labios encendidos,
y su respiración tarda.
—¡Luisa! tú sufres;—dije:
lo revela tu mirada,
y tu acento lo revela;
dime de tu mal la causa!
No respondió; alzó los ojos
al cielo como una mártir,
que tendida en el ecúleo
divino auxilio reclama,
y volviéndose de pronto
sin decir una palabra,
entró en el piso, y la puerta
cerró con violencia extraña,
dejándome allí entregado
al exceso de mi rabia.
Golpeé la maciza puerta
que era á mis deseos valla,
grité con gritos salvajes
que ahogó el son de la borrasca,
y cual deben ir los réprobos
pisando abrojos y brasas,
envueltos en sombra y humo
por las regiones tartáreas,
más que bajar derribeme
por aquellas frías gradas;
y sin notar la espantosa
tormenta de viento y agua,
que la consternada villa
bárbaramente azotaba,
salí á la calle rugiendo
y el rostro bañado en lágrimas.

X

Como huye el asesino del paraje
donde agoniza con dolor su víctima,
así dejé á Madrid, á mi olvidada
ciudad tornando sin saber á do iba.
Una y mil veces con fulgor siniestro
relampagueó en mi loca fantasía
del suicidio la idea asoladora
que paz al menos á los tristes brinda.
Pero ¡ay, si era el morir, olvido eterno,
no amar ya más, ni recordar á Luisa,
¿Cómo el placer de tan feroz martirio
perder desesperado yo podía?
Vivir, aunque la vida me agobiase,
vivir, aunque era muy cruel la vida,
porque vivir era pensar en *ella*,
porque era hollar sobre la esfera misma
que *ella* pisaba, y contemplar los rayos
del sol que enviaba luz á su retina,
eso quise con ansia, mientras fiero
de la virtud y el mundo maldecía,
y mi cariño á la amistad negando
la soledad buscaba más arisca.

(Se continuará)

DEL MUNDO ILUSTRADO

EGIPTO — El Muezin



BENGALAS

Colección de novelas, cartas y cuentos ligeros; originales por Eloy Perillán y Buxó, director de *El Tribuno* y de *La Broma*. Este es el título de un libro, muy próximo á aparecer en esta capital, editada por el señor Tasso.

El solo nombre del popular escritor castellano, que desde hace poco tiempo se encuentra establecido en Barcelona, ha bastado para que el público manifieste deseos de adquirir la obra que anunciamos.

Casi seguro és que Barcelona proporcionará un verdadero éxito editorial, al fecundísimo escritor y conocido periodista señor Perillán y Buxó.

MISCELANEA

Un ricacho se negaba á abonarse á una série de conciertos, y le decian:

—Su hermano de Vd. se ha abonado y asistirá á todos.

—¡Vaya una gracia! Si yo fuera sordo como mi hermano, tambien me abonaría!

Un domingo, al caer la tarde, entra en la capilla un matrimonio que ha pasado el día en el campo.

La pobre mujer tira de la chaqueta á su marido que con ojos brillantísimos, paso tortuoso y lengua farfullona, dice:

—¿Qué quieres, Mariquita, si cada cual tiene su martirio? Dios le ha dado al perro las pulgas, al ratón el gato, al lobo el hambre, al hombre la sed...

—Y á la mujer el borracho, añadió ella.

—¿Sabe Vd. á quién le ha caido esta vez el premio grande? ¡Al doctor Llanas!

—Me alegro, me es muy simpático: es hombre que vale mucho.

—Ahora, vale más.

—¿Portero, está en casa el señor Gonzalez?

—No, señor.

—¿A qué hora vuelve?

—No puedo contestar á Vd., porque cuando manda decir que no está en casa es difícil sabes á qué hora vuelve.

NUESTRAS LÁMINAS

BARCAROLA

No existiría la música popular, en nuestro pueblo, sin este instrumento tan barato como armónico llamado guitarra. Cuando vibran las cuerdas al choque de una mano nervuda saltan nuestras piernas y nos incitan á bailar, imperando el arte de hacer piruetas y cabriolas; pero cuando estas mismas cuerdas son pulsadas por la mano experta de una Tersa y sonrosada joven como la de nuestra lámina, vibran con tal suavidad, producen sonidos tan armoniosos, que nos embelesan y nos arroban. Con cuanto gusto nuestros queridos lectores acompañarían á la solitaria joven en delicioso paseo por el mar, donde la brisa gemidora y la ruda armonía de las olas contrastan notablemente con los sonidos que despide la guitarrista.

EL MUEZIN

El sol se hundió tras una colina cubierta de palmeras donde tienen sus nidos las cigüeñas. Las sombras de la noche deslustran el denso azul del horizonte, y el silencio cubre con sus alas la ciudad y la llanura. De pronto en los aires suena un canto agudo, melancólico y prolongado, y los caminantes detienen el paso é inclinan la cabeza. Es el Muezin que desde lo alto de un minarete entona la oración de la tarde, invitando al pueblo musulmán á rezar palabras del Koran. «¡Alah! ¡Alah! ¡Alah! grita con voz tonante enviando el nombre del Señor á los cuatro vientos.

El Muezin es, por decirlo así, la campana del Oriente. De atalaya en su elevada torre que domina el barrio ó el llano en que se asienta, él anuncia á los creyentes el nacimiento y la muerte del dia, y avisa las horas de la oración, haciendo sonar el nombre de Dios en el oido del pueblo que le venera como uno de los ministros de su religión.

UN BESO POR UNA FLOR

La galantería en amor es el disfraz del atrevimiento. Coger sin más ni más la mano de una niña, y estampar un beso en ella, por más que el beso sea hijo de un amor purisimo, causará siempre grave escándalo que atraerá sobre el impetuoso galan el ódio de la doncella y la reprobación de los que se enteren de su acción. Pero besar la mano á una niña so pretexto de entregarla un guante ó una flor que se le ha caido, será siempre una galantería que, léjos de merecer condena, será aplaudida. Y al fin y al cabo el resultado habrá siempre sido el mismo: besar á una mujer.

Tal es el asunto que desarrolla nuestra lámina, en donde se vé al galan coger con una mano la flor caida á la dama, y besar con los labios su mano de azucenas y claveles.

El último día de la libertad

I

Interior de la tienda de Casio, en las llanuras que riega el Estrimon. Por la abertura de la tienda se vé á la ciudad de Filipis ceñida aun por las brumas de la mañana que empieza á clarear. Oyese en el campamento estrépito de armas, y relinchos de caballos. Incesantemente cruzan por el fondo soldados, unos con precipitación á guisa de llevar órdenes, y otros formando compañías.

En el centro de la tienda hay una pequeña mesa, sobre la cual se extiende un plano que acaban de consultar los generales. Momentos de silencio. Casio traza con un estilete de hierro líneas geométricas en un pergamimo. Bruto apoyando el codo en la mesa, y la frente en la palma de la mano, medita profundamente).

BRUTO.—*(De pronto, y como hablando consigo)*.—¡Estoy resuelto!

CASIO.—*(Dejando de escribir)*.—¿A qué?

BRUTO.—A dar la última batalla.

CASIO.—Los capitanes no lo aprueban. Ya has oido hace poco su consejo.

BRUTO.—Y tambien el tuyo. Y opinaste como yo, por la batalla decisiva. ¿Vacilas ahora?

CASIO.—No vacilo; pero sé que la impaciencia es pérfida consejera, y recuerdo las prudentes observaciones que acaban de hacernos Corbulon, Meneyo, y Camilo y la mayor parte de los jefes de las legiones pompeyanas.

BRUTO.—¡La impaciencia! La impaciencia es virtud cuando se trata de acabar con el crímen. Quédese en tales casos la moderación de ánimo para aquellos que están bien hallados con la infamia. Te digo, por Júpiter, que me consideraría vil si ahora no fuese impaciente.

CASIO.—Sin embargo, puede esa virtud servir para proporcionar un triunfo al crímen que siempre es cauteloso. No te arrebates.

BRUTO.—¡Y tú lo dices, Casio! Mas que amigo, hijo por amor era yo de César, y por esta ternura del sentimiento que cuando se deposita en algo noble á los dioses nos iguala, y cuando se fija en algo miserable nos pervierte, esperaba uno y otro día que el dictador, recobrando el respeto á la ley que conculcaba, y volviendo el corazón á la República, de nuevo sin desceñirse uno solo de sus laureles, entregase al pueblo romano los antiguos derechos que tiranamente le usurpaba; y tú entónces, Casio, me impelistes con toda suerte de medios á dejar una espectancia prudente que calificabas de cobardía, ó de envilecimiento. Cuantas veces leí en mi silla curul al presentarme en el Senado, trazadas por misteriosa mano que al fin resultó ser la tuya, estas palabras: «*¿Duermes, Bruto?*» Cuantas veces me llamaste á la conjuración, escribiendo al pié de la estátua de aquel insigne predecesor mio que redimió á Roma de la soberbia de los Tarquinos, esta leyenda: «*¡Ojalá, oh gran patriota, que en alguno de tus descendientes viviese tu alma generosa!*» Con que sútiles tramas me perseguistes y me tentastes hasta lograr que abriese los oidos á tus consejos; y luego con qué vehemencia reprendiste mi apatía, poniendo ante mis ojos la imágen de la

a sacrílegamente profanada por las audacias Si entonces te decía, que estaba ligado al de Farsalia, por el afecto y por la gratitud ebía, tú me contestabas que mayor afecto y mayor debía á Roma que era mi madre y ge-ıonrada por aquel grande hombre. Si te obje-endo que él había llevado con fortuna nuestras or los bosques druídicos de la Galia, por las costas de Iberia, por entre las nieblas de Ger-or los inexplorados mares de Bretaña, por los de Egipto, las palmeras de Siria y las soleda-Ponto arrojando vencidos á las plantas de s más tenaces enemigos y dilatando por el ı gloria de su nombre, lo cual sujetaba á la pa-ıdimientos de amor para quien tanto la enal-u me hablabas de su ambición que rebosaba lor, y me mostrabas la ley rota en sus manos, ıo adscrito á su voluntad, la magistratura des-le privilegios, el pueblo bajando por la pen-e á dos pantanos de la servidumbre, y César ı en la nube de la soberbia á las cimas de la Si recordándote la clemencia que conmigo usó lia, la piedad con que lloró ante la sangrienta e Pompeyo, la generosidad con que favoreció ıo y Calvo su detractor, perdonó á Cornelio u perseguidor, y tendió una mano amiga á Ca-le infamó en versos imperecederos, y la noble ue siempre dió al olvido todas las injurias y s enemistades, te indicaba que hombre que á ıtimientos daba abrigo no podía ser tirano me-de muerte, tú me argumentabas sostenien lo hipocresía empleada para remachar á mansalva ello de la República la argolla de la servidum-i te aconsejaba que debíamos aguardar vigilan-ı que de una manera decisiva se revelasen sus os parricidas, tú me mostrabas su estátua des-ı entre las de los antiguos reyes, me enseñabas en que se sentaba en el Teatro, la silla de oro a en el Tribunal, y los altares que se le habían para rendirle sacrificios únicamente debidos á es; y me traías á la memoria el desdén con que de los tribunos, la arrogancia con que sentado mplo de Venus recibía las humillaciones del la corona de laurel que al volver de las Fiestas le ciñó el pueblo, y los rumores que propalaba otta acerca las profecías de los libros dibilíti-onic lo que reclamaban un rey para Roma. razón Casio, tenías razón. Aquel gran le hom-un libertieida. Yo participaba de la vergüenza clavitud y del crímen, en tanto no firmaba mi con el puñal de Marco Bruto humedecido en del tirano. Y me impacienté. Y envuelto en mi esperé en las idas de Marzo al pié de la estátua peyo Vino: era mi padre, y clavé mi puñal en ón. Esto hice con él, y era noble, y era mag-y valiente, y generoso, y yo le amaba: y tú que ñaste al tiranicidio con tan porgiadas artes, in-udencia y pides moderación clara que capita-veinte aguerridas legiones, y escupen á la faz epública desde lo alto del sacro Capitolio, un borracho como Antonio, un muchacho cobar-Octavio, y un avaro imbécil como Lépido. es preciso acabar de una vez con tanta vergüen-a dia que dejamos pasar sin venir á un desenla-una nueva afrenta para Roma, y un remordi-para nosotros. Esto ya ha durado en demasía.

o.—Mira, oh Bruto, cuál es nuestra posición. A erda un rio y unas lagunas que nos preservan ie: á la derecha unas montañas abruptas, y unos eros en que se apoya el ala extremo del campa-detrás el mar por donde nos llegan naves ami-adas de abastos; y al frente ancha llanura don-e moverá ni una decaria enemiga que no alcan-stros centinelas: nuestra posición es inexpugna-cambio el ejército de los triunviros compuesto e bisoña y acampado en terreno devastado y no podrá, no, permanecer mucho tiempo sin disolverse, y entonces disuelto y logrado así con nuestra actitud espectante lo que tú quieres fiar al éxito sangriento y problemático de las armas, descenderemos al llano y seguiremos sin obstáculo hasta llegar á Roma y subiremos al Capitolio para aventar desde allí las últimas pavesas de la tiranía que aun relumbran entre las cenizas de la hoguera de César.

BRUTO.—Discurres como retórico, no como republicano. Para merecer la libertad, debemos saber conquistarla. Libertad traida por el acaso sin combate, no significa al que la logra. De esa manera podría alcanzarla el pueblo más abyecto sin ser digno de ella. No, Casio, no: un momento de paz equivale tolerar la tiranía.

CASIO.—¿Y si por la impaciencia te pierdes y dejas que la tiranía asegure su triunfo?

BRUTO.—Habré cumplido con mi deber, y será prueba que no merecíamos la libertad, pues no habremos sabido conquistarla.

CASIO.—Y Roma gemirá eternamente en la opresión.

BRUTO.—Suya será la culpa por no haberse unido á nosotros. Y en fin, Casio, hora es ya de que de una vez y para siempre sepamos de parte de quien están los Dioses, si con Bruto ó con Octavio.

CASIO.—Y piensas resignarte á la ley del vencedor en caso de serte contraria la fortuna?

BRUTO.—Cuando mi tio y suegro el virtuoso Caton, despues de la rota de Farsalia huyó á Utica y no pudiendo resistir la vergüenza de Roma se rasgó las entrañas, reprobé su acción porque me pareció que á nadie es permitido desertar del puesto que el cielo le ha señalado; pero ahora que comprendo que si pierdo la batalla nada me restará que cumplir sobre la tierra, miraré el desastre como una condenación de los dioses, y te juro que imitaré aquel ejemplo.

CASIO.—Tus palabras, valeroso hermano, me fortalecen. Peleemos, pues, ya que así lo quieres. A mi vez juro imitarte. De este modo sino vencemos, nada tendremos que temer del vencedor. Voy á ordenar el campo.

PORCIA.—*(Saliendo)*.—No irás, Casio. Todo lo he oido; y te digo que no irás.

BRUTO.—*(Con asombro)*.—Que dices, esposa mia?

PORCIA.—Que no se dará la batalla. ¿Lo oyes, Bruto? Que no se dará.

BRUTO.—Vé, Casio, á preparar las legiones.

PORCIA.—Detente, Casio.

CASIO.—Suelta el manto, Porcia.

BRUTO.—Esposa mia, por vez primera te desconozco, porque por vez primera sabiendo mi voluntad te opones á ella.

PORCIA.—Porque tu voluntad vá á ser fatal á Roma. ¡Oh, Bruto, acuérdate que una noche acampando en las orillas del Xanto entraste despavorido en mi cámara y me despertaste.—¿Qué tienes, Bruto? te pregunté.—¡Ay, Porcia! contestastes: estaba solo en mi tienda trazando el plan de la campaña que voy á acometer: todos dormían y el silencio más solemne caía como una losa sobre el universo: de pronto se movió el lienzo de la tienda, y vi aparecer la visión más horrenda y espantosa. Me miró en silencio con ojos sanguinolentos, y como le preguntase yo que quien era? me contestó: «Tu genio malo y vengo á anunciarte que nos encontraremos en Filipis.» Dicho lo cual desapareció el mónstruo. ¿Es verdad todo esto, Bruto?

BRUTO.—Es verdad.

PORCIA.—Pues ya estás en Filipis. No esperes á que aquel monstruo te visite en medio de la batalla.

BRUTO.—Dices bien, ya estoy en Filipis. Si mi genio malo ha de venir á visitarme aquí del mismo modo vendrá que yo batalle que me recoja en la tienda. Pues si ha de venir encuéntreme al menos pugnando por mi cara República y perezca yo con gloria, y cueste lágrimas á los tiranos su triunfo. Ea, Casio, que toquen al arma.

(Se concluirá)

Imp. DELCLÓS y BOSCH. Sta. Mónica, 2, Pasaje



Un beso por una flor



FEBRERO

Sol s. 7'10.- P. 5'19

1	M.	S. Ignacio
2	M.	Pur. N. Sra.
3	J.	S. Blas
4	V.	» Andrés
5	S.	Sta. Agued.
6	D.	» Dorotea
7	L.	S. Romual.
8	M.	» Juan
9	M.	Sta. Polon.
10	J.	S. Guiller.
11	V.	» Saturnin
12	S.	» Modesto
13	D.	Sta. Catali.
14	L.	S. Valentín
15	M.	» Faustino
16	M.	» Elías
17	J.	» Alejo
18	V.	» Simeón
19	S.	» Conrado
20	D.	» Eleuteri.
21	L.	» Félix
22	M.	» Pascasio
23	M.	Sta. Marg.ª
24	J.	S. Matías
25	V.	» Cesáreo
26	S.	» Faustino
27	D.	» Lázaro
28	L.	» Román



¡UNA LIMO



¡CABALLERO!

LA BARCA NEGRA

La noche era oscura. El reloj de la torre del castillo de Reichcinthal acababa de lanzar al espacio dos vibrantes campanadas, cuando un bulto que se confundía con la negrura del espacio se deslizaba ágilmente por una escala dé seda desde una de las ventanas del primer piso, hasta la barca que al pié del muro meciéndose en el río le esperaba.

—Rema! dijo el recien llegado cuando hubo puesto los piés en la embarcación. Y se oyó un acompasado rumor en el agua, y la barca resbaló suavemente por la tranquila superficie del río.

Seguía vogando la barca á lo largo del rio siempre con igual velocidad. El viento frío empezaba á tornarse tempestuoso. El caballero Armanuo de Multser sintió impaciencia, y dijo:

—Aprieta los puños, tunante; ya deberíamos haber llegado rato há.

—Llegaremos, señor; contestó con ronca voz el barquero, cuyas facciones la oscuridad ocultaba por completo.

Pero la barca siguió vogando sin llegar al término de su viaje. El viento cada vez aumentaba en furor. Armando sintió amagos de ira, y dando un puñetazo á un lado de la barca que se inclinó con peligro de volcar, gritó:

—Por las uñas del diablo, que te arrojo al río, si en medio cuarto de hora no dás fin á esta ruta!

El barquero no contestó palabra, y ni siquiera se oyó que apresurase el compás de los remos. La barca, sin embargo, corría como flecha, pero no llegaba á su destino. Notó el caballero que había transcurrido más de media hora, y sin poderse contener se puso en pié rugiendo:

—Ese maldito se habrá desorientado en medio la oscuridad. Ea, basta: atraca la embarcación á la orilla.

—Un momento;—repuso el barquero—desde aquí ya se vè el palacio.

Efectivamente el día dejaba vergonzosamente escapar filtraciones de ténue claridad por entre las nubes que el viento no cesaba de rasgar, y á favor de este timido crepúsculo se veía cubierto con las nieblas del río la mole de un soberbio castillo.

Pero la barca corría, y no llegaba al castillo.

—Será menester que empuñe yo los remos;—dijo Armando, y dirijiéndose al barquero añadió—ea, dáme eso!

Entonces observó que el barquero era un hombre de atlética estatura, torva mirada, rostro oculto por espesa, negra y desgreñada barba, y récios miembros. Armando vivamente sorprendido, le preguntó:

—¿Quién eres?

—Soy el padre de Janin; el pobre chico se puso malo mientras al pié del palacio de Reicheinthal aguardaba que tú dejases los brazos de la condesa Elfrida, y vine á sustituirle.

Armando se mordió los lábios con rábia al oir el nombre de la castellana, y murmuró:

—Mucho sabes, para que te deje vivir.

De repente el caballero arrojó una espantosa blasfemia.

—¿Qué es eso? ¿Dónde me llevas?—gritó poniendo la mano en su puñal.

—Allí—contestó friamente el barquero, y le señaló el castillo.

Instintivamente Armando siguió con la vista el punto que le indicaba el barquero, y quedó mudo de terror. Por un momento creyó volverse loco. En lo alto de una almena del castillo acababa de ver pendiente de una cuerda su propio cadáver, que el viento balanceaba y los grajos picoteaban lanzando feroces alaridos.

—¡Estaré soñando!—dijo al cabo repuesto de su espanto.—Barquero: ¿qué castillo es ese, y qué muerto es el que pende de aquel torreón?

—El castillo es Reicheinthal; el muerto eres t[ú]

Armando quedó aterrado. Porque realmente el que se balanceaba sobre el abismo parecía refle[jo] propio cuerpo, y aquel castillo era el en que hab[ía pa]sado la dulce noche en amoroso delirio.

Al ver la bandada de cuervos que arrancaban [peda]zos de carne del muerto, lanzó Armando un h[orrible] grito, al que el barquero contestó con una estr[uendosa] carcajada. Y la barca empezó á hundirse en las [olas.] Y el castillo se hundía tambien con la barca. Y [el bar]quero seguía con su sardónica carcajada.

Las olas del río se encorvaban sobre la fren[te de] Armando formando negra bóveda, por la cual m[iraba] las últimas estrellas de la mañana como fosfóric[as lám]pilas.

De improviso la cuerda que sostenía el cadá[ver se] rompió, cayendo el ahorcado en el río, en el cua[l abrió] ancho y profundo agujero, por el cual se precip[itó la] barca, arrastrando con ella á Armando y al bar[quero.]

. . . .

En aquel momento se vió en una de las vent[anas del] castillo de Reichcinthal asomar cautelosament[e una] dama, que con esfuerzo desesperado arrojó al r[ío un] cadáver, hecho lo cual, volvió á cerrar presurosa los vídrios de colores.

Era que, despues de una noche de pasión c[on Ar]mando, había despertado encontrando á este cad[áver] muerto á su lado.

Lo que Armando había visto, lo vió en la fiel agonía que precedió á su muerte.

JUAN MARTINE[Z]

LA VIDA.

Nace el mortal y se encuentra
en el campo de la vida,
sin saber á su venida
con qué condiciones entra.
Mudo en sí se reconcentra
el día que ve llevar
un cadáver á enterrar,
y voz funesta le advierte,
que en aquello, que es la muerte,
cuanto vive ha de parar.
Conozco sobrado bien,
si atento al orígen subo,
que lo que principio tuvo
fin debe aguardar también.
Más ¿por qué nevar la sien
que rizos de oro ha lucido?
¿Por qué torpe y dolorido
volver el añoso brazo?
Muriera el viejo á su plazo
sin morir envejecido.
Suframos que la vejez
luche con el cuerpo y venza;
pierda la dorada trenza
Vénus y la fresca tez.
Más con el rostro á la vez
¿por qué el alma se ha de ajar?
¿por qué el tesoro agotar
de sus nobles facultades,
cuando alcanza eternidades
la carrera que ha de andar?
Lleve el hombre su razón
hasta la tumba, conserve
llama el fuego con que hierve
su vaga imaginación;
su memoria en la ocasión
dígale siempre «héme aquí;»
mande yo en mi sér, asi
mi fin me hallará resuelto,
aunque la edad me haya vuelto
caricatura de mí.

JUAN EUGENIO HARTZENBUSC[H]

El último día de la libertad

(*Continuación*)

ɔRCIA.—¡Bruto! ¡Esposo mío! ¡Por mi amor!
.R TO.—Calla, ó dirán que no eres hija de Caton.
ORCIA.—¡Soy tu esposa! ¡Te amo!
RUTO.—Pruébalo. Vendida pareces á los triunvi- según te esfuerzas en quebrantar mi ánimo. Ea, rta. *(Se van los generales, dejando sola á Porcia en- da al mayor desconsuelo).*

II

(En lo alto de una pequeña colina, Casio rodeado de ltitud de capitanes y soldados, mira la llanura, donde na extrépito de formidable batalla).

CASIO.—Decidme qué pasa allá abajo, amigos. El lvo del combate ciega mis ojos, y sólo distingo por llamadas que el sol arranca á los aceros, las ondu- iones de la serpiente.

LUCILIO.—Revueltas andan las haces de tal manera imposible es distinguir si extienden las alas protec- as sobre las legiones de Antonio, ó sobre las legio- s de Bruto aquellas águilas que corren á lo ancho y o largo de tu campamento.

MENEAS.—Sobre las de Antonio las extenderán, esto que atacándonos por el flanco que dejó Bruto scubierto en su briosa embestida, se apoderó el triun- ro de nuestras trincheras.

TICINIO.—¡Imposible! Bruto, no encontrando con iien pelear en el desbaratado ejército de Octaviano, retrocedido sin duda buscando á Casio para juntos abar de una vez con la insolencia del triunvirado. Es enester que bajemos á reunirnos con nuestros amigos.

MENEAS.—Me opongo á tu parecer. Aunque Bruto biese derrotado el numeroso ejército de Octaviano, o le habría dejado Antonio, desembarazado de nos- tros, retornar al campamento sin grande combate.

CASIO.—¡Cuánta sombra en los ojos! ¡Y cuánta duda n el pensamiento! Desvanezcámoslas enseguida. Tici- o mi bien amado amigo, anda, y mira acortando la stancia, qué cuerpo de ejército es ese que al pié de esa olina se mueve. Si de Bruto es, correremos en su au- lio y nuestra será la victoria; que fuerza y ánimo nos edan para conquistarla y merecerla. Si es de Anto- o ¡ay, todo se habrá perdido!

TICINIO.—Los Dioses sean conmigo. Casio, no des- speres, ni te arriesgues hasta que yo vuelva á desva- necer las dudas que nos envuelven. *(Sube á caballo, y aja la colina).*

CASIO.—Amigo del alma, que Marte te sea propicio. Vosotros, compañeros, requerid las espadas para em- plearlas otra vez en la matanza, contra los enemigos si a victoria aun no nos ha abandonado, ó contra nos- otros mismos si los hados nos son funestos. Y en tan- o, seguid con la vista á Ticinio.

MENEAS.—Por su vida temo, Casio.

CASIO.—¿Qué estás diciendo?

MENEAS.—Sí, porque todo me indica que Bruto ha sufrido mayor desastre que nosotros.

LUCILIO.—Pues allá léjos fuertemente parece se pe- lea todavía, según el rumor que llega.

MENEAS.—Rumor que puede ser crujido de armas y són de tambores y trompetas, que celebran la vic- toria.

LUCILIO.—Fatídico estás, Meneas. Muy valerosas se te figuran las legiones enemigas.

MENEAS.—Ojalá yerre yo, Lucilio: que me acicatea el pecho ansia de acabar con esas tres aves de rapiña que pretenden arrojar del Capitolio las águilas de la República.

CASIO.—Amigos míos, Ticinio llega ya cerca el es- cuadrón que ocupa las tiendas de Bruto. Atended.

LUCILIO.—Es verdad, es verdad. Y descabalga.

MENEAS.—Ved los soldados le rodean, y se apode- ran de él. ¡Oh, desgracia!

LUCILIO.—Dice verdad, Meneas. Ticinio ha caido prisionero. Soldados de Antonio son los que miramos.

(Se continuará)

FEBRERO

Placer en el corazón,
locura en la fantasía,
en el aire la armonía
del brindis y la canción,
mucha danza en el salón,
mucho disfraz lisonjero,
mucho ócio, poco dinero
los dias con viento y nieves,
las noches suaves y breves:
tal es el mes de *Febrero.*

AVISO IMPORTANTE

Quedan reimpresos los números agotados. Nuestros favorecedores á quienes falte algún ejemplar ó deseen la total colección, pueden dirigirse á nuestros correspon- sales ó directamente á esta Administración, acompa- ñando el importe en sellos á razón de 15 céntimos por cada número atrasado, serán servidos á vuelta de correo.

La colección de 21 números tiene un total aproxi- mado de 250 láminas y 100 columnas de texto.

NUESTRAS LÁMINAS

¡UNA LIMOSNA, CABALLERO!

Salieron á gozar las caricias de un hermoso sol de invierno, mon- tados en charolada carretela los aristocráticos esposos rompiendo por el paseo más lujoso y concurrido de la ciudad, sin dignarse di- rigir una mirada á la gente de á pié, como quien pasa ignorando que haya álguien que pueda pasea con el auxilio de sus remos.

Acababa el marido de saludar con aire de protección á un joven vizconde agregado á cierta embajada, y acababa la esposa de de- dicar la más leve pero más graciosa y expresiva de sus sonrisas á otro joven título de Castilla que pasó haciendo galopar su brioso caballo inglés, cuando se estendió por entre los dos consortes una extraña sombra. Volver ambos la cabeza, y arrojar una exclama- ción de espanto, fué cosa instantánea.

Era un mendigo que sin anunciar su visita se había encaramado en el estribo del carruaje, sombrero en mano con sonrisa estúpida murmuraba «una limosna caballero!»

El caballero que era senador del Reino llamó á un polizonte para que quitase aquel súcio moscardón que afeaba las pomposas galas de la señora y la aterrorizaba. El polizonte se llevó al mendigo al cuartelillo, y el coche siguió su camino rodeado de una nube de aduladores, especie de mosquitos de alas doradas, que fueron á ofrecer sus respetos á la dama y á interesarse por su preciosa salud que había puesto en peligro aquel miserable perdulario, que, al de- cir de aquellos «melosos», era merecedor de horca por el inaudito desacato de pedir limosna para no morirse de hambre, á tódo un matrimonio paseante en carretela.

Lo singular del lance consistia en que nadie estaba enterado de que aquel pillete era hijo de un modesto artesano que murió de- jándole sumido en la mayor miseria, á consecuencia de haber per- dido todos sus ahorros que tenia invertidos en acciones de cierta sociedad de la que el senador ofendido era gerente merced á cuya dirección quebró quedando él con algunos millones en el bolsillo.

¿QUE ESTARÁ ESCRIBIENDO?

Vaya una pregunta! Mujer jóven, hermosa, y sevillana, claro es- tá que si escribe, y escribe á solas, escribirá á su novio y le habla- rá de las penas que le causa su ausencia. Si pudiésemos echar la mirada por encima de los hombros de la niña y leer lo que el papel dice, de seguro veriamas cosas que nos harian rabiar de envidia.— Esta envidia estaria tanto más justificada cuando esta tan guapa como esbelta jóven no es una creación artística, sinó un tipo real que encarnara su ser, que se entregara en cuerpo y alma al mortal que valga lo necesario, que ha de ser mucho, para poseer semejan- te tesoro humano.

Tip. DELCLOS y BOSCH, Sta. Monica, 2. Pasaje.



¿Que estará escribiendo?



Cogiendo flores

SUSCRICION
Semestre. . . 3 Ptas.
Año. . . . . 5'50 id.
Pago en moneda, libranza ó sellos únicamente en la Administración, de 10 á 1 y de 3 á 5.
ESCUDILLERS 5, 7 y 9
Barcelona

Núm. 23 Año I

ILUSTRACION NON PLUS ULTRA

Barcelona 10 Febrero 1887

NÚMEROS SUELTOS
10 céntimos de peseta y 15 los atrasados.
De venta en las librerías, kioscos, vendedores ambulantes y puntos de costumbre en
España

Núm. suelto 10 cént. de peseta ⁕ **Núm. suelto 10 cént. de peseta**

Los corresponsales venderán por manos á los vendedores ambulantes.

MUJERES

Preguntaba un rústico á un cura:—Dígame V. padre, para qué habrá criado Dios á los mosquitos? que yo paso las mas noches desvelado pensándolo, y no lo puedo acertar.—Pues, hijo, para eso: contestó el sacerdote.

¿Para qué habrá criado Dios á las mujeres, que me vuelvo tarumba pensándolo y tampoco lo puedo acertar! Eso me digo, y como el cura del cuento me contestó: Pues amiguito, para esto mismo las crió, para volvernos tarumbas. Y no podía ser para otra cosa. Si registramos la historia de los acontecimientos humanos, desde el Génesis hasta la Correspondencia de España, veremos siempre la mujer causante de los malos ratos que sufre el hombre.

¿Quién es ella? preguutaba ante todo aquel Juez siempre que se encontraba con algún acusado. Y no andaba del todo descaminado el hombre. Porqne ella será más ó ménos blanca, rubia, ó morena, alta ó chica, jóven ó vieja, pero al fin ella es la que hace que aquel empleado se alce con los fondos de la tesorería, que aquel magistrado prevarique, que aquel abate ande convertido en tarro de pomadas, que aquel militar conspire, que aquel estudiante salga calabaceado una vez cada año, y que aquel hortera se arroje de cabeza al mar.

Sentadas estas premisas ocurre pensar si hubiera sido preferible constituir la humanidad sin esa parte débil llamada mujer. Por de pronto la cabeza se inclina á opinar afirmativamente considerando que mundo sin mujer sería cárcel sin cadenas ni rejas, pero el corazón al galope le sale al encuentro gritando ¡no! porque juzga que mundo sin mujer sería noche sin estrellas. Entre tan diversos pareceres á favor de cada cual batallan poderosas razones, uno no sabe que partido tomar, y aunque por lo regular el ánimo por la fuerza del egoismo propende á votar con la cabeza, basta oir el cruje de una falda, ó ver el chapín que encierra monísimo pié, para dar al traste con los argumentos, y pasarse al campo del córazón con toda suerte de bagajes. Y crujen tantas faldas, y se ven tan lindas botitas!

Pero qué botitas! Ayer sin ir más léjos encontré á mi amigo Prudencio, el cual siendo de natural cachazudo, iba como si diablos le tirasen del copete.—¿Pero chico donde vas de esta manera? le dije yo. ¿Persigues algún acreedor?

—¡Calla! Ando tras unas botitas que se me escapan. ¿Ves? aquella muchacha las lleva... ¡Pero qué botitas, hijo, qué botitas! Les he visto, y te digo que son sublimes.

Y el pobre se disparó dejándome bizco de sorpresa. Más lo peor del caso fué que al atravesar el arroyo para no perder la pista que seguía, le alcanzó un simón de plaza magullándole un muslo, por lo cual el pobre Prudencio tuvo, entre ayes y suspiros, que ser llevado á una farmacia para que le echasen bizmas dejándole más fajado que momia faraónica.

Cuando uno ve estas cosas, la piel se le pone de gallina, y le entran tentaciones de pedir á Von Herr—(alemán tenía que ser) que le permita colaborar en su diario, que es un periódico que se publica en Viena destinado esclusivamente á escribir pestes de las mujeres poniéndolas como ropa de Páscua sin respeto á fuero.

Pero luego vuelve á crujir el vestido, ó vuelve á asomar la punta de la achoralada botita, y ¡adios filosofía! por más Prudencios que seamos corremos tras el hermoso encanto á riesgo de que otro simón nos pille entre sus ruedas.

¿Qué le hemos de hacer, si somos así?

JUDAS TADEO

HISTORIA DE UNA PASIÓN

POR

Pedro Huguet y Campañá

(Conclusión)

Me fió ese pliego con el triste encargo
de que apenas cerrase ella los ojos
se lo entregase á V.; pero hace una hora
le acometió con fuerza tal trastorno
que imaginé se le arrancaba el alma.
¡Aquel piso es tan frío y es tan lóbrego,
y sufre la señora tan cruelmente,
y yo tanto en sus ansias me acongojo,
que he resuelto, faltando á su confianza
entregarle á V. el pliego con propósito
de que mi infeliz ama no se muera
abandonada allí del mundo todo.
¡Qué desgraciada que es la pobrecita!
A su servicio estoy, y la conozco
desde que, por salvar de la deshonra
á su padre el barón (que en un negocio
nombre y caudal jugó) dobló sumisa
el cuello al yugo ruin de un matrimonio
ridículo y sin fé y, la he visto siempre
llorando en un rincón de su oratorio.

Hoy, en pago de tanto sacrificio,
se encuentra en el más bárbaro abandono,
huyendo del marqués, á quien dijeron
que un joven una tarde de este otoño
habló con doña Luisa enamorado,
y el marido, encelado como un ogro,
al notar que á sus cínicas preguntas
le contestaba mi ama con sollozos,
ciego de rabia levantó la mano
é hirió inclemente aquel divino rostro.»
Como si sobre el mío cien tenazas
chirriado hubiesen al salir de un horno,
«¡Miserable!»—rugí con voz de trueno,—
al entender el crimen de aquel monstruo.
Lanzando ahullidos fieros, vacilante
la estancia recorrí como un beodo,
buscando con los puños extendidos
algo palpable que rasgar en trozos.
Los proyectos sangrientos de venganza,
las explosiones de blasfemia y de ódio
que forjé y proferí, ni Satán mismo,
cuando caído del excelso trono
por vez primera levantó la frente
por sobre el mar de derretido plomo,
los pudo ya igualar: ¡ah! cómo hubiera
querido allí encontrarme sin estorbo
con aquel miserable, para ahogarle,
herir sus carnes, reducirle á polvo,
y, amasado en el charco de su sangre,
formar con él sucio montón de lodo,
y otra vez darle forma, y otra, y luego
repetir mi venganza sin reposo.
El paroxismo de mi hirviente rabia
sólo cesó cuando negóme apoyo
el cuerpo extenuado de fatiga...
al fin caí en estupidez absorto.
—«Cálmese usted y sígame,—me dijo
aquella fiel mujer con triste tono,
y los pasos movi como un sonámbulo,
errante la mirada, el ceño torvo.

XXI

Era la hora en que las sombras
tienden el negro crespón
con que borran del espacio
el postrer rayo de sol.
Muchas calles, muchas plazas
crucé con paso veloz,
siguiendo á mi acompañante
cual perro de su amo en pos.
Al fin subí una escalera,
y entré por un corredor
donde el frio y el silencio
tenian quieta mansión.
Llegamos ante una puerta
de indefinible color,
y al abrirla, la muchacha
con un signo me advirtió
que allí reprimir debía
toda explosión de dolor.
Entramos: un soplo frio
invadió mi corazón
helándome hasta las lágrimas
que en intensísimo hervor
iba agolpando á mis párpados
el volcan de mi pasión.
La muchacha con cautela
á la alcoba se asomó,
y luego hacia mi tornando
me dijo con débil voz:
—Duerme la pobre señora
con sueño reparador,
y en tanto, si V. permite,
en cuatro segundos voy
ahí cerca á buscar la pócima
que ha recetado el doctor.»
Marchóse, y dejóme solo
con mi desesperación.
Cual saltan candentes rocas
de un cráter en erupción,
así horribles pensamientos
pronto en tumulto feroz
de mi cerebro brotaron
en mengua de mi razón.
Y olvidando que la muerte
airada blandía su hoz,
para segar la mas bella
rosa que dorara el Sol,
no pensé sino que estaba
cerca de mi eterno amor,
sin vallas y sin testigos,
que enfrenasen mi pasión,
y creí que desligado
de una pesadilla atroz
me encontraba en aquel tiempo
tan feliz y halagador
en que al abrigo del bosque
donde nuestro amor brotó
iba á soñar cada tarde
con una nueva ilusión.
Entonces, arrebatado
por esta imaginación,
sintiendo hambre de cariño,
y afan de alzar el clamor
que en mi espíritu rujía
sordamente y con furor,
quise, con tentación loca
que el infierno me inspiró,
entrar en aquella alcoba
que era encendido crisol
donde Luisa como Fénix
renacía á mi pasión,
y cogiendo entre mis brazos
al ídolo de mi amor,
llevarlo conmigo á un páramo,
ó á algun ignoto rincón,
donde ignorados del mundo,
y vistos solo de Dios,
sin desatar nuestro abrazo
viviésemos ella y yo.
No se como fué; recuerdo
como un remoto sueño hoy
que me encontré de repente
sin movimiento ni voz,
en el umbral de la estancia
donde moria mi amor.

(Se continuará)

UNA AVENTURA

EN UN BAILE DE MASCARAS

Era filósofo, y se llamaba Ignacio: dos circunstancias que no indican aficiones de trasnochador; y sin embargo el reloj de la Catedral había lanzado al aire once campanadas, y nuestro hombre se paseaba por la Rambla poseido de viva inquietud, sin advertir que los faroles de los serenos hacía rato que le miraban con sus bermejas pupilas como asombrados de verle.

Mucho duraba el misterioso paseo, cuando pasó cerca de Ignacio un carruaje del que salieron cuatro revoltosas mascaritas que, ágiles como ardillas, penetraron en el Gran Teatro del Liceo.

Nuestro filósofo que lo notó, corrió trás ellas, y como le fuese imposible alcanzarlas, dirijióse á la taquilla en un arranque de desesperación, adquirió un billete, y con él entró en el local donde se celebraba el último baile de la temporada.

Cualquiera que se hubiese fijado en aquel hombre que cruzaba el vestíbulo con ademan grave y rostro ta-



MA.



MAJOS

citurno lo hubiéra tomado por un marido engañado ó por un amante celoso: pero si hubiese sabido que el tal sujeto era filósofo, y se llamaba Ignacio, y por consiguiente que se conservaba célibe y desconocedor de las ánsias amorosas, de seguro que hubiéra temblado imaginándose que iba á acontecer alguna catástrofe.

Acabábase de bailar una estrepitosa polka cuando Ignacio puso el pié en el salón. Al gemir de los violines y al roncar de los timbales, había sucedido el rumor de las conversaciones, los chasquidos de las carcajadas, las agudas notas de los gritos, lo cual unido al cruje de los vestidos, y al incesante movimiento de cuatro ó cinco mil piés, formaba algo parecido al tumultuoso rodar de alborotadas olas en los huecos de profunda gruta.

Las luces con profusión esparcidas á manera de guirnaldas de estrellas herian los cristales de las arañas, los dorados de los palcos y las joyas de las máscaras, arrancando fulgores y centelleos que daban al salón aspecto de ramillete de fuegos artificiales.

Pero todo esto pasaba inadvertido por Ignacio, quien recibía sin pestañear aquellas oleadas de rumores, de luces y de carne humana, como reciben las esfinges egipcias la lluvia de fuego y arena en la soledad del desierto.

Momia, gerifalte embalsamado, cornucopia, fantasmón, y otras mil lindezas salpicadas de atrevidas pullas le dirijieron las máscaras que le veían plantado en un rincón del teatro; algunas al descuido le dieron tal cual pisotón para hacerle salir de su mutismo, y no faltó quien le tirase del brazo y le llamase hermoso, proponiéndole comer un plato de jamón dulce en amable soledad.

Pero Ignacio resistía impertérrito estas acometidas, como si las hubiesen dirijido á la estátua del Comendador.

La orquesta lanzó al aire sonoras vibraciones, y la multitud se agitó con nervioso extremecimiento. Enlazáronse cien y cien parejas las cuales empezaron á correr como un torbellino de gasas de flores, de plumas y de oro por delante los ojos de nuestro imperturbable filósofo. Nadie hubiese dicho de él que fuese de carne y hueso, segun mantenía rijido su semblante en medio aquel desbordamiento de alegría.

Y así pasó media hora, y otra media, y al schotisch sucedió el wals, y al wals el galop, é Ignacio siempre firme en su puesto, siempre mudo, siempre grave.

¿Qué pensamiento le había llevado allí? ¿Imaginaba alguna venganza? ¿Se había vuelto loco? ¿Andaba á caza de alguna aventura?

Quién sabe! porque suceden cosas tan raras en el mundo, que bien pudiera un hombre apesar de ser filósofo y de llamarse Ignacio, sentirse tentado por el diablo una vez en su vida.

Lo cierto es que Ignacio con afan siempre en *crescendo*, pasaba revista á todas las mujeres que se agitaban en la vasta platea, cual si buscase á alguna ingrata á quien tal vez adoraba ¡ay! sin esperanza, y lo que es peor, sin fuerza para declararle sus sentimientos.

De pronto una oleada de gente apartó los grupos que ante sí tenía Ignacio, y le trajo otros nuevos á la vista, y en este momento, ¡santo Dios! perdió el filósofo su impasibilidad de estátua, y con una audacia de que parecía incapaz, avanzó por entre un apiñado corro, pisando piés, desgarrando faldas y descomponiendo tocados, y encarándose con una máscara que iba vestida de papagayo, cojióla nerviosamente del brazo, diciéndola con sordo acento estas misteriosas palabras:

—Pero, D.ª Bruna de los diablos, quiere V. hacer el favor de decirme dónde ha puesto mi gorro de dormir!

El misterio quedaba deshecho. D.ª Bruna, pupilera de D. Ignacio, había querido ir al baile con otras amigas á correr un bromazo propio de su condición de viuda, y como á última hora no tuviese bastante rellenada aquella parte del traje que figuraba la cola del papagayo, necesitó echar mano de todos los trapos de la casa, y entre estos ¡oh profanación! incluyó el gorro de dormir del filósofo.

D.ª Bruna envolvió á éste en una mirada fulmina[nte] y entró en un palco.

Al cabo de un rato salió, y sin decir palabra, con [aire] de reina ofendida arrojó el gorro al rostro de nues[tro] hombre.

D. Ignacio escapó con el chisme en la mano, perseguido por un infernal trompeteo de carcajadas.

FABIAN SOTERAS.

El último día de la libertad

(*Continuación*)

CASIO.—*(Con grande lamento)*.—¡Ay de mí! Vil miserable yo, que por conservar la sombra de una vi[da] que detesto he entregado á la muerte al mejor de [mis] amigos. Ticinio, Ticinio; por mucho que se apres[ure] Antonio en degollarte, te alcanzaré en la barca [de] Caron.

LOS CAPITANES.—¿Dónde vas, Casio?

CASIO.—¿Dónde voy? Mirad. Allá bajo Bruto der[ro]tado, Ticinio preso, la libertad esclava, la tiranía triunfante, Roma abandonada: ¿dónde puedo ir, sino á r[e]catarme de tanto dolor, y tanta afrenta?

LUCILIO.—Casio, por Júpiter no te entregues á [la] desesperación. Modérate y huye.

CASIO.—Eso quiero: huir. Mirad este puñal: e[stá] manchado con sangre de César. Con él no hay qu[e te]mer á los tiranos: los hombres libres sólo tienen u[na] manera de huir, esta: *(Se hiere en el corazón, y c[ae])*.

(Los capitanes y soldados rodean á Casio, lanzan[do] grandes exclamaciones de dolor. Unos le besan las man[os,] otros se rasgan los vestidos, y otros rompen las arm[as en] señal de desesperación. A escape llega un ginete á lo [alto] de la colina).

MENEAS.—*(Viendo al recien llegado)*.—¡Ticinio!

TICINIO.—*(Descabalgando)*.—Traigo felices nue[vas] compañeros. ¿Dónde está Casio?

LUCILIO.—Mírale.

CASIO.—(*Con voz débil*).—¡Ticinio! ¿Te escapaste?

TICINIO.—¡Por Pluto! ¿Quién te ha herido?

LUCILIO.—Su dolor al ver que caías prisionero [de] Antonio, cuando en la llanura bajaste de caballo.

TICINIO.—(*Con furor*).—Maldito yo que he d[ado] ocasión á la muerte de mi mejor amigo. Ea, Casi[o;] buen Casio; cobra ánimo. No está perdida la cau[sa de] la libertad, ni yo caí en poder de los enemigos. Aq[ue]llas tropas que desde aquí veías, eran escuadron[es de] Bruto vencedor de Octaviano, de Bruto que al ver[me se] extremeció de alegría, y al saber nuevas de tí me [echó] los brazos al cuello con indecible amor. Estos er[an] l[os] enemigos que me aprisionaban. Casio, Casio: ¿no [me] oyes?

CASIO.—(*Cada vez con voz más débil*).—¿Y Bru[to] dónde está?

(*Numeroso pelotón de caballos llega á la meset[a. Bru]to ensangrentado y sudoroso se adelanta*).

BRUTO.—¡Casio, Casio! Reune tus tropas; ha[z un] el último esfuerzo, y la libertad triunfa.

CASIO.—¡Bruto! Los dioses no lo quieren.

BRUTO.—¡Qué! ¿Casio herido? ¿Casio morib[undo?] ¿Qué mano cometió el crímen? ¡Eh, no puede ser! ¡N[o] hay tanta maldad en la tierra, ni tanta inclemen[cia] e[n] el cielo! ¡Decidme qué estoy soñando! Casio, [levan]tate.

CASIO.—(*Mirando á Bruto con ternura*).—D[e la] tierra esclava, sí. ¡Bruto, ya soy libre! (*Muere*).

TICINIO.—(*Clavándose el puñal en la garganta*). Ticinio te acompaña. (*Cae sobre el cuerpo de Casio*).

BRUTO.—(*Golpeándose el pecho con horrible dolor, lanzando fuertes sollozos*). ¡Casio muerto! ¡Casio muerto! ¡Y aun alumbra el sol en el espacio! ¡Y aun la tierr[a] no se parte de dolor! ¿Qué es esto? Nadie viene para d[...]

me que los Dioses han dejado sus pedestales; que la buna de los Rostros arde; que en las sillas del Senase recuestan las fieras del desierto, que en el Aveno y el Quirinal se han abierto los gargueros del erno!

¡Casio murió! ¡Murió el último Romano! ¡Ya no hay ma! ¡Ya no hay Roma! Allí donde relampagueaba libertad, se estienden las sombras de la esclavitud. lurió Casio, y con él la gloria y la virtud republicas! ¡Todos quedamos infamados!

LUCILIO.—Bruto, es preciso vengarnos. Armas nos dan y aliento. Bajemos al llano.

TODOS.—(*Con grande gritería*).— ¡Sí, sí; al llano! la batalla!

BRUTO.--A la batalla, sí; pero no ahora. El dolor s ciega, y nos perdería. Enjuguemos antes nuestras grimas; que despejados los ojos de la nube que los ga, veremos por donde debemos atacar para que los lpes resulten mortales.

LUCILIO.—Nuestras espadas siempre van al corazón. temas.

BRUTO.—Por vosotros y por mí, nó. Por la venganque ansío, y por la libertad que adoro, por eso no.

MENEAS.—Dilatar la batalla, es dilatar la venganza vida de los tiranos.

TODOS.—¡Si, sí; venganza y libertad!

BRUTO.—Pues sea. Recoged en el corazón toda la bia que os amarga, y peleemos. Lucilio, Meneas, Estton, Drusilo, á caballo todos. Soldados, caed como a tromba sobre esa manada de esclavos. Y heridlos piedad, que no herireis ningún romano. Y vosotros, Dioses, probad que la virtud no merece vuestros ores.

(*Suben todos á caballo, y dispuestos en orden de bata- corren á pelear contra el ejército de los triunviros*).

(*Se continuará*)

MISCELANEA

--Diga V., señor maestro, ¿qué viene á ser eso que man obra póstuma?

—Se llama así aquella obra que escribe el autor después de muerto.

En un exámen de Geografía:

—Diga V. donde está el Chimborazgo?

--En el mismo sitio.

En otro exámen:

Profesor.—Voy á hacerle á V. solamente una pregunta. Si la contesta acertadamente queda aprobado.

Discípulo.—Pregunte V.

Profesor.--¿Cuántos habitantes hay en el globo rráqueo.

Discípulo.—(Contestando precipitadamente y á media voz). Pues seiscientos treinta y nueve millones cuaocientos veinte y cinco mil quinientos cincuenta y ete.

Profesor.—A ver á ver; despacio. ¿Cuántos ha dicho sted.

Discípulo.—V. perdone. Eso serían ya dos pregunas, y hemos convenido que sólo debía responder una.

Con que, aprobado, eh?

Profesor.—Pues aprobado.

En el despacho de un Ministro.

Ministro.—Quien es V.

El Pretendiente.—Señor, Simón Boquerano el que uvo la honra de acompañar á V. E. en la emigración, luego el que trabajó para que saliese V. E. diputado.

Ministro.—¡Ya! ¿Y que desea V?

Pretendiente.—Señor... tengo cuatro hijos, y hace dos meses que me han dejado cesante.

Ministro.—Hombre! es una desgracia irreparable.

Pretendiente.—Y si V. E. quisiera remediar...

Ministro.—Es una desgracia irreparable. Ya se lo he dicho á V. irreparable.

Se confesaba un labriego de que había hurtado un poco de trigo á su vecino.

—¿Fué el hurto de mucha consideración?—preguntó el confesor.

—Así, así, padre.

—Bien, pero dime poco más ó ménos, ¿serían cuatro celemines?

—No recuerdo.

—¿Ocho?

—Cuente Vd. diez, padre, porque si faltó algo, luego irán mis hijos á por lo que falta.

—¡Oye, Juanita!

—¿Qué se le ofrece á Vd., señorito?

—Esta noche he soñado que me encontraba en tu cama.

—Mire Vd. qué casualidad, yo también he soñado en Vd...

—¿También hija mia? ¿qué has soñado?

—Que Vd. entraba en mi cuarto y que yo le rompía el bautismo.

AVISO IMPORTANTE

Quedan reimpresos los números agotados. Nuestros favorecedores á quienes falte algún ejemplar ó deseen la total colección, pueden dirigirse á nuestros corresponsales ó directamente á esta Administración, acompañando el importe en sellos á razón de 15 céntimos por cada número atrasado, que serán servidos á vuelta de correo.

La colección de [illegible] números tiene un total aproximado de 250 láminas y 100 columnas de texto.

NUESTRAS LÁMINAS

COGIENDO FLORES

¿Por qué razón las mujeres buscan con tanto afán las flores? Pues por nada más que por ley de simpatía que fuerza á que se deseen y busquen dos séres afines. Se ha dicho que las mujeres son flores con alma, y se ha dicho que las flores son el alma de las mujeres. Algo de verdad hay en cada una de estas definiciones, porque la mujer es hermosa como las flores, como ellas es delicada y tierna, como ellas goza de efímera juventud, como ellas embalsama los espacios de la vida, y es recreo de los sentidos y alegria del corazón; y al propio tiempo les flores comunican á la mujer fuerza de atracción, lozanía y cierto prestigioso magnetismo, de modo que una mujer desamorada de toda flor parece como que le falta algo que complete su ser y le infunda vida, y le inspire ideas, y le preste gracia, en una palabra parece que le falta alma.—Nuestra lámina es una verdadera obra de arte, cuya parte artística no deja nada que desear como todo lo que produce el correcto pincel del señor Martí, profesor de la Real Academia Española de Bellas artes.

MAJAS Y MAJOS

Desde que Goya dejó el pincel, y D. Ramón de la Cruz la pluma, murió en el mundo del arte la castiza raza de las majas y los majos, gente templada, bravucona, saladísima, y decidora que poseia el secreto de escandalizar con una mirada, de apuñalear con un suspiro, y de decir con un gesto más desverguenzas ó más ternezas que cualquier desfogado jayan, ó cualquier enamorado Macias. Con la basquiña y el rebocillo, la capa y el sombrero de picos, desapareció aquella buena cepa de nuestra gente del bronce... sin consecuencias. Porque aun que el majo baladronase mucho de comerse el cielo con sus estrellitas y todo, la mayor parte de sus prometidas proezas se quedaban en intento: que el majo sólo vivia de pasear, rumbosear, echar suspiros por las esquinas y tacos en las plazuelas, y cubrir de flores a la primera moza de garbo que pasase por su lado; asi como la maja vivia del aire de estos suspiros, se recreaba en el son de estos tacos, y se envanecia con el perfume de estas flores. Nuestra lámina recuerda aquellos tiempos y es debida al pintor fecundo y popular señor Belli.

EL BAILE

Vease el artículo «Una aventura en un baile»

Tip Delclós y Bosch, Sta. Mónica, 2. Pasaje.



En el baile



El terror de las liebres

SUSCRICION
Semestre. . . 3 Ptas.
Año. . . . . 5'50 id.
Pago en moneda, libranza ó sellos únicamente en la Administración, de 10 á 1 y de 3 á 5.
ESCUDILLERS 5, 7 y 9
Barcelona

Núm 24 ILUSTRACION NON PLUS ULTRA Año I

Barcelona 17 Febrero 1887

NÚMEROS SUELTOS
10 céntimos de peseta
y 15 los atrasados
De venta en las librerías, kioscos, vendedores ambulantes y puntos de costumbre en
España

Núm. suelto 10 cént. de peseta ⁂ Núm. suelto 10 cént. de peseta
Los corresponsales venderán por manos á los vendedores ambulantes.

CARNAVAL

Estamos en pleno Carnaval, época de locura y de jolgorio.

Con aquel profundo sentir que le era peculiar, el ingenioso Fígaro, discurriendo acerca las extravagancias que caracterizan estos días, y comparándolas con las que de ordinario comete la humanidad, se extrañaba de que se tuviese este breve período por excepción de la regla general, y sentaba como apotegma que todo el año es Carnaval.

Protestando el mayor respeto al malogrado crítico, no puedo callarme que disiento *toto cœlo* de su dictámen, ya que considerando que son días de Carnaval los días en que á todos es permitido decir al prójimo las más ágrias verdades bajo el anónimo de la máscara, y los días en que todos tenemos á gala aplaudir ó hacer algo contra el buen sentido, opino, al revés de Fígaro, que todo el año es Carnaval, ménos los días así llamados por la gente, y por los doctos de la calle de Valverde, porque cabalmente estos días son los únicos en que la verdad no anda con disfraces, en que todas las acciones se acomodan al natural instinto de quien las ejecuta, y en que más cuerdamente se vive, pues se goza del placer presente que es el seguro, sin desaprovecharlo para perseguir el de mañana que tal vez nunca llegue.

Reinado de la locura dicen que es el Carnaval cuando debieran llamarlo reinado de la sensatez, pues la verdadera locura no consiste en hacer dentro el mútuo respeto cada cual su gusto sin miramientos agenos, ni en llamar pan al pan y vino al vino, ni en matar aburrimientos como en esta época se hace, sino por el contrario, en sujetar la libertad á la tiranía del ridículo *qué dirán*, en amordazar los lábios para que por ellos no salga lo que uno siente, ó si los abre, para decir que lo blanco es azul y lo azul verde, y en cargar con mil sinsabores para allegar caudales, siendo así que la vida es corta y la muerte asalta cuando ménos se piensa en ella.

Se me tachará de epicúreo, pero no lo puedo remediar; en cuanto oigo el primer chasquido de castañuelas que me anuncia la llegada del Carnaval, me alboroto de contento, porque sé que se aproxima la Páscua del placer, porque sé que vienen los días en que todos nos rejuvenecemos, y en que la humanidad, olvidando ódios, despojándose de hipocresías y no pensando más que en regocijarse, recobra su libertad y arroja de sus sienes la corona de espinas con que por culpa de su necedad vá ceñida todo el resto del año.

Con cuánta afición recorro entonces las calles mirando en los aparadores de las tiendas las diversas carátulas expuestas para tentar la alegría de los transeuntes! Allí veo una cabeza de conejo, y me digo: «Buena fotografía han sacado del general Catacueros!» Veo al lado una careta de cabrón, y me pregunto: «Hola! han cortado la cabeza al intendente Berlanga?» Luego diviso un vestido de payaso, y pienso si habrá ido allá á desnudarse el diputado Trampolla. Más abajo distingo un antifáz que se ríe con estrafalaria mueca, y me solazo considerando que tal vez quien se lo ponga comparecerá con él delante de algun acreedor tirano para hacerle una mamola.

Y ayúdenme ustedes á contar lo que me pasa cuando llega á mis manos un billete de baile en que sea indispensable el disfráz! No hay que decir, que no suelto el copete á la ocasión, que pintan calva. Me acicalo, y allí acudo con ánsia de reirme. Y, como soy machucho, me complazco en recordar las fugitivas sonrisas, la alborotada cháchara, y las deliciosas aventuras de otros tiempos, recogidas, dichas, y pasadas, entre el tumultuoso oleaje del salón inundado de luz, ó en el apacible nido de un pálco velado por la sombra.

Aunque en estas batallas soy militar de reserva, tambien echo alguna vez mi cuarto á espadas, y me renuevo, y desaparece de mi ánimo la carcoma que durante el año me consume, y se apodera de mí un ánsia formidable de vivir doce meses más por el deseo de ver otro Carnaval con sus sonoros bailes donde, aparecen las fregonas vestidas de princesas, éstas vestidas de fregonas, las mogigatas con tocado á la Pompadour, y las Traviatas con mongiles, todas siguiendo su natural instinto, rota la máscara con que durante el año se cubren, demostrando confundidas en ese igualitario torbellino que para el placer no hay..... frontera, y que un mismo barro, sea cual fuera su forma y el lugar de donde se ha extraido, produce siempre los mismos efectos.

Como el Carnaval es época de cantar verdades sin reticencias que las debiliten, y de promover alegrías bulliciosas, por eso digo lo que digo, por el gusto de dar un bromazo á mis lectores.

Judas Tadeo.

Historia de una pasión

por

Pedro Huguet y Campañá

(Continuación)

¡Cuadro espantoso! en mi cerebro impreso
vive como grabado por un rayo!
el ángel de mi gloria, mi embeleso,
caído estaba en funeral desmayo...
lívido el rostro, el corazón opreso,
rosa tronchada en su florido Mayo,
entre bascas de muerte se torcía
la que era lumbre de la vida mía.

De bronce fuí, y aun mas que un tigre fiero
cuando impío al dolor resistir pude
sin dar mi pecho aquel latir postrero
con que del cuerpo el ser vital sacude;
de bronce fuí, cuando con pié ligero
cual rujiente á la playa la ola acude
no volé, arrebatado de delirio,
a postrarme ante el ara del martirio.

Clavos sentí en los piés ¡ay Dios! de suerte
que imposible me fué mover la planta,
y á modo de dogal áspero y fuerte
algo subió á ceñirse á mi garganta:
aunque atónito allí, aunque allí inerte,
tanto era mi dolor, mi pena tanta
que por mi rostro en abundantes fuentes
se deslizaban lágrimas hirvientes.

De una vela la lumbre mortecina
las sombras de la estancia mal rasgaba,
y en el blanco percal de la cortina
mil fantásticas sombras dibujaba:
oíase en la casa más vecina
la voz de un jóven que su amor cantaba,
contrastando su plácido sonido
de Luisa con el lúgubre ronquido.

A través de los velos de mi llanto
y del negro crespon del pensamiento,
yo veía aquel ser que fué mi encanto
yacente sin vigor ni movimiento:
yo con horrible insuperable espanto
oyendo el estertor de aquel aliento
pensé que allí con júbilo salvaje
agitaba un vampiro su plumaje.

Las rubias trenzas más que el oro hermosas
cuando heridas del Sol resplandecían,
entonces deslustradas, sudorosas,
por la pálida frente se esparcían;
las manos semejando blancas rosas
sobre el rojo edredon se estremecían,
y era la boca breve y entreabierta
cárdena cual botón de una flor muerta.

De pronto destellando resplandores
como de estrella cuando muere el día
recorrieron sus ojos soñadores
todo el espacio de la estancia fría:
su mirada cargada de dolores
halló la flebil y doliente mía,
y algo al choque vibró dentro aquel pecho
que su cuerpo tembló agitando el lecho.

Con apagado acento remedando
el son lejano de arpa lastimera,
al conocerme murmuró: «¡Fernando!»,
y abrió los ojos con codicia fiera:
pero luego los párpados cerrando
como si huir de una visión quisiera,
«No eres Fernando tú,—dijo—es mentira:
la fiebre que me abrasa me lo inspira.»

—«Fernando soy, que á consolarte vengo,
exclamé dando suelta á mi ternura:
Fernando, que á escudarte me prevengo
contra quien ose á tu honra santa y pura:
mírame al fin aquí: vencida tengo
la suerte adversa que tu mal procura:
ya está roto el dogal, Luisa mía,
que á la vergüenza y al dolor te unía.»

«Levanta ahora la gentil cabeza:
de nuevo irradien tus divinos ojos
la lumbre del placer, y con presteza
broten las risas en tus labios rojos:
de juventud ornada y de belleza,
y alejados del pecho los enojos,
vuelve á ser gala del jardin fragante,
y orgullo insigne de mi pecho amante.»

«¿Te acuerdas, Luisa mía, cuán ligera
corrías por el monte sin testigo?
pues otra vez así por la ladera
volverás á correr, y yo contigo:
de nuevo asoma ya la primavera
y el ave busca su estival abrigo:
volvamos, pues, los dos como las aves
de nuestro valle á ver las flores suaves.»

«¡Oh, adorada ilusión! oh bien perdido!
mi regalado amor! mi único encanto!
al fin hallarte ¡oh júbilo! he podido
trás tanta angustia y exicial quebranto!
al fin mi triste voz vibra en tu oido;
al fin baño tu pecho con mi llanto:
ya ves si puede mi alma de esta suerte
resignarse otra vez, Luisa, á perderte!»—

Y así diciendo con pasión vehemente
quise besar la descarnada mano
que encima de la colcha débilmente
se extremecía con temblor insano:
mas irguiéndose Luisa de repente
miróme con esfuerzo sobrehumano,
y cayó sobre el lecho desplomada
siempre mirando sin decirme nada.

Mi razón se escapó vertijinosa:
mi cuerpo vaciló con bamboleo:
como de ala de leve mariposa
sentí sobre mi frente el jugueteo;
y cual el són que en la alameda hojosa
forma del aura el susurrante oreo,
llegaron hasta mí dándome espanto
soplos de besos y roncar de llanto.

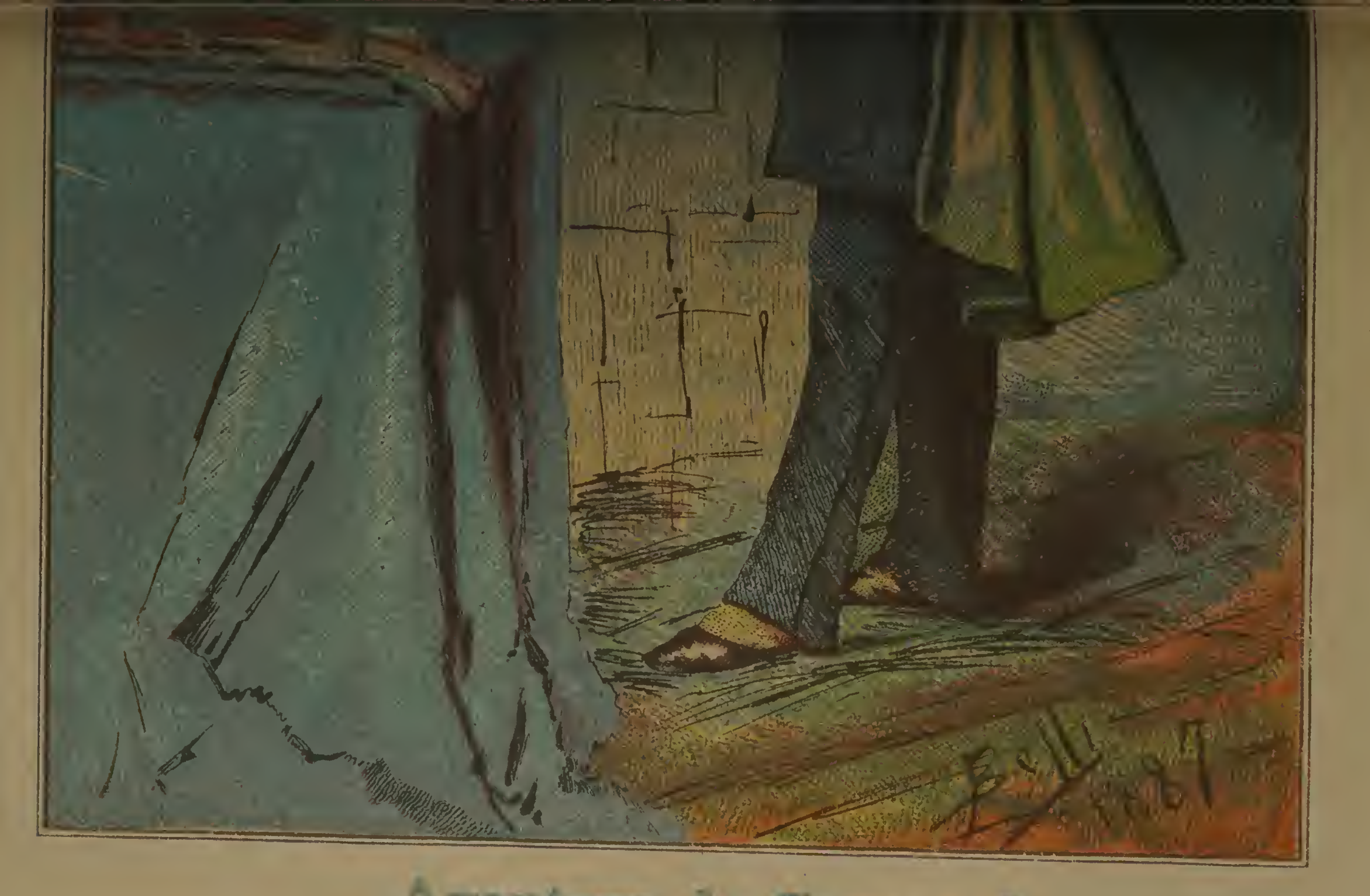
Lo que despues pasó, para mis males
jamás mi mente de acordar acaba...
tan solo sé que cuando los cristales
el alba suavemente coloraba,
el eco de unos bronces funerales
de un profundo letargo me arrancaba,
y que cruzaban con furor creciente
ondas de lava por mi loca frente.

Y mientras embotados mi sentidos
en un rincón yacía delirante,
vago rumor de cantos doloridos
se extendió por la alcoba susurrante:
tristes fulgores por allí esparcidos
hirieron mis retinas un instante,
y luego canto y luces se alejaron,
y en soledad horrenda me dejaron.

Entonces fué cuando una voz demente
«¡se la llevan! gritó: ¡Pobre ama mía!»
abrí los ojos, y á la fiel sirviente
ví que cerca de mi desfallecía:
«Do está, Luisa?» le dije de repente,
y al escuchar que «¡muerta!» me decía,
convertido en volcan mi pensamiento
—«mientes! mientes! rují: pues yo aun aliento!»—

Como furiosa y encelada loba
que perdido entre nieves el camino,
teme que ausente del cubil le roba
sus lobeznillos cazador alpino,
recorrí el piso, penetré en la alcoba,
lancé mil voces, registré sin tino,
y al comprender lo inmenso de mi duelo,
caí cual roto por un rayo al suelo.

(Se concluirá)



Aventura de Carnaval



MISCELANEA

Cuando tuvo lugar la declaración de guerra entre Prusia y Francia, la emperatriz Eugenia, en el colmo de su fortuna, creyendo seguro el triunfo de las armas francesas, quiso tener una corona más hermosa que las de las demás reinas del mundo, ya que consideraba excederlas á todas en grandeza y gloria. Al efecto dió órden á un hábil artista para que labrase la joya sin perdonar gasto.

Esta se fabricó, empleándose en ella los más ricos y gruesos diamantes que se encontraron. La corona con su cerco de oro y sus finísimas piedras relucía como un sol.

Cuando el artista la presentó á la emperatriz encontróla llorando por el cerco que Napoleon III sufría en Sedan.

Cayó el imperio, y Eugenia vendió la corona de que no necesitaba por un millón al joyero que la fabricó. Este á su vez la ha vendido á un platero de los Estados-Unidos, quien actualmente la tiene expuesta al público en sus escaparates de Nueva-York. La célebre diva Adelina Patti, prendada de la hermosura de esta joya, anda en tratos para adquirirla, con el deseo de lucirla en sus representaciones teatrales.

¡Caprichos del destino!



Un cura predicaba, y un oyente exclamó:

—Mejor lo hizo el año pasado.

—El año pasado no predicó, repuso otro.

—Pues por eso digo que lo hizo mejor.

EPIGRAMA



El cura de mi lugar
dice:—«Por cada novena
que á mí me ordenéis rezar
sacáis á un alma de pena.»
Y como no dice cu_a,
y él vive muy indigente,
el pobre cura no miente
porque aquella alma es la suya.

LA NIEVE DELATORA



Hacía una semana que Rosario se desvelaba pensando qué clase de ocupación podía ser la que obligaba á su esposo Ricardo á salir de casa todos los días á las cuatro de la tarde para no regresar hasta las ocho.

En los dos años de matrimonio que ambos llevaban, ninguna tarde había dejado Ricardo al acabar de comer de ir á pasear un rato llevando de bracero á su consorte, despues de lo cual se metía en el despacho á trabajar los pleitos cuya defensa tenía encomendada, y así se estaba hasta la hora de la cena, para esperar luego la de acostarse, entretenido en alguna sabrosa lectura.

Un día le instó Rosario para que la llevase al teatro. Ricardo siempre complaciente se apresuró á satisfacer el deseo de su adorada consorte. Durante la función, observó que Ricardo se mostraba un tanto distraido, olvidándose de mirarla y de decirle las dulces frases que solía. Pero lo achacó á encogimiento por estar en público, y tener al lado gente que hubiera podido oirle. Lo que no observó Rosario, fué que la gente del lado era una linda muchacha más rúbia que las espigas y con dos ojazos azules llenos de fosforencias, la cual muchacha estaba guardada por una respetable mamá que no dejó de dormir un solo momento.

Al día siguiente empezaron las misteriosas escapatorias de Ricardo. Extrañóse grandemente Rosario de aquel brusco cambio de costumbres, pero su esposo le salió al paso diciéndole que graves ocupaciones profesionales reclamaban su presencia fuera del bufete. Ella que no tenía motivos para sospechar de Ricardo, si bien se tranquilizó con esta explicación, no obstante le quedó como cierta comezón de curiosidad que solo podía calmarse averiguando cómo podían durar tanto aquellas ocupaciones, y por qué precisamente debía su esposo despacharlas fuera de casa.

En estos pensamientos estaba divertida Rosario, cuando aconteció la nevada del día 11 de este mes de Febrero. Desde los balcones del piso en que viven los dos esposos se descubría un magnífico panorama. Gruesas alfombras de blanda nieve se extendían á lo ancho y á lo largo de las calles sin dibujar ni la más ligera arruga, ni descubrir la más pequeña mancha. Los árboles ostentaban con orgullo en sus copas colosales pelucas blancas que relucían como salpicadas de chispas de plata, y en sus brazos ajorcas no ménos blancas ni ménos brillantes. Los terrados parecían cubiertos de plumón de cisne y pieles de marta cebellina. Por los repechos de las ventanas, por las cornisas de las torres, y por la labra de las fachadas, corrían, á manera de graciosos festones de encaje, anchas y finas cintas de nieve.

—Oh! qué bello es todo esto! exclamó Rosario que lo contemplaba detrás de los cristales del balcón. Mira Ricardo, quiero que despues de comer me lleves al Parque. Ya sabes cuánto me gustan los paisajes pintorescos y el que allí se ofrecerá, por fuerza ha de ser lindísimo. Eso no se presenta todos los días, y hay que aprovechar la oportunidad. Verdad que iremos?

—Pero, hija, ¿se te olvida que estos días tengo mucho que hacer? contestó Ricardo con tono displicente.

—Pero si hoy nadie sale más que para visitar el espectáculo de la nevada, á que tú te niegas!

—Pues yo salgo para trabajar; repuso Ricardo visiblemente contrariado: pero luego dulcificando la voz añadió:—Ya sabes cuánto te quiero; ea, te prometo en cambio acompañarte á un baile de máscaras uno de estos días.

Rosario no contestó palabra, y se puso á bordar. Creyó Ricardo que la dejaba convencida, y salió del salón.

Lo cierto es que Rosario tan confiada hasta entonces, concibió repentinamente una sospecha que le alborotó el corazón. Mientras hundía la aguja en la almohadilla que estaba bordando, su pensamiento no cesaba de moverse por un intrincado laberinto de malicias. Despues de haber hecho y deshecho diez ó doce veces la greca de un arabesco que no acertaba á concluir, dió paz á la mano y permaneció un momento pensativa. Quince minutos pasó abstraida en profunda meditación, al cabo de loz cuales, levantóse con aire de triunfo, murmurando:

—Ah, tunante! no te escaparás. Hoy sabré en qué consiste el trabajo que vas á hacer fuera de casa!

Y llamó á la muchacha, y le dijo:

—Coje los zapatos del señor, y vete con ellos al remendón de la esquina, para que sin perder momento le ponga en las suelas nueve clavos en forma de triángulo para que impidan resbalar sobre la nieve. Anda, que el señor tiene que salir pronto.

A la media hora volvía la muchacha con los zapatos clavateados en la forma que indicara Rosario.

Aquel día, cuando acabada la comida Ricardo se vestía para salir, Rosario le quitó las babuchas y le ayudó á calzar los zapatos. Sin sospechar la que contra él se urdía, salió nuestro hombre á la calle, bien embozado, sintiéndose medio enternecido por los solícitos cuidados de su mujer. Esta que le acechaba trás los vidrios del balcón, sonrió como un traidor de melodrama en cuanto le vió doblar la esquina.

Un momento despues Rosario envuelta en un espeso mantón salía del piso pretestando que se llegaba hasta la iglesia vecina á rezar á Dios para los pobres que su

fían el rigor de la nevada. Mas apenas llegó al portal ... con codicia los ojos en el suelo, y lanzó un suspiro de go... Apesar de que los vecinos de las tiendas se habían ...do prisa en quitar la nieve de las aceras, sin embargo no lo habían verificado con tanto primor que no hubiese quedado la bastante para marcar las huellas de los ...cos transeuntes que por capricho ó por necesidad ...ban chapuceando por las calles. Además, en aquel momento revoloteaban por el aire á manera de jugetonas mariposillas innumerables partículas de nieve que al caer extendían por el suelo una sutil capa de blanco polvo que hacía sumamente visible la estampa de los pies que lo pisaban. En él descubrió Rosario, como un signo de delación, el triángulo que formaban los clavos de las botas de Ricardo. Y se dispuso á leer en aquella blanca página la revelación del misterio que la traía desazonada.

Como furtivo cazador que sigue el rastro á una liebre, empezó á andar por el camino que le señalaban los famosos triángulos. Alguna vez una enorme pelota de nieve desprendida de un alero, ó los transeuntes que convertían en barrizal la acera, le hacían perder la pista. Pero Rosario con una tenacidad y una energía rayanas al heroismo, deshaciendo el camino andado, ó aventurándose en exploraciones minuciosas, lograba recobrarla de nuevo, para perderla á los cien pasos, y volver otra vez á descubrirla. Así sin cejar en la fatiga, despues de atravesar muchas calles llegó delante un portal donde distintamente se notaba que había penetrado el sujeto de los zapatos herrados en triángulo.

—Aquí es! se dijo Rosario, y tomó resueltamente la escalera. Pero las dudas amargas principiaron al encontrarse en la meseta del entresuelo.—¿Será en este piso? ¿Será en el principal? ¿Será en el segundo, ó será en algun otro de más arriba? Hé aquí lo que Rosario no acertaba á contestarse, ni había quién pudiese contestarle, porque en la casa no había portero.

Su impaciencia subió al colmo, y á pique estuvo de llamar desde la primera á la última puerta preguntando por D. Ricardo Cabecitas, que era el nombre de su esposo; pero el temor al escándalo la contuvo. Por razones de prudencia determinó aguardar que saliese el traidor, oculta entre la sombra de un portal vecino. Así permaneció esperando hora y media dominada por la mas viva emoción. Al fin vió moverse en el hueco de la espiada puerta un bulto, y ¡horror! un hombre con el embozo de la capa subido á las narices salió dando el brazo á una monísima muchacha. Era él, Ricardo, el pérfido Ricardo que se lanzaba á la calle con una compañera, debajo de cuya elegante capota ondeaban graciosamente pequeños rizos dorados.

Tentada estuvo Rosario de caer sobre la infame pareja, y sacar los ojos á su esposo y arañar el rostro de aquella mujer que le robaba la paz del alma. Pero prefirió seguirles para comprobar todos los grados de la traición de que era víctima.

Y empezó á marchar trás ellos reprimiendo á duras penas la rábia que la devoraba. El triángulo que marcaban los zapatos de Ricardo era el hilo que le guiaba á través de las calles de la ciudad. Junto á aquel triángulo se veían las breves huellas de unas botitas que delataban el gracioso y ligero andar de quien las calzaba. Rosario desahogaba su ira borrando con el pié aquellas marcas de su afrenta.

Llegaron perseguidos y perseguidora á los jardines del Parque. Ocultándose trás los grupos de arbustos que recortan y orillan los senderos, miraba Rosario á los infames amorosamente unidos destacarse sobre el fondo blanco del panorama. Llevada por nervioso impulso se acercó á ellos, y oyó el suave murmullo de sofocadas risas que sonaron al oido de la ofendida esposa como burlonas carcajadas.

Entonces no pensó más que en vengarse. Vió que la tortolada pareja se dirijía á la cascada, y rápida como el pensamiento tomó Rosario por un atajo, y llegó antes que su infiel esposo á la espaciosa plazoleta.

Rosario lanzó un grito, y se dejó caer al suelo. Inmediatamente acudieron en su auxilio varios jóvenes que estaban allí contemplando la perspectiva del nevado paisaje. Todos creyeron que Rosario había resbalado. Se trataba de una señora jóven y guapa, y no hay que decir si aquellos jóvenes se esmeraron en socorrerla.

—Qué sucede? preguntó Ricardo que, sin dejar del brazo á su compañera, se aproximó al grupo que formaba muralla al rededor de Rosario.

—Que una pobre señora, muy bella por cierto, se ha caído: contestó el sujeto interrogado.

—Ay! querido, anda con cuidado, que no me caiga yo tambien; dijo la rúbia amiga de Ricardo.

En aquel momento Rosario coquetonamente asida al brazo de un gallardo mancebo que se había ofrecido acompañarla á su casa, salió de en medio del grupo provocando la envidia de los demás jóvenes espectadores.

Y pasó por delante de Ricardo. Y éste se quedó más blanco y más frío que la nieve que mariposeaba por el aire. Y oyó el rumorcillo de una sonrisa, que le supo á mordedura de víbora.

Cuando volvió de su estupefacción, ya Rosario se había separado cosa de unos cien pasos. En un arranque de cólera se deshizo del brazo de la rúbia, y dejándola abandonada en aquella sábana de nieve y en medio de aquella turba de alegres mancebos, echó á correr desalado trás su aparecida consorte. Alcanzóla en breve, y encarándose con el jóven acompañante:

—Caballero, le dijo: esta señora es mi esposa; doy á usted las gracias por su amabilidad, pero le ruego que...

—Este hombre estará loco; interrumpió riendo Rosario.

—Señor mio, contestó el jóven: mire V. lo que dice, que ahora le he visto á V. de bracero con su señora que por cierto es muy rúbia.

El lance iba tomando carácter de ágria disputa, cuando la gente que llegó, la rúbia que se acercaba gimoteando, y el guarda de los jardines que intervino, fueron parte á que Ricardo avergonzado abandonase el campo.

Cuando hubo salido de los jardines, Rosario dió las gracias á su acompañante que porfiaba en seguir prodigándole sus servicios: alquiló un coche, y se dirijió á su casa, decidida á entablar al día siguiente demanda de divorcio, presentando al tribunal como pieza comprobante los zapatos clavateados de Ricardo.

Maridos, cuando hay nieve en las calles, guardaos de salir de casa sin haber examinado antes la suela de vuestros zapatos.

JULIO MARTINEZ.

NUESTRAS LÁMINAS

EL TERROR DE LAS LIEBRES

Trabajo inútil se hubiera buscado el que redactó la ley de caza, si todos los cazadores fuesen como el que representa la lámina que va al frente de este número. A este buen hombre las matas se le figuran conejos, y gasta en pólvora lo que mejor fuera que emplease en comprarse cataplasmas.

AVENTURA DE CARNAVAL

Mis lectores, que supongo habrán concurrido alguna vez á un baile de máscaras, ya sabrán que clase de aventuras son las que se encuentran en el fondo de un palco, en el vestíbulo del salón, ó al rededor de las mesas del restaurant.

La mascarita y el pollo, donosamente dibujados por el Sr. Belli, hacen ocioso que espliquemos el tema de su animada conversación.

UN PERDONAVIDAS

Le veis acariciando con cierta indolencia el puño de la espada, mientras os mira con risa burlona, ladeado el chambergo, y fumando la requemada pipa? Pues no os espante, porque ese figurón lo único que sabe matar es el tiempo.

El artista Sr. Belli ha hecho una verdadera creación de este ridículo tipo.

Tip. DELCLOS y BOSCH, Sta. Monica, 2. Pasaje



Un perdonavidas



¡Abandonada!

SUSCRICION
Semestre. . . 3 Ptas.
Año. . . . . 5'50 id.
Pago en moneda, libranza ó sellos únicamente en la Administración, de 10 á 1 y de 3 á 5.
ESCUDILLERS 5, 7 y 9
Barcelona

Núm. 25

ILUSTRACION NON PLUS ULTRA

Barcelona 24 Febrero 1887

Año I

NÚMEROS SUELTOS
10 céntimos de peseta
y 15 los atrasados
De venta en las librerías, kioscos, vendedores ambulantes y puntos de costumbre en
España

Núm. suelto 10 cént. de peseta — Núm. suelto 10 cént. de peseta
Los corresponsales venderán por manos á los vendedores ambulantes.

CUARESMA

Momo se ha despojado del vestido de cascabeles para ponerse el sayal de penitente. Despues de la alegría, la tristeza. Despues del alboroto, el recogimiento; es decir, *post Fœbus, nubila.*

En vez de aquel Carnestolendas mofletudo, frescachón, amigo del regodeo y de la tararira, tenemos que apechugar con D.ª Cuaresma, señora de costumbres rígidas hasta la tiranía, de cuerpo tábido, rostrituerta, como suegra, más tacaña que la roñería, y gran aficionada al caldo de acelgas, y á la bayeta negra.

Lo malo no es que ella sea así, sino que quiera imponernos sus gustos, con el despotismo de soberbio conquistador; y no hay remedio de escapar á sus leyes! Como que ha escojido á la mujer por ejecutora de ellas, y vayan Vds. á resistir la autoridad de ese dulcísimo alguacil.

La Cuaresma dice: «no quiero bailes!» Y si la mujer no baila, qué ha de hacer uno sino abstenerse de bailar? La Cuaresma dice: «no quiero que se promiscue!» Y á ver quien come arroz con pollo y langostines, si la mujer no lo guisa? La Cuaresma dice: «Has de frecuentar la iglesia» Y si allá van las mujeres, ¿á dónde irán los hombres que acuden siempre atraidos por la fascinación que sobre ellos ejerce el sexo que hemos dado en llamar débil, siendo en realidad de verdad el más fuerte, porque es el que vence y domina!

Por eso la Cuaresma, conociendo que la eficacia de sus mandatos estriba en el apoyo que les presta la mujer, la engatusa sustrayéndola por completo al dominio del hombre, puesto que ella durante el reinado de esa deslardada cuarentona obtiene el privilejio de hacer valer todos sus derechos, sin que nadie pueda reclamarle en feudo deber alguno.

«¡Estamos en Cuaresma!» Esta es la voz de ¡alto! que al marido trasnochador, al marido devoto de las lágrimas de cepa, al marido amigo de rezar en el breviario de las cuarenta y ocho hojas, al marido andariego por picos pardos, al marido dilapidador en boatos si es rico, ó tragón si es pobre, grita la mujer, y no le cabe al hombre otro recurso que abrir un paréntesis á sus inclinaciones, so pena de echarlo todo á barato singularizándose como enemigo de la moral y del buen ver.

Salvo su sentido relijioso, que no ataco, y su sentido higiénico, que me abstengo de atacar, la Cuaresma no es más que una prolongación del Carnaval de cuyas ruinas nace. Perque en ella gozan y danzan en espíritu, tomando los preceptos de la Iglesia por programa de baile, el templo por salón, Dios por empresario, y la virtud por disfráz, muchos que con voz de escándalo abominaron de las orgías y disipaciones del Carnestolendas.

Antes dejará D. Gerónimo que le aspen, que comer salsichón en viernes, por temor de cometer pecado; y pregúntase quién es el tal don Gerónimo, y les dirán á Vds. que un usurero que presta al cincuenta por ciento, cobrando intereses por adelantado.

Nadie convide á D. Hermenegildo á probar siquiera un pastel, porque para nada del mundo quebrantará el ayuno, merced al cual confía ganar el cielo; pero él no se olvidará de visitar, muy embozado, eso sí, á la guapa moza que mantiene en cierto piso de cierta calle poco concurrida.

¿Qué es eso de no ir á confesarse D.ª Rosalía? Pues no ha de ir! Dirá alguien, que más valiera que se reconciliase con el esposo que abandonó; pero eso qué importa, con tal que doña Rosalía masculle oraciones?

Con caperuza y hábito D. Bertoldo no ha de faltar á ninguna de las procesiones que celebran los hermanos de la Congregación de Cristo: [illegible] tampoco faltarán las dos onzas de plomo clavadas en el platillo de la balanza donde pesa el arroz que vende á sus parroquianos.

No se quedará el predicador sin que oigan su sermón D.ª Benigna y D.ª Fructuosa; pero en cambio se quedará la casa sin barrer, la cena sin hacer, ó la ropa sin planchar.

Y sería contar las arenas de la playa, si por este estilo debiésemos enumerar los difraces de virtud que son de ordinario uso en ese Carnavál místico llamado Cuaresma. Lo cual demuestra, que por encanijada, desabrida, y despótica que sea esa señora, no puede quitarnos ocasiones de reir á costa de sus admiradores que en su mayor parte se ríen de ella.

JUDAS TADEO

HISTORIA DE UNA PASIÓN

POR

Pedro Huguet y Campañá

(Conclusión)

XXIII

El Sol corría al ocaso
cuando yo con torpe paso

cual ciego que á tientas vá,
llena de ponzoña el alma
con calentura y sin calma
y por instinto quizá,
al desierto cementerio
donde entre sombra y misterio
nido tenía mi amor,
llorando me dirijía
á invocar la muerte impía
con doloroso clamor.
Por un florido sendero
guióme el sepulturero
de un verde llorón al pie,
y al mostrarme con un gesto
allí un sepulcro modesto
que sin adornos se ve,
ante la losa me postro
reclino en ella mi rostro
la beso con avidez,
y cual sagrado conjuro
un dulce nombre murmuro
con estraña insensatez.
A mi clamor repetido
responde blando un gemido
que llega á mi corazón,
cual voz de un alma que llora
y que mi cariño implora
desde la eterna rejión.
Gemido que el sáuce flébil
repitió con eco débil,
su ramaje al balancear,
y los pájaros cantores
entre los mirtos y flores
de aquel fúnebre lugar.
Junto aquel lecho de muerte
así permanecí inerte
como busto sepulcral,
sin sentir en tanta pena
el peso de la cadena
de mi cárcel terrenal...
Y pues vivir no podía
sin la amada prenda mía
que era esencia de mi ser,
y pues allí repesaba,
y allí decirle lograba
aquellos mimos de ayer,
¡Qué mucho que cada tarde
de mi amor haciendo alarde
con invencible atracción,
aquel sitio visitase
y en silencio renovase
esta escena de pasión!

XXIV

Como rama por el viento
de su tronco desgajada
pierde en breve lozanía
y se marchita sin savia,
desde que al cielo volando
Luisa me abandonara,
así juventud y fuerzas
conocí que me faltaban.
Atravesada en mi pecho
sentía como una barra,
y olas de sangre amarguísima
bullían en mi garganta.
La luz del sol me era odiosa,
mi frente ardía como áscua,
y mis pulmones el aire
difícilmente aspiraban.
Las gentes cuando me veían
me contemplaban con lástima,
y puso mi abatimiento
á mi familia en alarma.
Como nadie conocía
de mi malestar la causa,
pues siempre guardé mis penas
en lo más hondo del alma,
me aconsejaron que fuese
á vivir en la montaña
donde es el clima más dulce
y son más puras las auras.
Ellos para darme vida
se desvelaban con ánsia,
y yo llamaba á la muerte
como á una amiga adorada:
que sin Luisa mi vida
es una agónía larga,
y vivir sobre la tierra
es por mi mal prolongarla.
Sin embargo, tal progreso
hizo mi dolencia estraña,
que sin comprender mi tio
en su cándida ignorancia
que para ella en este mundo
remedio alguno no se halla,
siguiendo las prescripciones
de dos médicos de fama,
y desoyendo implacable
mi resistencia estremada,
consigo me llevó al campo
á restaùrar las escasas
fuerzas que á mi pobre cuerpo
todavía le quedaban.

Cuando de nuevo
me encontré allí,
donde los goces
de amor sentí;
cuando aquel viejo
bosque miré
donde á Luisa
mi alma entregue;
cuando de lejos
oí el rumor
de aquel arroyo
murmurador;
cuando de Luisa
ví el caseron,
¡cómo latiera
mi corazón!
Cuántas memorias
para mi mal,
me taladraron
como un puñal!
Creció la fiebre,
creció el dolor;
todo me daba
miedo y horror.
Bramó en mi pecho
la tempestad,
al ver cuanta era
mi soledad.
En el suicidio
loco pensé,
pero á una loma
la vista alcé,
y como en ella
la hermita ví,
que es de la Vírgen
palacio allí,
del mismo modo
que un hijo va
hacia su madre
si triste está,
al templo santo
corrí veloz,
y ante la Virgen
con tierna voz,
desvanecido
mi frenesí,
llorando á mares
le dije así:



UNA



IÓN

—«Vírgen de amor, madre mía,
un día aquí dos amantes
acudieron anhelantes
á jurarse eterno amor,
y á tí elevaron sus preces
pidiendo amparo y consuelo,
ya que de bárbaro duelo
les amagaba el dolor.
Yo soy quien á tí, Señora,
arrodillado ante esa ara
con fé viva reclamara
bendijeses mi pasión;
y pues eco en tí siempre halla
el alma que triste llora,
escucha, María, ahora
los gritos de mi aflicción.
Aquella casta paloma
que aquí arrulló con gemido,
una noche de su nido
para siempre se alejó,
y á mi que de ella esperaba
sabrosa paz y ventura,
sólo, entre olas de amargura
batallando me dejó.
Ya ves cual será de acerba
mi vida ahora en el mundo,
y cual será de profundo
é intenso mi afan ya vés.
Tú que de amor tanto sabes,
y tanto el dolor conoces,
mira si en penas atroces
hay otra que mayor es!
Ya desclavarme deseo
de la cruz de este martirio,
y deseo con delirio
¡oh! Virgen, volar á tí;
para disfrutar reposo,
para adorarte con *ella*,
para ver su faz de estrella,
y si se acuerda de mí.
Y en tanto febril aguardo
romper mi cárcel humana,
si es que eco de voz mundana
puede hasta el cielo llegar,
dile, Señora, mi llanto,
dile el dolor que te cuento,
y dile que el juramento
eterno le he de guardar.»

. . . .

¡Y eterno se lo guardo! pudiera un cataclismo
evaporar los mares que la creación llenó,
pudieran las estrellas caer rotas al abismo,
pero en oscuro olvido mi amor á Luisa, no!
Que en ella á todas horas yo pienso, yo la invoco,
mi espíritu con ella sin tregua hablando está,
la veo entre las sombras, de un astro en cada foco,
y la oigo en la aura mansa que susurrando vá.
Su inspiración me guía, su protección me alienta,
de su recuerdo vivo, me nutro de su amor,
por ella con oprobio mi nombre no se cuenta
entre suicidas viles que mueren sin honor.
Cual átomo que arrastra furente torbellino,
sin fuerza así me muevo del mundo en el vaivén,
y corro entre tinieblas, sin rumbo ni camino
extinta para siempre la estrella de mi Eden.
¡Oh! espíritu indomable, sacude la cadena,
rompe la arcilla frágil que es límite á tu ser,
y cual condor que vuela por la región serena
encúmbrate buscando un nuevo amanecer.
Y tú, sombra querida, arcángel que resbalas
sobre ese mar de soles alfombra del Creador,
Luisa, Luisa mía, tiende las niveas alas,
y á recojer acude mi postrimer clamor!...

Aquí concluía el manuscrito. Algunas manchas que lo arrugaban, eran señales evidentes de que por él habian pasado lágrimas y crispaciones de besos.

A qué ocultarlo? Al terminar la lectura, sentí grand deseos de llorar.

Vivamente interesado por la salud de Fernando, eribí al cabo de algunas días á su tío que era Rec del Colegio donde debia practicar el noviciado cuanto abandonase los baños de T... en cuyo establ miento tuvo lugar la escena que al principio he refe

Pocos días despues recibí una carta suscrita por cho padre jesuita en la cual leí las siguientes lineas

«Perdone V. que haya tardado tanto en con tarle. Demoré hacerlo hasta que se hubiese resue la tremenda crisis por que Fernando atravesaba. H me apresuro á escribirle bajo la impresión de u dolor que fuera inacabable si la Religión no tuvié bálsamos para los mayores infortunios. Desde que V. fué de T... Fernando quedó como sumido en verdader idiotismo. A la primera oportunidad lo traje conmigo este Colegio, y aquí ha vivido sin darse cuenta de nad Há tres dias que le asaltó furioso delirio; pero ayer n che se alumbró repentinamente su razón. Fué la últi llamarada de la lámpara que se extinguía. Rayaba alba cuando los ojos del enfermo resplandecieron c sobrenatural claridad: dibujóse en su cadavérico ros alegre sonrisa: murmuró un nombre, y con débil e mecimiento inclinó la cabeza sobre mi pecho. Su al había volado á reposar en el seno de los justos. N niegue V. una oración al que fué tan infeliz en vi como venturoso en la hora de su muerte.....»

Aunque siempre tuve la muerte de mi amigo por in minente desenlace de su prolongada pasión, esta notic me produjo amarguisimo sentimiento.

Le quería como á un hermano, y como un herma le lloré.

. . . .

En el viejo cementerio de M. hay un nicho cerr por modesta lápida de mármol, en la cual bajo una cr de hierro se lée grabada con negros caractéres esta se cilla inscripción:

¡ FERNANDO !

Todos los años en el mes de Junio vereis junto aq nicho un ramo de frescas violetas cojidas en el bos donde tanta dicha gozara y tantos dolores sufriera desventurado amigo.

Es la mejor ofrenda que puedo tributar á la memor de quien murió víctima de un amor sin ejemplo por grande y lo infortunado.

FIN.

El último día de la libertad

(Continuación)

III

(Lugar agreste. En lo alto de una escarpada r gunos soldados miran los cuatro puntos del hor Reclinado en el hueco de una peña reposa Ma co F profundamente ensimismado. Drusilo, Estrat n, G bino, le contemplan con tristeza. Es de noche.)

DRUSILO.—¡Infortunado! ¡Qué amargo ole tristes pensamientos debe correr ahora bajo la b d de su cráneo; y como deben picar á manera de vibo los dolores en su corazón! ¡Nó! Jamás en alma tan h róica, tan bella y tan hermosa se congregaron ma número de desgracias.

GALBINO.—¡Qué derrota la nuestra! Enardecid p la sed de venganza que á todos nos devoraba, sobre el campo de los triunviros como manad de l bos en espantado aprisco, y primero se mellaron las e padas y se embotaron las lanzas, que nuestros br os cansaron de matar. Tenia razón Bruto cuando se resist á pelear con la febril exaltación que nos asaltára á vi del cadáver de Casio. Tenía razón. Cegados por la r bia no advertimos que la fogosa caballería tracia envo vía nuestra descuidada retaguardia con impensado

...miento, y en la general desbandada pereció la flor de los valientes legionarios que cayeron ó sorbidos por los pantanos macedónicos, ó degollados por los aceros enemigos.

DRUSILO.—¡Pero que cara pagó el triunviro su victoria! Yo ví al intrépido Minucio al frente de un pelotón de soldados, revolverse contra el grueso del ejército contrario, y no ceder hasta que exangue le agobiaron los cadáveres que á sus piés amontonára, que los vivos que con furia le hostigaban. Yo ví á Quinto Cecilio hundir los calcañares en el vientre de su potro, y precipitarse en medio los escuadrones númidas con ardimiento tal, que por algun tiempo detuvo la carrera que llevaban trás las deshechas huestes de Lucilio. Y á Lucilio, cuando Bruto era arrebatado por el tropel de sus fugitivos soldados que sentían en sus espaldas el aliento de la caballeria tracia, yo le ví rasgada la toga, rota la espada, correr al encuentro de los perseguidores del general gritando: «¡Yo soy Bruto!» con cuya heróica accion ofrecióse víctima para salvar la vida del gran republicano. ¡Hazañas generosas que solo realizan pechos en quienes alienta el amor á la libertad!

GALBINO.—Jornada memorable la de Filippis. El heroismo de los que en ella sucumbieron solo puede compararse en grandeza al dolor de los sobrevivientes. Cubierto con las sombras de la noche dejando en pos regueros de sangre que nos delatan, hemos alcanzado este profundo valle y trepado por esta escarpada roca, último escollo á que hemos podido asirnos en tan horrible naufragio. Desde aquí no se vé más que fulgores de incendio, y cadáveres tendidos por esas agrestes llanuras; no se oye más que el alateo de los cuervos que van á picotear pechos amigos, y ni esperanza nos queda, no ya de vengarnos, sino tan siquiera de que álguien recoja en su alma nuestros lamentos para trasmitirlos á la naciente generación como como el postrer grito de la libertad moribunda. ¿Qué crimen cometimos para sufrir tan bárbara expiación?

ESTRATÓN.—Allá en Epiro, mi pátria, á la sombra de los plátanas de Dodona donde sestean las ninfas y se columpian los silfos, aprendí en los cantos homèricos y en los trájicos versos del sublime Esquilo que la fatalidad se pega no al vicio, sino á la virtud, de la misma manera que las serpientes se enroscan en las palomas y en los corderos, y no en el cuello de los chacales. Justicia perseguíamos, y libertad; ¡qué mucho pues, que en nosotros se haya cebado la desgracia!

DRUSILO.—Cierto: si Bruto hundió su puñal en el pecho de César, por justicia lo hizo, no por ódio: matar quiso al tirano, no al hombre. Si levantóse en armas, no fué por ambición, sino para defender las libertades menguadas por estos generales que se repartían en almoneda las provincias de la República con desprecio á las leyes pátrias.

GALBINO.—¿Y quién, aun con ménos ánimo que Bruto, hubiera podido ver sin encenderse en rábia entrar los triunviros en Roma pasando por sobre los despedazados cuerpos de Emilio, de Lucio, de Decio, de Ligario, de Vestidio, de Asino, de Terenio, de Casilo, de mil senadores, de mil patricios, que no tenían en contra más delito que su riqueza los unos, y que su honra los otros? Ah! las aguas del Tiber se cansaron aquellos días de arrojar cadáveres al mar; pero los triunviros no se cansaron de abrevarse en sangre, de devorar tesoros, y de prostituir ilustres damas. ¡Qué vergüenza!

DRUSILO.—¡Pobre Roma! Los tiranos te encontraron sin embrazar el escudo de la ley, y te saltaron al pecho como tigres. Ni Sila, ni Mario soñaron los horrores que derramaron sobre tí, al volcar los triunviros la copa de sus ruines venganzas.

ESTRATÓN.—Y recordad, recordad la cabeza de Cicerón cortada por el infame Popilio; recordad aquella lengua de donde fluyeron las palabras más hermosas que han sonado en oidos mortales, picada por la aguja de oro de la implacable Fluvia; recordad aquellas manos que tantas veces se alzaron invocando los dioses, clavadas como mísero trofeo en la tribuna de las arengas ¡ay! como si con ellas abofeteasen los tiranos la radiante faz de la República.

GALBINO.—¡Abominación mil veces! Abominación para aquellos que contemplaron tanta injuria con ánimo cobarde.

(Se continuará)

MISCELANEA

Despues de tomar un baño una tarde de verano en el Manzanares, un caballero sumamente distraido salió al salón de espera con el *traje* que usaba Adán en el Paraiso.

Ante aquella estraña aparición todos empezaron á gritar, y las señoras se taparon los ojos con los varillajes de sus abanicos. El hombre creyendo que sobrevenía algún gran peligro se sobrecojió y empezó á temblar, hasta que un mozo le hizo notar la escesiva lijereza de su traje.

—Ah! Es por eso? exclamó. Cáspita! Crea V. que con el susto que he recibido que no me llega la ropa al cuerpo.

ANOMALÍAS

Juan pescador que la merluza pesca,
come abadejo que parece yesca:
Gil que en vender esta ruindad se aguza,
es quien se come fresca la merluza.
El negro que cultiva el tabacal
fuma hojas de cualquier cañaveral:
y Pancho que le hostiga en su trabajo
fuma vegueros de la Vuelta—Abajo.
Manuel que escarva el oro en una mina
no lleva ni una mala leontina:
y Luís que el campo aquel yermo tenía
parece aparador de platería.
Antón muy diestro en fabricar zapatos,
usa el mismo calzado que los gatos:
y Jorge que anda siempre en carretela,
usa botinas de bruñida suela.
Miguel casó con una guapa niña,
y aunque trabaja, está con ella en riña:
Enrique no trabaja y se emborracha,
es soltero y camela la muchacha.
Esto quiere decir en conclusión
que no es el campanero
quien vá á la procesión,
ni es tampoco en el mundo el cocinero
quien se come el capón.

NUESTRAS LÁMINAS

¡ABANDONADADA!

¡Pobre niña! Dió oidos á las lisonjeras palabras de un fementido amante, entrególe las primicias de su virgen corazón, y hoy llora amargamente la más negra de las ingratitudes al verse abandonada por quien tanta pasión le jurara, y ella tanto quería.

UNA LECCIÓN

Esta lámina es debida al fecundo artista Sr. Belli. Un viejo soldado que ha hecho todas las campañas de Flandes, alecciona, apurando un jarro de vino, á un compañero no muy ducho en las artes de la guerra, dictándole las reglas que ha de seguir para llegar á una edad avanzada sin tener un mal rasguño en el cuerpo.

REY DE ARMAS

Es exactísima copia de uno de los preciosos dibujos históricos que se guardan en los archivos del Exmo. Ayuntamiento de Barcelona

[illegible]



Rey de armas



LA PUBILLA

SUSCRICION
Semestre. . . 3 Ptas.
Año. . . . . 5'50 id.
Pago en moneda, libranza ó sellos únicamente en la Administración, de 10 á 1 y de 3 á 5.
ESCUDILLERS 5, 7 y 9
Barcelona

Núm 26 — ILUSTRACION NON PLUS ULTRA — Año I
Barcelona 3 Marzo 1887

NÚMEROS SUELTOS
10 céntimos de peseta y 15 los atrasados.
De venta en las librerías, kioscos, vendedores ambulantes y puntos de costumbre en
España

Núm. suelto 10 cént. de peseta ⁂ Núm. suelto 10 cént. de peseta
Los corresponsales venderán por manos á los vendedores ambulantes.

EL ARTE DRAMÁTICO

Grande alboroto ha levantado durante estos días la prohibición de un drama que debía estrenarse en uno de los teatros de la Corte. Tan fuerte fué la marea, que hasta se llegó á temer que el Ministerio naufragase en ella. Pero ¡ cosas de españoles! se han echado una docena de discursos, y todo ha vuelto á quedar tranquilo como una balsa.

No entra en la índole de nuestro periódico disertar acerca las excelencias y desventajas de los sistemas represivo y preventivo, los cuales puestos en práctica de una manera absoluta pueden hacer realizables crímenes como el de la calle del Turco, y deportaciones como las de las célebres cuerdas de Leganés.

Dejando pues para la gente política el controvertir tales materias, digo que el Círculo Artístico y Literario ha discurrido bien al pedir que se legisle y reglamente de una manera esplícita y franca con respecto al arte dramático, para que no suceda, que un autor contando que su inspiración y su pluma no tienen otras cortapisas que el Código Penal, se derrita los sesos escribiendo una obra, y al terminarla, y cuando espera cosechar el fruto de su trabajo, se encuentre con una autoridad que le diga, «¡ Pues V. se queda sin comer por la fatiga !»

A decir verdad, yo no soy ni pizca partidario de la absoluta libertad que por algún tiempo se viene concediendo al teatro.

Macarronini I, y *La Carmañola*, por igual me revuelven el estómago, no porque sean ni dejen de ser la condenación de estos ó aquellos partidos, sino porque sin perseguir ninguno de los puros ideales que constituyen el alma del arte, sirven únicamente para prostituirlo y encender pasiones contrarias al buen orden social. Cosas mas atrevidas que Sellés en su *Nudo Gordiano*, que Echegaray en su *Gran Galeote*, y que Cano en su *Trata de blancos*, nadie las ha dicho en España, y sin embargo podrá cualquiera disentir y abominar de los principios que en dichas obras se preconizan, pero siempre las escuchará con deleite y admiración porque en ellas encarna el *quid divinum* del arte.

Alguna vez llevado sin duda de mala tentación me ha ocurrido entrar en un teatro de segundo ó de tercer órden, y allí he visto sobre la escena cosas, y he oído frases asesinas del pudor, que eran recibidas con ruidosas palmadas de entusiasmo por el público. Y si aun se hubiese descubierto en ellas gracia, habilidad, ó chispa de ingenio! Pero, no señor; se espetaban cruditas, con el mayor desparpajo, y en versos cojos unos, embutidos otros, desbalazados y macarrónicos todos, así como quien suelta un trabucazo. ¿ Qué más ? Casos ha habido en que la osadía ha rayado á tal punto que se ha anunciado *La vida es sueño*, ó *D. Alvaro*, con un acto más añadido á los escritos por Calderon ó el Duque de Rivas. Dígase si permitir esto, no es consentir que se escupa en el pedestal de nuestras mayores glorías. Dígase si á título de libertad se puede permitir tamañas profanaciones.

Para tener un teatro escuela de inmoralidad, y cenáculo de mal gusto, más valiera no tenerlo.

El que quiere levantar una casa ha de presentar los planos á la Corporación Municipal para que los examine y apruebe, á fin de que nadie llevado de un capricho estravagante pueda jamás afear con un adefesio la vía pública.

Pues si así se proteje la belleza del arte arquitectónico, ¿ porqué no se ha de prestar protección igual al arte dramático ? Si tanto se cuida del decoro de la construcción urbana, porque no se ha de cuidar del decoro de nuestras costumbres públicas ?

No se tolera un albañal dentro el casco de la ciudad, porque podría envenenar los cuerpos; y no obstante se tolera una comedia indecente que pervierte los corazones.

Como no hay arquitecto que se sienta molestado porque se sujeten sus planos á un inteligente exámen prévio, á buen seguro que tampoco se considerarían deprimidos nuestros buenos escritores por que debiesen sujetarse las obras dramáticas antes de su estreno, al exámen de quien tuviese facultades para negar el *exequatur* á las que escarneciesen la retórica, el idioma, y la honestidad.

De esta suerte no temblaríamos si fuésemos al teatro acompañando á nuestras esposas, ó á nuestros hijos, ni tendríamos que presenciar como cualquier ignorante mal educado coje el puñal de Melpóneme para herir, entre las carcajadas de un público que embrutece, nuestro glorioso teatro nacional.

JUDAS TADEO

MI TESTAMENTO

En nombre de Dios, amen.
Yo Juan, ciudadano honrado,
habiendo determinado
salirme de este belen,
Con entera libertad
y cabal discernimiento
otorgo este testamento
y postrera voluntad.
Ante todo perdon pido
á los que mi ira ofendió;
esto es, á aquellos que han sido
más indigentes que yo.
Declaro que me casé
con D.ª Perversa Estrella,
y tuve una hija con ella
á quien Miseria llamé.
Con su caracter acedo
me ha dado disgustos mil;
por tanto la deshercdo
por hija rebelde y vil.
Quiero ¿pues no he de querer?
que en mis deudas se haga paga,
y hará el alma que tal haga
lo que nunca pude hacer.
Lego dos mil sinsabores
en restitución cumplida,
á la persona querida
á quien hice más favores.
Lego á la niña insconstante
mi corazón, en razón
de que no diga su amante
que no tiene corazón.
Como mucho al sabio aprecio,
á aquel que lo es verdadero
le lego nn traje de necio
para que gane dinero.
Dejo mi único colchon
y dos sábanas de tela
al que sea mas ladron
de toda mi parentela:
Ya que tambien el taimado
me los robaría al punto
de contemplarme difunto,
así le ahorro un pecado.
Lego mi filosofía
al que no me llorará,
porque este al menos será
quien no use de hipocresía.
A mis enemigos lego,
por ser muchos, un doblon,
para que en la partición
se den puñadas de ciego.
Pues nunca oyeron mis cuitas
y temo que sean sordas,
lego á las almas benditas
mis orejas, y son gordas.
No quiero misas, y es llano,
pues tantas veces ¡oh egoismo!
me rompieron el bautismo,
que dudo si soy cristiano.
Dejo al tuno con sus tretas,
á la mujer con sus farsas,
y á los ricos por comparsas
les dejo los pobres poetas.
Como todos los demás
bienes que al fallecer dejo
se reducen nada más
que á mi arrugado pellejo,
Por heredero instituyo
al mismo diablo, y así
pues que á él mil veces me dí
solo adquirirá lo suyo.
Para que cumpla puntual
y forme exacto inventario
sin que á ningun legatario
se le defraude un real,
Albacea mio elijo
á hombre que no tenga padre,
ni esposa, ni hermano, ni hijo,
ni perrito que le ladre.
Esto ordeno y esto quiero
por vía de codicilo,
á treinta y uno Febrero
que es el dia mas tranquilo.

Por la copia, José Sales.

El último día de la libertad

(Continuación)

Drusilo.—¡Cuán diferente de tan monstruosa ferocidad, la clemencia de Bruto! El pueblo griego que levantó su estátua enfrente de las de Hermodio y Aristógiton, libertadores de Atenas, proclama sus virtudes, al par que las ensalzan los habitadores de Tarso. No; Bruto no ha convertido su espada de general, en cuchilla de verdugo.

Estratón.—Y sin embargo, ahí está fujitivo y abandonado, y allá los asesinos envueltos en mantos de púrpura reciben el incienso del sacrificio al són de los aplausos de Roma.

(Un soldado desciende de lo alto de la peña, y diríjese precipitadamente á Bruto.)

Soldado.—Bruto; gran golpe de gente enemiga entra en el valle. La he visto al fulgor de las estrellas. Viene á prenderte. ¡Huye!

Bruto.—*(Levantándose, y como hablando consigo mismo.)*—¡Qué hermosa noche! Cielo azul sin nubes; estrellas relumbrantes como gotas de oro inflamado; aire que susurra como un interminable suspiro de amor; perfumes que vuelan por el aire esparciendo dulcísima embriaguez; calma plácida convidando al más blando reposo..... ¡Qué hermosa noche! ¡Oh, muy hermosa! ¡Con que armonioso ritmo van las esferas rodando por la inmensidad! ¡Cómo corren los arroyuelos murmurando regocijadamente por entre el cortinaje de flores que los entoldan! ¡Oh! Ni un ave falta en el nido, ni una perla de rocío en la hierba. Cualquiera diría segun sonríe el cielo, que aquí nadie llora; y sin embargo, un poco más de luz, y se verán charcas de sangre; la luz de mil soles, y no atravesarán sus rayos la negrura infinita que sobre la humanidad se ha derrumbado. Y he quedado yo para testigo de tanta ignominia! ¡Ah! Casio, mi dulce hermano, qué feliz, libre ya de la amargura que me ahoga! ¿Y tú, Ticinio, por qué me dejaste, amigo del alma? Meneas, dónde está tu fuerte brazo que tantas veces me estrechó con ternura cuando niño jugaba á la sombra de tus jardines? Valeroso Lucilio, alma heróica, por qué no acudes á fortalecerme en este horrible trance, como me fortalecia tu ejemplo en los campos de batalla donde te dejo sacrificado á mi amor? Decio, Rutilio, Prandonio, Inex, Valerio, Sulpicio, pedazos de mi corazón, compañeros mios en cien gloriosas luchas, ¡ay! ¿quien dijera que vuestros pechos que llenaba el amor á la libertad, servirían de nidos á los alimañas de los bosques! Sombras queridas, venid á mí, y arrebatadme de esta tierra que el crímen mancha. Ay de mi! ay de mí! que de la gloria y grandeza romana no queda ya más que un montón de cadáveres hollados por los caballos de la tiranía. Maldito sea el culpable de tanto mal!

Drusilo.—Bruto, oye. Los soldados de Antonío nos han descubierto, y vienen hácia aquí apresuradamente. Huyamos.

Bruto.—Huid, salvaos, queridos compañeros.

Galbino.—Y huye tú con nosotros. No hay momento que perder.

Bruto.—Huiré, pero con las manos. Estratón, mi fiel amigo, no llores. Ven, conmigo.





LA GENTE DEL BRONCE

DRUSILO.—*(Viendo que Bruto sube á lo alto de la peña seguido de Estratón.)*—Qué camino vás á seguir, Bruto?

BRUTO.—El más breve. Ven, Estratón.

GALBINO.—Nuestros perseguidores trepan ya por estas rocas. Huyamos, amigos.

BRUTO.—Adios, últimos restos del valor romano!

(Todos se dan á la fuga derramándose por la vertiente opuesta de la abrupta loma, y desapareciendo por entre los matorrales del valle.)

ESTRATÓN.—Mi amado, Bruto. Aquí estoy; ¿qué pretendes?

BRUTO.—Darte mi último abrazo, y libertarme.

ESTRATÓN.—De qué modo?

BRUTO.—Así. Desenvaina tu puñal; pón el mango sobre tu pecho. Ahora déjame que te abrace.

ESTRATÓN.—Qué haces? Detente. Yo bañarme en tu sangre? ¡Qué horror! Bruto! Bruto!

BRUTO.—Estratón! Pídote el dulce consuelo de morir sobre tu corazón. Ea; la muerte es el mejor bien para mí; no me lo niegues.

ESTRATÓN.—*(Cubriéndose el rostro con una mano, y presentando con la otra la punta de la daga.)*—Maldíganme los Dioses! Bruto, perdóname.

BRUTO.—Estratón! al morir, bésame.—*(Con amargo grito.)*—Virtud, nombre vano; libertad, sombra fugaz, juguete del destino ¡ay! yo creía en vosotras! *(Se precipita sobre el arma que empuña Estratón, y cae atravesado.)*

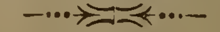
ESTRATÓN.—*(Gritando con horrible voz.)*—¡Soldados de Marco Antonio! venid á dar sepultura á la libertad de Roma!

(Los pretores del triunviro llegan en tumulto, y al ver el cadáver de Bruto, se paran un instante con respeto.)

UN LEGIONARIO.—¡Cortad esa cabeza, y llevadla á los piés del vengador de César!

PEDRO HUGUET Y CAMPAÑÁ.

Carta de un señorito que desea perder la condición de tal



Señorita, yo era ayer
antes de ver su hermosura,
por mi gallarda figura
un muchacho de buen ver.

Por mi dicha, ó mi mal hado
en la calle la encontré,
y desde entonces quedé
completamente *estropeado*.

Si, porque por mis enojos
diome el amor un pellizco
al mirar sus lindos ojos,
y, vamos... me quedé *vizco*.

En vano, para mi mengua
quise rendirle un saludo;
pues se trabucó mi lengua
y me quedé *tartamudo*.

Desde aquel dia no engordo,
y me marchito y me aviejo,
y en fin á todo consejo
por V.; niña, soy *sordo*.

De esta manera me veo
sin amigos que me aláben,
puesto que dicen que saben
todos del pié que *cojeo*.

Con tal amor me embarranco,
y estoy hecho un chirimbolo,
de modo que ya tan solo
me falta quedarme *manco*.

Y á serlo estoy decidido,
pues, señorita, me allano
á entregarle á V. mi mano
si me acepta por marido.

LA TARJETA EQUIVOCADA

CAPITULO I

Antonio acababa de llegar de una partida de ca[z]... que le había tenido ocho dias ausente de su hog... Mientras colgaba el zurrón y se cambiaba el traje... esposa Emilia le dijo:

—A que no adivinas quién vino ayer á visitarme?

—Yo que sé! contestó Antonio con aire indiferen...

—Pues nada ménos que tu amigo Crisanto.

—Qué dices? exclamo Antonío alborozado. Crisant... aquí? Oh! qué alegría. Díme: qué te contó?

—Díjome que había venido porque le telegrafi[aron] que una casa de esta ciudad, con la cual está en r... ciones mercantiles, iba á declararse en suspensión ... pagos, y que esperaba dejar por toda la mañana de h... arreglados sus negocios para marcharse esta tarde.

—Irse? Cómo es eso! No será sin que le rompa lo... huesos para obligarle á que se quede un mes con n[os]otros. No faltaba más. Y ¿sabes dónde se aposenta?

—Aquí dejó su tarjeta despues de anotar en ella l... señas de su habitación.

—La tarjeta? Dámela. Ya le enseñaré yo á ese tu... nante á hospedarse en otra parte que en mi casa.

Y diciendo esto, cojió la tarjeta de Crisanto, colocol... en su cartera, y se marchó como perro con maza.

CAPITULO II

Disparado iba nuestro hombre por la calle reparti[en]do codazos y pisotones, cuando al revolver una esqu[i]na chocó tan violentamente con un capitan de cabal[le]ría que por poco lo derriba.

—Es V. ciego? gruñó con enojo el militar.

—Seguramente, pues he tropezado con un asno; re[s]pondió Antonio mientras recojía el sombrero que c... el trompicón se le había caído.

—Ese insulto....! gritó el capitan cojiéndole de u... brazo.

—Es favor que á V. le hago; repuso Antonio desl[i]ciéndose del capitan con una sacudida.

—Si es V. caballero, dijo éste, no tendrá inconv[e]niente en darme su tarjeta.

—Tome V.; dijo Antonio sacando precipitadam[ente] una de su cartera. Y se marchó sin esperar que el o[fen]dido le entregase la suya.

CAPITULO III

Al trote largo, y como si nada le hubiese aconteci[do] siguió nuestro hombre su camino. De repente se paró.

—Pero, botarate de mí! dijo: Si no he mirado dón[de] vive Crisanto! Y al decir esto sacó la cartera. Pero ¡... desgracia! la tarjeta ya no estaba allí. La habia entregado al militar.

Antonio se pegó con rábia dos puñetazos en el s[om]brero. Qué hacer? Buscar al capitan para desvanec[er el] error, no era posible, porque ignoraba su domi[cilio] por la misma razón tampoco podía advertir á Cri[santo] el compromiso en que acababa de ponerle.

Más de un cuarto de hora estuvo corriendo cal[les] rascándose la frente en busca de solución al intr[incado] problema que tan inopinadamente se le habia ofrec[ido], cuando de pronto dió una patada al suelo, excla[mando]:

—Eureka! ya lo encontré!

CAPITULO IV

Dos horas no habían trascurrido despues de e[s]te [su]ceso, cuando mientras arreglaba Crisanto la maleta p[a]ra marcharse á Logroño, el criado de la fonda le anunció que dos caballeros pedían por él.

—Será Antonio alguno de ellos; pensó alegremente Crisanto, y luego dijo en alta voz: ¡Que entren!

Sorprendido quedó el buen Crisanto al ver que nin-

uno de los dos visitantes era persona conocida. Sin ·nbargo, los recibió con la amabilidad que le era ca·ıcterística.

Una vez sentados todos, uno de los recien llegados, ıe se hacía notar por sus desmesurados bigotes, tomó palabra y dijo:

—Somos los padrinos del capitan Barranco.

—Lo celebro. En qué puedo servirles?

—Ya presumirá V. á lo que venimos.

—Si Vds. no se explican.....

—Cómo! Se chulea V.?

—De ningun modo. Hablen Vds. y podremos entenrnos.

—El señor tendrá mala memoria; dijo el otro comñero. Se ha olvidado V. del lance de esta mañana.

—Qué lance es ese?

—No es V. D. Crisanto Cataviento?

—El mismo soy.

—Pues V. es la persona que buscamos.

—Pero para qué? Sépalo yo de una vez!

—Pues para lo que cualquier otro despues de lo sucelo se hubiera figurado ya. Para que V. escoja padrinos oncertemos las condiciones del duelo.

—Qué duelo? Caballeros, tengo el sentimiento de deles que no puedo seguir perdiendo un tiempo que go me faltaría para alcanzar el tren.

—Hola! hola! se marchaba V.?

—Si señor, y me marcharé, porque á nadie creo que importe.

—Cómo que no importa? gritó el de los grandes bies. Ya verá V. la manera que tengo de arreglar esas as? Mire V.; mañana á las cinco de la madrugada ıgase V. con dos amigos detras de las tapias del centerio. Allí le esperaremos con el capitán Barranco. duelo será á pistola, á veinte pasos, avanzando y parando á discreción. Si V. no acude al sitio, vendres á buscarle á Logroño: aquí en esta tarjeta tenemos señas de su domicilio. Con qué, por advertido, y ta mañana.

Dicho esto, salieron los dos padrinos dejando al po· D. Crisanto clavado en su sillon.

CAPÍTULO V

El pobre que jamás se había visto en semejantes es; despues de invocar todos los santos de su devo·ı, y de agitar su pensamiento en un mar de confusio· imaginó que lo más acertado sería ir á encontrar ntonio para que le sacase de aquel terrible atollao.

En efecto, corrió desalado á casa de su amigo.

—Don Crisanto! V. por aquí? Cuanto placer! esclamó ilia en cuanto le vió.

—Perdone V. señora. Ha vuelto Antonio?

—Si señor, esta mañana.

—Donde está? Necesito verle.

—Jesús! Que tiene V.? Le pasa algo?

—Señora! por todos los santos del paraiso, lléveme donde está su esposo.

—Mire V. que casualidad. Ha salido para visitar á pero por el camino perdió la tarjeta, y como no re·laba las señas de su domicilio, ha vuelto y me ha o que no le esperase hoy, á causa de una urgencia le ha salido. El es así.

. Crisanto cayó desmayado en un sofá!

CAPÍTULO VI

o había remedio. Era preciso batirse. Pero D. Crio no conocía el manejo de arma alguna, y esto le a los pelos de punta. Ademas las condiciones del o eran terribles.

n los trances apurados es cuando asaltan los granecursos. Y D. Crisanto estaba apuradisimo; lo cual a que no podía faltarle alguna idea luminosa. Y en o no le faltó. Despues de agitarse mucho en el sofá ue se tendiera, dióse una fuerte palmada en la frente, y salió presuroso á la calle, sin despedirse de Emilia que le estaba preparando una poción.

A dónde fué? Qué hizo? Cosa es esa que procuró don Crisanto tener muy callada. Pero lo cierto es que cuando se acostó, sus aspecto mostraba alguna tranquilidad. Sin embargo, aquella noche la pasó el pobre soñando cañones y bigotes erizados.

CAPITULO VII

Pim! pim!

Era el camarero que á la madrugada discretamente llamaba en la puerta del cuarto de D. Crisanto.

—Ay! exclamó éste despertando sobresaltado, imaginándose haber oido el disparo de una pistola.

—Son las cuatro, y abajo hay dos caballeros que aguardan á V.; dijo el fámulo.

Vistióse precipitadamente D. Crisanto, y despues de haberse aliñado algo, salió en busca de los esperantes.

—Vamos? les dijo en cuanto los vió.

—Vamos! contestaron ellos.

Y los tres salieron embozados hasta las cejas, tomando por el camino del cementerio.

Llegaron al sitio en que debía verificarse el duelo. No había allí nadie. Los embozados se sentaron en un montón de piedras sin hablar palabra. Hacía un frío de mil diablos, y D. Crisanto tiritaba. Al cabo de largo rato, un reloj señaló las cinco. Nadie llegaba.

Despues se oyó una campanada que marcaba el cuarto de las seis. D. Crisanto y sus compañeros continuaban inmóviles y callados. Por fin sonó la media, y don Crisanto se levantó.

—Caballero, extienda V. el acta; dijo con voz solemne á uno de los embozados.

El aludido sacó un pliego de papel de una ancha cartera que llevaba debajo el brazo, y luego un tintero de asta, y á la luz de un farolillo que encendió el otro individuo, escribió.

Hecha esta operación, firmaron los tres personajes, y se marcharon guardando siempre el más absoluto silencio.

(Se concluirá)

NUESTRAS LÁMINAS



LA PUBILLA

Clásico tipo de la tierra catalana es «la pubilla,» que vale tanto como decir única heredera. El amor al trabajo es sentimiento tan hondo en la tierra de los antiguos condes, que con ser orgullosa de suyo «la pubilla» coje el copo de lana, lo cuelga en la rueca, y los ratos que no le absorven los menesteres de la casa los emplea en hacer bailar el huso.

LA GENTE DEL BRONCE

Al contemplar este dibujo del Sr. Belli, cualquiera que no supiese que es un aventajado y jóven artista que á un sentimiento profundo de la época reune una pasmosa habilidad en trasladar al lienzo lo que siente, diría: «Una de dos, ó este señor fué un popular pintor del siglo de Cárlos III que murió dejando varias obras inéditas copiadas del natural, ó es un mago que posee el don de resucitar y traer á su taller los tipos más genuinos de aquellos tiempos de la ronda de pan y huevo.»

Tanta es la fidelidad con que recuerda aquellos personajes temes bajo cuyas capas habia un corazón y una navaja dispuestos siempre á lances de amor, y aquellas mozas de rumbo en cuyos lábios no faltaba jamás una sonrisa para matar, ni una frase para parar los piés del más fogoso galanteador.

IDILIO

Yo y tú de un árbol—al pié sentados
sobre el mullido—césped de Abril,
permanecimos—entrelazados,
el canto oyendo—de ave gentil.
Siempre, alma mia,—luz de mi fé,
de aquella tarde—me acordaré.
El sol cual disco—de oro rodaba
buscando el suave—lecho del mar,
y en tu mi frente—yo reclinaba
buscando lecho—donde soñar.
De aquella tarde,—luz de mi fe,
eternamente—me acordaré.

Tip. DELCLOS y BOSCH, Sta. Monica, 2. Pasaje.




ILLUSTRATION
NON PLUS ULTRA
4

SUSCRICION
Semestre. . . 3 Ptas.
Año. . . . . 5'50 id.
Pago en moneda, libranza ó sellos únicamente en la Administración, de 10 á 1 y de 3 á 5.
ESCUDILLERS 5,7 y 9
Barcelona

Núm. 27 — ILUSTRACION NON PLUS ULTRA — Año I
Barcelona 10 Marzo 1887

NÚMEROS SUELTOS
10 céntimos de peseta
y 15 los atrasados.
De venta en las librerías kioscos, vendedores ambulantes y puntos de costumbre en
España

Núm. suelto 10 cént. de peseta ⁎ **Núm. suelto 10 cént. de peseta**
Los corresponsales venderán por manos á los vendedores ambulantes.

SANTIFICAR LAS FIESTAS

Nada menos se ha pensado ahora que imponer sanción penal á cuantos en adelante trabajen en día festivo. Salvando toda clase de respetos, permítaseme decir que encuentro el proyecto tan fuera de casillas que casi me haría salir de las mías. Y no es que yo opine así por sentimiento irreligioso, sino porque considero que castigar á los que no guardan descanso en días de fiesta, equivale á poner puertas al campo.

Supongamos que la enmienda introducida en la base 9.ª del Código penal en gestación, se traduce en este artículado: «Incurrirá en la pena de tanto ó cuanto el que sin licencia del Diocesano trabaje en día festivo.» ¿Qué tendremos con esto? Pues tendremos una disposición perfectamente inaplicable en justicia. No proponiéndome sacar argumento del artículo 11 de la Constitución que establece que «nadie podrá ser molestado en el territorio español por sus opiniones relijiosas ni por el ejercicio de su respectivo culto,» claro es que no voy á decir que hombre puede haber que profese las creencia mosaicas, por ejemplo, el cual despues de haber estado mano sobre mano murmurando salmos todo el día del sábado, se eche, si es zapatero, á repiquetar suelas el domingo, contándose amparado por el citado artículo constitucional, y luego sin valerle escusas se encuentre con que á tenor de una ley adjetiva, con mengua del Código fundamental le carguen una pena que le apabulle. El motivo que tengo para tildar de inaplicable la tal sanción punitiva, es mucho más vulgar. Voy á exponerlo.

Ley es un precepto común que debe ser cumplido según justicia. La ley dictada á un pueblo no distingue en su aplicación clases, edades, profesiones, ni gerarquías. Una ley de carácter general que fuese sólo aplicable á determinadas personas, no sería ley, porque no sería justa, ya que no daría á cada uno lo merecido.

Ahora bien, supongamos vigente un artículo que penase el trabajo en días festivos. ¿Qué sucedería? Pues nada menos que una série de tiranías jurídicas de las cuales resultarían víctimas los pobres.

Que el Tuerto ó el Chato, cava en domingo la viña para ahorrarse un jornal del que necesita para dar de comer á su familia: pues multa porque no ha obtenido dispensa del Obispo. En cambio D. Blas, y D. Senen, el uno arquitecto y el otro banquero, se pasarán toda la fiesta metiditos en sus despachos, el primero trazando planos, y el segundo combinando operaciones bursátiles, y nadie les andará al oido para decirles «¡ustedes faltan!»

Ya me parece que oigo á alguien esclamar: «No, hombre, no; no es eso. Aquí se trata sólo de evitar el escándalo que causa trabajar á vista del público.» A esto respondo que la ley cuando castiga delitos ó faltas, los castiga, y debe castigarlos, no porque se verifiquen en público ó en privado, sino porque son en sí actos dignos de pena, ya que la publicidad podrá en determinados casos ser circunstancia agravante, pero la ocultación no será nunca causa eximente. Además que, si en tal sentido debiera interpretarse dicha ley, tendríamos en el presente caso un motivo más para impugnarla, dado que se hubiera dictado espresamente contra los infelices que por precisión del en trabajar al aire libre.

«Si se averiguase que esos señores á que usted se refiere, trabajan en días festivos, se les castigaría.» Esto me objetarán sin duda algunos. Pues bien, apuesto uno contra ciento que los que esto repliquen, regañarán al panadero si todos los lúnes no les sirve el pan tierno; se enojarán contra el tablajero si les precisa en sábado comprar tajadas para dos días, y pondrán el grito en el cielo si en domingo se les cierra el teatro, no obstante de saber que ni el panadero, ni el cortante, y mucho menos el el cómico, tienen bula del Obispo.

«Mire V., objetará todavía algún espíritu pacato; en Suiza, en los Estados-Unidos, y en Inglaterra es de rigurosa observancia el descanso del día séptimo. ¿Porqué no hemos de imitar á estas naciones modelo de pueblos cultos?

Y yo contestaré: ¿Pues sólo en estas pequeñeces debemos imitarles y no en lo demás? A bien que ellos ya se van cansando de semejante rigidez impuesta, más que por otra cosa, por las frialdades de su relijión protestante que un pueblo católico como España no puede tomar por modelo.

No faltará tampoco quien defienda la tesis que combato, diciendo que es cuestión de higiene descansar un día de cada siete. Conformes. Pero también es cuestión de higiene lavarse la cara, y sin embargo á nadie se pena porque no se la lava.

En una palabra; encuentro muy bueno, y muy santo, y muy lógico, y muy higiénico, no trabajar en días festivos; pero encuentro muy fuerte imponer una pena al que en ellos trabaja. Sobrada pena tiene el pobre en trabajar cuando los demás huelgan.

JUDAS TADEO.

MARTIR SIN GLORIA

Rosa era la muchacha más hermosa
que pisó nunca tierra gaditana;
tan tierna y tan graciosa,
que aún llamándose Gila, ó Sebastiana,
la hubieran todos reputado rosa,
y rosa del Abril la más galana.
Cuando del mar jugando en la ribera
los piés hundía en la salada espuma
cual blanco cisne que por vez primera
al mar entrega la sedosa pluma;
cuando rotos los aureos pabellones
del claro sol en la colina ingente,
saltándole la risa á borbotones
á su casa tornaba alegremente
llena el halda de conchas coloradas
que despues convertía
en pulseras, collares y arracadas
más bellas que joyel de pedrería;
cuando en el templo ante el altar de hinojos
levantaba al Señor sus oraciones
aun mas que con los labios, con los ojos
cargados de visiones;
ó cuando dormitando respiraba
con el suspiro de avecilla herida,
y el sonrís en su boca enrojecida
aérea mariposa semejaba
del clavel mas fragante suspendida;
tomado por arcangel se la hubiera
que á modo de paloma mensajera
se desbandara del celeste coro,
y el fatigado vuelo,
derretidas en luz las alas de oro,
hubiese reposado en este suelo.
Bellísima era Rosa;
mas aunque mucha su hermosura fuese,
su prez no consistía en ser hermosa,
ni en derramar de gracia los raudales
como si el mar depositado hubiese
en cuerpo tan gentil todas sus sales,
sino en aquel rubor de la inocencia
que su limpia conciencia
le arrojaba á la faz con mil corales.
Como tigres que dejan la caverna
al percibir olor de carne tierna,
en pos de las mujeres van los hombres:
(y de esta verdad neta no te asombres,
ni por ella me llames descocado,
oh tu, lector amigo,
pues si ya á los treinta años has llegado,
y no los has vivido emparedado,
comprenderás que es cierto lo que digo).
Joven, graciosa y bella
la Rosa de mi cuento,
¿como podía no llegar hasta ella
de algun galan el seductor acento?
A miles los oyó, que su hermosura
era de almas imán; mas con tan pura
sonrisa ella acogía estos amores,
que al romper en la playa entre la espesa
turba de adoradores,
parecía á esos rayos cuya lumbre
sin empañarse limpida atraviesa
de tamos bulliciosa muchedumbre;
pues Rosa virgen de alma, en sus risueños
y castos devaneos
no traspasó jamás con sus deseos
el limite encantado de los sueños.

II.

De la linda doncella era vecino
D. Simeon que de Matanzas vino,
con un barril de doblas negreranas,
una pérfida tos y muchas canas.
Vió á Rosa el tal vejete,
y sintió que su cálida mirada
le hería el corazón como un ariete
que rompe la muralla mas guardada;
y no pudiendo ya con el hastío
de su mísera vida de soltero,
encendido en amoroso desvarío,
pensó con Rosa á cambio de dinero,
partir su tos, y compartir su frío;
y deseando rematar sus penas,
una mañana remozó su facha,
y cargado de dijes y cadenas
el viejo americano
á la casa se fué de la muchacha
de Rosa á demandar la blanca mano.
Un horizonte vislumbraron de oro
los padres de la niña no entendiendo
que el matrimonio es un comercio horrendo,
venta infame de dicha y de decoro,
cuando el amor al corazon no roba;
y aunque Rosa pugnó con heroismo,
entró por fin en la nupcial alcoba
como pudiera entrar en un abismo.
La niña se casó desamorada....
mas que pasó ¡Dios santo! en la primera
noche de aquella boda desdichada,
que apenas derramó su luz la aurora,
Rosa, mas blanca que la blanca cera,
ciñendo el velo aun de desposada
y mascullando una espantosa queja,
del nuevo hogar salió y se echo á la calle,
como la alondra que la jaula deja
volando en busca de repuesto valle?
Despavorida la infeliz huía...
y á medida que el paso aceleral a,
cada piedra, al tocar le parecía
mano de acero duro,
que adelante, adelante la empujaba,
y cada pensamiento un grueso muro
que entre su esposo y ella se elevaba.

III.

Aunque nadie sabía porque Rosa
se rebeló contra el sagrado yugo,
el mundo, ese monton de culebrones
que se nutre de roer los corazones,
vió sin marido á una bizarra esposa,
y tomando caracter de verdugo,
en la honra más intacta y más sencilla
hundió de la calumnia la cuchilla.
Ni en el paterno hogar encontró abrigo
la mujer desvalida, porque ardieron
de furor enemigo
sus ciegos padres que su mal causaron,
y cuando disuadirla no pudieron,
inclementes las puertas le cerraron.
En tan fiero abandono
aun mas sintió terror que sintió encono;
y espantada ante el negro pensamiento
de volver á aquel lecho lujuriento
de donde le apartaba la conciencia,
quiso torcer su malhadada suerte,
ya que no le era dable por la muerte,
al menos enviudando por la ausencia.
Rosa con este norte
se trasladó á la corte,
y en una estancia triste como su alma
se refugió, y vivía,
sinó con alegría,
con libertad al menos y con calma.
La aguja siempre en el nervioso dedo,
el percal en la falda desplegado,
y en el pecho clavado
ese agudo puñal que llaman miedo,
sin cesar trabajaba locamente,
mientras iba tejiendo en su memoria





con los rayos divinos del pasado
y las sañudas sombras del presente
la lúgubre mortaja de su historia.
Pero ¡ay! que sola, una mujer si es casta
con sus fuerzas no basta
á contrastar de la miseria el peso!
Por mas que trabajaba con esceso
un dia rujió el hambre en sus umbrales:
era invierno: partículas de nieve
mariposeaban ante los cristales;
vibraba el frio su saeta aleve;
y el cielo que ¡oh lector! se semejaba
al que á través del llanto siempre vistes
cada vez que llorastes, ostentaba
ese gris perla de los dias tristes.
Las pupilas de Rosa se apagaron
cargadas de fatiga,
sus dedos por el frío se garfiaron,
y se dobló su cuerpo como espiga.
Arrojó un grito demandando ayuda,
mas su clamor tan solo lo oyó el cielo:
que mientras loca, trémula y desnuda
la infeliz se arrastraba por el suelo,
el estruendo del canto y del sarao
de la orgía mezclado con el vaho
con que rico banquero
celebraba su suerte de fullero,
subiendo atronador en olas iba
del piso principal al quinto piso,
cual si el infierno blasfemase arriba,
y abajo se alegrase el paraiso.
Ecos tal vez de aquel clamor sonaron
en las pobres estancias mas vecinas,
pues en breve en el piso penetraron
alarmadas algunas inquilinas.
«¡Pobrecita! dijeron
al ver caida á Rosa, y añadieron
«id á buscar un médico enseguida,
porque ó sinó se vá á quedar sin vida.»
Y con tanto entusiasmo
prestó auxilio á la enferma aquella gente,
que Rosa volvió luego del marasmo,
de modo que al entrar allí el galeno
con aire displicente,
ya recobrado la muchacha había
de su semblante cándido y sereno
la aureola de hermosura y de poesia.
El médico la estuvo contemplando
ojos poniendo de codicia en ella,
y es fama que bajando
la escalera, decía, atravesando
de los vecinos el espeso enjambre:
«es demasiado bella
esta mujer para morirse de hambre.

IV.

Al caer la tarde del siguiente dia,
Rosa, mostrando agitación sombría,
el pestillo encajaba,
vuelta daba á la llave de su puerta,
y tras ella los muebles apilaba;
y asomándose luego á la ventana
de par en par abierta
arrojaba un collar de filigrana,
Diez minutos despues en la escalera
se oyó rumor de pasos comedidos;
y Rosa acurrucada en una estera
lloraba y se tapaba los oidos.
Una, dos y tres veces blandamente
rozaron unos dedos la madera
de la puerta cerrada previamente,
y luego acompañando esta porfía,
en tono dulce, persuasivo y quedo
se oyó la voz de un hombre que decía:
«abre, Rosa, soy yo: no tengas miedo.»
De ira ó verguenza, de temor ó de asco
ensordecer queriendo la muchacha,
abrió un armario, y recogiendo un frasco
bebió y bebió hasta que cayó borracha.

V.

Poco tiempo despues la infeliz Rosa,
la perla gaditana,
la niña ruborosa,
de ojos azules y de tez de grana,
negra la faz y deprimido el pecho
tras horrorosa angustia
del Hospital moría sobre un lecho
cual azucena requemada y mustia.
Y al pasar la visita unos señores
por aquella crujía de dolores,
un hombre grave, taciturno, enteco,
cuya cascada voz tenía el eco,
de aquella voz que tímida y melosa
llamó un dia de Rosa
á la cerrada puerta,
al ver el cuerpo de la niña muerta
por borrachera de honra, y de heroismo,
exclamó con desden y risa cínica:
«Un caso de alcoholismo:
Mañana este cadáver á la clínica.»

PEDRO HUGUET Y CAMPAÑÁ.

LA TARJETA EQUIVOCADA

(Continuación)

CAPITULO VIII

Despues de haber despedido á sus acompañantes, se disponia D. Crisanto á entrar en el portal de la fonda en que se hospedaba, cuando de pronto se vió rodeado por tres individuos de dudosa fisonomía, uno de los cuales le preguntó:

—Es V. D. Crisanto Catavientos?

—Muy servidor de V.

—Pues dése preso.

—Jesús. Eso me faltaba! Y puedo saber.....

—Pregúnteselo V. al Sr. Gobernador, á cuya presencia vamos á traerle.

D. Crisanto creía ser víctima de una pesadilla. Sin dejar de hacerse cruces siguió á aquella gente, camino del Gobierno Civil, pensando qué nueva calamidad la había deparado la fortuna.

CAPITULO IX

Al entrar en el despacho del Gobernador, ¡oh felicidad! vió á su amigo Antonio, y con él el cielo abierto. Sin poderse contener corrió á echarle los brazos al cuello, balbuceando:

-- Oh! amigo mío!

—Calaverón! le dijo Antonio abrazándole. Que me hayas obligado á denunciarte!

—Cómo á denunciarme? contestó con asombro Crisanto.

—Caballero; dijo entonces el Gobernador, dirijiéndose con tono severo á Crisanto. Comprendo que hay en la vida momentos terribles que abruman el alma mejor templada.

—Sí, señor, y los que desde ayer estoy pasando son de ese calibre, y aun algo mayores. Créalo V. E.

—Aunque asi fuese, no debe nunca el hombre que en algo se estima acudir á extremos que constituyen un agravio á la pública moral, una abdicación de toda dignidad y una vergüenza para la familia.

—Eso digo yo; pero si á uno le obligan....!

—A esos medios solo obliga la cobardia. El hombre de corazón fuerte sabe sobreponerse á toda miseria.

D. Crisanto oyendo esto quedó con la boca abierta.

Antonio le miraba sonriendo con socarronería. El Gobernador continuó:

—Sí, caballero, sí: V. ha dado pruebas de mal corazón, de ser mal padre. V. con la inmoralidad de su conducta, se ha hecho despreciable ante la sociedad.

D. Crísanto estaba consternado.

—Y qué le parece á V., añadió el Gobernador creciéndose al ver el éxito de su homilia, qué le parece á usted qué sería á estas horas de su esposa y de sus hijos, sin este buen amigo que se ha desvelado para apartarle del abismo á que se iba V. á precipitar?

D. Crisanto quiso hablar, pero la garganta se le anudó, y disparó un gemido.

—Yo debería ahora, cumpliendo con mi deber, entregar á V. á los Tribunales para que le impusiesen el condigno castigo. Pero V. me parece tocado de arrepentimiento, y yo no gusto de extremar las medidas de rigor; por tanto, si protesta V. de no imaginar jamás atentados semejantes, le dejaré en libertad, previniéndole que sin pérdida de minuto tome V. el tren para Logroño, y se reuna con su familia, á la cual debe con su cariño hacer olvidar ese extravío que tantos dolores le ha hecho sufrir.

D. Crisanto no dejaba de hacer signos afirmativos con la cabeza, privado como estaba de concertar una palabra.

—Así pues, concluyó el Gobernador viendo las mudas protestas de D. Crisanto, dé V. las gracias á la buena intervención de D. Antonio, y vaya V. con Dios quitándose para siempre de la cabeza todo pensamiento mujeriego y demás locuras que tan mal sientan en un hombre de su edad.

Dicho esto se despidieron con la mayor cortesía del mundo.

CAPITULO X

—Antonio, por la salud de mis hijos que me expliques lo que pasa; dijo Crisanto en cuanto respiró el aire de la calle.

Antonio echándose á reir á carcajada suelta refirióle lo ocurrido. Al enterarse del cambio de tarjeta, Crisanto arrojó un estrepitoso suspiro cual si le hubiesen quitado una montaña de encima, y dijo:

—Ahora lo comprendo todo; acaba, que despues te contaré yo mis aventuras.

—No sabiendo dónde encontrarte para remediar mi torpeza, continuó Antonio, te digo que me desesperaba. Pero juré salvarte á todo trance, y ¿qué hice? Me fuí á encontrar al Gobernador que es muy amigo mio, y le dije: «Tengo un amigo que se llama fulano, el cual, encaprichado con una mujer abandonó su familia dejándola sumida en el mayor desconsuelo. Este amigo, despues de haberse gastado el último real ha descubierto que su querida le era infiel, causándole esto tal desesperación que esta mañana me ha escrito una carta en la que me noticia que ha decidido matarla hoy mismo, y luego levantarse los sesos. Es hombre de resolución, y lo hará como lo dice. Dónde vive no sé, y por eso acudo á vuecencia para que ponga en movimiento á la policia á fin de evitar un doble crímen.» El Gobernador dictó al punto las órdenes necesarias para tu hallazgo, y yo me quedé esperando tu venida. Hé aquí explicado el misterio que no comprendías. Ahora, cuéntame tus aventuras.

Crisanto lo hizo de «pe» á «pa», y luego añadió:

—En tan amarga situación acudióme un recurso ingenioso. Yo pensé, si acudo á la cita y el capitan no comparece, y se levanta acta de ello, quedaré en honroso lugar, y tan desprestijiado mi rival, que no le entrarán deseos de volver á hablar del asunto. ¿Cómo conseguirlo? Pues de este modo. Voy, y envio al Capitan General un anónimo confidencial en que le digo que esta madrugada estallaria en esta ciudad un movimiento republicano, lo cual me constaba por ser yo uno de los militares comprometidos en la intentona. Naturalmente, el General hizo lo que yo pensé que haría: encerrar las tropas en los cuarteles. Confiado en que el capitan Barranco por esta causa no podría acudir al lugar del duelo, avisé á un notario para que á las cinco de la madrugada viniese á buscarme al objeto de levantar acta de que nadie más que yo se encontraba á aquellas horas junto al cementerio. Costóme algun trabajillo encontrar notario, pero con buena maña y algun dinero al fin lo encontré. El capitan no vino, el acta se levantó, y despues nos fuímos de aquel sitio. ¿Qué te parece la idea?

—Hombre, peregrina como tuya; pero habrías arriesgado mucho, para no lograr resultado alguno, si aquí no estuviese yo para remediar el error en que el cambio de tarjeta ha hecho incurrir al capitan.

No tuvo tiempo de contestar Crisanto á su amigo, porque sintió que le daban un golpecito en la espalda. Volvióse, y se encontró con el militar de los grandes bigotes, el cual le dijo:

—Amigo, pensaba venir á verle para manifestar á usted que impedido el capitan Barranco de comparecer á la cita que usted sabe, mañana aguardará á usted á la misma hora y en el mismo lugar.

—Oiga usted, oiga usted! exclamó Crisanto metiendo la mano en el bolsillo con ademan de sacar la famosa acta. Pero Antonio, al objeto de evitar alguna barbaridad de su amigo, se interpuso diciendo:

—Caballero. permitame usted una pregunta. Sabe usted en dónde podría ver en este momento al capitan Barranco?

—En la Capitanía General·

—Muchas gracias.

—Qué pretendes? preguntó Crisanto á su amigo en cuanto se hubo alejado el militar.

—Deshacer el enredo; contestó Antonio. Ven conmigo. Y cojiéndole del brazo se lo llevó á remolque.

(Se continuará)

SONETO

Que grato me parece aquel estío
que en vez de achicharrar me dá frescura!
y que gozo el invierno me procura
si me ofrece calor en vez de frío!
Si el médico receta lo que ansío,
sabio, aun siendo un rocin se me figura;
y de piadoso y cuerdo alabo al cura
que absuelve á todas horas mi desvío.
Admiro por hermosa y por lozana
á la manzana si parece cera,
y á la cera si imita una manzana.
Y me enfado conmigo si en mi mente
mi ilusion mata la verdad severa...
Pues solo nos agrada lo que miente!

NUESTRAS LÁMINAS

PALOMA Y GAVILAN

Aquí la paloma es una niña que acaba de sacudir el sueño, y hace la ablución matinal con el más confiado descuido, y el gavilan es el portero de la casa, viejo zamarro que haciendo como que barre la escalera, aprovecha la ocasión de encontrar la ventana abierta para mirar lo que hacía muchos años no había logrado ver.

EN UN MUSEO

—¿Y quién será éste?
—El catálogo dice «Narciso.»
—¡Si será mi novio!
—¡Qué ha de ser! ¿No ves que este no lleva patillas?
—Es que podría haberse hecho retratar antes de dejarse crecer el pelo.
—Pero, mujer, así en traje tan lijero?
—¿Qué sabes tú? ¡Él lo es mucho!

UN SOFISTA

Él no revolverá mucho las hojas de Nebrija y Calepino, pero lo que es los sesos de las muchachas del contorno, si que los trae más batidos que huevo de tortilla. La guitarra hace en su mano el mismo oficio que hacía la espada en la mano de Alejandro de Macedonia cuando conquistaba al mundo. Esos cintajos con que adorna el instrumento, son despojos de sus victorias. Cada cinta representa una batalla ganada en el campo del amor.

Tip Delclós y Bosch, Sta. Mónica, 2, Pasaje.





TORERO DE INVIERNO

SUSCRICION
Semestre. . . 3 Ptas.
Año. . . . . 5'50 id.
Pago en moneda, libranza ó sellos únicamente en la Administración, de 10 á 1 y de 3 á 5.
ESCUDILLERS 5, 7 y 9
Barcelona

Núm 28 Año I

ILUSTRACION NON PLUS ULTRA

Barcelona 19 Marzo 1887

NÚMEROS SUELTOS
10 céntimos de peseta y 15 los atrasados.
De venta en las librerías, kioscos, vendedores ambulantes y puntos de costumbre en
España

Núm. suelto 10 cént. de peseta ✳ Núm. suelto 10 cént. de peseta

Los corresponsales venderán por manos á los vendedores ambulantes.

CARTA A ISABELITA

A mí me gustan mucho las mujeres, y usted más que todas. Perdone V. que empiece con esta declaración que nada tiene de lisonja, para que no eche á mala parte lo que me propongo decirle aprovechando estos días de penitencia.

Usted tiene una abundante mata de finísimo y lustroso cabello que desatada le cubriría como un manto de oro, y recogida en trenzas le daría apariencias de una de aquellas divinidades que, al decir de los poetas, se columpiaban sesteando en los plátanos y cerúleos lagos de la antigua Grecia. La frescura de sus mejillas pudiera servir de modelo á un pintor para trasladar á sus lienzos las tintas de primaveral alborada. Hay en su cuerpo la gallardía de la alondra, y las líneas de la estátua praxitélica. Sus ojos estremadamente negros relumbran con los centelleos de una estrella, y el marfil envidiaría la mate blancura de su frente. Por esto digo que V. me gusta.

Ahora bien, Isabelita, ¿porqué pone V. tanto empeño en ocultar esas gracias? ¿Porqué se esmera en parecer fea? Sí, amiga mía, sí; cuando V. sale á la calle revocado el rostro con colorete, cargada con una balumba de telas sobre sus caderas, chafados recortados, ó distribuídos por las sienes en combinaciones diabólicas que semejan rasgos caligráficos, esos monísimos rizos que antes vibraban como manojitos de luz, y ostentando un estrafalario sombrero á guisa de capazo de berzas, se me figura que algún comerciante de artículos coloniales ha tomado la Vénus de Milo para hacerla servir de mostruario.

Cualquiera que no haya visto á V. en la honesta sencillez del traje matutino que deja admirar la riqueza de sus naturales encantos en aquellas horas que el arreglo del hogar la sustraen á las malas artes del peluquero y la modista, creerá que V. oculta alguna deformidad debajo de aquel horrendo disfraz, y trotarán los malos pensamientos alrededor de V. ¿Quién podrá jurar que V. es bonita, mientras se presente embozada con tanto artificio? ¿Cómo no han de andar escamados los solteros con estos embustes?

No me venga V. con escusas, porque V. misma si quiere ser sincera ha de hacer coro conmigo. ¿No es verdad, quecuando antes de salir á la calle echa una mirada al espejo, allá en el fondo de su conciencia una voz le grita: «Qué fea estás?» No lo niegue V., porque buena prueba de lo que digo es aquel nunca acabar de componerse, aquel interminable retocar los pliegues de la falda y la garzota de la espuerta que llaman sombrero, aquel desesperado cambiar las pecas artificiales de la boca á la barba porque en ninguna parte caen bien, aquel nervioso refregar el carmín por los lábios, rebajar y aumentar el tono de la tinta china que sombrea las pestañas, y atufar y destriar los mechones que V. nunca encuentra á gusto.

«Las exigencias sociales», dirá V. Déjese de ñoñerías, que esa es frase que han inventado las feas de acuerdo con las modistas.

—«¡Pero bendito de Dios!—es posible que V. me objete? Las modas de que V. abomina serán todo lo destables que V. cuenta, y aun algo más. Pero buenas risitas y motes de cursi me llevaría si siguiese sus consejos.»

Pues bien; suponga V., Isabelita, que hay una mujer de buen sentido, la cual sale una mañana á paseo limpio el rostro de todo albayalde, ceñida la airosa manteleta, despejada de capilares geroglíficos la frente, desprovisto de exóticos apéndices el vestido, y como de esta suerte no se ponen grillos al natural donaire que todas Vds. en más ó en menos tienen, este modo de vestir agrada, y hay otra dama que lo sigue, y luego otra, hasta hasta que al fin se generaliza. Dirá V. que se puso en ridículo la primera que tal hizo? Seguramente que no, porque de otra suerte, sería mucho más acertado decir que estuvo soberanamente ridícula la que introdujo la moda extravante hoy en uso, de la cual no se siente V. con ánimo para desprenderse.

Pues porque lo que hizo una mujer trayéndonos contra toda noción de buen gusto modas estrafalarias, no puede V. hacerlo para volver por los fueros del garbo femenil? Es que deben ustedes ir á remolque del primer nécio á quien se le ocurra un disparate?

Mire V., Isabelita: con las modas que yo condeno, las mujeres hermosas dejeneran en feas, y las feas no alcanzan ser hermosas. Y luego se quejan Vds. de que ya no hay Abelardos ni Manriques. El corazón de los hombres siempre es el mismo: lo que ha cambiado es el modo con que se visten las mujeres enemigas por lo visto de la sencillez con que se adornaban las Eloisas y las Leonoras.

La verdad es, que habiendo tantas mujeres bellas en el gran mundo, las pasiones volcánicas sólo se encienden hoy día en aquellos modestos lugares donde no penetra el *Correo de Modas*.

Mucho más diría, pero temo aburrirla con mi homilia de predicador cuaresmal. Considere usted, Isabelita, que sólo me ha guiado el deseo de que V. parezca á todos tan bella como yo la veo con mis ojos de sesenton averiado.

JUDAS TADEO.

CUENTO FILOSÓFICO



Flameando en sus trincas banderolas
sesgaba un buque las hirvientes olas,
conduciendo á la reina Tula quinta
de siete meses y algo mas en cinta.
Ya hacía largo rato que anhelante
miraba el almirante
como iban apiñándose en montones
horribles y deformes nubarrones.
De pronto brilló un rayo, crujió un trueno,
y el mar hinchó de cólera su seno.
Del viento al latigazo embravecido
saltó la nave como ciervo herido,
y ya perdido el rumbo,
aquí daba un tropiezo y allá un tumbo,
hasta que al fin chocando en unas peñas
hundióse con su gente y sus enseñas.
Todos quedaron en el mar sin vida:
mas no la reina, que á una tabla asida
y de vela sirviéndole la saya,
logró arribar á una vecina playa.
En cinta la infeliz de muchos meses,
despues de tantos sustos y reveses
por la sombra de un plátano cubierta
á un niño dió la vida, y quedó muerta.
Oh! destino cruel de los infantes!
si nace este mamon tres dias antes,
ó veinte y cuatro leguas menos lejos,
¡Cristo! que algarabía, y que festejos
Y que boato! Entonces
al gran clamor de músicas y bronces
mil vítores hubieran contestado,
mil *Tedemus* hubieran resonado,
se hubieran visto alfombras de claveles,
banderas, y damascos y doseles,
y un espeso aluvion de cortesanos
de oro cargados cuello, pecho y manos
gritado hubieran: «Por favor del cielo
hoy se ha salvado al fin el patrio suelo»
Pero el que hubiera por su bien tenido
trece duquesas para ser mecido,
cinco nodrizas para ser lactado,
cien mariscales para ser guardado,
diez médicos, y á más un guarda-sello
para llamarle—«bello»,
seis condes y un obispo de buen tono,
para llamarle—«mono»,
sobre un monton de pámpanos yacía
sin tener más amable compañía
del cielo inmenso só el nublado techo,
que un moscardon que le picaba el pecho.
Pero la Providencia
vigila con afan por la inocencia.
Pasó un salvaje, le gustó el muchacho,
y le cazó sin el menor empacho.
Ganas sintió al mirarlo tan rechoncho
de zampárselo el bruto como un troncho,
pero al voraz deseo puso dique
pensando en regalárselo al cacique
que hacía unas semanas
se le había comido dos hermanas.
A este fin trajo al chico á su cabaña
y allí con gran cuidado y con gran maña
nutrióle por espacio de un semestre
con leche, y huevos de zorzal silvestre.
Cuando tuvo al muchacho bien cebado
lo presentó al cacique con agrado.
Este que ers un caribe muy anciana
grueso de cuerpo y algun tanto enano,
apesar de su orgullo y su fiereza
tenía sus momentos de tristeza.
Y había á la verdad causa bastante
para mostrar el hombre mal talante:
pues habiendo su vida consumido
entre mil concubinas divertido
enjendrando treinta hijos por quincena
para tragarse dos en cada cena
se encontraba á la muerte, oh caso fiero!
sin dejar en el mundo un heredero.
Así cuando su súbdito igorrote
le ofreció aquel hermoso manigote,
sintió primero bárbaras cosquillas
de comérselo asado á las parrillas;
pero el miedo de verse en su hora crítica
le hizo pensar en cosas de política,
y despues de esclamar: «pues no te masco,
que tanta carne tierna ya me dá asco»,
añadió en medio el general asombro,
«heredero del trono yo te nombro.»
Tardó aun doce años en morir el cafre:
y entonces tinto el chiquitin de zafre,
empuñó el cetro, que era una quijada
de uñas de águila y tigre tachonada.
El primer acto de la nueva Alteza
fué cometer un rasgo de bajeza:
pues ordenó que desollasen vivos
á todos sus parientes adoptivos.
El mozo era tragon si los había,
y no dejó convoy ni ranchería
en que á falta de amigos y parientes
no hincase con fruición los blancos dientes.
Pero tanto engulló el joven monarca,
que al dejar devastada su comarca,
dió pruebas de venir de estirpe regia
cuando en un rasgo de bondad egregia,
por no comer más carne de vasallo,
envió á su pueblo estúpido y burdallo
á morir más allá de sus fronteras
al furor de los indios y las fieras,
para que le trajesen por raciones
chuletas de indios bravos y leones.
Mas los dias pasaban
y las tiernas chuletas no llegaban,
y en tanto de hambre impía
el joven soberano se moría.
Como la humanidad segun se cuenta,
adora siempre al sol que mas calienta,
los cafres, que aunque bárbaros son hombres
aunque con otros usos y otros nombres,
siguiendo como todos este lema
al sol adoran porqué allí el sol quema.
El imberbe mancebo coronado
la religión siguiendo del Estado,
aunque en otra rejión de nuestro mapa
hubiera sido un defensor del Papa,
á fin de que le fuese el Sol propicio
le ofrecía á cada hora un sacrificio
pidiéndole, lo mismo que pudiera
pedirle á Dios un príncipe cualquiera,
que sucumbiesen en la lid trabada
millares de enemigos por jornada,
para poder holgar sin mas rabieta,
y darse un buen hartazo de chuletas.
Mas ¡ay! no obstante tanta fé devota
su ejército sufrió horrible derrota;
y mientras tanto el hambre real crecía,
y el botin de chuletas no venía.
Pero la Providencia siempre vela
por aquel que por ella se desvela.
Cuando á puros bostezos y bocadas
se rompía el cacique las quijadas
y le punzaban en la piel los huesos,





ASI TE QUIERO YO...

catorce misioneros muy obesos
arribaron de lejos, por lo visto,
á predicar la relijión de Cristo.
Ver el cacique aquellos rostros rojos
castañetear la lengua, abrir los ojos,
agradecer al Sol el bastimento,
y cazarlos, fué cosa de un momento.
Aquella tarde cual si fueran tordos
se comió de un tirón los seis mas gordos,
en castigo de haber abominado
la santa relijión de aquel Estado.
Tras una larga y rígida abstinencia
es menester prudencia,
ó sino la comida se indigesta:
el muchacho olvidó la máxima esta,
y dando rienda á su pasión bucólica
reventó de comer carne católica.
Oh! misterios de Dios que el hombre ignora!
precisamente en aquel punto y hora,
el padre de aquel bárbaro moría
reventando de orgullo y alegría,
porque habia hecho tostar minutos antes
seis judios y treinta protestantes.
Y despues de narrados estos hechos
agrega aquí la historia,
que hijo y padre murieron satisfechos
pensando todos dos ir á la gloria.

FELIPE RUIZ.

LA TARJETA EQUIVOCADA



(Continuación)

CAPITULO XI

—De modo que usted no se llama don Crisanto Cataviento?

—No señor, mi nombre es Antonio Robledal; el don Crisanto es este amigo mio que nada tiene que ver con nuestro asunto.

—Entonces espero que el señor Robledal, en calidad de verdadero ofensor, aceptará la entrevista que he debido prorogar para mañana.

—No hay inconveniente alguno, señor Barranco: me tiene usted a sus órdenes

Esta conversación pasaba ante don Crisanto, entre el capitan y Antonio en un despacho de la Capitanía General. Se despedía Antonio del capitan, cuando don Crisanto abriendo por vez primera los lábios, dijo:

—Eh! señores, poco á poco, No puedo consentir en manera alguna que por un quítame esas pajas, se rompan la cabeza dos hombres de bien. Si ustedes persisten en su propósito, voy á dar conocimiento de ello á la autoridad. Cuando se trataba de mí hubiera sido una cobardía hacer esto, pero ahora que estoy descartado de la pendencia, voy á cumplir con mi deber de ciudadano impidiendo que se consuma un delito.

—Usted hará una bribonada si tal hace! gritó con voz de trueno Barranco.

—No lo hará; repuso Antonio.

—Vaya si lo haré, y ahora mismo; contestó Crisanto con firmeza. En qué consiste el agravio? Vamos á ver. En que Antonio le ha llamado á usted asno? Y usted crée que si al señor Robledal le preguntasen qué piensa de usted, diría que es un asno? ¡Que había de decir! Pero en cambio lo diria la gente sensata que supiese que por esa nonada quiere usted exponerse á que le metan una bala en el estómago. Y mire usted señor de Barranco, no me venga usted con escrúpulos de honor, porque si á eso vamos, aquí traigo un documento que puede dejarle á usted muy mal parado.

—A mi? Sepamos qué es ello: exclamó el capitan.

Crisanto le enseñó el acta donde había hecho constar su incomparecencia á la cita. Barranco arrojó una mirada fulminante á Crisanto, pero reponiéndose quedó un momento pensativo. Despues sacó de su bolsillo la tarjeta que Antonio le diera por suya y en la cual Crisanto había escrito las señas de su habitación, se inclinó sobre la mesa del despacho, tomó un papel que estaba metido en un legajo, y se puso á examinar cuidadosamente ambos escritos.

Cuando esto notó Crisanto, se quedó de repente amarillo como enfermo de ictericia.

La turbación de Crisanto confirmó las sospechas del capitan, el cual de pronto le puso ante los ojos el papel que acababa de cotejar, y que no era otro que el anónimo escrito por el pobre diablo al General.

—Conoce usted esto? preguntó con gran severidad Barranco.

Don Crisanto quedó aterrado.

—Conoce usted esto?

—Tenga usted piedad de mí! al fin pudo balbucear.

—Con que es suyo ese anónimo? Bueno! Aquí habla usted de una conspiración en que está comprometido Usted dirá qué conspiración es esa. Entre tanto...

El capitan tendió la mano á un timbre. Don Crisanto cayó de rodillas

—Una palabra, capitan! exclamó Antonio. Comprendo todo lo que ha pasado, y como mia es la culpa, á mí me cabe toda la responsabilidad. Si manda usted prender á mi amigo, me acusaré de conspirador y me condenarán. Entonces será imposible el duelo. Querrá usted aprovecharse de esta ocasión para evitarlo? Querrá usted dejar sin reparación el insulto? Conteste usted.

El capitan permaneció silencioso como luchando consigo mismo.

Antonio continuó:

—Crea usted que don Crisanto es tan conspirador como el Papa. El infeliz no sabía como evitar el duelo con que los padrinos de usted le amenazaron, y escribió este anónimo para que el general alarmado mandase encerrar las tropas en los cuarteles, y de este modo no pudiese acudir usted á la cita. Hágase usted cargo de esto que le digo, y compadézcase sino de mi amigo, á lo menos de su pobre familia.

—Sí, señor; compadézcase usted de mi pobre familia, gimoteó Crisanto.

El capitan despues de un momento de vacilar dijo:

—El General de quien soy ayudante, dejóse olvidada anoche esta carta encima de la mesa. Pues bien; se ha extraviado!

Y diciendo y haciendo rompió el papel en mil pedazos. D. Crisanto se le arrojó al cuello llorando á chorro.

—Señor capitan, dijo conmovido Antonio, es usted todo un caballero. Si llamarme asno mil veces bastase á darle satisfacción del insulto que ayer le dirijí impremeditadamente sin saber á quién hablaba, asno me llamaría con plena convicción de que lo soy. Pero usted es el ofendido, y como usted no encuentra otro medio de satisfacerle que acudiendo al campo del honor, allí iré, pero le prevengo que iré con la pístola descargada.

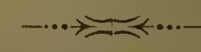
El capitan tendió la mano á Antonio que se la estrechó con viva efusión.

Y los tres quedaron buenos amigos.

Así terminaron los complicados lances á que dió lugar la equivocación de la malhadada tarjeta, y con esto se corrijió Antonio de andar atolondrado por la calle, y Crisanto quedó advertido de cuán peligroso es escribir necedades aunque sea bajo el velo del anónimo.

RICARDO SEIJAS.

LA CANALLA



La oscuridad es completa,
y está sin lumbre el hogar;
de la tormenta al bramar
el techo cruje y se agrieta:
Por él la nieve enemiga,
penetra sin hallar valla....
Sabeis quien aquí se abriga?
¡La canalla!

En perfumado salon
relumbran aureas pinturas,
y alfombras y colgaduras
se ostentan con profusión.
¡Cuanta luz! cuanto dorado!
¡cuanta rica obra de talla!
¿Sabeis quien lo ha fabricado?
¡La canalla!
En un hediondo desvan
encanijados y hambrientos
alzan agudos lamentos
dos niños pidiendo pan.
Un ¡ay! la madre profiere,
y el padre les besa, y calla...
¿Sabeis quien así se muere?
¡La canalla!
Humean olientes sopas,
se destrozan mil pasteles,
rebosa el vino en las copas,
y se sacian los lebreles.
Ahita solo el influjo
de mirar tanta vitualla...
¿Sabeis quien esto produjo?
¡La canalla!
Barrancos y ventisqueros,
ya el suelo en lluvias rebase,
ya el sol implacable abrase,
recorren unos viajeros.
Sangran el canto y la espina
su pié que descalzo se halla...
¿Sabeis quien así camina?
—La canalla!
Salvando abismos ó un monte
corre un tren con arrogancia,
permitiendo que se afronte
sin temor cualquier distancia.
Ni noche, ni nieve fría,
jamás su carrera encalla...
¿Sabeis quien hizo esta vía?
—La canalla!
Titán que glorias reparte
que á los monarcas sostiene,
á los próceres mantiene,
y crea milagros de arte,
No es el noble de alta historia
cuyo poder avasalla;
sino la chusma, la escoria ...
¡La canalla!

JACINTO DIAZ.

MESA REVUELTA

—¿Por qué, preguntaba uno á una señora casada y muy coqueta, el amor continúa sirviéndose de las flechas, apesar de haberse inventado la pólvora?

—Es, contestó, por que si usara de la pólvora, el ruido advertiria á los celosos.

PARA QUE UNA MUJER SEA PERFECTA EN BELLEZA FÍSICA Y UN TANTO EN SU PARTE MORAL, NECESITA TENER:

Cuatro cosas blancas; el cútis, los dientes, las manos y la flor de azahar.
Negras; los ojos, las cejas las pestañas y sus jugarretas.
Rosadas; los labios, las mejillas las uñas y el nombre.
Largas; el talle, los dedos el cabello y las mangas.
Cortas; los dientes, las orejas los piés y la lengua.
Anchas; el pecho, la frente el entrecejo y la conciencia.
Estrechas, la boca, la cintura la garganta del pié y el... bolsillo.
Pequeñas; el seno, la nariz, la cabeza y la mollera.

Hace algun tiempo que están bombardeando una fortaleza viviente que tiene á su disposición un verdádero cuerpo de ejército y que está próximo á rendirse á su enemigo mortal. No se crea que el tal bombardeo parta de baterías francesas ó rusas sinó por el contrario, de laboratorios químico-famacéuticos. Nos referimos á las píldoras de opio que se propinan al viejo emperador de Alemania.

Quizá la paz de Europa esté íntimamente mezcladá en pequeñas porciones de opio, cuidadosamente envueltas en protocolos diplomáticos.

El gobierno subvenciona con dos millones de pesetas para que sea un hecho, con caracter oficial, la Exposición Universal que debe tener lugar en Barcelona. Por su parte, los franceses no se descuidan, y activan la que debe verificarse en París en 1889.

No me preguntes Ramon
lo que es una exposición
mejor tu lo has de saber
que tienes suegra y muger.

—¿Y es esa la levita nueva?
—Esta es.
—¿Es con la que te casaste?
—Por desgracia no. Con quien me casé fué con Carolina.

Santeuil poeta y sacerdote, se retiraba á veces más tarde de lo que convenía á un ministro del altar.

Una noche que quería entrar en el convento despues de las once, el portero se negó á abrirle, porque, segun dijo, se lo habían prohibido.

Después de muchas súplicas y negativas, el poeta pasó uua moneda de oro por debajo de la puerta, y acto contínuo rechinaron los goznes y halló libre el paso.

Apénas entrado, finge haberse dejado olvidado un libro en un poyo que había junto á la puerta.

El oficioso portero sale á recogerlo, y Santeuil cierra y le deja fuera.

El portero, que estaba en camisa, comienza á dar grandes golpes, pidiendo que le abran; más el poeta le responde que no puede ser, porque el prior se lo tiene prohibido.

—¡Prohibido lo tenía yo, y, sin embargo, os he abierto de buena gana!—gritó el portero.

—Tambien me costó mi buena moneda. Al mismo precio os abriré—respondió el poeta.

No tuvo más remedio el portero que pagar, y al fin entró.

NUESTRAS LÁMINAS

TORERO DE INVIERNO

Vestido de azul y oro
en medio el redondel capea al toro;
mientras de oro y azul le vá á poner
capeándolo en su casa su mujer.

ASÍ TE QUIERO YO...

En los barrios de Granada abundan tipos como el que presenta nuestra lámina, recordando con su tez de bronce pálido, y su caliente mirada, la raza de las Moraymas y Zulemas que causaron en los abencerrajes mas estragos que las lanzas castellanas.

EL PRÍNCIPE Y EL FAVORITO

Federico el grande decia: «Europa gobierna al mundo; Prusia gobierna á Europa; yo gobierno á Prusia; mi esposa me gobierna á mi; el chiquitin gobierna á mi esposa; y mi perro gobierna al chiquitin. Luego mi perro gobierna al mundo.

Nuestra lamina representa los últimos términos de argumento que aducia el gran rey en pró del sistema monárquico.

Tip. DELCLOS y BOSCH, Sta. Monica, 2. Pasaje.



EL PRINCIPE Y EL FAVORITO


ILUSTRACION
NON PLUS ULTRA
Bell

SUSCRICION
Semestre. . . 3 Ptas.
Año. . . . . 5'50 id.
Pago en moneda, libranza ó sellos únicamente en la Administración, de 10 á 1 y de 3 á 5.
ESCUDILLERS 5, 7 y 9
Barcelona

Núm 29 ILUSTRACION NON PLUS ULTRA Año I

Barcelona 24 Marzo 1887

NÚMEROS SUELTOS
10 céntimos de peseta y 15 los atrasados.
De venta en las librerías, kioscos, vendedores ambulantes y puntos de costumbre en
España

Núm. suelto 10 cént. de peseta ⁎ Núm. suelto 10 cént. de peseta
Los corresponsales venderán por manos á los vendedores ambulantes.

CERTÁMEN RELIGIOSO

¡Oido! La *Society Journal of Fact Fictión aud Fashión*, revista semanal que se publica en Lóndres, ha convocado un certámen para otorgar un premio de cinco libras esterlinas al cura más hermoso del Reino Unido. Se trata de curas protestantes, y la cosa no es de estrañar, porque como ellos se casan, querrán los beatos de la Gran Bretaña mejorar la raza eclesiástica, persuadidos de que entre gente de buen gusto á veces un lindo rostro convence mucho más que un buen sermón. Sin duda qne el proyecto del citado periódico inglés, escandalizará á nuestros pudibundos beatos. Pero, por Dios, que no tienen motivo, pues ellos hacen, si bien por distinto procedimiento, con los santos, lo que los hijos de Albión hacen con respecto á los curas.

Santo milagroso como S. Gerónimo, ó gloriosísimo como S. Pablo, apenas tienen entre nosotros quien de ellos se acuerde para dedicarles siquiera un rezo, y en cambio las Marías de Alacoque y los Estanislaos de Koska, que aparte de sus virtudes privadas, no se singularizaron por ninguna empresa heróica ni escepcional en beneficio de la humanidad, cuentan por miles las cofradías que les rinden constante veneración y alabanza. ¿En qué consiste la diferencia? Pues yo no sé verla en nada más sino en que aquellos ostentan unas barbas descomunales en los rostros atezados, descoloridos y severos, y estos se ofrecen con una cara sonrosada, juvenil y fresca que recrea á la vista.

En la devoción de nuestros días entra más el arte agradable, risueño, perfumado, con reverberaciones de luz, y sonoridades musicales, que la meditación profunda, la observancia rígida de una estrecha moral, el recogimiento solemne, y la razón convencida. Así van los devotos al altar donde los cirios se estienden y entrelazan en guirnaldas de estrellas, donde las violetas y los claveles se desvanecen en perfume, donde vibran los dulces acordes de una nutrida orquesta, y donde un padre vestido con rizado sobrepelliz, cuenta las excelencias del amor divino y sus místicas délectaciones, mientras allá en un arrinconado nicho cubierto de sombras, cuando no velado por una celosía de telarañas, permanece de todo punto olvidado el mártir, el apostol, el cenobita, el grande adalid del cristianismo, el que desgarró sus carnes con el cilicio, el que se desprendió de sus galas para vestir andrapos, el que luchó frente á frente con los errores triunfantes de su siglo, el que divulgó por la redondez del orbe las sublimes máximas del sermón de la Montaña. Ante estos bienaventurados se despegaría el damasco como un anacronismo, y el olor á benjuí que exalan las crenchas de los devotos y el relampagueo de sus joyas, parecerían un sarcasmo. ¿De qué hablaría el orador qne hiciese el panegírico de aquellas virtudes, sino de mortificación y de pobreza? ¿Qué diría sino abominaciones de la vanidad? Con esto se molestaría á los oyentes; con esto se les reprendería demasiado al vivo sus concupiscencias, y no es cosa de sufrir durante una hora ese martilleo que pondría en tensión sus nervios.

No; la devoción debe ser cosa de fiesta en que se pueda lucir el garbo, el traje y la venera; en que se pueda cambiar dulces miradas de un pnnto á otro del templo, y en que el pensamiento pueda entretenerse en agradable deliquio.

Entrad en Iglesia donde se rece una novena á las almas del Purgatorio, y sólo vereis viejas que dormitan, ó tosen con ásperos carraspeos, hundidas en el mar de sombras que invade el religioso recinto. Probad de pagar un octavario dedicado á S. Juan Crisóstomo el gran padre de la Iglesia bizantina, y ni siquiera viejas encontrareis en el templo. Pero convidad á un triduo en honra de algun santico de cuya vida problemática se diga muy poco ó nada, y haced que en la fiesta haya florecillas, músicas, colgaduras, torrentes de luz chorreada por dorados candelabros, predicador acaramelado, y niñas bonitas: ¡oh! entonces no habrá espacio para contener la gente.

Si esto es catolicismo, si esto es religión, si esto no es dar quince y raya al certámen clerical de la *Society Journal of Fact Fictión and Fashión* de la protestante Lóndres, venga mi bienaventurado patrón, á quien nunca he visto en altar alguno, y que lo diga.

JUDAS TADEO.

EL VICIO PEOR

Siendo un hombre de conciencia
á mi me pasa, señores,
que en mala opinion me tienen
aquellos que me conocen.

Todas las horas del día
trabajo como un galeote,
y en vez de ahorrar algun pico
contraigo deudas atroces.

Por eso la gente dice,
—«pues viste mal, y mal come,
«y trabajando se endeuda,
«tendrá algun vicio este Cosme».
Hay quien sospecha si gusto
tirar de la oreja á Jorge,
y no falta quien murmura
si tengo amistades torpes.
Mas, vive Cristo, que mienten
los que esto de mi suponen;
yo tengo un vicio, es verdad,
pero es un vicio con órden.
Y para que por tenerlo
nadie me abomine y odie,
en que consiste el tal vicio
voy ahora á esplicar al orbe.
Yo de un tío algo carroña
heredé una vieja torre
por la cual debí al Estado
pagar un crecido escote.
Como estaban mis bolsillos
como las tripas de un dómine,
para saldar este impuesto
contraje un préstamo entonces,
por el cual cada trimestre
pago un interés enorme,
que agregado á lo que cuestan
un censo y contribuciones,
no me deja la tal finca
que un solo céntimo ahorre.
Yo bien quisiera venderla,
mas como está allá en un monte,
ni encuentro quien me la alquile,
ni encuentro quien me la compre.
Y un día se hunde la cerca,
otro una viga se rompe
y por faltarme dineros
dejo que se desmorone.
Esto por un lado, ahora
puesto en semejantes trotes,
agréguese como apéndice
otras cuentas no menores.
Por no poder comprar carne
como bacalao y coles,
lo cual segun es sabido
no llena mucho el abdómen.
y para aquietar el hambre
que vá hurgando en mis riñones,
de abadejo y coles me harto
hasta reventar los bofes;
de modo que bien medido
de estos platos el importe,
tendría para comer,
si lo aprontase de un golpe,
sino perdices y pavos,
timbales de macarrones.
De lance, por mi penuria,
un reloj compré de cobre,
y en composturas me cuesta
el valor de diez relojes.
Una criada me sirve
que gana al Bizco de Borje,
mas le debo cuatro meses,
y no le doy pasaporte,
porque no puedo pagárselos
y he de dejar que me robe.
Ya conozco yo que el sastre
cuentas muy caras me pone,
¿pero como se lo digo
si me vá al fiado el hombre?
Vivo además en un piso
que á mi haber no correponde,
y me angustio por mudarme
á otro de mas bajo coste:
pero ¡ay! que para los muebles
necesito conductores
que un buen salario me exigen
para ponerse á mis órdenes,
y como fondos no tengo
me he de quedar hecho un poste
siguiendo con el tal piso
aunque el alquiler me abolle.
Un piquillo nada escaso
me debe cierto bodoque;
sé que si le pongo pleito
he de cobrar sin retope,
mas como es preciso que antes
la conciliación provoque,
por no poder sufragarla
dejo de cobrar mi lote.
Que llueve? pues se me pudren
zapatos y pantalones,
por no tener quince céntimos
para asaltar cualquier coche.
Comprar no puedo en invierno
una capa que me arrope,
me pilla un aire, y en pócimas
he de gastar un demontre.
De modo que por faltarme
cuatro duros en mi cofre,
al cabo del año gasto
todo lo que gano, y doble.
Por esto no mienten quienes
dicen que el vicio me roe,
pues tengo el vicio mas caro
que es el vicio de ser pobre.

COSME DAMIAN

LA RENEGADA

En una correría hecha por los moros en tierras de Castilla, quedó prisionera del walí de Jaen, Beatriz de Villena, niña de diez y seis años, de corazón tan ambicioso como bello era su rostro coronado de aureas trenzas y alumbrado por unos ojos verdes sólo comparables á las aguas del mar en lo profundos y en lo peligrosos.

Prendado de amor por ella Ismail, quiso romperle las argollas de esclava para ataviarla con las ajorcas de sultana. Rechazó el fuerte rescate que el buen conde Gutierrez ofrecía por su hija Beatriz, y procuró seducir á esta con toda clase de finos rendimientos, ganoso de infundirla una pasión que igualase á la suya.

Beatriz siempre había vivido abrumada de tedio dentro los estrechos y viejos muros del castillo paterno. Mañana y tarde, ora asomada en el alfeizar de su balcón de tosca piedra mirando la llanura que se perdía en el horizonte uniforme y desolada, ora recojida en su estrado solitario, al cual no llegaban otros ruidos que el piafar de los caballos en las losas del patio, el ladrar de la jauria, el crujido de las ballestas, y el clamoreo de la bocina del atalaya, ora paseando orillas del riachuelo que con sordo fragor se despeñaba en una hondanada, lanzaba el pensamiento apenado más allá de los lindes por ella vistos, suspirando por algo brillante que sin conocer presentía. No fué mucho pues, que con tal desapego á su retirado hogar, se sintiese deslumbrada ante las magnificencias de aquella corte oriental, y correspondiese á la arrebatada pasión de Ismail. Poco era para el amor de este darla el rango de favorita en su serrallo; quiso hacerla sultana. Pero para eso precisaba que Beatriz abjurase el cristianismo, y se ciñese el turbante de los creyentes musulmanes. Y Beatriz lo hizo sin tener que vencer grandes repugnancias de conciencia.

Miraban los moros con enojo el encumbramiento de la castellana renegada, porque temían que infundiese en el ánimo del emir sentimientos de paz y de concordia aborrecidos de aquella raza forjada en el candente yunque de las batallas. Aunque se prestaban á rendirle ho-





menaje en las aparatosas fiestas que el enamorado walí le dedicaba de continuo, en cambio no dejaban perder ocasión de sembrar recelos con insidiosas murmuraciones que alguna vez llegaron á conatos de conjuración.

Este descontento acibaraba al wali el placer que gozaba cuando Radhia (que así se vino á llamar la renegada Beatriz) le besaba la boca con sus labios rojos como la flor del granado.

Ismail, á pretexto de festejar sus bodas con la hechicera Radhia, había concertado largas treguas con las tropas castellanas fronterizas, lo cual acabó de enconar los ánimos de los musulmanes. Pero el furor de estos llegó á su último límite, cuando una noche gran golpe de castellana gente, quebrantando la neutralidad pactada, intentó una sorpresa contra el castillo en que se había retirado Ismail á empperecerse en brazos de la hermosa renegada.

Más de cien peones sarracenos cayeron degollados al pié de las murallas, pero la guarnición rehecha del impensado ataque impidió el asalto, logrando aprisionar buen número de los audaces acometedores.

Con este motivo el clamor de los descontentos sonó tan alto, y se dijeron tantas cosas contra Radhía, que el mismo Ismail llegó un momento á sospechar si esta le vendía, y si por consejo de ella se había tramado la fracasada sorpresa.

Radhía lo conoció en las miradas del Walí menos ardientes que de costumbre, y se puso triste. Y estuvo toda una mañana sin besar á Ismail, el cual no pudiendo resistir por más tiempo la tentación de una caricia, se acercó sonriente á Radhía. Radhía le rechazó con aspereza. El Walí palideció y dijo: —¿No me amas?— Nó; contestó la renegada.—¿Porque?—Porque no sabes ser Walí.

Ismail salió de la cámara precipitadamente. Momentos despues regresaba seguido de sus capitanes que permanecieron á respetuosa distancia formando semicírculo al rededor de los cojines en que estaba muellemente tendida Radhía. Luego entraron cuatro atezados árabes llevando en sus manos otras tantas ristras de cabezas cortadas que arrojaron á los piés de la renegada. Eran las de los nobles que más se habian significado por su ódio á Radhía. Los guerreros se estremecieron, y alguno de ellos hizo crujir el pómo del alfanje bajo su crispado puño.

—Esta es la suerte que espera á cuantos pongan en su boca el nombre de la sultana como no sea para bendecirla: dijo Ismail con voy de trueno. Y luego acercándose á Radhía añadió en voz baja:—¿Estás contenta?

—No: contestó Radhía con aspereza.

—¿No te satisface esto?—No!—¿Quieres todavía más sangre?—Sí.

Los capitanes que habían oido este rápido diálogo, temblaban de coraje; sus pupilas eran brasas.

—¡Pues manda! dijo Ismail levantando la voz sin recato. Los guerreros cambiaron una mirada de inteligencia, y llevaron sus manos al puño de las cimitarras. Aguardaban la contestación de la renegada para decidirse á algo siniestro.

Entonces Rahdía con tono despreciativo exclamó:

—Te he dicho que yo amaba al Walí de Jaen, y tú no mereces serlo hasta que quedes vengado.—¿De quién? dijo Ismail con turbación.—¿Tan pronto olvidas las injurias? contestó Radhia con fiereza.

Los capitanes estaban próximos á soltar los frenos de su cólera. Ismail vacilaba

—¡Muslimes! gritó Radhía irguiéndose con salto de tigre: —¿Tendré que ser yo quien os enseñe como debe castigarse á los que ofenden nuestra bandera?

—¡Quiero las cabezas de los prisioneros castellanos!

Un feroz alarido de entusiasmo siguió á estas palabras. Ismail tendió el brazo en señal de aprobación, y salieron los capitanes.

Media hora despues los gritos de ¡Viva Ismail y la bella Radhia! que al pié del camarín de la sultana levantaba alborozada muchedumbre, arrullaban el placer á que se entregaban los enamorados amantes.

Rahdía se asomó al mirador. Un formidable aplauso saludó su aparición.

La soldadesca hacía rodar á puntapiés diez y ocho sangrientas cabezas, entre las cuales se destacaba una adornada de blancas y luengas barbas, que atascándose en mitad del patio, quedó como mirando fijamente con sus abiertos y vidriosos ojos á la encantadora renegada.

Radhía lanzó un grito horrible cayendo desfallecida en los brazos de de Ismail.

¡Aquella cabeza era la de su padre!

POT-POURRÍ

La lepra amenaza enseñorearse de España. Parece que tan asquerosa enfermedad ya se ha dejado ver en la provincia de Gerona.

Esto solo nos faltaba para entretener la monotonía de la vida.

*
* *

Dias pasados el rey de Dinamarca se rompió una pierna bailando. Cada día hay albañiles que se la rompen cayéndose de algun andamio. ¡Quiebras del oficio!

*
* *

En los Estados-Unidos se trata de abrir un pozo que alcance hasta el centro del mundo. Al efecto el Congreso ha votado ya una crecida subvención.

Ahora sabremos de cierto lo que pasa en el infierno.

*
* *

En Bélgica hay 1,700 sociedades colombófilas y se publican 22 periódicos destinados esclusivamente á tratar asuntos de palomos y palomares.

El colega de donde tomamos la noticia, no dice que clase de palomos sean estos. Porque los hay de varias.

*
* *

Segun los censos oficiales últimamente verificados la población europea crece anualmente en la proporción siguiente: Grecia 12 habitantes por cada 100: Holanda y Dinamarca 10; Inglaterra 9; Alemania y Bélgica 8; Austria, Suecia, Noruega, Portugal é Italia 7; España 4, y Francia 2.

*
* *

El senado de Albany ha aprobado una proposición concediendo á la mujer el derecho de sufrajio en las elecciones municipales.

Buen sistema para que las solteras pesquen novio.

*
* *

Cuentan que una casa de Barcelona ha ganado la friolera de 100,000 duros con el cambio de moneda antigua por moderna.

A rio revuelto, ganancia de.... especuladores.

*
* *

En 1884 Francia recaudó 45 millones de duros por derechos de aduana: Rusia 14 millones; Alemania 44 millones, y la Gran-Bretaña, la nación libre-cambista por excelencia, 96 millones.

*
* *

La población de Europa consta de 350 millones habitantes, y el gasto anual de sus ejércitos se eleva á la cifra de *diez y seis mil quinientos treinta y seis millones* de reales lo cual corresponde á 47 reales que paga cada habitante para degollarse mutuamente y destruir sus ciudades.

¡Veinte millones seiscientos setenta mil kilógramos de plata para fomentar la barbarie en países donde hay tanta gente que se muere de hambre! ¡Brutos!

Un labrador de Kingston (Kentuchy) ha sustituido os negros que trabajaban en su finca con siete monos rpulentos á quienes en dos meses ha enseñado á caar, á cardar cáñamo, y otras labores que ejecutan con uma celeridad y perfección. ¡Veremos si al fin resulta que el negro es el mono dejenerado!

QUID PRO QUÓ

Tomasito Verdoso y Hermano, escritor á destajo, ió un salto que por poco se rompe la cabeza contra el jo techo de su cuarto. ¡Oh! ¡Qué alegría! ¡Qué fortuión más impensado! Sin conocer la persona que se la lirijía, acababa de recibir una carta, y con ella una lera de doce mil pesetas pagadera á la vista.

Pasóse una y mil veces por la frente la mano con que abía estado durante dos horas emborronando cuarillas.

No; no soñaba:

La carta decía así: «Sr. D. Tomás Verdoso, y hermano: Adjunto una letra por valor ptas. 12,000 que podrá usted servirse pasar á cobrar á casa de los Sres. banqueros Caligut, Moratón y C.ª de esta.» Luego una irma garabateada que no se podía descifrar; y nada nas. La letra estaba perfectamente estendida á la orden e «Tomás Verdoso y Hermano.» Era él: era él. ¿Pero e dónde diablos prevenía aquella pedrada de oro? Toasito púsose á pasar revista á la larga línea de su parentela, ya que en la de sus deudores estaba cierto de no allar un nombre que le sacase de apuros, y por más ue se dió de cabezadas, no acertaba con el *quid*. Por ltimo recordó que un hermano de su nodriza hacía iez años había partido para América con ánsia de riuezas, y dió el problema por resuelto.

¿Pagadera á la vista has dicho? Pues no será por cula de Tomasito el retardo.

En cuatro saltos se pone en la calle; vé un tran-vía; ace señas al conductor; sube; y andando, hácia la casa e «Caligut, Moratón y Compañía,» cuyo nombre tenía aquel momento para Tomasito la arrobadora sonodad de la música de Bellini.

¡Qué riente estaba el cielo aquel día para nuestro jóen! Como se relamía de gusto al pensar en la ración de avo con que despues de una semana de rigurosa dieta olemnizaría la aparición de su buena estrella. Decididamente estaba aquel día de suerte Tomasito. Sentada ente por frente tenía una muchacha que apenas frisaa en las veinte primaveras, una muchacha de esas que uando miran arrojan cascadas de flechas encendidas or sus ojos azules bañados de auroras; con unos lábios mejantes á un canastillo de besos, y unas mejillas brudas, cinceladas, capaces de irritar los deseos del más io anacoreta.

Se continuará.

EL AMOR EMBELLECE

¡Oh mujer, palma á cuya sombra sueño!
desde que presa con tenaz empeño
entre las redes de mi amor estás,
cada beso que en tí mi afan coloca,
es un soplo gentil que abre en tu boca
una flor mas!

—

Oh mujer, ave cuya voz me encanta!
desde que alegre por la esfera santa
de amor conmigo revolando vás,
cada suspiro que tu pecho exhala,
es un gorgeo que á tu voz regala
un himno más!

—

Oh mujer, rio de vital frescura!
desde que suave tu existencia pura
al mar de amor encaminando vás,
cada latido de tu pecho ardiente
es un aura que imprime en tu corriente
una onda más!

—

Oh mujer, cielo azul que me enagena!
desde que en tu alma límpida y serena
el sol de amor reverberando estás,
cada mirada que arde en tí tranquila,
es un rayo que engarza en tu pupila
un astro mas!

EL CASTO JOSÉ

Huyendo un torpe placer,
como quien de un tigre escapa,
José abandonó su capa
en manos de una mujer;
de esta acción he oido hacer
mil elojios á porfía,
peró yo saber querría
por ver cual la hazaña sea,
si la mujer era fea,
y los años que tenía.

REGALO

Tenemos en preparación un magnífico regalo que sorprenderá agradablemente á nuestros constantes lectores. Consiste en una oleografía á quince colores y de gran tamaño copia de uno de los mas preciosos cuadros de la escuela contemporánea.

Solo tendrán derecho al regalo los Sres. suscritores y cuantos hayan adquirido toda la colección de la ILUSTRACIÓN NON PLUS ULTRA cuyos números atrasados pueden pedirse á nuestros corresponsales ó bien directamente á la administración, acompañando el importe en sellos, á razon de 15 céntimos por cada ejemplar.

La circunstancia de haber empezado ya las impresiones de la oleografía que constituirá el regalo que ofrecemos á nuestros suscritores y constantes compradores, es causa de que el presente número salga con dos dias de retraso, lo cual nos induce á pedir indulgencia á nuestros lectores por el tiempo que dure la confección de este doble trabajo.

NUESTRAS LÁMINAS

EL PAJE

Pelo rubio, labios rojos,
en la mano la vihuela,
la voz siempre en cantinela,
y enternecidos los ojos;
el paje con sus manejes
de amor lograba m'l gajes...
Por Dios! que los tales pajes
eran unos bravos pejes!

EL MODELO

Sin que oculte un solo velo
su hermosura soberana,
sirve Antonia de modelo
á un pintor que con anhelo
pinta la casta Susana.

UN SOLDADO

De heridas acribillado,
y desde el muslo á la frente
con fuerte hierro aforrado,
este soldado realmente
está soldado

Tip. DELCLOS Y BOSCH, Sta. Mónica, 2, Pasaje.





LA MENSAJERA DE AMOR

SUSCRICION
Semestre. . . 3 Ptas.
Año. . . . . 5'50 id.
Pago en moneda, libranza ó sellos únicamente en la Administración, de 10 á 1 y de 3 á 5.
ESCUDILLERS 5, 7 y 9
Barcelona

Núm 30

ILUSTRACION NON PLUS ULTRA

Barcelona 31 Marzo 1887

Año I

NÚMEROS SUELTOS
10 céntimos de peseta y 15 los atrasados.
De venta en las librerías, kioscos, vendedores ambulantes y puntos de costumbre en
España

Núm. suelto 10 cént. de peseta ✱ Núm. suelto 10 cént. de peseta
Los corresponsales venderán por manos á los vendedores ambulantes.

UN INFORME LEGAL

Un número respetable, de respetables abogados franceses, acaba de reunirse al sólo objeto de discutir el siguiente tema:—«¿Puede el marido abrir las cartas dirigidas á su mujer ó escritas por ella?» La contestación de los togados ha sido afirmativa; pero el periódico parisien *Le Temps*, sea por considerar el ilustrado cónclave una junta de rabadanes, interesados en trasquilar la oveja, pues el ser abogado no obsta para ser marido celoso, sea por entender que el caso era un punto de moral que exigía para su resolución definitiva el dictámen de personas peritas, ello es que se ha dirijido en consulta á Dumas el célebre autor de *Les fammes qui tuent*, y de *Le Divorce*, á Presseusé, sacerdote de una parroquia mundana de París y gran inteligente en este ramo de ciencia sociológica, y á las renombradas escritoras Georges Peyrebrune y Julieta Adam.

La contestación de Dumas no ha podido ser más terminante —«La mujer que ha perdido al hombre, siempre que este se ha dejado guiar por ella, debe vivir en perpétua tutela. Un marido que sospecha de su esposa, y para salir de dudas vacila en abrir las cartas que esta recibe, es un imbécil.»

Así se ha espresado el insigne novelista. A su vez el abate Presseusé ha resumido su opinión en estas palabras:—«Según la doctrina católica el marido es el amo en el hogar. El confesor respondería á la penitente que se le quejase de que el marido le abre las cartas:—Vuestro esposo tiene derecho de investigarlo todo en su casa; y si vuestro orgullo se siente mortificado por este espionaje, ofreced á Dios ese sacrificio que os impone.»

Mme. Georges de Peyrebrune también ha despachado su informe de acuerdo con los abogados, y ha dicho entre otras cosas:—«La libertad moral de la mujer queda restringida con el matrimónio, y por lo mismo el derecho del marido á abrir las cartas de su mujer es perfectamente legal. Por otra parte, el reconocimiento de este derecho inquisitorial, no incomodará mucho á las mujeres para recibir y enviar una correspondencia que haya que sustraer á la indiscreción marital. Todas sabemos que esta clase de misivas no circulan solamente por el correo. Dejad pues, que se regocijen los maridos, si son lo bastante poco diestros y lo bastante mal educados para abrir las cartas que no les han sido dirijidas.»

Por último, Julieta Adam indignándose contra el parecer de los abogados á quienes tacha de descorteses, dice:—«El hombre que es el que hace las leyes ha establecido las relaciones conyugales completamentete beneficiosas para él; así sus derechos se estienden desde el dominio hasta el asesinato. La personalidad que la mujer adquiere en el matrimonio hace pesar sobre ella responsabilidades que de ningún modo se podrían imponer á una criatura ciegamente sometida. La mujer tiene, pues, libertad de pensar, y comunicar sus pensamientos con su madre, sus hermanos y sus amigas, y de recibir los que estos indivíduos le comuniquen. Sin esta libertad y para secretos nada deshonrosos, se vería obligada á servirse de la lista de correos y de la complacencia siempre humillante de los criados. Cuando el marido llega á sospechar de la esposa creo que las únicas garantías verdaderamente seguras son el serrallo y el eunuco.»

El asunto, como se vé, es embrollado como todos los que tienen verdadera trascendencia social. Hay sus razones en pró, y hay sus razones en contra, á cual más poderosas.

El *Temps*, sigue con su información de la que dudo saque nada en limpio, y digo esto, porque yo también al objeto de procurarme luz en tal materia, he explorado distintas opiniones, no como el periódico parisiense entre la *cremè* de la literatura y del buen tono, sino entre la gente humilde que por no entender de filosofía, ni retórica, se guía únicamente por la gramática parda del buen sentido. Y con esto he tenido ocasión de oir peregrinos razonamientos, sin que ninguno me satisfaciese por completo.

Quien, sin embargo, más me plugo por lo ocurrente, fué el que desarrolló el zapatero que me calza, hombre veterano en lides matrimoniales como que se ha reenganchado cinco veces en el batallón de S. Cornelio. Dice el tal zapatero:—«Mire V., nadie sospecha de su mujer si esta no le dá motivo con su conducta. Pues bien, si yo sospechase de mi esposa, y supiese que esta recibe cartas y no me las dejase leer, ¿sabe V. lo que haría? pues una cosa muy sencilla: en vez de abrirle las cartas, le abriría la cabeza.»

Recomiendo pues esta opinión al ilustrado periódico francés.

JUDAS TADEO.

CADENA PERPETUA

novela original

de

Pedro Huguet y Campañá

CAPITULO I.

Esbozos y perfiles.

Vallehondo es uno de los lugares más deleitosos que e ocultan en los repliegues de las serranías andaluzas. Dése el lector por bastante enterado con este dato, no se intrinque en averiguaciones geográficas, si, como supongo, no es amigo de procurarse inútiles fatigas.

Cuatro montículos, á manera de rebutido marco caprichosamente florcado, encuadran el término municipal de este pueblo, de tal suerte, que, puesto el espectador lo alto de cualquiera de las comarcanas cimas, cree estar viendo á sus piés un gigante canastillo bordado con sedas de mil colores. Cuando el sol se oculta as la roca del Respiro, (llamada así porque en ella lo oman los que llegan venciendo la penosa cuesta), y la uz no cubre el espacio con el polvo de oro que durante el dia vibra y centellea como las ondas de un lago, cede á todo encarecimiento la hermosura del panorama que ofrece aquella planura que apenas mide una ua de circuito. Las zarzamoras y madroños estienden brillantes fajas verdes en torno de las huertas endadas de azufaifos, de olivos y granados; los regatos eñidos de amapolas dilatan sus escamas de cristal por s campos motcados de maizales y tarayes; los viñedos uc muestran entre sus metálicas hojas los colorados racimos, bajan por las vertientes y repechos de las colinas mo cascadas de esmeraldas y rubíes; semejan rebaños e esquivos faunos ebrios de placer, los carrascos y haparros que se apelotonan al borde los torrentes entremezclando sus desgreñadas cabelleras: y en medio este rico mosaico, se destaca el caserío con sus aleos de color de barro cocido, ataviados con ristras de azorcas rojas y blancas, y el campanario agujereando l cielo con su agudo remate, en torno del cual revolo a incesantemente espesa turba de chilladoras golonrinas.

Algo apartado del pueblo, y en el punto más ameno el paisaje, sobre una meseta á la cual cual se llega por n ancho y recto sendero orillado de álamos, osténtase n grueso edificio, cuyas almenas, ladroneras y torreoes delatan haber sido en otro tiempo castillo señorial, l paso que el gracioso parque que lo circunvala, la esclta galería que se abre en uno de sus lados, y la escalera de mármol que ha venido á sustituir al ferrado uente levadizo, denotan que al presente sirve de moad á riquísimo propietario.

En las tardes de Junio, el último rayo del sol poniente se escurre como una víbora de fuego por entre los torrales que coronan la roca del *Respiro*. Entonces o hay que temer el calor que ha hecho cantar desespeadamente las chicharras durante las perezosas horas de siesta. Una fresca brisa esparciendo oleadas de mes, cual si en el fondo del valle se hubiesen roto s de ánforas llenas de esquisitas esencias, abaniuea las copas de los árboles que se esponjan, bullen y usurran.

Los pájaros sacuden la modorra que les ha retenido las umbrías, y se disparan por el aire con estremecimientos de placer ensordeciendo el espacio con la alarabía de su interminable charloteo.

Los tejados de la aldea empiezan á coronarse de vedones de humo que huele á salvia y tomillo, y por las rias cañadas que cruzan los vecinos cerros, y por los rios senderos que tijeretean la planicie, hierve un seminado hormiguero de rebaños que acuden al aprisco, de recuas que tornan de la feria á donde han ido á llevar el áureo aceite de sus almazaras, y de labriegos que cargados con los aperos del trabajo se dirijen á sus respectivas querencias en demanda de la cena que las esposas les preparan debajo los tupidos parrales. El repetido gorgeo de los alborozados pajarillos, el soñoliento son de las esquilas, el mujido de los bueyes que pasan mirando de través con sus recelosos ojazos, la gritería de los chicuelos revolcándose en las ahechaduras de las eras, ó acosando á alguna docena de patos que chapucean en un remanso, el ladrido de los perros que se agitan tras el bardal de los cortijos cada vez que oyen rumor de pasos, y el eco de los cantares que con infinita gracia entonan los mozos al regresar del barbecho y la sementera, forman un concierto de espontánea alegría tan grandioso, tan embriagador, y tan vibrante que es para no envidiar las más brillantes sinfonias teatrales.

—Guarde Dios á su mercé. ¿Servimos para algo?

—Gracias amigos

—Viva mil años, D. Gonzalo. ¿Quiere mandarme vuesa alguna?

—Adios, Pacorro.

—A la paz de Dios, señor Marqués. ¡Que no se fatigue usía!

—Buenas tardes, Verderón.

Estos rápidos cuanto afectuosos saludos se cruzaban entre los labradores y traginantes, que uno á uno ó en grupos iban camino de sus hogares, y un apuesto ginete que al trote corto de jerezana yegua se dirijía al caserón con trazas de castillo que hemos dicho señorea el caserío y campos de Vallehondo.

Era el tal ginete un jóven que apenas frisaría en los veinte y tres años. Rostro ovalado y ligeramente trigueño con un fino bigote que sombreaba la boca encarnada como cereza madura, ojos negros con profundidades de absmo y reverberaciones de estrella, voz pastosa con matices de zalamería, y cuerpo delgado pero robusto y sumamente garboso. Vestía una chaquetilla terciopelo azul con alamares y bellotas de seda del mismo color, y botonadura de plata; pantalón blanco de hilo crudo apretadamente ajustado; finísima camisa sobre cuya crujiente pechera caía una corbata de seda negra anudada por una pequeña serpiente de oro escaqueada de perlas; y rico sombrero de jipijapa que se ladeaba en su cabeza ligeramente rizada.

En tanto sigue su camino devolviendo con la sonrisa en los lábios cariñosos saludos, digamos algo acerca la pasada vida de este jóven, que no es otro que D. Gonzalo de Medina, único hijo y heredero de los marqueses de Vallehondo.

Huérfano desde la infancia, encargóse de él su tío paterno el lectoral de Málaga, hombre bondadoso, pero de tan rancio pensar, que no habiendo para él más ciencia que la contenida en la *Summa*, ni felicidad posible fuera del estado religioso, pertrechó á su sobrino de distingos y sutilezas, le atiburró de escolios y sermones, y por tales vías le encaminó, que sin darse cuenta de ello se hubiera encontrado sacerdote aspirante á una mitra el jóven marqués de Vallehondo, si unos bellos ojos no le hubiesen descubierto otra senda más agradable que la que mostraban las lumbreras de la Iglesia que en forma de gruesos volúmenes de contínuo el lectoral le ponía delante.

Llamábase la tentación Camila Acebedo, y era hija de D. Antonio Acebedo, antiguo Magistrado de Málaga, grande aficionado á disquisiciones teológicas, y por lo mismo asíduo contertulio del lectoral con quien gustaba trabar palique, y ensarzarse, y gallear á veces, sobre si Suarez dijo ó no dijo, ó si Molinos fué ó dejó de ser.

En estas veladas, mientras los dos viejecitos, gotoso el clérigo, y miope el magistrado, sumerjían sus inteligencias en los rayos de la gracia y ponian en juego las jerarquías angélicas, el más travieso y maleante de los diablillos andaba suelto por el salón, y á la manera de esas pequeñas arañas que pasan de una flor á otra flor tendiendo invisibles sedas, iba, ó por mejor decir, brincaba

(Se continuará)





UNA TRAJEDIA Y UN CANTICO

Una tarde de fines del siglo XIII, turbas numerosas venidas de Fiesolé y S. Miniato y pueblos ribereños del Arno, acudian á Florencia atraidas por la fama de aparatosa, fiesta, y se derramaban por las calles cubiertas de hojas de rosa y retama.

Los balcones ostentaban tisúes, ó paños de seda roja, azul y blanca, recamados de guirnaldas. Las campanas de Santa María volteaban lanzando alegres notas sobre aquel alborotado mar de penachos y banderas.

En uno de los lados de la plaza de la Anunciata, alzábase á grande altura sobre el suelo, ancho tablado en el cual hermosísimas damas y bizarros caballeros bromeando y riendo aguardaban la procesión que por allí debía pasar.

De las damas en aquel sitio reunidas, ninguna tan bella como Irene, y de los caballeros ninguno mas galanteador que Jacopone de Todi, el melifluo poeta que poseía el secreto de enternecer y embelesar con sus armoniosos versos.

Jacopone noble por su cuna, artista por su inspiración, letrado por sus estudios, se había hecho ilustre en Florencia por estas cualidades, pero aun mas por su purísimo y ardiente amor á Irene que le correspondía con igual apasionamiento. Era ya cosa averiguada en Florencia que no comparecía en público Irene sin que al momento se presentase Jacopone, ni publicaba Jacopone poesía en que no estuviese contenido mil veces el nombre de Irene.

No es estraño pues que en la tarde á que nos referimos, rayase en trasportes de delirio la alegría de Jacopone por el placer de estar sentado al lado de su amada, mientras durase la función que tanto gentío había congregado.

Y la función llevaba trazas de prolongarse mucho segun tardaba en comenzar, con gran contentamiento de Jacopone, y de los demás caballeros que con él se hallaban en el tablado, departiendo galantemente con la multitud de hermosas damas que allí tenían asiento.

Por fin, despues de larga espera, se oyó el estridente clamoreo de lejanas trompetas. El populacho que invadía la plaza, se estremeció con sacudidas de tempestuoso oleaje. Sorda gritería se esparció por el aire. A los pocos minutos asomaron los *gonfalonieri* por una de las avenidas de la plaza, con sus bordadas dalmáticas, y sus estandartes desplegados al aire.

El séquito empezó á avanzar entre los vítores de la muchedumbre. Las damas vestidas de brocateles, ataviadas de joyas y resplandecientes de hermosura, se reclinaban en los adamascados balcones y ventanas entre lujosos y alegres caballeros.

Cada vez que en la esquina aparecía un nuevo grupo, estallaba formidable ¡viva! seguido de estrepitoso aplauso. Los sones de las campanas, de las músicas y los vítores vibraban confundidos en armoniosa orjía. En el desfile de grupos llegó uno de niñas que representaba los doce meses del año. Decíase que para formarlo se habían escojido las muchachas mas lindas de Florencia y sus contornos; así es que al aproximarse produjose un movimiento de viva curiosidad en el tablado. Los que estaban detrás se levantaron sobre la punta de los piés en equilibrio inestable, y los que estaban en primera fila se apiñaron avanzando sus pechos por encima de la baranda para no perder un solo detalle del espectáculo.

De repente el tablado se balanceó; y enseguida oyóse horrible crujido.

Un clamoreo feroz, inmenso, un grito de naufragio, un alarido de desesperación y angustia lanzado á un tiempo por millares de bocas, hendió el espacio. Con fragor de trueno y rapidez de avalancha el tablado se derrumbó arrastrando un torbellino de gasas, flores, joyas y damascos.

Imposible describir el tumulto. Cesaron de clamorear las trompetas, se desbandó la procesión y pueblo y soldados, precipitándose al lugar de la catástrofe empezaron á separar con ardor el enorme peso bajo el cual se retorcían en agonía, lívidos, desgarrados, sangrientos aquellos caballeros y damas pocos segundos antes tan regocijados y tan ricamente prendidos.

Los ayes de los heridos, y los lamentos del pueblo no cesaban un intante. De pronto de entre el monton de maderos se vió surjir un joven desgreñado, lleno de sangre, llevando en sus brazos una dama hermosa aun en su rigidez cadavérica.—«¡Jacopone! ¡Irene!» gritó la multitud con espresion de doloroso horror. Efectivamente era Jacopone que enloquecido se abrazaba con el cuerpo inánime de su adorada, y echaba á correr con ella en brazos por las calles de Florencia, como si quisiese impedir que la muerte se la robase.

. . . .

Poco tiempo despues el gentil mancebo, el inspirado poeta, el apasionado caballero, vestido con la gruesa estameña de los frailes menores de S. Francisco, lloraba acerbamente en el retiro de una celda, y se maceraba el cuerpo con rigurosa penitencia. Allí convertido el pensamiento á las regiones donde había volado el alma pura de sus amores, desbordaba las ansias de su corazon, en ardentísimas preces, y el inmenso dolor que le roía, en cánticos y suspiros.

Una noche llorando en un rincon del templo fijóse en una imágen de la Dolorosa que le miraba con ojos tristes, como queriendo decir: «oh tu que recorres senda de penas, contémplame, y juzga si hay dolor igual á mi dolor!»

Aquella mirada angustiosa de la Vírgen penetró como aguda espada en el corazon de Jacopone. Poseído de fiebre entró en su celda, y con lágrimas en los ojos, y sollozos en la garganta, se puso á escribir, y escribió el himno del dolor, la nota mas patética que ha lanzado la inspiración, aquella poesía que se canta llorando porque lleva esplosiones de besos y lluvia de lágrimas en cada uno de sus versos, el *Stabat mater!*

DE BETFAGE AL CALVARIO

Vibran las palmas y el florido olivo,
estalla de los vítores el son:
en medio un pueblo de su amor cautivo
Jesús entra en Sion.
Brillan las lanzas, la blasfemia brama,
la piedad huye, el sol pierde su luz:
entre un pueblo feroz que sangre clama,
Cristo sube á la cruz.
Ayer el triunfo y el aplauso vario,
hoy el oprobio y el dolor sin calma...
Betfage solo dista del Calvario
el grueso de una palma.

NOTICIONES



La compañía de Sarah Bernhard en su espedicion á América ha dado 146 representaciones que han producido 700,000 duros. En Buenos-Ayres la diva recibió en la noche de su beneficio entre otros regalos, el título de propiedad de tres leguas cuadradas de terreno en las Pampas.

* * *

El ferro-carril de Sarriá ha trasportado durante este año último 2,141,044 pasajeros. De manera que componiendo las poblaciones de Barcelona, Gracia, S. Gervasio y Sarriá, únicas que se sirven de dicha línea, un total de 292,237 habitantes, resulta algo más que siete viajes por individuo.

QUID PRO QUÓ

(Conclusión)

Aunque Tomasito tenía muchas cosas en que pensar para distraerse contemplando y haciendo guiños á una muchacha hermosa, sin embargo aquella lo era tanto, que no pudo por menos de cautivarle la atención. ¡Y cosa estraña! Siempre que Tomasito le asestaba una furtiva mirada como al descuido, sorprendía á la niña mirándole con afición suma. El caso se repitió muchas veces. —«¡Si se habrá enamorado de mí!» pensó Tomasito. Y vuelta á la mirada, y vuelta á la sorpresa.—¡Nada, que la he flechado!»

La niña iba acompañada de una mujer anciana con el aspecto de mamá. «¡Si al ménos hubiese ido sola!» Pensaba Tomasito. ¡Pero bah! ¡eso no le hace! Y deslizaba el pié por bajo del vestido de la niña en busca de suave apoyo. En el momento que sintió el fino contacto de la botita de chagrín, la anciana se levantó, y rogó al conductor que parase el tramvía. La niña se levantó súbitamente colorada. Echó una última silenciosa mirada á Tomasito, dejando caer de su purpurina boca la más encantadora de las sonrisas. Tomasito sintió un golpe en el pecho. Madre é hija se apearon, y entraron en una escalerilla frente la cual hábía parado el coche. —«Número 29:» dijo para sí Tomasito: no lo olvidaré. Ahora lo que importa es cobrar la letra. Despues verémos. ¡Vive Cristo, que hoy estoy de suerte!»

Cinco minutos después entraba con aire de triunfador en casa de los Sres. «Caligut Moratón y C.ª»

—Vengo á cobrar esta letra, dijo al dependiente encargado de los pagos.

Este sin contestar palabra cojió el papel que le presentaba Tomasito; lo examinó, y luego arrojando una mirada de inquisidor al joven,—«Aguarde V. un poco,» le dijo, y desapareció. No tardó un minuto en volver el dependiente ¡ojalá no hubiese vuelto nunca! Venía seguido de dos polizontes.—Ese es! esclamó señalando á Tomasito que presenciaba con el mayor asombro aquella estraña escena. Inmediatamente los polizontes le cojieron del brazo, diciendo:—Siga V.—¿Que es esto? repuso Tomasito.—Que V. siga, y que se calle!—Callarme, no! voto á sanes! quiero saber porque se me pone preso.—No es V. quien ha venido á cobrar esta letra? —Vaya si lo soy.—Y se atreve V. todavía?—Pues no he de atreverme? Acaso no me pertenece? En una carta me ha venido esta mañana, no se de donde porque no he podido entender la firma; pero esto lo dice muy claro: «Tomas Verdoso y Hermano.» Y Tomasito mostraba la carta, y su cédula personal.—Tomas Verdoso y Hermano, ven Vds? Soy yo! Mi cédula lo dice.»

El dependiente soltó una ruidosa carcajada. Todo estaba comprendido. En la ciudad había una casa de comercio cuya razón era «*Tomas Verdoso, y hermano,*» lo que se creyó un *timo*, habia sido un simple error del cartero.

Despues de haber desfogado su rabia con unas cuantas maldiciones contra su perversa estrella, mientras regresaba á su casa Tomasito se consoló diciendo:—«Al menos no será todo mohina. La niña del número 29 me compensará el disgusto. Que está loca por mi gallarda persona, no hay que dudarlo. Parece rica, y por ahí es por donde debo coger del rabo á la ocasión. Ea; á componerme un poco, y á rondarle los balcones.»

Así discurriendo, y fantaseando un poema de amor, entró en su chiribitil, plantóse delante el espejo para arreglarse el nudo de la corbata, y ¡horror! una enorme mancha de tinta que campeaba en su frente cojiéndole parte de la mejilla derecha, le esplicó instantaneamente el porqué de las miradas de soslayo y de la deliciosa sonrisa de la linda muchacha del tramvía.

De un puntapié hizo rodar la mesa que servia de trono al tintero causante de aquella fechoría.

Desde entonces Tomasito cuando recibe una carta, ó la mirada de una niña hermosa, no cesa de temblar hasta que el *Indicador* y el espejo le tranquilizan demostrándole que no ha padecido error el cartero, ni hay mancha de tinta en el rostro.

CUESTION PELIAGUDA



El invierno despoja
el ameno jardin de flor y de hoja:
por eso Serafin poeta tierno,
desnudo anda en invierno,
y todo el mundo con desden lo arroja.
En cambio al asomar invierno triste,
de lana ó pelo el animal se viste:
por eso hallan á Blas los frios crueles
bien aforrado de calientes pieles
y la gente le aplaude... ¿En que consiste?
Pues en que el mundo, en términos reales,
profesa mas estima,
á aquel que lleva encima,
mas pelos y mas pieles de animales.

PROSPECTOS AL CROMO



Con láminas exprofeso para sombrereros y sastres.

La primera representa el tiempo sentado sobre un sombrero de copa en actitud de juzgar á unos geniecillos alados que calzan variados sombreros demostrando que los que se anuncian el tiempo no los destruye.

La segunda es una bella alegoria de las 4 estaciones figuradas por otros tantos niños vestidos con el traje de la respectiva temporada.

La distribución de las figuras de dichas láminas permite insertar en la cara ilustrada el nombre y señas del anunciante, además de las 20 lineas que pueden imprimirse al dorso.

El precio de estos prospectos es de 24 reales el millar, debiendo ser de 4000 su menor pedido, acompañando su importe en libranza dirijida al Administrador de este periódico D. JUAN ESPRIU quien con su intervención asegura que los pedidos serán servidos con toda prontitud.

NUESTRAS LÁMINAS

LA MENSAJERA DE AMOR

Veis la niña hermosa como acaricia la paloma? Pues no ha de acaríciarla, si le trajo en el pico la misiva de su amado ausente! Ya puede el padre advertir al cartero que no pase carta dirijida á la niña sin que á él se la entregue, ya puede amonestar á la criada que no reciba recados de ningun mozalvete, y ordenar al portero que esquive á los galanes que ronden la calle! que mientras haya palomas mensajeras la niña estará en correspondencia de amor sin que el padre lo sepa.

LA AMBICIÓN

«Y la ambición se rie de la muerte, dijo un poeta; y nuestro artista se ha inspirado sin duda en aquel hermoso verso. Un caballero espolea al desbocado corcel para alcanzar en frenética carrera una gloria que se aleja á medida que el avanza. No se para el ambicioso en asaltar peligros, y en dejar tras de si olvidados el amor y la paz; corre anhelante por un puente que cruje, tiende la mano para arrebatar una corona y cuando cree que vá á ceñirla, la guadaña de la muerte le cercena la cabeza.

EL BIBLIÓFILO

Hurgueando en la tienda de un librero encontro una edición de las obras completas del Archipreste de Hita, y en su mania de coleccionar preciosidades literarias que no entiende, se pasa las horas muertas con el infolio a la vista, sin leer páginas, pavoneandose á solas con el gusto que le dará mañana decir á sus amigos: «Yo poseo lo que nadie de vosotros posee.

Tip. Delclos y Bosch, Sta. Monica, 2 Pasaje.



EL BIBLIOFILO



LA PIERRETTE

SUSCRICION

Semestre. 3' Ptas.
Año.. . . 5'50 id.
Pago en moneda, libranza ó sellos únicamente en la Administracion de 10 a 1 y de 3 a 5.
ESCUDILLERS, 5, 7 Y 9
BARCELONA

Núm. 31 — Año I

ILUSTRACION NON PLUS ULTRA

Barcelona 7 Abril 1887

NÚMEROS SUELTOS

10 céntimos de pta. y 15 los atrasados.
De venta en las librerias, kioscos, vendedores ambulantes y puntos de costumbre en
ESPAÑA

Núm. suelto 10 céntimos de peseta ✱ Núm. suelto 10 céntimos de peseta

RECUERDOS EVANGÉLICOS

1887 años van cumplidos desde aquel dia nefasto en que un pueblo fanatizado por las predicaciones de sus estúpidos sacerdotes pedia con rujidos de cólera la sangre de Jesús, al mismo tiempo que reclamaba el perdón de la Páscua para Barrabás, ladrón de oficio, convicto de asesinato, una especie de Bizco del Borje de Galilea. ¿Qué crimen horrendo habia cometido aquel jóven de mirada dulce y sonrisa bondadosa, que así concitaba la cruel indignación de los judíos? Pues simplemente el de desenmascarar la hipocresia y predicar ideas de humanidad. Él habia dicho: «Bienaventurados los pobres, y los mansos, y los que tienen sed de justicia, y los misericordiosos, y los de limpio de corazón, y los pacíficos, y los que padecen por la verdad: no hagais vuestras buenas obras delante de los hombres para ser vistos de ellos, pues no se os daría recompensa en el cielo: cuando deis limosna no lo hagais á son de trompeta, sino de manera que la mano izquierda ignore lo que hace la derecha; cuando oreis, no oreis como los hipócritas, en los templos ni en las calles para que os vean los demás, sino en secreto, cerrada la puerta de vuestro cuarto, de modo que solo de Dios seais vistos: no pronuncieis largos rezos, pues eso es cosa de gentiles que piensan que por su parlería son oidos, siendo así que Dios ya sabe lo que necesitais antes de pedirselo vosotros: perdonad las ofensas, pues de otra suerte Dios no os perdonaría: cuando ayuneis, no os presenteis macilentos, sino poneos ungüentos en la cabeza y apareced con rostro alegre, para que nadie conozca vuestro ayuno: no acumuleis riquezas en la tierra sino en el cielo, porque allí donde tendreis la riqueza tendreis el corazón: lo que quisiereis que los hombres hiciesen con vosotros, haced vosotros con ellos: no los que dicen, ¡Señor, Señor!, entrarán en el reino de los cielos, sino los que cumplen la voluntad de Dios: á nadie llameis padre en la tierra, pues solo teneis uno que está en el cielo: mirad que aquel hombre que se ensalzare será humillado, y el que se humillare será ensalzado: ¿porqué, oh fariseos, cerrais el reino de los cielos delante de los hombres, pues ni vosotros entrais, ni á los que están entrando dejais entrar?: ¡ay de vosotros, que rodeais la mar y la tierra para hacer un prosélito, y luego lo haceis hijo del infierno! ¡ay de vosotros que decis, «el que vá contra el altar no peca, pero el que vá contra el oro del altar, ó contra las ofrendas del altar peca!»: ¡ay de vosotros, que limpiais lo esterior del vaso, y dejais su interior lleno de robo y de inmundicia!: ¡vended los bienes que poseeis, y repartid todo su producto á los pobres, pues muy dificilmente podrán los ricos entrar en el reino de Dios: vayan los mercaderes fuera del templo porque es casa de Dios, y no mercado en que se compra y vende: guardaos de los escribas que andan con ropas largas, y desean que les saluden en calles, y buscan las primeras sillas en los templos, y devoran las casas de las viudas só pretexto de dirigirlas por el camino de la virtud, porque estos recibirán mayor condenación: el que cumple mis mandamientos aquel es el que me ama, y el que me aborrece á mi, aborrece á Dios.»

Medítese una á una estas palabras de Jesús, y dígase ingenuamente si no parecen predicadas de ahora, por la exacta aplicación que tienen á los tiempos presentes.

¡Cuántos hay que con capa de religión devoran hoy el peculio de la viuda! Cuántos hay que á son de bombo y platillo reparten limosna, (que á veces es producto de algun robo) solamente para que el público les alabe de caritativos! Cuántos que van por las calles rezando á grito pelado, ó acuden á la iglesia en los dias de solemnidad y se colocan en sitio donde todo el mundo les vea! Cuántos que toleran al que blasfema contra Dios, y se irritan contra el que pide que se suprima el presupuesto del clero! ¡Cuántos que en el templo hacen sonar dinero, y contratan precios! ¡Cuántos que quieren pasar plaza de amigos de Dios, porque asisten á la procesión, porque favorecen á los curas, ó porque sufragan un trisagio, sin cuidarse de cumplir los mandatos evangélicos!

Haced que un hombre honrado salga hoy á la plaza pública llamando á esos tales: «Raza de víboras! ¡sepulcros blanqueados! ¡vasos de podredumbre! é hipócritas fariseos!» y en menos que canta un gallo, tendreis al predicador en la carcel, y el fiscal no pedirá contra él muerte en cruz, porque no estamos en tiempos de barbarie, pero si algunos años de presidio.

¡Oh Jesús! espíritu divino, redentor inmortal, apóstol sublime de la verdad! si cada siglo volvieses al mundo, otras tantas veces padecerias persecución por el delito de arrancar la máscara á la hipocresia, con la particularidad de que todos tus acusadores llevarian rodilleras en los pantalones, de tanto restregarlos por las baldosas de las iglesias.

JUDAS TADEO.

CADENA PERPETUA

novela original

de

Pedro Huguet y Campañá

(Continuación)

de los ojos de Camila, que al lado de su padre divertía el aburrimiento con alguna labor, á los ojos del estudiante que, apoyados los codos en la mesa, hacia como que rumiaba el tratado *De Civitate Dei* del sublime obispo de Hipona. Y tanto picardeó el bribonzuelo, y tan bien supo llevar á las pupilas del mancebo los hacetitos de luz que ardían en las de la niña, que al cabo de algunas veladas, cuando el canónigo y el jurisperito todavía no se habian puesto de acuerdo sobre si era el Abad de Palermo ó Julio Claro quien interpretó mas gallardamente cierto versículo del Exodo, ya los dos jóvenes habian aprendido la ciencia de adivinar pensamientos, y el arte de instalar este misterioso teléfono que teniendo por hilo conductor el rayo eléctrico de una mirada, lleva á los corazones palabras que no hieren al aire. Entonces aconteció aquello de coincidir el color de la corbata de Gonzalo, con el del vestido de Camila; aquello de palidecer el jóven y enrojecer la niña cada vez que cambiaban un saludo.

Fuerte desazón hubiera pescado el prebendado si hubiese tenido la ocurrencia de repasar los estantes de la librería de Gonzalo, porque allí donde siempre imperaron con dominio absoluto Belarmino, Guevara, Santo Tomás, Balmes, y Perrone, asomaban furtivamente los Zorrillas, los Becker, los Lamartine y los Musset, ocultando entre las satinadas hojas algunas redondas manchas en nada parecidas á las oleosas que decoraban los infoleos teológicos. Y tampoco hubiera sido flojo el disgusto del Magistrado, si en el horario de Camila, y al lado de la cédula de comunión, hubiese encontrado un papel color de rosa con unos renglones cortitos que á vuelta de mil lindezas, terminaban así:

«El cielo está donde quiera
que brilla un rayo de amor.»

Esta definición dogmática ya deja comprender como andaría de fervor clerical el incipiente teólogo Aquella oculta pasión, ardiente por ser la primera, y frenética por lo reprimida, subia y llameaba cada dia más y más, poniendo al joven en trance de arrojar por el balcón las cuatro quintas partes de su librería ascética, y de levantar bandera de emancipación en plena tertulia. Mas Dios no queriendo que el canónigo al remate de sus años se encontrase con semejante rebeldía, envióle muy á tiempo una congestión fulminante que en pocas horas le hizo pasar á la mansión de los bienaventurados. Con la muerte de este único pariente, quedó completamente dueño de sus acciones Gonzalo, y apenas entendió que sin faltar a las exigencias sociales, podia hacer solemne y decorosa revelación de sus secretas ánsias, habló á Camila, y luego al Magistrado, y vencidos los escrúpulos de este, anuncio á todo el mundo su resolución de unir el nombre de una de las más ilustres casas de Andalucía, con el de la mujer más hermosa de la región que más hermosas las produce. Celebróse rumbosamente la boda escitando mil generosas envidias, y faltóle enseguida tiempo al amartelado novio para volar á Vallehondo, afanoso de gozar allí sin limitación ni desasosiego el idilio de su estremado amor.

Año y medio hacía que los jóvenes esposos habian entrado en su mansión señorial entre disparos de cohetes, rasgueos de guitarras y descomunales ¡vivas! del alborozado pueblo.

Durante estos diez y ocho meses transcurridos, ni siquiera la más leve nubecilla manchó el límpido cielo de aquel hogar iluminado por el Sol de la dicha; antes al contrario, la ardorosa pasión de Gonzalo habia ido de dia en dia acendrándose y perdiendo cuanto de impuro contuviera, y ya Camila para él, más que mujer adorada, era esencia de su alma, pedazo inseparable de su corazón, imperiosa necesidad de su vida, cuando una noche, pensando enloquecer de alegría, oyó en su alcoba un vaguido que le anunciaba su encumbramiento á la santa dignidad de padre, lo cual hizo que su amor creciera hasta levantar en su pecho endiosada la imágen de Camila. ¡Oh que felicidad la de Gonzalo y que derretimiento de ternura el suyo!

Desde que al despertarse con el primer rayo de la aurora y con el primer canto de la alondra, depositaba el primer beso en los encendidos lábios de su esposa, hasta que el sueño cargado de sombras venia á revolotear sobre sus párpados, aparte de los momentos que el cuidado de su hacienda le reclamaban, vivía constantemente como pegado á los ojos de Camila, agotando toda suerte de lagoterías para complacerla y curarla de cierta nostalgia que á veces importunamente le asaltaba.

Atribuía Gonzalo aquellos fugacísimos suspiros y ligeras displicencias á pena causada por la salud doliente de D. Antonio, el cual se habia empeñado en no renunciar la magistratura, so pretexto de que le faltaba poco para ganar el beneficio de la jubilación á que aspiraba por considerarla como único modo de terminar dignamente su carrera. Dos ataques de reuma en corto tiempo sufrió el veterano magistrado, pero tan rudo el segundo, que se creyó prudente avisar á Camila. Acudió ésta presurosa á Málaga acompañada de su esposo, quien al siguiente dia viendo desvanecido todo peligro inminente, acordó, que Camila permaneciese al lado de su padre hasta dejarle restablecido por completo, y él regresó á Vallehondo donde le llamaban con urgencia ciertos cuidados de su hacienda, y el deseo de que su hija, niña de seis meses, no estuviese privada de su paternales caricias.

No fué este por desgracia el último viaje que Camila tuvo que hacer á Málaga por el mismo doloroso motivo. Tres veces en menos de dos meses visitó á su padre cuya salud se agravaba cada dia. En la tarde que comienza este relato cumplia una semana del regreso de Camila de su último viaje, del cual habia venido llena de tristísimos presentimientos que le traían constantemente sobreexcitada.

Narrados estos indispensables antecedentes, hora es ya de que volvamos á ocuparnos del bizarro ginete, que, despues de haber atravesado el pueblo, pasa en este momento tan cerca del huerto de la casa rectoral, que le es



LA NINFA DE LOS LAGOS

Tendida por la espalda la divinal madeja,
desnudos los encantos del cuerpo seductor,
rozando de la espuma los copos centelleantes
cual brisa que resbala veloz de flor en flor,
la ninfa de los lagos entre la fronda umbría
retoza despidiendo sus cántigas de amor

En los tempranos dias á su cantar el alma
se duerme perezosa soñando glorias mil,
que esmaltan con sus besos mujeres ideales
cual leves mariposas surgiendo del pensil,
y alumbra con reflejos y embriaga con perfumes
el sol de un limpio oriente, las rosas del Abril.

Mas ¡ay! rebrama el cierzo en las pomposas ramas,
las ondas se atropellan, los pájaros se van,
despierta el alma y llora sobre hórrido desierto
de sus deliquios dulces el no logrado afan,
y en tanto templa el arpa la ninfa de los lagos
para adormir mas almas que así despertarán.

Angel Valbuena

preciso inclinarse sobre el cuello de la yegua para que las ramas de los almeces y almendros que rebosan por encima de las bardas no le azoten la frente.

(Se continuará.)

LAMENTACION DE JEREMIAS

(Fragmento)

¡Cuán solitaria y muda yace agora
la sobérbia ciudad que antes hervía
en muchedumbre alegre y vencedora!
El velo arrastra de viudez sombría
la reina de las gentes; pobre esclava
es hoy la que fué señora algun dia.
Amargo llanto sus mejillas cava
en el silencio de la noche oscura,
y el raudal de sus lágrimas no acaba.
De cuantos adoraron su hermosura
no hay uno que se apreste á consolarla
en medio de tan lúgubre amargura.
Todos se apresuraron en dejarla,
y amigos fueron los que ahora crueles
se gozan en herirla y en befarla.
Huyeron de Judá los hijos fieles
al verla caida y á su cuello atados
de esclavitud los bárbaros cordeles.
Ella busca un refugio en apartados
paises, donde quier que habitó gente,
mas nunca halló reposo á sus cuidados.
Sus fieros enemigos de repente
la embistieron sin tregua y con horrendas
angustias la estrecharon rudamente.
El luto cubre de Sion las sendas,
porque ya nadie acude cual solía
al templo con las místicas ofrendas
Sus puertas dó el marfil resplandecía
rotas están, sus sacerdotes lloran
con salmos de dolor y de agonía;
Temblorosas sus vírgenes se azoran,
y ella sufre con rostro lastimero
los martirios sin par que la devoran.

. . . .

Oh! los que recorreis este sendero,
parad, y ved si en todo el mundo cabe
otro dolor como este horrible y fiero!
Ay! que Jehová vengando un crimen grave
volcó sobre Salen su ira divina,
y haciendo que su fuego la socave
ahógola entre el estrago y la ruina.

AVENTURA NOCTURNA

La noche era negra como conciencia de usurero. No se veía luz alguna, como no fuese la que arrojaban tres o cuatro faroles á manera de ojos de gato soñoliento. No se oía otro rumor que el monótono chasquear del agua de la lluvia escurriéndose en hilos por los canalones.

Despues de haber dado una vuelta por el pueblo cantando «¡las doce y lloviendo!», se refugió el sereno en un portal para huir de la llovizna que iba convirtiendose en chaparron. Convencido de que no habia que temer por la tranquilidad del vecindario, el hombre se hizo un ovillo, y arrullado por la música del agua, empezó á dar valientes cabezadas, no sin haber antes tenido la precaución de colocar el farol de suerte que su resplandor no le molestase. Quince minutos haría que estaba en esta beatífica actitud, cuando se despertó sobresaltado oyendo el gruñido de una puerta al entornarse.—Hola! que es eso?» dijo para si, y abrió los ojos cuanto pudo, procurando descubrir de donde precedía aquel ruído. A distancia de unos sesenta pasos del sitio en que se hallaba, distinguió un bulto que apresuradamente enfilaba por la primera travesia. Aquella aparición á deshora en pueblo tan pacífico, y con tiempo tan revuelto, era cosa desusada. Asi es que el sereno se puso en guardia, y se determinó á espiar aquel misterioso personaje por si algo se ofrecía. El desconocido aceleraba el paso como quien escapa de algun peligro ó teme ser descubierto. Esto era para infundir sospecha á cualquiera, y mucho más á un sereno celoso del cumplimiento de su deber. Pero lo que contribuyó á aumentar sus recelos fué ver que el perseguido se detenía á trechos, saltaba en medio del arrojo, dirijía una escrutadora mirada á los balcones, y luego volvia á seguir adelante, para volver á repetir la misma operación. No cabia duda alguna. Se trataba de un ladron nocturno. Dióse prisa el sereno para alcanzar al perillan, en el momento que este se paraba ante la puerta de una escalerilla y tentaba con la mano el cerrojo.

—¡Alto!!! gritó entonces con enérgica voz el vigilante requiriendo el chuzo, y embistiendo furiosamente al criminal con tan mala suerte que tropezó rompiéndosele el farol. —Alto! alto!—repitió el sereno con rabia. El otro se dió á la fuga, y corre que correrás torciendo callejuelas. El sereno echó tras él, aqui caigo, aqui me levanto, arrojando los bofes, pero sin darse á partido, y maldiciendo que lo torcido de las calles no le ofreciesen ocasión para disparar su revólver. Tocar el pito en señal de alarma, era cosa perfectamente inútil, puesto que el rumor de los truenos que estallaban con violencia hubiera ahogado el silbato; y por otra parte él deseaba lograr solo y sin auxilio de nadie la victoria.

Hale! Hale! Hale! Asi continuaron ambos por espacio de media hora, tomándose las revueltas, repasando las mismas calles, pegándose en los portales, intentando sorpresas el uno, escapatorias el otro, y desplegando mil combinaciones estratégicas que hubiesen honrado á un militar acostumbrado al combate de guerrillas. Y todo sin proferir palabra. Con la cólera al sereno se le dispertó la inspiración. Hizo una retirada falsa sabiamente calculada; y ¡paf! dió de manos á boca con el perseguido.—«Ahora si que no escapas!» dijo, y apuntándole el rewólver al pecho, añadió: —Ríndete, ó eres muerto!»-¡Rendido soy! contestó el otro con desfallecido acento. «Pero no me mate usted! Apiádese usted de un pobre padre de familia!»—Padre de familia! Bueno es eso.

A ver el dinero que traes encima?—Tome usted, señor, catorce pesetas nada mas; pero por favor no me mate usted.—Está bien: sigue: repuso el sereno con tono de autoridad. Y echaron á andar. La noche continuaba oscura y lluviosa, y ni aprensor ni preso habian podido reconocerse el semblante. El sereno estaba henchido de orgullo con la captura, pero el prisionero no las tenia todas consigo, segun suspiraba melancólicamente

—Si usted fuese tan bueno que al menos me permitiese pasar cierto recado! dijo compunjido.—Cállese el bribon si no quiere que le

abrase con un pistoletazo.-Por amor de Dios! déjeme usted dar aviso á una persona: pida dinero, y mañana se lo traeré donde usted me indique —Hola! soborno á mi? Te voy á meter el resuello en el cuerpo; grito enfurecido el sereno.—Señor ladrón, piedad! gimoteó el cautivo.—Como! ladron yo? y el sereno sin soltarle le asestó una puñada que le obligó á doblarse. Y añadió: A mi llamarme ladron?» Y de nuevo otra puñada.—«¡Ladron á mi?» Y vuelta al pescozon.—Usted perdone, dijo el aporreado: pero como no tengo el honor de saber su nombre. .—Pues que! no es bueno el de *sereno*?—¡Sereno! Qué dice usted? usted el sereno?—Ahora pamplinas?—Oh! déje usted que le abrace! Y con fuerte sacudida se desprendió del brazo que le sujetaba, y enlazó con los suyos el cuello del vigilante «Asesino! que me estrangulas! gritó este forcejeando para arrancarse el rewolver del cinto.—«No, no, amigo Froilan, le abrazo, le abrazo No me conoce usted? Soy Ruperto Cazuela el organista!

El sereno se quedó clavado. Luego balbuceó: —Con que usted no es ningun ratero?-Que he de ser! Mire usted! Y encendiendo un fósforo de cerilla se lo acercó al rostro. El viento se lo apagó, pero bastó aquel fulgor instantaneo para descubrir las facciones del organista.

—«A mi esposa le han entrado las ansias del parto, y he salido á llamar la comadrona. Como la noche está oscura, y yo iba atolondrado me figuré que usted era un ladron que me perseguia. ¡Valiente susto me ha dado usted: vaya, vaya, buenas noches, Froilan!

El sereno no contestó palabra. Pasado el primer momento de estupor, lo primero en que pensó fué en que tenia que dar cuenta de la pérdida del farol. Entonces con mucha flema sacó el rewolver, disparó cuatro tiros al aire y dos a su capote poniendo en alarma al vecindario.

Al dia siguiente dió el parte de que se habia visto acometido de cinco forajidos que intentaban robar la iglesia, á los cuales puso en fuga despues de una lucha feroz en la que perdió el farol y le agujearon el capote.

El Alcalde y el párroco le felicitaron por tan notable acto de valor, y el organista le dedicó una sonata.

BOTIN DE GUERRA

Apenas un hombre nace,
traban formidable guerra
la Santa Iglesia y el Diablo
para ver quien se lo lleva.
La Iglesia queriendo el alma
subir á la gloria eterna,
que mortifique su cuerpo
con grande rigor le ordena.
En cambio el Diablo le induce
de mil variadas maneras
a que de su cuerpo cuide
con regaladas finezas.
Y á la postre cuando al hombre
se le acaba la existencia,
la Iglesia y el Diablo acuden
para hacer de él buena presa.
El Diablo que engordó al cuerpo
riendo al alma se lleva:
la Iglesia que mimo al alma
con el cadáver se queda.

NOTICIONES

Alemania acaba de celebrar el 90.° aniversario del natalicio de su emperador. Francia se prepara para conmemorar el 50.° aniversario de la instalación de la via férrea en el mundo. En esta competencia de festejos entre las dos naciones rivales se revelan sus grados de amor á la civilización En rigor la fecha señalada por los franceses no goza de toda la exactitud histórica deseable, puesto que el primer ferro-carril movido por locomotoras fué el de Liverpool á Manchester que se inauguró en 27 Setiembre de 1825. En el dia existen en el mundo 447,100 kilómetros de línea férrea, esto es, una línea que podría dar once veces la vuelta al mundo, habiendo costado su construcción unos veinte y seis millones de duros. Los ingresos de esplotación se calculan en dos mil dos cientos millones de duros, y sus gastos de conservación é intereses en mil tres cientos cincuenta y un millones.

Alemania tiene 35,907 kilómetros en explotación, Francia 29,688, Inglaterra 30,179, Rusia 25,111, Italia 9,453, España 6,251, y Grecia 22.

***

Tres mil soldados askaris han desertado del ejército del Emperador de Marruecos, á consecuencia de la prohibición de fumar impuesta á aquellas tropas.

De seguro que esos morenos no fuman tabaco de nuestros estancos.

***

Acaba de venderse un cuadro de Meissonnier por la suma de 400,000 francos. En cambio en una almoneda de muebles pertenecientes á un personaje de la casa de Borbon verificada en el Hotel Drohuot de Paris ha sido adjudicado un vaso de porcelana china con escudo flordelisado, rodeado del Toison y con corona real, por la miserable cantidad de ¡21 francos!

NUESTRAS LAMINAS.

LA PIERRETTE

Nerviosa, pizpireta y carantoñera os volcará el juicio, y os quebrantará las piernas en el salon de baile. Golusmeadora voraz os dejará exhaustos los bolsillos en el *buffet*. ¡Guarda con ella! pues á veces el abrigo en que se envuelve está forrado con la piel de los amantes que ha despellejado; y á veces es el anzuelo de que se sirve el dueño del restaurant para saquear á los incautos que se acaramelan ante una moneria

LA GITANILLA

La tez de color de chocolate, los cabellos negrisimos, y lucientes cómo untados de grasa, y los ojos aun si cabe mas negros que los cabellos, á tiro de escopeta denuncian la casta de esta rapaza. Preguntadle por su pátria, y no sabrá que contestaros; interrogadle acerca su religion y se quedará muda: pero ponedle medio real en la palma de la mano, y luego mostradle la vuestra, y con inimitable gracejo os dirá la buena ventura que es una relacioncita mezcla de piropos y presajios que aprendió desde niña como recurso indispensable para su vida independiente y nómada.

Tip. AL TIMBRE IMPERIAL, *Escudillers, 12.*



LA GITANILLA



LA VENTA DE LA ESCLAVA

SUSCRICION

Semestre. 3' Ptas.
Año. . . . 5'50 id.

Pago en moneda, libranza ó sellos únicamente en la Administracion de 10 á 1 y de 3 á 5.

ESCUDILLERS, 5, 7 Y 9
BARCELONA

Núm. 32 Año I

ILUSTRACION NON PLUS ULTRA

Barcelona 4 Mayo 1887

NÚMEROS SUELTOS

10 céntimos de pta. y 15 los atrasados.

De venta en las librerías, kioscos, vendedores ambulantes y puntos de costumbre en

ESPAÑA

Núm. suelto 10 céntimos de peseta ✱ Núm. suelto 10 céntimos de peseta

AVISO IMPORTANTÍSIMO

Cuando teníamos todos los materiales dispuestos para hacer entrar este número en prensa, la rotura de una máquina nos impidió de momento su publicación. Entonces determinamos aprovechar esta forzada paralización para realizar las notables mejoras que habíamos proyectado introducir en el periódico, las cuales por su índole venian de algun tiempo obligándonos á perjudiciales retardos. Vencidos hoy felizmente tales obstáculos, reanudamos nuestra publicación dando completa seguridad de que en adelante no ha de entorpecerse siquiera un dia, Dios mediante, la marcha de La Ilustracion Non-Plus Ultra.

En el presente número podrán ver nuestros favorecedores como la parte ilustrada del periódico supera á los anteriores en bondad, la cual será todavía mayor en los números sucesivos.

Además tenemos ya casi terminado el magnífico

REGALO

que repartiremos á la mayor brevedad á nuestros abonados y constantes compradores, el cual consiste en un riquísimo cromo á veinte colores, y de grandioso tamaño, copia acabada del célebre cuadro de Luna, existente en el Museo Nacional, titulado:

LA MUERTE DE CLEOPATRA

y cuya oleografía costará á los no suscritores y constantes compradores de La Ilustracion Non-Plus Ultra al precio de *cinco pesetas* una.

Solo tendrán derecho *gratuito* al regalo los Sres. que tengan reunida toda la selecta coleccion de los números publicados que pueden obtenerse en su totalidad suscribiéndose directamente en la administracion, Escudillers, 5, 7 y 9, Barcelona.

UN TRISTE ANIVERSARIO

El 13 de Abril será siempre dia de amarga recordación para el pueblo catalán.

Aquel estólido monarca, que, según la espresión de un historiador, ni siquiera supo ser hombre, aquel ridículo Carlos II que se vestia con hojas de misal y se bañaba con agua bendita para ahuyentar de su cuerpo los diablos, dejándose arrastrar por las sujestiones de las cortes de Francia y Roma, parece que otorgó un testamento por el cual disponiendo de los españoles como de un gallinero, legó la corona á Felipe de Borbón, duque de Anjou, segundo hijo del Delfin, y nieto de Luis XIV. Digo que parece que otorgó el tal testamento, porque según opinión muy corriente entre los historiadores, el documento que se dió como auténtico era completamente falso, debiéndose la farsa al cardenal Portocarrero. Sea de ello lo que quiera, lo cierto es que en virtud de esta disposición, Felipe vino á España adoptando por divisa aquella frase de su abuelo «*Ya no hay Pirineos*», lo cual significaba que Francia se habia ensanchado hasta Cádiz.

Gran sentimiento causó en Cataluña que se hubiese escluido de la sucesión á la corona á la casa de Austria, y como entendían los catalanes que la voluntad de un monarca imbécil no podia arrebatar los derechos legítimos que asistian al archiduque Carlos de Austria como nieto de Maria Ana hija del rey Felipe III, ni reconocer en la persona del jóven duque de Anjou los que su bisabuela Ana Maria hija tambien de Felipe III habia solemnemente renunciado para sí y sus suscesores al casarse con Luis XIII, y como además en el poco tiempo que se encontraba en la Península Felipe V habian las seculares libertades forales sido desacatadas por este primer Borbón, por esto, tornando por la justicia y por el derecho, negaron obediencia al intruso francés, y proclamaron á Cárlos archiduque de Austria por legítimo monarca.

Despues de una larga série de reveses para las armas borbónicas, la victoria se declaró por ellas en las llanuras de Almansa donde el de Anjou aseguró la corona en sus sienes. Logrado este triunfo la ira del francés sé desbordó. Redujo á cenizas la ciudad de Játiva, asoló la fértil vega de Valencia, y tras varias vicisitudes, y cuando ya no le quedaban enemigos que combatir, se dirigió rabioso á Barcelona dispuesto á hacerle pagar cara la altiva independencia de sus hijos. Despues de largo y horroroso sitio que por el heroismo de los catalanes y por las indescriptibles angustias que sufrieron, rivaliza con los famosos de Sagunto, Astapa, Gerona y Zaragoza, entró Felipe de Borbón inflamado de cólera en la ilustre ciudad, á la cual en castigo á tanto valor trató con despiadada saña. Hizo arrasar su barrio más populoso y más rico, sin dejar en él piedra sobre piedra. Así como los Faraones obligaban á los israelitas á levantar pirámides, obligó á los barceloneses á levantar, en el sitio donde antes tenían sus hogares, una colosal ciudadela para desde allí cañonear, y encerrar allí á los que en adelante soña-

sen con la libertad perdida. Los héroes catalanes unos fueron encarcelados por durante su vida, otros desterrados para siempre de su pátria, y muchos degollados y puestas sus cabezas en jaulas de hierro. La veneranda gramalla de los concelleres se entregó para librea á los porteros. Prohibióse á todos los ciudadanos bajo pena de muerte llevar arma alguna, siquier fuese solamente un cuchillo, pues hasta el necesario para cortar pan se clavó con una cadena en las mesas. En mitad de una plaza fueron quemados los gloriosos estandartes que tantas veces habian llevado los catalanes á la victoria. Se ordenó que la campana Honorata que durante el sitio habia tocado á somaten, fuese destruida á martillazos y luego fundidos sus trozos. Por último, en el salón de San Jorge por mano del verdugo fueron ¡oh infamia! arrojados al fuego los privilegios y fueros que resumian las sacrosantas libertades de Cataluña.

Bien puede pues decirse que el 13 de Abril de 1716 en que se cometieron tantos actos de barbarie, fué el primer dia que el fundador de la dinastía de Borbón reinó en Barcelona, y el último de nuestra antigua libertad y nuestra Histôria.

JUDAS TADEO.

CADENA PERPETUA

novela original
de

Pedro Huguet y Campañá

(Continuación)

CAPÍTULO II.

Empiezan á hablar algunos personajes.

—¿Tan malos aires corren bajo estos árboles que no se entra á descansar?, gritó desde la otra parte del cercado una voz que hubiera parecido venida del cielo segun lo alto que sonaba, si su timbre de ésquilón rajado no le hubiese privado de toda condición angélica.

—Buenas tardes, mi señora doña Felipa; contestó Gonzalo dando á entender que conocia la persona que le dirigía el piropo.

—No la tendré tal, repuso la voz, como usted no me escuche dos palabras.

—Por tan poco no se deje; esclamó riendo el caballero, mientras con una mano tirando del rendal hacía parar la yegua, y se colocaba la otra sobre los ojos á guisa de pantalla para poder ver mejor á su interlocutora.—Pero, donde está usted metida, doña Felipa, que no la descubro en parte alguna?

—Pues á fé que no es ninguna avispa la que se columpia en estas ramas. Me vé usted ahora?

Meneóse la copa de un espeso nogal que entre los demás árboles descollaba: á un lado y otro á modo de cortina se descorrió el follaje, y en el ancho boquete que se formó, asomó la más colorada y mofletuda faz que en ánima bien cebada darse puede.

—Qué hace usted ahí, tolondrona? Le ha tomado á usted el capricho de ensayar una voltareta? esclamó riendo D. Gonzalo.

—Quiá! no hay cuidado! El árbol es fuerte: mire usted. (Y empezó á zarandearlo de aquí para allá produciendo las hojas refregadas el rumor de una ventolera.) Y en cuánto á caerme, yo no me caigo sin llevarme todo el árbol.

—Déjese doña Felipa de locuras, y baje, no sea que el diablo le ponga trampa.

—Bajaré para recibir á usted, si usted se apea para oirme.

—Hágase como usted manda, y veamos que vá á ser ello.

Y diciendo esto descabalgó el jóven caballero.

—Manolico! Manolicooo! gritó D.ª Felipa desde lo alto del nogal con todo el poder de sus pulmones.

—Alla voy, señora! contestó desde lejos una voz atiplada.

—Anda, y tómale del rendaje á la yegua de D Gonzalo; dijo el ama.

El arbol en que estaba encaramada, levantaba toda su copa sobre el grupo de verdura que le rodeaba, de modo que quedaba un claro como de tres palmos, por el cual desde la parte de fuera del huerto veíase los estremos de una escala de mano apoyados en el tronco del nogal. Luego que D.ª Felipa hubo dictado aquella órden á Manolico, vió D. Gonzalo pasar por el referido claro, y no con mucha lentitud, primero unos pies calzados con zapatos de piel de castor, enseguida unas sayas de bayeta color de azafran con anchas tiras de velludo rojo por fimbria, despues un grande pañolon de seda amarilla guarnecido de largos caireles, el cual pañolon rollaba sus puntas en torno de una cintura mas parecida á cántara que á junco, y cubría un torso bueno para dar envidia á Milon de Crotona; y por último, una cabeza adornada por abundantísima cabellera negra, con sus mechoncitos en la frente, sus patillas en las sienes, y su altanero moño coronado por hermosa peineta de concha. Las facciones que rodeaba aquel peinado, eran frescas y abultadas como manzana madura, disfrazando muy bien los cuarenta años que llevaban encima.

No habían aun los piés de D.ª Felipa tocado al suelo, cuando giró lanzando chirridos la puertecica del huerto, y apareció en mangas de camisa un muchachote como de diez y siete años, larguirucho y avispado, el cual saludando con la mayor zalamería del mundo, cojió las riendas de la yegua, mientras le decia D. Gonzalo:—Vete pasito á paso á casa; entrega el animal á Bartolo, y dí á Petra que avise á la señora que me dejas hablando con D.ª Felipa, y que dentro diez minutos estoy allí.

Repitio su zalamero saludo el muchacho, y llevándose la yegua de reata, echó á andar camino abajo del madroñal cantando con cierto retintin:

Me mandan que no te quiera
y yo te quiero querer,
pues no hay hombre que no quiera
querer bien á una mujer.

—A ese pillin de Manolico, un dia le voy á aspar; dijo apareciendo súbitamente D.ª Felipa, derramándosele con la furia la mitad de las nueces que llevaba recojidas en el halda.—Manolico: eh! Manolico! como repitas esa tonadilla te desuello: bribon.

Y el chico sin oir, ó tal vez sin hacer caso de las amenazas de D.ª Felipa, ó quizas para darle pataleta, siguió cantando:



SUEÑ



USTO

El que á mujer no ha querido
hombre no merece ser,
mujer que amada no ha sido
no merece ser mujer.

(Se continuará).

LA ESCALA DEL AMOR

La vida es una escala
que sube la mujer, si no resbala,
conjugando al llegar á cada tramo
con diferente voz el verbo «Yo amo».
oye, amigo lector, si saber quieres
como la van subiendo las mujeres.
A los quince años ven á Casimiro,
se estremecen y arrojan un suspiro:
el tal Casimirito es un muchacho
que aun no le apunta el bozo del mostacho,
y que ronda la calle hecho un pelmazo
hasta que harto el papá le dá un trompazo.
A los diez y siete años con agobio
pasan los dias por hallarse un novio,
y al fin como Alfredito les vá al ruedo
se enternecen y mueren por Alfredo!:
un jóven que hace versos seductores,
y usa lentes y guantes de colores,
quien un dia se escapa como un rayo,
viendo que el padre mira de soslayo.
A los veinte cumplidos forman plan
de desposarse pronto con Julian:
un chico atolondrado y calavera
que á punto está de terminar carrera,
al cual en cuanto le hablan de casaca
de amor la calentura se le aplaca.
A los veinte y cinco años buscan medro,
poniendo empeño en agradar á Pedro:
un médico afamado de la villa
que reune una decente pacotilla,
y que deseando duplicar su escote
se escama viendo que no llevan dote.
A los veinte y siete años todo el mundo
conoce que se pirran por Facundo:
un hombre no muy guapo, ni muy feo
dueño de una gran tienda al menudeo,
pero que escampa viendo el buen señor
que á las niñas les dá asco el mostrador.
A los treinta hacen cocos á Canuto
soltero contumaz, pero muy bruto,
que teme con aquellas monerías
cargar con bultos llenos de averías
A los treinta y seis años, y algo mas
persiguen con sus bromas á Cleofás:
un viudo con tres hijos y una abuela
el cual se gana el pan picando suela,
y se espanta al pensar que su caudal
no bastaría para rumbo tal.
A los treinta y nueve años es su oficio
tentar coqueteando a D. Simplicio:
un viejo setenton que lleva gafas
cargado de pesetas y alifafas:
este tal vez caería en el garlito,
empero sus parientes alzan grito,
y las niñas por mor de esos parientes
se quedan con el hambre entre los dientes.
A los cuarenta ansiando matrimonio
con gusto se darían al demonio,
mas como este no gusta peje-palo,
rehusa con desprecio tal regalo:
y entonces renegando del amor
se casan en su afan con el Señor,
ofreciéndole en cambio del paraiso.
una virginidad que nadie quiso.

UN ANUNCIO

«Hay un jóven de buen físico, buena fami»lia, y buena conducta, que ha decidido no »casarse con mujer rica, doncella y hermosa »Informarán de 3 á 4, calle de los Desengaños »número 13, piso 2.º»

Este singular anuncio leía por quinta vez en un periódico de la localidad la simpática Merceditas, que además de ser bella, era soltera no mayor de veinte y ocho años, libre de parientes, y dueña de una renta que quiza llegaba á cuarenta y ocho mil reales exentos de toda alcabala. La primera vez que leyó el anuncio se pasó el dia riendo el chiste, porque como la niña no era tonta, pensó que aquello sería una broma que alguien habría querido dar á un pobre diablo, ó bien un aviso previamente concertado, dado por algún amante de matute á su dulcinéa. Continuó algunos días persistiendo en esta idea, pero al ver repetido el estrafalario anuncio cuatro, cinco y seis veces mas, con trazas de no concluir nunca, creyó que sería obra de algun infeliz demente que habia enfilado por ahí la monomanía.

Le hizo gracia á Merceditas la ocurrencia, y todo se le andaba en preguntar á sus amigas y conocidos, si habian leido el anuncio del loco. —Vaya, que si! le contestaban unánimemente; pero quien le dice á V. que lo que le parece una chifladura, no sea determinación de hombre muy cuerdo?—Gracias por la lisonja; eso es decir que yo soy un partido detestable; esclamaba algo picada Merceditas que como se ha dicho reunia todas las circunstancias de que abominaba el anunciante.—¡Oh nó! ¡le respondian: si el tal jóven misterioso conociese á V., seguramente se daria con un canto en el pecho arrepintiéndose de su grosería; pero quizá el hombre sea un millonario que haya hecho propósito de casarse con una pobre, ó un pobre que apechugaria con una vieja cargada de millones.—Pues entonces es un necio, porque no sabe espresar claramente lo que quiere; objetaba Merceditas.

A todo esto el anuncio seguia publicándose invariablemente con una puntualidad desesperante. Merceditas hubiera dado cualquier cosa para descifrarlo. Cuanto mas lo leia, menos alcanzaba su verdadero significado. Y lo leia diariamente, y hasta lo repasaba cinco, seis ó mas veces.—«Informarán! esclamaba leyendo: ¿pero, señor, que es lo que tienen que informar? Habrá alguien que le interese eso?» Y no se daba cuenta de que ella se iba tomando un interés alarmante.

A tal punto llegó á preocuparle el reclamo, que le turbó el sueño. Merceditas que habia pasado hasta entonces la vida desdeñando amantes, no podia creer en la existencia real de un ser tan raro como parecía ser el anunciante. El deseo de averiguar quien fuese este, y lo que se proponia, empezó á ser la idea dominante de Merceditas, y acabó casi en monomanía. De carácter nervioso y acostumbrada á no sufrir contrariedades, resolvió vencer esta que por tan estraño modo le molestaba No era tímida; y una tarde se vistio con las ropas de su doncella, y sin dar aviso á nadie de su propósito, se dirigió sola á la casa número 13 de la calle de los Desengaños. Llegó

al 2.º piso, y llamó. Abrióle la puerta un jóven de unos veinte y siete años, modestamente equipado, y de moreno y espresivo semblante, con unos ojos muy traviesos y lumbrosos.

—Vengo,—dijo Merceditas sin preámbulos y con el mayor desembarazo,—á que me informe V. del jóven de que habla el anuncio.—Y es V. la que desea el informe, o viene por recado de alguien? preguntó el jóven.—Por encargo de mi anciana señora; contestó Merceditas sin inmutarse.—Anciana es? Pues bien, oiga V. Diga V. á su señora lo que le parezca de mi persona, pues ese jóven soy yo.—Y esto es el informe?—Esto; toda vez que la curiosa es anciana.—Y si fuese jóven?—Oh! si fuese jóven. el informe seria otro.—Pues figúreselo V. asi.—Entonces diga V. á esta señore, suponiendo que sea soltera...—Lo es. —Pues bien; dígale V. que es preciso que ella venga por el informe.—Y si hubiese venido ella misma? esclamo Merceditas echando por el atajo, y reventando de curiosidad.—Oh!—dijo el jóven abriéndo unos ojazos de palmo;—en este caso debería decirme su nombre.

Merceditas se puso á patear el suelo con su lindo pié.—Y que le hace el nombre?—Mucho le hace; cabalmente de ahi depende el informe! La niña estaba por llorar de coraje; no pudo mas, y esclamó —«Mercedes Arellano. ¿Está V. contento?—Todavía no. Falta saber donde vive, y á que hora podré visitarla para esplicarle los datos que me pide.—V. es un trapalon; repuso Merceditas perdiendo la paciencia.—Soy discreto, contestó el jóven sin darse por ofendido; esta casa es muy frecuentada, y como el informe es mucho cuento, no quiero perder mi reputación si se sabe que he estado solo en mi cuarto con una señorita jóven y hermosa.—Pues vaya V mañana á las cinco de la tarde, calle de la Buena Suerte número 26.—No faltaré

Efectivamente no faltó el jóven. Tan largo debió de ser el informe que las visitas fueron prolongándose mas de una semana. El anuncio ya no se publicaba, y Merceditas cada dia se mostraba mas alegre. ¿Que le diría el jóven? Ello no pudo saberse nunca, pero las criadas que habian entrado en curiosidad, se pusieron al acecho, y una de ellas contó que una tarde cuando ya llevaban cerca de un mes las secretas conferencias, halló al jóven que hablaba en la calle con un su amigo, y pasando cerca y despacio haciéndose la desentendida. oyó que decia lo siguiente —«El caso fué que creí que para mejorar mi suerte nada habia mas cómodo que casarme con mujer hermosa y rica. Yo carecia de relaciones y de posición social, pero pensé en la curiosidad de las mujeres, y puse el anuncio que sabes, seguro de que una ú otra acudiria al cebo y me daria pié para entrar en conocimiento. Acudió Merceditas, y desde entonces mi labia y mi buena estrella han hecho lo demás. Chico, el reino de los cielos no se ha hecho para los tontos.

. . . .

Efectivamente dos meses despues el jóven de la calle del Desengaño se posesionaba de la casa número 26 de la calle de la Buena Suerte, y la hermosa Merceditas estaba radiante de felicidad gozando la luna de miel de su motrimonio.

Y rianse Vds. ahora de los anuncios estrambóticos!

LOS CUATRO BESOS

Cuatro besos en mi vida
cuatro besos solo dí;
cuatro cantos del poema
más hermoso que escribí.

PRIMER BESO

Susurraban las brisas—del mes de Mayo:
se esponjaban las rosas—vertiendo olor:
de tu escelsa hermosura—me cegó el rayo,
y te besé en la frente;—¡virgen de amor!

SEGUNDO BESO

Una tarde de estío perfumada,
conmigo para siempre desposada,
oh mujer, descendistes del altar:
y al entrar de mi casa en los umbrales
tus labios de rubíes y corales
ébrio de orgullo me arrojé á besar.

TERCER BESO

De otoño una mañana—templada y luminosa,
pusistes en mis brazos—riendo, un querubin,
y loco yo de dicha—¡oh madre venturosa!
beséte en las mejillas—con un amor sin fin.

ÚLTIMO BESO

Era una noche de invierno:
fiera tempestad rujía,
y tu estabas, vida mia,
sobre un lecho funeral.
Derramando amargo llanto
me abracé con tus despojos,
y cerré tus yertos ojos
con un beso sin igual.

—

Cuatro besos en mi vida
solo dí con tierno ardor;
cuatro cantos del poema,
del poema de mi amor.

NUESTRAS LAMINAS.

LA VENTA DE LA ESCLAVA

Por unas cuantas monedas compra ese hombre la belleza, la juventud, el pudor, y la libertad de la hermosa niña arrancada por la codicia de un infame mercader, de su bosque de palmeras ó de su tienda de pieles de camello, donde tenía el nido de sus amores. Las doncellas de Georgia y de Circasia, célebres por la esplendidez de sus formas, y la hermosura de su rostro, han sido siempre las que han dado mayor contingente á los serrallos mahometanos, verdaderas pocilgas de lujo y de refinada lascivia. La civilización que lentamente va salvando las barreras del Oriente, es lo único que puede acabar con ese repugnante tráfico, vergüenza y escándalo de los siglos.

PAREJA FELIZ

Se casaron enamorados, y apesar de los años que llevan de matrimonio, aun les duran las mieles de los primeros dias. Felices ellos que en este mundo han sabido encontrar el verdadero manantial de la dicha!

SUEÑOS DE FAUSTO

El genio sublime de Goethe personificó en su portentosa creación al espiritu humano con sus dudas, con sus ansias jamás satisfechas, y sus dolores inacabables. Fausto es la humanidad que con aspiraciones á lo divino, corre de espejismo en espejismo arrastrado por su sobérbia hasta caer postrado lejos del cielo que imaginó tener sujeto á su poder. Vedle ahi, henchida de delirios la frente, por donde como tromba de fuego pasan los sueños de su ambicion, las ilusiones del alma, vaporosas é intangibles como la neblina que evapora un rayo de sol, o desgarra cualquier ráfaga. Al despertar á la realidad vendrá su desencanto. ¡Sueña pobre Fausto, que tu sueño es el sueño de la humanidad desventurada, perseguida por el diablo de la duda.

Tip. Al Timbre Imperial, *Escudillers, 12.*



PAREJA FELIZ


ILUSTRACION
NON PLUS ULTRA
JULIÁN
GAYARRE

SUSCRICIÓN | Núm. 33 | Año I | NÚMEROS SUELTOS

Semestre. 3' Ptas.
Año.. . . 5'50 id.
Pago en moneda, libranza ó sellos unicamente en la Administracion de 10 a 1 y de 3 a 5.
ESCUDILLERS, 5, 7 Y 9
BARCELONA

ILUSTRACION NON PLUS ULTRA

Barcelona 12 Mayo 1887

10 céntimos de pta. y 15 los atrasados.
De venta en las librerias, kioscos, vendedores ambulantes y puntos de costumbre en
ESPAÑA

Núm. suelto 10 céntimos de peseta ✻ Núm. suelto 10 céntimos de peseta

COSAZAS

Ea! que ya hemos salido del paso. Ya se ha escogido la gente que por durante unos cuantos años se encargará de nuestra felicidad. En una palabra, tenemos concejales; y por añadidura concejales *adictos*, que es como si dijéramos, miel sobre hojuelas. Encuentro algo irregular que se dé calificacion politica á entidades cuyo carácter es meramente administrativo, pero aunque la ley y el buen sentido lo reprueban, el Gobierno lo hace, y cartuchera en el cañon. Repito pues que los concejales adictos superan en inmenso número á los concejales *conservadores*, *republicanos* y *carlistas*, lo cual quiere decir que todo el mundo está contentisimo del Gobierno, y que vamos á ser administrados *fusionistamente*. Estas elecciones, como las de ayer y las de mañana, han presentado dos fenómenos, á saber: los escasos votos que han obtenido los candidatos en aquellos distritos donde la lucha ha sido más reñida y vigilada, en contraposicion al prodijioso número de votantes que han acudido allí donde la oposicion estaba por completo retraida; y la escesiva multitud de candidatos y su desaforado empeño en conseguir un cargo gratuito, molesto y lleno de responsabilidades, empeño tanto más fuerte cuanto mayores las dificultades del Municipio que trataban de administrar, con mengua ó descuido de sus particulares intereses. Al presenciar tan hermosos rasgos de abnegacion, el más descreido no puede reprimir un grito de entusiasmo, y decir: «¡Aun hay patria!»

No solo hay patria, sino que la que hay acaba de engrandecerse. Existe allá en el Mar Rojo una corta ensenada poco distante de Massuah, la cual pertenece á unas tribus autónomas independientes del rey de Abisinia. Esta ensenada á nadie sirve de provecho, pero puede perfectamente utilizarla nuestra famosa Compañía Trasatlántica para establecer un depósito de carbón destinado á los buques de la carrera de Filipinas, con lo cual se ahorrará comprarlo caro en Adem, ó en Perim. A la Trasatlántica aprovecha? Pues negocio concluido. Se aflojan 25,000 duritos y la ensenada queda nuestra, y España aumenta con uno más sus dominios.

Pero quítese todo el mundo de delante, en cuanto á lo de prodigalidades, que en eso no hay quien aventaje á nuestro Ayuntamiento. Precisamente se está ahora ocupando de unos tarugos, que si no mienten las crónicas, el taruguista, entarugador, ó como se llame, habrá dado con la verdadera gallina de los huevos de oro, toda vez que el negocio es cosa de sacar unos cuantos milloncejos del buche de los barceloneses á cambio de unos adoquines de madera. Malas lenguas que nunca faltan entre envidiosos, dicen que en ello hay mucho que poner en claro, y así estamos á oscuras sin saber que sospechar. Ahora que el doctor Daas ha hecho de moda el hipnotismo, no sería del todo malo que por este procedimiento se tratase de indagar la verdad. Por lo regular, en hablando de hipnotismo los hombres graves se echan á reir. Generalmente los que no creen en el hipnotismo, creen en el diablo. Y váyase lo uno por lo otro. Al fin y al cabo todo es cuestion de nervios y sabido es que los nérvios hacen diabluras, aunque ellas no sean del calibre de las que ciertos presbiteros han realizado en Huesca coaligados con los federales y conservadores para derrotar á los posibilistas en las últimas elecciones municipales, ni igualen á las de algunos sujetos que, segun un periódico católico, recorren las poblaciones vendiendo agua de las minas de Moncada asegurando que la han recogido del milagroso manantial de Lourdes tan reputado por las varias curas que ha obrado en vizcos, mancos y cojos. Y digo, si será diablura la que se ha cometido en la Iglesia de San Isidoro de Sevilla donde los cacos le han robado á la Virgen un magnifico aderezo de brillantes! Y me callo lo que los intransigentes han estampado en las puertas del palacio del Obispo de Vich, como si se tratase de calabacear á una muchacha.

Malo es eso, pero no tiene nada de bonito lo que han hecho en Hungría quince oficiales del ejército, los cuales unos tras otro se han batido en duelo por una sola mujer. Para brutos les sobran diez puntos.

En medio de esas calamidades, lo que consuela el corazon es que los católicos irlandeses van á regalar al Papa una librería compuesta de todos los libros que durante los últimos cincuenta años se han publicado en Inglaterra. Y poco que contribuye á regocijarnos pensar que está en vísperas de nombrarse un Juez especial que entienda únicamente de las cartas que se roban en correos; que tenemos carreras de caballos y la consiguiente *hig liffe pur sang;* y que uno de estos dias toreará Frascuelo.

Lo repito: Aún hay pátria!

JUDAS TADEO.

CADENA PERPETUA

novela original
de
Pedro Huguet y Campañá

(Continuación)

—No se enoje V. por chiquilladas; dijo don Gonzalo queriendo apaciguar la cólera que abotagaba el rostro de la buena señora.

—Es que á ese mandria hay que ponerle á raya, por que se nos está perdiendo como Judas. No sabe V. D. Gonzalo, quien es él. Hay mas vergüenza en una jaula de micos que en su cara. ¿Pero que hago yo, que le tengo á usted en medio del camino? Entre V., éntre V., que lo que necesito decirle no es para hablarlo así de cualquier modo

Entraron los dos en el huerto que era ameno y espacioso, y se dirigiéron á la casa rectoral situada en uno de los estremos de la haza junto un bosquecillo de cipreses, de los cuales se agrupaba en círculo una docena formando como pequeña glorieta. Mientras iban caminando el marqués y D.ª Felipa, esta que no sabía tener un minuto la lengua en reposo, decia:—Una de las cosas de que deseaba hablar á V. es cabalmente que me ayude á parar los malos pasos en que hace algun tiempo anda Manolico. Yo no he querido decir una palabra de ello al señor cura para no darle un dísgusto, de lo cual Dios me libre; pero á V. se lo debo contar por la cuenta que le tiene poner órden en su casa. Sepa usted, y escandalícese, que ese gandul ha dado en la flor de hacer arrumacos y carantoñas á Lucía, la doncella de D.ª Camila. ¡Un muchacho que ha ganado el último curso de latin, y que como dice su tío, dentro de seis años estará en condiciones para recibir las primeras órdenes! Figurese V. si es descaro! Dirá usted que como he descubierto el trapicheo? Pues rejistrándole los bolsillos á Manolico; por que como él á sus muchos vicios añade el de ser goloso, queria yo averiguar si por allí se habrian perdido ciertos bollos que faltaban de mi alacena. Y lo que encontré fué un papelito muy fino, con su canto dorado, y su olor de violeta, y unos garabatitos muy menudos, que como no se leér, no pude descifrar, pero comprendí que no eran jaculatorias piadosas. Alborotada con el hallazgo, continué enfundando las manos en aquellas hondas faltriqueras, y dí con otro papel tambien muy bonito, en el cual estaba dibujado el rostro de esa pesca-bobos de Lucia.

Era ella no cabía duda: su nariz remangada, y su boca de alcancía la delataban; por que Manolico, dejando aparte sus bribonadas, posee mil habilidades, y con cuatro asperges que con el lapiz dá á un carton, le deja á uno copiado como delante de un espejo. A mi en las vacaciones del verano pasado me retrató con colorines que no hay más que ver.

Por eso me dá tirria que se pierda miserablemente un muchacho que está llamado á ser el orgullo de esta parroquia. No le parece a V. D. Gonzalo?

—Efectivamente; contestó sonriendo éste, el cual mientras el ama desovillaba su prolija relación, se divertia en descabezar con la punta del latiguillo las amapolas que al paso encontraba.

—Vaya que sí; prosiguió doña Felipa luego que hubo tomado aliento.—Pues volviendo al caso, digo que en cuanto descubrí la tramoya, exclamé: «Cogido te tengo!» Coloqué los papeles en su sitio para que no sospechase Manolico, y á la chita callando desde el dia siguiente me dediqué á espiarlo con todos mis cinco sentidos. Cátese V. que el mocito, cuando está seguro que nadie puede echarle el ojo, corre hácia el abrevadero de los múrlos, donde no tarda en hacerse la encontradiza esa bobalicona de Lúcia, y allí se están los tortolillos charla que charla. Figúrese V. que escándalo, si alguien les pillase de sorpresa. Cuando lo veo me signo y me persigno, y hasta me entran ganas de salir de mi atisbadero, y torcerles á ambos el pezcuezo, por la ofensa que hacen á Dios; pero me reprimo para no echarlo todo de bolina. Sin embargo. ello ha de acabar de una manera ú otra, y cuanto antes. ¿No le parece á V. asi?

—Efectivamente, efectivamente; contestó el interpelado sin dejar de sacudir latigazos á las amapolas desgarrando sus sedosos tocados de púrpura.

—Pues entónces, diga V. que remedio se pone; porque sino, reviento, y se lo esplico todo al señor cura, y arde el mundo

—No haga V. eso; que yo me encargo de la enmienda.

—Por el amor de Dios, que sea eficáz, D. Gonzalo, ó del contrario el diablo se sale con la suya.

—Lo será: repuso el jóven pudiendo apenas contener la risa que le borbollaba en el cuerpo, al ver los aspavientos que Doña Felipa hacía, cabalmente por cosa que le recordaba á él como colgó los hábitos por él mismo procedimiento que empezaba á ensayar Manolico.

—Con la palabra de V. quedó tranquila; dijo Doña Felipa respirando fuerte como si le hubiesen descargado de algun peso que sobre el corazón llevase.

En esto llegaron á la plazoleta que se abria en medio del grupo de cipreses de que antes hemos hablado; y como el lugar era recojido, y lo hacia sumamente apacible el aire fresco que entre las ramas bullía, Doña Felipa invitó á su huésped que se sentase en uno de los bancos rústicos, mientras iba á dejar las nueces cogidas para elaborar cierto elixir de que gustaba mucho el señor cura.

A los pocos minutos estuvo de vuelta el ama trayendo una bandeja de azofar con un búcaro lleno de agua cristalina, una botella de ratafía, dos vasos, media docena de almendrados, y unos cuantos racimos de pasa, cuyos granos transparentes y rubios parecian bolitas de cristal dorado.

—Ea; que con estos calores el paladar se seca á las cuatro palabras, y aún nos faltan algunas que contar: dijo Doña Felipa colocando sobre la mesa la azafata con todo su contenido.

Don Gonzalo sin hacer melindres, tomó un racimo y empezó á desgranarlo.

—Vaya V. contando, Doña Felipa: dijo y chupó cuatro uvas de una vez.

—Pues empezemos. Cuatro cientos reales me entregó V. al principio del mes que hoy fine para que los repartiese entre los pobres de la parroquia. Verdad.?

(Se continuará).



EL POE



ESANO.

BODAS DE MUERTE

Con fé tan ciega Juan adoró á Clara
que por su dicha hasta la vida diera,
y si esto todavía no bastara
vendido á Lucifer el alma hubiera.
Ay! de la muerte la segur aciaga
segó de Clara la existencia hermosa,
y Juan sintiendo del dolor la llaga
regó con llanto la funesta losa.
«Eternamente te amaré, bien mio;
»ángel ingrato que de mi te alejas,
»guárdame un puesto en tu sepulcro frio»:
Juan murmuraba con amargas quejas.
. . . .
Era de Mayo una gentil mañana;
y olvidó su dolor Juan de tal suerte,
que á bodas repicaba la campana
que un año atrás por Clara dobló á muerte
Al santo altar resplandeciente en cirios,
Juan subió ardiendo en amorosa llama,
y coronada de jazmin y lirios
tras él seguía peregrina dama.
Al pié del ara con sonoro acento,
un *sí* pronunció Juan de gozo henchido,
y al eco de ese eterno juramento
en torno resonó triste gemido.
Las luces se apagaron: en la frente
sintió Juan unos lábios. y en lo oscuro
del templo oyó una voz débil, doliente
que le llamaba sin cesar «¡perjuro!»
Al encender la lámpara apagada
rióse Juan con corazon impio,
mas al buscar la bella desposada
halló á sus piés un esqueleto frio.

CANTICO NOCTURNO

Amémonos, Corina!—La luna que riela
bordando de aureas chispas—del mar la blanca estela,
de nácares vistiendo—el firmamento azul,
la brisa soñolienta,—la fuente cristalina
que suena en la ancha alberca,—y el pájaro que trina
del escondido bosque—bajo el espeso tul,
A eterno amor convidan—con embeleso vario.
De las sublimes almas—la noche es el santuario,
y en él es donde canta—sus himnos la creacion:
Que cuando el mundo yace—de somnolencia preso,
cada hoja es una lira,—cada murmullo un beso,
cada átomo que cruza—fantástica vision.
Amémonos, Corina!—No escuchas los rumores
que elevan en las yerbas—insectos zumbadores,
los pios y alateos—que asordan el jardin?
Amémonos, Corina!—¿no sientes en tus venas
un fuego misterioso—imperceptible apenas
que engendra en ti deseos—de adoracion sin fin?
Cual áticas abejas—que ansiando libar mieles
acuden á las rosas—de espléndidos verjeles,
así en la noche al cielo—los pensamientos van:
Dejemos pues, Corina,—vagar la fantasía
en busca de los rayos—del escondido dia,
uniendo nuestras almas—en deliquioso afan.
No ves, no ves, Corina?—En las corolas de oro
se mecen enlazados—formando alegre coro
los genios que derraman—las copas del azahar,
y de los claros astros—en el raudal de plata
bullendo voluptuosos—cual nivea catarata
las hadas y los silfos—retozan sin cesar.
La noche dice ¡amaos!—el cielo abrió sus urnas!
ungidas van de aromas—las ráfagas nocturnas
que llevan y difunden—las lumbres del amor.
La estrella enamorada—con impetuoso vuelo
trazando llameante arco—por el celeste velo
en pos vá de otra estrella—que sorbe su fulgor.
La noche dice ¡amaos!—y hechiza los sentidos
con pájaros y arroyos—con auras y sonidos,
que cantan y susurran,—que vogan en tropel.
La noche seductora—ofrece amigo seno
henchido de armonías—y de misterios lleno:
¡amémonos, Corina!—amor palpita en él.
Si es que apeteces galas—para ataviar tu frente,
si anhelas gratos himnos,—aroma trascendente,
y recatado templo—do alzar tu corazon;
La noche tiene gasas—de vaporoso encaje,
titiladoras perlas—que ensarta en el ramaje,
y música que arroba—y oscuro pabellón.
La noche nos envuelve!—Amémonos Corina!
nos miran las estrellas—con limpida retina,
ciñendo nuestras frentes—con su inmortal fulgor
Las rosas se entreabren,—los astros se estremecen,
las fibras en los pechos—vibrando se enardecen.....
¡amémonos, Corina—pues todo dice ¡amor!

BUEN TIEMPO, VARIO Y REVUEL

El primer año de boda.
Dice el esposo á la esposa:
—Ven á mis brazos, hermosa
y embríagame con tu amor.
De la alcoba en la penumbra
mi ser se enciende y alumbra
de tus ojos el fulgor.—
Y mientras besa su seno,
una voz canta: —*¡Sereno!*

—

El segundo año de boda.
—Jesús que horrible bochorno!
la alcoba parece un horno;
un catre en la sala pon:
Que no es cosa de buen gusto,
ni aun es decente ni justo,
dormir dos sobre un colchon.—
La mujer ha suspirado,
y una voz canta:—*¡Nublado!*

—

El tercer año de boda.
—Con tus celos no me apures
esposa, ni te figures
que soy esclavo de tí.
Si no vengo, ó vengo tarde,
si de amante no hago alarde,
es porque me agrada á mí.—
Llora la esposa esto oyendo
y una voz canta:—*¡Lloviendo!*

¡HUMO!

La nube que en los aires señorea
cual negro pabellon ó rojo chal,
cegando el sol, ó dibujando el iris,
es humo y nada más!
El bramido feroz de los volcanes,
la tromba que se arrolla sobre el mar,
el terremoto que desgarra al mundo,
es humo, y nada más!
La fiera que resuella de las máquin
en los cóncavos vientres de metal,
y borra lindes, y portentos obra,
es humo, y nada más!
La satánica fuerza que se esconde
del cañon en la negra cavidad,
y esparce desde allí estragos y muerte.
es humo, y nada más!
La gloria inmarcesible que soñamos,
el aire mismo que hasta el ser nos dá,
y la bóveda azul que nos cobija,
es humo, y nada más!

ORGIA

a copa alzad en la nevada mano;
as, de rosas coronad la frente,
cantad amor!
ntes que asome y brame invierno cano,
d ahora en el estío ardiente
la esencia de la flor.
imnos y besos! los azules ojos
van en fuego de placer divino!
léjos el triste afán!
as trenzas sueltas, y los lábios rojos;
migo en arco el brazo alabastrino;
y el pecho hecho un volcán!
sí enlazado el incitante cuello
echemos entre risas de ventura
de Venus al altar.
a vida es corta, y el placer es bello;
velos caigan, irradie la hermosura:
vivir solo es amar!

FÁBULA

Para que se admirase su donaire,
n tal ardor un sacristan al aire
acia voltear una campana,
ue, el bronce alzando al infeliz en vilo,
e golpe lo arrojó por la ventana
a la calle le envió á buscar asilo.
Esto demuestra con notable ejemplo
ue el que con gran anhelo
eza con voz más fuerte dentro el templo,
o es por lo regular quien sube al cielo.

NOTICIONES

l duque de Edimburgo, hijo de la reina de
laterra, no pudo el otro dia ordenar que la
uadra que comanda hiciese salva al pabe-
n francés, á causa de que estaba durmien-
rendido de cansancio. Aquí viene de molde
uello de

Cuando se emborracha un pobre
le llaman el borrachon,
cuando un rico se emborracha,
¡Que malito está el señor!

***

l ejército aleman se compone de 2 feld-
ariscales, 59 generales, 76 tenientes gene-
es, 117 brigadieres, 277 coroneles, 262 te-
ntes coroneles, y 1141 comandantes y
000 soldados, cuyo presupuesto asciende
millones de marcos.
l ejército activo de Inglaterra es de 149 391
mbres, y el presupuesto de Guerra se ele-
a la suma de 18.391 millones de reales.

***

e calcula que con el arrendamiento del
aco español, el contratista puede ganar
y bonitamente en un año, cerca de 1.392
llones de reales limpios de polvo y paja.
Vayan Vdes. fumando!

***

En la tarde del 11 de este mes tuvo lugar
ceremonia de la colocacion de la primera
edra del Palacio de Justicia, lo cual signi-
a que la justicia va a tener palacio. Ahora solo faltará que la justicia viva en dicho palacio.

***

Según datos recientemente publicados por el doctor aleman Daniel actualmente hay en el mundo 1,435.000/de habitantes, los cuales hablan 3.064 idiomas y dialectos, y profesan 1.100 religiones, de las cuales la budhista es la que cuenta más creyentes, pues pasan estos de 503 millones. Los cristianos, comprendiéndo en este número los católicos, los cismáticos, los protestantes y demás ramas evangélicas, suman 432 millones.

/ millones

***

El Emperador de Rusia ha estado otra vez, y van mil, á punto de ser víctima de los nihilistas. Con buenos sustos se gana el pobre los 25 mil duros que diariamente le paga la nacion.

***

Una dáma inglesa ha regalado al Papa la mona de Pascua, consistente en un huevo de marfil, en cuyo interior forrado de seda blanca hay un rubí de gran tamaño rodeado de brillantes. Esta joya ha costado cincuenta mil pesetas. Gallinas que produzcan esos huevos, es lo que hace falta

NUESTRAS LAMINAS.

J. GAYARRE

En el número 18 de la ILUSTRACION NON-PLUS ULTRA publicamos la biografía de este privilegiado artista que en los cielos del arte musical brilla como estrella de primera magnitud, y en los anales contemporaneos de nuestra pátria como una de sus más legítimas glorias.

Hoy que Barcelona tiene la satisfaccion de albergarle en su seno, y goza el deleite de oir su voz incomparable, no acertamos con manera mejor de testimoniar la admiracion que sentimos por el intérprete de Vasco de Gama, en la *Africana*, de Fernando en la *Favorita*, y de Juan de Leyda en el *Profeta*, que juntando en el teatro nuestro entusiasta aplauso al coro de vítores que incesantemente le saluda, y publicando su retrato en nuestro periódico.

MARTE Y VÉNUS

El soldado y la niñera tiene así como algo de las propiedades del acero y el imán. Haced que se ponga una niñera en medio de una plaza solitaria junto al pilon de una fuente, y por léjos que esté acuartelada la guarnicion, si al cabo de cinco minutos no acude al husmillo un *melitar*, que me emplumen. A las cuatro palabras han echado conocimiento, y á la docena forman pareja. De esta suerte improvisan idilios amatorios, en los cuales el niño que juega en la arena, y arroja piedrecitas al agua hace el papel de Cupido.

EL POETA CORTESANO

"Solo la poesía es buena
hecha á moco de candil",

dijo un poeta que conocía la cosa. ¿Qué clase de poeta será pues, el que citara en mano, prendido de galas y oliendo á violeta penetra en ese rico salon donde le aguardan ilustres damas lujosamente ataviadas? Himnos de libertad no los cantará, no brotarán de sus labios versos sublimes caldeados al fuego de la inspiracion delirante que rompe las vallas al respeto y se apodera de las almas tiranizándolas á su antojo. Lo que cantará será algun romance de un doncel empalagosamente enamorado, con estrofas desleidas en azúcar, capaces de hacer dormir las gárgolas del frontispicio. Y no obstante este poeta alcanzará por premio las sonrisas de su bello auditorio. Y esto sucederá cabalmente cuando Camoes se muere en un hospital.

Tip. AL TIMBRE IMPERIAL, *Escudillers, 12.*



MARTE Y VÉNUS



EL HORNILLO DEL AMOR.

SUSCRICIÓN

Semestre. 3' Ptas.
Año. . . . 5'50 id.
Pago en moneda, libranza ó sellos únicamente en la Administracion de 10 a 1 y de 3 a 5.
ESCUDILLERS, 5, 7 Y 9
BARCELONA

Núm. 34 Año I

ILUSTRACION NON PLUS ULTRA

Barcelona 19 Mayo 1887

NÚMEROS SUELTOS

10 céntimos de pta. y 15 los atrasados.
De venta en las librerías, kioscos, vendedores ambulantes y punto de costumbre en
ESPAÑA

Núm. suelto 10 céntimos de peseta
Núm. suelto 10 céntimos de peseta

EL JURADO

Es cosa resuelta. Habrá Jurado. Muchos regañarán y maldecirán la innovacion, ¿quién lo duda? ¿Acaso no hay aves que esquivan enfadadas los rayos del sol? ¡Habrá Jurado! Pero bueno es preguntar: ¿habrá justicia?

La tierra, como dijo el poeta, no es el centro de las almas, y por eso es imposible evitar que la inocencia arrastre prisiones, y que vibren palmas manos inícuas. No se pregunte pues, si habrá justicia en absoluto, porque esto presumiría que es susceptible la mezquina condicion humana de adquirir dones de infalibilidad; pregúntese unicamente si habrá más justicia, y entonces no titubearemos en contestar rotundamente que sí. Dejando aparte prevenciones de escuela, los hombres honrados que han tenido ocasion de examinar de cerca los trámites de un juicio criminal por los procedimientos hasta el dia usados, si saben sobreponerse á la rutina, han de suscribir á nuestra categórica afirmativa. Como no? Vamos á suponer de los tribunales, todo cuanto es posible suponer en su favor; vamos á suponer verdaderos prodigios. Supongamos que el Juez es un profundo jurisperito, integérrimo, que anteponiendo la ciencia al puchero, desdeña el bufete de letrado donde se ganaria pingües honorarios y fama, y se sacrifica en aras de la justicia vistiendo la toga que le ha de ocasionar grande trabajo, le ha de reportar mezquino sueldo insuficiente para vivir con holgura, le ha de mantener esclavo del capricho de cualquier zafio cacique de aldea amigo de cualquier monosliábico diputado, le ha de precisar á constantes cambios de lugar, le ha de privar de reputacion y amigos y triunfos, y le ha de crear apurados conflictos de conciencia. Supongamos (y sube de tono la hipótesis) que este Juez tiene un escribano que si es licenciado en derecho puede ser un gran abogado, y si es simplemente Notario puede ser capaz de llevarse en oposiciones la más florida notaría, y convengamos en que el tal escribano se limita á cobrar por riguroso arancel lo que trabaja: sujeto de conciencia pone en autos las diligencias estrictamente indispensables para no despellejar á los litigantes, hombre laborioso no fía la tramitacion á las mercenarias manos de un escribiente, y se contenta con lo que legítimamente gana que no será más que para comer sopa y cocido, y vivir en piso de 12 duros. Supongamos (y llegamos al límite del encarecimiento) que el tal escribano tiene un oficial auxiliar, el cual es un jóven de dulce carácter, de corazon recto, y de inteligencia despejada, que teniendo una letra de buen leer, y una erudicion en derecho penal nada comun, se satisface con viente y cinco duros mensuales, y se contenta con estrenar un solo vestido al año, fumar cigarrillos de estanco, ir tal cual domingo á teatro gastando una pesetica, y vivir en una casa de huéspedes de quince duros al mes. Supuestas tales maravillas, no hay que decir que el secreto del sumario puesto en manos de dichos sujetos será verdad, que no habrá combinaciones astuciosas para burlar la ley, que no se dictarán autos obedeciendo á interesadas complacencias, que lo que los testigos declararán se hará constar textualmente en el proceso, que en este no entrarán raspaduras, ni falsas enmiendas, en una palabra que el soborno se estrellará contra la inflexible rectitud del Tribunal, y los fallos no se pronunciarán sino prévio el más detenido exámen de las pruebas obrantes en autos. Pues bien, así todo, todavia se asegura más con el Jurado la acertada sancion de la justicia; porque desapareciendo aquel principio jurídico que establece que «lo que no está escrito en el proceso, no está en el mundo,» ya será menos posible que un testigo ducho declarando en mentira haga triunfar la malicia, y que un testigo rudo declarando la verdad se confunda y cause perjuicio á la inocencia: ya no acontecerá que los jueces, apesar de tener la conviccion íntima de que el acusado es delincuente, ó inculpable, tengan que fallar contra tal conviccion en vista de los datos del proceso. Mediante el jurado hombres imparciales, hombres representantes de todas las clases de la Sociedad, hombres que no esperan retribucion por su fallo, hombres completamente agenos á los ardides curialescos verán al acusado, á los testigos, y al acusador oirán sus confesiones, les preguntarán sus dudas apreciarán hasta en sus inflexiones de voz y en la serenidad ó turbacion de sus rostros todo lo que pasa en el fondo del alma, y sin más consejero que su recto sentir pronunciarán un veredicto que llevará consigo la suprema autoridad de la opinion pública, el cual por lo mismo producirá en la sociedad efectos más moralizadores que el fallo dado por un Tribunal después de un secreto procedimiento. Y no es esto todo: el Jurado además reune la ventaja de ser un gran elemento de cultura, por lo mucho que dignifica á los ciudadanos llamándoles al sagrado cargo de juzgadores cuando hasta ahora solo debian acojerse al recurso de la murmuracion.

Aseguran los teólogos que una de las mayores penas que sufrirán los réprobos en el dia del juicio universal, será el que se proclam

sus pecados á la faz de todas las generaciones; y dicen que esta consideracion ha bastado para que muchos se abstuviesen de pecar temerosos de aquella gran verguenza, Quien sabe pues, si el Jurado con su carácter de publicidad contribuirá á disminuir la estadística criminal de nuestra nacion? Quien sabe si será freno á la malicia el temor de comparecer ante todo el pueblo y ser juzgado por este, en vez de serlo por un Juez y un escribano desconocidos?

Cuando se gana una sangrienta batalla, es costumbre celebrar el hecho con grandes fiestas, ¿porque no hemos de celebrar esa incruenta y soberana victoria ganada á favor de la justicia redentora?

JUDAS TADEO.

CADENA PERPETUA

novela original

de

Pedro Huguet y Campañá

(*Continuación*)

—Así es; pero ya le tengo repetido á V. mil veces que en cuanto se le acabe la masita, me diga «al cabo estamos,» sin venirme á quebrar la cabeza con cuentas que no quiero saber. Dígame únicamente como está de fondos, y déjese de comprobantes.

—Es que yo no paso por ello; insistió el ama.

—Será forzoso, porque yo no la escucharé; replicó Don Gonzalo.

—Pues desde ahora puede V. buscar quien le sustituya; exclamó Doña Felipa con la dignidad de un ministro ofendido que dimite la cartera.

—Es V. indomable Vamos, macháque V. á su gusto. Pero haga cuenta que lo que habla lo esplica á los pajarillos del aire; repuso Don Gonzalo: y afectando distracción tomó un vaso de la bandeja, le echó dos dedos de ratafía, lo colmó con agua, lo alzó para contemplarlo un momento al trasluz, bebió, encendió un cigarro, y cruzando indolentemente las piernas se púso á seguir con la vista las bocanadas de humo que se desvanecian ondulando en caprichosas espirales.

Doña Felipa impertérrita, empezó el siguiente monólogo:—«Dijímos que eran 400 reales. Quítense ochenta y siete que costaron las medicinas para el tio Cambronera, y treinta y cuatro que entregué á su mujer para caldo, y tenemos, 87 y 34 son 121... pues tenemos 279 reales sobrantes. Voy bien. Don Gonzalo? Bueno! Sesenta y ocho reales presté al Gorgojo que debía un trimestre de contribución, y le iban á embargar el campo que le produce para mantener escasamente á su pobrecica familia: dése por quiebra este préstamo porque el hombre está más pelado que rodilla de cabra, y resulta, de 279 que sobraban, rebájese 68, pues resultan 211 realicos ¿Sigo bien así, Don Gonzalo? Corriente! 124 á Jaleito para ayuda de la compra de un mulo: el que tenía se le murió, y el ñiquiñaque se desesperaba, porque sin animal no podia ganarse la vida yendo á Málaga de traginero; así quedan..... á ver, á ver, he dicho 211, pues quedan... 87 reales, si no hay yerro.

El tragaldabas del chico de Cazuela andaba por ahí descalzo y sin camisa hecho una porqueria, y me costó diez y seis reales colgar algun guiñapo á aquellas carnazas; restan pues 71 reales. La limosna mensual á las viudas de Miguelito Trefes, Cascarllla, y Pepe Ojeras, monta sesenta reales, que con los veinte y cuatro que pagué al negro de Escarbaviñas para que no pidiese justicia contra el Tamborilero que le adendaba un trimestre de alquiler, son 84 reales, y con 28 para la lactancia del gaznápiro que le ha nacido á la Golondrina, son 112. Sobraban... sobraban...

Aquí se atascó la buena mujer: Por más que contaba y recontaba no daba con el saldo. Todo se le volvia poner los ojos en alto, morderse el labio inferior, dar con la punta de los dedos golpecitos en la mesa como si teclease y taconear menudamente con nerviosa impaciencia. Don Gonzalo qué de soslayo la miraba, divertíase grandemente con aquella espresiva mímica, complaciéndose en prolongar con su silencio la embarazosa situación del ama, á la cual se le iban y venian los colores en el rostro.

—En fin, que sobra todo esto; exclamó Doña Felipa furiosa de no acertar con la cuenta; y sacó del bolsillo, y arrojó sobre la mesa, un macizo cucurucho de papel estraza que con la violencia del choque reventó derramando como un grueso puñado de monedas de cobre que juntas no valdrían mas de tres pesetas.

—Alto, ahí, señora mia: dijo en este punto Don Gonzalo. Por vida mia, que aquí hay trampa! ¡A qué no dice V. que no?

—Pues no lo he de decir! murmuró algo fosca Doña Felipa.

—En tal caso no diría V. verdad. Ofrecerme un pico depues de lo contado, cuando todavía se déja en el buche otra porción de menudencias, es lo que hay que ver.

—Pues repito que esto es todo, á lo menos que yo sepa.

—Que V. sepa! Buena tracista está V! Dígame sino de que artesa salió el pan que durante estos dias han comido los de Zumaque y el Chiquitín; esplique V. como se las ha compuesto la Garza para comprar los dos pares de pichones que fué preciso aplicar á su esposo para quitarle la calentura de la cabeza. Vaya, cuenteV. Doña Felipa.

—Oh! no gallee V. tanto; contestó esta regularmente amoscada: Porque si á la greña vamos, tambien diré yo de donde sacan el aceite, y los cuartanes de trigo el abuelo Zizaña, el manco de Charran, y otros del mismo pelaje que le sonsacan á V. Piensa, benuito de Dios, que duermo? En fin, que si V. es matraca, voy y les canto cuatro claridades á esos buscones, que como tienen segura la bazofía, se pasan los dias gandulcando sin darse maña para nada.

—Roñósa! dijo riendo Don Gonzalo

—Si, roñosa, si: siga V. por ese camino y se lo comerán vivo. Para poner tasa á los despilfarros de V. convine en cuidarme de repartir las limosnas, á condición de que V. no metiera baza; porque yo conozco los mandrias. Mas V. rompe lo pactado; está bien, V. es muy dueño: pero yo tambien lo soy de retirar mi compromiso. Conque ya está V. enteradito.

—Como si V. no hubiese dicho nada. V.



OTTO CONTEMPLAND



ÁDAVER DE SU HERMANO.

quiere emanciparse para volver á los buenos tiempos en que el maniroto del señor cura comido de pobres no pod.a cenar sino acelgas y aluvias sazonadas con un ¡alabado sea Dios! No es cierto? Pues le juro que no será.

Cuide V. de que le paguen al señor cura los derechos de estola y pié de altar que trae harto descuidados, que por lo que hace á limosnas yo solo soy quien mangonea. Así pues, guárde esa morralla, y véngase mañana á recojer otros cuatro cientos reales que le tengo preparados, cóbrese y con ellos sus desembolsos

—¿No manda V. otra cosa? dijo con retintín doña Felipa.

—¿Por qué lo dice V.? preguntó Gonzalo.

—Porque eso por deprónto no lo hago, y si no me ordena V. otra cosa, me quedaré sin servirle.

—¡Doña Felipa!

—¡Qué no mil veces!

—V. no es amiga mía.

—Ya sabe V. que le quiero desde el fondo del corazón, porque de niño le he tenido en brazos, y le he dado mil brincos, pero eso no significa que haya de cerrarme las puertas del cielo por V. Soy terca, he dicho que no, y no será. Entrégueme los cuatrocientos reales si quiere, pero no me diga que me cobre lo que no debo cobrar, porque eso es ofenderme; ni me averigue si de lo mio hago ó dejo de hacer, porque tengo en un rinconcito de mi cuerpo un alma que no es de yeso, la cual gusta también de ejercer obras de misericordia por cuenta propia.

—Veo que D. Fermín le ha comunicado á V. su manía. La caridad, D.ª Felipa, para que produzca todos sus efectos, debe ser bien ordenada. V. falta á los preceptos cristianos, cuando para aliviar al prójimo, se descabala por completo.

—¡Eso tenia que oir! Acabe V., por Dios, y llámeme protestante, que es todo lo que hay por decir á una persona, gritó el ama.

—¡Si no he dicho eso!

(Se continuará).

DIABLURAS

Federico Terrones no creía en brujas. Esplicarle milagros, era para él contarle aventuras de Simbad. En fin que era un incrédulo de los de cáscara amarga.

Pero he aquí que cierta noche, su esposa mujer de treinta años y de carnes muy aprovechables, le despertó con sobresalto.

—Federico! Federico! no oyes que ruido suena en el desvan?, dijo ella sacudiéndole de recio.

—Eh! no seas aprensiva; déjame dormir.

A la noche siguiente vuelta otra vez á despertar: á Federico, y vuelta este á echar la cosa á tontería. El caso se repitió y Federico empezó á entrar en cuidado.—Es verdad, decía; aquí anda algo: ¿que será? el desvan está completamente desocupado desde que se marchó el fotógrafo llevándose el último clavo. D. Nicasio el procurador de la casa que vive en el piso de enfrente, tiene las llaves. Decididamente el caso es singular! Un animal no será, porque el ruido es de un cuerpo duro qne se arrastra por el suelo. Otro que no fuese yo pensaria que tenemos diablos en casa, ¡que gusto!

Maldito el que sentia Federico. Los ruidos continuaban cada vez con más fuerza. El asunto se iba poniendo feo. Llegó al extremo que Federico ya no podía dormir sosegadamente, y hasta alguna vez estuvo á punto de santiguarse. Él, tan incrédulo!

No habria dejado pasar dias, si D. Nicasio hubiese estado en el piso; pero el hombre habia ido á tomar baños con su familia, y era menester aguardar su regreso para entrar en el desvan á practicar el conveniente registro. A cada momento la esposa de Federico le importunaba para que escribiese á D. Nicasio, esplicándole el caso, pero Federico se resistia por temor á que se le creyese hombre á quien atemorizasen duendes.

Y á todo esto el misterioso ruido siempre en aumento.—Ves, ves? decía la esposa de Federico: Dios te castiga. No crees en demonios, y para que te convenzas él te los envía á miles. Federico no se atrevía á replicar. ¿Flaqueaban sus convicciones? Tal vez sí, porque cuando se hablaba de diablos ya no reia como antes.

Una noche Federico se acababa de acostar, y como si se hubieran dado cita en el desvan tres docenas de diablillos, comenzó el ruido á la manera de carro que bajase un despeñadero.

—Ya es insufrible esto! gritó saltando furioso del lecho.—Donde vas? esclamó asustada su esposa.—A concluir de una vez con la broma. —No vayas! por los siete dolores de la Virgen! gritó temblando la esposa.—Ahora mismo! Quita!

Y despues de amartillar el revolver, cojió una luz y en calzoncillos subió los veinte escalones que separaban su piso del lugar del alboroto. Al llegar al rellano paróse á escuchar, y no apercibió el más ligero ruido. Dió tres puñetazos á la puerta, y nadie contestó. Ah! ah! dijo Federico para sí: el autor de la broma se ha escapado; mejor es así! Y se retiró.

Desdoblaba la sábana para tomar de nuevo posesion del lecho, cuando otra vez empezó el desesperante ruido. La rabia de Federico no conoció límites. De pronto le ocurrió una idea, y fué subir sin luz y calladitamente hasta la puerta del desvan, y allí observar lo que dentro pasaba. Y como lo pensó, lo hizo, no sin arrollarse al cuello unos rosarios que encontró encima la cómoda, y no sin persignarse devotamente á cada tramo que subia. Llegó con el mayor sigilo al desvan, y oyó de cerca el estruendo que tan aterrorizado le traia. No cabia duda: aquello era algo sobrenatural, por que ni era voz humana, ni pisar de animal alguno, ni batir de puertas, sino un sordo correr con son nada parecido al hierro, ni á la piedra, ni á la madera. De punta se le pusieron los pelos á Federico.

En aquel momento oyó que alguien subia la escalera. No pudo reprimir un ligero temblor por la sospecha que le asaltó de si venia algun diablo á tomarle la retirada. Pero ¡cual no fué su alegria al ver que el recien llegado era D. Nicasio, el procurador de la casa!

—D. Nicasio! oh! D. Nicasio! Cuanta fortuua, esclamó.

—Que es esto? está V. loco? A estas horas y en calzoncillos por la escalera? Jesús!

—Las llaves, Sr. D. Nicasio, las llaves.

—Qué llaves?

—Las del desvan.

—Decididamente el pobre chico está loco: pensó D. Nicasio, y luego viendo que Federico entraba detrás de él en el piso, le dijo:—Amigo mio: he llegado este mediodia; ahora salgo del teatro y mañana tengo que partir á las seis. Conque ya vé V. qve necesito descanso.

—Descanso? Desgraciado! No le hay para nosotros, D. Nicasio!, exclamó Federico.

—Pero que pasa? tartamudeó el procurador.

—Déme V. las llaves del desvan, sigame y lo sabrá.

Hizo D. Nicasio lo que se le ordenaba, entregando una luz á Federico, y ambos echaron á subir la escalera. Al poner el pié en la última meseta, palideció D. Nicasio.—Qué ruido es este? preguntó.

—Los diablos que se han posesionado de la casa; contestó lúgubremente Federico.

Lanzó, al oir esto, un grito horrible D. Nicasio, y arrojando las llaves se precipitó escalera abajo como si realmente diablos le picasen los talones. Federico abrió el desvan. El corazon le golpeaba en el pecho como una maza. El ruido habia cesado. Avanzó con cautela derramando en torno anhelosas miradas. No vió nada. Examinó las ventanas, y todas estaban cuidadosamente cerradas. Aquello acabó por aumentar su terror. Andando de puntitas, para no llamar la atencion al diablo, se retiraba, cuando oyó á sus espaldas el misterioso ruido.—Santo Dios! esclamó y quedó como paralizado de miedo.

Allí, allí en la penumbra de la sala se removía un objeto negro y luminoso que se iba aproximando, aproximando. Federico quiso gritar y no pudo: quiso huir, y se encontró sin movimiento. De pies á cabeza temblaba como azogado. Apenas podia sostener la vela con que se alumbraba. El objeto luminoso iba avanzando á rastras y mirándole como un ojo sin pestañas. Federico se sentia fascinado por aquella mirada.

De pronto la palidez de su rostro se cambió en verde subido. Ay! el causante del ruido, el bulto que rodaba por el suelo ¡era una botella! Aquí si que Federico invocó todos los santos del cielo para que acudiesen en su auxilio. Porque como podia aquello dejar de ser obra del diablo? Instintivamente Federico formó con los dedos índices una cruz, y conjuró con ella al espíritu maligno. Este no se dió por entendido, y siguió moviendo bulla, Creyendo Federico que Satán iba á echarle la zarpa al cuello, se decidió á luchar y se abalanzó á cojer la botella. ¡Oh, Dios! que va á suceder?

—Vato al chápiro! exclamó Federico soltando estrepitosa carcajada. Habrá caso más gracioso?

En efecto el autor de la hazaña era un menguado ratoncillo que famélico se habia introducido en la botella para comerse una cantidad de harina que en ella guardaba el fotógrafo, y como despues del hartazgo habia engordado, por más esfuerzos que hacia no lograba salir de la prision.

Con el cuerpo del delito en la mano bajó más contento que unas castañuelas á tranquilizar á su esposa. Entró en su cuarto, y ¡horror! pero ¡horror de veras! allí entre las sábanas se estaba D. Nicasio que al escapar despavorido del desvan, en su atolondramiento equivocó el piso, lo cual hizo pensar á la acongojada esposa que era Federico el que entraba perdida el habla.

Cayó la botella al suelo rompiéndose en mil pedazos, saltó libre el ratoncillo, chilló la buena mujer, echó á correr D. Nicasio, y se quedó Federico más lelo que cuando en el desvan creía estar delante del maligno.

Ah! desde entonces no ha vuelto Federico á reirse más de los diablos, y cuando alguien niega que estos existen, dice con misteriosa tristeza: «Si á V. le hubiese pasado lo que á mi!.....»

NUESTRAS LAMINAS



EL HORNILLO DEL AMOR

Son tus ojos un fogón
por lo ardientes y lo bellos,
y porque se abraza en ellos
el más frío corazón.
Causando más de un berrinche
te los trae amor de fuera:
ya te digo cocinera
que tienes valiente pinche.
Más lo chuzco vive el cielo,
es que tu guisas de suerte
que en tus manos se convierte
el corazón en buñuelo.

UN GOMOSO PROVINCIANO

Toda su ciencia se reduce al arte de engomarse el bigote, prenderse una flor en el hojal, y llevar el sombrero al desgaire con ínfulas de amante hastiado. El hombre cree que no hay niña que no suspire por él. Lo cierto es que si las niñas paran mientes en este tipo, es solo para reirse con donosas burlas de sus cursilerías y estudiadas maneras. Asi pasa el gomoso de aldea la vida: inútil para el trabajo, inútil para el amor, y solo aprovechable para divertir á sus espensas los momentos de fastidio. En una palabra, es un ser á quien ni corrigen los años, ni los desengaños, y llega á la vejez persuadido de haber matado de amor las cuatro quintas partes de las mujeres de la villa.

OTTON, ETC.

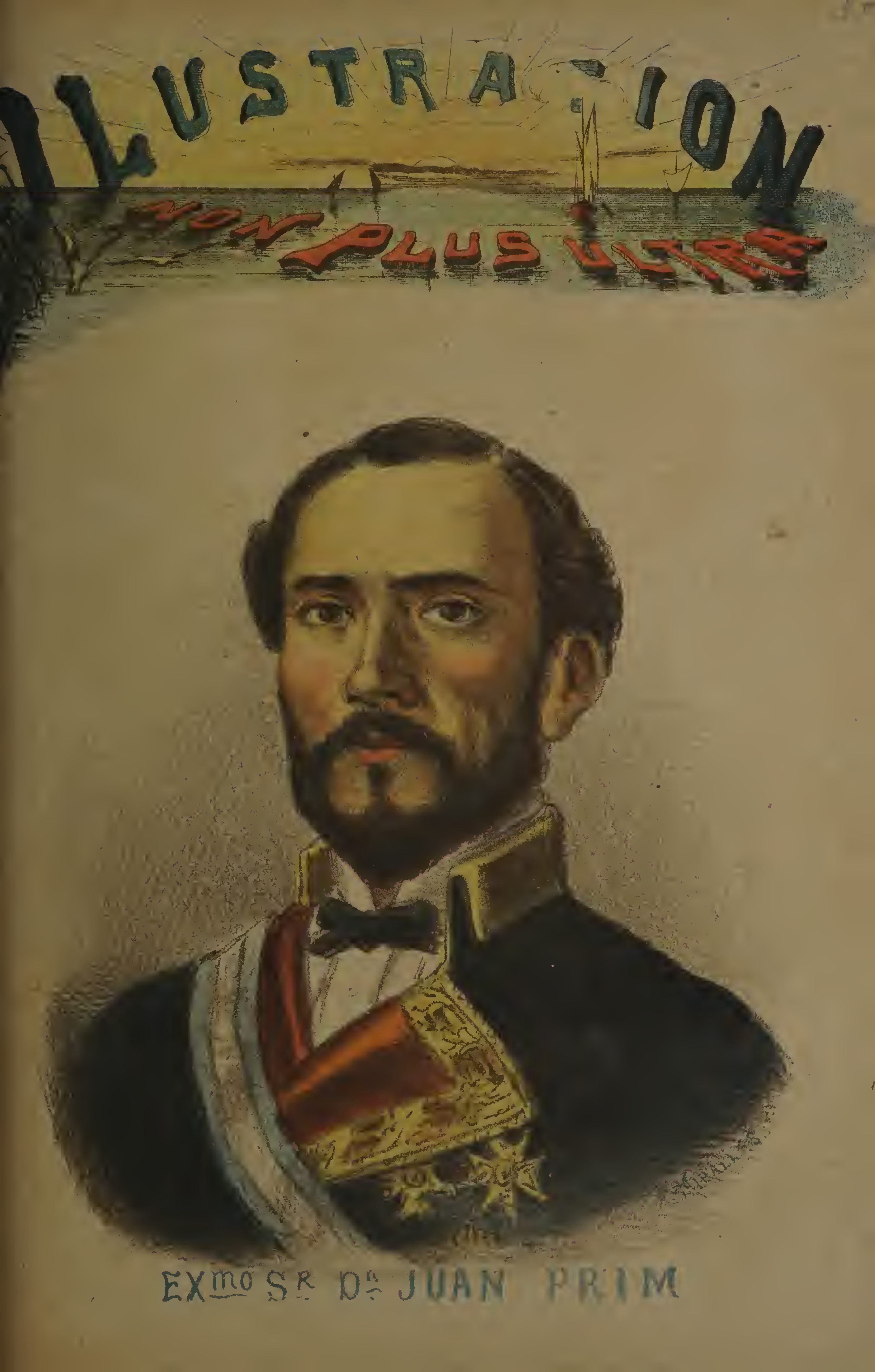
Otton I llamado el *grande* fué el primer príncipe aleman que llevó el título de Emperador. Nació en 912, y fué hijo de Enrique el *Pajarero*. Empleó sus armas siempre vencedoras contra los Hunos, los Húngaros, y los Bohemios. Durante una de sus campañas su hermano Thankar alzó bandera de rebelion. Voló Otton á Alemania presentó batalla á los revoltosos y los destrozó, pereciendo en la batallá el ambicioso Thankar.

El célebre pintor A. Baur con su pincel inspirado ha trazado en el lienzo el acto de estar el grande emperador contemplando el cadáver del sedicioso príncipe bastardo recogido por unos monjes de Leiche.

Tip. AL TIMBRE IMPERIAL, *Escudillers, 12.*



UN GOMOSO.



EXmo SR Dn JUAN PRIM

SUSCRICIÓN

Semestre. 3' Ptas.
Año. . . . 5'50 id.
Pago en moneda, libranza ó sellos únicamente en la Administracion de 10 a 1 y de 3 a 5.
ESCUDILLERS, 5, 7 Y 9
BARCELONA

Núm. 35 Año I

ILUSTRACION NON PLUS ULTRA

Barcelona 26 Mayo 1887

NÚMEROS SUELTOS

10 céntimos de pta. y 15 los atrasados.
De venta en las librerias, kioscos, vendedores ambulantes y puntos de costumbre en
ESPAÑA

Núm. suelto 10 céntimos de peseta ✻ Núm. suelto 10 céntimos de peseta

PRIM

Bramaba con imponderable rencor la guerra civil en Cataluña. El brutal fusilamiento de la madre de Cabrera acababa de abrir sangrientos abismos, entre las tropas de la Reina y las huestes del pretendiente D. Cárlos. Cada acción que se trababa era una hecatombe. Carlistas y liberales seguían con feroz impaciencia los azares de la feroz contienda, y cada derrota que esperimentaba uno ú otro bando, era recibida por los adictos al ejercito victorioso con entusiasmo tanto mas frenético, cuanto mayor habia sido la matanza de los vencidos.

El 24 de Febrero de 1836 fué para los liberales un dia de regocijo. En el pueblo de San Hilario la columna de Vich topó con las fuerzas carlistas mandadas por Burgó, Ros de Eroles y Zorrilla, y se empeñó una encarnizada lucha. Largo rato estuvo indecisa la victoria, poniendo ambas partes igual empeño en conseguirla. Ya por fin parecia que iba á decidirse á favor de las armas carlistas, cuando un teniente de cuerpos de francos que solo contaba 21 años, arrebató una bandera, y poniéndose con heroico arranque al frente de sus soldados, les arengó con energía, y á la voz de *¡Avant los valents!*, se precipitó sobre el enemigo, y abriéndose paso con la punta de la espada, le desalojó de sus fuertes posiciones.

Al siguiente dia de esta memorable acción, el nombre de aquel jóven osado se habia hecho popular en Cataluña. Todos sabian que se llamaba Juan Prim; que era hijo del teniente coronel D. Pablo Prim; nacido en Reus, que llevado de sus aficiones batalladoras, en 2 de Febrero de 1834, sentó plaza como soldado distinguido en el batallón de cuerpos francos denominado tiradores de Isabel II; y en 4 de Enero de 1835 siendo simple cadete ya habia, en una empeñada escaramuza, luchado cuerpo á cuerpo y brazo á brazo, con un valiente carlista, al que tendió exámine á sus piés, ási como mas tarde combatió en la acción de Taradell, con un lancero arrebatándole lanza y caballo.

Habia recibido una herida en la acción del Coll de Guarp, y con ella el grado de subteniente; después asistió al heroico ataque de San Celoni, y fué ascendido á capitan. En Vilamajor recibió otra herida; se batió denodadamente en Serradell, y se le confirió la cruz de San Fernando. Se halló en el sitio de Puigcerdá, y se le premió con las charreteras de capitan y la cruz de Isabel la Católica sobre el mismo campo de batalla. Fué herido en San Quirse, y se ganó la efectividad de capitan. Concurrió al famoso sitio de Solsona siendo el primero que asaltó la muralla y se apoderó de la puerta principal estando herido en el brazo izquierdo, por cuyo bizarro comportamiento se le concedió el grado de comandante, y una cruz. Obró maravillas de valor y pericia en el sitio de Ager, donde se le nombró comandante mayor efectivo. Y conquistó el grado de coronel y otra cruz de San Fernando en 1839, en la encarnizada batalla de Peracamps.

Anduvieron los años: la hidra de la guerra civil pereció ahogada en el célebre abrazo dado en los campos de Vergara: Espartero fué el caudillo imperante en España: á las luchas guerreras sucedieron las luchas políticas; y en 1843 los progresistas mas ardientes se levantaron en contra de la regencia proclamando el programa del fogoso tribuno Lopez. El coronel Prim que era diputado á Córtes por Tarragona, llegó á Reus, y poniéndose al frente del pronunciamiento, publicó el 30 de Mayo una proclama contra el Ministerio enarbolando como bandera la Constitución de 37 y la mayoría de la Reina Isabel. Para evitar un inútil desastre á su ciudad natal, se retiró Prim honrosamente ante las superiores fuerzas de Zurbano, y en 15 de Junio entró en Barcelona acompañando la Junta Suprema, la cual le concedió el empleo de Brigadier y le autorizó para organizar un cuerpo de 4.000 hombres. Al frente de algunos batallones de caballería y piezas salió en 20 por el camino de Madrid, adelantándose hasta el Bruch en espera de la acometida de Zurbano. Este se retiró por órden del Capitan General de Aragón, y la Revolución quedó triunfante. El Ministro de la Guerra, general Serrano confirmó el empleo de brigadier que la Junta Central habia conferido á Prim, á quien mas tarde se otorgó título de Castilla con la denominación de conde de Reus, y vizconde del Bruch.

No tardó mucho Barcelona en mostrarse descontenta del nuevo gobierno. Para aquietar los ánimos de los catalanes, nombróse á Prim comandante general de la provincia. La efervescencia habia llegado á su auge cuando el brigadier Prim llegó á la capital del Principado. Inútiles fueron todas las medidas de prudencia que se adoptaron para calmar á los revoltosos. Rompiéronse las hostilidades. Los centralistas se cubrieron de gloria con su defensa heroica, y Prim en el ataque probó una vez mas su indomable valor. Al atacar el pueblo de San Andrés de Palomar ocupado por el grueso de los disidentes, entendió Prim que de la suerte que allí tuviesen sus armas dependía el triunfo ó la derrota del gobierno. C

nocia el valor de los catalanes, y por lo mismo sabia que la acción que se iba á reñir seria ardiente, obstinada, y terrible. Pero se habia propuesto vencer, y esclamó *ó faixa, ó caixa*, demostrando que estaba resuelto á morir sino conseguia la victoria. La consiguió tras empeñadísimo combate, y recibió del Ministro Serrano la faja de mariscal.

Después de estos hechos de guerra en que siempre se hizo admirar Prim por su estraordinaria bravura, y su talento militar, tomó el general una participación activa y directa en el movimiento político de España. Afiliado al partido progresista que llevaba en su seno los gérmenes de la democracia, mereció que el gobierno de Narvaez en 1844 le condenase á seis años de castillo en las Marianas como reo de conspiración.

Indultado por la Reina regresó á España y fué nombrado Capitan general de Puerto-Rico. Los auxilios que en esta isla prestó al gobierno dinamarque para sofocar una tremenda sublevación de negros, le valió que el Rey Danes le concediese la gran cruz de Dannebourg.

En 1850 fué por segunda vez elegido diputado, y en 1853 fué nombrado gefe de la comisión militar que pasó á estudiar las operaciones del ejército de Oriente. Por haber con sus consejos ganado los turcos la batalla de Oltenitza, el sultan agradecido, le regaló un sable de honor y la estimada condecoración de Medjidié.

Elejido diputado para las Constituyentes del 54, pasó á ocupar la Capitanía general de Granada. En 31 de Enero de 1856 fué promovido al empleo de Teniente general, y en 14 de Julio de 1858 el gobierno le nombró senador del Reino.

Llegó el año 1859, y España declaró la guerra á Marruecos para vengar las ofensas inferidas á su bandera por los moros del Riff. El Conde de Lucena, á la razón presidente del Consejo de Ministros, tomó el mando en gefe del ejército espedicionario y confió á Prim el mando de las fuerzas de reserva. Entró en fuego nuestro biografiado en las acciones del 23 al 30 de Noviembre, y se distinguió de una manera muy notable en la del 9 de Diciembre. En 12 de este mes trabó en el camino de Tetuan, sangrienta batalla con los marroquies, cuyas fuerzas desbarató por completo, merced á una habilísima estratejia y á su indomable valor personal que le llevó como siempre á los lugares de mas peligro, saltando por encima de los batallones enemigos. Tras otras gloriosísimas acciones, en que siempre se hizo admirar por su bravura, confirióselе el mando de la vanguardia para la célebre batalla de 1.º de Enero de 1860 que constituye una de las mas altas glorias de la nación española. El valor de Prim aquel dia llegó á lo mas sublime del heroismo. Necesitaríase la lira de Homero para cantar la grandeza de aquella jornada. Sobre las piedras de los Castillejos caracoleaba el caballo de Prim, y este envuelto en humo, alumbrado por las llamaradas de los cañones, salpicado de sangre, desgarrado el trage, fulgurantes los ojos, lívido el rostro, ronca la voz, alzando en una mano la destrozada bandera del valiente batallón de Córdoba, y vibrando con la otra la espada roja de sangre hasta el puño, abria paso á la victoria por entre las rabiosas é innumerables muchedumbres moras. A esta memorable batalla que decidió la suerte de la guerra: sucedieron otras acciones que proporcionaron á Prim nuevos lauros.

En 7 de Febrero dispuso O'donell la batalla de Tetuan. Prim fué el primero que rompió las enemigas filas penetrando el campamento de Muley-Abbas y apoderándose de 8 cañones, mas de 800 tiendas é infinidad de pertrechos. La bandera española tremoló victoria en los muros de Tetuan, y el Emperador marroquí propuso la paz. Valióle á Prim esta campaña el título de Marqués de los Castillejos, y el entusiasmo casi idólatra de la nación.

Hasta aquí Prim se habia distinguido como bizarro y experto militar: faltábale manifestarse como perspicaz político. En 13 Noviembre de 1861 se le confirió el mando de General en gefe de las fuerzas que debian ir á Méjico á sostener la política de Napoleon III. Embarcóse Prim con sus tropas, pero luego se reembarcó en Veracruz de regreso á España, comprendiendo que en aquella espedición se iba á derramar mucha sangre española y á comprometer la honra de nuestra bandera, solo para servir de instrumento á la ambición del César frances. Esta habil retirada reveló el talento político de Prim, y colocó á España entre las potencias de primer órden por haberse atrevido á emanciparse de la poderosa influencia del imperio.

Luego vino Prim en el parlamento á luchar con su elocuente voz contra la soberbia de la reacción dominante. Liberal por convicción y por temperamento, viendo que no era posible acabar con la arbitrariedad que rejia los destinos de la nación, buscó en la conspiración el modo de asegurar el triunfo de la libertad.

En 2 de Enero de 1866 al frente de los regimientos de caballería de Bailen y Calatrava, se pronunció en Aranjuez contra el ministerio O'Donell. No fué secundado el movimiento, y tuvo que refugiarse en Portugal. De allí pasó á Londres, donde á vuelta de algunas intentonas permaneció preparando la gloriosa revolución que en 29 de Setiembre de 1868 estalló en la bahía de Cádiz hacienNo caer en pedazos el trono de D.ª Isabel II.

Son sobrado conocidos los hechos que sucedieron á aquel memorable dia, para que creamos necesario referirlos. Bastará decir que desde entonces, hasta la noche del 27 de diciembre de 1870 en que los trabucos de unos asesinos cortaron la vida del ilustre general, este fué árbitro de los destinos de España, y su nombre llenó la Europa.

Tal fué el hombre á quien Barcelona, agradecida á los servicios que le prestó, y enorgullecida de contarle entre el número de los más insignes catalanes, acaba de erigir una estátua en el mismo lugar en que el despotismo del primer Borbón levantó una cárcel, y que Prim, el ilustre hijo del pueblo, el representante de la revolución gloriosa, cedió á la ciudad para construir jardines.



BATALLA DE TETUAN.


4 FEBRERO = AÑO 1859

CARTAS Á UN INGLÉS

Amigo Jhon: Lo prometido es deuda, y no quiero que V. pueda decir de mí que soy mal pagador Convenimos que al dar vista V. á las nieblas del Támesis me escribiría los sucesos de su viaje, y que desde entonces yo vendría obligado á ponerle al corriente de cuanto digno de mencion fuese aconteciendo en esta España, de la que salió V tan sumamente apasionado. V. ha cumplido su palabra anunciándome su feliz regreso, que celebro infinito; ahora me toca á mí desempeñar la mia poniendo mano á la pluma y recogiendo cuidadosamente con ella, á fuer de escrupuloso cronista, todo lo saliente de estos últimos dias.

Para ahorrarme un trabajo para mi aburrido y para V. fastidioso, á fuerza de lo monótono y repetido que sería, me propongo no hablarle de robos, ni navajazos, ni de otras menudencias por ahí frecuentes, sinó cuando el caso séa muy ruidoso.

De esta clase es el crímen cometido en Archidona el año pasado, el cual consistió en que á un médico de la villa se le envió cierta cajita, cuyo sobre espresaba que ella contenía instrumentos quirúrgicos, que al fin resultaron ser una máquina infernal que estalló destrozando al médico y haciendo papilla á su esposa que en la habitación se hallaba.

Por rara casualidad en España se encontró agentes que supieron ponerse sobre la pista, y al fin se creyó haber averiguado que el misterioso autor de dicha atrocidad era, ¡asombrese V.! un señor abogado, que despues de haber desempeñado el cargo de promotor fiscal ejercía el de registrador de propiedades. La Audiencia de Antequera acaba de opinar que efectivamente este es el reo, puesto que le ha condenado á muerte. Veremos ahora de que parecer será el Supremo. De todos modos, tanto por las circunstancias del crímen, como por las circunstancias del acusado, el caso es extraordinario si los hay, y por eso se lo escribo. Ya V. conoce lo que opino de la pena de muerte, y así es escusado que le diga lo mucho que me alegraría que el Supremo casase el terrible fallo.

El que el público dió el domingo último al empresario de la plaza de toros, si que fué bueno. Ay, amigo Jhon, como hubiese querido tenerle á V á mi lado en el tendido de sombra que yo ocupaba, para reanudar con V. á la vista de Frascuelo, del Gallo, y Valentin, nuestras antiguas contraversías sobre si somos los españoles ó son Vs. los ingleses aficionados á mas bárbaras diversiones. No dudo que V. se hubiera dado por vencido, y hubiera abominado mil veces el *boxear*, reconociendo que el toreo le gana en mil y quinientos en arte, en alegría y en decencia. El Gallo con tener un espolon averiado, dió un quiebro de rodillas que nos quebró el alma. Valentin se portó como un valiente apretando el puño hasta mojarse los dedos con la sangre de la fiera Y Frascuelo.. V. no ha visto á Frascuelo! pues no sabe V. lo que es garbo. Olé! Olé! gritaba el público arrojando sombreros y cigarros á los chicos. Los españoles somos así: en cuanto vemos gentileza y arrojo, se nos levanta la sangre, y allá vamos todos.

Pero piensa V. que por eso no nos trae alborotados el arte en sus manifestaciones mas puras y tranquilas? Pues vive V. en error. Tenemos las palmas de las manos rotas de aplaudir á Gayarre y á Coquelin, y ya nos tarda el despellejárnoslas aplaudiendo á Vico, Calvo y Mario que en breve sentarán sus reales entre nosotros Ya le contaré á V. lo que nos vayan haciendo estos actores, que por fuerza ha de ser bueno, segun acostumbran ellos

En España, querido Jhon, se vá despertando una aficion al arte, que parece increible, dado el atraso en que hasta ahora habíamos vivido Si viera V. la aficion con que en provincias leemos las noticias que los periódicos de la corte nos dan de la exposicion de pinturas que acaba de inaugurarse! Nos dicen que Planella ha presentado un *Salida de los comuneros para Villalar* que es de talia; que Samartin y Diaz se han exhibido aquel con un *Cervantes*, y este con el grupo *Las hijas del Cid*, que no hay mas que pedir; que Villodas ha aparecido con una *Naumaquia* maravillosa; que Checa ha producido una *Invasión de los bárbaros* arrolladora; que Sarolla ha creado un *Entierro de Cristo*, insuperable; que Bilbao ha traducido al color *Dafnis y Cloe* de manera prodijiosa; que Martinez Cubells ha asombrado con su *Reinar despues de morir*; que Ruiz Luna con una *Marina*, y que Pinelo con un *Paisaje* embelesan, y ya nos tiene V. á todos envidiando la suerte de los madrileños que tales joyas puedan admirar, é impacientándonos por lo mucho que tardaremos en verlas siquiera reproducidas por el grabado

Veinte años atrás no había quien concibiese que pudiese haber en Barcelona otras estátuas que las de Marquet en la plaza de Medinaceli, las de Fivaller y D Jaime en las hornacinas de la fachada de las Casas Consistoriales, el génio de la fuente de la plaza de Palacio, las del patio de la Lonja, y las que decoran las fachadas de las Iglesias de Santa Maria y Belen. Hoy embellece á nuestra ciudad regular número de obras esculturales, que crecerá de dia en dia hasta igualar á esas legiones de estátuas que pueblan los jardines de Lóndres de Paris y de Viena. Precisamente acaba de inaugurarse hoy 25 en los jardines del Parque un monumento dedicado á al célebre autor de la Revolucion de Setiembre al héroe de los Castillejos, al inmortal Prim, el cual monumento acredita la habilidad de los artistas que lo han construido, y el patriotismo de los catalanes que lo han inspirado.

Pero veo que esta carta se vá haciendo aburrida, y dejo la pluma hasta otro dia. Suyo,

JUDAS TADEO

CARTA

de un padre que vive en Sueca, á su hijo que estudia en la Corte.

Tu carta ayer recibí,
y en ella me has demostrado
que es verdad lo que de tí
sotto voce se ha contado
algunas veces aquí.

Que carta! tal estocada
me das con ella inhumano,
que parece fué trazada
teniendo puesta la mano
en el puño de la espada.

Con qué se acabó tu erario,
y vienes pidiendo más?
crees que soy millonario?
si supieras como me has
puesto *el libro talonario!*

Pensando en el gran derroche
que gastando á troche y moche
en mis caudales has hecho,
hijo, he pasado en mi lecho
sin dormir *la última noche.*

Esto ha menester colirio.
pues es no tener asomos
de honor, darme tal martirio:
ya veo que tu y yo somos
la realidad y el delirio!

Tú, fanatismo en gastar,
y yo fanatismo en dar,
nos crearíamos abismos:
nada; que hemos de acabar
con esos *dos fanatismos.*

Por lo tanto muy formal
digo que de tí estoy harto,
no me pidas ni un real,
pues fuera buscarme un cuarto
correr en pos de un ideal.

Como no oiré tu lamento
será ocioso todo llanto:
si falto á este juramento
venga á mi una vez y ciento
toda *la peste de Otranto.*

Si tu debes alquileres,
yo debo con mil estremos
salvar de tí mis haberes:
de modo, pues, que tenemos
conflicto entre dos deberes.

¿Y quien duda que ha de ser
preferido mi deber,
pues que mi hacienda se agrava,
y yo no deseo ver
como empieza y como acaba?

Dices ahora, por lo visto
que sufres un gran chapúz:
¿quieres consuelo previsto?
piensa que más sufrió Cristo
en el pilar y en la cruz.

Ten fé y trabaja tenaz
que la fé brinda consuelo,
y el trabajo dá solaz,
y ambos juntos en el suelo
forman un *iris de paz.*

No te haga el amor cosquillas
que perderias el norte
como otras pobres barquillas,
y mira, hijo que la Corte
es como un *mar sin orillas.*

Imita siempre á los sábios,
y nunca hagas á la gente
con una mentira agravios,
porque todo hombre que miente
lleva *la muerte en los labios.*

Reza mucho, que el que olvida
á Dios, prónto se pervierte,
y alcanza tan mala suerte
que no halla reposo en vida
ni *en el seno de la muerte.*

Lee libros que señalan
la senda que ha de seguirse,
y tanto consuelo exhalan,
que es la dicha que regalan
lo que no puede decirse.

Conforme tu posicion,
no segun tu compasion,
haz actos de caridad,
pues segun los hagas son
ó locura ó santidad.

Tus amigotes han sido
los que más han contribuido
á ponerte de ese modo:
déjalos, y sobre todo
á ese *Lisandro el bandido.*

Esas son gentes malditas
que harán de ti un perdulario,
si es que su trato no evitas:
hombre, ¿porqué no visitas
mi amigo *el Conde Lotario?*

Hazlo que es hombre cabal
capaz de darte un rescripto
que te haga volver formal:
si no te salva ese tal
será *un milagro de Egipto.*

Espero que así lo harás
que en ello tu bien consiste,
y de este modo no habrás
dado á mi ilusion jamás
vida alegre y muerte triste

Con oracion y cachaza
que hallarás puerto te fio
y de honrado tendrás plaza
que al fin y al cabo, hijo mio,
no vienes *de mala raza.*

Mas ah! si sigues en dar
rienda á tu condicion fiera,
soñando que ha de durar,
mil veces más te valiera
morir por no despertar

Porque el mundo con rigor
se venga del hombre impío,
y para colmo de horror
es la miseria, hijo mio,
la esposa del vengador.

Conque juicio, gran pelmazo;
deja de ser maniroto
y cuida hacerte devoto,
ó te rompe el espinazo
tu buen padre, Juan *Galeoto.*

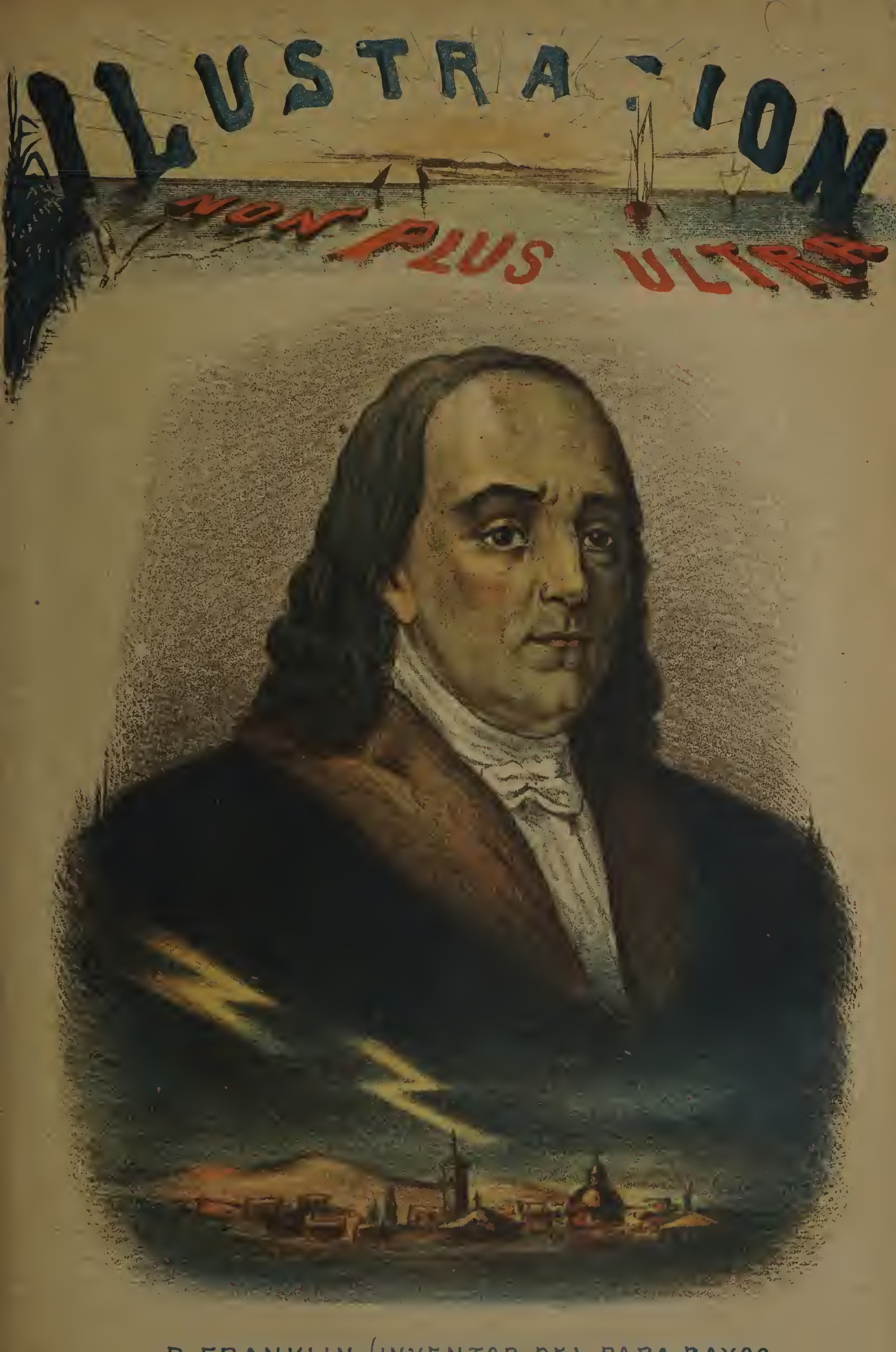
—

Post-data.—Advierte, chiquito,
que cuantos consejos hay
puestos por mi en este escrito,
son de tu autor favorito
don José de Echegaray.

Tip. Al Timbre Imperial, *Escudillers, 12.*



LA RECEPCION DE D. JUAN PRIM POR ABDUL-MEDJID



-B. FRANKLIN-(INVENTOR DEL PARA-RAYOS.

SUSCRICIÓN

Semestre. 3' Ptas.
Año. . . . 5'50 id.
Pago en moneda, libranza ó sellos únicamente en la Administracion de 10 a 1 y de 3 a 5.
ESCUDILLERS, 5, 7 Y 9
BARCELONA

Núm. 36 — Año I

ILUSTRACION NON PLUS ULTRA

Barcelona 2 Junio 1887

NÚMEROS SUELTOS

10 céntimos de pta. y 15 los atrasados.
De venta en las librerías, kioscos, vendedores ambulantes y punto de costumbre en
ESPAÑA

Núm. suelto 10 céntimos de peseta ✱ Núm. suelto 10 céntimos de peseta

ALGO SOBRE EL TEATRO CATALAN

Las fiestas que la villa de Hostalrich por inspiración de algunos entusiastas catalanistas ha dedicado el más fecundo dramaturgo provincial, han dado ocasión á que se reprodujese el tema sobre la importancia que realmente tiene el Teatro Catalán.

En verdad ha de decirse, que cuanto es y cuanto vale este Teatro se lo debe casi por esclusivo á D. Federico Soler. Antes que este popularizase el nombre de *Serafí Pitarra* con sus chispeantes parodias, no contaba la literatura dramática catalana con obras que por su mérito ó por su número mereciesen recuerdo. Bien puede afirmarse pues, que el teatro catalán es hijo del ingenio de Soler. Apareció éste mostrando una fuerza de inventiva poderosa, haciendo gala de un donaire inimitable por lo ameno y lo abundante, probando poseer una observación nada común una facilidad de pluma no igualada, y aunque inculto su númen, pronto se comprendió que bajo aquella rústica corteza centelleaba el fuego de una imaginación vivísima. La espesa turba de detractores que armada con las armas del denuesto se levantó contra Soler, fué la mejor ejecutoria de su talento, porque los envidiosos, como el sapo de la fábula, no escupen sino aquello que brilla. Cada nueva obra que escribia Soler le conquistaba un triunfo y le atraia una tempestad de burlas de sus enemigos. A ellos pudo muy bien aludir cuando en una de sus parodias ponia en boca de un personaje estos versos:

«Los que os dihuen de mi mal
son vils galipaus, Marreka,
que 's fan de la pols que aixeca
passant mon carro triumfal.»

De incapaz para otra cosa que no fuese escribir chabacanos sainetes le motejaban; pero llegó un dia en que más esperto y más seguro de sus fuerzas, aceptó el reto, y salió á la palestra con su primer drama *Las joyas de la Roser*. Entonces enmudeció la envidia y comenzó el elojio desapasionado é inteligente. El estreno de dicho drama, señaló la fecha del nacimiento del teatro catalan. El estruendo de los aplausos que arrancaban los dramas de Soler, despertó á los poetas que hasta entonces habian vivido soñando en guerreros de hoja de lata, castillos feudales de cartón, y doncellas aquejadas de hictericia, y enardecidos con el ejemplo del autor de *Las Francesillas*, á quien tomaron por indisputable caudillo, detrás de él y siguiendo sus huellas corrieron á la brecha, desafiando toda clase de diatribas, y aunque no lograron los triunfos que él logró, alcanzaron casi siempre éxito victorioso. Así es que en el breve periodo de veinte años, se ha ganado la literatura catalana un tesoro de riquísimas joyas.

Pero el Teatro catalán, que realmente existe si se juzga por la cuantia y la importancia de las obras dramáticas escritas por autores catalanes y en lengua catalana, no es tal, si por serlo se entiende, tener carácter propio, distinto y bien perfilado, como tienen, por ejemplo, el teatro francés, el teatro griego, el teatro inglés, que por sus especiales características no pueden confundirse con otro alguno.

El Teatro Catalán por desgracia se ha pagado más de la imitación que de la originalidad, ha puesto más cuidado en lo que de fuera viene que en lo que en su casa vive, y así ha resultado un compuesto híbrido que nada íntimo refleja de Cataluña, y nada por lo mismo dice de lo que es genuino y privativo del pueblo catalán.

A fuer de imparciales hemos de confesar que en este desvío toca la mayor responsabilidad á Soler, porque es quien con mayor empuje lo ha iniciado, y porque con el prestijio que ejerce ha llevado á la brillante pléyade de nuestros autores por tan estraños caminos.

Pudiendo ser el Moliere catalán, ya que en la prodijiosa multiplicidad de sus talentos literarios reune aptitudes para serlo, se ha contentado con el oficio de humilde himitador de dramaturgos castellanos que no son muy escelentes modelos para que en ellos se estudie los secretos del arte. Si Soler teniendo en cuenta todo esto se apartase de los torcidos rumbos por donde dirije su ingenio, volviese á la senda que siguió cuando escribió *La esquella*, *Las joyas*, y algunas páginas de *La dida*, *La rosa blanca*, y *Los segadors*, modelos acabados de frescura, de gracia intencionada, de naturalidad, y de fina observación, si arrojase léjos la brocha deslumbrante del efectismo, nos presentase la vida que palpita, nos hablase con el verdadero lenguaje que brota del corazón sin afeites ni gorgeos líricos, y sobre todo, si no malgastase su talento en dilucidar trascendentales problemas psicológicos que ha puesto en voga el gusto francés, entonces llegaria á ser lo que Cataluña tiene derecho á querer que sea; no solo el primer dramático catalán, sino el más ilustre entre todos los dramáticos contemporáneos españoles. Así llegaria para él un dia en que lo que hoy ha sido modesta fiesta de Hostalrich, seria apoteósis justísima, como la que Francia unánime dedicó al génio colosal de Victor Hugo.

JUDAS TADEO.

CADENA PERPETUA

novela original
de
Pedro Huguet y Campañá

(Continuación)

—¡Ay, D. Gonzalo! que puñalada me ha dado V.! ¡Qué puñalada! gimoteó D.ª Felipa echándose el delantal al rostro.

—¡Hola! ¿conspiración se trama por ahí bajo? dijo á esta sazón una voz que sonó a espaldas de los dos contrincantes.

Enjugóse rápidamente D.ª Felipa las pocas lágrimas que le humedecían los párpados, y Gonzalo volvió el rostro hacia el punto de donde venía la voz

—¡Oh! ¡D Fermín! exclamó el joven levantándose y saliendo con muestras de familiar respeto, al encuentro de un sacerdote que pausadamente se dirigía á la plazoleta.

—¡Buenas tardes, hijo mío! Muy caro te vendes: dijo el sacerdote á Gonzalo. Una semana que no se te veía la sombra.

—Y aun no es de agradecerle la visita; me ha sido preciso llamarle y enfadarme para que entrase á descansar cinco minutos: añadió el ama procurando dirigir por este lado el diálogo para que el cura no se enterase de lo ocurrido.

—No tanto, D.ª Felipa, no tanto. Pero ya saben Vds. que estamos en época de siega, y esto me absorve por completo las horas del día; repuso Gonzalo.

—¡Esa es grilla! Carantoñero que es V., y le gusta divertirse con D.ª Camila y su angelico, olvidando por ellas el recuerdo de los buenos amigos.

—Anda, Felipa, cállate, que estás inconveniente, dijo el sacerdote. Mira, añadió; sube á mi cuarto, y traeme el bastón, que quiero acompañar á Gonzalo para desentumecerme.

—Dice V. bien, porque eso de estarse tantas horas encajonado en el confesonario, por fuerza ha de ser peste. Ya lés diría yo á esas beatuchas que tomasen los escrúpulos de madrugada, si algo tienen que les molesta, y no venir á fastidiar como lo hacen dos veces por semana en las horas de descanso; murmuró el ama yéndose para cumplir la orden del cura.

—¡Felipa! gritó éste en tono de reprensión: y como se alejara murmurando todavía, añadió D. Fermin: lengua de alacran es la de esta mujer. ¡Fuego con ella! Crea V., D Gonzalo, que hace tiempo le hubiese dado pasaporte, si no fuese tan hacendosa y tan excelente cristiana como es, porque eso sería pecado negarlo. Pero su tarabilla, y su genio entrometido me disgustan lo indecible. Ya ve V., ya ve V.; atreverse á chismear sobre asuntos piadosos. Le digo á V. que la tal Felipa es inaguantable. ¡Qué! ¡si V. no sabe! Si hasta se ha atrevido á arrojar á son de cajas los que venían á recoger limosna Cualquier día con el pretexto de que me pongo malo, va ha prohibirme que diga misa. Ya comprendo que lo hace todo con buen fin, porque á rectitud de intenciones nadie le gana, pero esto no lo remedia.

—Sin embargo, vea V. como todo el pueblo la quiere.

(Se continuará).

AL VAPOR...!

Piiiiit.. .!

Era la locomotora que daba la señal de marcha. El tren empezó á mascar hierro, y á escupir humo arrastrándose por los raíls. Un joven que se había entretenido más de lo regular en cierto departamento del anden, corrió desalado, echó mano á la puertecilla del primer wagon que se le puso al alcance, subió de un salto al estribo, y se coló en el interior dejándose caér fatigado en el asiento Por poco que se hubiese descuidado quedaba en tierra.

Una vez cobrado aliento, se puso á examinar el wagon. Era el reservado para señoras. Oh dicha! En él iba una dama como de veinte y cinco á treinta años, de hermosas facciones, que hacia sumamente interesantes esa palidez peculiar de las americanas.

Nuestro hombre que se llamaba Justo, era un mozo de treinta cumplidos: moreno y muy bien plantado.

Un jóven y una mujer que se hallan solos, pronto encuentran tema de conversacion, si ambos no están mudos, ó él no es tonto. Y ninguno de estos defectos tenía Justo.

—V. dispense el susto que le he dado; dijo Justo saludando con grande cortesía.

—Podía V. hacerse daño, caballero; contestó la dama correspondiendo al saludo

—No hay temor: estoy muy acostumbrado á esa clase de asaltos en los muchos años que llevo de viajar

—Sin embargo...

—Y aunque así no fuese, no perdería gran cosa el mundo conmigo: repuso Justo echando por el atajo.

—En tan mala opinion se tiene V.?

—Me juzgo con toda imparcialidad señora.

La dama no contestó palabra. Justo conoció que la conversacion habia dado fondo, si no la reanimaba enseguida. El tren cruzaba con vertijinosa carrera. Convenia aprovechar los minutos. Así es que el joven continuó:

—Quisiera que álguien me dijese de que sirve en el mundo un hombre que vive solitario como un hongo: sin familia y sin amigos Verdad que de nada? Pues ese soy yo Creerá V. que es porque tengo un corazon insensible, que soy un ogro. Nada de eso. Cabalmente me sucede esta desgracia, porque yo no concibo la amistad ni el amor sino como sentimientos purísimos superiores á mudanzas y tibiezas. Y en el mundo esto se encuentra rarísimas veces. Así es que para no profanar tan nobles sentimientos con afecciones groseras, prefiero no dedicarlos á nadie; guardarlos para mi; recrearme interiormente con ellos. Ah! si conociese algun día un ser capaz de comprenderme: si supiese de alguien que pagase culto á esos sueños de mi alma, crealo V., la sangre de mis venas, la vida de mi alma serían escasas ofrendas para la adoración con que le idolatraría. Pero ahora advierto, que la estoy á V. molestando, señora No haga V. caso. En cuanto me acuden estas ideas, me exalto. Pido á V. mil perdones

La dama continuaba silenciosa, y se distraía mirando los árboles que al lado de la ventanilla pasaban persiguiéndose con estraordinario furor Despues de algunos segundos de silencio, volvió Justo á la brecha.

—Oh! esclamó: y pensar que quizá haya



JUEGO



L AMOR

personas que opinan como yo, y que viven como yo desesperadas. Verdad que es desgracia esta, señora?.

—Efectivamente; contestó la dama.

—Pero sabe V. lo que me consuela? dijo Justo contento de haberle arrancado aquella palabra Pues me consuela la esperanza de que un día ú otro por caso impensado, he de encontrar en mi camino ese ser que busco con todo el ardor de mi alma. ¿Cree V. que Dios no ha de ser misericordioso conmigo?.

La dama se limitó á mover ligeramente la linda cabeza, y á repetir la palabra «efectivamente». Estaba de vena Justo en aquel instante, y prosiguió:—Ah !que buena es V., señora. V. no pertenece á esa clase de egoístas que miran al mundo á traves de su propia felicidad, y tratan de locos á los que lloran y se desesperan Que suerte la de su marido y la de sus hijos en tener tal esposa y tal madre!

—Mil gracias, caballero: pero yo no tengo hijos.

—Pues la suerte será toda para su marido. Se la envidio: de veras que se la envidio.

La dama queriendo huir del terreno en que se empeñaba Justo, preguntó:-Diga V.; la estación inmediata es Arjonilla?

—No, señora, es Marmolejo. Va V. á Arjonilla?

—Voy á Madrid.

—Allá voy yo también Pero que manera mas diferente de ir: yo voy allá á aburrirme en la soledad; y V. va á reunirse con el amado de su vida.

—No caballero; dijo la dama espontaneándose por vez primera. Mi esposo reside en Cuba.

—Desempeña algun alto empleo en la administración de las Antillas?.

—Es coronel de artillería.

—Mala vida es la de militar: Pero ella compensa las amarguras de la separación, con el placer inmenso de la vuelta á los brazos de la esposa amada. Entonces parece que de nuevo renacen los primeros dias del amor, y el hogar arde en lumbre de felicidad. Así es que V. es mas feliz que yo.

La dama se llevó el pañuelo á los ojos para enjugarse una lágrima que le cabrilleaba en los párparos.—Como!, llora V., señora? dijo Justo aparentando grande alarma.

—Ay esclamó esta. Que desgraciada soy! y de golpe reventó en lágrimas.

Ah, señora! Su llanto de V. me traspasa. Malhaya quién es causa de ese sufrimiento. El alma daría para remediárselo. Porqué, Dios mio, han de padecer los corazones puros?

—Que bueno es V. dijo la dama con enternecido agradecimiento.

—Pero no desespere Cuando dos esposos se quieren, una pequeña rencilla sirve para dar mas dulce sabor á la dicha que viene con la reconciliación.

—Que bueno es V.,! repitió la dama sin cesar de llorar.

—Mire V., señora: yo no soy bueno pero tampoco soy malo. tengo un corazon compasivo, y lleno de un grande amor que no he podido emplear todavía, y que me está reventando el pecho para encontrar salida. Algo de eso me parece que le pasa á V.

—Es verdad! es verdad: dijo la dama exaltándose por grados

—Y bien, señora: la felicidad antes que todo. Y solo el amor es quién la depara. Si V. ama, no contrarie los impulsos de su alma: Dios no quiere que malogremos ese sentimiento que nos ennoblece.

—Ay, amigo mio! esclamó la dama; y como presa de un leve desvanecimiento dejó caér su gallardo busto sobre el respaldo del asiento.

—Señora, señora! dijo Justo tomándole una mano que ella tenía abandonada Dios se compadece de los desgraciados. ¿No le parece á V. así? Ea, unamos ambos nuestros dolores y esperanzas

La dama envolvió en una mirada húmeda y resplandeciente á Justo. El tren penetraba en un estrecho desmonte. Là soledad no podia ser mayor. Las sombras de la noche se esperaban La dama cesó de llorar, y Justo empezó una tanda de suspiros ,...

En aquel momento se abrió la puertecilla del coche, y entró un empleado de la línea para taladrar los billetes.

¡Tableau!

CARTA

del hijo que estudia en la Corte, contestando á la del padre que vive en Sueca.

Recibí ayer, padre amado,
su tan deseado papel,
y en él he visto probado
que V tambien piensa que *el*
liberalismo es pecado.

Pues que sabiendo que lloro
en indigencia completa,
V. que tiene un tesoro,
léjos de abrir su gaveta
la cierra con *llave de oro*

Consejos! Y en qué medida!
si de ellos tengo atracon!
¿no sabe V. que un doblon
es en el mar de la vida
áncora de salvacion?

Cuando de hambre apenas hablo,
y me estoy dando al diablo,
venirme á predicar gordo,
es como leerle á un sordo
epístolas de S. Pablo

Que sea santo, dice V.!
si aun mala vida me nota
cuando el ayuno me agota,
por Dios, padre, que no sé
qué será *vida devota!*

Ay padre! que el hambre fria
gérmen de horribles dolores,
arrastra por mala vía,
y siendo ella tan impía,
no es *guia de pecadores.*

La miseria con que lidio,
el pan ageno que envidio,
y el porvenir muy oscuro,
abren para ir á presidio
camino recto y seguro.

Cantar es que dá alegría
que V. gima mis pesares,
más si algun duro venía
entonces si que sería
el cantar de los cantares

Cese ya, voto á mil pipas,
ese sermon sempiterno;
no me venga con chiripas:
cuando no rujan mis tripas
cantaré *ruja el infierno.*

Si sé que V. decidio
testar de nuevo, y dejó

á Jaime el heretamiento,
¿como quiere V. que yo,
ame *el nuevo testamento?*
Vícios? como tendré vícios,
si no tengo dos reales?
por mantenerme en mis quicios
estoy haciendo *ejercicios*
sumamente *espirituales.*
Un convento es mi aposento
por lo triste, y son en él
una silla sin asiento,
y una cama de papel,
las ruinas de mi convento.
Por ver si logro siquiera
comer algunos pestiños,
cortejo á cierta niñera,
y me he hecho de esta manera
el amigo de los niños.
Con V. que me dá azotes,
la gente que me hecha motes,
y la cruz que no resísto,
no dude que en estos trotes
soy *la imitacion de Cristo.*
Siguiendo yo sus consejos
no seré ruin ni perjuro,
más también yo le aseguro
que no seré de los viejos
que vean el *Siglo Futuro.*
Dice V.: «es exagerada
la suma que empleando estás!»
más, ¿que es ella comparada,
padre, con la celebrada
suma de Santo Tomás?
Escríbame sin tardanza
que por salvar mi decoro
me vá á enviar una libranza,
y será esta buena andanza
la mejor *leyenda de oro.*
Entonces con gran razon
y sin mayores estremos,
oh! padre del corazon
verá como ambos habremos
tratado de perfeccion.
Nota-bene: Estos clamores
padre, que su hijo le envía,
no son obra de heregía:
los saqué de los autores
de su santa libreria.

NUESTRAS LAMINAS



BENJAMIN FRANKLIN

El ilustre sabio americano, cuyo retrato publicamos, nació en Boston en el año 1706. La pobreza de su familia le obligó á entrar en una imprenta en calidad de aprendiz cuando apenas contaba la edad de doce años. Su aplicación, su trabajo y sus economías, le permitieron después de no pocas luchas, salir de la oscuridad en que vivia, y logró alcanzar el nombramiento de Director general de correos en 1753, y ser enviado á Inglaterra para reglamentar el reparto de impuestos que tantas quejas producia. Encontrándose en Londres cuando los preliminares de la revolucion americana, fué llamado á la cámara de los comunes, donde esplicó los abusos que irritaban á sus compatricios, y anunció al gobierno inglés la pérdida de las colonias si se negaba á atender aquellos justos clamores. El orgullo de los ministros hizo fracasar toda conciliación, y Franklin regresó á su país en 1775, habiendo sido, el dia siguiente de su llegada, elegido diputado por Pensylvania. El Congreso proclamó la independencia de los Estados-Unidos en 4 de Julio de 1776, más como las tropas inglesas, seguian cubriendo el suelo de la república, era preciso adquirir una alianza poderosa que ayudase á la definitiva expulsion de aquellas fuerzas dominadoras. Para empresa de tan difícil realización, fué elegido Franklin atendidas sus [illegible] habilidades de inteligencia, y el respeto que in[illegible] reputación de sabio, conquistada con sus exc[illegible] escritos sobre economia, y sus famosos experimentos físicos. En efecto marchó á Francia, donde fué recibido con entusiasmo. Su elocuencia persuasiva, la afabilidad de su carácter, su fisonomia patriarcal, y la bondad de la causa que defendía, impresionaron tan vivamente la opinión del pueblo francés, que el Rey se vió precisado á firmar el pacto de alianza que pedia Franklin, y en 1778 quedaron los Estados-Unidos reconocidos como nación independiente.

Despuès de haber vivido nueve años en Passy como Ministro plenipotenciario, regresó en 1785 á su pais, que le recibió con las mayores muestras de alegria cordial y sencilla. Dos veces fué elegido presidente del consejo provincial, pero como se sintiese ya muy achacoso se retiró de la vida pública en 1788, falleciendo dos años despues contando 84 de edad.

A propuesta de Mirabeau la Asamblea nacional de Francia decretó tres dias de luto para honrar la memoria del gran ciudadano.

El nombre de Franklin ganó los honores de la inmortalidad con el invento del para-rayos. El mejor verso latino escrito por un poeta moderno es quizá el siguiente que Turgot dedicó á Franklin:

Eripuit cœlo fulmea sceptrumque tyrannis:

que en romance quiere decir:

Al cielo arrebató el rayo,
y á los tiranos el cetro.

CORTEJO

—Si tu me quieres, Rosario,
yo no seré capellán,
y eternamente serán
tus ojos mi breviario.
Ya no me hace falta á mi
estudiar teologia,
porque toda, vida mia,
en tus làbios la aprendí.
Cura de mentirijillas,
sería si Cura fuere,
pués cantando el *Miserere*,
cantaría seguidillas.
Ea! atiende á mi plegaria;
y pués está mi alma en pena,
di *si*, y me darás, morena,
una indulgencia plenaria.
Tal vez, con tu dulce *si*,
no suba al cielo de un vuelo,
pero será porque el cielo
habrá bajado hasta mi.
Vamos; responde á mi afan:
¿Que quieres tu que haga yo?
Y la niña respondió:
—Que no seas capellán!"

LOS JUEGOS DEL AMOR

Bien conocen las niñas como trata
amor al corazón que á cojer llega:
igual que un gato que con ratas juega
con mil bárbaros juegos lo maltrata.
Lo saja con su flecha y lo remata,
con el pié lo sacude y lo restrega;
y cuando está cansado de la brega,
lo arroja y hace de él una fogata.
Esto no obstante las muchachas todas
que evitan que un mosquito no las pique,
cazadas con las redes de las modas,
se rinden con placer á este cacique,
y dejan que el cruel las mortifique:
Y esto porqué? pués por volar á bodas.

Tip. AL TIMBRE IMPERIAL, *Escudillers, 12.*



CORTEJO ESTUDIANTIL



EL GENERAL CASSOLA

SUSCRICIÓN

Semestre. 3' Ptas.
Año. . . . 5'50 id.
Pago en moneda, libranza ó sellos únicamente en la Administracion de 10 á 1 y de 3 á 5.
ESCUDILLERS, 5, 7 Y 9
BARCELONA

Núm. 37

ILUSTRACION NON PLUS ULTRA

Barcelona 9 Junio 1887

Año I

NÚMEROS SUELTOS

10 céntimos de pta. y 15 los atrasados.
De venta en las librerias, kioscos, vendedores ambulantes y puntos de costumbre en
ESPAÑA

Núm. suelto 10 céntimos de peseta * Núm. suelto 10 céntimos de peseta

EXPOSICIONES

Estamos en pleno período de ellas Las hay buenas, las hay medianas, y las hay malas. Pongo entre las primeras la nacional de Bellas Artes celebrada en Madrid, á la cual ha concurrido una juventud llena de fé y rebosando talento con cuadros y esculturas que prometen un glorioso porvenir para el arte español. Considérese si son fundadas estas esperanzas, teniendo en cuenta que Villodas, Checa, Amérigo y otros laureados con primeras medallas, aun no han entrado en quinta, y como menores de edad no tienen aptitud legal para ser concejales de la mas ruin aldea, y sin embargo la tienen para cubrir de gloria á la patria. Buena es tambien la Exposicion de horticultura que se ha inaugurado en la córte con gran contentamiento de las damas, y hasta buena la filipina que se está preparando en la misma villa del oso y del madroño.

De las Exposiciones medianas la mas caracterizada es la que últimamente se ha abierto en esta ciudad en el salon Parés. Nada hay allí que sobresalga del rasero vulgar. Asuntos fáciles y trillados, ejecución de discípulo aprovechado. Esto es todo. Ninguna mancha de color que impresione y deje al espectador con deseos de repetir la visita; ninguna linea felizmente estendida al punto de robar la contemplación. Pero tampoco nada que escite la burla, nada que inspire compasion. En fin, la mediania campeando á sus anchuras.

En cuanto á Exposiciones malas (no aludimos á la Universal que se incuba, pues de esa hablaremos cuando se haya dado á luz) nadie disputará la palma á la que está pasando el príncipe imperial de Alemania, sobre cuya vida hacen los médicos pronósticos poco tranquilizadores. Dicen unos si le consume un cáncer, dicen otros si es simplemente un flemon lo que le trae entre bascas, pero es lo cierto que la ciencia apura sus recursos, y no va encontrando el remedio. Yo creo que una de las causas que mas apuran la salud del príncipe, es verse próximo á la vejez sin haber podido legar su nombre á la historia, siendo en esto inferior, si superior en cuna, al canciller Bismark el cual apesar de las terribles neuralgias que frecuentemente le acometen ha hecho lo bastante para que por siglos y siglos se hable de él.

Otras exposiciones malas hay, dejando aparte muchas que por ser menudas no obsta para que sean peligrosas; pero como solo me he propuesto nombrar las de bulto, cito por vía de ejemplo, la que atraviesan los 50,000 duros que por consejo de la Academia de Bellas Artes van á emplearse en la adquisicion de una copia del cuadro de la *Transfiguracion del Señor* pintado por Rafael que figura en la galería del Vaticano. Me parecen demasiados duros por una simple copia, y por esto coloco el caso en el número de las exposiciones malas.

Pero ahora advierto que con esta desbalazada revista estoy *expuesto* á que mis lectores me encuentren poco ameno, y para remediarlo me apresuro á poner punto final.

JUDAS TADEO.

UNA NOVELA QUE ACABA EN TRÁGEDIA

El crímen era espeluznante. El parte en que se daba al Juzgado cuenta del hallazgo del cadáver decia textualmente que á las primeras horas de la madrugada, el sereno de la calle de Malosvientos, encontró el cuerpo de una niña recien nacida, la cual tenia la cabeza partida de un hachazo.»

D. Trifon Berruguillas, Juez de primera instancia, bajo cuya jurisdicción caia la instrucción sumaria de aquel espantoso delito, éra funcionario integérrimo, y si como hombre tenía sus defectillos, como juez no había quien pudiese poner mota á su reputación. En el ejercicio de sus funciones, capaz y muy capaz era D. Trifon de mandar á presidio á toda su parentela, si para ello ledicse motivo.

Calcúlese pues, que prisa se daria en instruir diligencias, para averiguar el crímen de que hablamos.

Aun el sol no había despavilado sus rayos en el horizonte, y ya D. Trifon tenia recibidas declaraciones al sereno, y siete vecinos de la calle de Malos-vientos. El cadáver todavía no había podido ser identificado.

El *rum rum* que levantó el público, al enterarse del horrendo crimen, espolcó el celo del diligentísimo juez. No se hablaba en la ciudad de otra cosa, que de la niña degollada. Pero todos decian: «En manos del Sr. Berruguillas está el asunto: no tardaremos en saber quién es el delincuente.»

Sesenta y nueve testigos habían comparecido ante el Juzgado, cuando se presentó uno esplicando que en la noche del suceso, oyó ciertos lamentos en el piso 3.º de su casa, el cual lo habitaba una señora viuda llamada D.ª Augustias; que luego á media noche notó rumor de pasos en la escalera, y que picado de curiosidad, se asomó al balcón para observar que éra aquello, y vió que salia á la calle un caballero embozado en una holgada capa.

—¡Viva! esclamó con entusiasmo el escribano, no bien el testigo hubo salido del despacho.—Ya estamos sobre la pista!

Pero D. Trifon permaneció taciturno y fosco y más silencioso que un sepulcro. Como por encanto desde aquel dia quedó paralizado el curso de la sumaria. El escribano y demás agentes del tribunal se maravillaban de aquel súbito quietísimo que no tenía esplicación satisfactoria. El público en quién duraba todavía la excitación, estaba impaciente por lo mucho que se tardaba en descubrir al asesino, y ya llegaba á veces á poner en duda el celo del Sr. Berruguillas. La murmuración iba tomando cuerpo de día en día, dando ocasion á que se hiciesen los mas disparatados calendarios. La verdad éra que algo estraordinario pasaba, por que D. Trifon por lo regular jovial y afectuoso con todos, mostraba un humor de perros, y hasta enflaquecia de una manera alarmante.

Pues bien, si: D. Trifon estaba alarmadisimo, y lo grave éra que no le faltaba motivo para estarlo. Porque han de saber mis lectores, que el sujeto embozado que el testigo habia visto salir del piso de D.ª Augustias la noche del crimen, era el mismísimo Sr. Berruguillas quién de vez en cuando se permitia visitar á la viudita con el honesto fin de aparejarse algun dia matrimonialmente con ella, porque á D. Trifon hasta entonces, célibe recalcitrante; ya le iba pesando la solteria. Una de las flaquezas de D. Trifon éra picarse de literatato, y en sus ratos de ocio se divertia escribiendo poesias ó esbozando dramas que por suerte nunca llegaron á ver la luz de la publicidad, ni siquiera á noticias de nadie, porque creia D. Trifon que asi lo reclamaba su dignidad judicial. Con D.ª Augustias, ya éra otra cosa, porque pensaba que haciendo resaltar su mérito á sus ojos, le interesaria más y más á favor de su persona. Así es, que las dos ó tres veces que quincenalmente concurria á su casa no hablaba con la viudita sinó de proyectos de dramas, y de novelas en agraz. Traía por entonces una en el magin, que consideraba de golpe seguro cuando la diese á la imprenta. Precisamente, la noche en que se realizó el nefando crimen, habia esplicado el plan á D.ª Augustias, la cual como mujer excesivamente nerviosa gimoteó por las desgracias que debia sufrir el protagonista. Pero entre los personajes de la novela figuraba una muchacha, de la cual no sabia como aprovecharse D. Trifon para hacer más interesante el relato. Mil pareceres le habia dado D.ª Augustias respecto al particular, sin que ninguno agradase por completo al Sr. Berruguillas. En esto, y ya muy entrada la noche se despidió prometiendo que buscaría la solución que por entonces no le acudía.

La cosa como se vé, no podia ser mas inocente. Bien hubiera podido D. Trifon llevar adelante las diligencias del sumario avisando á D.ª Angustias lo que debia decir al prestar declaración.

Como no atendia á recomendaciones, gozaba escasisimo favor en altas esféras. Reemplazóle un juez no menos severo, el cual deseoso de acreditarse, tomó á pechos la pronta resolución del misterioso sumario. Enterarse de los méritos del proceso, recibir indagatoria á D.ª Angustias, y decretar la prision de esta y del Sr. Berruguillas, fué óbra de veinte y cuatro horas.

La gresca que con esto se armó no es para contada. Pobre D. Trifon, y que de dicterios llovieron sobre el! Los timadores por el perseguidos, los tenderos contrabandistas, por el castigados, los caciques por el desatendidos, levantaron clamor, poniéndole de prevaricador y asesino que daba grima oírlo.

El juez instructor dudaba no obstante mucho de la culpabilidad del Sr. Berruguillas. Tentado estaba de decretar su escarcelación: sin embargo, para que no se dijese que habia procedido con ligereza dispuso antes que se practicase un registro en casa de D.ª Angustias. En efecto, el registro se practicó no dejaudo paja menuda sin revolver. Mas ¡oh asombro de los asombros! en uno de los cajones de la consola de D.ª Angustias se encontró entre otros papeles sin importancia, una carta que textualmente decia: «Amiga y Sra. mia: Al fin se acabó toda contemplación. He decidido degollar á la niña, para salir del atolladero. Esta noche realizaré el crimen; luego tendré el gusto de venir á dar á V. cuenta de ello. Verá V. á que ardides y lances dramáticos he acudido para realizar mi hazaña, desde ahora le digo que estoy contentisimo. Suyo que sus piés besa,—Trifon Berruguillas.

La carta constituia un dato concluyente. D. Trifon la reconoció por suya, y por mas que esplicó lo de la novela en proyecto, como nadie sabia una palabra de sus aficiones literarias, ni se hallaron manuscritos que las acreditasen, no pudo probar la coartada, y por lo mismo fueron condenados en primera, segunda y última instancia, él y D.ª Augustias á pena de muerte en garrote vil, la que sufrieron con serenidad cristiana que muchos tomaron por cínico descaro.

Y ahora échese V. á proyectar novelas!

UN MENDIGO

....

Debajo de tu balcon
limosna un pobre pedía,
con voz tan triste que hería
las fibras del corazón.
Hacía un calor horrendo,
y así exclamaba el mendigo:
—"De frío me estoy muriendo,
dadme, por Dios, un abrigo.„
De sus lamentos dolida,
le diste un poco de pan,
y él dijo:—"No, por mi vida!
esto no apaga mi afán.„
Le entregaste una moneda,
y tambien la rechazó;
diciendo:—"Cosa que rueda
no la necesito yo,„
—Pues toma este traje nuevo!„
le dijiste tú sin calma:
y contestó:—"No, que llevo
señora el frío en el alma.„
"El hambre que me devora,
y la sed que me da ardor,
no es de agua ni pan, señora,
sino de luz y de amor.„
"Luz y amor que podeis vois
darme solo con un beso!
eso os pido ¡tan solo eso!
una limosna, por Dios!„



SAN AMBROSIO EXCOMULGANDO AL EMPERADOR TEODOSIO



AMOROSA

Tu blanco cuello de cisne
de amor encieude el delirio,
besos arranca á los labios
tu tez sembrada de lirios,
febriles vértigos causa
de tus pupilas el brillo,
y embriaguez perdurable
tus prodigiosos hechizos.
Palma que cimbrea el viento
en el oasis florido,
no es como tu tan galana,
ni tan dulces sus racimos.
Fuente que corre entre alfombras
de cesped menudo y fino,
no iguala con sus murmullos
sl son de tu acento limpio.
El pájaro entre las ramas
de árbol que vistió el estio
halla deleitoso albergue
donde alzar amantes trinos,
¡ay! deja que yo que cauto
de tu hermosura el prodijio
sea avecilla que encuentre
en tus brazos suave nido!

RICOS Y POBRES

Un dia el Padre Eternal
desde lo alto del Eden
preguutó al mundo—¿que tal?
Un pobre dijo:—muy mal!
Un rico exclamó:—Muy bien!
—¡Cómo—con grande incomodo
dijo Dios—raza menguada,
me contestas de ese modo?
—Es que yo lo tengo todo!
—Es que yo no tengo uada!
—Quereis entonces que yo
ponga la igualdad aquí
que hasta ahora no reinó?
El pobre dijo que *sí*!
El rico dijo que *no*!
—Ni asi estareis sosegados?
pues, basta ya de batahola!
andad, ya estais aviados!
no qniero mas altercados!
sileucio... y ruede la bola!„
Por esta causa que indico
vereis que cuando un mortal
habla del órden social,
si dice ¡bien! es un rico,
y un pobre si dice ¡mal!

DOS CRUCIFIJOS

Habia en un convento—dos crucifijos:
el uno de madera—y nada artístico
empero de indulgencias—enriquecido;
el otro era uua joya—de oro finísimo
pero el que cura alguno—jamás bendijo.
Un dia ardió el convento—muy de improviso,
y. ¿qué diréis que hicieron—los capuchinos?
pues desafiando heroicos—todo peligro,
á salvar la cruz de oro—corrieron listos,
y dejaron que ardiese—la cruz de pino.

NUESTRAS LAMINAS

EL GENERAL CASSOLA

Cuando el actual ministro de la Guerra, tomó posesion de su cartera, todo el muudo se preguntaba ¿quien es Cassola? Tan ignorado era su nombre en esta nacióu donde por lo regular solo sobresalen los que bullen y meten ruido.

D. Manuel Cassola y Heruandez nació en Hellin (Albacete) el 27 de Agosto de 1838. Iugresó de cadete en el Colegio de infanteria de Toledo en 1852: concurrió á los combates de Julio de 1856 en las calles de Madrid ganando la cruz de S. Fernando: fué destinado á la espedición de Méjico á las órdenes de Prim en 1862: y pasó luego á la isla de Santo Domingo tomando parte en casi todos los mortíferos combates que en aquella isla se libraron. Despues de estas campañas fné nombrado profesor de Geometría y Topografía en la Academia de la Habana, y cuando estalló en las Antillas la guerra separatista organizó una partida de voluntarios denominada "guerrillas volantes„ compuesta de gente indisciplinada, fiera y revoltosa, á la cual supo Cassola imponerse con fuerte energía corriendo grandes peligros, logrando de este modo señalados triunfos en las Villas Orientales, por los cuales fué recompensado con el empleo de teniente coronel.

Eu Setiembre de 1871 regresó á España gravemente enfermo, y apenas restablecido marchó al Norte al frente del batallon de Cantabria ganando el grado de coronel en el puente de Lacunza.

Nuevamente enfermo volvió á Madrid, y en 1873 se encargó de la Dirección del Parque de Artilleria, y luego se dirigió al frente del regimiento de Galicia al sítio de Cartagena. Rendida en Enero del 74 esta plaza, otra vez volvió á la campaña del Norte, y tomó parte en las acciones de Laguardia, Onton y Somorrostro que le valieron el empleo de brigadier. La faja de mariscal la conquistó con sus acertadas maniobras en el Centro y Cataluña que acabaron con la faccion.

Terminada la guerra pasó á Cuba, nombrado comandaute general de las Villas Orientales, que al terminar la gnerra mereció se le premiase en 1878 con los entorchados de teniente general, y la Capitania General de Granada, la cual dejó para representar en las Córtes el Distrito de Cartagena.

Director general de Artilleria le encontró el nombramiento para ministro de la Guerra del gabinete Sagasta, y en el breve tiempo que lleva de desempeñar la cartéra ha dado muestras de clara iuteligencia. de firmísima entereza, de elevación de miras y de sólidos conocimientos, cualidades que por ser rarísimas en el dia le han elevado de pronto á la categoria de ilustre personaje, y hecho que la nación cifrase en él grandes esperanzss.

SAN AMBROSIO

EXCOMULGANDO AL EMPERADOR TEODOSIO

Teodosio I llamado el *grande*, nació en España el año 346, y fué proclamado Emperador del muudo romano en 379. Ungido con el oleo del cristianismo, se dedicó á perseguir la secta arriaua, y á desarraigar los últimos restos del paganismo. Principe piadoso, de graude inteligencia y de corazon afectuoso, se dejó arrebatar por la colera cuando los habitantes de Tesalónica soliviautados por los enemigos del imperio se levantaron en son de rebeldia, é hizo perecer degollados á mas de 7.000 de aquellos infelices. Bañado con la sangre de tantas víctimas entró con brillante séquito en Milan, y se dirigió al templo para dar gracias á Dios por los triunfos concedidos á sus armas. Sabedor de ella el obispo S. Ambrosio, voló á la catedral, y colocándose delante de la puerta cerró el paso al Emperador.—Donde vas, iusensato? exclamó el Obispo. Te atreverás á comparecer á la preseucia del Dios del Calvario chorreando sangre inocente? Dobla las rodillas, rasga tus vestiduras, cubre tu frente de ceniza; hasta que no hayas borrado con lágrimas de arrepentimiento las manchas de tu conciencia, no serás diguo de elevar tus miradas al cielo. Afuera! afuera el matador de su pueblo!

Teodosio subyugado por la irresistible elocuencia del santo, cayó de hinojos, dobló la cabeza avergonzado, y pidió al obispo que le impusiese penitencia. Ocho meses duró esta, y Teodosio la cumplió con muestras de la mas profunda contricción. Tal es el asunto que representa nuestra lámina.

El Incendio de la OPERA CÓMICA

—"El día que se pegue fuego en el Teatro de la Opera Cómica, Paris tendrá que llorar una terrible catástrofe, dadas las malas coudiciones de este coliseo...„—El diputado frances que dijo estas palabras al Ministro, no podía pensar que antes de quince días quedaría realizada su profecía con una exactitud aterradora.

Conocidos de todo el mundo son los detalles del reciente horroroso siniéstro, y por lo mismo nos ahorramos su narración. La lámina que en este número publicamos, dá una idea de lo que fué este incendio que ha gozado el triste privilegio de escitar la coumiseración de toda Europa.

Tip. AL TIMBRE IMPERIAL, *Escudillers, 12.*



La fiesta de Hostalrich

Hostalrich villa de la provincia de Gerona, situada á orillas del Tordera, y de solar tan antiguo que la mayor parte de los geógrafos la cuentan en el número de las poblaciones romanas, hasta ahora solamente habia sido famosa por los hechos de guerra que en ella se libraron, ora entre catalanes y castellanos, como cuando en 1461 demostró cuan fieramente amaba su dignidad, ora entre catalanes y franceses como cuando en 1649, 1714 y 1808 luchó por su independencia, ora entre constitucionales y carlistas, como cuando durante la guerra de sucesion probó su fidelidad acendrada á la causa de la libertad. Pero sobre estos cuantos aunque gloriosos títulos obtiene otro que acaba de serle reconocido, el cual ha de perpetuarse mientras en Cataluña no se reniegue de la gloria de sus hijos. Nos referimos al acontecimiento que en los primeros dias de este mes se ha celebrado en dicha villa conmemorando la fecha en que por vez primera el genio del teatro catalan desplegó las alas con que se ha remontado al par de los mas encumbrados.

Seguramente que Soler, que como salido de los oscuros talleres del trabajo, abriga un corazon que tiene latidos de amor para el pueblo, cuyos dolores conoce y siente, estimó mas pasar por entre aquellas rústicas calles de Hostalrich percibiendo el agreste olor de la mata y la retama, oyendo el clamor de las voces que rústicamente le aplaudian, y viendo la franca alegria y el sencillo aparato én obsequio suyo ingenuamente dispuestos, que si hubiesen humeado incensarios, retumbado orquestas, y fulgurado pedrerias preparado todo por la mano oficial que improvisa suntuosas recepciones apropósito solamente para deslumbrar á los grandes de la tierra, ignaros de la realidad de la vida.

Nosotros deseosos de unir nuestro debil aplauso al caluroso que se ha tributado á Federico Soler, (Serafin Pitarra) le dedicamos esta página del periódico, reproduciendo, con su retrato, algunas visitas de Hostalrich, en la seguridad de que ha de merecer el agrado de nuestros lectores.



EL INCENDIO DE LA OPERA COMICA


ILUSTRACION
NON PLUS ULTRA
VICO Y CALVO

SUSCRICIÓN

Semestre. 3' Ptas.
Año. . . . 5'50 id.
Pago en moneda, libranza ó sellos, únicamente en la Administracion de 10 a 1 y de 3 a 5.
ESCUDILLERS, 5, 7 Y 9
BARCELONA

Núm. 38. Año I

ILUSTRACION NON PLUS ULTRA

Barcelona 16 Junio 1887

NÚMEROS SUELTOS

10 céntimos de pta.
y 15 los atrasados.
De venta en las librerias, kioscos, vendedores ambulantes y punto de costumbre en
ESPAÑA

Núm. suelto 10 céntimos de peseta ⁎ Núm. suelto 10 céntimos de peseta

CARTAS Á UN INGLES

Mi querido Jhon: Confieso á V. que es taréa pesada la de periodista. V. habrá leido que los paganos, ponían entre los mayores tormentos de su infierno el que sufrían las Danaidas condenadas á llenar unos cántaros horadados, por cuyos agujeros se escapaba toda el agua que recogían; pues haga cuenta que cada periodista es una Danaide, con la sola diferencia de que los cántaros de estos, son unas cuartillas que nunca tienen fin,y el agua de que han de llenarlos ha de recojerse gota á gota, esprimiendo todas las cavidades del cerebro. Vds. los ingleses que pagan 212, 500 pesetas anuales á un redactor del *Times*, y no dan menos de diez duros diarios á un redactor de Provincia, no pueden comprender la justicia de estas quejas, porqué no saben que aquí en España el oficio de escribir para el público, cuando está más retribuido y es menos penoso, exige un artículo diario y apenas rinde para comprar tabaco.

Siendo siempre penosa de suyo, como digo, nuestra tarea, se hace sentir más cuando como ahora se le ofrecen á la pluma pocos asuntos sobre que discurrir, y aún estos pocos son tristes y aburridos, y por ende están faltos de atractivo. Desde mi anterior carta, no ha ocarrido por aquí nada digno de noticia; pues no merecen los privilegios del recuerdo, ni los descarrilamientos de algunos trenes, ni las corridas de toros que se han verificado, por ser esto cosa corriente y privativa de nuestras costumbres.

Algo, sin embargo, ha roto la monotonía en que vivimos, pero ha servido desgraciadamente para malhumorarnos con mala impresion. Refiérome en primer lugar, al hallazgo de un tierno niño degollado en la calle del Abad Safont. Este es el suceso que actualmente atrae toda la atención del vecindario, interesado en que se logre una vindicta tan rápida como severa. El misterio de que en un principio se presentó rodeado el crímen parece que se vá esclareciendo, y á estas horas es objeto de las más terribles sospechas el padre de la víctima, quién para hacer más escepcional el terrible caso, es nada menos que un agente de órden público.

Y ahora que de agente de órden público hablo! Recuerda V. aquel célebre coronel Oliver jefe de órden público en Madrid, el cual durante la dominación de Cánovas se hizo famoso invadiendo el recinto de la Universidad, y descargando sablazos sobre los estudiantes? Pues este niño mimado de los conservadores, que le llamaron heroico defensor del prestigio de la ley y del órden social, acaba de ser condénado á dos meses de arresto por no sé que palos que en medio de la calle sacudió á su yerno, y por no se que *gruesas* palabras dijo.

Esto para colmo de lástimas ha coincidido con la muerte de la mora Fasalia, una joloana traspor tada á la corte para figurar en la Exposición Filipina, la cual jóven no ha podido resistir los aires frios del Guadarrama. Ha coincidido además con la recepción del Sr. Cánovas en la Academia de Bellas Artes, acto que ha celebrado el ingresante con un discurso donde con la enrevesada prosa que le caracteriza, ha ido estractando todo lo que en este último bienio se ha escrito en revistas estranjeras tocante á Bellas Artes.

Agregue V. á lo dicho el incendio que en Nueva- York mató á 1500 caballos, la explosión de lasminas de Bélgica, donde ha salido incalculable el número de víctimas, y la pavorosa catástrofe del teatro de *ópera* cómica en Paris, y dígame con franqueza si no hay motivos para estár avinagrado, y para dejar la pluma esperando que cese esta fatal constelación que domina el mundo

Hasta otra pues.

JUDAS TADEO

CADENA PERPETUA

novela original
de
Pedro Huguet y Campañá

(Continuación)

—¡Oh! eso sí: porque mujer servicial y compasiva como ella no la hay. Veinte años hace que la tengo en casa: es decir, desde que quedó viuda á los dos años de su matrimonio con Gabrielito, y como entonces, por haber fallecido la virtuosa mamá de V., la sin par doña Dorotea, que santa gloria haya, no podía la chica volver al servicio de la casa, donde estuvo desde la edad de seis años, la tomé al m condolido de su desamparo Pero, héla aquí de vuelta. ¡Oh! es mucha mujer Felipa

Llegó en este momento el ama con el bastón; tomólo D.ⁿ Fermín, y después de haber echado la buena mujer, algunas recomendaciones al cura, para que estuviese de vuelta en punto á la hora de la cena, y de haber cruzado con D. Gonzalo un afectuoso saludo, que borró todas las nubecillas de la anterior pelotera, á paso lento salieron del huerto el joven marqués y el anciano sacerdote.

CAPÍTULO III.

SIGUEN LAS CONVERSACIONES

Pero ahora caigo en que no he hecho en r

Dicen todos que gozas favor. Yo no quise creerlo, pero ¡ay, Astuardo! tú eres muy bello, y la princesa Arsinoe tiene unos ojos que no saben disimular.

—¿Qué quieres decir? exclamó el joven etiope.

—¡Qué estoy celosa! contestó Gishelia con un pequeño rujido y rechinando los dientes. Mira; el ramo de minutisas que arrojastes al fuego, no ha echado nuevos capullos, y tú has olvidado ya tu juramento. ¡Traidor!

—¡Mientes! por los manes de mi padre, repito que mientes.

—¿Dices qué miento? Pues bien; pruébamelo. Pero ha de ser de esta manera. Tú eres quien cuida de echar las esencias de rosa y de violeta en el lago en que se baña Arsinoe. Toma ese pomo; destila sus gotas en aquellas aguas. Si Arsinoe mañana por la tarde asiste á la fiesta de los carros, serás perjuro.

—¡Gishelia! exclamó el joven con horror.

—Ni una palabra, Astuardo. Piensa que aun me queda otro pomo ó para Arsinoe ese que te he dado; ó para mí este que conservo. No lo olvides.

Dicho esto desapareció por el bosquecillo.

Cuando á Astuardo le pareció que la etiope debía estar lejos, arrojó el pomo que se rompió en mil pedazos y se retiró, murmurando:

—Bebe tú el veneno, sierpecita: que para la luz de mis ojos solo tengo amor!

Al marcharse no advirtió que por entre unas ramas de mirto, fulguraban dos pequeñas llamas, como las que despiden los ojos del chacal en la oscuridad de la noche.

II.

El Faroan habia dispuesto tres dias de fiestas para celebrar el 16° aniversario del natalicio de su hija la princesa Arsinoe.

El primero era el destinado para la carrera de carros. De todas las partes del imperio habian acudido á Memphis, famosísimos aurigas ganosos de disputar el manto de púrpura y oro, que era el premio de la victoria. Por do quiera se oia el relincho de fogosos corcoles, blancos unos como las plumas del cisne, negros otros como las sombras del Erebo; hermosísimos todos. Inmensa gritería atronaba las calles, sobre las cuales se extendian anchos toldos de lino blanco y azul, que con las guirnaldas de rosas prendidas en los rojos *varaudah* ó terradillos, y las verdes hojas de limonero derramadas por el suelo, formaban un conjunto de brillantísimos colores, cuyos vivos matices entonaban los rayos del sol que caian como flechas de fuego y encendian las columnas, los toldos y los ramos.

Era la hora de dar comienzo á las carreras. Al pié de las amplísimas graderías del faraónico palacio, y por entre las gruesas columnatas de pórfido que imitaban colosales troncos de palmera y cuellos de elefante, bullia espesa muchedumbre. Seis corceles más blancos que el ampo de la nieve, y cubiertos con sendos arneses guarnecidos de pedrería, piafaban prontos á dispararse apenas el cochero aflojase las riendas con que los enfrenaba.

Y para ello sólo esperaba que la princesa montase en el carro, obra prodigiosa de arte y de riqueza, labrada en una pieza de marfil.

Por fin sonaron arpas y címbalos, y seguida de vistosa turba de bellas esclavas que iban sahumando el aire con aromas y moviendo anchos abanicos, apareció la princesa en lo alto de la suntuosa escalinata. En verdad que era hermosísima Arsinoe con su túnica azul escarchada de perlas, sobre la cual caía un gracioso manto color de naranja, rameado de plata. En su rostro resplandecia la risa de la primavera. Postróse la multitud, y la saludó con himnos y voces de entusiasmo.

Dirigíase Arsinoe al carro, cuando se adelantó una joven cuyas atezadas mejillas y relumbrantes ojos delataban las caricias del sol del desierto. Dobló una rodilla, y presentando á Arsinoe un canastillo lleno de flores de minutisa, dijo:—Bella princesa, acepta el don de tu sierva. En este dia de júbilo, no hagas que esté triste, rehusando el perfume de unas flores en las cuales he puesto los deseos de mi alma.

Arsinoe dirigió á la jóven una sonrisa, y cogió del canastillo una flor de minutisa. Enseguida subió al carro que haciendo resonar las ruedas de bronce arrancó con velocidad, seguido de bandadas de palomas y bajo una lluvia de hojas de clavel que de las terrazas caian.

III.

Siete veces habian los carros de los luchadores recorrido el estadio señalado al efecto cabe las márgenes del Nilo, y siete veces las trompas habian proclamado el triunfo de Astuardo. Los vítores del innumerable concurso proclamaban el nombre del bizarro vencedor, y Arsinoe temblaba de placer. Llegó el momento de otorgar el premio. Astuardo bajó de su carro, y fué á postrarse á los piés de la princesa para recibir el manto bordado de oro. Una nube de fuego cegó los ojos de Arsinoe; un delirio de amor asaltó á la frente de Astuardo. Este subió al trono donde estaba sentada la princesa que se adelantó para recibirle. El jóven etiope le besó la mano, y murmuró muy quedo, sin que pudiesen oirle las esclavas nubias que asistian á Arsinoe:—El manto de oro es premio á mi destreza; esa flor de minutisa que llevas prendida en el broche de tu túnica será el premio de mi amor. ¡Oh! Arsinoe, bésala y dámela, ó muero!

Arsinoe desprendió la flor, la besó, y se lo dió á Astuardo, quien á su vez puso los labios en ella. Tan rápido fué esto, que apénas pudo ser notado por el acompañamiento de la princesa.

De repente palideció Arsinoe, dió un grito, puso su mano sobre el corazón, y se tambaleó como ébria. Acudió Astuardo, pero al cogerla entre sus brazos, tambien como ella palideció, y asidos los dos rodaron por las gradas del trono. Corrieron los soldados alborotados á la vista de aquel terrible accidente, y levantaron del suelo dos cadáveres. El pueblo egipcio lanzó ahullidos de furor, y Faraón que se encontraba en un trono frontero, se mesó los cabellos y rasgó sus régias vestiduras.

Gishelia salía entonces de entre la amotinada

LAS FLORES DE LA ETIOPE



gia la presentacion de este respetable personaje. Apareció tan de improviso en escena, cuando más enzarzados estaban D. Gonzalo y Doña Felipa, que no dejó tiempo para dibujos. Aprovechemos este instante, en que la conversacion no apremia, para trazar su retrato con dos malas pinceladas.

Era el D. Fermin hombre algo más que maduro, pues andaba cerca de las sesenta navidades. De él como del hidalgo manchego pudiera decirse, que era alto, enjuto de carnes, de recia complexión, avellanado de rostro, gran madrugador y amigo de la caza. En invierno y en verano sacudia las sábanas dos horas antes que el Sol peinase sus rubias guedejas en los más encumbrados carrascos de los vecinos montes. Levantado ya, pasaba de ordinario el tiempo ocupado en piadosas lecturas, hasta que llegaba la hora de despertar á Manolito para que fuese á tañer el *Angelus*; luego celebraba misa, despues almorzaba invariablemente un nuevo estrellado, y enseguida se metia en el confesonario y allí se estaba hasta las diez aguardando penitentes que muy de tarde en tarde acudían. Daba despues un par de vueltas por el huertecico rezando las oraciones del breviario, concluidas las cuales ponía mano á la podadera ó al azadon, segun los casos, y dale, dale, hasta que Doña Felipa le avisaba que la sopa estaba refriándose. Comia, y sin levantarse de la mesa descabezaba el sueño durante quince minutos A continuacion, y bien despavilado con un regular enjuague de cabeza y manos; si no tenía enfermos que visitar, ú otra ocupación precisa, descolgaba la escopeta y el zurron, y se iba á recorrer sotos y trochas tras la esquiva codorniz y la diparada liebre, hasta que con el parpadear de las primeras estrellas, regresaba á casa, dónde, mientras doña Felipa le prevenía un frugal potaje, rezaba el santo rosario con apéndice de innumerables *pater-noster* y horas canónicas. Ponia entre el doblar el mantel y el desdoblar las sábanas, un paréntesis no mayor de hora y media, que empleba en la lectura de alguno de nuestros escritores ascéticos del siglo XVI de los cuales era sumamente devoto, ó en preparar la homilia para el siguiente dia, las vísperas de fiesta.

Tal era, con raras escepciónes, la vida que venía llevando D. Fermin en Vallehondo, desde el dia en que D. Santiago de Medina, padre de Don Gonzalo, le designó para aquel curato, por ser de provisión suya dicho cargo. De su carácter no hay que decir sino que jamás se dió el caso de que nadie que fuese á consultarle en sus tribulaciones, dejase de salir de su presencia socorrido ó consolado. Aunque en rigor no podia reputársele de sábio, sin embargo suplia la ciencia que le faltaba con una intuitiva perspicacia, y un natural conocimiento del corazon humano, cualidades que para aquellas gentes eran de ma or

(Se continuará)

LAS FLORES DE LA ETIOPE

I.

No será sin oirme que te vayas. Haz por irte y te retendré con mis dientes como la rémora pára los navíos.

—Advierte, que pueden vernos, y sospecharian de nosotros. Gishelia, por el sagrado cocodrilo, te digo que me dejes.

—Aquí al estremo del jardín hay un bosquecillo de sicomoros cuyas ramas tan estrechamente se enlazan, que no atraviesa por ellas el más sútil rayo de luna. Ven, Astuardo, ó daré voces para acusarte.

Gishelia y Astuardo se dirigieron al grupo de árboles que limitaba el jardín. Brillaba la luna con esa intensa fosforescencia que sólo tiene en el despejado cielo de Egipto. Los naranjos en flor, los jazmineros, y los geranios sahumaban como pebeteros el sosegado ambiente. Las estrellas tremolaban sus alas de luz con verteginosos estremecimientos. No muy léjos se oia el ronco respirar del Nilo, cuya ancha superficie arrojaba planteados centellos. De vez en cuando el graznido de un pelicano, ó el pesado vuelo de una grulla turbaba el monótono rumor que del seno de las olas y de las palmeras se levantaba.

—Habla! dijo Astuardo á la jóven etiope en cuanto huhieron llegado ambos al bosquecillo.

—Astuardo! Hace ocho lunas que de Faraon desarraigaron del suelo las tiendas de nuestros padres, y ante el cadáver de tu hermana juraste gastar todo el veneno de las víboras que silban en los valles de Maldeck y para empapar con él tus flechas y tu puñal, y no dar descanso á tu brazo hasta haber hundido uno á uno estos hierros en el corazón de nuestros enemigos. Te acuerdas? —No cesará mi venganza, dijiste, hasta que de esas flores broten nuevos capullos! Y arrancaste de mi frente la corona de minutisas que ceñia, y la arrojáste á la hoguera que devorava nuestra tienda.

Desde entonces no volvimos á hablar de amor. Nuestro amor era la venganza. Si trepábamos al monte, no era para engalanarnos con flores de granado y hojas de laurel-rosa, según antes soliamos, sino para acechar á algún egipcio y caer sobre él como tigres. Si bajábamos á la orilla de los rios, no pensábamos ya en recoger guijuelas encarnadas para hacer collares, sino en emponzoñar las aguas que sedientos bebian los soldados de Faraon.

Cuando el cansancio te abrumaba buscábamos una fresca gruta donde te dormias mientras yo velaba tu sueño y te abanicaba con hojas de palma. Yo te traia leche de camellas, mazorcas tostadas y huevos de avestruz, cuando el hambre agotaba tus fuerzas. Tú en recompensa me besabas en la boca que decías tenía la suavidad del nardo.

Para tí no habia luz como la de mis ojos. Para mí no habia dulzura como la que fluia de tus palabras. Un dia rendida de fatiga me dormí al pié de un tamarindo. Cuando disperté, no te ví. Te aguardé, no viniste. Después supe que habias caido en poder de los egipcios. Pensé que te habian dado muerte. Cuánto lloré! Desesperada me iba á despeñar hasta el fondo de un torrente, pero me dijeron que habias sido conducido á Memphis para servir de trofeo al ejército de Faraon. Dejé al punto mis montañas para venir á tu lado, y huir contigo ó morir aqui.

Imaginé encontrarte arrastrando cadenas, y te hallo de guarda de palacio. A qué debes eso?

multitud, y ceñida con flores de minutisa, se dirigia al Nilo, en cuyas aguas se arrojó murmurando un estraño himno.

LIQUIDACIÓN

Mientras yo viví rendido
á tu hechicera beldad,
ambos, Celia, hemos vivido
en dulce comunidad.
Todo revuelto y fundido
en agradable montón,
lo amado y lo aborrecido,
el alma y el corazón.
Mas hoy que por fin disuelto
está aquel pacto social,
y queda ya libre y suelto
con sus bienes cada cual,
Que ha llegado el tiempo arguyo,
de que sin malos estremos
buenamente nos llevemos
yo lo mío y tú lo tuyo.
Este pobre corazón
tan desgarrado y sombrío,
sin dicha y sin ilusión,
dámelo, Celia, que es mío.
Para que en mi mal no influya
como ha influido hasta ahora
esta alma dura y traidora,
tómala, Celia, que es tuya.
Estos suspiros amantes,
este loco frenesí,
y estas promesas constantes,
tambien me tocan á mí.
Esos perjurios livianos,
ese pérfido desdén,
y esos pensamientos vanos,
Celia, son tuyos también.
Enamorados cantares,
capullos de una ilusión,
y llanto vertido á mares,
mios, Celia, mios son.
Esos soberbios deseos
que inspirara Belzebú,
esos ruines devaneos,
por tuyos, tómalos tú.
Y pues que en justicia arguyo
hemos partido ese lío,
vete, Celia, con lo tuyo,
que yo me voy con lo mio.

A LOS CUARENTA AÑOS

Dulces recuerdos que en tropel surgiéndo
golpeais mi frente con tenaz furor,
dejadme en paz: desvaneceos pronto;
me dais horror!
¿A qué venís con espejismos vanos
mi corazón marchito á alucinar,
si esos fantasmas que finjis risueños
no he de gozar?
Dejadme á solas con mi torva calma;
no renoveis un tiempo que pasó:
¿no véis? la adusta nieve de los años
mis sienes blanqueó!

SONETO

Mas quiero yo un rincon de mi casucha,
mi pluma y mi velon de cada noche,
un sueño que el cuidado no desmoche,
y hacer sonar cien reales dentro una hucha,
¿Que serme una onza de oro una garrucha
por las calles correr tendido en coche,
y llevar de diamantes rico broche
con mi conciencia y con mi paz en lucha.
Quedese para quien penas cohecha
la voraz ambicion que al alma espicha
con su dorada pero aguda flecha.
Que á mi en el mundo sólo me encapricha
vivir alegre hasta remota fecha
sin perder nunca mi modesta dicha.

ÍNTIMA

Hoy me inspiras desden, y antes te amaba
con loco paroxismo,
y al notar este cambio tu me dices
que yo no soy el mismo.
El mismo soy; te engañas: yo adoraba
tu virginal virtud;
la perdiste por loca ó por infame;
la cambiada eres tú.

NUESTRAS LÁMINAS

VICO Y CALVO

Antonio Vico y Rafael Calvo son los genuínos representantes del arte dramático contemporáneo en España. Hablar aqui del mérito de estos insignes actores, sería suponer que hay quien los ignora, ó que no ha sentido los escalofríos del horror sublime viendo al Walter de la *Muerte en los lábios*, al D. Juan de *La Capilla de Lanuza*, al Fernando de *Vida alegre* y *Muerte triste*, al Cárlos del *Nudo Gordiano*, ó no ha palpitado de entusiasmo oyendo al D. Pedro del *Zapatero y el Rey*, el Yorick del *Drama Nuevo*, el Ernesto del *Gran Galeoto*, el Segismundo de *La Vida es Sueño*, y el Príncipe Cárlos de *El desdén con el desdén*.

A no ser Vico, Calvo sería el primer actor del teatro Español; y á no ser Calvo, esta gloria corresponderia á Vico. El uno posee el sentimiento de la realidad, la inspiración del momento, el otro los arranques del alma, el delineamiento de la frase, el calor de la vida, y ambos el gesto plástico, y el entusiasmo artístico: entusiasmo que han evidenciado uniéndose los dos grandes actores para tejer con sus laureles una espléndida corona á nuestro teatro nacional.

Nuestro aplauso pues, al sucesor de la gloria de Romea y al sucesor de la gloria de Latorre, con tanto mayor motivo, como que han venido á hacer campaña de sus triunfos esta capital del Principado que de antiguo les profesa alta estima y viva admiración.

ELECTRICIDAD

Hay algo sobre la tierra
que mueve continua guerra
con invencible poder,
y mantiene, arrasa, eleva,
á su antojo el mundo lleva,
y chispea por do quier.
Algo misterioso y vano
que no lo palpa la mano,
ni lo alcanza la razon:
que causa placer ó enojos
y que sin verlo los ojos,
se siente en el corazon.
Cuando al firmamento sube
truena en la cóncava nube
con horrisono fragor,
y es la divina centella
que en los ojos de una bella
enciende piras de amor.
Vibra su soplo furente
allá en el picacho ingente
del nevado peñascal;
riza del ave las plumas,
del hondo mar las espumas
y las ojas del rosal.
Por nuestras venas circula,
entre los vientos ondula,
dá al cerebro inspiración,
infunde á la vida á la muerte,
y hasta á la materia inerte
le comunica atraccion.
Este espíritu divino
cuyo ardiente torbellino
rebosa en la inmensidad,
es númen que al orbe mueve,
y al que el siglo diez y nueve
le llama "*Electricidad*„

Tip. Al Timbre Imperial, *Escudillers, 12.*


VOLTA
EDISSON
GRAMM
SIEMENS



UN EPISODIO DE 1808.

SUSCRICIÓN

Semestre. 3' Ptas.
Año. . . . 5'50 id.
Pago en moneda, libranza ó sellos únicamente en la Administracion de 10 a 1 y de 3 a 5.
ESCUDILLERS, 5, 7 Y 9
BARCELONA

Núm 39.

Año I

NÚMEROS SUELTOS

10 céntimos de pta.
y 15 los atrasados.
De venta en las librerías, kioscos, vendedores ambulantes y punto de costumbre en
ESPAÑA

ILUSTRACION NON PLUS ULTRA

Barcelona 23 Junio 1887

Núm. suelto 10 céntimos de peseta ✱ Núm. suelto 10 céntimos de peseta

CARTAS Á UN INGLES

III.

Con un calor de 28° Reaumur á la sombra, ¿como quiere V., amigo Jhon, que tenga humor para escribir? Las ideas se duermen emperecidas en el cerebro, y por mas que hurgo con mi pluma no logro hacerlas salir de sus casillas. Por lo tanto me limitaré á una breve reseña hecha á *paso de banderillas*. Allá vá:

Durante esta ultima quincena hemos tenido procesiones del Córpus por arriba y por debajo, por delante y por detrás Oh! que pais mas religioso! pensará sin duda V. Pues no lo crea. Desde que el papa Juan XXII instituyó dicha solemnidad, hasta principios del siglo actual, ella fué indudablemente una pública manifestación de los sentimientos piadosos de nuestros antepasados, pero hoy! hoy únicamente sirve para dar pública ostentacion á la vanidad. Tal asiste á ella para lucir una venera, tal para congraciarse con el diputado ó el alcalde, encargado del pendon, tal para pavonearse ante la dama de sus pensamientos, y el pendonista que siempre es un cacique ó un personaje encumbrado, escoje este acto para hacer recuento de amigos y parciales, al objeto de dar golpe á los ojos de sus contrarios. De suerte que en semejantes funciones el Córpus es el pretexto y el sacramento lo accesorio. Porque en España, donde se ha perdido por completo la fé que hace santos, y ha quedado solo la rutina que hace hipócritas, lo principal es entre gente alegre, la bulla, y el medro entre gente codiciosa. Calcule V. pues si habrá afición á una clase de solemnidades que ofrecen á espectadores y á concurrentes estos dos alicientes à la vez, V. se asombrará de que me esprese en tales términos, y resistirá dar crédito á mis afirmaciones, porque V. es de los que imaginan que España es una nacion profundamente católica. Pues desengáñese: aquí hay mucha cosa nuestra en la conciencia, que sin embargo parece viva porque tiene vida oficial. Cerrad, decía en fecha memorable el nunca bastante llorado Prim, las tropas en los cuarteles, y vereis lo que sucederá. Pues cosa análoga á lo que el ilustre general decia con respecto á la política, pudiera decirse con respecto á la mayor parte de nuestras instituciones sociales. «Encerrad bajo siete llaves la ignorancia y la hipocresia, y vereis lo que va á pasar con muchas cosas que afectan todos seguir y venerar.»

Un representante de la nacion, el Sr. Ulloa, ha revelado (digo mal) ha enumerado en la Cámara graves cargos contra la Administración de justicia que es defensa de nuestras vidas y haciendas, cargos que de salir ciertos seria cosa de pedir á Dios que lloviese sobre nosotros el azúfre y la pez encendida que tragó á Sodoma y Gomorra. Esto como V. puede imaginar, nos alborotó en gran manera, pero se levantó el Ministro para decir que era una calumnia, y nos hemos quedado completamente satisfechos.

No quiero hoy hablarle de lo que pasa fuera de casa, porque presumo que estará V. bien enterado. Que Bismarck tenga enfermos los nervios; que al Emperador Guillermo se le haya calmado la tos; que al Príncipe heredero se le haya extirpado el pólipo de la garganta; que Monseñor Rampolla haga votos para que se reconcilien el Quirinal y el Vaticano; que la Reina Victoria celebre el quincuagésimo aniversario de su elevación al trono de Inglaterra; que el sultan de Constantinopla tema que un momento á otro estalle una revolución palaciega con motivo de la enmarañada cuestión de Egipto; que el czar Alejandro de Rusia padezca obsesiones cada vez que se pone el sombrero pensando que se va á encontrarse con un cartucho de dinamita en el forro: que Mr. Grevy tenga la pluma en la mano para extender la dimisión de Presidente de la República, y mil quisicosas por el estilo de que en este momento se ocupa Europa, maldito lo que me interesan para que me moleste en referirlas y comentarlas. A lo de España me atengo; y como aquí fuera de unas cuantas lamentaciones del diario *La Fé* quejándose de que los periódicos católicos desaparecen por falta de suscritores porque el clero encuentra que el Catolicismo prospera cuando el Gobierno les paga; fuera de los discursos que los reformistas han pronunciado en Toledo para convencerse mútuamente de que es preciso que ellos suban al poder ó sino se desquician las esferas; fuera del veneno que se expende en los estancos en forma de cigarros y de cigarrillos de Sevilla y Santander; fuera del incremento que va tomando la falsificacion de moneda decimal; fuera de algunos abusillos que pasan por la Administración para que todo no sea monotonia y sueño; fuera de algún altercado entre gente de bonete, y varias otras friolerillas, lo demás no monta un comino porque todo corre como una seda: no hay sino que dar por concluída esta epistola.

JUDAS TADEO.

CADENA PERPETUA

novela original
de
Pedro Huguet y Campañá

(Continuación)

provecho que la más refinada filosofía. Pecaba un tanto de verbosidad en el decir, defecto comun en Andalucía, pero entre el raudal

de sus palabras brotaban, á manera de perlas, abundantes sentencias y consejos de profundo sentido dignos de gran pensador. Su nariz pronunciadamente aguileña, sus labios finos y apretados, y sus ojos negros, pequeños y punzantes, casaban de tal manera con las chupadas mejillas, el recio menton, la frente despejada, el cuello soberbiamente erguido, y los grises cabellos que le cepillaban el jorgal, que juntos combinaban una fisonomía inteligente é inspiradora de respeto. Profundo se lo tenia Don Gonzalo, porque de niño habia aprendido á venerarle, y adulto ya, y hombre luego, en mil circunstancias tuvo ocasión de paladear las mieles de bondad que de aquella alma llevada se derivaban.

Pero hete aqui, lector amigo, que mientras nos hemos entretenido bosquejando el retrato del cura, este y Gonzalo han recorrido el sendero orillado de nopales que se prolonga á espaldas del huerto rectoral de modo que enfilan ya por la angosta carretera que conduce al señorial palacio de los antiguos marqueses de Vallehondo.

Hablando iban los dos paseantes de lo opulenta que se presentaba aquel año la cosecha, cuando al volver de un recodo dieron con Manolico que, silbando una piayera venía de cumplir el encargo de Don Gonzalo.

—Manolico,—dijo este sin dar tiempo á que el muchacho realizase su conato de saludo;—¿qué ha dicho la señora?

—Me ha contestado que «¡Bueno!»

—Estaba triste?

—Me ha parecido que una miaja.

—Anda, hijo, apresúrate, que es hora de tocar el *Ave-maria*; dijo el cura

Y el chico se largó, volviendo á los pocos pasos á reanudar la interrumpida sonata.

—Ve V., Don Fermin? Tardo cinco minutos mas de lo acostumbrado en regresar á casa, y Camila se me pone mohina: y luego diran si me embobo con ella!

Esto dijo Gonzalo con tal aire de alegría, que mas que marido dichoso parecía novel amante en los primeros dias de verse correspondido por su novia. Y como el cura no replicase palabra, añadió el jóven:

—V. no sabe lo que me espera ahora? Pues flojito trepe! No hablarme ella en veinte minutos, ni serenar el rostro en toda la noche Calcule V! La verdad es que tiene razon; porque yo con mis parvas, y mis rebaños, y mis moliendas, y mis trillas, me paso horas y horas, todos los dias ausente de su lado. Y un esposo no puede hacer esto con su mujer. porque ambos son un mismo cuerpo con dos almas, y donde está el uno debe estar el otro. No es esto, Don Fermin? Oh! Camila entiende mucho de estas filosofías, porqué las oyó infinidad de veces á su padre y á mi señor tio, que santa gloria goce, cuando platicaban al amor de la lumbre en su casa de Málaga. Que tiempos aquellos, D. Fermin! Entonces sí, que aunque me hubiesen dicha «arde tu hacienda», yo no habria acudido á apagar el fuego, si para ello hubiese tenido que privarme un segundo de la presencia de Camila. ¿Como pues quiere V. que no se enfurruñe viendo lo desapegado que de ella vivo?

—Apropósito: dijo el cura, que mientras hablava Gonzalo habia estado como si cavilase. Quiero hacerte una pregunta.

—Diga V.

—Estás seguro de que el clima de Vallehondo prueba á la salud de tu esposa?

Al oir esta impensada salida, Gonzalo permaneció silencioso un instante mirando con ojos asombrdaos al cura, como si este acabase de proferir una blasfemia. Repuesto de su momentánea admiración, esclamó:

—Que si estoy seguro? Eso si que es bueno! Acaso podría ocurrírseme dudarlo? Pero porque lo dice V.?

—Porque al ver la frecuencia con que le asaltan melancolias á tu esposa, alguna vez he sospechado si sentirá nostalgías de Málaga.

—No diré que no influya la menguada salud de D. Antonio; porque á la verdad yo no he conocido amor de hija como el que profesa Camila á su padre. Alas se pone para ir á visitarle, en cuanto recibimos una noticia alarmante. Si creo que hasta acabaré por encelarme!

—Pero es posible que no podais persuadir á ese buen señor, que cuelgue la toga y se venga á vivir con vosotros en santa paz?

—Que quiere V. que yo no haya intentado para conseguirlo? Hasta he recurrido al estremo de amenazarle que romperia con él, y ni por eso se ha apeado de sus trece. Si será terco el hombre!

—Pero bien; algo dirá para fundar su resistencia.

—Si; «que él no vive de limosna: que el buen artillero muere al pié del cañon;» y argumentos por el estilo.

—Y Camila que dice?

—Ella? unas veces aboga calurosamente en favor de mi pretensión, y otras veces se pone de parte de su padre, amonestándome que no contrarie su voluntad. La pobre, lúcha para contestar á los dos, sin decidirse resueltamente por ninguno

—Entonces, ¿me permíte un consejo?

—Que es permitir? Debér tiene V. en dármelo, y yo en seguirlo.

—Pues idos á vivir en Málaga hasta que tengan remate las crísis de Don Antonio.

—Abandonar yo á Vallehondo? Desatender mi hacienda? Hirme á vivir en la ciudad una vida de aburrimiento? Oh! no; por todo paso, menos por eso. Me vas muy bien este cielo despejado, este aire libre, esta campiña alegre, y este dulce sosiego, para que me decida á trocarlos por el salón estrecho, la luz del gas, la calle húmeda y ruidosa, y la ridícula etiqueta que en Málaga tendria que suportar

—Que egoista éres!

(Se continuará)

UN EPISODIO DE 1809

Fuerte y continuado estrépito despertó muy de madrugada al vecindario, haciendo que se echase á la calle para averiguar que podía ser aquello que tan bruscamente se entraba por el pueblo. Espectaculo triste el que presenció Aqui y allá corrian sin tino y como perseguidos por alguna furia, hombres y mujeres, éstas con una, dos y hasta tres pequeñas criaturas en los brazos, y aquellos aguijando bueyes, cabras, ó guiando una carr[illegible] ...ada de trastos, sacos de legumbres, arcas y ropas en revuelto montón. Lloraban los más

AL M





juraban los menos; algunos se sentaban en medio del camino rendidos de fatiga, y los otros se empujaban á riesgo de derribarse y atropellarse Era una avalancha de carne que pasaba crepitante, fragorosa, con ondulaciones de ola y estallidos de trueno. «¡Ya vienen! ¡ya vienen!» gritaban con espanto los fugitivos, y sin contener un momento la carrera cruzaron el pueblo sembrando la consternación en sus habitantes. Al fin éstos, por tres ó cuatro aspeados que se rezagaron, pudieron saber la causa de aquella desordenada fuga. Un viejecito que se había sentado en el poyo de un portal, y estaba rodeado de un espeso corro de curiosos, refería lo siguiente:—A media noche, cuando estábamos entregados al sueño nos desveló un ruído extraño. Nos levantamos sobresaltados, y vimos las calles invadidas por una tropa de franchutes, que á culatazos derribaban las puertas de nuestras casas. No sé como fué, que al momento sonó un tiro, y cayó un gabacho; luego sono otro tiro, y cayó otro gabacho Enseguida retumbó una descarga, y después de ésta, otra y otra. Oímos ayes y rugidos. Aquello parecía un infierno. Pronto un resplandor rojizo se extendió por el espacio. Los franceses quemaban el pueblo. Entonces nos arrojamos á la calle con todo cuanto nos era más caro, y aprovechando el momento en que unos valerosos jóvenes, sacrificando sus vidas, detenían los pasos del enemigo, huímos por el extremo opuesto de la población de la manera que habéis visto. Los franceses están rabiosos, y creo que no tardarán mucho en llegar aquí.»

Acabada la relación, todos quedaron mirándose en silencio sin saber que resolución tomar, hasta que se levantó una voz diciendo: —Amigos, ¿por qué titubeais? Ya veis lo que nos espera, y lo que espera á nuestras madres, á nuestras esposas, á nuestros hijos y á nuestras hermanas si dejamos que los franceses penetren aquí. ¿Qué nos podrá suceder si resistimos? ¿Morir? Pues vale más que muramos peleando y vengándonos, que no que muramos de vergüenza. ¡Hermanos, á las armas! ¡Viva la patria! ¡Viva la Religión! «A las palabras del improvisado orador siguió un formidable alarido de entusiasmo.—«¡A las armas! ¡Mueran los franceses!» gritábase por todas partes. A los pocos minutos no había en el pueblo quien no apareciese con un trabuco, un mohoso cuchillo, una hoz ó una pértiga rematada con un pedazo de hierro puntiagudo. Jóvenes y viejos, mujeres y niños, acudieron á la plaza. Era ésta bastante espaciosa para contener á todos los vecinos sin grandes apreturas. Cruzábala á lo largo una dilatada calle que venía á ser como la espina dorsal del pueblo, y limitaba uno de sus lados la iglesia, precioso ejemplar del arte ojival, á cuyo pié se desarrollaba una escalinata ancha aunque maltrecha de puro vieja. En lo alto de las gradas estaban el alcalde y el rector rodeados de entusiasta muchedumbre que pedía se señalase á cada uno puesto de combate El alcalde asesorándose con el párroco, nombraba unos cuantos hombres, y luego indicaba un punto, que inmediatamente los nombrados iban á ocupar. Así fué disminuyendo rápidamente la multitud hasta no quedar en la plaza, más que los viejos y algunos niños y mujeres incapaces de fatiga. A todos éstos el párroco se los llevó á la rectoría, y el alcalde marchó á cumplir con su deber. Cinco minutos después reinaba tal silencio allí, que se hubiera dicho que el pueblo estaba absolutamente deshabitado.

Centelleaban en el horizonte los primeros rayos del sol, cuando sonó un fuerte tiroteo en las avanzadas de la población. Habían llegado los franceses, y los lugareños los recibían á balazos. Roto el fuego, la lucha se trabó con encarnizamiento por una y otra parte. El ruído de la fusilería era un contínuo trueno, cuyo fragor aumentaban el desplome de alguna pared, y el ronco vocear de los combatientes. Aquel lugar de ordinario sosegado y solamente ensordecido por la alborotada charla de pardillos y gorriones, parecía el centro del infierno. El humo á cada instante se espesaba más y más ennegreciendo el cielo. ¡Ah! ¿qué podía hacer aquel puñado de valientes, contra los dos mil aguerridos y bien armados soldados de Marengo que mandaba Duhesme? Nada más que morir matando. Y á fé que lo hacían á maravilla. Sus viejos trabucos, y oxidadas escopetas dirigían certera rociada de plomo que abría brechas en las orgullosas columnas enemigas. Mas de cien franceses se revolcaban por el suelo nadando en sangre, y aun Duhesme no había podido ganar las primeras casas del pueblo.

Comprendiendo el general francés que iba á sacrificar su gente inútilmente si se prolongaba la lucha, dispuso que entrara en juego la artillería. Desde aquel momento el extrago se enseñoreó del combate. Las débiles casas horriblemente aportilladas caían con extruendo envolviendo á sus defensores entre las abrasadas ruínas. A cada rugido de cañon, á cada estampido de metralla, volaba despedazado un techo, se cubria de llamas un pajar. Y los cañones rujian y rujian como una jauría de tigres, y el incendio y el humo extendían y ensanchaban sobre el pobre caserío su manto rojo y negro.

Por fin la defensa se hizo imposible. Ya no les quedaba á los payeses ni un paredón en que escudarse, ni casi pólvora que quemar. La mayor parte había sucumbido en la lucha. Un diluvio de metralla barrió por fin el último improvisado baluarte, tras el cual se atrincheraron los últimos héroes de aquel épico combate. Un grito de feroz alegría resonó en las filas francesas, cuando vieron ondear la ráfaga de polvo que levantaron al caer las desmoronadas piedras. ¡Viva España! contestó una extentórea voz al clamor salvaje Y jadeantes, desgreñados, ennegrecido el rostro, desgarrado el vestido, salieron dos hombres de entre las ruínas. Viéronles los franceses, al través de la nube de humo que llenaba la calle, correr como dos fantásticas sombras. Sonó una descarga. Uno de aquellos hombres vaciló un momento, pero luego volvió á emprender con furia su carrera. Llegaron ambos á la plaza. Una vez allí se miraron y se reconocieron.

—¡Pablo! ¿eres tú? exclamo uno.

—¡Jorge! dijo el otro con acento de asombro.

—¡Ah! quien había de decir ayer que esta mañana nos encontraríamos reunidos aquí. ¿Ves esta pistola? Carguéla ha una semana para matarme hoy al pié de esta iglesia y delante de ti, en cuanto pusieses el pié en ella

para ir á casarte con Magdalena. Porque eres rico, y yo pobre, me robaste la posesión de su amor. ¡Su amor que era mi vida! Pero todo ha cambiado en pocas horas. ¡Pobre Pablo! tu tálamo nupcial, ya ves como se ha tornado. En cuanto á mí, ya no pienso en Magdalena: la patria es mi único amor. Y por ella muero.

—Animo, Jorge; aun nos queda salvacion.

—¿Cómo? Solo podemos salvarnos huyendo; y yo no quiero huir, ni tampoco puedo. Ya ves; mis piernas se doblan; estoy herido.

Efectivamente, el muchacho tenía un hombro desgarrado por una bala.

—¿Huir? dijo Pablo, jamás lo pensé. Jorge, olvidemos nuestros agravios. Seamos hermanos ya que la patria es nuestra madre. La iglesia está abierta, sígueme y hagámonos fuertes en ella. Si los franceses pasan sin atreverse á profanar su recinto, nos estaremos quietos y podremos salvarnos. Pero si osan poner allí su planta, nos defenderemos hasta morir. De todas maneras, piensa que no me apartaré de tu lado. ¿Oyes? el enemigo corre desalado y rabioso hacia aquí. Ven.

—No puedo, murmuro Jorge que se estaba desangrando.

—Pues dame los brazos, repuso Pablo: y cargó sobre sus hombros al herido.

Con suma lijereza subió las escaleras de la iglesia.

En aquel momento entraba una compañía de franceses en la plaza.

Vieron los soldados á los dos payeses dirigirse al templo, y asestaron contra ellos los fusiles.

—¡Madre de Dios! ampáranos, dijo Pablo.

Una ráfaga de hierro pasó sobre su cabeza, é hizo saltar en astillas el dorado retablo del altar.

—Déjame, gritó Jorge; esos perros han destrozado á la Virgen. ¡Déjame, no quiero morir sin gastar el último cartucho!

Los franceses con la bayoneta calada subian las escaleras de la iglesia para hacer trizas de los dos amigos. Estos arrimados á la pila del agua bendita les aguardaban con pasmosa serenidad. Pablo empuñaba un grueso trabuco. Jorge tenía en la mano una vieja pistola.

—Tira tú primero, dijo Jorge á Pablo.

El trabuco bramó con son horrendo, y cuatro franceses cayeron lanzando agudos ayes. Un oficial intentó avanzar; Jorge soltó el gatillo de la pistola, y el oficial rodó al golpe de la bala que le partió el corazón. Los franceses vacilaron un instante; esto dió lugar á que Pablo volviese á cargar el trabuco. Nueva arremetida de los franceses, nuevo trabucazo, y nuevas víctimas que ensangrentaron el suelo. Una, dos y tres descargas dirigieron los franceses á los sitiados, que contestaban con creciente ardor. De pronto Jorge extendió un brazo á su amigo, y con desfallecida voz, gritó:

—¡Me muero!

Una bala le habia penetrado en un costado.

—¡No, no, Jorge! exclamó Pablo: un esfuerzo más y vencemos.

Jorge llevó su mano á la pila, tocó el agua bendita, y con el pulgar trazó una cruz sobre su pálida frente. Sonó otra descarga, y Jorge cayó acribillado al suelo, murmurando:

—¡Virgen María, sálvame!

—Te vengaré, gritó Pablo al ver caer á su amigo. Ciego de rabia arremetió contra los franceses que ya tocaban el umbral del templo, y vomitó sobre ellos una granizada de balas. Entonces se trabó una lucha feroz. Con un sable en una mano, y con el trabuco en la otra, Pablo en medio de la nube de humo del incendio que por todas partes se extendía, repartía cuchilladas y sablazos. Los pocos franceses que de la compañía sitiadora quedaban ilesos, se defendían con vigor. Sin embargo, pronto el esforzado joven hubiera sucumbido al número si en aquel momento las trompetas enemigas no hubiesen tocado retirada.

Replegó sus tropas Duhesme, abandonando precipitadamente el pueblo, porque las campanas de los vecinos lugares tocando á *somaten*, y el repetido sonar de unos tambores que no muy lejos avanzaba, le advirtió que venian contra él gran golpe de gente.

Mas de media hora estuvo Pablo sin saber lo que le pasaba, ébrio de pólvora, excitado y casi loco. Los abrazos de sus parientes y los gritos de júbilo de sus convecinos le volvieron á la realidad de la vida. Los franceses habían huído vergonzosamente dejando al pueblo abrasado; los somatenes les acosaban, picándoles la retaguardia.

—Quiero ir á dar gracias á la Virgen, porque á ella es debida la victoria, dijo Pablo á la multitud.

Todos con él se dirigieron al templo. Más ¡ay! al pié de la pila, vió el cuerpo destrozado del pobre Jorge, y al lado de él una mujer hermosa que le besaba llorando con dolorosos transportes. Era Magdalena. Pablo se estremeció. Mojó sus dedos en la sangre del cadáver, corrió al altar, se postró de rodillas, y levantando la mano, exclamó con grande voz:

—Reina del cielo; por esta sangre ante tí vertida juro, no volver á tu presencia hasta que haya vengado el ultraje que se te ha hecho, hasta que los piés del invasor no huellen el suelo de mi patria, y hasta que esa pobre niña, viuda de un amor purísimo, me considere digno de ella.

Y sin despedirse de nadie, salió de la iglesia seguido de un puñado de bravos jóvenes, que como él juraron vengarse, y formar partida para batir en guerrilla á los franceses.

NUESTRAS LÁMINAS

AL MAR!...

La barca murmura:—Yo soy canastilla
de flores que exhalan—efluvios de azahar,
con esas doncellas—que robo á la orilla,
por darlas en cambio—de perlas al mar.
Murmuran las olas:—Nosotras tenemos
encages de espuma—corales sin fin,
y para ceñirlos— y darlos, queremos
gargantas y torsos—de nieve y jazmín.
Y exclaman las niñas:—Soltemos los chales,
soltemos las trenzas;—no tema el pudor;
que el mar que nos ama—darános corales
y mantos de espumas—y besos de amor.
Y corre la barca—y cantan las olas,
y bañan las niñas—sus cuerpos sin par:
sus lindas cabezas semejan corolas,
de rosas que flotan encima del mar.

Tip. AL TIMBRE IMPERIAL, *Escudillers, 12.*



PROCESION DE S.ⁿ MIGUEL DEL PUERTO.



EL BAILE

SUSCRICIÓN | Núm 40 | Año I | NÚMEROS SUELTOS

Semestre. 3' Ptas.
Año. . . . 5'50 id.
Pago en moneda, libranza ó sellos unicamente en la Administracion de 10 a 1 y de 3 á 5.
ESCUDILLERS, 5, 7 Y 9
BARCELONA

ILUSTRACION NON PLUS ULTRA

Barcelona 30 Junio 1887

10 céntimos de pta.
y 15 los atrasados.
De venta en las librerias, kioscos, vendedores ambulantes y puntos de costumbre en
ESPAÑA

Núm. suelto 10 céntimos de peseta ✻ Núm. suelto 10 céntimos de peseta

CRÍTICOS FISCALES

Pasa con los críticos lo mismo que con los fiscales. Instituidos para llevar la voz de la verdad y ser guía de justicia, enumerando con imparcial criterio asi los defectos como las bellezas de las cosas ó de los hombres que caen bajo su jurisdicción, á fin de que pesandó en fiel balanza méritos y deméritos, cargos y descargos se encuentre la medida que deba darse al aplauso ó la reprobacion, toman por lo regular el oficio de manera que se creen solo llamados á buscar motas los unos en las reputaciones más bien ganada, y arrojar acusaciones los otros al procesado menos sospechoso de culpa, y todos de intento abultan los cargos y las circunstancias agravantes, y se callan, cuando no las niegan, las bellezas ó las circunstancias eximentes. Y los criticos parecen fiscales, y los fiscales críticos avinagrados. A tan extremado punto se ha llevado este contrasentido, que Aristarco de esos ha habido que en vez de emplear el ingenio en difundir aprovechables enseñanzas, lo ha malgastado tratando de probar que Cervantes era un escritorzuelo que ni siquiera sabía clausular; que Shakspeare fué un plagiario como autor de argumentos y un pésimo estilista como escritor; y así de otros insignes maestros. Cierto que el gran novelista incurre á menudo en incorrecciones de que se espantaría el académico más pedestre, y que el gran dramaturgo tomó de medianejos escritores la fábula de sus dramas, el mejor de los cuales ni en plan ni en atildamiento puede compararse con la *Raquel* de nuestro Huerta. Pero, que importa esto, si al Quijote y al Hamlet con una sola de sus innumerables bellezas les basta para traspasar los siglos y ser admiración y delicia de la humanidad? Como á nadie se le ocurre llamar feo al sol porque tiene manchas, á nadie parece debiera tampoco ocurrírsele llamar detestable á un escritor ó á un artista porque en medio de eximias cualidades revele defectos. Y sin embargo ocurre. Cabalmente en estos días ha sido objeto de empeñada controversia, el mérito de un afamado actor que, sin adulación, creemos no exagerar calificándole de gloria nacional. Hay una clase de sabios eruditos que resume toda su importancia en abominar de las aficiones de su época sean éstas las que fueren, y apellidándose únicos videntes en materias de saber y arte, pugnan por señalar nuevos derroteros al entusiasmo público. Esta clase que viene propagándose á través de los tiempos, revistiendo y manifestando las formas y gustos más diversos, antiguamente, tildó de ignaros en filosofía á los que no profesaban las doctrinas del Peripato, más tarde silbo por literatos indoctos á los que no mojaban la pluma en los alambiques de Góngora, y hoy ha dado en el tema de negar sagrado á los que no queman incienso en los altares del naturalismo.

Toda manifestación artística que no reproduzca fielmente la naturaleza, es detestable: he aqui su tema. Argüid á esos sabios diciendo que en las comedias de Aristófanes y en las tragedias de Esquilo con ser prototipos del arte clásico, hay nubes que hablan, y ciudades que explican el argumente de la fábula y corean las acciones del protagonista; recordadles las columnas egipcias que son trompas de elefante, y las cariátides griegas, doncellas jamás vistas en el mundo viviente; habladles del Moisés de Miguel Angel, cuya barba se arrolla al brazo como una tromba, y del infierno del Danté, y del Orlando de Ariosto y de los cuadros rafaélicos, y de los cantos osiáuicos, y de las baladas de Richter, creaciones inmortales donde se infringen todas las leyes de la naturaleza; significádles que ni los chisperos de D. Ramon de la Cruz hablaban en verso asonantado, ní el rey D. Pedro recitó redondillas en Montiel, ni Vasco de Gama compareció ante la corte de Portugal cantando árias, y ni por eso se convencerán de que el arte no tiene por fin sumo copiar escrupulosamente la verdad, sino adulterarla de modo que resultando embellecida cause deleite en el ánimo haciéndole olvidar los groseros límites de la vida real, y comunicándole entusiasmo por la idea que desarrolla; ya que de otra suerte no habría en arte cuadro más perfecto que una fotografia, ni representacion más exacta del dolor que la sala de un hospital. Y como Rafael Calvo que es el actor denigrado á que nos referimos, cumple gallardamente estas exigencias del arte según lo proclaman los ardientes aplausos que ya en España ya en América han saludado sus triunfos escénicos, no hace oficios de imparcial juzgador, sino de acusador apasionado quien intenta empeñar su gloria

Sería crítica razonable la que tildase de mal poetas á Moratín, á Iglesias y á Villergas porque no tenían alientos para escribir una tragedia? ¿Puede decirse que no entienden literatura Echegaray, Zorrilla y Nuñez de Arce, porque no saben componer un sainete? Pues porqué Calvo ha de ser llamado actor insignificante porque no es eminente en la comedia casera, y en el drama de costumbres? Por glorias del arte escénico son reputados Garrick en Inglaterra, Talma en Francia, Rossi en Italia, y Romea en España. Pues bien, Garrick que se hizo famoso representando las obras de Shakspeare, hubiera ganado buenas silvas si se hubiera empeñado en ejecutar piezas de Swiht; Talma que tan bién interpretaba á Racine, hubiera resultado inaguantable hablando el lenguaje de los perso-

najes de Scarron; á Rossi, el feroz Otelo, no se le concibe con las levitas de Goldoni; y todos sabemos que Romea, el insuperable Sullivan, distaba mucho de poder ser lo que era Latorre en el Edipo, como Latorre jamás se hubiera igualado con Romea en el *Si de las niñas* Que mucho, pues, que Calvo sin dejar de ser un actor eminente no acierte en las fábulas de Bretón, de Ayala y de Rubi, si en cambio el Segismundo de Calderon, el D. Alvaro del Duque de Rivas, el Conde de Argelez de Echegaray y el Rey D. Pedro de Zorrilla, jamás han encontrado más inspirado artista! Aquel arranque brioso de Calvo, sera enfático en *El pelo de la dehesa*, pero arrebata en *El puño de la espada;* aquella apasionada entonación desafinará en *El tejado de vidrio*, pero cuadra á maravilla en las sonoras rimas de *El castigo sin venganza*; aquella expresiva mímica será enojoso manoteo en *El arte de hacer fortuna*, pero alcanza á la sublimidad en *Haroldo el Normando.*

Solo cuando se nos pruebe que hay quien con ma or gallardia y arrancando mayores demostraciones de entusiasmo, recita los versos calderonianos, perlas de nuestro antiguo teatro, y encarna las fulgurantes pasiones de los héroes de Echegaray, orgullo de la escena contemporánea, solo entonces reconoceremos que Calvo no es ya en el drama histórico, el actor más genial de cuantos viven en España. Mientras no sea así, y por ahora no hay sospechas en contrario, seguiremos sintiendo lastima por esos críticos que creen que no es arte aquello que no les agrada ó por rozón de temperamento ó por razón de moda.

JUDAS TADEO.

CADENA PERPETUA

novela original

de

Pedro Huguet y Campañá

(*Continuación*)

—No lo niego. Además ¿porque no he de confesarlo? Conozco mi carácter, y sé cuanto padecerían mis nérvios cada vez que Camila, en la tertulia ó en el sarao, recibiese homenajes de esa turba de zánganos que nunca falta en torno de una mujer hermosa. Aquí estoy como el pez en el agua; no me haga V. pues subir á la superficie, porque el aire pesado me mataría.

—Oh! señor marido, señor marido! Qué se ha figurado V. que es el matrimonia? Vaya! Acaso no ha de atender V. tanto á los gustos de su esposa, como á los suyos propios?

—Quien lo duda! Y no tanto, sino mas. Dios me guarde de pensar de otra manera.

—En este caso, ¿quien te ha dicho que Camila al casarse contigo cifró su dicha en vivir hasta el fin de sus dias encerrada en este rincon de tierra, que aunque lleno de encantos, al fin y al cabo no deja de ser un rincon?

—Camila no ambiciona más que mi cariño.

—No sabes que no hay cosa que empalague como la miel comida á diario y á todas horas?

—Eso no reza con el amor: objeto sonrriendo Gonzalo, como queriendo decir: «V. no entiende de eso!»

—Si, que reza, y mucho: dijo el cura; y luego como contestando á la intención del jóven, añadió:—Mis lecturas, y los años que llevo de cura de almas, me han enseñado algo de esas materias. Mira, Gonzalo; la mujer mas perfecta que ha existido en el mundo, salvo la Vírgen divína, fué Eva, porqué como obra inmediata de Dios, era la suma de toda virtud y belleza. Pues bien, Eva con ser perfecta se aburrió en el paraiso, y por aburrirse curioseó y pecó. Pongo á Camila en lo más alto de la perfección hamana, pero no la hago superior á Eva.

—Luego, pecará! dijo Gonzalo subiéndosele los colores al rostro como si hubiese recibido una bofetada.

—No digo eso; contestó el cura que notó la alborotada fisonomía del jóven: pero Vallehondo no es tan hermoso como el paraiso, y puede llegar á aburrirse.

—Y en consecuencia á curiosear, y á pecar, insistió Gonzalo con vehemencia mal reprimida.

—Dejemos lo de pecar á un lado, pues la virtud cristiana que ha aprendido basta para preservarle de caidas mortales; pero en cuanto á aburrirse, repito, que si. Oye; oye, y no te acalores, ya que en esa conversación hemos entrado. Casásteos tu y Camila ciegamente enamorados uno de otro. Verdad?

—Asi es: contestó Gonzalo que estaba en ascuas no sabiendo á donde iba á parar el cura.

(*Se continuará.*)

LA VENGANZA DE UNA ODALISCA

I.

Junto al Bósforo se asienta
y se espeja en sus cristales,
entre mirtos y rosales
alta y maciza pared,
que la rasgan y decoran
mil celosías doradas,
cuyas mallas apretadas
forman caprichosa red.
Tras este guardado muro
se abren anchos corredores,
y se ostentan miradores
embutidos de marfil,
y humean los pebeteros
en dorados camarines,
y en espléndidos jardines
sonrie un eterno Abril:
Que el encantado recinto
que cela esta alta muralla,
es del sultán Alí-Abdalla
regaladísimo haren,
que con trinos de mil aves
y el plañir de guzlas moras,
está lleno á todas horas
de armonias del Eden.
Allí en perfumado estanque
revuelto el blondo cabello,
sumerje su busto bello
la circasiana oriental,
y á la vez la negra nubia,
en gasas de seda y pluma
blancas cual copos de espuma,
hunde el torso escultural.
Con las borlas de su túnica
la asiria indolente juega;
hastiada entona la griega
melancólico cantar;
deshoja un ramo de flores
la vehemente circasiana,
y la argelina desgrana
las perlas de su collar.
Pobres flores arrancadas
del suelo que les dió vida!

LA VENGANZA



DE UNA ODALISCA



su tierna raiz asida
quedó en el patrio peñon,
y así en el búcaro de oro
en que prisioneras yacen,
se consumen y deshacen
perdida toda ilusión.
Nacidas para gozarse
en la ardiente luz del dia,
y en la salvaje armonía
del huracán bramador,
solo á través de una reja
les llega el fulgor del cielo,
y el débil cansado vuelo
de una brisa sin rumor.
¡Ay! si una voz de cariño
en sus oidos sonase!
ay, si en rededor vibrase,
un eco de libertad!
Hirvientes rios de fuego,
correrian por sus venas,
y de sus áureas cadenas,
maldiciendo la impiedad,
El alma y el pensamiento
que duermen amodorrados,
lanzarían desbocados
del horizonte al través,
y frenética y demente
en volcan estallaria
la pasión de amor bravía,
que al sultan lame los piés.

II

Si al ver miriadas de estrellas,
ó al ver puñados de perlas,
es imposible con verlas
decir cuales son más bellas,
De cuanta esclava preciosa
guarda el Sultan en su harén,
es imposible también
decir cual es mas hermosa.
Séa la piel de alabastro,
séa de ébano la piél,
cada labio es un clavel,
y cada pupila un astro.
Todas incitan deseos
tentadores de virtud,
é irrádian de juventud
los tibios relampaguéos.
Por que á todas con afan
las buscó una tropa espuria
para exaltar la lujuria,
del enervado sultan.
Mas si decirse pudiera
que una á todas aventaja,
en hermosura, esa fuera
la gallarda Lindaraja.
Una joven tunecina
esbelta como la palma,
que hablando adormece al alma
y que mirando asesina.
Diez y seis abriles cuenta,
y pronto cumplirá un mes,
des que un corsario maltés,
la ofreció al sultan en venta.
Como indómito caballo
que se irrita con el freno,
así de ira el pecho lleno,
llorando entró en el serrallo.
Y fué acerbo su dolor,
por que en el patrio desierto,
dejaba en sombra cubierto
el sol del primer amor.

III

Su oscuro manto la noche
por el firmamento arrastra,
y en torno del regio haren
todo es ya silencio y calma.
En un camarin suntuoso,
donde el pórfido y el nácar,
entre rojos arabescos
y azules frisos, resaltan,
tendidas las odaliscas
en pieles y alfombras blancas
con atención respetuosa
escuchan á Lindaraja
que contando sus amores,
de esta manera les habla:
—"Mi amante como el granado
tiene el labio colorado:
como el datil sazonado
brilla su morena tez:
vence al tigre en fortaleza,
á la garza en gentileza,
al condor en ligereza,
al leon en intrepidez.
Me ama con pasión tan loca
que por un si de mi boca,
para dar le fuera poca,
toda la gloria de de Alah.
Y jamas á dudar llego
que de pena y amor ciego,
para verme y morir luego,
algun día aquí vendrá.„
Atentas las odaliscas,
escuchan tales palabras
evocando en la memoria,
tristezas mal olvidadas,
cuando al pié del grueso muro
que besan del mar la saguas,
de pronto voz lastimera
canta esta dulce tonada:
—"La garza del desierto adora la paloma,
á la paloma amada que el nido abandonó:
su vuelo en el espacio dejó un rastro de aroma,
gimiendo adolorida la garza lo siguió.
Cruzando las montañas cruzando el ancho mar
así vuela amorosa la garza sin cesar.
No huyas, paloma,
no huyas así,
que va la garza
siempre tras tí."
Al oír la primera nota
calló absorta Lindaraja;
su nacarino semblante
cubrióse de tintas pálidas;
y apenas la tierna estrofa
con débil gemido acaba,
temblorosa, balbuciente
y húmedo el rostro de lágrimas,
—¡Es él! dice: ¡le conozco!
Yo la paloma, él la garza.
Entonces las odaliscas
con alegría entusista,
á Lindaraja besaron
todas tres veces la cara.

IV.

Como esas negras cariátides
que empotradas en un muro,
mirando con ojos huecos
semejan testigos mudos
que incesantemente expían
con risa en el rostro estúpido,
así de un rojo tapiz
en los pliegues medio oculto,
del camarín en lo extremo
permanecia un eunuco.
No bien oyó el dulce canto
de aquel amante importuno,
sus muertos ojos ardieron
como encendidos carbunclos,
y á rastras como la sierpe
que deja el cubil inmundo
para arrojarse á la presa,
del camarín salió al punto
dirigiendo á Lindaraja
miradas de vil triunfo.
Las odaliscas en tanto
estrechadas en tumulto,
el aliento conteniendo
y los arranques de júbilo,
aguardaban que sonase
la voz del cantor nocturno.
Al fin de nuevo una guzla
sonó con suave preludio,
y esta estrofa lanzó al aire
el enamorado músico:
—"Paloma, los jardines no pueden darte nido,
porque es dosel mezquino la sombra de un rosal,
en palmas del desierto lo tienes tu prendido,

en palmas donde espera—la pobre garza real.
Abre las blancas alas, deja el traidor haren,
y al palmerar conmigo, dulce paloma, ven.
Oye á la garza
que viene aquí,
á morir triste
de amor por tí.„
Siguió al canto plañidero
un grito horrendo y agudo,
un ¡ay! de muerte espantoso
desesperado y convulso.
—¡Lindaraja! ¡Lindaraja!
rujió un acento confuso;
luego tras de un ruido extraño,
se oyó un golpe ahogado y duro
como el que hace un cuerpo muerto
abriendo en las olas surco,
después una carcajada,
y el silencio del sepulcro.
Quedóse la tunecina
cual si fuese inmóvil busto,
la sangre helada en las venas,
los ojos de llanto enjutos.
Al fin movióse su cuerpo
por epiléptico influjo,
y con rujes de pantera
¡Ibran! ¡Ibran! gritó al punto.
Mesó los negros cabellos,
crispó con rabia los puños,
y reclamando venganza
contra los viles verdugos,
sembró el dolor y la rabia
en el revuelto concúrso.

V.

Hechos brasas los ojos, en silencio
por la blanda alcatifa se arrastraba,
¡Ibran! ¡Ibran! á veces murmuraba,
y volvia al mutismo aterrador.
Lloraban apenadas de su duelo
las bellezas odaliscas á su lado,
diciendo con acento entrecortado
palabras de venganza y de dolor.
Cuando la ira espumaba con más saña
y la piedad más lejos se escondía,
notóse en la vecina galería
de lentos pasos el callado son:
Como una hiena que olfatea sangre
alzó la tunecina la cabeza,
y la ardiente mirada con fijeza
clavó en el escaqueado portalón,
y vió una mano sucia y vedijosa
los pliegues arrollar del cortinaje,
y luego un rostro estúpido y salvaje
asomar con siniestro sonreir.
Era el eunuco: su brutal mirada
paseó por lo ancho de la rica estancia,
y avanzando con cínica arrogancia
"¡hora és, dijo, odaliscas de dormir!„
—¿De dónde vienes, mutilado imbécil?
Lindaraja exclamó con voz de trueno,
y contestó con burla el agareno:
—¡De velar por la gloria del sultán!
¡Ah! manchados de sangre los vestidos
del eunuco miró la tunecina,
y en él adivinando la asesina
mano que hirió al enamorado Ibran,
—¡Bárbaro! dijo, y con arranque fiero
cayó sobre el esclavo de repente,
mordióla la garganta y en la frente,
las uñas en los ojos le clavó,
y luchando con brios de pantera
enlazado con él en nudo estrecho,
brazo con brazo y pecho contra pecho,
vencido al suelo en fin lo derribó.
Las odaliscas que atónitas
vieron la terrible escena,
apenas roto y herido
rodó el eunuco por tierra,
dando suelta á sus rencores,
unas cerraron las puertas,
y otras vibraron puñales
para herirle con fiereza.
Mas desciñó Lindaraja,
su cíngulo de oro y seda,
y con el formando un lazo,
y de él tirando con fuerza,
la garganta del eunuco
agarrotó de manera,
que el cuerpo vil se contrajo,
brotó la boca una queja,
amoratóse el semblante,
y al fin la muerte halló presa.

VI

Media hora despues se abría
la escondida celosía
de un olvidado alminár:
desde ella un bulto caía,
y con estruendo se hundía
entre las olas del mar.
Una voz ronca alterada,
murmuró; ¡ya estas vengada!
sombra de mi amado Ibran;
y esta trágica velada,
cuentan que siempre ignorada
permaneció del sultan.

NUESTRAS LAMINAS

A LA VEGEZ VIRUELAS

Cuenta ochenta años Tomé,
y otros tantos cuenta Gila,
y aùn el viejo se encandila,
y le pide no se qué.
—Estraño, dice ella, á fé,
á tal edad tal locura!
Mas Tomé que no se apura,
contesta:—Vaya que cosa!
si la fruta es mas sabrosa
cuanto más está madura!

EL BAILE

Pues bailando S. Pascual
llegó á ser un milagrero,
de la corte celestial,
según nos predica el clero;
Y David con ser monarca
y ser profeta inspirado,
fué de Dios muy estimado
por bailar delante el arca.
Por más que me diga un fraile
que el baile es un juego inmundo,
creo que no hay en el mundo
cosa más santa que el baile.
Y tanto á creerlo me atrevo
por acto pío y formal,
como que en la Catedral
hasta en *Corpus* baile el huevo.
Siendo así, ¡fuera pamplinas!
y digo que en conclusion
nada hay más puesto en razón,
que amar á las bailarinas.
No dice la iglesia que es
muy malo apegarse al suelo?
pues ellas se alzan en vuelo,
con la punta de los piés!
Al ver una buena acción,
ó al desvanecer enojos,
no nos baila el corazon,
y no nos bailan los ojos?
Pues, por qué leyes eternas
se ha de poner mala tacha,
á una graciosa muchacha,
porque le bailen las piernas?
Cuando veo por la calle
vertiendo gracia á raudales,
una mujer de buen talle
con dos labios de corales.
Tal me llena de placer,
que aún que me escomulgue un fraile,
no me puedo contener,
y he de decirla ¡que baile!

Tip. Al Timbre Imperial, *Escudillers, 12.*



A LA VEJEZ VIRUELAS.


EL PERIODISMO EN BARCELONA * BARCELONA



